
Jack Faber
Cuentos eróticos de Jack: Colección completa


Jack Faber
Cuentos eróticos de Jack: Colección completa

Lista de cuentos de hadas - Total



Verano del despertar
Diversión en el baño
Historias de mentiras sobre sexo
El faro de Kings Head
apagón
Señorita Janet
Los cómplices
Héroes de la construcción prefa-bricada
Viaje hacia el norte
El niño silencioso
Woodstock
Corazones fríos
Mi camarera
El marqués de Cáceres
Al revés
En el bosque de Steigerwald
En el altar de la impureza
Amor y muerte en la costa gaélica

Contacta con el autor: mailto: JackFaber@gmx.net

Verano del despertar

von Jack Faber © 2006

Mi padre llevaba años trabajando en el extranjero y solo volvía de vez en cuando, cada pocos meses, para una visita de fin de semana. Tras la muerte de mi madre, la pequeña Isabella, a quien mi padre había traído de un viaje a España, se quedó con nosotros y se encargó de mí y de la casa; yo tenía unos cuatro años por aquel entonces. Nos habíamos mudado a un pequeño apartamento, una cocina-comedor-dormitorio. El apartamento era lo suficientemente grande para los dos; durante el día usábamos la cocina y por la noche dormíamos en la cama grande. Isa se había casado con mi padre, pero a veces discutían y él decía cosas terribles que yo no entendía. La habría sacado de la calle, donde todavía hoy ejerce la prostitución, si no la hubiera rescatado.

Entonces tuve que sentarme a la mesa de la cocina. Él cerró la puerta del dormitorio de golpe y oí cómo crujía la cama; estaban teniendo sexo con mucha intensidad. Isa me había explicado estas cosas muchas veces antes —el sexo y tener hijos—, pero ahora tenía trece años y era demasiado mayor para preguntar. Pero cuando Isa salió de la habitación y se recogió el pelo, pude notar cuánto le había dolido la discusión.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, se mostraba alegre y me sonreía, porque disfrutaba del sexo que tenían durante todo el fin de semana cuando él venía de visita. Luego silbaba melodías suaves y hermosas y hacía sonar los platos durante un buen rato hasta que su padre la volvía a llamar.

Ella sonrió ampliamente y se llevó un dedo a los labios, indicándome que me callara. Cuando estaba de buen humor, apretaba el puño y se ponía el pulgar entre los dedos —eso significaba sexo— y se acercaba a él sonriendo. Cuando era pequeña, le pregunté por qué no podía tener un bebé si tenían tanto sexo. Me abrazó con dulzura y me apretó contra sus grandes pechos, luego dijo que no podía tener bebés. ¿Y por qué tenían tanto sexo entonces? Se rió y dijo que era porque el sexo era muy divertido. Pero yo era demasiado pequeña para entender nada de eso.

Claro que, por aquel entonces, yo no sabía lo sola que podía sentirse una joven de veintitantos años. Mientras yo holgazaneaba en la escuela, ella limpiaba cinco horas al día para varias mujeres adineradas y necesitaba la tarde para recuperarse, leer o escribir en su diario. Tenía pocos amigos y, que yo sepa, nunca le fue infiel a mi padre. Yo era demasiado joven para entender que a veces solo un trago a escondidas podía aliviar la soledad, y por supuesto, no sabía nada de las dos caras de su sexualidad: intolerante y miedosa por un lado, y lujuriosa, obscena y adicta al sexo por el otro. Mucho después comprendí que, durante esos años de soledad, se había vuelto irremediablemente dependiente del alcohol y la masturbación obsesiva.

Cuando era pequeño, dormíamos desnudos en verano. Lo disfrutaba muchísimo, porque luchábamos en la cama grande y jugábamos a juegos inocentes. En mi infancia, la desnudez era algo natural y placentero para ambos, sobre todo cuando Isa, durante el juego, me tocaba el pene o el escroto, o me bajaba suavemente el prepucio y me acariciaba el glande. Jugábamos a esto todo el tiempo, porque a ella le gustaba mucho, y yo disfrutaba inocentemente cuando ella jugaba con mi pene.

También me encantaba el juego de la succión, cuando Isa tomaba mi pene en su boca y jugaba con el glande con su lengua. Nos encantaba mucho porque su lengua lo ponía un poco rígido, y cuando seguía jugando con su lengua, mi pene palpitaba placenteramente en su boca. Jugamos a esto durante mucho tiempo, pero cuando tenía unos 13 años, mi pene creció mucho, de lo cual estaba muy orgulloso, y ya podía eyacular, como habíamos descubierto durante el juego de meneos. Jugábamos al juego de la succión cada vez más a menudo; crecía mucho en su boca, y el glande salía solo, grueso e hinchado por los lametones y el juego de la lengua. Entonces su lengua se detenía un momento porque mi pene y glande ya palpitaban agradablemente. Movía su lengua muy suavemente una vez más, y chorros de líquido preseminal salían del glande, y ella lo succionaba y lo tragaba todo, continuando moviendo su lengua hasta que se volvía completamente blando. Una vez que susurró que le gustaba más el juego de succionar, entonces lo sacó suavemente de su boca y jugamos a otra cosa, generalmente al buen y viejo juego de tambalearse.

Ambos lo amamos desde el principio cuando me acostaba sobre su cuerpo desnudo, sobre su estómago, y movía mi trasero de un lado a otro. Nos abrazábamos con fuerza, nos acurrucábamos inocentemente, y mi trasero se movía. Incluso de bebé, me acostaba sobre su estómago y me movía cada vez con más fuerza, y ella fingía haber perdido esta batalla. Primero, ponía los brazos a los lados, luego la pequeña traviesa que pataleaba hacía que sus piernas se separaran también hacia los lados, y bailaba como un torbellino sobre su zona púbica y su vello púbico rizado. Hasta que mi pequeño pene se ponía algo rígido y tanteaba su camino hacia adelante. Pronto me di cuenta de que encontraba mejor la abertura si tiraba del prepucio hacia atrás sobre el glande, y entonces se deslizaba casi solo. Isa siempre sonreía cuando mi pequeño pene encontraba su camino hacia la abertura por sí solo. El que encontraba su pene en la abertura era el ganador.

Isa solía quedarse allí tumbada con los ojos cerrados, como escuchando su voz interior. A veces, su mano se deslizaba entre nosotros y se acariciaba allí abajo. Pasaban unos minutos preciosos mientras yo sentía su delicada y cálida abertura hasta que mi pene se ponía más rígido y luego completamente duro. Nunca tardaba mucho en que mi pene empezara a palpitar y a golpear con fuerza antes de volver a estar completamente flácido. Isa siempre esperaba a que estuviera blando y luego lo sacaba, me abrazaba con ternura y me acariciaba la cabeza. «Quiero follar», murmuraba, «pero aún no puedes correrte». Siempre decía eso cuando mi pene palpitaba dentro de ella. Siempre era un juego maravilloso. Jugábamos a este juego una y otra vez, en parte porque el final, mi pene palpitando dentro de ella, se sentía increíblemente hermoso.

Conforme crecía, mi pene se ponía rígido por el roce contra su cuerpo cálido, y ella se quedaba en silencio y decía: «Ahora quiere follar», pero no nos estaba permitido, madre e hijo. La corregía con un gruñido, madrastra e hijastro, y no le daba importancia. Sin embargo, seguíamos con el juego del roce, y me sorprendió muchísimo cuando un día me sentí mareado y me corrí sobre su estómago.

Isa me explicó todo con detalle, por qué salía a chorros y que los bebés eran diminutos e invisibles, nadando en mi moco. Me sentí muy orgullosa y aliviada, y simplemente continuamos con los juegos de succión y contoneo, que ahora culminaban con el chorro.

Durante el juego de contoneo, Isa solía levantarme obedientemente cuando intentaba acercarme a su cabello rizado y murmuraba: «Ya quiere follar», pero no nos lo permitían. Sin embargo, abría las piernas mientras se contoneaba, porque disfrutaba mucho cuando le frotaba y le movía la vulva y le acariciaba y jugaba con los pezones con ambas manos.

Mi pequeño pene crecía cada día, y era igual de divertido meterlo en su agujero que con mi pequeño pene. Cuando Isa ya respiraba con dificultad después de mover y jugar con sus pezones, y retiré mi prepucio sobre el glande, Isa jadeó, "¡No me folles, no te corras!" y cerró los ojos, porque obviamente lo disfrutó mucho cuando me deslicé en su agujero. Al principio, cuando todavía tenía mi pequeño pene, no se dio cuenta de que estaba eyaculando, porque la excitaba mucho con mis juegos de pezones y permanecía en su agujero durante mucho tiempo para eyacular por completo. Esa era la ventaja de mi pequeño pene. Después, fue mucho más cuidadosa, y tuve que jugar con sus pezones con mucha habilidad para que se distrajera y no se diera cuenta de que estaba eyaculando hasta que fuese demasiado tarde.

Isa siempre me vigilaba de cerca y decía: "¡Nada de follar! ¡Y nada de correrte!" Obedecí; sabía perfectamente que no teníamos permitido follar. Así que no follé, pero aún podía sentir cómo se ponía cada vez más duro, y luego eyaculó tan pronto como palpitó. Isa lo agarró, lo sacó rápidamente y dijo: "¡No te corras!" Pero le salpicó todo el estómago, y lo disfruté muchísimo. Pronto aprendí a fingir y engañar a Isa estimulando sus pezones con tanta intensidad que no se dio cuenta de la eyaculación hasta que fue demasiado tarde. Siempre se ponía muy triste después y decía que no teníamos permitido hacer eso, pero una vez que la hacía jadear con mis movimientos, abría sus muslos y su pequeño agujero. Realmente disfrutaba metiendo mi polla dentro de ella y empezando a eyacular allí. Isa seguía diciendo: "¡Nada de follar, nada de correrte!", pero normalmente lo conseguía.

Yo era un niño pequeño y dulce que, paso a paso, condujo a su madrastra por un camino diabólico.

Hasta que tuve unos 12 años, el juego de eyacular era perfectamente normal; luchábamos y luchábamos hasta que yo ganaba y eyaculaba dentro de ella. Entre los 12 y los 14, mi pene creció, e Isa

siempre me advertía que no podíamos tener sexo antes de que yo eyaculara. Yo la provocaba y acariciaba los pechos y los pezones, luego ella jadeaba abriendo los muslos y me dejaba eyacular dentro de ella. Alrededor de los 13, le gustaba mucho mi pene más grueso y me presionaba, con las manos en mis nalgas, profundamente dentro de ella y suspiraba como si estuviera a punto de morir. Cuando estaba muy excitada por mis juegos con los pechos, presionaba rítmicamente mis nalgas contra ella hasta que yo eyaculaba. “No podemos hacer eso”, suspiraba después, pero lo hacíamos de todos modos, enseguida. Repetíamos estos juegos inestables dos o tres veces al día y gradualmente dejamos de hacerlo cuando cumplí 14 años.

Ella cambió y ya no lo quería; quería jugar al juego de la mamada cada vez más a menudo. Un día, logré penetrarla profundamente otra vez, pero Isa estaba alerta y agarró mi erección, la sacó con dos dedos y la sostuvo mientras yo embestía hasta que eyaculé. Ese se convirtió en el nuevo juego: movía mi trasero hasta que se ponía duro y hacía un ataque fingido a su vulva, y por lo general, lograba penetrarla “accidentalmente”. Pero Isa rara vez lo quería ya; lo agarraba de inmediato y me dejaba embestir entre sus dedos a mi antojo y eyacular sobre su estómago. Muy pronto, quise hacerlo una segunda vez, o incluso más a menudo. Isa sonrió dulcemente y me dejó eyacular entre sus dedos tantas veces como quisiera.

Para entonces, mi amigo Willi, la pequeña Anni y yo ya habíamos aprendido a masturbarnos y a tener sexo; estas aventuras eran un secreto que no podíamos contarle a nadie. Miré a Isa con ojos completamente nuevos cuando la vi desnuda. No era muy alta, salvo por sus pechos; su hermoso cabello castaño ondulado le llegaba casi hasta las caderas. Era un poco más corpulenta que Anni, que era delgada como un palo, pero no tan gorda como Hildegard. Quiero decir, a lo sumo estaba un poquito rellenita. Debajo de su ombligo había pelos oscuros y rizados que se separaban hacia un lado sobre su vulva. Entre ellos, el monte de Venus estaba completamente lampiño, así que siempre se podía ver su hendidura hinchada con sus labios mayores prominentes cuando estaba desnuda. Había visto ese pliegue de vello púbico muchas veces antes, pero aparte de los labios mayores grandes, casi marrones, nunca había podido ver nada más detallado. Incluso de pequeña,

siempre intentaba examinarla más de cerca, lo que ella solía rechazar con una gran carcajada.

Nuestros juegos de succión y contoneo cesaron gradualmente cuando yo tenía unos 14 años. Ahora parecía avergonzada cuando nos acurrucábamos desnudos en la cama. Ocasionalmente, incluso después de cumplir 14, jugábamos al juego del contoneo con eyaculación si yo había excitado intensamente sus pechos y pezones. Como me quedaba quieto y no hacía ningún movimiento de empuje, no eyaculaba. Pero ella ayudaba agarrándome las nalgas y presionándome rítmicamente contra su vagina hasta que eyaculaba. "Eso no es follar", susurraba, "¡eso no es follar!" Cuanto más grande y grueso se volvía mi pene, más gemía y jadeaba, presionándolo contra su vagina y susurrando que no teníamos permitido hacerlo. Pero en esas noches, lo hacíamos dos o tres veces seguidas, yo con sus pechos, ella con mi pene en su vagina.

Después de eso, no hubo más juegos durante varias semanas. Me acostaba a su lado, masturbándome, tocando su bajo vientre y sus pechos. Al cabo de un rato, reaccionó a la estimulación de mis pechos, suspirando y gimiendo mientras yo acariciaba su clítoris con suavidad y sutileza. Se mantuvo firme durante semanas, suspirando profundamente cuando eyaculaba. Pero tan pronto como superó su resistencia intolerante y burguesa, me detuvo y me atrajo hacia su estómago. Impaciente, introdujo mi erección en su vagina y la penetró rítmicamente. Me quedé quieto porque no teníamos permitido tener sexo. Solo ella podía deslizar mi pene dentro y fuera de su vagina y dejarme eyacular; eso no sería sexo, me aseguró. Normalmente, jadeaba y gemía miserablemente después de mi segunda eyaculación antes de convulsionar violentamente. "¡Uaah!" Las estrellas brillaban en sus ojos cuando me masturbaba el pene después. Casi alegremente, dijo que no debíamos follar, ¡para nada! A esto le siguió un descanso de varias semanas sin este encantador juego de tambaleo.

Por supuesto que no tuvimos sexo; yo ni siquiera tenía 15 años. Pero una vez que su lujuria superó sus valores burgueses y puritanos, no podía llegar a su placer lo suficientemente rápido. Realmente no tuve sexo y permanecí completamente pasivo. Pero disfruté muchísimo cuando ella presionó mi pene dentro de ella, empujándolo rítmicamente en su vagina, y eso fue una sensación maravillosa. Dentro y fuera, durante media hora. Incluso cuando eya-

culé, ella continuó y generalmente se corrió después de la segunda eyaculación con su retorcido “¡Uaah!”. Dejó mi pene dentro de su vagina y me masturbó, porque una vez le había dicho lo bien que se sentía eyacular dentro de ella. Cuando no me estaba masturbando, me provocaba el ano, insertaba un dedo y me acariciaba con él. Eso inmediatamente desencadenó mi eyaculación. Ella lo había descubierto durante nuestro juego de dedos. Así fue; realmente no tuvimos sexo; yo ni siquiera tenía 15 años.

A veces susurraba con poca convicción que ya tenía edad suficiente para dormir sola. Cada vez con más frecuencia se negaba a jugar a mecerme, diciéndome que lo hiciera yo misma si era tan urgente.

Cuando tenía 13 años, la situación era completamente diferente cuando me masturbaba. Ella se acostumbró poco a poco al contacto de nuestros cuerpos desnudos; no entendía su nueva timidez. ¿Sería por la masturbación? No le sorprendía en absoluto que me masturbara con bastante frecuencia antes de dormirme. Los primeros días, se sentaba y me observaba masturbarme y eyacular con curiosidad y atención. Luego sonreía y asentía con la cabeza animándome cuando me masturbaba de nuevo tras unos minutos de descanso, pero después se tumbaba tranquilamente a mi lado y se quedaba dormida con una sonrisa.

Una tarde, mientras ambas leíamos un libro, le pregunté por qué se dice que todos los chicos se masturban y solo unas pocas chicas. Primero, me explicó que masturbarse y eyacular son lo mismo. Y que proviene del hombre bíblico llamado Onán, quien, según las leyes de la época, debía casarse con la viuda de su hermano fallecido y tener hijos con ella. Así que Onán debía tener relaciones sexuales con Tamar para que ella concibiera un hijo; eso lo entendí. Pero Onán no quiso y no tuvo relaciones sexuales con ella; en cambio, se masturbó y eyaculó en el suelo. Lo entendí todo, y nos reímos alegremente del tonto de Onán, que se negaba rotundamente a tener relaciones sexuales.

Entonces Isa se puso seria de nuevo y dijo que probablemente tantas chicas como chicos se masturbaban. Interpretó completamente mal mi mirada de duda y dijo: “¡Mira!”. Separó ambas piernas y las levantó sobre el banco, se subió la falda de verano y me dijo que mirara. Luego señaló las partes individuales y me dijo có-

mo se llamaban, aunque ya lo habíamos aprendido antes. Monte de Venus, labios, vagina. Ahora separó ligeramente los labios, señaló el clítoris y dijo que también se le podía llamar clítoris. Me incliné hacia adelante e intenté distinguir algo en la penumbra.

Dijo que los chicos se masturban con el pene y las chicas con el clítoris. Mi pene formó un bulto enorme en mis pantalones cortos de gimnasia, lo que Isa, por supuesto, notó. Ignoró mi pregunta sobre si ella podía hacerlo, se volvió a sentar y preguntó, con la mano suavemente sobre mi bulto, si era realmente tan urgente, si tenía que hacerlo de inmediato. Asentí con un nudo en la garganta y murmuré una mentira de que apenas podía ver nada en la oscura cocina. Isa dijo: "¡De acuerdo!" y se dirigió a la cama, se quitó rápidamente el vestido y encendió la lámpara de la mesita de noche.

Me desvestí y me tumbé en la cama, medio apoyada. Isa se sentó frente a mí, primero con las piernas cruzadas, luego con las piernas abiertas, y me dijo que así podría verlo todo con claridad a la luz, y que no le importaba en absoluto que la viera masturbarse. Me masturbé más que nunca esa noche, mirando con lujuria entre sus piernas abiertas y sus hermosos genitales desnudos, lo que me mantuvo en marcha. Cuando estaba a punto de correrse, su dedo rozó sus labios vaginales, apartando la piel para que su clítoris quedara a la vista. Lo vi elevarse lentamente y ponerse completamente rígido. Isa acarició distraídamente el clítoris rígido, y me corrí al instante. Susurré, preguntando si las chicas se masturbaban así. Isa asintió y retiró el dedo de inmediato, con expresión avergonzada. Asintió animándome, y continué porque me ponía increíblemente cachonda. Ella superó inmediatamente su pudor y acarició distraídamente su clítoris, lenta y suavemente, durante toda la noche hasta que no pude más. «Mira», había dicho, «así es como nos masturbamos las chicas, ¡mira!». Observé y observé mientras seguía masturbándome. A menudo, presionaba con firmeza una mano contra su vulva porque su bajo vientre y sus piernas se contraían violentamente. Luego, tras una breve pausa, continuaba, estimulando suavemente su clítoris con el dedo. Antes de quedarme dormida, la vi tomar un sorbo o dos de la botella en la cocina, luego regresar a la cama y esperar un rato, antes de continuar acariciando su clítoris con suavidad y en silencio.

Sabía desde hacía tiempo que bebía por las noches, pero aparte del olor, nunca me molestó. Isa toleraba mis juegos nocturnos en

la oscuridad, y después simplemente me ofrecía su mano como una cálida concha en la que me movía de un lado a otro y eyaculaba con placer, con lo que me conformaba durante un tiempo (ahora creo que extendía la mano para que la sábana no se empapara demasiado; desde entonces, siempre tenía una toalla vieja a mano para limpiar). A veces intentaba presionarme contra ella y mi pene contra su pelo rizado, pero desde que pude eyacular, estaba alerta y se aseguraba de que no me girara hacia ella. Excepto cuando había bebido mucho, entonces a menudo le apetecía jugar conmigo.

Mientras me quedara obedientemente de espaldas a ella, todo iba bien y era maravilloso. Me presionaba la espalda contra ella, sin importar cuánto me retorciera mientras me masturbaba. Como yo estaba tan ansioso y exigente, ella suspiraba y me rodeaba las caderas con los brazos, sujetando firmemente la parte inferior de mi cuerpo, con mi erección en su mano mientras me masturbaba excitado en su cálida palma, y cuando llegaba al clímax, contenía la respiración. Unas cuantas veces, cuando estaba muy borracha, le rogué hasta que amablemente me hizo una paja.

No pareció sorprenderle en lo más mínimo que tocar su hermoso y suave cuerpo me excitara intensamente. Hacía tiempo que había dejado de darle la espalda, acariciando cada vez más sus preciosos y redondos pechos y presionando mi erección contra su cuerpo mientras me masturbaba, presionándola por todas partes, solo deteniéndome cuando me apartaba mientras la tocaba y me masturbaba en su cabello rizado. Pero si no tocaba el triángulo prohibido y me mantenía cauteloso, a veces me abrazaba apasionadamente y me dejaba eyacular donde quisiera. Sumisamente, me giré de lado, porque después de esa excitación, lo único que quería era masturbarme de nuevo inmediatamente.

A veces ninguno de los dos podíamos dormir; el verano era muy caluroso y ella tenía mucha sed. Entonces me acariciaba con timidez y cuidado hasta que se me ponía dura. Me abrazaba con ternura y se acurrucaba detrás de mí, acariciándome los testículos mientras yo me masturbaba apresuradamente. A veces dejaba de masturbarme a mitad de la eyaculación, y entonces ella me presionaba la espalda contra su pecho y me agarraba el pene.

Lenta y deliberadamente, ella deslizaba mi prepucio hacia arriba y hacia abajo mientras yo le susurraba secretos de mi día. Y le

encantaban mis confesiones floridas, eróticas y muy detalladas; eso pronto quedó claro. Después de que yo confesaba, ella suspiraba profundamente y sacudía su pene tan rápido con un movimiento de muñeca que ¡el semen salía disparado por todas partes! Luego se giraba inmediatamente hacia la pared, como si estuviera avergonzada. A partir de entonces, no deseaba nada más e intentaba contarle algo cada vez que algo sucedía o cada vez que pensaba en algo; de lo contrario, simplemente inventaba algo para que me hiciera una paja.

¡Dios mío, era tan buena en eso! ¡Casi me volví adicto a que me masturbara rápida y velozmente! Unas cuantas veces, cuando estaba demasiado impaciente porque ella estaba —me di cuenta— demasiado borracha, se sentó con las piernas cruzadas, me atrajo enérgicamente hacia ella y me recostó sobre su regazo desnudo. Murmuró, parpadeando con picardía como si fuera traviesa, y me masturbó rápida y bruscamente, pero después de que me corrí, me acarició, se inclinó y besó y lamió mi glande. Definitivamente no fue una mamada, sino besos y lamidas suaves antes de que lo tomara completamente en su boca y lo chupara suavemente. “Me encanta eso”, murmuró, jugando con la cabeza de mi pene con su lengua hasta que tuve otra erección, que luego volvió a masturbar, “jugando bruscamente”. Repetimos este juego muchas veces porque le encantaba chuparme la polla, y solo paró cuando, a pesar del trabajo de su larga y delicada lengua en su boca, ya no podía tener una erección y simplemente no podía eyacular. Lamentablemente, ya casi nunca practicaba esos maravillosos juegos orales.

Desde aquel verano y sus sucesos, la he visto de otra manera. Por mucho que la observara con curiosidad, durante mucho tiempo no pude descifrar cuándo lo hacía ni por qué me lo ocultaba con tanto cuidado. A menudo pensaba en las chicas de nuestra sociedad secreta que, con aires de superioridad, nos explicaban a los chicos que ellas —¡claro, idiotas!— se tocaban cuando nosotros (los chicos) no estábamos. Yo sabía que no era cierto, pero me callaba. Pero Isa parecía diferente a ellas; ocupada y trabajadora durante el día, pero callada y reservada por la noche. Quería imaginarla haciéndolo, ¿pero cuándo? Deseaba con todas mis fuerzas observarla, mantenerme despierto a escondidas, pero por la noche, después de haber venido varias veces, siempre me quedaba dormido agotado.

Una noche, todo salió mal. Isa se había quedado en la mesa bebiendo, algo que rara vez hacía tan abiertamente. Podía ver en sus ojos que un fuego inextinguible de lujuria ardía en ellos. Reconocí su inquietud cuando ocasionalmente movía el ligero vestido de verano de un lado a otro sobre su muslo y tocaba brevemente su vulva con la mano. Con su voz suave y hermosa, me recordó que era hora de ir a la cama. Por mucho que intenté eyacular esa noche, simplemente no sucedió. Más tarde, cuando Isa se desnudó, se acercó a la cama y notó mi desesperación, me apretó suavemente contra su pecho y con timidez y tentativamente extendió la mano hacia mí. Me preguntó de nuevo qué pasaba. La evadí, pero ella persistió y me acarició suavemente, de arriba abajo, mientras le contaba todo —o casi todo— sobre esa tarde, porque también me había excitado mucho. Ella siguió haciendo preguntas, escuchando y me masturbó en silencio, y tuve que contarle el resto también; Después, me frotó el prepucio de un lado a otro muy rápidamente hasta que eyaculé.

Pero no fue suficiente, así que después de un rato susurré que lo necesitaba de nuevo, luego me arrastré sobre su estómago y la abracé suave y tiernamente. Debió ser su embriaguez lo que la hizo suspirar y abrir tentativamente sus muslos. Me recosté excitado sobre su estómago porque mi pene, buscando impacientemente su hendidura, aún goteaba húmedo por la eyaculación, y su vulva, húmeda y resbaladiza, pronto quedó completamente cubierta de mi semen. Ella me abrazó y me acurrucó con cariño hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y comenzó a temblar violentamente.

Tuve que repetirle exactamente lo que había hecho, mientras me deslizaba, como por accidente, un poco más adentro de su húmeda hendidura. Ella extendió la mano para detenerme, pero al mismo tiempo, presionó su tembloroso cuerpo contra el mío y susurró cómo había sido el día, empujando firmemente mi pene hacia adelante y hacia atrás con su mano, acariciándolo aunque la punta aún estaba un poco adentro. Con voz ronca, confesé cosas nuevas, inventadas y excitantes. Inmediatamente, lo presionó un poco más adentro de su tembloroso cuerpo, acariciándolo firmemente con cada movimiento. Sorprendentemente, no pareció darse cuenta de que me había corrido con fuerza.

Hizo pausas repetidamente, lo sacó, tomó la erección en su mano y frotó firmemente la cabeza contra su clítoris y labios, mientras giraba sus caderas en círculo. Luego, con movimientos rápidos de su muñeca, continuó frotando, presionando la cabeza firmemente contra la abertura vaginal, dejándola deslizarse solo un poco, solo la cabeza, aunque su cuerpo temblaba constantemente. Permanecí en silencio, abrumado por la excitación, porque ella temblaba intensamente mientras continuaba masturbándome con creciente determinación. Una vez más, no pareció darse cuenta de que estaba a punto de penetrar y eyacular. Tenía los ojos cerrados y me estaba masturbando como si fuera su propio pene.

Solo entonces me di cuenta de que me acariciaba el clítoris con la otra mano, olvidándose momentáneamente de mi pene; nos estaba masturbando a ambos alternativamente y al mismo tiempo. Luego, entretanto, me frotó la erección con tanta furia y rapidez que eyaculé un par de veces, aunque todo el glande seguía dentro de ella. Empujé y eyaculé con todas mis fuerzas, pero ella continuó masturbándose como si no se hubiera dado cuenta de la eyaculación. Cuando tembló aún más intensamente de excitación, se dio cuenta de que todavía no estaba lista para ese paso y se convenció de que yo no la había visto masturbándose. Detuvo inmediatamente su masturbación secreta y, con un suspiro, retiró el glande, pero tan lentamente que un poco más de líquido salpicó su vulva, y el resto cansado del pequeño monstruo eyaculador se derramó sobre su hendidura.

Me quedé a su lado jadeando, susurrando emocionado que había sido casi como sexo de verdad. Ella se estremeció ligeramente y negó con la cabeza. ¡No, no, eso no fue sexo de verdad, porque no teníamos permitido hacer eso! Que yo hubiera eyaculado en su vulva, eso no fue sexo, insistió, sacudiendo la cabeza. ¡No, solo por fuera, eso no es sexo! Por centésima vez, susurró débilmente que teníamos que parar todo esto, de lo contrario terminaría en desastre. Como aparentemente quería mantener su masturbación en secreto, no saqué el tema, aunque mil preguntas me rondaban por la cabeza. Ahora estaba bastante seguro de que, con toda su excitación, ni siquiera se había dado cuenta de que yo había eyaculado bastante semen dentro de ella varias veces. Todavía podía sentir a mi madrastra temblando durante un buen rato después y sonreí porque casi habíamos tenido sexo de verdad y porque yo había eyaculado solo un poquito dentro de ella. ¡No, porque había eyacu-

lado muy fuerte dentro de ella! Isa seguía temblando y llorando amargamente.

Me quedé allí, aturdido, y rompí a llorar porque había hecho algo terrible, aprovechándome de su borrachera para lo que yo creía que era sexo de verdad. Isa se escondió bajo las sábanas y también lloró. "¡Dios mío!", sollozó suavemente, "¡Dios mío!". Al cabo de un rato, se tambaleó hasta la cocina y se preparó un café, y pude ver a través de la puerta abierta cómo lo bebía y luego, aún llorando, se lavaba. Usó el dedo índice para sacar el semen de su vagina, y había bastante. Me había masturbado durante un buen rato y me había llevado al orgasmo con bastante intensidad. Me sentía tan miserable que quería morirme. ¡Cómo pude haberle hecho eso! Cuando regresó, con la mirada dura y distante, y se acostó en silencio en la cama, volví a llorar, con el corazón lleno de miedo y pavor, hasta que rompió el silencio y susurró que no era mi culpa, y luego me acarició el pelo. No entendí nada y lloré hasta quedarme dormido, gimiendo.

Al día siguiente, Isa me había desterrado a un colchón improvisado en el suelo, a los pies de su cama. Parecía hablar en serio cuando decía que yo era demasiado mayor para dormir con ella. Mi mirada suplicante la dolía profundamente, y me acarició el pelo, murmurando que no era culpa mía. Pero no me consoló, porque parecía incapaz de perdonarse a sí misma —y quizás a mí— que casi hubiéramos tenido relaciones sexuales. No encontré consuelo ni siquiera en Willi, porque él solo pensaba en sexo. Anni, a quien había violado varias veces con la ayuda de Willi, me despreciaba. Iba a verla a ella y a Willi cada vez con menos frecuencia, porque yo también había empezado a despreciarme a mí mismo.

Me enfadé con el mundo entero, especialmente con las mujeres que solo me desviaban del buen camino: Hildegard, Anni, la señora Ogawa e Isa también. Sentía una rabia y una desesperación genuinas cuando, sentado en la cuna improvisada, vislumbraba el contorno de su cuerpo en la oscuridad de la noche. Cuando la luna brillaba, podía verlo todo. Me quedaba despierto media noche, esperando a ver si se movía; entonces me sentaba a los pies de su cama y la observaba. Por lo general, se daba vueltas varias veces mientras dormía y se apoyaba contra el techo como si fuera un amante. Podía ver claramente que se masturbaba en silencio y con placer, aunque parecía estar dormida. Contemplaba los contornos

apenas visibles de su espalda y piernas; pero lo que más me gustaba era mirar sus nalgas cuando se tumbaba boca abajo masturbándose, dándose placer en silencio. A veces me quedaba despierto durante horas hasta que ella se tumbaba boca abajo y sacaba las nalgas mientras se masturbaba, y yo me masturbaba dos o tres veces. Era muy solitario y muy triste; todos se masturbaban solos y no dejaban que los demás participaran. Una noche no pude soportarlo más y me acosté junto a la mujer dormida.

—¿Qué pasa? —preguntó, despertándose sobresaltada y apartándome hasta que tuve que sentarme en el borde de la cama para no caerme—. No puedo dormir —dije, pasando la mano por la manta, sintiendo el contorno de su cuerpo—. ¡Basta! —gruñó, apartándose aún más—. ¡Quédate en tu cama, y punto!

—No puedo dormir —dije la noche siguiente, sentada al borde de su cama—. ¿Qué pasa? —preguntó, subiéndose las sábanas hasta la barbilla—. Están pasando tantas cosas —susurré con picardía, esperando impacientemente—. ¿Qué ocurre? —preguntó enseguida, y le sugerí que me acostara a su lado y se lo contara todo. Me espetó que ni se me ocurriera y se arropó aún más con las sábanas.

Me quedé paralizado, en silencio, esperando. Al cabo de un rato, sentí que ya no era tan distante y empecé a contarle lo de la señora Ogawa. Isa susurró con rabia que no creía que la vieja japonesa me hubiera seducido, y por primera vez la oí decir cosas realmente horribles sobre la vieja ramera japonesa que se acostaba con chicos jóvenes e inocentes, y demás. Pero entonces volvió a escuchar durante tanto tiempo que me detuve a mitad de la frase. Claro que sentía mucha curiosidad por saber qué pasaba después, pero ahora le suplicaba que me masturbara. Negó con la cabeza y me insistió con firmeza en que volviera a la cuna. Con tristeza y rebeldía, obedecí. Ahora yacía solo y rechazado en mi cama otra vez, llorando con autocompasión.

¡No era justo! Sí, me la había follado aquella noche de borrachera, rompiendo la regla de no follar que teníamos desde hacía mucho tiempo. Ella había cedido por primera vez, había indicado que podía hacer con ella lo que quisiera. Pero no era la primera vez. Cuando jugábamos a lo que quedaba del juego de meneos, y ella empujaba mi polla con avidez para llegar al orgasmo, perdía la concentración justo antes y soltaba una mano para provocar el or-

gasmo frotándose rápidamente el clítoris. Se olvidaba de empujar hacia dentro y hacia fuera, y en esos segundos yo tenía una follada muy breve, que ella normalmente no notaba. O si la notaba, lo permitía generosamente y, como mucho, comentaba después que no había sido una follada de verdad, aunque yo estaba bastante seguro de que sí. Simplemente permitía esta follada corta y rápida porque estaba concentrada en su clítoris. Rara vez necesitaba más de un minuto de follada para correrse.

O, cuando me metía el dedo en el culo, yo la follaba sutilmente todo el tiempo. Incluso entonces, se concentraba en su dedo y no decía nada de que la follara hasta que se corría. Eso solía tardar mucho, y me movía con mucha discreción para que no pareciera que la estaba follando de verdad. Pero cuando se corría, todavía tenía que follarla muy fuerte, pero como solía coincidir con sus orgasmos, se perdía entre las oleadas y los espasmos. Creía que era muy listo por quedarme inmóvil dentro de ella después de que se corriera; me agarraba las nalgas y me empujaba hacia dentro y hacia fuera un par de veces. Entonces mi pene se ablandaba y me empujaba hacia fuera. A veces todavía me advertía que no la follara, aunque seguía haciéndolo, pero nunca había montado un escándalo como ahora. Toleraba que la follara durante el "juego tambaleante" y no me regañaba, pero no se tomaba bien que la hubiera follado estando borracha. Sencillamente no podía entender por qué se me permitió tener relaciones sexuales cien veces durante ese juego tan inestable, pero ahora, de repente, era un error imperdonable.

Pensé en el tiempo antes de que casi tuviéramos sexo de verdad. Durante semanas, ella siempre estaba excitada y ansiosa, haciéndome arrodillarme entre sus muslos y masturbándome. Siempre sabía desde el principio cuándo estaba a punto de correrse y me atraía hacia adelante por mi pene, empujándolo dentro de su vagina con un suave gemido. Sonreía mientras la follaba durante unos minutos y luego, aliviada y libre, me corría. Después, me abrazaba y me susurraba al oído: "¡Después de tu cumpleaños, cuando tengas 16, tendremos sexo de verdad!". Todos los días, era ella quien me pedía que me arrodillara entre sus muslos. Al principio, solo empujaba la punta de mi pene dentro de su vagina y me masturbaba, y cuando estaba a punto de correrse, lo empujaba hasta el fondo porque le gustaba mucho que la eyacularan dentro de ella. Pronto, sin embargo, lo cambió todo de nuevo; tan pronto como la

punta de mi pene estaba dentro de ella, comenzaba a masturbarse el clítoris. Yo la follaba todo el tiempo mientras ella se llevaba al clímax. A medida que se acercaba su orgasmo, su rostro se contorsionaba hasta que, en el clímax, se transformaba en una mueca diabólicamente temblorosa. Luego se relajaba y me dejaba seguir follándola con una sonrisa hasta que me corrí. Repetimos esto a diario hasta esa maldita noche. Ella lo disfrutaba enormemente y no consideraba que ese vigoroso coito antes de la eyaculación fuera sexo de verdad. «Tonterías, eso no es sexo», me aseguraba, porque aún no lo deseaba. A veces me mordía suavemente el lóbulo de la oreja y me susurraba al oído: «¡Más tarde, muchacho, más tarde!». Eso no me ayudaba; yo estaba impaciente y lo quería cuanto antes. Y cuando estaba tan borracha, casi lo hacía y me castigaban a ese estúpido colchón. ¡No era justo!

Desperté con la primera luz del amanecer y la miré fijamente. Estaba tumbada boca abajo, desnuda, con una rodilla doblada y extendida sobre la manta. Estaba a horcajadas sobre la manta arrugada como una amazona, con la suave curva de sus nalgas sobresaliendo. Me incorporé y vi los rizos de vello púbico bajo su hendidura. Se removía de vez en cuando, como un perro soñando, presionando la parte inferior de su cuerpo contra la manta. Sospeché que estaba soñando con sexo. Sentí una descarga eléctrica, me arrastré hasta los pies de su cama y me quedé mirando su hendidura, que ella presionaba repetidamente con fuerza contra la manta arrugada. Me incliné hacia adelante todo lo que pude y contemplé su vulva entreabierta. Su clítoris era prominente de nuevo, casi tan largo como la punta de un dedo, y ahora lo empujaba con firmeza e intensidad contra la manta mientras soñaba. De repente, golpeó salvajemente contra el techo durante unos segundos, luego comenzó a masturbarse, moviendo la mano bajo su estómago. Estaba profundamente dormida, su abdomen inferior se contraía y bombeaba. ¡Mi corazón latía con fuerza porque había tenido otro orgasmo en su sueño!

Durante los siguientes días, apenas dormí y la observé media noche; siempre se despertaba porque se excitaba mucho en sueños, apartaba las sábanas y se masturbaba en silencio, a veces dos o tres veces, antes de volver a dormirse. Cada vez que tenía un orgasmo, levantaba la cabeza para comprobar si el chico estaba dormido. ¡Él siempre dormía profundamente, por supuesto! Tranquilizada, volvía a acostarse, abría las piernas y se masturbaba con

gran concentración. Rara vez paraba después de la primera vez; normalmente, se masturbaba dos o tres veces, durante horas seguidas, y en silencio absoluto. ¡Fue un descubrimiento sorprendente y emocionante que Isa se masturbara todas las noches! Claro que ya la había visto masturbarse antes. Pero su excitación tenía que ser bastante intensa y acorde con el ambiente para que lo hiciera en mi presencia. Pero acabo de descubrir que lo hacía todas las noches.

Durante todo el verano hubo tormentas, hizo calor y humedad, y yo seguía durmiendo en el colchón; era un excelente punto de observación. Por las noches, cuando nos íbamos a la cama, todavía había luz, e Isa siempre leía hasta que oscurecía. Durante unos días, la observé en secreto mientras tenía orgasmos nocturnos. Pronto, su expresión se volvió menos seria, y cuando se sentaba a la mesa a leer, no prestaba tanta atención a la posición de sus piernas, así que a menudo podía ver su vulva o el pliegue de su vagina. Esto me excitaba cada vez más, y comencé a masturbarme en secreto, aunque todavía había poca luz. Al cabo de un tiempo, me di cuenta de que ella solía observarme discretamente. Aunque normalmente me dormía inmediatamente después, pronto me despertaba porque se masturbaba ruidosamente por la noche. Enseguida comprendí la conexión: que mi masturbación podía provocarle una intensa excitación. A partir de entonces, abandoné todo secreto y me masturbé exhibicionistamente en mi colchón, tanto como pude. Y entonces fingí estar dormido, acechando como un espía.

Mi plan funcionó. Isa siguió leyendo unos minutos más y me miró parpadeando para ver si ya estaba profundamente dormida. Claro que sí, profundamente dormida. Incluso mientras leía, sus dedos habían estado jugando un poco con uno de mis pezones, moviendo sus lenguas hacia su vulva o clítoris. Luego, con un suspiro, dejó el libro, se desnudó rápidamente y se acostó en la cama. Abrió bien las piernas dobladas y se masturbó. Cuando su excitación aumentó y cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado y se masturbó más rápido, supe que ya no podía oír ni ver nada. Fue entonces cuando me sentaba o me acercaba con cuidado al pie de la cama para observarla bien. Con Hildegard, solo había adivinado cosas desde la distancia, y Anni tenía una vagina diminuta con un clítoris minúsculo que era casi invisible. Pero ahora lo observaba todo muy de cerca, cómo se veía y cómo lo hacía.

Donde Anni tenía dos pequeños pliegues de piel que protegían su vagina de miradas indiscretas, tenía gruesos pliegues colgando; dos labios mayores grandes, gruesos y arrugados. Entre ellos, un pliegue de piel, como una capucha, descendía desde arriba, ocultando su clítoris. Para masturbarse, empujaba este pliegue protector de piel hacia atrás con el pulgar, de modo que su clítoris emergía como la punta de un dedo, y lo masturbaba con el índice, muy suavemente. El clítoris se ponía duro y rígido, y se balanceaba de un lado a otro como una pequeña pelota que no se hundía en la bañera, pero ella seguía, dejando que la pequeña pelota bailara hasta que llegó al orgasmo.

Mientras se acercaba al orgasmo, su mano plana describía un movimiento ovalado, sus dedos extendidos presionaban contra su clítoris, y al final, cuando su bajo vientre comenzó a agitarse, presionó dos dedos de su otra mano contra su vagina y se masturbó, muy fuerte y rápido; como descubrí con el tiempo, se masturbaba muy rara vez. Ahora que el orgasmo terminó, exhaló sus jadeos reprimidos de "¡Ooh!" y "¡Aah!", y presionó sus dedos de masturbación contra su vagina solo de forma irregular y espasmódica; ahora era el momento de que yo desapareciera discretamente de nuevo en la cuna y fingiera estar dormido, pero tenía que ser rápido, mientras ella aún mantenía su mano presionada contra su vulva y dejaba que su excitación disminuyera con jadeos. Casi siempre, después de un breve descanso, lo hacía de nuevo, o incluso dos veces, antes de caer en un sueño profundo y profundo. Por supuesto que yo no podía dormirme, no después de tanta excitación. Pronto la oí respirar profundamente o roncar un poco, así que pude obtener algo de alivio rápidamente.

Por supuesto, Isabella se había dado cuenta desde el principio de que él la observaba a escondidas mientras se masturbaba desde su colchón. Fingía no darse cuenta, experimentando la excitante sensación de exhibirse mientras se masturbaba. Generalmente, consideraba la masturbación algo íntimo y privado, que practicaba solo en secreto, no delante de él, pero a veces se sentía desinhibida y lo hacía. Especialmente ahora que él estaba confinado al colchón, dejar que la observara le producía una emoción especial. En sus fantasías de masturbación, recordaba cómo, de niño, él jugaba a ese juego inocente de menearse. Cómo se detenía y disfrutaba del latido y palpitación de su pene dentro de ella. Mientras no pu-

diera eyacular, no era nada especial para ella ni para la moralista perversa que llevaba dentro.

Su pene seguía siendo el de un niño delgado, incluso cuando era capaz de eyacular. Sin embargo, su conciencia moral se removió y tuvo que advertirle que no tuviera relaciones sexuales. Con eso, su conciencia se calmó; él danzaba como un fuego fatuo sobre su vulva, y cuando le apetecía, deslizaba su delgado pene de niño en su vagina para eyacular. A veces, ella misma se excitaba tanto que dejaba su pene dentro y se masturbaba. Después, su conciencia moral la juzgó, declarándola una depravada por masturbarse tan públicamente y exhibirse de forma tan exhibicionista ante su hijo. Los meses pasaron volando, su pene creció, volviéndose más largo y grueso. Ella lo sedujo hasta que él se lo metió dentro. Él obedeció la prohibición de tener relaciones sexuales, pero ya no podía eyacular "por sí solo". Ella misma lo empujaba hacia adentro y hacia afuera, lo dejaba eyacular dentro de ella, ¡y su vagina le indicaba que con semejante pene, uno sí podía tener un orgasmo! Sobresaltada, se detuvo y se masturbó hasta alcanzar el orgasmo con los dedos. Y así, las semanas y los meses pasaron volando entre actividades pecaminosas.

Ella luchaba con un terrible conflicto interno porque, contra la feroz resistencia de su conciencia pequeñoburguesa y fanática, lo estaba manipulando lenta y cuidadosamente para que tuvieran sexo. Al principio, le permitía un poco de sexo para que llegara al orgasmo. Día tras día, ella fue ampliando ese límite, y ese poco se convirtió en más. Cuanto más tiempo tenían sexo, más a menudo ella alcanzaba el orgasmo que tanto había anhelado. Por supuesto, después decía que no era sexo "de verdad" porque no se suponía que lo fuera. Su conciencia culpable a menudo la obligaba a tomarse un descanso del sexo durante semanas, durante las cuales le hacía unas deliciosas masturbaciones y sexo oral para aliviar su conciencia. Él era tan poco exigente; su querido chico nunca hacía exigencias. La eyaculación, sí, eso era esencial, pero lo que la provocaba no era tan importante para él.

En los meses previos a aquella noche de borrachera, ella lo manipuló sin piedad, diciéndole que no tenían permitido tener sexo, y que la noche anterior, no, eso no había sido sexo de verdad. Cada noche, su lujuria la dominaba; se acomodaba, abría las piernas y comenzaba a acariciar suavemente su clítoris. Tras unos minutos

de observarla con avidez, él se arrodillaba entre sus muslos con una erección dura como una roca y la penetraba. La follaba lenta y deliberadamente, porque nunca se le permitía que pareciera sexo; ella se lo había inculcado. Por supuesto, él perdía el control antes de eyacular y la follaba con tanta fuerza que ella tenía que sujetarse los pechos, que se movían salvajemente, con ambas manos. Naturalmente, cada día le costaba más excitarse antes de correrse. Naturalmente, ella lo disfrutaba enormemente y le aseguraba que era realmente bueno y que de ninguna manera era sexo de verdad. Si procedía lenta y deliberadamente, al menos al principio, entonces sin duda no sería sexo de verdad. Sí, a veces podía explicarle bastante bien que en realidad solo se estaban masturbando juntos, él dentro de su vagina, sus dedos en su clítoris. Isa a veces dudaba de si él le creía. Su conciencia, al menos, la atormentaba mucho, porque sabía lo que era follar y no follar, y que tenía que detenerlo de alguna manera. Tenía dos o tres orgasmos antes de que su erección disminuyera. Podía durar una hora o más, porque mientras duraba la erección, ella lo atraía hacia sí después de que eyaculara, para seguir sin follar. Le acariciaba la cara y le imploraba con fervor que eso no era follar de verdad. Lo decía también para acallar su conciencia, pero sabía que era una completa tontería. Seguía considerando su masturbación algo privado, pero cuando estaba muy excitada, lo hacía, sin importarle que él la estuviera observando con curiosidad. Si él no había terminado, ella seguía masturbándose hasta que eyaculaba, y normalmente más tiempo si aún necesitaba un orgasmo. La excitación que sentía cuando él la observaba masturbarse con curiosidad, como si lo viera por primera vez, era a veces tan intensa que, después de que él se calmara, sentía la necesidad de masturbarse de nuevo, de exponerse y dejar que él la viera. A veces susurraba que lo harían como es debido cuando él fuera mayor. Pronto.

El colchón había desaparecido a la mañana siguiente. Dormimos desnudos en la cama otra vez, por supuesto, y cuando me quedé dormido después de masturbarme, pude sentirla masturbándose, algo que ya no ocultaba como antes. Sí, si me masturbaba con mucha intensidad, a veces ella también empezaba a masturbarse, y yo pronto eyaculaba y la observaba masturbándose en la penumbra. Siempre era introspectiva, profundamente absorta, y tenía orgasmos hermosos después de masturbarse durante mucho tiempo. Eran días maravillosos; esperaba para masturbarme mientras nos abrazábamos, y acariciaba la hermosa vulva de Isa

hasta que su mano se unía y ella doblaba las piernas. Luego nos masturbábamos juntos y nos observábamos. Isa sonreía y parecía feliz de masturbarse tan a menudo como quisiera.

Después se sentó a la mesa, donde bebió lentamente un vaso tras otro, mientras yo me quedaba dormido poco a poco. Pronto me daría cuenta de que beber la desinhibía por completo.

Desperté en la noche, como si sintiera movimientos apresurados a mi lado. La lámpara de la mesilla aún estaba tenuemente encendida. De repente, me desperté, percibiendo sus movimientos rápidos e intensos y su excitación. Olí el fuerte aroma a licor que desprendía y sentí su corazón latir con fuerza, el fuego ardiendo bajo su piel. Impulsado por la curiosidad, me giré completamente hacia ella y la toqué con timidez, pero no le gustó nada y se apartó bruscamente, hacia la pared.

Por los movimientos de su brazo, supe que continuaba de inmediato. Se quedó paralizada al instante cuando la toqué, cuando mis dedos rozaron su cuerpo sudoroso y tembloroso. Seguí acariciándola aunque se había acurrucado y se había dado la vuelta. Intentó alejarse aún más y ya se apoyaba contra la pared, pero cuando acaricié sus pezones y luego sus genitales, poco a poco empezó a suspirar y a jadear profundamente de nuevo, y ya no se resistió.

Estaba completamente borracha, y yo estaba absolutamente seguro de que hoy podía hacer cualquier cosa con ella. Cualquier cosa. De verdad, cualquier cosa. Estaba increíblemente emocionado.

Lentamente, se recostó boca arriba y abrió las piernas con timidez, ofreciéndose a mi mano para luego separarlas por completo. A pesar de mi nerviosismo, intuí que lo disfrutaba y que no podía parar.

Me acosté en diagonal detrás de ella, me pegué a sus nalgas y la rodeé con mi mano por la cintura, enterrando mis dedos profundamente en su vulva húmeda. La acaricié y froté; ella gimió y se quejó, pero después de un rato, me detuve, sobresaltado, cuando nuestros dedos se tocaron de repente. Nunca antes la había experimentado tan excitada sexualmente estando tan cerca; su masturbación era intensa y excitante, y esta excitación era contagiosa. Con la mano húmeda que acababa de explorar su vulva húmeda, la

giré ligeramente hacia un lado, me presioné hacia adelante con intensa lujuria y luego guié mi pene a lo largo de la hendidura de sus nalgas hasta que tocó sus labios. Hice una pausa, insertando tentativamente la cabeza de mi pene entre sus labios externos, solo un poquito, lo suficiente como para poder sentir claramente sus labios bailando de un lado a otro con el rápido movimiento de sus dedos.

Por fin, pensé emocionado, por fin íbamos a tener sexo de verdad, pero ella parecía haberse olvidado por completo de mí y seguía masturbándose impacientemente, jadeando y con la mirada perdida. Emocionado, indagué más adentro con la punta de mi pene, alcancé su vagina y solo entré unos pocos milímetros. Solo me atreví a entrar y salir con cautela, solo unos centímetros de profundidad, porque no me atrevía a ir más allá, y también estaba inseguro de mí mismo porque ella estaba completamente ausente y perdida en su propia masturbación. ¡Hurra, estoy teniendo sexo, estoy solo un poquito adentro, y la maravilla de sentirla masturbándose con la punta de mi pene! Solo la penetré con mucho cuidado, solo centímetros a la vez, y me concentré en sentir su masturbación cada vez más intensa, que duró mucho tiempo.

Tras varios minutos, tuvo un orgasmo ruidoso y apretó las nalgas con fuerza, de modo que su vagina se sacudió sobre mi glande, sobre todo mi pene, hasta que quedó completamente dentro de ella, lo que me asustó muchísimo. Sentí como si una babosa cálida y húmeda se retorciera alrededor de mi pene y lo lamiera con una lengua ardiente; como una boca, palpitaba alrededor de mi pene y parecía querer engullirlo convulsivamente.

Ella me penetró varias veces y me folló al ritmo de su orgasmo; me estremecí como si me hubiera alcanzado un rayo cuando me corrí, pero ella me agarró, mi trasero, y me presionó con firmeza y resolución hacia su orgasmo, profundamente adentro. Me corrí una y otra vez y la oí gemir y sollozar de alivio; y solo ahora, mientras ella follaba mi pene con su vagina de forma espasmódica, me penetré profundamente, dejando que pulsara y eyaculara dentro de mí, y solo noté vagamente que me sostenía con ambas manos y me penetraba, una y otra vez, hasta que se corrió de nuevo, bombeando violentamente.

Pero ya había cruzado el punto de no retorno. Me alegró que estuviera tan borracha que me dejara hacerle cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Mi pene, casi completamente erecto, seguía dentro de ella, y yo había continuado con suaves movimientos de empuje todo el tiempo. Aunque las lágrimas corrían lentamente por sus mejillas, suspiró profundamente, se acomodó mejor y, con un suspiro resignado y avergonzado, abrió sus muslos para mí. Con una mirada tímida, ebria y borrosa, su mano guió mi pene con incertidumbre hacia su vagina, y cuando entré, lo reconoció con un suave gemido y lloró con lujuria y vergüenza intolerante. Con su otra mano, me sujetó por la nalga para que no me resbalara y empujó mi pene profundamente dentro de ella, su vagina abriéndose suave y voluntariamente. Sentí que mi polla se ponía dura y grande dentro de ella y continué follando jadeando durante un buen rato hasta que me acarició el ano con exigencia, provocando mi eyaculación.

Lloró y me sonrió, completamente borracha. Sabía que podía hacerle cualquier cosa, y ella me dejaría hacerle cualquier cosa.

Siguieron unos minutos de silencio. Yo seguía rígido e hice pequeños movimientos de empuje para indicar que aún no había terminado. Pude ver que Isa estaba ebria y confundida, y al mismo tiempo, lloraba en voz baja. Me incorporé para apoyarme en sus rodillas, y mi erección salió a la luz. Por la forma en que guió mi pene de vuelta a su vagina con un suave gemido, supe que ella también estaba cachonda. Mientras follábamos, separé rítmicamente sus rodillas, y ella presionó su pelvis contra mí al mismo ritmo. Solo pasaron unos minutos antes de que jadeara, gimiera suavemente, y su vagina ordeñara intensamente mi pene. Su "¡Uahhh!" fue solo un débil gorgoteo porque ahora sostenía ambas manos frente a su rostro con profunda vergüenza. Isa gemía y lloraba de placer y acariciaba mi ano con exigencia y provocación, como siempre hacía cuando quería que me corriera más rápido. Me había entrenado en esta técnica erótica de sexo anal durante nuestros juegos, para poder provocar mi eyaculación cuando quisiera. Una intensa sensación me invadió de inmediato y eyaculé con fuerza en su vagina. Ella sollozó suavemente mientras yo eyaculaba una y otra vez, penetrando con fuerza dentro de ella hasta que mi pene se ablandó. Su llanto fue disminuyendo gradualmente y, finalmente, cansada, me apartó.

Ella sabía que algún día tendrían sexo. Isabella, por supuesto, sabía exactamente lo que hacía. Encontraba encantadores los juegos inicialmente inofensivos de menearse; él no podía tener sexo ni eyacular. Cuando finalmente pudo eyacular, ella lo dejó menear inocentemente sus nalgas y eyacular durante años; eso no era sexo, al menos no sexo de verdad. Constantemente repetía el mantra de no tener sexo mientras su pene crecía y podía eyacular. El chico obediente dejó de menearse y se volvió pasivo, pero ya no podía eyacular por sí solo. Para no socavar su mantra, ella tomó el control del sexo, usando el pene de Jack casi como un consolador. Él parecía disfrutar plenamente de que ella usara su pene para darse placer y eyacular dentro de ella. Su erección duraba hasta tres eyaculaciones antes de disminuir. Y respondía muy directamente a la estimulación de su ano, disfrutando cada vez más de ser penetrado con los dedos. Ella se aprovechó del hecho de que su pequeño pene ya se había convertido en un pene bastante respetable y grande, y podía llevarla fácilmente al orgasmo.

La rutina solía seguir un patrón. Tras un descanso de dos o tres semanas, cuando sentía esa familiar y lasciva atracción en sus caderas, tomaba su mano, la que él había usado para masturbarse, y la colocaba sobre sus pechos. Él lo entendía de inmediato y la acariciaba con ambas manos, lo cual a ella le encantaba, hasta que se excitaba profundamente. Entonces, ella estimulaba brevemente su pene y lo guiaba hacia su vagina. Cada vez, al penetrar, un suave gemido escapaba de sus labios mientras su grueso pene se abría paso en su interior. Ella lo empujaba hacia adentro y hacia afuera con ambas manos, y al poco tiempo, él eyaculaba. Ella continuaba sin esperar, porque ahora su erección duraba mucho tiempo, hasta que ella alcanzaba el orgasmo. Durante su orgasmo, o inmediatamente después, provocaba su eyaculación con el dedo en su ano; ¡la sensación de bombeo y chorro en su vagina orgásmica era tan placentera! Ella continuaba, empujando su pene hacia adentro y hacia afuera, esperando un segundo orgasmo. Sin embargo, la mayoría de las veces no lo conseguía, así que le provocaba la eyaculación final acariciándolo con los dedos. Tenía que hacerlo durante varios minutos hasta que eyaculaba.

Sabía que algún día tendrían sexo. En su mente, confundía la intolerancia común con la edad legal de consentimiento. Planeaba esperar hasta que él cumpliera 16 años para tener sexo; hasta entonces, quería mantener las apariencias y continuar con su juego

de coqueteo no tan inocente. Pero la inocencia se había esfumado. Durante meses, no había podido alcanzar un tercer orgasmo, a pesar de estar increíblemente excitada. Como solo estaba concentrada en su propio orgasmo, en su clítoris, él comenzó a tener sexo. Gradualmente, se convirtió en algo natural que continuara hasta la tercera y última eyaculación. Sí, ella lo disfrutaba; era la anticipación del momento en que finalmente tendrían sexo como es debido después de su cumpleaños. Él embestía rápida y vorazmente, queriendo eyacular pronto. Ella disfrutaba cuando su grueso pene la penetraba, a menudo llegando al clímax al mismo tiempo que él. Siempre sucedía muy rápido, y en los buenos días, ella le aseguraba que no era sexo de verdad. Él siempre se sentía aliviado, porque cuando ella lo decía, no era sexo de verdad. Ella lo repetía hasta que se lo creía ella misma. Sin embargo, la mayoría de las veces se molestaba, sobre todo porque a ella también le gustaba mucho y nunca lo detenía. Se quejaba enfadada de que no podía tener sexo con ella así como así. Pero entonces le tomaba la cabeza entre las manos y le acariciaba el pelo revuelto. «Está bien», decía, «¡algún día tendremos sexo, sexo de verdad!».

Sabía que algún día follarían. Dos días antes de esta juerga borracha, intentó variar la rutina. “Espera un minuto, mírame”, le dijo, acostándose con las piernas bien abiertas. Él se arrodilló frente a ella, observándola masturbarse con visible excitación y curiosidad. Ella lo disfrutó enormemente, moviendo sus caderas lasciva y obscenamente mientras estimulaba su clítoris. Cuando sintió que su orgasmo se acercaba, gritó: “¡Sí, ahora!” y él la penetró rápidamente. Después de solo unos segundos, él explotó, eyaculando a chorros, su orgasmo la abrumó simultáneamente. Después de unos segundos, ella quedó satisfecha y lo detuvo. “¡Despacio, muy despacio!”, ordenó, “¡No debería parecer que estás follando!” Obedientemente, él abandonó de inmediato sus rápidas embestidas y comenzó a follar muy, muy despacio. Ella lo disfrutó enormemente, porque esto permitió que su propia excitación aumentara gradualmente. Este lento movimiento de entrada y salida, con un grueso pene llenando su vagina e incorporando rítmicamente sus labios y clítoris a sus movimientos, la excitó intensamente. A veces lo acariciaba, pero sobre todo se acariciaba los pechos y los pezones. Lo acariciaba y murmuraba que esto era correcto, que esto no era follar. Lo acarició durante quizás media hora hasta que empezó a jadear y gemir. “¡Ahora, sí, ahora estoy a punto de correr!”, jadeó, y él aumentó sus embestidas, provocando instantáneamente

su orgasmo. Dejó que su orgasmo disminuyera mientras él continuaba salvaje y violentamente. Sujetó firmemente sus pechos que se balanceaban salvajemente con ambas manos. Segundos después, eyaculó entre dientes apretados, con el rostro contraído por el esfuerzo. Pero no obedeció cuando ella le susurró que tenía que bajar el ritmo. No pudo evitarlo; no se detuvo y continuó follando con la misma salvaje intensidad. Conmocionada, se dio cuenta de que no podía detenerlo. El vigoroso movimiento de entrada y salida de su grueso pene reavivó su excitación. Se agarró los pechos temblorosos con ambas manos, apretando, pellizcando y tirando de sus pezones, sintiendo el calor subir por sus caderas. "¡Uaah! ¡Uaah!" escapó de su garganta repetidamente, el orgasmo duró minutos debido a las intensas embestidas. Él continuó embistiéndola, y ella le susurró repetidamente que se detuviera, pero el constante movimiento de entrada y salida la hizo jadear y gemir con intensa excitación. Él mostró los dientes y contorsionó su rostro en una mueca mientras finalmente eyaculaba. Ella sintió sus orgasmos pulsantes pero no experimentó el chorro habitual de semen en absoluto. Él permaneció dentro de ella hasta que su pene se volvió completamente flácido. Cuando se acostó a su lado, recuperando lentamente el aliento, ella le dijo que no podía follarla como lo acababa de hacer. Eso era casi como sexo de verdad, y no tenían permitido hacer eso. Él asintió con cansancio y no dijo nada, porque no entendía. Ella le acarició el pene y le dijo que lo estaba haciendo muy bien, que ya estaba deseando que cumpliera 16 años para poder tener sexo de verdad. Después, se abrazaron y se acariciaron suavemente hasta quedarse dormidos.

Sí, anoche lo había permitido; no, en su borrachera prácticamente lo había seducido para acostarse con ella. Era exasperante que estuviera tan borracha y le dejara tan claro que podía hacerle lo que quisiera, absolutamente lo que quisiera. Si hubiera estado más sobria, no lo habría hecho. Isa no sabía qué hacer ahora que se había abierto la caja de Pandora. Decidió esperar hasta su cumpleaños. Sabía que algún día se acostarían.

Uno de los días siguientes, llegó el momento. Isa ya se estaba frotando rápidamente y no se percató de nada; siempre se mostraba retraída y absorta en su propio mundo cuando se masturbaba. Tampoco se dio cuenta de que me arrodillé entre sus muslos y acerqué con cuidado mi erección. Respiraba agitadamente porque se acercaba su orgasmo, y yo contuve la respiración porque se es-

taba frotando tan rápido que pensé que no podría parar. Pero cuando penetré con cautela en su hendidura, se estremeció.

—¿Qué estás haciendo? —gritó alarmada, buscando a tientas la lámpara de la mesita de noche, que era incómodamente brillante. Volvió a pulsar el botón y atenuó la luz. Por supuesto, supo inmediatamente lo que pretendía hacer. Isa sabía que hoy iba a ser follada, realmente follada. Me arrodillé rígido y nervioso ante ella, sujetándole las rodillas con ambas manos. —No —susurró con voz ronca mientras lentamente le separaba las rodillas, lo que permitió sin resistencia y con total disposición. Observé su sexo húmedo y el dedo que aún descansaba sobre su clítoris bajo la luz brillante, y vi que su abertura vaginal aún temblaba ligeramente. Con vacilación, extendí una mano hacia su hendidura excitada y temblorosa y la separé un poco más, momento en el que dejó de jadear y contuvo la respiración, todavía increíblemente cachonda. Con curiosidad, palpé el clítoris grande, duro e hinchado que sobresalía audazmente de su pliegue de piel. Se estremeció como si la hubieran electrocutado y susurró, ahogada por la vergüenza, que no la tocara allí, pero aun así lo permitió. Cerró los ojos teatralmente y giró la cabeza sumisamente y avergonzada hacia un lado, pero no se resistió en absoluto a mis caricias curiosas. Isa era muy consciente de que la caja de Pandora se había abierto irrevocablemente, que no se podía posponer hasta mi cumpleaños. Sabía que estaba a punto de ser follada. Eso estaba bien; se haría la difícil y protestaría formalmente, pero débilmente. No me dejaría ganar sin esta pequeña actuación.

Me tumbé sobre su estómago, acaricié sus pechos como solía hacerlo y me mecí suavemente de un lado a otro, con la punta de mi pene firmemente presionada contra su hendidura. Se calmó rápidamente y me dejó continuar. Pensé en cuántas veces lo habíamos hecho antes y lo dije. “No”, susurró, fingiendo miedo, “¡no puedes follar con tu madrastra!”. “Sí, puedo”, pensé en silencio, y al mirarla, vi miedo y desesperación, pero también excitación y lujuria. Tenía lágrimas en los ojos, lágrimas de vergüenza y lujuria culpable, mientras susurraba: “¡No, no debemos follar!”. ¡Sí, Isa era una maldita buena actriz!

Bajé una mano entre nosotros y acaricié la punta de mi pene varias veces en su hendidura. Podía sentir que aún estaba increíblemente excitada por su masturbación anterior, y que su cuerpo

pensaba diferente a su mente. Isa sabía que estaba a punto de ser follada. Me enfadé porque susurró, con la voz ahogada por las lágrimas, que no quería ser follada, mientras que al mismo tiempo sus muslos se separaban voluntariamente. “No lo hagas”, susurró, mirándome con una expresión lujuriosa y excitada, “por favor, no me folles, ¡no te corras!” mientras indicaba a medias que quería cerrar un poco las piernas. Extendió la mano hacia mí y pareció apartarme a medias, pero la agarré de los antebrazos, los doblé hacia atrás y los forcé a bajar detrás de su cabeza. ¡Maldita sea, debería dejarme hacerlo! La solté lentamente, y ella dejó sus brazos allí como si los hubiera atado mágicamente detrás de su cabeza.

Isa sabía que por fin iba a ser follada y me miró expectante, muy lujuriosa, y dejó de llorar. Me zumbaban los oídos cuando le abrí los muslos con una mano y no sentí ninguna resistencia. Abrió las piernas voluntariamente y lentamente la penetré, infinitamente lentamente, mientras la veía inhalar profundamente con un gemido de placer, como siempre. Cuando estuve completamente dentro, giró la cabeza hacia un lado y cerró los ojos fingiendo vergüenza. Susurró sin tono que no quería ser follada, pero no se resistió en absoluto; en cambio, abrió su vulva suave y voluntariamente, empujando alegremente hacia mí mientras comenzaba a follarla.

De repente, sentí un dolor en el corazón por haberle hecho esto. Apoyé mi rostro en su cuello y le pellizqué suavemente los pezones con los dedos, porque a ella le encantaba. Me quedé inquieto sobre ella, acariciándole los pezones, moviendo ligeramente la pelvis, y pude sentir cómo se endurecían poco a poco. A diferencia de la pequeña y apretada vagina de Anni, la suya, aunque grande y suave, era sorprendentemente estrecha. Se sentía como una masa suave y cálida que envolvía mi pene con facilidad, como si estuviera en una caverna estrecha. La vagina de Anni siempre se había sentido como un guante firme y ajustado; ahora, sin embargo, solo sentía una suave calidez y un abrazo suave y pasivo. Era a la vez excitante y asombroso. La vagina de Isa se sentía completamente diferente, muy especial, cada vez.

Isa respiraba y jadeaba profundamente mientras yo yacía encima de ella, follándola con fuerza. Su miedo y sus lágrimas me habían vuelto loco; embestía y embestía con todas mis fuerzas. Una transformación tuvo lugar en ella, una que ya había notado antes

con Anni. De repente se volvió suave y complaciente, sus caderas se movían al ritmo de mis movimientos y sonrió. Después de un rato, jadeaba igual que Anni cuando follaba con Willi, embistiendo salvajemente desde abajo. Inesperadamente, dejó escapar su "¡Uaah!", como siempre hacía cuando tenía un orgasmo, y sus caderas se movieron en oleadas cortas e intensas. Sentí que me acercaba al clímax y me masturbé cada vez más rápido. Todo su cuerpo temblaba y se agitaba con mis embestidas, y aunque seguía embistiendo con fuerza, susurraba en breves ráfagas: "¡No, no, no me folles!"

Ya era demasiado tarde para eso. Apreté los dientes y lancé el primer chorro profundamente en su suave y cálido útero. Ella jadeó y cerró los ojos con fuerza; embestí convulsivamente contra su vulva, y chorro tras chorro salió disparado de la punta de mi pene dentro de ella. Aunque mi pene aún estaba duro, me sentí culpable y quise parar. Pero calculé mal la situación; ella rápidamente agarró mi pene y lo volvió a introducir en su vagina. No se conformó con una sola follada, y yo me alegré, así que follamos de nuevo. Ella jugueteó con sus pezones con sus dedos, y sus grandes y pesados senos se sacudieron al ritmo de la follada. Su "¡Uaah!" resonó y se convirtió en gemidos jadeantes, mientras su clímax duraba mucho tiempo. Me miró con una expresión de satisfacción y me dejó follarla paciente y pasivamente hasta que finalmente me corrí. Sentí que mi pene se encogía gradualmente y se deslizaba fuera de su vagina con un chasquido inaudible.

Me sentía oprimido y esperaba ansiosamente una diatriba. Pero ella permaneció allí tumbada, tal como yo me había deslizado de ella, y me acarició el pelo. «Niño estúpido», me regañó, y yo suspiré aliviado porque no sonó cruel, «¡no tienes permitido follar con tu mami!». Me alivió ver que me sonrió amablemente mientras decía esto, y cerré los ojos durante unos minutos porque estaba feliz y terriblemente cansado.

Unos días después, al despertar por la mañana, sentí que me alcanzaba y me tocaba el pene. Lenta y suavemente, lo acarició hasta que volvió a ponerse erecto, y luego continuó acariciándolo suavemente de arriba abajo hasta que se puso duro y rígido. Me incorporé a medias y la miré; sus ojos brillaban con una sonrisa febril. Sospeché que acababa de masturbarse y que aún estaba muy cachonda. Continuó acariciándome de forma seductora con su

mano, luego se inclinó hacia adelante y me susurró al oído: "¿Quieres hacerlo otra vez?". Al principio no entendí y la miré con sueño, pero parecía bastante avergonzada, así que le susurré: "... otra vez... ¿joder?". Bajó sus ojos, que brillaban con fiebre, tímidamente y susurró con una expresión infantil: "¡Sí, quiero que me folles!", y tras una breve pausa: "¡Por favor, lo necesito, ahora!".

Tenía los oídos zumbando, el pene duro como una roca y el cansancio se me había esfumado. Me coloqué rápidamente entre sus muslos, que ella abrió con evidente excitación, apoyé la cabeza en su hombro y jugué con sus pezones. Bajó la mano y con delicadeza me guió el pene hacia su vagina, para luego abrazarme con ternura. Sentí su intensa lujuria con todos mis sentidos y la follé con toda la fuerza y rapidez que pude. Desde el primer instante, cerró los ojos y jadeó, moviendo las caderas al ritmo de mis movimientos mientras la penetraba con precisión milimétrica.

Ella se excitó cada vez más y empujó con más y más fuerza, luego su rostro se contorsionó, y después de un largo y profundo jadeo, un pequeño sonido escapó de su garganta, un "¡Uaah!". Yo aún no había llegado y continué follando enérgicamente. Su clímax aún continuaba, su vagina aún palpitaba, y arqueó la espalda en una placentera desesperación, exhalando ruidosamente mientras tenía un orgasmo, porque la estaba follando fuerte y rápido. Instintivamente supe que así era exactamente como debía ser. Una oleada caliente surgió dentro de mí, luego casi me derrumbé al correrse. Ella sostuvo mis nalgas firmemente con ambas manos, en un abrazo amoroso, mientras eyaculaba a chorros y gradualmente me calmaba.

Me sostuvo con cariño y ternura en sus brazos mientras volvía a dormirme, y luego me susurró al oído que yo era su pequeño toro. Adormilado, murmuré que no era un toro, pero ella solo sonrió sabiamente y me acunó hasta que me quedé dormido.

Diversión en el baño

von Jack Faber © 2020

Isabella había viajado a España para ver a su marido —mi padre— y a sus familiares. Le costaba mucho dejarme sola, pero lo había planeado todo y me había dejado muchísimo dinero para que no me pasara hambre durante esas ocho semanas. Le prometí ir a la piscina todos los días, comer tres veces al día como siempre y no meterme en líos. Llamaría a los Eders todos los viernes por la noche para preguntarles lo que fuera. Conocíamos bastante bien a los Eders y, lo más importante, tenían su propio teléfono. Le prometí todo, sí, incluso nada de fiestas ni visitas a nuestro apartamento. Estaba emocionada y curiosa por las aventuras que me esperaban.

El primer día, dormí hasta el mediodía y fui a la piscina. ¡Cuántos cuerpos de mujeres hermosas, algunas siguiendo las últimas tendencias de la moda y en topless! ¡Qué delicia! Una horda de penes pequeños corría en círculo, rodeando a una jovencita, volviéndose más osados cuanto más lloraba ella, indefensa. El más grande la agarró y le arrancó la parte de arriba del bikini brutalmente, y ella intentó cubrirse los pechos con los brazos. Los pequeños gritaban: "¡Quítatelo! ¡Quítatelo!". Eso bastó para despertar mis instintos protectores. Mi voz fuerte los silenció de inmediato; el grande recibió dos fuertes bofetadas, y antes del tercero, todos huyeron. ¡Les grité que no volvieran a molestar a esa chica jamás!

Tomé la parte de arriba y dije mi nombre. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y la examinó. Dijo que se llamaba Babsi, y la prenda estaba completamente rota. Babsi, repitió, de Barbara. Soportó mi inspección con inocencia pero con seguridad, encorvando los hombros para lucir sus lindos pechos. Charlamos animadamente, mis ojos iban de un pecho a otro, entre sus pechos y sus ojos, lo que parecía disfrutar mucho. Hablamos durante un buen rato; iba a la misma escuela que yo, tenía 15 años —no, me corrigió, ya 16— y vivía en tal sitio. Y no, no podía quedarse porque no le permitían ir en topless; su madre se lo había prohibido. Se fue después de que hiciéramos planes concretos para vernos mañana en la piscina. Le comenté que tenía un vestuario familiar privado y que podría gastar el dinero de la piscina en helado mañana. Se fue sonriendo feliz.

La vi casi toda la noche al cerrar los ojos. Era mucho más baja que yo y regordeta; no era muy guapa, su largo cabello rubio parecía rebelde, y solo sus ojos grises delataban su inteligencia. ¡Pero qué pechos! Seguramente era demasiado joven para mí, con 16 años, pero ver sus pechos en la oscuridad de mi habitación me produjo un cosquilleo de placer. Al día siguiente, ya la estaba esperando con la llave, y entramos, con el corazón latiendo con fuerza, en el cubículo al final del pasillo.

Nos desvestimos, yo nervioso, ella completamente desinhibida. Se giró hacia mí y, con inocencia infantil, exhibió su desnudez durante largos minutos, mirándome con curiosidad y dejándome mirarla. Nos abrazamos, juntamos nuestros cuerpos desnudos y nos besamos durante un buen rato; era muy buena en eso. Después del último beso hermoso, lo intenté de inmediato y directamente, pero ella me rechazó suavemente, diciendo que esperaría hasta la boda. Palpó mi pene y susurró que era muy buena en eso, que había masturbado muchos penes. Asentí, dejé mis manos sobre sus pechos y me hizo una maravillosa paja, dejando que mi semen rociara sus pechos y frotándolo con una sonrisa. Fuimos a nadar y admiramos juntos hermosos cuerpos, calificando pechos desnudos con notas escolares, pero ella seguía mirando mi bañador, evaluando la erección de mi pene. Era una pequeña pícara ardiente, y tuvimos que volver a la cabaña cuatro veces más para ocuparnos de mi pene erecto. Quedamos en vernos de nuevo mañana.

Babsi se convirtió en una buena amiga, y siempre disfrutaba haciéndome una paja cuando veía mi erección palpitante. Me gustaba mirar su desnudez con curiosidad; casi no tenía vello púbico todavía, y debajo de su monte de Venus plano, podía ver su sorprendentemente grueso pliegue vulvar, que ocultaba tanto sus labios como su clítoris, como suele ocurrir con las chicas muy jóvenes. Le acaricié el monte de Venus y le pregunté en voz baja si se masturbaba. Me sonrió radiante con su mirada inocente y susurró: “¡Sí, por supuesto!”. Le susurré que debería hacerlo; me encantaría mirarla. Con entusiasmo infantil, asintió y se sentó frente a mí. Mientras abría las piernas, miré sus pequeños labios y vi su clítoris, que me pareció muy pequeño. Luego se masturbó con destreza, y noté que, si bien su clítoris no creció, se puso muy rígido y duro bajo su dedo, palpitando como una pequeña espina rígida cuando presionaba su dedo contra un punto encima de él durante su orgasmo. Su orgasmo llegó rápido, en silencio y con mucha suavidad; solo

su clítoris y su vagina se contraían intensamente. Permaneció allí tumbada durante un buen rato, con las piernas bien abiertas, dejando que su corazón comenzara a latir con más calma.

Me incliné hacia adelante, miré con atención dentro de su vagina, pero por más que miré, ¡no había himen! ¡Una vagina perfectamente normal y abierta, sin duda alguna! Pregunté con mucha cautela sobre "esperar hasta la boda", y ella susurró que hablaba muy en serio, que su madre la había hecho hacer un voto, y... La interrumpí y dije: "¡No eres virgen, ya no tienes himen!". Se incorporó protestando, pensando que estaba bromeando. Entonces se dio cuenta de que hablaba en serio y juró que nunca había tenido sexo. Sus amigas solo estaban allí para besarse, y la cosa solo llegaba hasta hacerles una paja. Si alguna quería tener sexo de verdad, lo dejaba plantado. Nunca, jamás había tenido sexo, lo juró por todos los santos. ¡Seguía siendo virgen, tenía que serlo!, dijo con absoluta certeza. Aun así, noté su incertidumbre.

Jaque mate en dos movimientos, pensé, y comencé a seducirla con lógica clara. "Babsi", dije, "si eres virgen y te meto el dedo..." Babsi negó con la cabeza con asco... "vale, te meteré el pene en la vagina con mucho, mucho cuidado, pero entonces no funcionaría, tu himen lo impediría, sentirías dolor inmediatamente, ¿no? Entonces sabrías con seguridad si sigues siendo virgen..." Su asco se transformó en una reflexión profunda, curiosidad y un poco de excitación. Me deslicé hacia adelante y mi glande tocó sus labios. "¿Lo sientes?" pregunté, y ella asintió. "¡No duele!" El glande penetró lentamente un poco en su vagina. "¿Lo sientes?" pregunté, y ella asintió. "No duele, se siente raro." "¡Se siente bien!" añadió Babsi con entusiasmo. Muy lentamente, el pene entero, incluyendo el glande, se deslizó dentro de ella, y la miré triunfante. «No, no duele», dijo Babsi, profundamente conmocionada, porque se había estado mirando todo el tiempo y podía ver que el pene entero estaba dentro de su vagina. Jaque mate en el siguiente movimiento.

Le di tiempo de sobra. Mi pene estaba profundamente dentro de ella, palpitando suavemente. Su mano exploró su interior, luego intentó sacarlo. No pudo. Hice unos pequeños movimientos, y una hermosa sonrisa apareció en su rostro al sentirlo. Suspiró profundamente y cerró los ojos. Pero el voto, susurró, a lo que respondí sin ceremonias: "¡Al diablo con eso!". Apenas moví mi pene, pero

vi su sonrisa alegre y expectante. Cuatro, susurró, no es arriesgado el cuarto día. Cerró los ojos y se relajó, los abrió voluntariamente y murmuró, con el rostro sonrojado por la vergüenza: "¿Lo harás? ¿Quieres follarme?". Me miró, avergonzada pero con una expresión infantil e inocente: "¡Me gustaría intentarlo una vez!".

Esa fue nuestra primera vez teniendo sexo; ella lo disfrutó muchísimo y tuvo orgasmos repetidos. Después de que eyaculé, susurró emocionada que había sentido la eyaculación intensamente y que había tenido tres orgasmos. Era una de las pocas mujeres que conocía que podía experimentar orgasmos vaginales durante el sexo. Gracias a mi buena práctica, tuvimos sexo toda la tarde, pero tuve que parar, agotado, después del cuarto orgasmo. Durante los días siguientes, pasamos horas en la cabaña teniendo sexo, masturbándonos juntos o el uno al otro. Susurramos durante horas; pronto lo sabíamos todo el uno del otro.

Ella se masturbaba con la misma frecuencia y placer que yo, y disfrutaba muchísimo de mis caricias. También le encantaba cuando eyaculaba sobre sus pechos o su estómago durante una masturbación manual y se lo frotaba. Cuando nos masturbábamos juntos, tenía que eyacular sobre sus hermosos pechos vírgenes, de los que estaba muy orgullosa. Y cuando entrábamos al agua después, se reía y susurraba sobre cuántas chicas se habían quedado embarazadas en el agua ese día. Rápidamente aprendí a llevarla a orgasmos múltiples y muy suaves, del tipo que le encantaba, mientras ella susurraba sobre cuántas veces lo había hecho antes de quedarse dormida la noche anterior.

Le gustaba que, mientras la acariciaban o la masturbaban, me susurrara al oído todos sus secretos, todas sus aventuras eróticas. Al principio, me contó sobre sus muchas masturbaciones, sobre cada chico al que había masturbado. No me interesaba especialmente, aunque describía con gran detalle cómo, la primera vez, solo había observado cómo el chico lo hacía solo, y luego lo había masturbado con avidez y dedicación. Aprendió con curiosidad la diferencia entre penes circuncidados y no circuncidados, los diferentes tamaños y formas del glande, las diferentes eyaculaciones, y aprendió que algunos lo querían solo una vez, otros varias. Y que a ninguno le importaba el escroto.

Cuando tenía seis años, una prima la visitaba y dormía en su habitación sobre un colchón. Noche tras noche, la veía apartar las molestas sábanas y masturbarse una y otra vez, hasta quedar exhausta. Una noche, se escabulló de su cuna, se acercó sigilosamente a su prima y la observó de cerca. La prima la vio y le preguntó si ella también lo hacía, pero la pequeña negó con la cabeza y susurró que no podía. «Tonterías», dijo la prima, y la atrajo hacia sí. Con delicadeza y destreza, masturbó a la pequeña Babsi, quien esa noche experimentó orgasmos maravillosos por primera vez.

A partir de entonces, se masturbaba todas las noches, durante mucho tiempo y con tanta frecuencia que se quedaba dormida del cansancio. Su madre a veces la pillaba cuando volvía a la habitación de los niños para ver cómo estaban. Al principio, Babsi se sobresaltaba, pero con el tiempo simplemente continuó y no se dejó molestar. Más tarde, notó que su madre la observaba durante mucho tiempo y luego bajaba en silencio. Babsi se reía cruelmente al contar cómo, después, podía oír a sus padres teniendo sexo intenso, mucho más a menudo que antes. A veces bajaba de puntillas hasta el pie de la escalera y los observaba teniendo sexo, normalmente con la puerta abierta en el dormitorio bien iluminado. A veces su padre no quería, así que su madre le hacía una paja si él quería y esperaba hasta que estuviera profundamente dormido. Entonces apagaba todas las luces excepto la lámpara de la mesita de noche y se masturbaba durante mucho tiempo, una y otra vez, estremecida por los orgasmos. Le llevaba como máximo un minuto, y solo hacía pausas muy cortas. Solo el último orgasmo fue tan intenso que se detuvo y apagó la luz. Babsi habló de todo esto muy abiertamente, describiendo el cuerpo y los genitales con gran detalle. La idea de que su pequeña hija pudiera estar observando la sexualidad de sus padres nunca se les pasó por la cabeza. Babsi sonrió con una mueca de desprecio mientras relataba estas cosas y dijo que había aprendido a hacer una paja observando a su madre. “Afortunadamente, heredé mi buena capacidad para tener orgasmos de mi madre”, añadí. Babsi se quejó de que no entendía a su madre en absoluto: durante el día era tan intolerante y piadosa, siempre hablando de pecados, y una vez, cuando su padre no la escuchaba, dijo que “frotarse por la noche” era un gran pecado; sin embargo, ella misma se masturbaba, en completo secreto, aunque fuera un pecado. Estuve de acuerdo en que era cruel hacerlo en secreto a espaldas de su padre.

Cuando le pregunté si lo hacía con otras chicas, hubo una larga pausa. Luego, armándose de valor, me exigió mi palabra de honor de que no se lo contaría a nadie. Sí, estaba su mejor amiga, Evi, ya la conoces. La alta y delgada con el pelo largo y negro, todos la llaman "la Misteriosa". Eran mejores amigas desde hacía un año, y Evi solía venir a estudiar y quedarse a dormir. Proviene de una familia pobre donde su padre, su madre y su tío a menudo se pelean cuando están borrachos. Así que, cuando Evi se quedaba a dormir, se miraban desnudas y se masturbaban juntas o entre ellas, tan a menudo como querían. Y a Evi le encantaba masturbarse tanto como a ella.

Sí, Evi ya sabía de sexo. Babsi pensó mucho si debía revelarle ese secreto. Su tío la había violado cuando tenía 13 años y lo había vuelto a hacer, aunque a Evi no le gustaba. ¿Y sus padres lo permitían?, pregunté, y Babsi se encogió de hombros. Ya estaban borrachos por la tarde y no se dieron cuenta de nada, pero cuando Evi se percató de que su tío no bebía mucho, supo que pronto subiría sigilosamente y la violaría.

Babsi y yo lo pasábamos de maravilla juntas, con mucho sexo, masturbación y cuentos. Y sí, a veces también íbamos a nadar. Una mañana, Babsi no apareció. La esperé ansiosamente bajo el sol abrasador, muy preocupada. Entonces una joven se me acercó lentamente y con cierta inseguridad. Me adelanté y le pregunté: "¿Evi? ¿La amiga de Babsi?". Ella asintió aliviada y dijo que Babsi no vendría ese día, que no se sentía bien. Tenía la regla, le expliqué, y le agradecí que hubiera venido; fue un bonito favor. Charlamos brevemente sobre el colegio, y luego le pregunté si quería venir a nadar conmigo. Ya había comprado las entradas, podía usar las de Babsi, y tenía un vestuario disponible. Lo pensó un momento, con sus ojos brillantes mirándome con curiosidad, luego asintió y entramos al vestuario.

Mientras nos desvestíamos, noté que sus bragas tenían un remiendo en un costado; rápidamente lo escondió en su bolso. Antes de que se pusiera su viejo y desgastado traje de baño, le toqué la cadera y la giré para que me mirara. Se sorprendió un poco por mi suave abrazo, pero me devolvió el abrazo. Sentí el maravilloso contacto de nuestros cuerpos desnudos y calientes por el verano, y le susurré al oído que no era un mal tipo, y ella susurró de vuelta: "No, lo sé, Babsi me lo contó todo". "Definitivamente no está celo-

sa", murmuré, "no somos amantes, solo nos divertimos y tenemos sexo juntos". Sentí que asintió con la cabeza y susurró que Babsi había dicho casi lo mismo esa mañana cuando la había preparado para todo lo que pudiera pasar. Babsi no estaba celosa y me rogó que la dejara en paz, que yo no era un mal tipo. ¡Bien, querida Babsi! Sonreí en silencio y nos abrazamos durante un largo rato.

Nos miramos, luego ella cerró los ojos mientras la besaba en la boca. Nos tomó un momento, luego nos besamos, y pensé que estaba muy insegura de sí misma en cuanto a los besos franceses. "Eres la primera persona a la que beso así", dijo, con la mirada baja por la vergüenza. Sin responder, la besé de nuevo, guiando suave y tiernamente su lengua con la mía, y nos besamos durante un buen rato. Mi erección palpitaba y golpeaba contra su monte de Venus. Ella bajó deliberadamente una mano y la buscó, rodeándola y acariciándola suavemente mientras seguíamos besándonos apasionadamente. Después de besarnos, me susurró al oído que Babsi ya le había dicho que lo necesitaba cuatro o cinco veces, y que eso estaba bien para ella. Luego me miró con sus ojos claros y brillantes y dijo que si lo necesitaba ahora mismo, estaba bien, pero que aún no era muy buena en eso. Solo lo había hecho una vez antes con un compañero de clase, pero probablemente no era muy buena. Ella había sujetado su pene correctamente con los dedos, había retraído el prepucio todo lo que podía y se había asegurado de que el glande asomara mientras lo masturbaba vigorosamente. Pero después de unos diez minutos, él eyaculó a chorros sobre el suelo y salió corriendo a toda velocidad.

La tranquilicé diciéndole que estaba muy cachondo y que lo necesitaba ya mismo, ahora mismo por favor, y que no se preocupara, que yo la guiaría. Que seguro que no haría nada malo. Me senté en el banco con las piernas bien abiertas, ella se arrodilló frente a mí, con la cara sonrojada, y empezó a masturbarme, la verdad es que bastante bien. Cuando empecé a eyacular y mi semen salió disparado a chorros sobre su pecho y su estómago, se detuvo, y yo jadeé diciéndole que tenía que seguir hasta que saliera todo. Obedientemente, siguió masturbándome hasta que terminé y besé a Evi con firmeza y gratitud. Luego fuimos a nadar. Pronto me di cuenta de que no dejaba de mirar el quiosco. Le dije que tenía hambre y corrí rápidamente al vestuario a buscar dinero. Luego me compré unas patatas fritas, y después le pregunté qué quería. Dudó un poco hasta que decidí claramente que yo la invitaba, que

podía elegir lo que quisiera: patatas fritas, un perrito caliente y kétchup. Comimos con mucho apetito y compramos más patatas fritas, y la convencí de que comiera una salchicha si la compartíamos.

Ella estaba llena, pero yo compré dos helados grandes, que devoramos con gusto. Mientras comíamos, dudó un poco y me preguntó si podía contarme algo triste. Éramos los únicos en las mesas a esa hora temprana, así que asentí para animarla y bajé la mirada a mi helado. Con vacilación, buscando a menudo las palabras adecuadas, dijo que era sobre sexo, y me contó la historia de su tío. Una vez la había sorprendido masturbándose en pleno acto y luego la chantajeó sigilosamente, amenazándola con contárselo a sus padres si no lo dejaba tener sexo con ella. Ella tenía unos 13 años entonces, era curiosa y todavía estaba increíblemente cachonda por haberse masturbado. Ella yacía allí desnuda y vulnerable, y él se deleitaba con su desnudez excitada hasta que se bajó los pantalones y se masturbó brevemente hasta que estuvo completamente erecto. Aterrorizada y llena de vergüenza, ella lo dejó tener sexo con ella, y le dolió un poco cuando se le rompió el himen.

Pero después de eso estuvo bien y no dolió; al contrario, le gustó mucho el sexo. Fue la única vez que él eyaculó dentro de ella. Más tarde, cuando su tío estaba a punto de eyacular, ella lo apartó y él tuvo que masturbarse y eyacular él mismo. Varias veces por semana, su tío se escabullía escaleras arriba hasta su habitación, mientras sus padres ya roncaban borrachos en la sala, y ella tenía que tener sexo con él. Pero a Evi de alguna manera le gustaba el sexo, aunque nunca podía tener un orgasmo mientras la penetraban. Él gruñó cuando Evi lo esquivó y le sugirió que se masturbara él mismo. Así que se sentó allí sonriendo tontamente, masturbándose y eyaculando, porque ella no le permitía tener sexo con ella durante su menstruación. Pero de alguna manera ella sabía con certeza que él no debería haber estado teniendo sexo con ella en absoluto; era demasiado joven para eso. Cuando terminó, conteniendo las lágrimas, me levanté y la abracé con todo el cariño que pude.

La abracé con fuerza hasta que dejó de llorar. Terminamos el helado, le tomé la mano y entramos en silencio al vestuario donde guardé mi dinero. Luego nos sentamos en el banco y hablamos con mucha calma sobre lo sucedido. A veces la abrazaba y la besaba

con ternura y cariño fraternal. Le costó mucho calmarse y escucharme cuando le dije que el sexo era algo muy hermoso y que, a pesar de la depravación del tío, uno debía sentirlo en el corazón y apreciar su belleza. Hablé largo rato sobre la belleza del sexo. De repente, sonrió y puso una mano sobre mi erección, que se notaba a través de mi bañador.

Sin decir palabra, se levantó y me quitó el bañador, dejando al descubierto mi miembro erecto. Estaba a punto de empezar a masturbarme, sonriendo con dulzura, cuando la alcancé y la desvestí con suavidad pero con firmeza. Luego la senté en el banco, y nos abrazamos y besamos durante un buen rato, con mi erección palpitando y ardiendo. La recosté suavemente boca arriba y me arrodillé. Cuando mis manos tocaron sus rodillas, ella misma abrió las piernas y suspiró suavemente: "¡Estoy tan excitada!". Fui tan gentil y suave con ella como pude, acariciando repetidamente la parte interna de sus muslos y penetrándola con cuidado. Mantuvo los ojos cerrados y solo los abrió cuando me corrí; sus ojos brillantes me miraron con ternura, y pude sentir que me dejó correr completamente relajado. Durante el descanso, dejé mi pene semierecto dentro de ella, y cuando nos besamos de nuevo durante un buen rato, se puso completamente erecto, y empecé a penetrarla de nuevo, lo que la sorprendió. A la tercera vez, su excitación finalmente se convirtió en jadeos y gemidos de felicidad, pero incluso antes de su orgasmo tuve que eyacular y al mismo tiempo sentí que era suficiente.

Me puse en cuclillas sobre mis talones y le susurré que debería hacerlo ella misma, que quería mirar. "Babsi también lo hace por mí", susurré. Después de una larga y avergonzada vacilación y mis caricias alentadoras, su mano se movió tentativamente hacia su vulva, luego, con el rostro vuelto y los ojos cerrados, comenzó a masturbarse lentamente. Me puse en cuclillas justo frente a ella y observé con curiosidad. Evi era muy delgada y solo un poco más baja que yo, su largo cabello negro le caía hasta los pechos. Sus pechos no eran tan llenos y redondos como los de Babsi; podía decir que aún no tenía 16 años. Su monte de Venus todavía estaba completamente lampiño y no era tan deliciosamente lleno y redondo como el de Babsi, pero tenía labios mayores muy pálidos y grandes que claramente abrían su vagina de par en par. Y en medio, un clítoris maravilloso, hermoso y muy grande, de color rosa pálido y completamente liso, que creció y creció al comienzo de la mastur-

bación hasta alcanzar casi la mitad de mi dedo meñique. Y también vi esto por primera vez: ¡el clítoris tenía forma de glande en la punta! Un pequeño glande de verdad, como el de los niños pequeños, con una pequeña muesca circunferencial debajo. El glande del clítoris también se endureció y cambió de color, de rosa pálido a rojo oscuro, durante la masturbación.

Evi a veces se llevaba el dedo a los labios para humedecerse el clítoris, generalmente frotando el glande con movimientos circulares. Mientras comenzaba a tener un orgasmo, levantó la cabeza y me miró con una mirada melancólica. Asentí con la cabeza para animarla y tranquilizarla, y ella se frotó el clítoris y el glande con mucha fuerza hasta que, con el rostro contraído por el dolor, jadeó y exhaló, y su abdomen inferior comenzó a ondular y moverse. Presionó el dedo sobre su clítoris contra un punto indeterminado de su vulva, y su clítoris, con su magnífico glande, sobresalió mucho, contrayéndose y contrayéndose como si estuviera a punto de eyacular, y su abertura vaginal se contrajo incansablemente hasta que poco a poco se calmó y se quedó quieta.

Tenía que tocarla sí o sí y examiné el clítoris y el glande con detenimiento; no, no era un mini-pene. Acaricié el glande contra el clítoris encogido y la masturbé de la misma manera que ella me había enseñado. Levantó la cabeza asombrada y me miró fijamente durante un buen rato, casi misteriosamente, pero demostré ser un buen alumno. Fue hermoso ver cómo su clítoris crecía lenta y constantemente, y luego todo sucedió muy rápido hasta que llegó al orgasmo con un suave suspiro. Sostuve con delicadeza su clítoris palpitante, el pequeño glande tembloroso entre tres dedos, y disfruté plenamente de sus orgasmos. Después, se quedó quieta de nuevo y susurró que yo era el primer hombre que le había dado un orgasmo, uno tan hermoso. Nos besamos y nos abrazamos, nos acariciamos y nos susurramos secretos hasta que sonó la temida campana y tuvimos que irnos.

Desde la piscina, me dirigí con determinación a la tienda de deportes de enfrente y compré un precioso bikini, uno con lazos laterales, siguiendo el consejo de la vendedora, ya que no sabía la respuesta a su pregunta sobre su talla. Al día siguiente, le di el regalito a Evi, y ella chilló de alegría y me abrazó con cariño. No pude esquivar sus preguntas por mucho tiempo y le expliqué que su antiguo bañador era de tela áspera, bastante raído, y que no realzaba

en absoluto su estupenda figura. Se lo puso enseguida y posó con coquetería en el vestuario. Solté silbidos de admiración, luego fuimos a nadar y sonreí con satisfacción porque ella disfrutaba de las miradas de admiración y sonreía radiante como una reina.

Tuvimos unos días maravillosos en los que me esmeré en asegurarme de que tuviéramos salchichas, papas fritas y helado a la hora del almuerzo y de nuevo antes de ir a casa. Durante una larga conversación sobre la escuela, mencionó casualmente que en los días de escuela no comía nada de la cocina hasta la noche. Pero en casa, le gustaba estar sola; le encantaba tener tiempo para sí misma, a menudo masturbándose por las noches y de nuevo por las mañanas antes de levantarse. Me daba pena porque a menudo pasaba hambre. Por lo demás, paseábamos orgullosas con nuestros nuevos bikinis, entrando sigilosamente al vestuario donde teníamos sexo y nos masturbábamos durante horas. Era encantador hacer todo eso con ella, y una vez me dijo cuánto lo disfrutaba y me sonrió radiante. Y una noche, mientras nos despedíamos frente al baño, dijo que Babsi podría venir al día siguiente. Me sorprendí e intenté, tartamudeando, insinuar una situación que involucraba a "las tres", pero Evi negó con la cabeza. Fue agradable, fue divertido, y fue solo sexo.

Al día siguiente, Babsi regresó y dijo que tenía cinco días aburridos para ponernos al día, lo cual hicimos durante toda la semana, hasta que tuvo que irse de vacaciones dos semanas con sus padres. Por supuesto, me interrogó; tuve que contarle cada pequeño detalle sobre Evi y yo mientras ella escuchaba atentamente y se masturbaba en silencio. Cuando describí el clítoris inusual de Evi, me excité tanto que me subí encima de ella en medio de la masturbación. Hizo una pausa y explicó que, sí, habían intentado lograr que el clítoris de Evi se pusiera completamente erecto, y luego Evi intentaría follarla con su clítoris erecto, pero nunca funcionó del todo. Sin embargo, a ambas les gustaba y a menudo jugaban a "follar", generalmente masturbándose en esa posición. Babsi me acarició suavemente las nalgas porque su historia me había hecho correr incontrolablemente. La semana pasó volando, luego siguieron dos semanas en las que a menudo iba a "nadar" con Evi, y también sucedió lo de la señorita Janet.

Cuando Babsi regresó, dijo que lo necesitaba desesperadamente, ahora mismo, después de 14 días acampando en el Tirol "sin

ninguna oportunidad de relajarse". Fuimos a la cabaña, nos desvestimos y ella se masturbó todo el día, casi sin parar, hasta que sonó la campana. Incluso cuando la follé porque lo necesitaba, ella siguió masturbándose, solo se detenía para verme eyacular. Poco a poco, me fue contando con dificultad que se había acostado con alguien durante las vacaciones. Tuve que pedirle que repitiera lo que había dicho hasta que pude entenderlo todo.

Cada día caminaba por el pequeño bosque hasta un campo grande y recogía un ramo de flores silvestres, que colocaba en la mesita frente a la tienda. Al segundo día, notó que un hombre la seguía, pero no tuvo miedo, ya que el campamento estaba a tiro de piedra. Era viejo, con canas y profundas arrugas en la cara; debía tener unos cuarenta años. Le preguntó si podía sacarle una foto. "Sí, ¿por qué no?", respondió ella, y él le tomó algunas fotos. Luego miró a su alrededor y dijo: "¡Necesitamos más luz!" y caminó un poco más adelante hasta un pequeño claro soleado, apenas más grande que nuestra cabaña. Le tomó más fotos, la hizo posar de forma provocativa, le levantó el vestido tan alto que se le veía la hendidura y siguió disparando la cámara. A ella no le importaba en absoluto que la fotografiaran desnuda. Se acercó más, le quitó el vestido por encima de la cabeza y le tomó muchas más fotos desnuda. Ella no tenía inhibiciones y se tumbó con las piernas abiertas mientras él le tomaba fotos desnuda y primeros planos de su vulva y genitales. Ella, naturalmente, notó su excitación y el bulto en sus pantalones.

Ella observó con gran curiosidad cómo él se desabrochaba los pantalones y sacaba su erección. Babsi rió y dijo que era muy pequeña, ¡como mucho la mitad del tamaño de la tuya! Pero en la punta, un glande muy grande, rojo oscuro e hinchado, mucho, mucho más grueso que el resto de su pene. Él interpretó correctamente su sonrisa y con mucho cuidado entró en su vagina; el glande se sentía realmente bien. Pero el hombre no sabía follar bien y se movió muy poco, luego se corrió y jadeó, dejando que todo saliera disparado dentro de su vagina. Babsi sonrió y dijo que el bombeo de su glande al eyacular era muy placentero. Momentos después, se vistieron. En el sendero del bosque, él la saludó con la cabeza y se marchó. Ella regresó y se dio una larga ducha.

Esto sucedía todos los días, siempre siguiendo el mismo patrón, unas cinco o seis veces. Y ella estaba tan desesperada por tener fi-

nalmente un orgasmo, pero no se atrevía a masturbarse delante de él. Pero una vez, después de que él eyaculara, ella agarró su pene y lo masturbó suavemente. Él parecía muy disgustado, pero después de mucho tiempo, su pene volvió a estar algo rígido; el glande se había vuelto realmente grueso, rojo oscuro y firme. A ella le pareció muy extraño ver ese hongo rojo creciendo sobre su delgado pene mientras lo masturbaba. Ella guió su glande hacia su vagina y movió sus caderas con sus manos hasta que fue casi como sexo real. Sintió la entrada y salida de su glande y finalmente pudo tener un orgasmo. Continuó guiándolo durante mucho tiempo y tuvo muchos orgasmos hasta que el hombre gimió y arqueó la espalda. Ella sintió que eyaculaba, pero a pesar de su mirada herida, lo sujetó sin piedad por las caderas y continuó follándose a sí mismo con su pene flácido y chorreante hasta que ella tuvo otro orgasmo. Su pene estaba completamente flácido cuando ella lo sacó; el glande, antes majestuoso, se había encogido hasta el tamaño de una fresa. Él no dijo ni una palabra, se marchó y ella nunca más lo volvió a ver.

Así que pasamos unos días encantadores en el spa, nos divertimos mucho y tuvimos sexo, y le conté sobre mi breve aventura con la señorita Janet. Babsi me adoraba con una mirada infantil e inocente; ¡un verdadero estadounidense, tal vez un artista famoso, me había dibujado! Pero por mucho que disfrutara con Babsi, también anhelaba “el misterio”, por Evi. Así que le pregunté directamente a Babsi por la dirección de Evi y cómo encontrarla allí. Babsi me dio la información de inmediato y describió la ruta exacta a su habitación. Luego, después de un momento de reflexión, preguntó si Evi vendría con nosotros...? Dije que sí, me gustaban las dos, eran chicas estupendas, ¿y por qué no? La arruga de su frente desapareció y asintió. Sí, ¿por qué no? Pero no vería a Evi esa noche, aunque la interrumpí y le dije que iría a verla mañana y se lo preguntaría yo mismo. El sexo de esa tarde había sido muy excitante para ambos; Babsi no habló de otra cosa, y al marcharnos suspiró: «Espero que todo salga bien». Yo había preparado cuidadosamente el tablero de ajedrez; mañana solo tenía que hacer una buena jugada inicial.

Temprano por la mañana, me paré frente a la casa de Evi. Abrí la puerta principal y oí fuertes ronquidos, así que subí sigilosamente y llamé suavemente a la puerta de su habitación. Después de un rato, abrió, envuelta en una vieja y fea bata de baño, y suspiró aliviada. “¡Ah, eres tú!”, dije con picardía, “¿Interrumpí algo?”.

“No”, respondió instintivamente, luego sonrió y susurró: “Sí, solo estaba haciendo mi ejercicio matutino”. Nos miramos con complicidad y entonces fui al grano. “¿Quieres ir a nadar hoy?”. Parecía indecisa, así que aquí viene el aderezo: “¡Habrá una sorpresa!”. ¡Buen comienzo! Asintió, con la curiosidad despertando, y me dijo que bajara en silencio y esperara en la calle. Así lo hice; ella me siguió rápidamente y nos dirigimos a la piscina. Por supuesto, me hizo preguntas por el camino, pero me defendí.

Al doblar la última esquina hacia el baño, se detuvo en seco. Miró a Babsi con incredulidad. La miré con ánimo y amabilidad y dije: “¡Sorpresa!”. Inmediatamente se sonrojó intensamente, desde la frente hasta el pecho, porque lo entendió al instante. La abracé y le susurré al oído que Babsi también lo quería, ¡que lo deseaba muchísimo! Evi me abrazó fuerte y luego susurró suavemente: “que a menudo lo había deseado cuando estaba acostada en la cama, fantaseando mientras se masturbaba. ¡Sí, sí! ¡Yo también lo quiero!”. Fuimos con Babsi, quien nos saludó con una sonrisa radiante al ver nuestras caras y mi asentimiento de aprobación. El hombre gordo de la caja levantó la vista de su periódico con asombro cuando dije tres boletos en lugar de dos, murmuró algo ininteligible y me devolvió los boletos junto con el cambio. Entramos al cubículo en silencio.

Me desvestí rápidamente y me quedé desnudo con mi pene erecto frente a las chicas, quienes, a pesar del espacio reducido, también se desnudaron. Nos abrazamos, nos apretamos una contra la otra, y besé a una, luego a la otra. Como era de esperar, mi pene creció, y lo presioné con insistencia contra la vulva de Evi. ¡Minutos maravillosos y hermosos, y besos apasionados! Para mi sorpresa, Babsi tomó la iniciativa, alcanzó la vulva de Evi y tomó mi pene. “¡Primero lo quiero yo, luego tú!”, le dijo amablemente a Evi, “siéntate en el banco, sube las piernas, ¡porque le encanta mirar!”. Evi asintió, complacida de que Babsi fuera la primera en romper la barrera, aunque probablemente Babsi solo quería dejar claro quién mandaba...

Babsi se tumbó sobre la toalla grande en el suelo y se puso en posición para el sexo. Me arrodillé entre sus piernas y la penetré con cuidado. Evi se sentó en el banco como le había indicado, y yo miré directamente a su vagina, a su clítoris, que ya estaba ligeramente erecto. Babsi y yo follamos durante un buen rato, porque

me contuve durante un buen rato, y ella pudo tener varios orgasmos. Evi nos observaba con curiosidad y se excitaba cada vez más; su clítoris se elevó lentamente, y su dedo rozó la punta de su pene, pero aún no se estaba masturbando. Sentí los orgasmos de Babsi y vi que, mientras yo eyaculaba, Evi se acariciaba el clítoris con mucha suavidad. Su clítoris estaba ahora completamente erecto, y cerró los ojos mientras yo la acariciaba. Mi eyaculación había terminado, pero me quedé dentro de Babsi un rato más para mantener la erección.

Babsi levantó la vista y vio a Evi acariciándose en silencio con los ojos cerrados. Sacó mi erección, se levantó rápidamente y le dio un golpecito en el hombro a Evi. "¡Vamos, vamos, es tu turno!" Evi se levantó y se tumbó excitada, igual que Babsi antes, y entré rápidamente en su vagina. Babsi había abierto las piernas en el banco para que yo, "a él le encanta mirar", pudiera verlo todo, y se estaba masturbando furiosamente mientras nos veía follar a Evi y a mí. Follé a Evi deliberadamente pero con fuerza. Por suerte, duró bastante, y por los movimientos de su vagina y su respiración entrecortada supe que no tardaría mucho. Babsi tuvo un orgasmo intenso, yo empecé a eyacular, y Evi estaba a punto de llegar al clímax. La follé con fuerza mientras eyaculaba, y sí, efectivamente, Evi exhaló y tuvo un orgasmo. Evi me abrazó la cabeza y me besó, luego giró la cabeza y le susurró emocionada a Babsi que había tenido un orgasmo mientras hacían el amor. ¡Escucha! Pero Babsi ya estaba absorta en su propia masturbación. Evi y yo observamos en silencio cómo Babsi se masturbaba de orgasmo en orgasmo.

Fuimos a nadar y comimos papas fritas, salchichas y helado. Las chicas susurraron que su bañador tenía otro bulto, y rápidamente, entre risas, nos retiramos al vestuario. A Baco le siguió Pan. Nos quedamos hasta el final. Después de esta ronda de sexo, solo Babsi —como siempre— tuvo su orgasmo; Evi no se corrió, aunque lo había disfrutado muchísimo, como susurró. Susurramos entre nosotras sobre cuál podría ser la razón hasta que llegué a la conclusión de que Evi necesitaba ser excitada manualmente antes de follar; entonces podría funcionar.

Babsi, la jefa, comenzó de inmediato. Hizo que Evi se recostara y la masturbó con destreza, pero no pudo parar y continuó hasta que Evi tuvo un orgasmo. Empujé hacia adelante y penetré en el orgasmo palpitante de Evi. Babsi observó por un momento, luego

se masturbó. Sentí los pulsos de Evi y la follé con fuerza, y jadeaba al poco tiempo, luego tuvo un orgasmo con los ojos bien abiertos. Seguí follándola sin descanso, viendo a Babsi tener un orgasmo, y no dejé de follar a Evi. Llegó a otro clímax y tuvo un orgasmo completamente inesperado. Babsi hizo una pausa y nos observó con curiosidad. Yo aún podía continuar, mi pareja se aferró obedientemente, mientras Evi se elevaba y se elevaba en la ola de excitación y luego, con un suave gemido, tuvo un hermoso tercer orgasmo. La mano de Babsi se movió hacia adelante, tocando el clítoris rígido y palpitante de Evi, y exploté de lujuria, eyaculando a chorros en la vagina de Evi. Eyaculé hasta que no quedó nada y dejé mi pene dentro de Evi. Sentí la masturbación con bastante claridad, sentí a Babsi masturbando el clítoris de Evi durante un buen rato, hasta que Evi tuvo su cuarto orgasmo, el más intenso hasta el momento. Babsi continuó masturbándola hasta que cesaron sus espasmos. Babsi sacó mi pene cansado de la vagina de Evi. Evi nos sonrió radiante y susurró que había sido absolutamente maravilloso.

Nos quedamos juntos hasta el final del verano, y todos tuvimos nuestras necesidades cubiertas. Cuando Babsi tuvo la regla, siguió viniendo y se dejó las bragas puestas por la compresa, y sospeché que estaba un poco celosa. Durante su periodo, nos turnábamos para llevar a Evi al orgasmo. Babsi tomaba la iniciativa, y solo después de que Evi hubiera llegado al orgasmo me dejaba tener sexo con ella, ya que Evi mejoraba cada vez más en lograr “orgasmos a través del sexo”. Por el contrario, cuando Evi tuvo la regla, nos turnábamos para llevar a Babsi al clímax. Babsi dijo una vez: “Muchos orgasmos sin mover un dedo”, y nos reímos hasta llorar.

Un día tuve que decir que el verano casi terminaba. Aprovechamos al máximo nuestros últimos días nadando, dándonos el gusto de todo y hablando de cómo afrontaríamos el año escolar. Luego, la última vez, los últimos besos franceses, los últimos abrazos, y un poquito más de caricias. ¡Adiós!

No tenía ni idea de que éramos inseparables y de que estas dulces chicas no se irían de mi vida en mucho tiempo.

Me encontraba en la estación de tren, emocionada y llena de expectación, esperando el regreso de Isabella.

Sexo, mentiras e historias

von Jack Faber © 2020

Esta era mi tercera visita a mi ciudad natal en 35 años. La ciudad quería comprar parte de la propiedad que heredé de mi padre, incluyendo una sección del bosque. Para que la herida en mi hombro sanara más rápido, acepté la oferta de la agencia de una licencia prolongada y me hospedé en el Hotel HERMES durante diez días. Todas las mañanas, mi abogado venía al hotel para reuniones, y también íbamos juntos al ayuntamiento cuando teníamos citas allí. En resumen, el abogado valió la pena a pesar de sus exorbitantes honorarios; terminé volviendo a casa no solo con un puñado, sino con dos puñados, y deposité el dinero libre de impuestos en Nassau.

Un día, después de una reunión en el ayuntamiento, paseé por la calle principal y entré en la panadería a comprar unos pasteles de nueces. Mientras pagaba, me detuve y pregunté: "¿Maki?". El panadero hizo una pausa. Así me llamaban antes, ahora Markus, y me miró con curiosidad. "El... el...", rebuscó en su memoria, "sí... ¡el inglés!". Asentí y le dije mi nombre. Entonces tuvimos una charla relajada y normal sobre reencuentros, interrumpida solo ocasionalmente por los clientes. Dejé que su historia de vida entrara por un oído y saliera por el otro, porque Markus y yo no éramos amigos por aquel entonces, y no tenía ningún deseo de cambiar eso.

Anticipando ya el final de nuestro monólogo, pregunté qué había sido de Babsi y Evi. Markus no dudó mucho antes de soltar: "¡Los Tres Mosqueteros!". Murmuré para mí misma sobre cómo solíamos inventar los apodos más tontos en la escuela e inmediatamente me mordí la lengua. Markus no pareció oírme. Evi, Evelyn K., tuvo una habitación en una residencia de ancianos después del incendio hasta que se graduó, luego se fue a Inglaterra o Escocia y se casó. ¿Incendio? ¿Qué incendio? pregunté, y Markus no sabía mucho más que sus padres se habían asfixiado en el humo y Evelyn había quedado huérfana, pero la ciudad la había cuidado bien hasta que se graduó. Babsi, sí, esa es Barbara F., es maestra y todavía vive aquí con su madre. Buscó su dirección en la guía telefónica. No, dije, no hace falta que la llames, quiero darle

una sorpresa. Él, cobardemente, evitó mi clara mirada autoritaria y descartó la idea de llamarla más tarde. Cobarde, yo sabía cómo tratar con los cobardes. Decepcionado, Markus dejó la guía telefónica a un lado y, tras unos minutos más de charla trivial, salí en taxi a casa de Babsi.

Esperé a que mi ritmo cardíaco volviera a la normalidad y pulsé el timbre. Un suave crujido de las escaleras, pasos ligeros, el giro de la llave. La puerta se abrió y apareció una mujer delgada y bien proporcionada, de unos cincuenta años.

Babsi.

Me reconoció de inmediato. Con un fuerte sollozo, se acercó y me abrazó con fuerza. Permanecimos abrazadas durante minutos frente a su puerta, ella susurrando repetidamente: "¡Mi querida!" y llorando suavemente. Lentamente, nos soltamos, y Babsi dijo: "¡Pasa, pasa, mi querida!". Entré e inmediatamente vi a la anciana de cabello blanco sentada en la habitación en una silla de baño, con la mirada fija en la ventana, que daba al campo contiguo y, a lo lejos, al bosque. Lo asimilé todo en un instante: la sala de estar, los muebles, la anciana... Estaba acostumbrada a hacerlo. La saludé cortésmente, pero no me miró, así que la saludé de nuevo, un poco más alto, pero no me devolvió el saludo y siguió mirando por la ventana. "Esa es mi madre", dijo Babsi. "No puede oírte ni verte. ¡Ven, subamos a mi apartamento!". La seguí en silencio escaleras arriba.

Su apartamento era completamente nuevo: una pequeña cocina en la parte delantera, un escritorio, un monitor de computadora y estanterías altas en el centro, una pequeña mesa de comedor con tres sillas y una cama grande y armarios al fondo. Una habitación única, hermosa y de techos altos, sin lujos: un loft. "¿Mandaste construir un techo a cuatro aguas?", pregunté con tono de duda. "Es muy agradable aquí, espacioso y alto, a diferencia de los áticos estrechos y angostos de nuestro barrio". Babsi me miró sorprendida mientras se sentaba a la mesa. "¿Eres arquitecto?". "No", dije, "lo comenté sin pensarlo; me gusta mucho". "¿Té, café o aguardiente?", preguntó, levantándose ágilmente. "Café y aguardiente", me reí. "¡Mejor que cualquier té con este clima lluvioso de noviembre!". Mientras preparaba el café, me levanté y le entregué la bolsa

de papel. “Mira, traje una docena de pasteles de nueces de Markus. ¡Me encantaban!”.

Se giró hacia mí y la vi debatiéndose, preguntándose si podía, debía o incluso quería abrazarme y besarme. La abracé y la besé como antes; nos besamos durante un buen rato hasta que el suave pitido de la cafetera nos lo recordó. Me senté y Babsi sirvió café y dejó la botella de aguardiente. «Café con un chorrito», dije antes de que pensara siquiera en los vasos. «Café con un chorrito», sonrió.

Ella relató cómo su padre había muerto hacía cinco años, de un ataque al corazón en la mesa de la sala. Había salido temprano para la escuela esa mañana y encontró a su padre tendido boca abajo sobre la mesa, con los ojos abiertos. Su madre estaba sentada a su lado, completamente inexpresiva. El médico de urgencias emitió el certificado de defunción y dijo que no había sufrido, una muerte feliz e instantánea. “Muerte feliz e instantánea”, repitió. “La madre”, el médico se rascó la cabeza, “la madre está completamente conmocionada, pero eso puede cambiar en horas o días”. El médico se equivocaba; el alma de la madre había muerto con la de su esposo. Susurré: “Ascendió al cielo”. Babsi sonrió y dijo: “Desde hace cinco años, está sentada allí, en silencio, mirando fijamente su bosque”.

Su padre la había nombrado única heredera, dejándole la casa, los campos hasta el pequeño bosque y el bosque mismo. A cambio, ella debía cuidar de su madre. Se había enriquecido vendiendo la mitad de la propiedad e inmediatamente mandó construir un nuevo tejado a cuatro aguas, junto con el apartamento de abajo, con paredes, suelos y muebles nuevos. La construcción se terminó en una semana, y luego esperó un poco más a que terminaran la cocina y el baño. En total, solo tuvo que faltar unos días a la escuela; se las arregló para todo lo demás por su cuenta.

Bueno, eso fue mucho sobre mí. Vamos, cuéntame, ¿cómo has vivido los últimos 35 años? Tomé impulso y entoné mi historia de encubrimiento cuidadosamente elaborada, preparada por la Agencia y basada casi al pie de la letra en hechos inocuos. Después de graduarme de la escuela secundaria, mi padre me envió a Londres a una academia muy prestigiosa donde aprendí todo sobre informática: computadoras y telecomunicaciones. Al mismo tiempo, to-

mé cursos en la Academia Diplomática, tal como mi padre quería. Dos años después, el helicóptero de mi padre se estrelló en España, pero fue entonces cuando nos vimos. Babsi asintió y dijo que Isabella parecía completamente devastada.

Sí, dije, fui a Londres con el corazón apesadumbrado, porque Isabella solo había dicho que la buena vida se había acabado. Se pasaba el día tumbada en la cama, bebiendo, y solo salía de casa para ir de compras; después volvía a beber. Les pedí a los Eders que la visitaran y me marché. Seis meses después, los Eders me llamaron y me dejaron un mensaje de voz pidiéndome que fuera rápido, porque Isabella estaba muy enferma. Pero cuando llegué, ya había fallecido. Os vi a ti y a Evi por última vez en su funeral.

Babsi notó mi tristeza, se acercó a la mesa y se sentó en mi regazo. Me consoló con besos, me acarició la cabeza y sonreí brevemente, porque no pensaba levantarse de su regazo en un buen rato. "¿Y qué pasó después?", preguntó, y tuve la impresión de que estaba intentando sacar algo en claro. Así que le conté sobre mis misiones, los muchos viajes al extranjero, y Babsi preguntó: "¿Entonces eres diplomática?". Riendo, dije: "Tonterías, trabajo con ordenadores y sistemas telefónicos, todo entre bastidores". "¿Y estás casada?". Tomé la pregunta fatal con calma, saqué la foto familiar del bolsillo de mi chaqueta, se la enseñé y dije: "Suzanne", señalando a los hijos de la desconocida, Edward y Linda. "Una foto antigua", añadí, "Edward está estudiando, al menos en teoría, en realidad se está acostando con todos para aprobar todas las asignaturas. Linda todavía está en la universidad". Nos reímos cuando mencioné la promiscuidad de Edward.

Entonces, apegándome estrictamente a mi guion, dije que solo habíamos estado juntos cuatro años. Después del nacimiento de Linda, Sue se volvió frígida, intolerante y asexual. Empezó a hacer cerámica como una forma de encontrarse a sí misma y se mudó con los niños a las afueras de la ciudad, donde regentaba una pequeña tienda de cerámica que vendía artículos esotéricos. Yo viajaba mucho; estamos prácticamente separados, solo casados en los papeles. Estoy prácticamente soltero, me acuesto con cualquiera que se me cruce, y Babsi se rió a carcajadas de mi peculiar forma de expresarme. "¿Y tú?", le pregunté a Babsi. "Estoy soltero. Contraje una infección horrible y terrible de uno de mis amantes durante mi formación como profesor. El ginecólogo pudo curarla por

completo, pero después del procedimiento, que duró varios meses, me dijo que probablemente no podría tener hijos. No eché de menos la menstruación ni un segundo; puedo acostarme con quien quiera y cuando quiera...” La interrumpí: “¿Y tú?”. —y ella rió entre dientes: “Sí, aprovecho cada oportunidad al máximo. ¿Para qué el matrimonio?”

Nos besamos larga y apasionadamente, ella movió su trasero de forma sugerente sobre mi regazo y susurró con complicidad: “¡Lo presiento, alguien lo desea, alguien lo necesita con tanta urgencia!”. Me besó profundamente y luego dijo: “Voy a ducharme”, y desapareció en el baño. No oyó mi “¡Sí, señora!”. El sonido del agua golpeó mi vejiga; me aguanté y el chapoteo cesó. Podía esperar un poco más, pero al cabo de un rato, tenía que ir. Llamé a la puerta del baño y respondí a su pregunta diciendo que realmente necesitaba ir. “Pasa”, rió alegremente, “nos conocemos”.

Me metí rápidamente en el baño y me senté; así se hace en casa de una señora. Cuando por fin pude orinar, fue muy liberador. Miré a Babsi, que estaba sentada desnuda en un taburete frente al espejo, aplicándose crema de afeitar en la zona púbica. Luego se afeitó con movimientos rápidos y dijo: “¡Quiero verme bien para ti!”. Murmuré una afirmación, me desvestí y me metí en la ducha, rápida y eficientemente, mientras Babsi terminaba de afeitarse y se frotaba el monte de Venus con una dulce fragancia. Me sequé y subí al desván, donde colgué mi ropa cuidadosamente en una silla antes de acostarme en la cama. Babsi entró, oliendo de maravilla y desnuda bajo un mini-negligé corto y transparente.

«¡Quítate ese trapo!», bromeé. Babsi lo tiró al suelo con despreocupación y se acercó. Entonces vio la gran venda en mi pecho izquierdo y preguntó por ella. Le respondí: «Un accidente de caza. Te lo cuento después; por eso estoy de baja por enfermedad, de convalecencia». «¡Pues déjame ver!», dijo Babsi, sentada con las piernas cruzadas frente a mí, y la observé. Había adelgazado, sus pechos seguían siendo un éxito, aunque ya no tan orgullosamente virginales. ¡Su vulva, sus labios, todo era perfecto! Chasqueé la lengua en señal de admiración.

—¿Y cuál es tu veredicto, Príncipe Paris? —preguntó ella con tono burlón, y yo respondí que ella era, por supuesto, la única presente que merecía la manzana de oro, y que su clítoris había creci-

do visiblemente. Me guiñó un ojo y dijo: —Mucha práctica, muchísima práctica, y sobre todo, muchísima estimulación con los dedos —y se inclinó hacia adelante, inclinándose sobre mí. Nos besamos y nos abrazamos sin parar, su mano ya rodeando mi pene semierecto y acariciándolo. Entre besos franceses, susurró: —¡Baja por enfermedad! ¿Qué hago con la presa? —y continuó besándome, besándome y chasqueando los labios deliberadamente, sacudiendo la cabeza—. ¡Baja por enfermedad! Bajo sus suaves caricias, pasé la prueba de rigidez, y ella me susurró al oído: —¡Déjame montarte!

Con una destreza admirable, adoptó la posición y guió mi pene hacia su vagina. Era una excelente jinete, con un ritmo que me permitía contenerme fácilmente. Mi cabeza estaba erguida, lo que me permitía observar con claridad mi parte favorita: su clítoris. Para entonces, había crecido un poco y parecía endurecerse cada vez más. Babsi se apoyó con las manos en mis muslos por detrás, echó la cabeza hacia atrás y tuvo un orgasmo con los ojos cerrados; fue un placer contemplarla. Me quedé un buen rato, admirándola mientras tenía orgasmos una y otra vez cabalgándome; perdí la cuenta de cuántas veces.

Después de al menos tres cuartos de hora, nos concedió un breve descanso, pero permaneció sentada sobre mi pene. Preguntó por mi esposa, cómo era, y las mentiras que brotaron de mis labios dijeron que se parecía un poco a ella, y le conté que al principio solíamos pasar días enteros follando y masturbándonos. Babsi escuchó mis descripciones con los ojos cerrados y colocó su dedo medio sobre mi clítoris maravillosamente desarrollado y lo masturbó suavemente, mientras que al mismo tiempo su vagina se aseguraba de que yo permaneciera erecto. Pequeños micromovimientos de sus músculos vaginales prolongaron, retrasaron mi orgasmo. Con mis descripciones obscenas y profanas, no pudo soportarlo más y rápidamente se llevó a un orgasmo muy fuerte, que inmediatamente me hizo eyacular violentamente. Babsi sonrió radiante y bombeó mi eyaculación con rápidos movimientos hasta el final, hasta que nuestros orgasmos disminuyeron.

Babsi, que no era de las que se tomaban descansos, preguntó por el accidente de caza casi tan pronto como nos tumbamos para recuperar el aliento. Mientras yo le contaba la historia del diplomático borracho en la cacería de jabalíes (no estaba en el guion,

tuve que improvisar), Babsi se puso en cuclillas y me complació con su boca y su lengua, haciendo que mi pene volviera a ponerse erecto, pero se volvió flácido a los pocos segundos, y ella siguió sin descanso. Después de una docena de intentos, finalmente se mantuvo duro; podía sentirlo claramente en su boca. Rápidamente la tumbé boca arriba y la follé, ignorando su hombro. Ella se corrió rápidamente y mantuvo su excitación de orgasmo en orgasmo. Cerró los ojos de placer, y cuando yo me corrí, me ordeñó suavemente con su vagina.

Estaba exhausto y muy cansado. Ya era bastante tarde, así que quedamos en que la visitaría a la hora del almuerzo, ya que estaría en la ciudad. Se puso una bata y dijo que no podíamos besarnos delante de la puerta. Nos despedimos antes de que me acompañara escaleras abajo y me susurrara con un guiño que habría muchos juegos con los dedos más tarde, antes de cerrar la puerta con llave.

Al día siguiente, le pedí que me dejara un poco lejos de su casa y caminé el resto del camino; siempre hay chismes en un pueblo pequeño. Babsi abrió la puerta y, mientras subíamos, dijo que acababa de ducharse y que el café estaba listo. Mientras tomábamos dos tazas con un trago de licor, le conté sobre el progreso de mis negociaciones en el ayuntamiento. Sus ojos se iluminaron; se fue a la cama y yo me metí en la ducha. Babsi entró inesperadamente desnuda y me lavó el pene muy “a fondo” y pareció complacida porque después estaba muy duro. “Vamos”, dijo, y la seguí a la cama. Después del sexo, me deslicé a su lado y le dije que a mi edad, necesitaba un descanso más largo; ya no tenía 18 años. Le pedí que me contara sobre Evi mientras tanto y cómo le había ido desde que me fui.

Nos recostamos completamente relajadas una al lado de la otra, y Babsi, la incansable, se masturbó en silencio, relatando, comentando que sería una larga historia. Durante mi último año de escuela, continuamos nuestra relación a tres bandas, generalmente encontrándonos una o dos veces por semana en casa de Evi y teniendo sexo a nuestro antojo, hasta que un día tuve que irme. Las dos seguían llorando a menudo, pero permanecieron juntas y continuaron su amor lésbico. Durante nuestro año juntas, Evi había obligado a su tío a parar, quien reaccionó muy malhumorado al fin del sexo y sospechó que las tres no solo estábamos estudiando en la habitación cerrada de Evi.

Durante una acalorada discusión entre sus padres borrachos, Evi escuchó a su padre despotricar, entre otras cosas, diciendo que su madre lo había engañado para que tuviera un hijo por error. A partir de entonces, no pudo descansar; inquieta, reflexionaba sin cesar sobre quiénes eran sus verdaderos padres. Ella tenía el pelo largo, oscuro, casi negro, y era delgada como un junco, mientras que sus padres eran regordetes, con sobrepeso y rubios. Robó todas las cartas y fotos y las escondió en el armario de Babsi. Lo leyeron todo y se enfrascaron en reflexiones juntos. Evi decidió buscar a sus padres después de clase.

Acaricié a Babsi mientras hablaba, a veces acariciándose a sí misma. "Va a ser una larga historia", murmuró, y continuó. Evi escuchó una conversación; al parecer, el tío Peter lo sabía todo. Impulsivamente, después de un año de rechazo, lo sedujo, dejándolo follar y correrse a su antojo, haciendo todo lo posible para que se sintiera mimado. Astutamente reforzó su sentido de poder, haciéndolo sentir como si fuera simplemente el mejor, aunque ella solo quería sacarle información. Cuando lo tuvo en la mira, él dijo que tenía que contar toda la historia desde el principio; tal vez así ella entendería mejor a sus padres. Evi asintió con la cabeza y acarició su pene flácido mientras él contaba su historia. Cada vez que se ponía duro, ella lo dejaba follarla y sonreía dulcemente cuando él gemía y se corría dentro de ella. Quería la verdad y no tenía miedo de entregarse por ella.

Era unos años menor que su hermana, y desde pequeños compartían habitación, ya que solo había una. Como le tenía miedo a la oscuridad, le permitían meterse en su cama en cuanto sus padres se dormían. Con ella, ya no tenía miedo, y se sentía tan bien cuando ella jugaba con su pene y se ponía erecto. Desde que tenía memoria, ella siempre se había masturbado. A medida que crecía, ella también lo masturbaba, aunque él aún no podía eyacular. Tenía unos nueve años cuando ella le explicó el sexo, y tenían relaciones sexuales prácticamente todas las noches, muy, muy silenciosamente. A los once años, él ya podía eyacular, y ella calculaba con exactitud cuándo no podía eyacular dentro de ella; entonces ella paraba, y él tenía que eyacular sobre su estómago. A veces no podía apartar a tiempo a su hermano que la penetraba, y esperaban ansiosamente su menstruación. Siempre tenía que hacerlo con la mano si quería tener un orgasmo, así que prácticamente siempre, dijo el tío Peter, sonriendo.

—¿Incesto? —preguntó Evi, y él asintió—. Incluso ahora, a veces. Evi se quedó atónita. El tío Peter continuó: —Ninguno de los dos éramos buenos estudiantes, y ella dejó la escuela a los 15 para ser aprendiz de costurera. Pronto perdió el interés en Peter cuando empezó a salir con chicos. Pronto probablemente no había un hombre menor de 90 años en el pueblo con el que no se hubiera acostado. El propio Peter había estado saliendo con chicas, pero ocasionalmente él y su hermana tenían relaciones sexuales cuando la situación lo requería. ¿Puedes entender eso? —preguntó el tío Peter, y Evi asintió, aunque, como hija única, no podía entender qué era lo que atraía a su hermano y a su hermana el uno al otro.

Babsi guardó silencio para saborear su orgasmo antes de continuar. Un día, a los 19 años, se enamoró de un chico del lugar; se casaron y vivieron en este apartamento, que le pertenecía a él, tu padre. Tras dos abortos espontáneos, cayó en una profunda depresión y, al igual que su marido, empezó a beber en exceso. Un día, el tío Peter, un apasionado de las loterías, ganó un viaje de diez días para dos a Galway, Irlanda. Como vivía con ellos en una relación amistosa e incestuosa, les regaló el viaje y, tras convencerlo, reservó el tercer billete para él. «¡Y tu padre no sabe nada de tu madre y de mí, así que cállate, Evi!», dijo el tío Peter.

El lujoso y caro hotel de Galway no les convenía. Su hermana había conocido a un joven pescador en el bar, quien la invitó a quedarse en su casa. El joven pescador, inicialmente decepcionado de que ella hubiera traído a su marido y a su hermano, les ayudó a obtener un reembolso del hotel. Luego se instalaron en su casa y compraron todo lo que necesitaban, sobre todo licor y cerveza, y le dieron al pescador algo de dinero para sus gastos. No vieron mucho de Galway; la mayor parte del tiempo esperaban a que el pescador regresara del trabajo.

Minutos después, subió con tu madre, y el tío Peter y tu padre bebieron toda la tarde mientras se les oía arriba teniendo sexo. Tu padre golpeó su vaso contra la mesa con fuerza y rabia, y se sirvió una copa. Los dos hombres bebieron y escucharon los gemidos, los chorros y los orgasmos hasta que tu hermana bajó con las mejillas ardiendo y preparó la cena. Comieron en silencio y ni siquiera miraron a su amigo irlandés. Tu padre solía estar bastante borracho para entonces y no se daba cuenta de que Fischer y su esposa subían sigilosamente y tenían sexo hasta perder el control.

A medianoche, cuando el pescador se iba a trabajar, el padre dormía profundamente, con la cabeza apoyada en la mesa. El tío Peter, que no bebía tanto como el padre, solía subir sigilosamente a la habitación de su hermana, donde ella accedía fácilmente a tener relaciones sexuales, ya que él se sentía muy excitado toda la tarde. Sin embargo, antes de que él eyaculara, ella siempre le tomaba el pene con la boca y le dejaba correrse allí. Decía que no quería que las dos cargas se mezclaran. A él no le importaba en absoluto; lo principal era el sexo y la eyaculación.

Tras regresar de aquel viaje, el padre hizo un gran esfuerzo y, después de muchos meses, volvió a tener relaciones sexuales con su esposa. Después de tomarse una o dos cervezas, la agarraba y le levantaba la falda, sin importarle en absoluto que el tío Peter estuviera sentado a su lado. Le abría las piernas, la penetraba con su pequeño pene y tenían un breve encuentro sexual. Gimiendo, eyaculaba dentro de ella, le ajustaba la falda y le daba una palmada en sus generosas nalgas. Se subía los pantalones y seguían bebiendo. «Ahí lo tienes, también lo recibirá de mí», solía decir triunfante.

Una vez discutieron, y ella le espetó que solo podía ir una vez. Eso pareció herirlo profundamente, porque al día siguiente tuvo sexo con ella como de costumbre, se tomaron un descanso y lo intentaron de nuevo. Pero no funcionó, así que ella tomó su pequeño pene en su boca y lo chupó durante un buen rato, miró al tío Peter con expresión indiferente y sacó el pequeño pene de su boca. Burlonamente le mostró a Peter lo pequeño y flácido que era y lo chupó con sonidos de chasquido. Deliberadamente retrajo el prepucio para mostrarle al tío Peter lo diminuto que era el glande y continuó lamiéndolo con la lengua y los labios. Luego masturbó a su padre con la mano hasta que finalmente se puso erecto. Esta vez duró más, pero cuando eyaculó, se le resbaló y su semen salió a chorros sobre su vulva. “Bien”, dijo con condescendencia y desapareció en el baño.

Tras el viaje, varias semanas después de su regreso y cuando su padre le dio lo que le correspondía, ella les hizo saber que estaba embarazada y que deseaba tener relaciones sexuales a diario. Su padre obedeció; ella, con valentía, se abstuvo de beber alcohol durante todo el embarazo y aparecía cada día con una barriga cada vez más grande, levantando su falda con gestos obscenos y exigiendo que su padre tuviera sexo con ella. Después, cuando su pa-

dre se quedaba dormido en la mesa con la cabeza pesada, Peter solía subir sigilosamente a su habitación, pues observarla lo había excitado. Durante el embarazo, estaba especialmente lujuriosa y no se cansaba de tener sexo.

Y entonces naciste.

Tras su larga explicación, el tío Peter quiso volver a tener relaciones sexuales con Evi, quien, agradecida, accedió y le acarició la cabeza mientras él la penetraba y eyaculaba dentro de ella. Después, murmuró que podía retorcerla y girarla como quisiera, pero que siempre terminaba en un embarazo de ocho meses. Evi le agradeció su sinceridad y lo masturbó hasta que estuvo listo para tener relaciones sexuales de nuevo.

Le aseguró a Babsi que buscaría a su padre biológico en Galway después de la escuela. Un día, el apartamento de Evi se incendió y, al regresar a casa, gritó durante minutos hasta que alguien la atendió. Su padre, su madre y su tío Peter habían muerto asfixiados por el humo, y un amable paramédico la tranquilizó diciéndole que no habían sufrido, sino que simplemente habían fallecido en paz. Evi permaneció en silencio durante varios días, sumida en el duelo, pero tuvo la fortuna de que el alcalde la alojara de inmediato y sin dudarlo en una habitación vacía de la residencia de ancianos.

Babsi se levantó y tomó un sorbo de agua. Al regresar a la cama, inmediatamente se dedicó a mi pene semierecto, logrando que volviera a estar completamente erecto con suaves besos, caricias en los labios y en la boca. Satisfecha, me rodeó con una pierna y me dio un paseo largo y maravilloso, dejándome verla masturbarse y tener un orgasmo: «Le encanta mirar». «¡Y mañana te contaré lo que pasó con Evi!», dijo con firmeza. Miré mi reloj; se estaba haciendo tarde. Nos despedimos con la misma calidez que ayer, y prometí volver puntualmente a las 12:30 de mañana.

Al día siguiente, me recibió, por supuesto, con el café y el aguardiente listos, y durante nuestro abrazo de bienvenida, sentí cada fibra de su cuerpo juvenil, ¡y olía tan bien! Nos sentamos, y su bata se abrió al mismo tiempo. Antes de nuestro segundo café, cuando inesperadamente me preguntó si me había duchado esa mañana, dijo: “Vamos, no perdamos el tiempo, ¡no he tenido juegos con los

dedos desde esta mañana, es tan urgente!". Segundos después, estábamos acostados en la cama en un abrazo desnudo y excitado, dejando que la naturaleza siguiera su curso. Mientras yo estaba encima de ella, me dejó verlo todo —"¡le encanta mirar!"— mostrando voluntariamente sus labios hinchados y su clítoris rígido con una sonrisa comprensiva, antes de que se masturbara justo antes de que yo llegara al orgasmo, y ambos tuvimos un orgasmo simultáneamente. Permanecimos tumbados en silencio uno al lado del otro durante un buen rato, y yo le acaricié el clítoris justo como a ella le gustaba, llevándola suavemente al orgasmo, dejándola flotar en la cima de su excitación con suaves caricias, llegando al orgasmo una y otra vez, hasta que dijo "¡basta!". Me dirigí a la mesa; necesitaba un café con un buen trago de licor y un cigarrillo. La mañana había sido muy estresante.

Con una amplia sonrisa, la felicité por lo hermosa que se había vuelto en los últimos 35 años y le dije que cualquier otra mujer moriría de envidia. Ella sonrió y se sonrojó ligeramente, luego dijo: "¡Buena comida, buen sexo y mucho, mucho juego con los dedos!". Reímos a carcajadas mientras me acostaba junto a mi pareja y acariciaba sus hermosas caderas redondeadas, y luego le recordé que continuara con la historia de Evi.

Un año después, Evi le escribió preguntándole si podía ir a visitarla; necesitaba tiempo para pensar. Babsi le respondió que sería muy bienvenida, que sus padres estarían encantados de verla, así que podía venir y quedarse todo el tiempo que quisiera. Evi llegó unas semanas después, y Babsi regresó de la escuela lo más rápido que pudo. Tenían tanto de qué hablar, cerraron la puerta del dormitorio con llave y susurraron en la cama, haciendo el amor y masturbándose juntas con total libertad.

Evi había viajado haciendo autostop hasta Galway, Irlanda, pagando más de una vez con una felación en un aparcamiento. Tras pasar unos días en una pensión destartalada que apenas podía permitirse, por fin encontró a un viejo pescador que entrecerró los ojos al ver la foto del joven pescador con sus padres y el tío Peter durante un buen rato, y luego exclamó: «¡Claro que lo conozco! ¡Ese es sin duda el joven Patrick!». Tuvo que rogarle con paciencia y darle unas monedas antes de que finalmente lo soltara: «¡Ese es Patrick fulano, es el dueño de todo esto!». Agitó los brazos: «¡Todo esto, el puerto, todo!». No sabía dónde vivía, pero pasaba los días

en aquel edificio de oficinas blanco de allí; ¡hacía mucho tiempo que no necesitaba salir a pescar!

Al día siguiente, un intento agotador por contactar con Patrick. Tras una espera interminable, la recepcionista levantó la vista y dijo con cierta brusquedad: «Señor Patrick, pase, por favor». Un hombre alto, con una hermosa y espesa cabellera blanca como la nieve, estaba junto a la ventana, contemplando el puerto. Se giró, con el rostro bronceado y una sonrisa, y se estrecharon la mano cordialmente. «Patrick, por supuesto, y Evelyn, por supuesto», dijo ella. Supo desde el primer momento que era él. La joven de Austria... y Patrick solo sonrió cuando ella imitó la expresión de la recepcionista y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar. Él sonrió agradecido y le pidió que se sentara. «¿Y en qué puedo ayudarle?»

Evi dijo que esa había sido una de las horas más difíciles de su vida. Patrick la escuchó atentamente mientras ella explicaba que sus padres habían fallecido y que había emprendido el largo viaje para encontrar a su padre biológico. Un largo silencio siguió. Evi sacó la vieja fotografía de su bolso de viaje y se la entregó. No hubo señal de reconocimiento, ni rastro de sospecha en su rostro. Tras una larga mirada, él alzó la vista y la miró con curiosidad. Ella los enumeró: el tío Peter, su padre y su madre, y a la derecha del todo, tú, Patrick. Tras otro largo silencio, él tecleó en su teléfono y habló con un acento irlandés ininteligible, luego volvió a pulsar el botón. Se recostó, con la fotografía en la mano, y dijo pensativo que tenían todo el tiempo del mundo para hablar de ello.

Le pidió a Evi que le contara todo de nuevo. Cuando ella habló del incendio, él le preguntó si esas eran las tres personas involucradas, si las tres habían muerto. Evi lo confirmó y continuó su relato, sobre todo el viaje (no mencionó las felaciones), y finalmente, que ahora se encontraba en ese bed and breakfast en particular. Inesperadamente, le preguntó cuánto dinero le quedaba. Evi se sobresaltó un poco, ya que no lo entendía, lo calculó rápidamente y dijo una cantidad. “Eso debería durarme otros dos meses”, añadió, sosteniendo su mirada inquisitiva. Él pensó un momento, luego volvió a teclear y gritó ininteligiblemente, y luego colgó.

Patrick se inclinó hacia adelante y dijo: «Mi empresa siempre reserva una habitación en el Hotel Golden Star, justo en la plaza

principal junto al mar. Es una habitación muy bonita con vistas al mar. Me gustaría invitarte a hospedarte allí; es un hotel excelente». Interpretó mal su vacilación y rápidamente añadió: «Puedes aceptarlo como un regalo. ¡No quiero nada a cambio! Y puedes quedarte todo el tiempo que quieras». Patrick hizo una larga pausa y miró a Evi con expectación. Ella dudó un instante, luego se decidió y le agradeció el inesperado regalo. Le preguntó si podía volver a visitarlo; aún tenía muchas preguntas.

Patrick la miró fijamente a los ojos y le dijo: «¡Evelyn, no soy tu padre! No reconozco a nadie en esta foto, y además —tomó la foto — la fecha del reverso, no, estaba haciendo el servicio militar entonces. Desde luego, no soy tu padre, lo siento. Ojalá lo fuera, porque eres una jovencita encantadora de Austria». Patrick rió y guiñó un ojo, y dijo: «Si puedes quedarte unos días más, ¡me encantaría conocerte mejor!». Al oír lo de «jovencita», Evi casi soltó que ya tenía 20 años y que llevaba siete años siendo mujer, ¡una mujer de verdad!, pero se quedó callada, luchando contra sus emociones. Cada fibra de su ser, cada instinto, todos sus sentimientos gritaban en silencio: «¡Ese es mi padre!». Pero él dijo que no, y no podía serlo; estaba en el ejército en ese momento.

Patrick no pasó por alto su reacción; sus hermosos pechos temblaban y se agitaban bajo la fina camiseta. Echó un vistazo a sus papeles sobre el escritorio y comentó que aún tenía mucho que hacer. Le sugirió que se registrara en el Hotel Golden Star de inmediato, insinuando que él podría tomarse la noche libre y reunirse con ella para cenar alrededor de las 8 p.m., si eso le parecía bien, querida. Evi asintió, sabiendo que esa forma de dirigirse a ella era cortés pero no significaba nada más. La acompañó hasta la puerta y se detuvo un momento con la recepcionista. “¿Todo listo?”, preguntó, y ella respondió con un “¡Sí, señor!”. Luego presentó a Evi por su nombre, añadiendo que era una invitada importante de su empresa, así que si necesitaba algo, él estaría dispuesto a ayudarla.

Babsi se quedó callada de repente y se incorporó. —¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué pasó después? Pero ella sonrió con ojos felinos y dijo: —¡El resto mañana! —Ah —dije riendo—, con mucho gusto, mi querida Scheherazade —pero Babsi ya tenía la boca llena y jugaba suave pero insistentemente con mi pene flácido con la lengua. Aunque ya era muy tarde, hicimos el amor durante más de

una hora. Salí muy tarde y solo conseguí comer algo —por una excepción— en el bar del hotel.

Llegué a casa de Babsi un poco tarde; me abrió la puerta con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. “Pensé que no vendrías hoy”, dijo, añadiendo que ya había empezado a jugar un poco con los dedos. Me salté el ritual del café y me tumbé justo al lado de mi amante desnuda. Sin protestar, me dejó estimularla, y dejamos que mi erección esperara. Al poco rato, volvió a estar en la cima de su excitación y, con impaciencia y avidez, se dedicó a masturbarse. Había perfeccionado su técnica con los años; sus numerosos orgasmos no eran eventos aislados como antes, sino que se masturbaba hasta alcanzar la cima de una montaña, manteniéndola, a menudo durante horas, saltando de cima en cima, solo entonces permitiéndose un orgasmo, a menudo muy intenso. Siempre era un placer emocionante porque me dejaba mirar con gusto, “le encanta mirar”, mostrando lascivamente cada detalle. Sonreía porque siempre podía saber claramente, por mi erección, cómo me sentía.

Tras el clímax final, se subió encima de mí para cabalgarme, brindando a mi erección el placer de su vagina palpitante y a mis ojos una vista clara de sus labios vaginales separados por sus dedos y su clítoris rígido y palpitante. Me cabalgó con rapidez, alcanzando la cima de mi orgasmo, y mientras yo eyaculaba a borbotones, ella se tocaba el clítoris y se masturbaba hasta el final, pues le encantaba, tanto como a mí, eyacular y tener un orgasmo simultáneamente.

Nos quedamos tumbadas, exhaustas y jadeando, una al lado de la otra hasta que nos calmamos. Me acerqué a ella, le acaricié los muslos y los labios vaginales, y murmuré: «Si no se lo cuentas a nadie, ¡tendré que mandarte a decapitar mañana, Scheherazade!». Ella rió suavemente y susurró como una niña pequeña: «¡Lo sé, lo sé, Su Majestad!». Luego se puso seria y continuó con la historia de Evi.

Así que Evi se hospedó en el hotel más hermoso, Patrick venía todas las noches, cenaban exquisitamente en el restaurante del hotel, y ella tenía que contarle todo con minucioso detalle. Todas las noches sacaba a relucir el tema de la paternidad, y todas las noches él lo negaba con una sonrisa. Le complacía que Evi bebiera

como mucho una copa de vino tinto, consciente de la adicción de sus padres, pero ella decía que eso demostraba mejor que no eran sus verdaderos padres. Patrick le contó cómo había convertido la empresa, empezando con un solo barco, en una de las más grandes de la ciudad. Evi preguntó por qué algunas personas lo llamaban "Sir Patrick", y riendo, él dijo que aunque podía usar el título como terrateniente, no era tirano; ese título había sido abolido en 1922. Si algunos subordinados se dirigían a él como "Sir", era simplemente por respeto, y nada más. Que por favor lo llamara Patrick, y ella murmuró que "Papá" sería más apropiado, pero él solo se rió y negó con la cabeza en señal de desacuerdo.

Una noche, mientras fumaban en silencio después del postre, él le propuso que se mudara con él a la hermosa casa blanca en la colina. Ella pidió tiempo para pensarlo, aunque ya había tomado una decisión.

La noche siguiente, ella aceptó con la condición de tener su propia habitación y no tener que cocinar, algo que detestaba profundamente. Patrick casi se sintió ofendido; era un caballero y no tenía segundas intenciones. Explicó que no podía hablar de todo, especialmente de asuntos personales, en el restaurante del hotel, que solía estar abarrotado, pero habían llegado a un punto en el que quería hablar de todo con la joven austriaca (sonrieron con nostalgia). Su ama de llaves solía salir de la casa al mediodía, y podían pedir comida a domicilio. Al día siguiente, Evi preparó su maleta, llena de ropa que había comprado con el generoso caballero, y tomó un taxi hasta su casa. Él ya la estaba esperando.

Una casa hermosa, grande y luminosa en una pequeña colina, a unos diez minutos a pie del centro del pueblo, el mar y la Compañía. Él le mostró toda la casa, la presentó formalmente a Rose, la ama de llaves, y le dio a elegir entre dos habitaciones de invitados. Ella escogió la luminosa contigua a su dormitorio. Él estuvo en la Compañía toda la tarde, y ella paseó por la casa, inspeccionándolo todo. Por las noches, cuando él volvía a casa, decía: «¡Vamos a cocinar!», con una sonrisa de oreja a oreja, y descolgaba el teléfono. Las dos semanas siguientes pasaron volando. Pasaban las tardes en la terraza, charlando durante largos ratos, contemplando las estrellas o simplemente disfrutando en silencio de la vista del pueblo. A veces él la abrazaba, y una cosa llevaba a la otra. Se besaban, tímidamente al principio, luego con creciente pasión. Él la alzó en

brazos y la llevó, ligera como una pluma, a su dormitorio. Con un movimiento rápido de muñeca, dejó que su vestido y sus bragas cayeran al suelo y se tumbó desnuda en la cama, con el corazón latiéndole con fuerza y temblando de anticipación. Patrick se tumbó a su lado y les dio tiempo a ambos.

—Babsi —dijo Evi enfáticamente—, ¡mi primera vez con mi padre! A la luz del pasillo, vio que tenía un pene bien formado, hermoso y largo, con un glande grande. Mientras él entraba suave y consideradamente en su vagina, las lágrimas brotaron de sus ojos. «Estoy follando con mi propio padre», seguía pensando. Él estaba en buena forma y duró mucho tiempo, luego su semen caliente se disparó dentro de ella. Lloró y le dijo que eran lágrimas de alegría, absteniéndose de decir «follando con mi padre». Hablaron durante un buen rato, y cuando vio su erección renovada, volvieron a follar. Él duró mucho tiempo otra vez, y ella estuvo cerca del orgasmo. Siguió un momento maravilloso, y él se mostró muy agradecido cuando ella le explicó, sonrojándose tímidamente, que necesitaba masturbarse un poco como preliminar para poder tener un orgasmo durante el sexo. Rápidamente se convirtieron en una máquina bien engrasada; Verla masturbarse lo excitaba aún más, pues se acercaba a los cincuenta y la segunda y la tercera vez ya no eran tan fáciles. Ella no le ocultaba que pasaba muchas tardes masturbándose. Él la abrazó con cariño y le dijo: «Todo lo que necesitas, mi amor».

Ella leyó cientos de libros que estaban en las estanterías de Patrick, y un día de primavera él la llevó al puerto, a su yate privado llamado AMELIE (su madre). Ella no sabía nada de barcos, pero descubrió que era un yate americano de 15 metros muy bien equipado. Salían con frecuencia, ella aprendió mucho sobre cómo manejar el yate, y pasaron muchos días y noches maravillosos en calas apartadas. Cuando todas sus preocupaciones quedaban en tierra y escuchaban en silencio el murmullo y el vaivén del mar, a veces hacían el amor toda la noche hasta el amanecer. En una de esas hermosas noches, mientras fumaban tranquilamente bajo el profundo cielo estrellado azul después de hacer el amor, él le propuso matrimonio. “¡No!”, gritó ella sorprendida, y él miró significativamente su desnudez, las sábanas arrugadas. “¡No!”, susurró ella entre lágrimas, “¡Somos padre e hija!”. Él la abrazó con mucho, mucho cariño, y no, ¡él no era su padre!

—Por eso estoy aquí —le dijo Evi a Babsi—. Necesito pensar y decidir. Tengo que ir al ayuntamiento a solicitar todos los documentos necesarios. No tenía nada más que su pasaporte desde que se fue a Irlanda hacía dos años. Babsi no necesitó pensarlo mucho. —¡Por fin lo has encontrado! Estás locamente enamorada, y él es socialmente aceptado y rico, ¡de Cenicienta a princesa! —Evi sonrió y dijo—: Es muy, muy rico, es cierto. —Luego se puso seria y dijo que dos cosas la inquietaban. Primero, cuando él miró la vieja fotografía de sus padres durante su primera conversación y se enteró de que los tres habían muerto, pareció dar un suspiro de alivio: ¡ningún testigo vivo! Segundo, había pasado meses intentando averiguar sobre su servicio militar, pero sin éxito.

En los días siguientes, Babsi hizo todo lo posible para asegurarse de que se casara con ella, fuera padre o no, ¡tonterías, nada probado! Evi regresó a Galway, y meses después Babsi fue a la boda en Irlanda, donde fue la madre de la novia y dama de honor. Antes de irse a casa, abrazó a Evi con mucha fuerza y le susurró al oído: «Es un hombre maravilloso, un verdadero caballero, y sin duda tu padre, ¡míralos!». Se quedaron abrazadas durante un buen rato, riendo y sollozando, y luego Babsi se fue al aeropuerto.

—Fin de la historia —dijo Babsi—, ¡ahora quiero que me folles! —Pero solo porque eres tú, Scheherazade —me reí, e hicimos lo mismo hasta que ambos yacimos exhaustos pero felices uno al lado del otro—. Pero —preguntó suavemente—, ¡todavía te quedas, aunque ya han pasado 1001 noches! Le aseguré que había llamado a Londres (eso no era mentira) y había pedido un mes de baja por convalecencia (mentira, solo me iban a dar 10 días como máximo). Babsi estaba encantada y no dijo nada, porque ya tenía la boca llena de polla. Pasamos tardes maravillosas llenas de alegría, amor y sexo sin parar. Mi negociación con la ciudad había sido un éxito. Babsi me dio las cartas de Evi, y las leí de una sentada. Gracias a Dios, estaba muy, muy bien y amaba la vida con Patrick. Evi, a quien amaba tanto como a Babsi, había salido de la pobreza mohosa de la casa de sus padres; estaba a salvo.

Leí las cartas de Evi con atención, una y otra vez. Jamás tuvo la menor duda sobre la paternidad de Patrick. Le escribía a Babsi con total franqueza, pero solo si conocías los códigos que usábamos los tres.

Patrick siguió amasando una fortuna con su negocio de pesca, lo que le permitió a ella estudiar con uno de los mejores ilustradores de moda. Se dedicó a la ilustración durante más de 25 años, un sueño que había cumplido toda su vida. En los últimos años, se quedó en casa con Patrick, quien había cedido la gestión diaria a su sobrino como director general y trabajaba desde casa en sus proyectos para el ayuntamiento. Ella lo ayudaba con gusto y creatividad.

Describió su vida amorosa con Patrick con todo lujo de detalles; se amaban profundamente y, no, respondió a la pregunta de Babsi, le fue fiel a Patrick y nunca tuvo amantes ni aventuras, aunque no le faltaban pretendientes ni oportunidades. Pero ya no era tan joven; la pasión ya no ardía a cada hora, sino solo dos o tres veces por semana, pero eso le parecía bien.

Ignoró sin esfuerzo los problemas de erección de Patrick y simplemente continuó abrazándolo, acariciándolo y besándolo. Empezó a disfrutar acariciando el pene de Patrick con la boca y los labios hasta que se ponía semierecto. Él lo disfrutaba enormemente, y ella aprendió a guiar su gran y grueso pene semierecto hacia ella y a follarlo con suavidad y respeto. Él no se cansaba de ello, y ambos se alegraban muchísimo cuando él conseguía eyacular con el pene semierecto. Esto ocurría una o dos veces al mes; a Evi le encantaba, y si no funcionaba, besaba y lamía su hermoso y gran pene todo el tiempo que él quisiera.

Casi se podía oír a Evi riéndose en su carta mientras escribía sobre un admirador secreto, un relato muy largo de sus primeros años con Patrick. Un día, había dejado las cortinas abiertas y, mientras se masturbaba, vio a un mirón entre los arbustos fuera de su ventana. Un joven, aparentemente ingenuo, mirando hacia los arbustos, masturbándose, eyaculando y continuando. Tras la sorpresa inicial, sintió una sensación maravillosa y confesó que el exhibicionismo la excitaba enormemente.

Día tras día se masturbaba, ofreciéndose de forma obscena y provocativa al chico, hasta que este se atrevió a acercarse demasiado a la gran puerta corrediza del patio, que iba del suelo al techo. Ella lo observaba masturbarse y, sin inhibirse por su mirada lasciva y babeante, se masturbaba ella también. El pobre chico apenas pudo seguirle el ritmo durante dos horas; al final, ya no pudo eya-

cular. Constantemente se frotaba su pene largo y delgado y empujaba su glande rojo e hinchado directamente contra su vagina, como si quisiera penetrarla.

Cuando él se paraba cerca de la puerta de cristal, ella se sentaba —rara vez, pero ocasionalmente— en un taburete junto a la puerta, separada solo por el cristal. Vaya, qué excitado se ponía el chico, obviamente con discapacidad intelectual, al verla desnuda, pero ella quería examinarlo de cerca porque era diferente a cualquier otro que hubiera conocido. Su pene era muy largo pero delgado, apenas tan grueso como un pulgar, e incluso cuando estaba erecto, se curvaba hacia los lados y de forma muy torcida. Lo que le pareció particularmente llamativo fue su prepucio, que cubría completamente el glande incluso cuando se masturbaba. Podía saber cuándo estaba a punto de eyacular porque se acurrucaba y retraía con mucho cuidado el prepucio, dejando al descubierto el glande rojo del tamaño de una fresa, y esperaba inmóvil hasta que la eyaculación cesaba. Se mordía la lengua cuando presionaba el glande directamente contra el cristal y, fantaseando, miraba fijamente su abertura mientras eyaculaba. Después de que él se fue, ella limpió cuidadosamente el cristal.

Esto le resultó increíblemente excitante, y más de una vez separó sus labios vaginales, permitiéndole ver el interior de su vagina, lo que le hizo eyacular de inmediato. Eyaculó en el suelo y, al igual que ella, reanudó la masturbación de inmediato, aunque pronto solo un fino chorrito goteaba de su glande, estaba tan exhausto. Un día se fue, y esa noche Rose le dijo a Patrick, con el rostro inexpresivo, que había llamado a la policía para que detuvieran a un vagabundo que, descaradamente, se había sacado el pene al verla. Patrick no se inmutó, aunque ya lo sabía, porque Evi, por supuesto, se lo había contado hacía mucho tiempo.

Cuando Evi llegó a casa, ambos se rieron a carcajadas mientras él le contaba todo. Mientras Rose se duchaba en la ducha de cristal de Patrick después del trabajo, como de costumbre, vio al tipo entre los arbustos, mirándola fijamente y masturbándose “allí abajo”. Rose se horrorizó y se quedó allí en la ducha durante más de media hora, mortificada, preguntándose si finalmente pararía. Solo entonces llamó a la policía. Se rieron hasta llorar, y no importaba si él solo la había estado mirando ducharse o tal vez masturbándose, como Evi sospechaba, conociendo las precarias condiciones

de vida de Rose: una habitación para cuatro personas con un baño al final del pasillo, sin ninguna privacidad. Patrick prometió defender al chico al día siguiente.

A veces, su sobrino menor, Donny, que estudiaba en Dublín, venía a visitarlos los fines de semana. Por la noche, ella se quedaba quieta, acurrucada contra el cuerpo desnudo de Patrick, y ambos escuchaban los gemidos, las embestidas y los orgasmos de su amante de turno. Evi escuchaba los latidos de su corazón y el de Patrick, porque los excitaba a ambos por igual, y luego jugaba con el pene de Patrick o se masturbaba hasta alcanzar orgasmos maravillosos. Patrick nunca había aprendido a masturbarla, pero le encantaba y la observaba con placer y felicidad.

Una vez, mientras Donny estaba sentado en su Morgan Sportster, listo para irse con su amor de entonces para siempre, ella le preguntó si sabía dónde había servido su tío Patrick. La respuesta de Donny fue inmediata: Patrick no había servido, había logrado librarse del servicio militar pagando, algo común en aquella época para los jóvenes de familias adineradas. Él mismo aún dudaba si alistarse en el ejército, y le dirigió una mirada nostálgica a la que pronto sería su exnovia. Entonces pisó el acelerador, levantando gravilla. Evi se quedó paralizada, llevándose la mano al pecho, donde una piedra helada amenazaba con aplastarle el corazón.

Con los años, su amor por el mar creció y salía con frecuencia, fondeando en una bahía para leer, escribir poesía o pasar horas en su litera masturbándose. Cuando Patrick tenía citas, ella salía sola. Describía la maravillosa sensación de cuando las olas mecían suavemente el barco; entonces, los orgasmos eran especialmente bellos e intensos.

“¡La felicidad solo dura una semana si al vecino malvado no le gusta!” Casi exactamente una semana después, recibí la llamada de Londres. ¡Ven inmediatamente, en el próximo vuelo! Cuando devolví la llamada, solo obtuve el código: había demasiadas pasas en el pastel, así que era un problema interno de la agencia, y necesitaban mi ingenio. Reservé de inmediato, empaqué mis cosas y dejé que el hotel preparara la factura y todo lo necesario para mi partida. Con los hombros caídos, fui a casa de Babsi, me senté a tomar un café, y cuando pedí dos dosis en lugar de la habitual, ella regresó a la mesa y se sentó desnuda en mi regazo. “¿Tan mal?”,

preguntó, acariciándome el cabello con ternura. Estaba muy preocupada por mi historia y preguntó cuándo. Le dije que todo estaba ya resuelto en el hotel y que tenía que abandonar la casa del amor, de la lujuria depravada y del sexo fantástico a más tardar a las 6:30. Volvió a reír y me instó: "¡Olvídate de ducharte, vamos, vamos!"

—Tengo un favor que pedirte —le dije a Babsi—. Por favor, mastúrbate, solo para mí. Quiero verte y absorberlo, ¡guardarlo en mi corazón! Ella sonrió en señal de asentimiento, se tumbó frente a mí y comenzó a masturbarse. La acerqué, coloqué su trasero sobre mi regazo y la observé de cerca. Babsi abrió las piernas en el aire y se abrió todo lo que pudo. Contemplé sus labios hinchados, su clítoris aún relajado y su vagina grande y abierta. Babsi rápidamente llegó al clímax, saltó a la cima e inmediatamente alcanzó el orgasmo. Me incliné hacia adelante y le lamí el clítoris mientras se masturbaba, y la lamí durante su final. Suspiró satisfecha y maulló de placer al sentir el lamido de su clítoris. La follé durante sus pausas y me corrí tan rápido como pude, luego la volví a colocar sobre mi regazo después de que se corriera para observar y lamer su clítoris erecto mientras tenía un orgasmo. No sé cuántas veces lo repetimos, pero hasta que estuvimos completamente exhaustos. Babsi también estaba bastante cansada, porque llegaba al clímax cada vez y luego se masturbaba para otra ronda. El pitido de mi teléfono nos sacó de nuestro frenesí.

Nuestra despedida fue un mar de lágrimas, abrazos y besos, y luego tuve que irme.

Y por supuesto, nos prometimos que nos mantendríamos en contacto y que nos volveríamos a ver.

El faro de Kings Head

von Jack Faber © 2006

Había pedaleado demasiado lejos. La tormenta se acercaba a sus espaldas, ráfagas de viento azotaban el camino y corría peligro de caerse. Siguió pedaleando con dificultad, mirando repetidamente por encima del hombro y con ansiedad hacia la masa de nubes oscuras. Las primeras gotas cayeron con fuerza, obligándolo a tomar una decisión.

Dar la vuelta era impensable; seguramente le quedaban dos o tres horas para llegar a casa. Al fin y al cabo, había estado pedaleando toda la mañana, y ya debían ser las cuatro o las cinco de la tarde. Así que lo único que podía hacer era seguir por el sinuoso sendero costero y esperar que pronto apareciera un pueblo, o al menos una casa. Su madre le había advertido con cautela, incluso admitiendo que se preocupaba cuando su hijo de catorce años salía solo a dar un paseo en bicicleta por los acantilados. Él simplemente se rió y le aseguró que no era “nada”, que otros chicos de su edad habían recorrido distancias mucho mayores en bicicleta, y que pensaba volver por la noche. Ella lo miró fijamente, y él admitió a regañadientes que la experiencia del día anterior lo inquietaba. Era consciente, solo inconscientemente, de que quería estar a solas con sus pensamientos un rato. Ella permaneció en silencio y bajó la mirada. No pasaba nada, dijo, no había ocurrido nada de lo que debiera preocuparse; la culpa era enteramente suya. Lo miró con incertidumbre a los ojos, luego se dio la vuelta rápidamente y regresó a la casa. Él no debería haber visto que ella lloraba amargamente.

Ahora llovía torrencialmente; las ráfagas de viento azotaban los chaparrones, que caían horizontalmente sobre él. Volutas de niebla emergieron del bosque, se espesaron y se desplazaron hacia el mar. De repente, el faro apareció ante él entre la bruma. Pedaleó con furia, devanándose los sesos; pero no recordaba haber visto ningún faro en el mapa que había estado estudiando con tanto esmero. Pero eso ya no importaba; al menos allí podría refugiarse.

Cuanto más se acercaba, más claramente podía ver a través de la lluvia que una luz seguía encendida en una de las pequeñas ven-

tanas del piso de arriba. Se detuvo un instante y se secó el pelo mojado de los ojos con el dorso de la mano. La luz ahora era claramente visible. Suspiró aliviado. Un faro habitado ofrecía verdadera seguridad contra la tormenta. Pedaleó hasta llegar al edificio. Colocó con cuidado su bicicleta junto a la puerta principal, ya que parecía no haber otro lugar donde ponerla. Luego se pasó los dedos por el pelo mojado y tocó el timbre. Hubo un largo silencio, así que volvió a tocar, con el corazón latiéndole con fuerza en la garganta. Entonces una escalera de madera crujió, oyó pasos y luego se abrió la puerta.

La mujer —que debía rondar los setenta años— lo miró con tristeza. Entonces vio su ropa mojada, su cabello empapado y las gotas de lluvia que le corrían por la cara. «Entra rápido», dijo con voz ronca, y él se apresuró a pasar junto a ella y adentrarse en la penumbra del recibidor. Ella cerró la puerta y le echó el pestillo.

"¿Qué haces aquí afuera con este clima tan horrible?", preguntó, y luego agregó: "¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas?".

—Jack Lock —respondió—, vivo en Lambert Barns y quería dar un pequeño paseo en bicicleta por la carretera costera hoy. Pero luego el tiempo empeoró —murmuró con tristeza al final.

—Bueno, ven entonces —dijo, con un tono algo más amable que al principio—. Soy Helen Fowler, la guardiana del faro. Mi marido... —suspiró profundamente y subió dos escalones—...mi marido murió trágicamente hace muchos años, y ahora yo he ocupado su lugar. La viuda Fowler se adelantó y subió las escaleras. Él la siguió hasta el primer piso. Era sorprendentemente espacioso, con una pequeña cocina abierta, una mesita con dos sillas, seis ventanas pequeñas y un gran baúl de madera de aspecto peculiar. Como la habitación era circular, la escalera de caracol ocupaba una cuarta parte, al igual que la escalera de caracol del lado opuesto que conducía más arriba.

Se acercó a la pequeña estufa de gas y se puso a trastear con las ollas. Solo al cabo de un rato pareció darse cuenta de que él seguía de pie en el rellano. «¡Bueno, siéntate, siéntate!», dijo, señalando con un guante de cocina una de las sillas. Él se sentó en el borde de la silla y, al cabo de unos minutos, ella sirvió té y luego llevó la tetera, las tazas y una cesta de galletas a la mesa. «Qué despistada

parezco estar hoy», murmuró, sacudiendo la cabeza mientras miraba su ropa mojada. Rápidamente fue al armario, sacó una chaqueta y unos pantalones y le ordenó que se cambiara.

Él obedeció, pero ella tuvo que pedirle específicamente que también se quitara la ropa interior mojada. Se sonrojó intensamente al quedar completamente desnudo después de quitarse la ropa mojada. Ella contempló su cuerpo delgado y juvenil durante un largo rato mientras él se apresuraba a retorcer y girar los pantalones para ponérselos, pero se enredó por completo en ellos. Era muy confuso, porque le parecía que ella no era tan mayor como había aparentado cuando entró. No, definitivamente era más joven, mucho más joven. Por supuesto, lo confundió todo aún más porque estaba desconcertado por su mirada, que se detuvo larga y curiosamente en su pene. Ella se levantó, rodeó la mesa, le quitó los pantalones de la mano y los giró para que finalmente pudiera ponérselos.

Obedientemente, bebió el té caliente y fuerte, que normalmente le servían tibio y aguado porque su madre tenía que recortar gastos por todas partes. Ella le preguntó de nuevo de dónde era y adónde iba, luego comentó que parecía muy mayor para sus catorce años y, tras echar un vistazo al reloj de pared, le preguntó qué pensaba hacer. Pero enseguida se respondió a sí misma: «Claro que no puedes ir a casa con este tiempo horrible. Tendrás que quedarte aquí esta noche; ¡quizás la tormenta haya pasado mañana!». Él se mordió el labio y se removió inquieto en la silla.

Se dirigió rápidamente al teléfono, que estaba montado en la pared junto al armario. «Ya son más de las nueve», dijo, meneando la cabeza, «¡tenemos que avisar a tus padres!». Él miró con incredulidad el viejo reloj de péndulo. Eran, en efecto, las nueve y cuarto, aunque él habría calculado que más bien serían las cinco o las seis. Murmuró que solo tenía una madre y le dio su número de teléfono, pues la viuda Fowler lo esperaba con el auricular en la mano. Habló amablemente con su madre, arrullándola por lo bueno que era el niño y diciéndole que no podía dejarlo volver a casa con ese mal tiempo, con esa tormenta. Le aseguró que estaba a salvo en el faro y luego le dio su propio número de teléfono para que la señora Lock pudiera llamarla cuando quisiera. Como si se conocieran de toda la vida, las dos señoras charlaron un rato, y luego la señora Fowler colgó.

—Todo está bien —dijo ella, y volvió a la estufa—. Y apuesto a que tienes hambre, ¡te calentaré algo! Sin esperar su respuesta, se puso a cocinar. Enseguida, había frito patatas y dos huevos, que él aceptó agradecido y devoró con gusto. Afuera, la tormenta aullaba y rugía, y la lluvia torrencial golpeaba los cristales de la ventana. Fue al armario y, para su sorpresa, desplegó una cama. Al notar su expresión, le dijo: —Durante siglos, los que vivimos en torres hemos dormido en camas como estas —mientras hacía la cama afanosamente—. ¡Listo, dormiremos aquí! —dijo con satisfacción, después de haber ajustado un poco más las sábanas y las almohadas—. Puede que parezca pequeña y estrecha, pero mi difunto esposo y yo dormimos aquí durante décadas —dijo, al ver su mirada de desesperación. Ignoró por completo el hecho de que él estaba confundido y ansioso ante la idea de no tener su propia cama, pero realmente no había otra disponible.

La idea de dormir en casa de una completa desconocida, en la misma cama que ella, le fue calando hondo. Pero de alguna manera se tranquilizó rápidamente, porque ella no era realmente vieja; solo se lo había imaginado. Era joven, al menos más joven que su madre, y de repente ya no le veía nada de malo. Al contrario, la idea de lo nuevo e incierto lo llenó de cierta alegría. La miró de nuevo y se aseguró de que no podía tener mucho más de veinte años. ¡Sus ojos debían de haberle jugado una mala pasada! ¿Cómo pudo haberla confundido con una anciana, con una mujer de setenta?

Pero no estaba preparado para la siguiente sorpresa. Ella le dio la espalda, dejó caer su vestido al suelo y sonrió dulcemente, como si tuviera ojos en la nuca y pudiera ver su asombro, su sorpresa. Estaba tan cautivado por su desnudez que simplemente no se dio cuenta de que era deliberado, intencional. Se giraba de un lado a otro con lentitud deliberada, a veces completamente innecesaria, mientras se arreglaba la ropa. Él la miró fijamente todo el tiempo y se sonrojó cuando ella se giró lentamente.

Su cuerpo era verdaderamente hermoso y lucía sorprendentemente joven. Algo en ello lo inquietaba; de hecho, cuando ella le abrió la puerta al llegar, parecía mucho mayor, y él no entendía por qué ahora aparentaba tanta juventud. Sus grandes pechos, que se veían llenos y firmes, lo excitaban, al igual que el oscuro trián-

gulo de su pubis. De reojo, observó su reacción y le dio tiempo suficiente para contemplarla.

Luego se giró de nuevo y se inclinó para enderezar sus zapatos junto a la cama, doblar cuidadosamente sus medias y meterlas dentro de los zapatos, dedicándole mucho más tiempo del necesario. Sonrió al pensar que le estaba mostrando sus encantos sin pudor, que él ahora la miraba fijamente, con las nalgas separadas y la hendidura apenas visible debajo, con el corazón latiéndole con fuerza, casi desmayándose. Con una sonrisa cómplice, permaneció inclinada y fingió seguir buscando los zapatos debajo de la cama, pero en esa posición encorvada, separó aún más sus nalgas, presionando sus gruesos y carnosos labios contra ellas.

Jack tragó saliva, sintiendo el zumbido de la sangre en sus oídos, pues entre los labios hinchados de la viuda Fowler podía ver claramente su hendidura, los dos pliegues a cada lado, la carne rosada y desnuda de su vagina entre ellos, enmarcada por ondulaciones negras. Ella se inclinó aún más, y los pliegues se abrieron cada vez más, sus labios se separaron para revelar su vagina. La abertura era ahora claramente visible, y de repente pudo ver dentro del profundo y oscuro túnel. No sabía por qué se estremeció.

La observó sin aliento; claro, a veces había observado a su madre en secreto, y ahora los mismos pensamientos impuros y pecaminosos le invadían la mente; pero la señora Fowler era más delgada, más guapa y mucho más joven que su madre. Se enderezó, se sentó erguida en la cama y se cubrió con lo justo, hasta los muslos, ofreciéndole su magnífica desnudez para que la contemplara. «¡Ven!», dijo, «¡es hora de dormir!». Él se levantó y obedientemente se quitó la chaqueta, luego se quedó allí indeciso. Su mirada se deslizó repetidamente de su rostro a sus pechos desnudos y al atisbo de vello púbico, pero ella parecía no darse cuenta en absoluto.

—¡Vamos, quítate la ropa! —dijo ella, sonriéndole con picardía. Él dudó unos instantes, plenamente consciente de su excitación e inseguro de cómo reaccionaría ella, pero entonces esa extraña sensación de indiferencia lo invadió de nuevo. Se quitó rápidamente los pantalones y, al ponerse de pie desnudo, ella sonrió al ver su erección.

Se sentía un poco inseguro, porque antes tenía un pene delgado y discreto que encajaba con su cuerpo esbelto y juvenil. Sin embargo, durante el último año, no solo su voz se había vuelto más grave y frágil, sino que también le habían empezado a crecer vellos oscuros alrededor del pene y en las axilas. Su pene se había vuelto más grande, más voluminoso y, de alguna manera, más feo, y cuando estaba erecto, como ahora, las venas de los lados se hinchaban visiblemente y el glande sobresalía agresivamente, de un rojo brillante, con el pulso de la erección claramente perceptible.

Le incomodaba mucho que la señora Fowler, como todos los demás y él mismo, probablemente supiera perfectamente que su pene se había vuelto tan feo solo por su excesiva masturbación. La miró con incertidumbre e intentó sostener su mirada curiosa, pues la viuda Fowler no ocultaba que estaba examinando su pene minuciosamente y con una sonrisa. Estaba seguro de que ahora que había visto esa cosa fea, después de todo, no lo llevaría a la cama con ella. Ella ya sabía que tenía un pene grande, y lo observaba con interés y una anticipación que él solo podría explicar si hubiera podido leerle la mente. “Ah, qué bien”, dijo ella, apartando un poco las sábanas, “¡vamos, ven a la cama!”. Después de unos segundos, se sobresaltó interiormente y se acercó a la cama con pasos vacilantes. La miró tímidamente de nuevo, vio su sonrisa alentadora mientras ella apartaba la manta compartida, revelando su cuerpo desnudo una vez más. Rápidamente se metió en la cama, con el corazón latiendo con deseo mientras sus cuerpos desnudos se apretaban. A diferencia de ella, él se metió inmediatamente bajo las sábanas, subiéndoselas hasta la barbilla, excitado por su desnudez. Ella buscó el interruptor de la pared y apagó la luz. La brillante luz giratoria en lo alto del faro iluminaba la sala de estar, bañándola en un crepúsculo difuso.

No tuvo que esperar mucho. Un brazo suave, cálido y delicado se deslizó bajo su cuello. Una mano acarició suavemente su mejilla. Susurró en voz baja, pero no entendió las palabras; tal vez era un idioma extranjero. En cualquier caso, el extraño y hipnótico canto lo calmó enormemente. Se sintió conectado a ella, sintió que ese canto lo abría a ella y despertaba en él la necesidad de confiarle sus secretos. La mano acarició su rostro, su cabello y su pecho. Luego, con una lentitud indescriptible, se movió por su estómago, tocando su vello púbico que brotaba con orgullo. Contuvo la respi-

ración cuando la mano tocó y acarició suavemente su pene erecto, como una bocanada de aire.

"¡Oh, realmente lo necesitamos!", rió suavemente. Él quiso decirle que no tenía permitido acariciarlo así, pero ella continuó cantando, y se sintió tan maravilloso que guardó silencio. El pensamiento de que esto aparentemente no era un secreto entre él y su madre, y que seguramente solo lo había imaginado, pasó fugazmente por su mente mientras ella tocaba su pene de manera inequívoca. Ella acarició su cabello y murmuró palabras suaves y desconocidas en su oído. Él contuvo la respiración mientras ella lo masturbaba rápida y expertamente. Su mano se movía arriba y abajo con facilidad experimentada, retrayendo repetidamente el prepucio con fuerza, y a veces su pulgar pasaba excitantemente sobre el glande. Formó un anillo apretado con sus dedos y lo frotó en un staccato furiosamente rápido hasta que él eyaculó, y su semen salió a chorros y se derramó sobre su mano. Ella continuó frotándolo lentamente con su mano empapada de semen hasta que su pene se ablandó gradualmente. Cerró los ojos, una cálida sensación de dicha lo inundó. Lo abrazó con fuerza y lo atrajo hacia sí, dejándolo descansar contra su pecho. Él no entendía nada de lo que ella le susurraba al oído en aquel idioma extraño, pero se sentía cálido y seguro a su lado; su aroma lo embriagaba, podía contarle todo, incluso sus secretos más profundos. De repente, ya no temía posar su mano sobre su pecho y acariciarlo con gratitud.

Pasó un rato, él le acarició suavemente el pecho y casi se durmió con su dulce susurro. Ella le habló directamente y le preguntó, le preguntó sobre sus secretos. Él permaneció en silencio, escuchando su voz interior. Pero no había miedo, solo intimidad, y ella quería saber. Él percibió que ella sentía algo por él, y con voz suave y susurrante, le dijo, con cierta vacilación al principio, lo que ella quería saber.

Sí, se masturbaba con frecuencia, sin duda tres o cuatro veces al día, y a veces se masturbaba con otros chicos; se observaban mutuamente y luego reían tímidamente mientras guardaban sus penes. Pero eso no ocurría muy a menudo. Y una vez, poco después de mudarse a esta zona, tuvo una situación similar con Nina, la vecina, que era un poco mayor que él. Habían acordado que él le enseñaría a eyacular si ella se mostraba desnuda. Sin más dilación, ella se quitó la ropa interior que llevaba debajo de la falda y se sen-

tó frente a él con las rodillas dobladas para que pudiera mirar. Entonces él sacó su erección y Nina dijo: “¡Guau, qué grande!”.

Se quedó mirando la pequeña y desnuda hendidura que ella mostraba aparentemente sin vergüenza. Nunca la había visto tan detenidamente y con tanta intensidad, y eso lo excitó considerablemente, provocando que se masturbara rápidamente. Nina permaneció sentada pacientemente con las piernas bien abiertas, observando atentamente hasta que el primer chorro cayó al suelo; dejó que el resto se derramara en su mano.

Jack permaneció en silencio, porque ya había contado prácticamente todo lo que tenía que contar.

—¿Y qué pasó después? —preguntó la joven viuda, acariciándole el cabello. Él pensó un momento y luego explicó que Nina había querido volver a ver la inyección unos días después. Él accedió, pero solo con la condición de poder examinar la suya de cerca primero, a lo que ella consintió. Se tumbó boca arriba, dobló las piernas y las separó.

Se inclinó sobre ella, algo decepcionado, porque no podían ver mucho, y ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer. Intentó, por supuesto, introducir con cuidado su pene en su hendidura, y al principio ella asintió con curiosidad y entusiasmo, con un nudo en la garganta. Inmediatamente después, se asustó mucho y jadeó diciendo que le dolía terriblemente. Pero él eyaculó inmediatamente dentro de su pequeña abertura vaginal, aunque la cabeza de su pene solo había penetrado hasta el himen. Como ya no le dolía, Nina le permitió seguir eyaculando dentro de ella hasta que terminó.

Pero la situación lo había excitado. Se sentó junto a la chica y, al cabo de un rato, se masturbó. Ella le preguntó si podía intentarlo también. Él dudó y le dijo que sí, pero solo como él le mostrara, y que cuando eyaculara, no debía parar bajo ninguna circunstancia. Nina aprendió enseguida, y entonces él la dejó. La corrigió dos o tres veces hasta que lo hizo bien, ¡y vaya si lo hizo bien! Cuando eyaculó, se detuvo en estado de shock, pero él, jadeando, le ordenó que continuara, así que ella volvió a agarrar aquello que salía a chorros y lo sostuvo con miedo hasta que no salió nada más.

A partir de entonces, ya no necesitaba masturbarse con tanta frecuencia, pues se veían regularmente en el cobertizo del jardín, detrás de la casa de Nina. Tuvo que prometerle solemnemente a Nina que no la lastimaría ni le rompería el himen. Ella, con mucho cuidado y de buena gana, le permitió penetrarla, y allí él pudo tener relaciones sexuales con ella con mucha delicadeza, algo que ella disfrutó enormemente. Él eyaculaba tan a menudo como podía, depositando su semen dentro de ella.

Ella le explicó que su himen tenía un agujero grande y que podía sentir con precisión cuando su semen caliente entraba profundamente en su vagina a través de él. Le permitió comprobar si realmente tenía un agujero en el himen, y ella le aseguró que siempre había estado ahí. Con la ayuda de Nina, aprendió a presionar el glande directamente contra el agujero antes de eyacular y a eyacular profundamente en su vagina a través de él. Nina dijo que era una sensación fantástica y excitante. Después de un tiempo, durante el cual revisó repetidamente su himen intacto, notó que el agujero se había agrandado. No le dijo nada, porque ella misma debió haber notado que su glande casi cabía completamente a través del agujero. Pero ella disfrutaba muchísimo cuando su semen caliente entraba en su vagina.

Lo que le molestaba, sin embargo, era que no encontraba su clítoris durante sus inspecciones. Le preguntó, pero ella simplemente se encogió de hombros. «Tampoco tengo pechos, ni vello púbico, y no tengo la regla». Intentó tranquilizarla lo mejor que pudo, pero le irritaba que negara masturbarse; ni siquiera sabría cómo hacerlo. Ella lo dejó buscar su clítoris, conteniendo la respiración porque él seguía intentando masturbarse en el lugar donde no lo encontraba. Ella estaba muy excitada y lo dejaba continuar, pero cada vez que sus muslos comenzaban a temblar, lo detenía. Y de nuevo, ¡no, jamás se masturbaría!

Todo terminó cuando ella se enamoró de otro chico y dejó de permitirle eyacular dentro de ella con tanta frecuencia. Aproximadamente una semana después, ella llegó al lugar de encuentro, bastante llorosa, y explicó que en realidad había tenido relaciones sexuales con el chico y que él estaba furioso porque, a pesar de sus garantías, ella no era virgen, ya que no había menstruado. Él examinó su vagina con atención y vio su himen con la abertura gran-

de, exactamente como la había visto la última vez. Se preguntó cómo el otro chico había logrado no desflorarla.

Pero entonces notó un punto donde se veía un pequeño bulto, porque Nina se estaba excitando bastante durante la inspección. Empezó a masturbar ese bulto, y efectivamente, creció un poco y se puso duro. Se detuvo y miró. Realmente era un clítoris, uno pequeño. Como antes, sus piernas empezaron a temblar. Esta vez no paró hasta que ella se retorció y pataleó violentamente en el orgasmo. Cuando se hubo calmado, vio la culpa en sus ojos por haberle mentido todo el tiempo. Él no dijo nada, ella no dijo nada. A partir de entonces, sin embargo, la masturbó tan a menudo como quiso, incluso cuando ella no quería. En los descansos, cuando habían esperado a que su pene volviera a ponerse erecto, la masturbaba hasta orgasmos intensos, a menudo una segunda vez. En silencio, sin hacer ruido.

Pero ahora la masturbaba, aunque ella seguía añorando a su gran amor y llorando por su amante. Se concentró en su clítoris, que pronto la dejó sin palabras. Cuando ella llegó al orgasmo, no la dejó tumbarse de lado como de costumbre, sino que le separó las piernas y observó con curiosidad cómo su vagina se contraía y se masajeaba, cómo su clítoris se contraía. Después, ella lo abrazó con cariño y se dejó penetrar con gusto.

La penetró con mucho cuidado, sintió la resistencia de su himen y embistió con rapidez y energía, sintió cómo se desgarraba y continuó follándola con libertad y placer, eyaculando de forma prolongada e intensa. Nina o no se había dado cuenta de que su himen se estaba desgarrando o no dijo nada. Él disfrutó enormemente de no tener que pensar ni preocuparse más por ese estúpido himen. Tras otro orgasmo por masturbación, volvieron a follar.

Continuaron así durante una semana más, y luego otra, permitiéndole a él follarla dos veces al día, incluso una vez tres, y eyacular dentro de ella. Para entonces, ella parecía disfrutar mucho de que él la masturbara constantemente; se tumbaba con las piernas abiertas y se tocaba un poco, maullando con voz infantil para que él finalmente empezara a masturbarla, pero se negaba rotundamente a hacerlo ella misma, no delante de él.

Después de eso, él ya estaba harto de sus desamores, de los mismos detalles tristes y quejas interminables: que el otro chico tenía un pene muy, muy pequeño y eyaculaba en solo cinco segundos. Ella describía su pene con todo lujo de detalles, cada embestida y cada aspecto de su eyaculación corta y decepcionante. Pero él ya no estaba interesado, y después de algunas excusas tontas, solo se veían cuando él no podía soportarlo más o cuando ella deseaba desesperadamente que la masturbaran. Y ella lo deseaba a menudo, porque, por supuesto, después follaban hasta que él quedaba completamente exhausto.

En las últimas semanas, Nina había cambiado notablemente; sus pechos comenzaron a crecer, sus caderas se volvieron más redondeadas y, durante sus inspecciones, notó que su vulva y clítoris se agrandaban lentamente. Observó cada vez más que su clítoris y la piel circundante estaban intensamente enrojecidos y bastante irritados. Le dijo que debería masturbarse durante el sexo para intensificar sus orgasmos. Al principio, ella se resistió, pero él persistió hasta que accedió, aunque no le permitía mirar. Él gruñó, y ella se exploró a sí misma durante un buen rato mientras tenían sexo. Ni siquiera necesitó mirar para saber cómo lo hacía. Podía sentirla primero masturbándose el clítoris con un dedo, y luego, justo antes del orgasmo, abanicándolo con los dedos extendidos a un ritmo frenético hasta que llegó al clímax. “¡Uh!”, dijo ella, “¡eso fue maravilloso!”. A partir de entonces, ya no tuvo problemas para hacerlo ella misma durante el sexo, y si él terminaba antes que ella, le dejaba mirar.

Ella lo sorprendió mientras tenían sexo y le dijo que había estado saliendo con alguien nuevo desde hacía un tiempo. Él no la dejó interrumpir y continuó mientras ella parloteaba. Al igual que él, el nuevo chico tenía un pene bonito y largo, pero tenía un prepucio muy largo. Incluso cuando ella le hacía una paja, el prepucio cubría todo el glande, y no le permitían retraerlo por completo hasta que él eyaculaba. El chico no era muy bueno en la cama; siempre se corría demasiado pronto, por eso a ella le encantaba ir a casa de Jack, porque podía masturbarse y tener un orgasmo con él. Al nuevo chico le gustaba más hacer felaciones que tener sexo y le permitía retraerle el prepucio por completo y jugar con el glande expuesto con la lengua. Sí, por supuesto que se tragaba su semen; no había nada de malo en eso. A Jack no le importaba en absoluto

al nuevo chico, pero ella tuvo que describir la felación del glande otra vez, con gran detalle.

Jack no estaba del todo seguro de cuánto de aquello estaba contando realmente y cuánto simplemente estaba recordando de memoria.

Mientras hablaba, la joven viuda le había acariciado el pene, que ahora estaba rígido y duro. No hizo ningún intento por masturbarlo de nuevo, y él pensó que todo había terminado. Pero una vez más, ella lo sorprendió. Lo abrazó y lo besó, acariciándole el pene continuamente. Con la otra mano, lo guió lenta pero persistentemente hacia su estómago hasta que quedó completamente encima de ella. Movió una pierna hacia un lado, y de repente sintió el vello púbico de ella rozarle el pene.

Estaba en estado de alerta máxima; esto no podía ser una coincidencia. Sabía lo que se avecinaba, pero a la vez no lo comprendía del todo, porque aunque sabía cómo debía comportarse, no se atrevía. ¿De verdad estaba planeando esto? Se quedó inmóvil y respiró con dificultad. ¿Cómo podía saber que él ya sabía cómo hacerlo? ¿Lo había visto reflejado en su rostro?

Ella rió suavemente y dijo que no pasaba nada. Su corazón latía con fuerza y estaba muy asustado, pero ella volvió a murmurar en ese idioma extranjero, y poco a poco él recuperó la alegría y la esperanza. Bajó la mano entre sus cuerpos y agarró su pene, guiándolo suavemente hacia su vagina. Le susurró que primero lo excitaría más y frotó lentamente su pene, aún medio dentro, con la mano, susurrándole de nuevo palabras suaves y extranjeras al oído.

Le llevó un buen rato quedar satisfecha, entonces presionó sus nalgas y su pene penetró lentamente en lo profundo de ella. Lo sujetó por las caderas; él se sorprendió por la cálida suavidad y la estrecha ternura de su vagina, y la explosión que siguió los sorprendió a ambos. Su pene se sacudió y eyaculó con toda su fuerza, y ella rápidamente lo empujó hacia atrás. La maravillosa sensación de dicha se desvaneció al instante, aunque él podía sentir claramente la piel suave y cálida de sus labios, sobre la cual su semen había salpicado, con la punta de su pene.

—Eso fue encantador, mi pequeño amante —susurró suavemente cuando él dejó de eyacular y lo dejó deslizarse lentamente a su lado. Él permaneció allí un buen rato, sin decir nada, flotando en un mar de niebla, pues sabía que había llegado demasiado pronto, pero ya no podía cambiarlo. Debió pasar un tiempo, entonces ella acarició su cuerpo de nuevo, recorriendo lentamente su pecho, su estómago y sus muslos, hasta llegar a su pene. Lo amasó vigorosamente y lo acarició con firmeza de arriba abajo hasta que su miembro volvió a estar algo erecto.

Una vez más, ella le preguntó directamente sobre uno de sus secretos, y él se sintió tan seguro y cómodo con ella que, en ese estado de ánimo, especialmente mientras ella le acariciaba el pene con tanta delicadeza y placer, le habría contado cualquier cosa. Habló de sus sesiones de masturbación a solas, de cómo su madre lo había sorprendido con frecuencia y al principio le había advertido que parara, pues era un pecado terrible. Sin embargo, creía que a ella le fascinaba principalmente su gran pene, porque una vez, cuando se había exhibido ante ella en un arrebato de exhibicionismo y había sostenido su pene juguetonamente en la mano, ella le susurró con admiración que era uno de los penes más grandes que jamás había visto.

Sí, y un par de veces ella ya estaba en la habitación porque él no la había oído entrar. Ella lo dejó continuar y esperó un buen rato antes de volver a mencionar el pecado, pero él no podía parar. Ella le dijo que se detuviera, pero él jadeó desesperado, diciendo que no podía continuar. Al principio, ella negó con la cabeza en señal de desaprobación, pero luego lo observó con calma hasta que terminó. Simplemente se quedó allí, sonriendo, fascinada, observándolo mientras se masturbaba, aunque era un pecado, pero hacía mucho tiempo que no hablaba de eso.

Susurró que le gustaba hacerlo en la bañera porque ella siempre le lavaba la espalda, porque disfrutaba mostrándose así ante ella y porque quería impresionarla con su eyaculación y su gran pene; se masturbaba cada vez que se bañaba. Su madre, entonces, dejaba de lavarle la espalda y lo observaba, impresionada, hasta que terminaba por completo. Este secreto —o al menos lo que él creía que era un secreto entre ellos— los unía, y además, en el pequeño apartamento donde vivían juntos, era difícil guardar secretos. Poco a

poco, se convirtió en algo natural para él masturbarse en su presencia siempre que lo necesitaba.

Más tarde, a medida que sus encuentros sexuales progresaban, él, naturalmente, quería más de ella en la bañera y le pidió que le masajeara vigorosamente el glande después de la eyaculación para asegurarse de que saliera hasta la última gota. Obedientemente, ella trabajó el glande con dos dedos; pronto volvió a estar erecto, y ella tuvo que continuar hasta que su pene estuviera completamente erecto. Entonces, le dijo, ella tenía que tirar rápidamente del prepucio hacia adelante y hacia atrás sobre el glande con los dedos, cada vez más rápido, hasta que él eyaculara. Ella lo hacía porque él lo disfrutaba más que una masturbación manual, y no tenía intención de negarse. A pesar de sus remordimientos de conciencia, accedió, porque a él le gustaba tanto, y a ella le parecía cada vez menos un pecado terrible. Se negó a practicarle sexo oral, aunque él se lo pedía a menudo. Después de que su camisón quedara completamente empapado la primera vez, a partir de entonces lo esperaba desnuda en el taburete, riéndose para sus adentros mientras él la contemplaba desnuda con pensamientos lujuriosos, seguramente impuros, aunque esto también le excitaba la erección. Más de una vez sintió la tentación pecaminosa de unirse a él en el baño, pero siempre se resistió, aterrorizada ante el pecado verdaderamente mortal.

Jack pronto dejó de masturbarse y en su lugar le pedía que lo hiciera una o varias veces cada noche en la bañera. A ella no le importaba, y una vez que tenía su pene y glande erectos, formaba un anillo apretado alrededor del prepucio con el pulgar y el índice y hacía movimientos muy pequeños y rápidos con el prepucio sobre el glande hasta que él eyaculaba, continuando hasta que se detenía. Ella también lo disfrutaba, sentada desnuda en el taburete esperándolo, cuando él se metía en la bañera con una erección muy fuerte. Le decía que se quedara de pie y lo hacía mientras él estaba de pie; la primera vez terminó muy rápido, y él eyaculó toda su carga en el agua. Más tarde, después de que ella lo hubiera lavado a él y a su espalda, cuando él se sentó en el agua mirándola, y ella separó ligeramente las piernas para que él pudiera verla, ella misma sintió un cosquilleo cálido en sus ingles, similar a la sensación que sentía antes de masturbarse. Mirarla casi siempre le provocaba una erección, entonces ella metía la mano en el agua y hacía

fuertes ruidos de chapoteo bajo el agua. ¡A Jack le encantó todo eso!

Jack permaneció en silencio y aún no estaba seguro de cuánto de lo que le había venido a la mente le había contado en voz alta a su joven compañero.

La joven viuda le acarició el pene y le susurró que era realmente hermoso y muy grande, superando ya al de muchos hombres adultos. Guardó silencio un rato antes de continuar su mentira, diciendo que hacía mucho tiempo que no tenía un pene tan hermoso y fuerte. Permanecieron en silencio un buen rato, y luego ella le pidió que continuara.

Contó cómo solía observar a escondidas a su madre en el baño a través de una rendija en el marco de la puerta. Ella siempre se quedaba allí mucho tiempo, caminando desnuda, lo que naturalmente lo excitaba enormemente. Era una mujer hermosa, de unos treinta y pocos años, con un precioso cabello rubio rojizo y algo rellenita. Sus pechos ya no eran tan redondos y llenos; grandes y pesados, le colgaban sobre el estómago. Sus pezones eran de color marrón oscuro y se ponían erectos cuando se excitaba. Parecía jugar inconscientemente con sus pezones, una y otra vez, a medida que su excitación aumentaba. Él siempre se excitaba muchísimo cuando ella se acariciaba los pechos y se pellizcaba rítmicamente los pezones con dos dedos. Siempre mantenía su vello púbico bien recortado, lo que acentuaba sus gruesos labios y la hendidura vulvar, así como sus caderas sorprendentemente delgadas. Tenía el trasero bastante redondo, y a menudo se quejaba por teléfono con sus amigas de que estaba demasiado gorda, pero eso no era cierto.

Antes de bañarse, a veces se sentaba en el pequeño taburete frente al espejo junto a la puerta, donde él la espiaba. Levantaba las piernas y las separaba para limpiarse la vulva con una toallita. Separaba los labios con los dedos, lavando con reverencia la vagina y los labios, y finalmente el clítoris. Dejaba la toallita a un lado y acariciaba lentamente su clítoris con los dedos. Él siempre se asombraba, porque su clítoris se ponía de un rojo intenso y se elevaba ligeramente. Ella solía cerrar los ojos y acariciar su clítoris de abajo hacia arriba, provocando que su pene se pusiera erecto.

Por lo general, se detenía cuando sus piernas temblaban, pero a veces iba demasiado rápido y no podía parar, así que tenía que presionar sus dedos contra su clítoris y mover la cabeza y el cuello de un lado a otro, como palomas que caminan sobre sus patitas en el suelo. A menudo se sentaba durante largos ratos frente al espejo, haciendo temblar sus piernas y, muy raramente, moviendo la cabeza como una paloma; él siempre la observaba con curiosidad y lujuria.

Ella se acarició el clítoris con delicadeza, suavemente y durante un buen rato antes de levantarse bruscamente y meterse en la bañera. Cuando ella yacía en la bañera tarareando para sí misma, o cuando se masturbaba después con los ojos cerrados, él lo hacía una y otra vez hasta que ya no podía más.

Claro que no podía ver con exactitud lo que ella hacía en el mar de espuma, pero estaba seguro de que ella también pecaba, al igual que él. Al fin y al cabo, podía ver su rostro, sus hombros y su brazo, que se movía rítmicamente, e imaginaba que, al mismo tiempo que su brazo, su mano estimulaba de alguna manera su vulva o su clítoris.

Ella lo hacía con mucha menos frecuencia que él, pero cuando lo hacía, era durante mucho tiempo y varias veces seguidas. Él podía ver en su rostro el vaivén del pecado, la tensión y el suave alivio posterior. Luego, ella permanecía en la bañera durante un buen rato, masturbándose varias veces hasta quedarse dormida, en una dicha plena.

Hizo una pausa en su relato, sintiendo como si de alguna manera estuviera traicionando a su madre, pero su compañera, que parecía haber sido rejuvenecida por arte de magia, le susurró al oído que debía continuar y le tocó suavemente el pene. Sintió una intensa excitación, y ella volvió a acariciarle el pene con suavidad pero con firmeza. Le susurró que debía seguir contando la historia de su madre. Fue algo terrible, dijo con angustia, pero ella lo acarició con ternura y le susurró que podía contarle cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa. Permaneció en silencio durante un largo rato antes de continuar su relato, y luego volvió a quedarse callado, perdido en el recuerdo que se desplegaba vívidamente ante sus ojos cerrados.

Su madre no solía dormir desnuda; normalmente llevaba un camisón corto. Últimamente, sin embargo, andaba desnuda antes de acostarse, y él la miraba con lujuria. Su corazón latía con fuerza, pues sus prejuiciosos valores burgueses la atormentaban sin piedad. Se consideraba una conducta muy impúdica masturbarse frente al espejo o en la bañera mientras su hijo la observaba. Pero a ella la excitaba enormemente estar desnuda en su presencia, mostrarse desnuda ante él y provocarlo sexualmente. Lo hacía con tanta naturalidad, como si fuera casualidad, pero se estaba revelando ante él cada vez más abiertamente, más desvergonzada, más obscenamente. Sí, incluso llegó a sentarse en el borde de la cama con las piernas abiertas y, lentamente, se frotaba loción lascivamente y se acariciaba el cuerpo, los pechos y las caderas, mientras él permanecía bajo la puerta abierta, masturbándose y eyaculando.

Este vago impulso de mostrarse desnuda ante él provenía de sus sueños impuros. Varias veces seguidas, soñó que la follaban maravillosamente, pero cuando veía el rostro de su amante, siempre era Jack. ¡No, eso no podía ser! El ángel de cola negra y cuernos palpitaba en su mente, ¡ni siquiera debes pensarlo! Sin embargo, seguía teniendo este sueño recurrente, siendo montada y fecundada por Jack. A veces, al despertar, le parecía que su clítoris se sentía como si se hubiera masturbado toda la noche. A veces su vagina se sentía como si la hubieran follado a fondo. Los sueños la atormentaban; observaba lánguidamente cómo Jack se masturbaba y fantaseaba con lo que tanto anhelaba hacer. Su otro ángel, el vestido de blanco con la erección permanente, susurraba conspiradoramente: ¡Vamos, hazlo, agárralo, tócalo, deja que te folle, seguro que no le importará! Pero ella seguía sufriendo, dividida entre ofrecer cada vez con más lujuria su desnudez a su hijo y luego sentir una profunda vergüenza y abatimiento. ¡La intolerancia puede doler muchísimo!

Pero los sueños persistían, su lujuria se reavivaba cada vez que lo veía masturbándose, y casi sentía físicamente su penetración en su casta y torturada vagina. Por sus llamadas telefónicas y confesiones susurradas en secreto entre amigas, sabía que varias de ellas les practicaban sexo oral a sus maridos, y, como una de ellas le explicó, la mujer tomaba su pene en la boca y dejaba que eyaculara dentro. Y no, el semen era tragado; él lo consideraría un rechazo. Su amiga Jeannette era muy simple y muy directa. Si quería verlo por sí misma, podía venir cuando quisiera.

Durante días reflexionó sobre la sugerencia de Jeannette, luchando contra su propia intolerancia, ¡pero seguramente mirar no era pecado! Finalmente, llamó a Jeannette y le dijo que quería verlo. Al día siguiente fue a su casa, charlaron y cuchichearon un rato en la cocina, y luego sacó a colación el tema de la felación. No hay problema, dijo Jeannette, ¡vamos a casa de Frido! Frido era su primo con discapacidad intelectual, a quien a menudo acogía durante semanas o meses cuando su familia viajaba. Frido estaba sentado en la habitación de al lado frente al televisor y levantó la vista cuando entraron las dos mujeres. Frido tiene 50 años, dijo Jeannette, la misma edad que yo. Desafortunadamente, no podía hablar, pero se conocían desde la infancia y ella lo entendía bastante bien.

—Frido —llamó—, ¡vamos, juguemos! —y los ojos de Frido se iluminaron. Jeannette se acercó a su silla y le bajó los pantalones con dificultad. La madre de Jack se sentaría en el sillón frente a Frido, y Jeannette tomó el pene de Frido en su mano. —Así es como se hace una felación —dijo, metiéndose todo el glande en la boca. Luego lo masturbó con la mano, y cuando él eyaculó, abrió la boca de par en par para que la madre de Jack pudiera ver exactamente cómo Frido eyaculaba dentro de ella. Se tragó el semen y se limpió la boca con el dorso de la mano. Le dijo a Jeannette que lo había visto todo con claridad y que ahora sabía cómo se hacía. Jeannette asintió, sostuvo el pene de Frido y luego dijo: —¡Quiere follar un poco más! —Se volvió hacia la madre de Jack y le dijo que tenía que ir al baño y que mientras tanto debía mantener el pene de Frido erecto.

Con mucha vacilación, se inclinó y tocó el pene de Frido. Jeannette se tiró un pedo ruidosamente y salió. Mantuvo el pene de Frido completamente quieto, pero él se retorció y obviamente quería que ella se lo hiciera. Le acarició el grueso pene para mantenerlo duro, pero definitivamente no le estaba haciendo una paja. Afuera, sonó el teléfono y Jeannette contestó, charlando y charlando sin parar. Le acarició el pene en cuanto se ablandó un poco y se detuvo cuando volvió a estar completamente erecto. Cuando Jeannette regresó, Frido hizo algunos ruidos, y Jeannette tradujo: "¡Quiere follarte!". La animó: "Vamos, lo disfrutarás, vamos, ¡adelante!". Pero ella negó con la cabeza enérgicamente; no, no quería. Jeannette intentó persuadirla, pero ella realmente no quería y soltó su pene. —De acuerdo —dijo Jeannette—, puedes esperar en la

cocina o quedarte aquí —y con un rápido movimiento se desabrochó la falda y la dejó caer al suelo.

No llevaba nada debajo y se subió encima de Frido. Metiendo la mano por debajo, guió el pene de Frido hacia su vagina. La madre de Jack observaba fascinada cómo el grueso culo de Jeannette era penetrado con movimientos largos y lentos, mientras el grueso pene ensanchaba su vagina con cada movimiento de arriba abajo. Pasaron más de quince minutos antes de que Frido emitiera un sonido, y ella vio que estaba bombeando y eyaculando. Jeannette permaneció sentada sobre su pene y se masturbó, mientras ella podía verlo desde atrás. Durante sus orgasmos, su vagina se contrajo fuertemente varias veces, y el pene de Frido salió disparado.

Jeannette bajó las escaleras, limpió el pene de Frido con un paño y le subió los pantalones. Luego se puso la falda y salieron en silencio. La madre de Jack miró el reloj de la cocina y dijo: "¡Dios mío, ya es muy tarde!", y dijo que de todos modos tenía que irse y se despidió rápidamente. No cruzó la calle principal, sino que tomó el sendero entre los arbustos y no pudo aguantar más. Se agachó entre los arbustos y orinó, luego miró con mucho cuidado a su alrededor para asegurarse de que nadie la viera. Se masturbó en cuclillas, rápida y vorazmente, imaginando el pene de Frido y la vagina de Jeannette ordeñándolo lentamente ante sus ojos.

Ella posó desnuda frente a Jack otra vez, y él comenzó a masturbarse como de costumbre. Ella se sentó tímidamente a su lado y tocó tentativamente la punta de su pene con un dedo. Le preguntó si estaba bien, ¡y Jack confirmó que se sentía maravilloso! Él siguió sonriendo, y ella mantuvo su dedo en la punta, sintiendo cómo de repente se ponía rígido. Él se masturbó el pene con movimientos largos, y ella rápidamente movió sus dedos alrededor de la punta. Él eyaculó en su mano, y ella se lavó, pero no se atrevió a probar el semen. Jack dijo que se sentía maravilloso y que le encantaría eyacular entre sus pechos. Aunque todavía la atormentaban sus demonios, asintió en silencio y se arrodilló frente a él, extendiendo un brazo bajo sus pechos, que mantuvo abiertos para recibirlo. Él volvió a poner su pene erecto y la penetró entre sus pechos, que ella apretó con fuerza para facilitar la penetración. Él eyaculó desde el valle entre sus pechos sobre su cuello, su boca y sus pechos.

Se lavó en el baño y lamió cuidadosamente el semen que le había caído en la boca; no sabía mal. Después de esta excitante felación, le preguntó si podía hacerlo, y por supuesto él aceptó. Era la primera vez que hacía una paja, pero había observado tantas veces que sabía exactamente qué hacer. Jack, que se apoyaba en la cama con ambas manos, lo disfrutaba plenamente y observaba, fascinado, cómo su madre se arrodillaba ante él. Primero, con destreza, le puso el pene flácido erecto y luego lo masturbó de la manera correcta. Antes de que él eyaculara, cedió a su propia lujuria y presionó el glande directamente contra su boca entreabierta, de modo que la abertura del glande quedara dentro de su boca. Pero cuando él eyaculó, ella, cobardemente, echó la cabeza hacia atrás, y todo se roció sobre sus pechos. Sus ángeles casi se tropezaron al pensar en adónde los llevaría esto, trayendo consigo vergüenza, abatimiento y arrepentimiento.

Jack estaba destrozada, porque unos días después ella le hizo otra paja, y justo antes de que él eyaculara, ella le lamió el glande, lo acarició con los labios y se lo metió en la boca, todo el glande, continuando con la paja y lamiéndolo con timidez. Justo cuando pensaba que debía retirarse, él eyaculó en su boca, el semen caliente rociándole la garganta, el paladar, toda la boca. Al principio se sobresaltó, pero luego tragó con avidez su semen y fantaseó con lo maravilloso que sería si él la follara, y pronto no deseaba nada más que follar. Este pensamiento la carcomía como un cuchillo al rojo vivo, excitándola cada día más, preguntándose cuándo lo harían. Ya no era el “si”, sino el “cuándo” lo que consumía sus pensamientos. Todavía se repelía, aunque lo había imaginado cien veces. Ella se negó a que él eyaculara en su boca otra vez, pero se rió entre dientes mientras le contaba sobre su visita a Jeannette. Él dijo que era una verdadera lástima que no quisiera practicarle sexo oral, pero eso no importaba ya que ella hacía un trabajo maravilloso complaciendo su glande durante sus baños diarios.

Jack no sabía si había dicho ese secreto en voz alta, porque su joven y bonita compañera de juegos estaba tumbada con la cabeza sobre su pecho y le tocaba el pene juguetonamente.

En realidad, Jack guardaba un terrible secreto que ahora debía confesar. Cuando su madre sufría fuertes migrañas, se recuperaba tomando tres pastillas para dormir con un vaso de aguardiente, generalmente a última hora de la tarde. Era mucho más de lo rece-

tado, pero lograba conciliar el sueño media hora después y dormir profundamente hasta el mediodía del día siguiente. Él notó que, una vez dormida, dormía profundamente, como un tronco. Bastaba con retirar las sábanas para que ella yaciera desnuda y hermosa ante él, boca abajo, con una pierna doblada y las nalgas al descubierto.

Al principio, la contempló desnuda y se fue a masturbarse. Después, quiso más, así que tocó su vulva rosada y estimuló su clítoris. Lleno de excitación, observó cómo su clítoris se enrojecía y se endurecía, y continuó frotándolo suavemente hasta que sus piernas comenzaron a temblar. Hizo una pausa; ella no se dio cuenta, y él continuó. Una y otra vez, la hizo temblar hasta que llegó al orgasmo, observando el bombeo de su bajo vientre, el temblor de su vulva y el suave latido de su clítoris. Ella dormía profundamente, como muerta, y no se percataba de nada. A veces pasaba dos o tres horas masturbando su cuerpo indefenso una y otra vez hasta que alcanzaba el orgasmo.

Pero pronto quiso más. Cuando ella gimió de placer tras un orgasmo, él se arrodilló e introdujo la punta de su pene en la abertura vaginal, empujándolo con cuidado hasta que todo su pene estuvo dentro. Dejó que su pene sintiera todo; se sentía completamente diferente, mucho más suave que la vagina de Nina. Casi al instante, con el glande palpitando, eyaculó, dejando que todo fluyera dentro de ella, y quedó aturdido al retirar su pene flácido. Después de unos minutos, notó que su semen se escapaba de su vagina. Tomó una toalla y lo limpió lo mejor que pudo. El hecho de no tener que moverse y que la eyaculación ocurriera por sí sola era maravilloso. A veces sí se movía, y esos suaves movimientos de empuje desencadenaban su eyaculación.

Por lo general, volvía a tener una erección en quince minutos, entonces comprobaba si ella seguía profundamente dormida, cosa que siempre ocurría. A veces la giraba boca arriba y le colocaba las piernas. La penetraba suavemente y la follaba despacio y con evidente placer, a veces incluso dos veces, y cuanto más a menudo la follaba, más salvajemente lo hacía. Luego limpiaba el semen que se escapaba con una toalla y la giraba boca abajo, con una pierna doblada. Estaba terriblemente avergonzado, pero a la mañana siguiente era el chico dulce y bueno. Y todo esto llevaba meses ocurriendo; probablemente había eyaculado en la vagina de la inocen-

te chica dormida más de cien veces. Ese era el mayor secreto de Jack.

Cada vez que se mostraba ante él, la madre se excitaba más y más; posaba desnuda ante él con mayor descaro y deliberación, deleitándose con su insaciable lujuria. Siempre que estaba desnuda, lo excitaba intensamente, tanto que una vez se metió en la cama con ella después de que se le cayeran el libro y las gafas al quedarse dormida, dejando la luz encendida. Como solía hacer, había dejado que las sábanas cayeran al suelo, y la visión de su cuerpo desnudo lo enloqueció. Estaba tumbada boca abajo, con una pierna doblada, y el misterioso contorno bajo sus nalgas era visible. Durante un rato, se masturbó, sentado en la cama, mientras la miraba con deseo. Le tocó las nalgas y el vello púbico que se curvaba bajo ellas, pero no se atrevió a ir más allá. O mejor dicho, se corrigió a sí mismo, lleno de vergüenza, se había incorporado, se había arrodillado y había palpado suavemente los pliegues húmedos entre su vello púbico con las yemas de los dedos, había tocado su secreto húmedo con la punta de su pene y, con el corazón latiéndole con fuerza, había introducido cuidadosamente su pene en su suave y dormida vagina, primero la punta, luego muy suavemente hasta la mitad, luego tan profundamente como pudo, y no se había movido. Sintió la excitación subir por sus ingles; pronto eyacularía y no deseaba nada más que liberar su semen caliente y contenido en lo profundo de ella.

Él notó que ella se movía y retiró su pene con rapidez y cuidado. Ella despertó lentamente, adormilada, como si lo hubiera sentido, y se giró, mirando, hipnotizada, su pene húmedo. Hacía mucho tiempo que no se masturbaba y lo necesitaba desesperadamente. Se arrodilló, con el pene en la mano, esperando algo, cualquier cosa. En realidad, deseaba que ella le tomara el glande en la boca y le permitiera eyacular allí, pero al mismo tiempo, le repugnaba la idea de que ella pudiera oler o saborear su propia vagina. Apartó ese pensamiento, porque ella se estaba estirando y moviéndose hacia él, y le asustó lo que pudiera pasar.

Con los ojos entrecerrados, tras los cuales la lujuria y la excitación se colaban lentamente, lo observaba, mirando con anhelo y deseo su pene erecto. Su vagina se sentía diferente, y el pequeño diablo que llevaba dentro gritaba que quería más. «¡No, no debemos follar!», bramaba la parte intolerante. La tensión en sus cade-

ras se volvió insoportable; sentía un deseo cada vez más intenso de desnudarse más delante de él, de excitarlo aún más con su desnudez y su lujuria. Al mismo tiempo, la atormentaba su alma mezquina y fanática. Temblaba, pues estos sentimientos eran extremos y contradictorios; suspiró con resignación y se odió a sí misma por su lujuria, que ahora la dominaba por completo, haciéndola recostarse en la cama.

Expuso su hendidura, hinchada, de un rojo oscuro y húmeda, brillando en lo profundo de los escasos rizos negros de su vello púbico, a su mirada, pero sus ojos febriles seguían fijos en su pene, que él se masturbaba lentamente y extendía provocativamente hacia ella en toda su longitud. En esa posición, su vulva se arqueaba hacia adelante, yaciendo ante él como una fruta abierta y húmeda. La punta de su glande, que se movía ligeramente mientras se masturbaba, rozaba repetidamente sus labios con un suave toque. Ella levantó la cabeza para poder observar su masturbación, los roces de su glande contra sus labios, mientras se estimulaba los pezones con mayor intensidad y gemía con lujuria.

Una parte indiferente y aburrida de su alma lo descartó con cansancio mientras el pensamiento de un pecado mortal aparecía fugazmente y se desvanecía. Por una fracción de segundo, un fragmento de pensamiento cruzó por su mente sobre cuánto debía haber sufrido ella por años de abstinencia, ya que su padre la había abandonado después de solo unas semanas. Pero apartó el pensamiento, extendió aún más su pene, lo presionó firmemente contra su hendidura de vello púbico y lo frotó suavemente. La lujuria y el deseo desenfrenado en sus ojos casi lo asustaron; su mirada hablaba de pura lujuria, deseo codicioso y lujuria inefable.

¡No! gritó una voz en su interior, ¡No! Pero estaba febrilmente sacudida por su lujuria, su mirada hipnotizada mientras observaba a su chico arrodillado frente a ella, su rostro rígido mientras masturbaba lentamente su vulva expuesta. Bajó la mirada hacia sí misma; su glande rozaba repetidamente sus labios, ¡pero No! ¡Esto no podía ser! Con una mano, bajó la mano, dos dedos sujetando su glande rojo e hinchado para que solo la rozara ligeramente. Con los dedos de su otra mano, separó sus labios, abriendo su vagina de par en par. ¡No, no! El glande estaba a solo milímetros de su vulva, milímetro a milímetro, lo movió hacia adelante con sus dedos hasta que la tocó, hasta que su punta penetró, hasta que estu-

vo a medio camino dentro. ¡No, no! Cerró los ojos y fantaseó que era su marido, su pene rebosante de deseo, golpeando su entrada. Él era el único, nadie antes que él y nadie después de él.

Sintió sus embestidas, percibió que quería penetrarla por completo, pero no estaba preparada. Aún no. Su conflicto interno la estaba volviendo casi loca; por un lado, intentaba impedir que entrara, y por otro, sentía cómo se adentraba milímetro a milímetro en su vagina. ¡Oh, qué maravilloso era! Pero lo apartó con la mano, dejando solo la punta de su pene en la entrada de su vagina. Y qué maravilloso era sentir esa firme y grande punta de su pene dentro de ella, sentir un escalofrío placentero de alegría y miedo con cada una de sus embestidas.

Jack estaba fuera de sí cuando su glande finalmente explotó. Ella, sin embargo, observaba atentamente, un largo y prolongado gemido escapando de su garganta mientras su semen brotaba dentro de ella en un chorro espeso y caliente. Temblaba y se estremecía con cada embestida de su monstruoso glande, que presionaba lo más profundo posible en su vagina con los dedos, dirigiendo el semen, que brotó quizás diez veces, directamente hacia su vagina hasta que cesó. Las lágrimas corrían por sus mejillas, y llorando, comprendió lo que le había sucedido, lo que había hecho. Sacó el glande y, gimiendo, dobló su pene hacia un lado.

Yacía allí jadeando y llorando, mientras él eyaculaba triunfante la última gota sobre su cuerpo. Ella misma había introducido su glande en su vagina y le había permitido eyacular dentro de ella: ¡una cantidad tremenda de semen que se había acumulado durante todo el día! Humillada y avergonzada, se cubrió los ojos con un brazo, sintiendo solo una terrible vergüenza. Lloraba en voz baja, pero con el corazón destrozado, pues lo que habían hecho era un pecado mortal verdaderamente horrible. Cuando todo terminó, él regresó sigilosamente a su cama, abatido por su llanto.

Pero eso solo ocurrió una vez, añadió Jack, y fue increíblemente vergonzoso. Ayer, sí, ayer, antes de irse, fue la razón por la que se marchó: para expulsar la vergüenza de su cuerpo. Pero no lo mencionó. La hermosa viuda lo había escuchado y acariciado, pero ahora tenía que sonreír, él lo notó. Su afirmación de que nunca había vuelto a suceder le pareció vacía. Y sí, había sucedido.

La hermosa chica que descansaba sobre su pecho reanudó su suave e hipnótico arrullo, y él sintió un poderoso impulso de contarle con todo detalle el vergonzoso suceso del día anterior. Sintió que era ese arrullo lo que lo obligaba a confesarlo todo. Después de que su madre le permitiera eyacular profundamente dentro de ella, él se había ido a su habitación, dejándola tumbada con las piernas abiertas. Mientras ella presionaba su glande profundamente en su vagina, tuvo una visión; su vagina reconoció su pene y su glande. De repente se dio cuenta de que él debía haberla follado muchas veces antes, cuando yacía en un sueño profundo en los días de migraña. La había follado y se había aprovechado de su vulnerabilidad, pero ella no lo encontró cruel; simplemente lo encontró increíblemente excitante. La excitación que había sentido antes se transformó en un deseo ardiente y lujurioso. Revivió los sueños en los que Jack la había follado. ¡Aaah, eso fue increíble! ¡Increíblemente increíble!

Aunque sabía que él podía verlo todo a través de la puerta abierta, comenzó a acariciarse el clítoris, soñando con las mil fantasías que imaginaba mientras se masturbaba, y pronto deslizó el pulgar de su otra mano dentro de su vagina para darse placer, porque esa era la forma más placentera para ella de masturbarse. De reojo, notó que él había regresado a la habitación, se había acostado a su lado y la observaba abiertamente. Observó muy de cerca lo que hacía con su pulgar y guió su dedo índice a lo largo del costado de su pulgar estimulante, sintiendo y explorando cómo lo hacía. Ella no podía parar; se masturbó con ambas manos hasta que el orgasmo la invadió y sacudió su cuerpo. Él sintió sus convulsiones y el bombeo de su vagina, y que su pulgar estaba estimulando un área específica. Palpó hasta esa área y apartó su pulgar. La masturbó allí, y ella jadeó, su cabeza se sacudió hacia adelante mientras lo miraba, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, porque sintió un orgasmo inmediato. Jack le dio un breve respiro y la masturbó de nuevo en el mismo lugar, y ella volvió a tener un orgasmo, con el rostro contraído por el placer. Luego, él retiró suavemente su pulgar de su vagina palpitante. La miró fijamente a los ojos, y su pene rozó sus labios vaginales, su glande penetrándola ligeramente.

Todavía temblaba por el movimiento y la contracción de la masturbación y el orgasmo, pero respiró, “¡Sí, sí, ven!” y Jack penetró en su vagina palpitante. Sintió que su vagina reconocía su pene; se

aferró a él, y una mano en su nalga lo guió, marcando el ritmo. ¡Qué maravilloso era eso! Jack presionó su mejilla caliente contra la de ella y la folló maravillosamente, y su orgasmo menguante se convirtió en un nuevo y hermoso latido mientras la follaba bien y con fuerza. "¡Sí, sí!" gritó, pensando que iba a correrse, pero él se detuvo y esperó hasta que su pene se ablandó.

Luego, tras unos minutos, volvió a empezar, follándola con fuerza y con ganas, de modo que su vagina empezó a palpitar intensamente hasta que estuvo a punto de eyacular. Se detuvo de nuevo, sacó el pene, pero lo dejó apoyado contra su vulva. ¡Nunca la habían follado así! La única persona con la que había follado era su padre, que lo hacía rápido y con fuerza hasta eyacular, una o dos veces cada noche. Pero Jack la hizo esperar y volvió a empezar. Su corazón latía con fuerza, su vagina se contrajo de repente, ¡y tuvo un orgasmo por primera vez sin estimulación del clítoris! Jack había encontrado el punto exacto que su glande solo necesitaba estimular ligeramente para llevarla al orgasmo.

Jack hizo una pausa de nuevo, y ella se había calmado después de su orgasmo; ¡sus torturadores la golpeaban, incesto, incesto, incesto! Se puso mortalmente triste y se negó a participar más en la follada. No, no podía detenerlo ahora, porque lo había deseado tanto antes, y él ahora estaba "en medio de todo". Indiferente, dejó que su pene penetrara su vagina, con lágrimas en los ojos, mientras él la follaba vigorosamente en su punto más sensible del orgasmo. Sintió el calor subir dentro de ella, y tuvo otro orgasmo antes de que él hiciera una pausa una vez más. Lloró suavemente, aunque su vagina se había estado regocijando, y murmuró que "nuestro incesto" estaba mal y no estaba bien.

Fue una sensación extraña cuando él introdujo su pene semierecto en su vagina, mientras lentamente volvía a endurecerse y ella sentía que su orgasmo se acercaba. Con embestidas poderosas, apuntando con precisión a ella, la llevó al orgasmo de nuevo y se detuvo. Cuando la sensación disminuyó, ella lloró suavemente con tristeza y vergüenza mientras él descansaba para la siguiente ronda. Continuó así; Jack se detuvo justo antes de su clímax, y cada vez ella tenía un orgasmo más fácil porque él se concentraba en su punto sensible. Su mirada se dirigió brevemente al reloj de pared, y pensó: "¡Dios mío, me ha estado follando durante más de dos horas!". Su culpa la entristeció aún más, y cuanto más lo soportaba

pasivamente, más profunda se volvía su tristeza. Sufrió en silencio, porque el incesto era incesto, pero su cuerpo, ese miserable traidor, tuvo orgasmos con gritos fuertes y jubilosos, y Jack lo sintió.

Él la llevó al orgasmo de nuevo, y ella jadeó, "¡Sí, vamos, correte ya!" Jack echó su cabello sudoroso hacia atrás y dijo por enésima vez, "¡Sí, en un minuto!" y se preparó para introducir su pene ablandado en su vagina. Entonces comenzó a follarla, lentamente al principio, hasta que su pene se endureció. Ella suplicó, con la voz ahogada por las lágrimas, "¡Por favor, por favor fóllame y correte, correte ya!" Jack lo hizo con todas sus fuerzas, y ella vio su rostro contorsionado por el esfuerzo mientras golpeaba y follaba como una máquina. "Sí, vamos, déjalo salir", murmuró ella, sintiendo que de repente él no podía parar. Susurró, con la voz ahogada por las lágrimas, "¡Sí, sí! ¡Correte ya!" y Jack no pudo contenerse más y estalló, eyaculando con una oleada de placer. Ella susurró, "¡Sí, sí!" y estaba frenético de felicidad y tristeza mientras eyaculaba a chorros, cada vez levantándose y rociando su semen en su vagina chorro por chorro.

Ella vitoreó y sollozó suavemente, ¡porque era tan maravilloso! Él dejó de embestir y permaneció inmóvil dentro de ella mientras su pene se ablandaba gradualmente y se volvía flácido. Ella retiró suave y cuidadosamente el pene flácido de su vagina. Apretó y acarició el glande, creyendo que necesitaba liberar las últimas gotas, y sintió una o dos más caer sobre su vulva. Él murmuró que se sentía bien, y ella continuó apretando y masajeando su glande durante un buen rato, queriendo que lo disfrutara. Notó que su pene también se estaba recuperando y se estaba poniendo ligeramente rígido, y murmuró que había sido tan excitante y maravilloso, ¡pero también un pecado terrible! Solo se detuvo después de muchos minutos, cuando el glande se sintió grande, carnoso y lleno de nuevo. Él se dejó caer a su lado y solo lentamente recuperó el aliento.

Miró el reloj de nuevo, incrédula. ¡Él la había follado durante casi tres horas y ella seguramente había tenido más de una docena de orgasmos! A pesar de esto, se sentía muy triste y angustiada por el incesto y el pecado mortal que había cometido a sabiendas y deliberadamente. Él no tenía culpa, pues fue ella quien lo sedujo y lo llevó a pecar. Le acarició el pene y el glande con un dedo hasta que

se quedó dormido. Unos minutos después, ella también se durmió, completamente agotada.

A la mañana siguiente, Jack no pudo mirarla a los ojos y decidió seguir adelante con el paseo en bicicleta. Sabía que ella le haría preguntas difíciles y que algunas no podría responderlas.

Jack debió de haberse quedado dormido un momento y se sobresaltó ligeramente cuando la chica le acarició el glande con el pulgar. Por suerte, su pene pronto volvió a estar erecto y listo.

Recordando ayer, a su madre desnuda y asustada, humillada y tímida después de su primer encuentro extático, esperando a que él finalmente eyaculara, y a quien él había llevado repetidamente al orgasmo a pesar de su llanto silencioso, su pene se puso rígido hasta reventar. La viuda milagrosamente rejuvenecida simplemente dijo: “¡Espera!”. Luego lo giró boca arriba y se puso en cuclillas sobre él, guiando lentamente su pene hacia su cálida y palpitante vagina con su mano. “¡Quédate quieto!”, susurró, luego lo folló rápidamente en posición de cuclillas, gimiendo y suspirando mientras cabalgaba su enorme polla con lujuria. Al final, se tocó el clítoris por un segundo hasta que se corrió, luego se estremeció violentamente, su parte inferior del cuerpo temblando y jadeando. Él podía sentir su coño suave y cálido amasando y trabajando su pene. Ella gimió fuerte y continuó follándolo por unas pocas embestidas cortas y bruscas, luego se desplomó sobre él, exhausta. Ella se fue calmando poco a poco mientras él se retorcía impacientemente, porque aún no había llegado al clímax.

La hermosa joven se enderezó de nuevo en cuclillas, se apoyó con ambos brazos y se balanceó de un lado a otro. Sus cuerpos se tocaban en un solo punto: su pene y su vulva, pene-en-vagina. Al cabo de un rato, ella aceleró el ritmo y, jadeando, comenzó a frotar su pene con firmeza contra su vulva apretada. Él sintió cómo, en esa posición de cuclillas, ella sujetaba su pene erecto con fuerza con los músculos vaginales, el movimiento de arriba abajo de su balanceo actuando como un puño masturbándose. Ella se volvió cada vez más insistente, más y más rápido, rebotando sobre él, ligera como una pluma. Ahora él sentía la anticipación de la eyaculación, la dura y exigente rigidez intensificada por sus movimientos de empuje. Al sentir que él venía, ella hizo movimientos largos y profundos en cuclillas. Entonces su pene se contrajo y eyaculó de

nuevo, disparando chorros palpitantes hacia la vagina de la hermosa joven. Él empujó su pelvis hacia arriba y sintió el chorro salir disparado de él en espasmos. Con un ronroneo, ella tuvo un orgasmo y volvió a colocar su vulva sobre su pene, permitiéndole eyacular profundamente dentro de ella. Ahora se balanceaba lenta y deliberadamente, sus movimientos disminuyendo al mismo ritmo que su eyaculación, que pronto cesó. Se apartó de él y permanecieron acostados uno al lado del otro durante un largo rato, abrazados en silencio, hasta que se durmieron, Jack y la anciana arrugada y demacrada, con sus pechos demacrados y su cuerpo delgado y marchito.

Despertó temprano por la mañana. Yacía en un prado, completamente empapado, con el rocío sobre las briznas de hierba y su bicicleta brillando bajo la luz fría y brillante del sol matutino. Se pasó la mano por el cabello empapado y, somnoliento, buscó el faro con la mirada.

Pero allí no había ningún faro.

Al regresar a la escuela, investigó esta extraña experiencia en la biblioteca. El faro, que se alzaba aproximadamente allí, en los acantilados de Kings Head, se había incendiado cincuenta años antes, a finales del otoño de 1903, y nunca se reconstruyó. El último farero, un tal Henry Fowler, casado, había perecido en el incendio. Y en cuanto a la viuda Fowler —y descubrir esto le llevó semanas de investigación— no se pudo encontrar ni el más mínimo rastro de ella. Solo la abreviatura “casado” junto a su nombre, como si el difunto Henry alguna vez hubiera estado casado.

Jack guardó esta historia para sí mismo y la escribió en su diario. Le habría disgustado tener que responder a preguntas o especulaciones innecesarias.

O encontrar una explicación para haber tenido relaciones sexuales con un fantasma.

apagón

von Jack Faber © 2006

Lloró media noche cuando Jack no regresó de su paseo en bicicleta esa tarde. Al día siguiente, ya se estaba preparando para ir a la comisaría rural cuando lo oyó llegar a toda velocidad, sudoroso y eufórico. Dio una vuelta triunfal por el patio y luego se bajó. Ella corrió hacia él, lo abrazó con fuerza y lo besó en la boca, las mejillas y la frente. “¡Mi Jack, mi Jack!”. Ni una palabra de reproche, ni una mirada de enfado, solo lágrimas de alegría al verlo de vuelta, sano y salvo y tan lleno de vida como siempre.

—¡Estás todo sudado, entra! —gritó, arrastrándolo a la casa. Aunque se resistió, ella lo desnudó rápidamente mientras él divagaba sobre faros y hadas maravillosas. Lo desnudó por completo, y allí estaba, su orgullo y alegría. El pene más hermoso y exquisito que jamás había visto. Ancho y oscuro, el grandote se mantenía erecto, parpadeando ante ella. —¿Y bien, te gusta? —Jack parecía confundido mientras ella lo llevaba a la cama y se recostaba a regañadientes. Se quedó en silencio mientras ella se desvestía rápidamente y se acostaba a su lado.

Jack estaba desconcertado y visiblemente confundido, pero bajo sus caricias y toques, todas sus dudas se desvanecieron. Su erección se hizo fuerte y exigió más. Pero cuando ella intentó guiarlo hacia dentro, Jack susurró: “¡No, por favor, usa tu mano!”. Decepcionada, se acostó a su lado y lo acarició. No era la primera vez que lo masturbaba, y todo lo que sabía al respecto lo había aprendido observándolo. Tuvo que masturbarlo durante mucho tiempo hasta que sintió que estaba a punto de eyacular. Rápidamente, se incorporó, frotó su pene con más rapidez y lo hizo eyacular hasta que alcanzó su exhausto clímax. Luego se quedaron quietos y en silencio uno al lado del otro, cada uno contemplando su propio papel en la vida.

Lo había amado desde el primer día de su vida. El padre, un predicador inquieto del Sur, no se quedó mucho tiempo, y Jack ni siquiera tenía dos años cuando desapareció, dejándola sola con el pequeño y sus 33 años. Se había enamorado perdidamente del predicador, pues no era particularmente guapa y, por extraño que

parezca, seguía siendo virgen a los 30. El predicador fue su primer y único hombre; sedujo a la solterona y solo perdió el sentido del humor cuando ella quedó embarazada. Estaba más interesado en una vida despreocupada a costa de ella que en una vida familiar donde ella lo ataría y encadenaría. ¡No, no con él! Aunque su desaparición la perturbó profundamente, tenía a su pequeño Jack, lo amaba, lo mimaba y lo criaba. Los hombres no le interesaban, no después de aquel predicador. Breve y vagamente, recordaba los bellos momentos, por ejemplo, cuando él le pidió que bailara para él y ella giró y se contorsionó desnuda ante él. Recordaba el miedo que sintió la primera vez que tuvo sexo con su gran pene, y la habilidad con la que él la tranquilizó, susurrándole hasta inducirle una especie de trance antes de poseerla rápida e intensamente sin que ella sintiera miedo alguno. Recordaba el maravilloso dolor que sintió mientras la penetraban, un dolor tan intenso que casi perdió el conocimiento por la dichosa agonía.

Cuando Jack tenía unos cinco años, entabló amistad con una joven enfermera de la ciudad que estaba de vacaciones allí. Con timidez y vacilación, se dejó seducir por la mujer lesbiana, que apenas comenzaba a crecer en sus brazos. Su amiga se quedó atónita cuando Jack confesó que no sabía qué era un orgasmo ni cómo masturbarse. Con delicadeza y gran sinceridad, su amiga la inició en todo. Descubrió sensaciones que nunca antes había conocido, una excitación sin límites y un deseo extático a una edad en la que otras ya habían dejado de experimentarlas. No se entristeció cuando su amiga se fue, sino que se sintió infinitamente agradecida, pues ahora había encontrado lo que tanto había echado de menos. Una o dos veces al mes, se tumbaba en la bañera durante horas y disfrutaba de los placeres que había descubierto. Su vida se volvió más tranquila y luminosa; ¡al diablo con ese predicador que no servía para nada!

El pequeño Jack creció, y también su pene. Sonriendo, ella observaba los juegos infantiles del niño mientras yacía en su cama como una ranita, acariciándose el pene. A veces, sonriendo con ternura, se sentaba a su lado y le acariciaba la parte interior de los muslos y los testículos, observando la mano infantil que sujetaba su pene. Al menos, el predicador Jack le había legado un pene decente. El verano era caluroso, y a menudo pasaban tardes enteras desnudos en la cama. Más tarde, cuando tendría unos ocho o nueve años, aparentemente recibió alguna instrucción de sus amigos

depravados, y ella se quedó algo perpleja cuando intentó, torpemente, masturbarse, mucho antes de poder eyacular. Murmuró algo sobre la vergüenza y el pecado porque su pequeño estaba perdiendo la inocencia de sus juegos, pero lo dejó intentarlo. Ella no sabía nada al respecto, nunca lo había visto antes, y solo conocía vagamente lo que se decía sobre ello en anécdotas y chistes groseros. Sin embargo, ella lo ayudó a descubrirlo y le mostró cómo hacerlo, deslizando rítmicamente el prepucio sobre el glande hasta que su pene palpitaba con intensidad orgásmica, ya que aún no podía eyacular. Pronto le encantó cuando ella lo hacía por él. Aunque después de dos semanas le permitió masturbarse "de forma independiente", él le pedía repetidamente que lo hiciera por él. Ella no tenía objeciones, porque así él podía experimentar los orgasmos como a él le gustaban.

Una vez, ambos estaban sentados desnudos en la cama, y él intentaba masturbarse de nuevo, así que preguntó cómo funcionaba el sexo. Sus amigos parecían saber mucho al respecto, y él no tenía ni idea. Ella se lo explicó por enésima vez, mostrándole cómo funciona el sexo. Sin dudarlo, le mostró sus genitales y le explicó para qué servían, omitiendo, naturalmente, el clítoris. Él se inclinó hacia adelante y lo observó todo con curiosidad; incluso le permitieron tocar y sentirlo todo. Ella guió su dedo índice hacia su vagina y le explicó el sexo de forma práctica. Él declaró de inmediato que quería jugar al sexo en ese mismo instante.

Al principio se quedó sin palabras cuando él intentó introducir su pene en su vagina. Dejó de lado sus nervios y lo ayudó primero a retraer completamente el prepucio y luego a penetrarlo de cabeza. El pequeño comenzó a embestir; apenas lo sintió, pero él lo estaba disfrutando, y cuando se detuvo, sintió el latido de su pene al eyacular. Desde entonces, él siempre quería "jugar al sexo", y ella dejaba que el pequeño berserker se masturbara hasta el cansancio cuando quisiera. Su pene aún era tan pequeño que no eyaculaba, y ella dejó de lado sus dudas: ¡esto no era sexo de verdad!

Su primera eyaculación tuvo unos once años, mientras ella lo masturbaba. Se sorprendió y se llenó de alegría cuando ella se lo explicó todo. Extendió una toalla vieja y le dijo que tenía que limpiarse. Él se lo pedía una y otra vez cuando se cansaba de tanto masturbarse, y ella lo hacía con la frecuencia que él quería. Cuando ella volvía a casa después de ir de compras o del trabajo, él ya

estaba sentado en su cama, masturbándose. Normalmente, ella se desvestía y se sentaba a su lado, observando al chico jugar con su pene y viendo cómo aprendía gradualmente a eyacular. Le acariciaba la parte interior de los muslos, deslizando la mano hasta sus testículos y acariciándolos suavemente. Jack se esforzaba y eyaculaba; ella podía sentir cómo se contraían sus testículos y veía cómo el semen salía disparado por la pequeña abertura de su glande, sobre sus grandes y pesados pechos. En aquel entonces, su semen aún era claro y transparente. Ella pensaba que todavía no era semen "de verdad". Más tarde adquiriría su forma blanca y lechosa. Sintió una oleada de excitación al sentir el latido de su pene con la punta de los dedos. Le sonrió con ternura y orgullo, y a partir de entonces, nunca más volvió a hablar de pecado y lo comprendió cuando se masturbaba a su antojo.

Por supuesto, él siempre quería jugar a follar, y desde que pudo eyacular, ella intentó distraerlo, y a menudo lo conseguía. Su conciencia y sus demonios internos la atormentaban cuando, jugando, le permitía follarla y eyacular dentro de ella. Intentaba silenciar rápidamente su conciencia y sus demonios internos, pero a veces él quería follar y eyacular toda la tarde, una y otra vez, y a veces ella lo permitía a pesar de su conciencia culpable. Tranquilizaba a su conciencia diciéndole que no era follar de verdad con su pequeño pene; apenas sentía nada cuando él penetraba en su vagina demasiado grande. En realidad, lo disfrutaba cuando él se tomaba las cosas tan en serio para su edad y seguía sus consejos. Él retraía el prepucio sobre el glande, escupía sobre él y frotaba la saliva para que no le doliera si estaba demasiado seca. La miraba fijamente a la vagina e insertaba su pene.

Entonces apoyó su rostro sobre sus grandes pechos y comenzó a embestir. Ella le acarició la cabeza y las nalgas, rozando muy raramente su clítoris, que él no podía ver. Tuvo un orgasmo discretamente, reprimiendo sus temblores y espasmos para que él no se diera cuenta, mientras él embestía y eyaculaba con fuerza palpitante. Ella estaba completamente segura de que él nunca notaba su masturbación ocasional. Jack, sin embargo, el pequeño bribón, siempre lo intuía, aunque no pudiera ver nada. No obstante, su conciencia seguía aflorando con fuerza, y ella lo distraía del juego sexual tan a menudo como le era posible.

Mucho antes de cumplir los doce años, su pene creció inesperadamente, y ella se sentía muy avergonzada porque el pene más grande la excitaba y la ponía muy cachonda. Sus juegos eróticos casi se convirtieron en sexo de verdad, y su conciencia culpable no la dejaba en paz. Cada vez con más frecuencia, estaba a punto de llegar al orgasmo durante esos juegos, y eso, le decía su conciencia, sería incesto de verdad. ¡Eso, Dios no lo quiera, no lo deseaba en absoluto!

Sin embargo, continuaron incansablemente con el juego del sexo, y ella siempre decidía que sería la última vez. A pesar de sus remordimientos, lo disfrutaba; a veces pasaban tardes enteras jugando, y ella admiraba su incansable virilidad. Su pene crecía día a día, y un día, cuando se excitó de verdad durante la enésima vez que jugaban al sexo y casi llegó al orgasmo, tanto que tuvo que ir inmediatamente al baño a masturbarse para calmar la lujuria, puso fin al juego. Jack no lo entendió, pero respetó su decisión.

Cuando ella lo bañaba, él exhibía su pene y se masturbaba constantemente. Pero cuanto más grande se volvía él y su pene, más se retraía ella, sintiendo una timidez natural. Pronto superó su timidez y lo masturbó, concienzudamente y rítmicamente retrayendo su prepucio sobre el glande y llevándolo al orgasmo tantas veces como él quería. A partir de entonces, él siempre quería que ella lo masturbara en la bañera, y como ella no quería que la salpicaran constantemente, se acercaba a él desnuda en cuanto se sentaba en el agua. Él tocaba su cuerpo mientras ella lo hacía con él, acariciando y provocando sus pechos, y ella disfrutaba de esta estimulación, haciéndola cada vez más intensa y excitante para él. A menudo tocaba su vulva, y cuando estaba muy excitado, jugaba con sus labios o exploraba torpemente su vagina con sus dedos inquietos. Ella nunca lo habría admitido, pero lo disfrutaba enormemente y se abría de par en par y con gusto para ser penetrada por sus dedos. A menudo insistía en repetirlo después de un descanso porque le encantaba que la tocara por todas partes. A veces, durante sus descansos, se excitaba tanto que le ponía la mano en los pechos o en la vulva y dejaba que la estimulara, retorciéndose de deseo mientras él la acariciaba. Se retorcía hasta que él le introducía un dedo en la vagina, pero no se atrevía a ir más allá y le agarraba el pene para masturbarlo.

También le encantaba una variante que ella misma había inventado. Él tenía que sentarse en el borde de la bañera con las piernas abiertas, mientras ella se sentaba frente a él en el suelo. Ella le masturbaba el glande justo delante de su cara, y él le rogaba que le dejara eyacular en su boca. Ella abría la boca como si lo estuviera haciendo, a veces tocando su glande con los labios o la lengua mientras lo masturbaba. Pero cuando él eyaculaba, ella giraba la cara y dejaba que su semen salpicara sus pechos, donde luego se lo frotaba. Este juego le resultaba increíblemente excitante y lo practicaba muy a menudo. Normalmente, se excitaba tanto que inmediatamente después se retiraba y tenía que masturbarse. Desafortunadamente, esta fase terminó después de unos meses; él cumplió 13 años.

A los 13 años, le empezó a crecer vello púbico; ya no quería que ella lo bañara, ni le pedía que lo masturbara. Una atmósfera ardiente y sensual se fue construyendo lenta pero constantemente entre ellos, llena de lujuria y deseo insaciable; esto duró hasta que él cumplió 16. En una de sus noches solitarias, reconsideró todo: su largo tiempo como niña inocente, la embriaguez que había experimentado en los brazos del predicador y su sutil manera de llevarla al clímax con su grueso pene. Admitió abiertamente que se había vuelto completamente adicta a la masturbación de Jack y lo observaba con lujuria y avidez porque era una especie de clímax vicario. Finalmente, y esto fue realmente lo último, admitió que sentía un impulso cada vez mayor de mostrarse desnuda ante él. ¡Soy una maldita exhibicionista!

Cedió a sus impulsos exhibicionistas y dormía desnuda, a menudo permaneciendo desnuda en casa, deleitándose en secreto con su reacción ante su desnudez. Incluso dejaba la puerta del baño sin llave cuando pasaba alguna tarde de domingo jugando sensualmente en la bañera. Ella notaba que él la observaba a través de la rendija de la puerta y luego experimentaba un placer extraño al masturbarse en el agua de la bañera y posar desnuda frente a él. Por las noches, a veces dejaba la lámpara de lectura encendida y se tumbaba desnuda en la cama, sabiendo que su lujuria cuidadosamente oculta la observaba y que esto desencadenaba de inmediato y compulsivamente su masturbación.

Por supuesto, no se le escapó que Jack y Nina pasaban mucho tiempo estudiando en su habitación. En cuanto lo oyó cerrar la

puerta con llave, todo quedó claro. Rápidamente entró en la habitación de invitados contigua, que normalmente servía de trastero, y apartó parte del panel de madera. El espejo veneciano, un espejo unidireccional, lo había instalado el difunto dueño del apartamento; solo ella lo sabía. Podía observarlos a los dos a muy corta distancia sin ser vista.

Los dos estudiaron durante unos tres minutos. Luego, Jack llevó a la pequeña Nina a la cama y la desnudó rápidamente, y después a sí mismo. Ella no quería creer que su hijo de 16 años hubiera tenido intimidad con una niña de menos de 13, que no tenía ni pechos ni vello púbico, pero, por desgracia, eso era exactamente lo que había sucedido. Los dos se masturbaron juntos, y ella tuvo que admitir que la pequeña Nina era toda una experta, masturbándose con rapidez y destreza. Cuando Jack quería, ella levantaba las piernas en el aire, abría su pequeña vulva con ambas manos y dejaba que el semen de Jack saliera disparado directamente sobre su hendidura. Después, se limpiaba con un pañuelo de papel. La madre de Jack se inclinó hacia adelante y examinó la vulva de la niña, hermosa e infantil, con un clítoris tan pequeño que era casi invisible. Pronto, Jack le estaba enseñando a Nina cómo masturbarlo, y la niña, que aprendía rápido, lo dominó enseguida. Jack a menudo se arrodillaba frente a su hendidura para observarla masturbarse.

Después de aproximadamente una semana de masturbarse juntos, durante la cual Jack presionó su glande directamente en la abertura vaginal de Nina y eyaculó dentro de ella, los dos hablaron largo y tendido sobre sexo real y apropiado, y Nina también lo deseaba desesperadamente, pero estaba un poco asustada porque pensaba que le dolería la primera vez. Jack pronto logró calmarla, disipar sus miedos y convencerla de lo maravilloso que era el sexo real. Le dijo que si se masturbaba antes, no le dolería tanto. Dicho y hecho. Nina estaba muy excitada, pero obedientemente comenzó a masturbarse de inmediato, y Jack se arrodilló entre sus piernas y presionó su erección en su vagina hasta el himen. Esperó hasta que Nina abrió mucho los ojos y rápidamente se masturbó el clítoris. “¡Me vengo, me vengo!”, jadeó, y cuando comenzó su orgasmo, Jack introdujo su enorme pene completamente en la vagina de Nina. La penetró durante todo su orgasmo y luego eyaculó a chorros cuando su orgasmo disminuyó. Cuando él sacó su pene y ella se limpió la vagina con un pañuelo, Nina dijo que solo le escoció un poquito y que apenas sangró. Y fue genial, dijo con entusiasmo.

Cinco minutos después volvieron a follar. Cuando terminaron, la madre de Jack se fue de su puesto de observación, pero se quedó allí todo el tiempo que Nina vino a estudiar.

A partir de entonces, tenían sexo todo el tiempo, y Nina se masturbaba durante sus descansos porque casi nunca llegaba al orgasmo mientras la penetraban. Pero aún así lo necesitaba, y Jack podía acostarse con ella tan a menudo como quisiera, así que ya casi no necesitaba masturbarse.

Envenenada por los celos, la madre de Jack los observaba jugar juntos, y luego casi consumida por la envidia cada vez que tenían relaciones sexuales, cuando Jack eyaculaba dentro de ella con placer. Su corazón latía salvajemente cuando la pequeña Nina humedecía el gran pene de Jack con saliva en la punta de su dedo y luego lo insertaba con avidez. Cuando Jack entonces actuaba y Nina casi perecía de placer, sentía más envidia que lujuria. Solo cuando Nina retiraba cuidadosamente el pene de Jack y lo masturbaba, una sensación de regocijo se despertaba en ella. ¡Qué listo era él al guardarlo y dejar que la estúpida mocosa lo masturbara con placer! ¡Su semen le pertenecía a ella, no a Nina! La lujuria, la excitación y los celos alimentaban su creciente deseo de desplazar a Nina y tener a Jack solo para ella. Nunca lo pensó hasta el final, pero instintivamente sabía que quería tener sexo con él en lugar de con Nina. Cuando finalmente lo pensó, tomó una decisión. ¡Al diablo con la moral burguesa, al diablo con el pecado, al diablo con todos los pecados capitales, lo quiero! ¡Quiero follarme a Jack! Sin que Jack se enterara, ella había llamado a la madre de Nina, Nina se mantuvo alejada y Jack experimentó dolorosamente la infame acumulación de semen, ya que ya no podía follar con Nina.

Una vez, se quedó dormida y al despertar lo encontró arrodillado a su lado, acariciándole las nalgas. Con cautela, levantó la vista y lo vio masturbándose con destreza. Permaneció inmóvil, fingiendo seguir profundamente dormida, hasta que él introdujo su pene en sus nalgas, eyaculó dentro de ella y regresó a su cama. Ahora, cada noche, esperaba que volviera a su cama y se tumbara desnudo boca abajo. Su cuerpo ya superaba los 45 años, con los pechos grandes, pesados y caídos. Pero sabía que, aparte de eso, tenía un cuerpo muy bonito con un fuerte atractivo sexual, algo que confirmaban las numerosas miradas y halagos que recibía en el trabajo. Sus nalgas eran realmente dignas de admiración, y sabía que no

tenía ni una pizca de grasa en sus estrechas caderas y muslos, por eso solía tumbarse boca abajo y ocultar sus pechos. Se quedaba allí noche tras noche, tentándolo con su cuerpo desnudo, sin darse cuenta de que nada volvería a ser igual.

Siempre sentía mucha curiosidad por verla desnuda. Tan a menudo como podía, miraba la hendidura bajo sus nalgas, contemplando con avidez los pliegues de sus labios vaginales, y el nudo en su garganta casi lo ahogaba cada vez que ella se movía y la oscura abertura entre sus labios quedaba a la vista. Le encantaba mirar sus pechos grandes y pesados, aunque ella intentara ocultarlos. Su rostro estaba profundamente surcado por arrugas de preocupación, pero cuando la observaba a escondidas mientras se masturbaba en la bañera, su rostro se iluminaba como por un sol interior, y le parecía hermosa. Sin aliento, seguía sus movimientos e imaginaba que lo hacía como Nina.

Regresó por la noche, se acercó sigilosamente a su cama y se aseguró de que estuviera dormida. Ella fingió estarlo lo mejor que pudo. Él se arrodilló a su lado, le palpó las nalgas, deslizó las yemas de los dedos por el pliegue y acarició los labios de su vulva. Sus dedos separaron su vulva, se deslizaron dentro y los dejó allí hasta que eyaculó. Como siempre, se masturbó lentamente, luego rápida y salvajemente, introduciendo su pene directamente en su ano con toda su fuerza. Ella se estremeció levemente cuando su semen entró a borbotones en su ano y hendidura, pero actuó como si estuviera profundamente dormida. Él frotó el semen sobre sus nalgas y la abertura vaginal, y luego se marchó tan silenciosamente como había llegado.

Dejó la puerta de su habitación entreabierta, dejando caer un brillante rayo de luz sobre su cama. Se acercó sigilosamente y la observó atentamente para ver si estaba dormida. Estaba perfectamente disfrazada, tumbada boca abajo, con sus hermosas nalgas al descubierto. Notó un cambio: él estaba ocupado con la escuela y los deberes todo el día y solo tenía tiempo para masturbarse por las noches. Así que se arrodilló silenciosamente detrás de ella y se masturbó con avidez y rapidez. Sintió cómo presionaba la punta de su glande firmemente contra su ano y eyaculaba. Gran parte se desvió, pero pudo sentir su semen brotando dentro de ella. Solo hizo una breve pausa antes de continuar. La segunda vez, introdujo su pene entre sus labios y eyaculó en su abertura vaginal.

Cada día se volvía más hábil, separando su ano con dos dedos, presionando la punta de su pene contra él y eyaculando su semen caliente en su ano sin derramar una sola gota. Esto no la excitaba, pero él parecía disfrutarlo, aunque pronto dejó de hacerlo. Sin embargo, lo que más la excitaba era cuando su pene penetraba entre sus labios vaginales durante la masturbación, un poco más profundo cada día. Ella sentía sus dedos masturbándose sobre su piel, y el latido de su pene dentro de su vagina la excitaba, pero no lo demostraba. Antes de eyacular, retiraba su pene solo hasta la punta, y su chorro caliente salía disparado únicamente hacia la abertura vaginal.

La mayoría de las veces, sin embargo, estaba tan excitado que su pene permanecía profundamente dentro de ella al eyacular. Finalmente, lo hizo bien: penetró profundamente antes de eyacular y luego esperó inmóvil hasta que llegó al clímax. Ella lo disfrutaba cada vez más, esperando que finalmente tuviera relaciones sexuales con ella, pero él no lo hacía, conteniéndose resueltamente. A veces se masturbaba dos o tres veces seguidas, penetrando profundamente en su vagina antes de eyacular y esperando inmóvil hasta que llegó al clímax. Ella lo disfrutaba enormemente cuando sentía su eyaculación profundamente dentro de ella, pero siempre fingía estar profundamente dormida. Después de que él se iba, ella permanecía despierta durante mucho tiempo, masturbándose para liberar su deseo reprimido. Este maravilloso tiempo terminó de manera bastante abrupta después de unas semanas.

Una noche, la víspera de aquel maldito paseo en bici, no pudo contenerse. Cuando él se acercó, se arrodilló detrás de ella y se masturbó, después de unos minutos fingió despertarse. Él ya no se atrevió a tocarla, pero continuó masturbándose lentamente; no podía parar. Ella se retorció y abrió las piernas justo delante de él, haciendo todo lo posible por seducirlo, incluso susurrando "¡Sí, fóllame!", pero él pareció no oírla. Se deslizó hacia adelante sobre sus nalgas hasta que la punta de su pene la tocó. Levantó las piernas y se balanceó de un lado a otro, mientras él la miraba fijamente, observando su hendidura ligeramente entreabierta, y continuaba masturbándose. Casi la volvía loca que, aunque él presionaba su pene contra su vulva y labios vaginales mientras se masturbaba, y sus movimientos rítmicos la excitaban cada vez más, parecía pensar solo en masturbarse, no en nada más que estuviera tan cer-

ca. ¿Acaso su antigua prohibición de tener sexo seguía teniendo algún efecto?

Ella separó bruscamente sus muslos hasta guiar su pene directamente a su hendidura abierta, luego se empujó contra él, ya que él aún no entendía. Lo introdujo rápidamente dentro de ella, sí, gritó en ese breve, como un relámpago dolor y lo folló, ¡su parte inferior del cuerpo empujando y follándolo en un movimiento giratorio! Casi gritó, se sentía tan bien, pero al mismo tiempo, ese mismo dolor provocó una lujuria que no había experimentado en mucho tiempo. El estúpido tipo la miró atónito y no se movió mientras ella lo follaba, tardando lo que pareció una eternidad en finalmente llevarlo al orgasmo. Ella sintió claramente los chorros calientes de semen dentro de ella, sintió el palpitar de su pene. Sabía que él aún no había terminado, porque él se arrodilló ante ella con la boca entreabierta, mudo y silencioso, mientras ella retiraba cuidadosamente su pene.

Permaneció inmóvil durante varios minutos, pero sentía una tensión angustiosa en la parte baja del abdomen. Su vulva no la dejaba en paz. Le dio la espalda, buscando secretamente su clítoris con los dedos. El estúpido de Jack la miraba fijamente a las nalgas y la espalda, frotándose el pene lentamente. Deseaba fervientemente que no se diera cuenta y, con una mirada avergonzada, se acarició el clítoris, aunque sabía que él ya sabía cómo lo hacía Nina. Durante la breve y rápida masturbación, miró ansiosamente por encima del hombro a Jack, quien, como siempre al masturbarse, lucía una especie de sonrisa. Se inclinó hacia adelante mientras él frotaba su pene contra sus nalgas por detrás y lo presionaba profundamente en su hendidura para eyacular. Sintió su semen caliente y tuvo un orgasmo segundos después, pero le irritaba que la parte baja de su abdomen temblara y se contrajera de forma traicionera, sin que pudiera reprimirlo.

Pero ella lo necesitaba una vez más. ¡Al diablo con todo, él debería verlo! Una cierta indiferencia la invadió; se giró y se sentó frente a él con las piernas abiertas, mirándolo fijamente a los ojos. Tras un comienzo juguetón, se masturbó, deslizando sus dedos por su clítoris y metiendo dos dedos profundamente en su vagina. Pasó mucho tiempo hasta que el orgasmo hizo que su pelvis se sacudiera violentamente y sus piernas se contrajeran convulsivamente e incontrolablemente.

Yacía inmóvil, avergonzada por haberse masturbado por primera vez delante de Jack. Estaba triste y deprimida, aunque de alguna manera disfrutaba viendo a su chico masturbarse de nuevo: ¡era una vitalidad impresionante! Sin embargo, rompió a llorar al recordar su pecado mortal. Jack había contraído el rostro con esfuerzo, las primeras gotas la salpicaron y, con cada movimiento, la mano de Jack le arrojaba un poco de semen; pronto quedó cubierta de pies a cabeza con pequeñas salpicaduras. Siguió llorando mucho después de que Jack se durmiera en silencio. Y al día siguiente, cuando él se marchó en bicicleta, volvió a pensar en la desaparición de su pastor y sollozó.

Pero ahora él había regresado. Ella apartó de un plumazo todo pensamiento sobre tabúes burgueses, ignoró los susurros venenosos de su conciencia y lo convirtió en su amante. Nunca hablaron del hecho de que estaban cometiendo incesto. Al principio, le molestaba que él prefiriera masturbarse, y ella lo complacía. Siempre se sentía orgullosa y profundamente satisfecha cuando él eyaculaba, cuando el semen corría por su mano y Jack jadeaba y gemía de lujuria y satisfacción. El deseo la abrumaba, y ella introducía su pene en su vagina antes de que él eyaculara. Era muy difícil entrar, así que hacía movimientos lentos y profundos, prácticamente ordeñándolo mientras él eyaculaba.

Luego lo dejó descansar unos minutos, acariciándolo suavemente; a veces incluso se quedaba dormido. Después, lo excitó lentamente, acariciando sus pezones y la parte interna de sus muslos hasta que su pene se puso rígido de excitación. Luego se tumbó boca arriba, lista para Jack, su amante, y lista para el dolor que tanto necesitaba. Y Jack tampoco pudo evitarlo; ya estaba muy excitado y quería follar. El acto duró mucho tiempo después de que él ya hubiera eyaculado una vez, y al principio dolió, pero fue precisamente ese dolor lo que la llevó al séptimo cielo. Fue en el dolor silencioso y desgarrador donde experimentó el orgasmo explosivo, que no disminuyó mientras él continuó. A veces perdía el conocimiento brevemente y despertaba fracciones de segundo después, después de que él ya hubiera eyaculado. Se acurrucó contra él y acarició el pene que tan maravillosamente la había satisfecho. A veces, cuando él se detenía después de su orgasmo, ella se lo hacía con la mano, dejando con gratitud y amor que su semen cayera sobre su cuerpo.

No era muy frecuente que Jack iniciara el sexo. Tenía que estar increíblemente cachondo para eso, pero entonces le exigió que se pusiera a cuatro patas y la penetró por detrás. Eso no dolió tanto, y Jack podía penetrarla completamente en la posición de perrito. Sin embargo, el coito que siguió fue tan duro y tan excitante que ella tuvo un orgasmo tras otro y luego prácticamente se desmayó. Así que no se dio cuenta de que Jack la estaba follando, inconsciente, salvaje y despiadadamente. Sus manos agarraban sus caderas sin piedad, la jalaba o tiraba de ella con fuerza y le metía su polla profundamente dentro, una y otra vez. No paró hasta que se corrió a gusto. Era muy agresivo con la anciana en esos momentos, cuyo cuerpo aún hermoso podía excitarlo tanto. Pensó en Nina y se enfadó porque su madre lo había convertido en su esclavo sexual.

Cada vez con más frecuencia él exigía la posición de perrito, y cada vez con más frecuencia ella experimentaba verdaderos fuegos artificiales de orgasmos, aunque rara vez llegaba a desmayarse. A veces, en la penumbra lujuriosa, pensaba en su amante lesbiana, quien le había dado placeres similares con su lengua. Jack estaba dividido entre su agresividad y la oleada de poder que sentía durante esa brutal follada. La montó por detrás al menos ocho veces ese fin de semana lluvioso, pero a pesar de su salvaje follada, ella no se desmayó. El frenesí de Jack por la posición de perrito disminuyó después de dos semanas; sintió lástima por ella y se avergonzó de haberla follado sin piedad en su total indefensión.

Ella no entendía sus escrúpulos, pero obedeció y volvió a practicarle sexo oral con más frecuencia. Jack gruñó y ronroneó, bastante satisfecho, y todo el asunto del perrito quedó olvidado. Un día, salió con amigos cuando terminaron en casa de uno de ellos, escuchando discos, bebiendo un poco demasiado, y Susanne le practicó sexo oral a Peter. Jack nunca había visto nada igual y se quedó boquiabierto. Cuando llegó a casa, nervioso, le contó a su madre todos los detalles y le exigió que se lo hiciera a él también. Mintió, diciendo que tendría que tragarse su semen al final. Ella solo sabía de sexo oral con su amiga lesbiana, ¿pero tomar su pene en la boca? Dudó, pero antes de aceptar, quería un trato: si le practicaba sexo oral, él tendría que volver al asunto del perrito, por detrás, ya sabes. Él se mordió el labio y luego dijo que a veces se quedaba dormida, pero ella sonrió y dijo que precisamente por eso: o el tra-

to o nada de sexo oral. Sonrió ante esa extraña palabra. Jack no dudó y asintió.

Aunque aún no habían cenado, decidieron intentarlo. Jack se sentó en el sofá, se bajó los pantalones y esperó. Ella se arrodilló frente a él y con cuidado tomó su pene en la boca, tal como él había visto hacer a Susanne y Peter. Pero por mucho que succionara, no entraba. Usó la mano para ayudar y lo succionó intermitentemente, luego frotó la punta rápida y firmemente. Aunque le repugnaba terriblemente, mantuvo el glande en la boca mientras continuaba masturbándolo con la mano. Sintió el chorro contra su paladar, en su garganta; siguió succionando y tirando y tuvo que tragar la cosa asquerosa, de lo contrario el trato no habría sido válido. Jack gimió y jadeó de placer y susurró que esta era la mejor parte de todo. Ella succionó y succionó y tragó, atragantándose, hasta que no salió nada más.

Corrió rápidamente a la cocina y vomitó, pero solo la primera vez. Después, pudo tragar su semen sin problema e incluso empezó a disfrutarlo en cierto modo, principalmente porque se había convertido en una herramienta de poder. En fin, vomitó esta vez y luego regresó. Jack seguía descansando y la observó desvestirse. Sabía que su cuerpo ya no era bonito, pero se desnudó muy despacio y con lascivia, acariciando las partes más atractivas de su cuerpo mientras temblaba de excitación, porque eso lo excitaba; podía verlo en su pene. Solo recordaba a medias lo que sucedió después, porque Jack hizo todo lo posible por cumplir su palabra.

En retrospectiva, no recordaba cómo había sucedido, pero un día él encontró las cartas de Irina, su amiga lesbiana. Se le ruborizaron las orejas mientras ella, con voz temblorosa, le contaba poco a poco toda la historia. Él refunfuñó y se preguntó, pero se mantuvo amable, así que no le resultó difícil responder a sus preguntas inquisitivas y describir con detalle incluso los secretos más íntimos y embarazosos. Él le preguntó si volvería a ver a Irina cuando regresara en verano, y ella se encogió de hombros; aún no lo sabía. Pasaron los meses, llegó el verano, e Irina apareció de repente en la puerta.

Jack salió corriendo, dejando a las mujeres solas. Esa noche fue a casa de unos amigos y no regresó hasta tarde. Se acostó en silen-

cio y no molestó a las dos mujeres que dormían. Estaba triste y se sentía excluido, y su madre lo percibió claramente.

Irina se horrorizó al principio cuando la madre de Jack hizo la sugerencia. Se quedaron en silencio, discutieron, pelearon y volvieron a quedarse en silencio. La madre de Jack insistió en que él debía participar y repitió varias veces que ella y Jack deseaban desesperadamente tener sexo con Irina. Irina se resistió; nunca había tenido sexo con un hombre y estaba aterrorizada. Sí, era cierto, a menudo había practicado sexo oral y masturbación cuando su cita insistía, pero solo había tenido sexo con chicas. Poco a poco, Irina cedió, de acuerdo, pero solo quería mirar. No quería tener sexo con un hombre, ni siquiera si era un chico tan dulce como Jack. Su madre insistió en que era muy sensible e increíblemente bueno en la cama, así que llegaron a un acuerdo. Irina quería mirar; su madre deseaba desesperadamente tener sexo.

Esa noche, después de cenar, cuando ya iban por su tercera o cuarta copa de vino, ella le dijo a Jack que podía quedarse en casa. Jack la miró sorprendido, pero ella asintió con ánimo y le guiñó un ojo. “Está bien”, dijo, e Irina asintió, diciendo que a ella también le parecía bien. Solo Jack no dijo nada, porque no se lo esperaba. La velada continuó con más vino; las mujeres se animaron y se pusieron bulliciosas, besándose y abrazándose sin reservas. Se acurrucaron en el sofá y bebieron mucho. Jack seguía sentado a la mesa, sosteniendo su copa de vino con incertidumbre, ya que aún no había bebido. Las mujeres se desnudaron mutuamente, y esto lo excitó enormemente, no cabía duda, pero no estaba seguro de lo que sucedería después. Irina era considerablemente más joven que su madre y tenía pechos pequeños, hermosos y redondos. Su zona púbica era rojiza debido a su cabello rubio, y su esbelto cuerpo le parecía perfecto. Jack se excitaba cada vez más a medida que las mujeres bebían y se abrazaban. Dio un sorbo al vino y contempló la vulva y la hendidura de Irina con creciente lujuria. Después, pensó que nada de esto habría sucedido sin el alcohol.

Se sentó en la cocina, refunfuñó, y fue detrás de la cortina. A través de la rendija, observó a las mujeres. Se abrazaban cada vez con más intensidad, tocándose los genitales y acariciándose los pechos. Jack permaneció completamente inmóvil, observando con fascinación cómo se masturbaban mutuamente. Irina se acercó a su madre, la agarró entre los labios y jugó con su clítoris. Era nue-

vo para él cómo Irina masturbaba a su madre: se frotaba el clítoris con un dedo, presionando rítmicamente el pulgar de la otra mano profundamente en su vagina. Su madre alcanzó el orgasmo bastante rápido y gimió y se quejó de placer, porque Irina mantuvo su pulgar dentro durante un buen rato. Vio el pulgar de ella dentro de la vagina de su madre, y de repente Jack sintió que algo perverso despertaba en su interior: ¡quería follar con Irina, costara lo que costara! Después de un breve descanso, su madre masturbó a Irina, usando solo sus dedos para estimular su clítoris. Le tomó más tiempo que a ella, entonces Irina comenzó a tensarse, y como aparentemente no era lo suficientemente rápido para ella, se introdujo el pulgar en la vagina y se masturbó vigorosamente con él mientras tenía un orgasmo. Su sonrisa se transformó en una mueca forzada, se masturbó furiosamente con el pulgar, y de repente todo terminó. Entonces las dos se quedaron quietas y en paz, recuperándose.

Al cabo de un rato, lo llamaron, instándolo a unirse a ellos. Sintiendo inquietud, pero rebosante de emoción, se acercó a la cama y se sentó en el borde. Los tres bebieron, y Jack se emborrachó bastante. Pronto se vio envuelto en sus caricias y juegos bruscos, y poco a poco lo fueron desvistiendo. Cuando se despojó de la última prenda, Irina se incorporó. «¡Ah!», exclamó, y su madre asintió: «¡Ya te lo dije, una verdadera belleza!».

Los tres se abrazaron y se acurrucaron. Irina tocó casualmente el pene de Jack y sintió con curiosidad su erección, luego retiró la mano. Su madre lo tomó en su mano y lo masturbó. Irina observaba con ojos brillantes cómo su madre se arrodillaba y frotaba la punta de su pene con intensa concentración y una velocidad increíble, pero lo soltó antes de que eyaculara. Hubo una larga pausa durante la cual las dos mujeres se abrazaron apasionadamente. Su madre murmuró repetidamente durante los abrazos que quería acostarse con Irina.

—Vamos —dijo la madre de Jack después de un rato—, ¡ven aquí! ¡Hazlo conmigo, Irina quiere vernos follar! Prácticamente tuvo que seducir a Jack, porque al principio estaba muy cohibido. Le irritaba que Irina los observara con curiosidad. Bebieron de nuevo, y el alcohol pareció volverlo indiferente también. Por alguna razón, su madre ahora quería un encuentro completamente inocente, ella de espaldas, él encima. Su madre se tumbó de espal-

das con las piernas abiertas, él se arrodilló frente a ella, e Irina miró fijamente su pene, que su madre frotó suavemente y lentamente puso erecto. A Irina le pareció como si su madre tuviera un pene, que ahora frotó con cuidado, y lo frotó durante mucho tiempo hasta que le pareció lo suficientemente rígido, entonces lo atrajo hacia ella y lentamente se introdujo su pene. Jack se olvidó de todo lo demás a su alrededor y lentamente comenzó a follarla. Su madre se agitó rápidamente, mirando fijamente a Irina, quien los observaba embelesada. “Irina”, jadeó con un gemido, “¡ambos deseamos desesperadamente follarte!”

Obedientemente, la folló como le pidió y miró a Irina, quien, para su sorpresa, se excitó rápidamente y se masturbó un poco mientras los observaba, luego cerró los ojos para darse placer. Irina seguía jugando soñadoramente cuando él se apartó de su madre y se deslizó rápidamente entre los muslos de Irina. Ella lo miró, completamente perpleja, y dejó escapar un breve grito cuando él la agarró con firmeza y la penetró rápidamente. Aunque podía acomodar fácilmente su gran pene, se resistió, pero él era muy fuerte y la empujó profundamente dentro. Irina comenzó a llorar y balbuceó que no quería ser follada. ¡No! Se sentía maravilloso en su vagina apretada, pero muy suave y complaciente. Irina lloró incesantemente y sollozó que no quería ser follada, retorciéndose para quitárselo de encima, pero él la sujetó con firmeza y continuó follándola.

Su madre se había incorporado y estaba palpando el clítoris de Irina. “¿Ves? ¿Qué te dije? ¡Folla increíblemente bien!”, dijo su madre, que mientras tanto se había sentado detrás de él y ahora presionaba su cuerpo contra sus nalgas para follar con la llorosa Irina junto a él. Se inclinó hacia adelante y frotó el clítoris de Irina muy suave y delicadamente. Irina sintió los dedos reconfortantes en su clítoris, pero lloraba y sollozaba porque la obligaban a follar con él. Jack embestía y embestía, su madre frotaba el clítoris de Irina con más y más intensidad, su cuerpo inferior empujaba las nalgas de Jack y, por lo tanto, su pene profundamente dentro de Irina una y otra vez. Irina abrió los ojos, llorando, y sintió que estaba a punto de correrse de nuevo; la estimulación de su clítoris la abrumó de repente. Llorando y sollozando, con los ojos muy abiertos por la sorpresa y la boca abierta, llegó al orgasmo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con una sonrisa distorsionada. Su madre cabalgaba sobre Jack, y Jack seguía follándola, acercándose rá-

pidamente a su propio clímax. Irina era zarandeada, gimiendo de vez en cuando que no quería ser follada, que él no debía eyacular. Pero Jack no podía apartarse; su madre lo follaba por detrás, empujándolo profundamente dentro de ella. Al mismo tiempo, estimulaba el clítoris de Irina con tanta destreza que esta se quedó completamente en silencio entre sollozos y se rindió sin resistencia, al darse cuenta de que no era Jack, sino su madre, quien la estaba follando.

La madre de Jack fue la primera en notar que estaba a punto de eyacular. Se inclinó hacia adelante, agarró su pene y comenzó a masturbarlo. Jack sintió cómo se precipitaba hacia él, e Irina gritó al oír su eyaculación, su cuerpo se abrió involuntariamente mientras Jack llegaba al clímax. Su madre eyaculó dentro de ella, pues fue ella quien eyaculó, dejando que todo fluyera dentro de ella. Irina gritó, rogándole que parara, ¡no, que no eyaculara! Con largas embestidas, el firme agarre de su madre recorrió repetidamente su pene, aflojando su agarre brevemente cuando sintió el chorro palpitante, y continuó masturbándolo, empujándolo profundamente en la suave vagina de Irina hasta que se corrió. La eyaculación duró mucho tiempo, y cuando terminó, Irina se encogió hacia adentro y sollozó, llorando suavemente. Ella no había querido ser follada, y no debería haber tenido permitido eyacular dentro de ella. ¡No! Su madre le explicó a Irina que no era fértil en ese momento y que no podía quedar embarazada con el esperma de Jack. Irina dejó de llorar y, al final de la conversación, y después de beber bastante alcohol, cedió. Brindaron por enésima vez, e Irina dijo alegremente que el sexo no era tan malo después de todo...

Irina ahogó sus penas en grandes cantidades de vino tinto y aguardiente. Sonriendo, acarició el pene de Jack y le dijo que era muy bueno en ello, y él sonrió con placer. Durante los siguientes cuatro días, prácticamente se quedaron en la cama. Irina solo disfrutaba del juego mixto cuando estaba borracha, y era la madre de Jack quien constantemente la emborrachaba y la arrastraba de nuevo al juego, pero Irina sacó provecho de ello. Jack la adoraba porque la encontraba hermosa. Una vez, la madre de Jack le practicó sexo oral, tragándose y atragantándose con todo su semen. A Irina le pareció bastante excitante. Cuando Jack luego realizó el acto en la posición del perrito, e Irina se excitó al ver que la madre se había desmayado tras su pérdida de conocimiento y que Jack estaba follando a la mujer casi inconsciente como un loco, se mas-

turbó a su ritmo y tuvo un orgasmo mucho antes de que él terminara.

La madre de Jack sintió inicialmente un poco de celos, pero luego pensó que Irina se iría de nuevo en unos días y volvería a tener a Jack solo para ella. Así que sus celos se mantuvieron bajos y desaparecieron por completo cuando logró convencer a Irina de que bebiera y luego la miró con orgullo mientras Jack volvía a estar encima de ella. Irina, por su parte, adoraba hacer el amor con la madre de Jack y acurrucarse con ella; esto solía terminar en un lamido voraz y rápido de las mujeres.

Por supuesto, al principio no fue fácil para Irina dejar que Jack la follara, pero estaba constantemente borracha y casi siempre lo soportaba pasivamente, porque la madre de Jack siempre estaba allí cuando Jack se subía encima de Irina. La acariciaba y la abrazaba mientras observaba con orgullo cómo su amado Jack la follaba como es debido. La borracha Irina disfrutaba abrazando a la madre de Jack y solo estaba dispuesta a dejar que Jack entrara en ella por ella. Siempre estaba allí cuando Jack empezaba, sus dedos inquietos le daban a Irina el placer que le faltaba con Jack, y más tarde, cuando ya había soportado ser follada varias veces, eran siempre esos dedos inquietos los que la ponían cachonda y lujuriosa, de modo que cuando tenía un orgasmo ni siquiera se daba cuenta de que Jack eyaculaba dentro de ella, rociando su semen profundamente en su interior.

Jack montó a Irina sin decir palabra mientras ella estaba borracha. Ella tomó su pene dentro de ella con completa compostura y casi indiferencia; no era demasiado grande ni nada, pero no tuvo un orgasmo con el acto sexual. Su madre la probó; sus suaves dedos la excitaron y la prepararon. Al principio, ella lo dejó penetrarla con indiferencia y con calma retiró su pene antes de que eyaculara. Irina lo masturbó muy lentamente con su mano, dejándolo sufrir durante un largo rato, girando ocasionalmente la punta de su pulgar sobre su glande. Jack seguía enderezándose y empujando sus caderas hacia adelante para que su pene estuviera muy cerca del rostro de Irina. Ella miraba boquiabierta, como hipnotizada, su glande y la abertura por donde estaba a punto de eyacular, y continuó frotándolo lentamente hasta que eyaculó. Los primeros chorros de su semen le dieron en la cara y en la boca abierta, luego ella dirigió su pene hacia sus pechos, donde terminó de eyacular.

Su madre inmediatamente le dio a Irina un trago de aguardiente para que pudiera tragarse el semen y se frotó el resto en los pechos. Jack se volvió cada vez más hábil, sosteniendo suavemente su cabeza mientras eyaculaba y guiando cuidadosamente su glande en la boca de Irina. Irina continuó masturbándolo, dejando que eyaculara todo, absolutamente todo, en su boca. El aguardiente siempre estaba disponible, e Irina se lo tragaba todo de un trago. Por lo general, después del sexo y la eyaculación en su boca, todavía era codiciosa e increíblemente cachonda, y rápidamente se masturbaba con el pulgar. Jack, por su parte, podía abrazar a Irina sin fin, tocándola y acariciándola por todas partes y disfrutando de su cuerpo juvenil. No tenían que decir una palabra; cuando su pene se ponía erecto de nuevo, Irina, con la vista borrosa, se tumbaba boca arriba y abría las piernas, ansiosa por recibir a Jack dentro de ella. Después de eso, ella se lo hacía a Jack con la mano y voluntariamente dejaba que se lo rociara profundamente en su boca; Siempre había un buen chupito de aguardiente para acompañarlo.

El alcohol excitó cada vez más a Irina mientras la madre de Jack la penetraba con los dedos en el clítoris, y pronto tuvo problemas para calcular el momento adecuado para retirarse. Perdía el momento cada vez con más frecuencia, el enorme pene de Jack permanecía dentro de ella durante más y más tiempo, y finalmente se concentró solo en su propia lujuria y deseo. La madre de Jack la llevó al orgasmo con dedos que giraban mientras Jack la penetraba, eyaculando cada vez que se corría. Al llegar al orgasmo, abrió las piernas como una rana, estirando sus piernas dobladas de par en par, permitiendo que la madre de Jack le masturbara el clítoris sin interrupción. Sonrió con una expresión distorsionada mientras Jack y ella alcanzaban el clímax con espasmos salvajes y eyaculaciones violentas. Ya no necesitaba el pulgar; tenía a Jack. La madre de Jack los observaba, orgullosa de lo bien que lo estaba haciendo Jack.

Los días pasaron volando, y Jack se sintió muy deprimido cuando Irina se marchó.

Señorita Janet

von Jack Faber © 2004

Debió ser en el verano del 67 cuando empezó a circular entre nosotros, los muchachos, el rumor de que durante la temporada de festivales, las mujeres codiciosas y cachondas buscaban chicos dispuestos y cachondos entre los lugareños; así que cualquiera que fuera alguien se quedaba merodeando con aspecto lascivo a las salidas de las gasolineras, merodeaba cerca de los hoteles o hacía gala de su físico atlético y juvenil en la playa. Yo siempre he ido por mi cuenta, así que pasé unos días merodeando por la estación de tren, ya que ni Babsi ni Evi estaban disponibles.

Puedes reírte, tienes razón: no tuve ningún éxito. Hasta que un día, no solo bajaron del tren ancianos jubilados y miembros del elenco agobiados, sino también una mujer estadounidense bajita pero guapa. Me quedé de pie, con ganas de sexo pero cobarde, al fondo de la sala de espera, observándola mientras forcejeaba con sus maletas, le preguntaba algo al jefe de estación y recibía a cambio encogimientos de hombros desconcertados; al fin y al cabo, casi nadie hablaba inglés por aquel entonces.

Vi mi oportunidad. El cobarde se acercó y, sin siquiera mirar a la señora, le preguntó cortésmente al jefe de estación si podía ayudarla. El jefe de estación murmuró que no la había entendido, así que tomé la iniciativa. Sí, estaba buscando un hotel y le habían recomendado el ANKER. El jefe de estación murmuró que era un lugar bastante destartalado y que le convendría más probar el HERMES o el TERMINUS. Le traduje textualmente que el ANKER también estaba bastante bien, según la opinión del oficial, y que con gusto la acompañaría; estaba a la vuelta de la esquina.

La señora me dio las gracias y me dijo su nombre, que desde entonces he olvidado: la señorita Janet, algo así. Era muy bajita, tal vez de 1,50 metros, y de mediana edad, sin duda de 35 o 40 años. Me pareció que tenía alguna deformidad; sí, eso era: tenía la cabeza muy baja entre los hombros, el torso le parecía demasiado corto y las piernas muy, muy largas pero delgadas. No había tiempo para observarla más, así que caminé delante de aquella pequeña y delicada figura, cargando la maleta más grande. Después de unos

minutos, llegamos al ANKER. Se quedó impactada porque realmente era una pocilga, pero corrí al patio trasero y busqué a la anciana sorda que alquilaba la habitación. Subimos las escaleras con paso pesado, cargué el equipaje y estaba a punto de despedirme.

Me invitó a quedarme, y mientras deshacía la maleta y se afanaba, parloteaba sin parar, contándome cosas de su casa. Me ofreció una limonada, fumamos sus Lucky Strikes, y ella seguía parloteando como una niña. La observé con más detenimiento. En efecto, tenía un torso diminuto y piernas muy largas; su cuello era tan corto que su cabeza quedaba escondida entre sus hombros encorvados. Me pareció que tenía una pequeña joroba. Sus piernas delgadas y largas, que llegaban bastante alto, me asombraron; tenía algo de flamenco. Era profesora en una escuela de arte, donde enseñaba dibujo anatómico a jóvenes aspirantes a pintores. Y así sucesivamente. Después de una hora, me dejó ir, pero al marcharme, me preguntó si podía volver al día siguiente. Quería dibujarme.

Estaba confundido porque no sabía exactamente qué significaba eso; pero ella sonrió muy amablemente y dijo que sí por mí. Luego me fui y regresé al día siguiente, como ella había dicho.

Primero, tuve que aclarar algunos malentendidos entre ella y la casera; no, ella quería un desayuno diferente. Me sentí aliviado cuando, tras mediar un poco, logré bajar el precio y, a cambio, cancelaron el desayuno. ¡La señorita Janet o Jeanette me susurró que el desayuno era incomible! Pero entonces surgió un nuevo problema.

La señorita Janet había perdido o extraviado su cupón para las entradas del festival; ahora decía que ya estaba allí y que no podía irse sin verlo, y me preguntó si tal vez podría conseguirle algunas entradas. Negué con la cabeza y le dije que las funciones solían agotarse con meses de antelación. Conocía a Charly, que dirigía un próspero mercado negro de entradas, pero me lo guardé para mí. No me creí ni una palabra de su historia del cupón; no estoy loco.

Bebí mi limonada y lo pensé, diciendo en voz alta que tal vez lo intentaría. Ella dijo que estaba segura de que podría conseguir algunas cartas, sí, debería conseguir dos, una para ella y otra para mí. Su mano descansaba confiadamente sobre mi muslo. Bebimos limonada fría y fumamos sus Lucky Strikes.

Entonces me dijo que ya podía desvestirme. —¡¿Perdón, qué?! Sonrió dulcemente, abrió su gran carpeta y sacó unas hojas de papel: «¡Mira, así es como dibujo!». Miré y no vi más que hombres y mujeres desnudos, garabateados en todo tipo de poses, algunos a medio terminar. Era evidente que era una genio, porque los dibujos eran asombrosamente perfectos, la lujuria y la excitación de las personas representadas eran tan reales que me estremecí. La representación de los genitales femeninos y masculinos era increíblemente precisa y realista; los penes eyaculando y las vaginas abiertas y excitadas estaban en plena acción. En algunos bocetos, los penes y las vaginas se fusionaban de forma tan realista que se podía ver la eyaculación dentro de la vagina como si una cámara en miniatura la hubiera grabado. Volvió a sonreír y me dijo que me quedara allí junto a la ventana, desnudo, y mirara hacia afuera.

Me sentí avergonzado. Había mencionado el dibujo, pero nunca habló de desnudez. Sin embargo, su mirada tenía algo hipnótico, y además, los dibujos de desnudos que había visto antes me habían excitado mucho. Dudé un buen rato, no quería saber nada al respecto, pero ella insistió hasta que, a regañadientes, dejé caer mi camisa, luego mis pantalones, y me quedé allí en ropa interior. Me colocó junto a la ventana, me tomó la cabeza y la giró para que mirara hacia afuera, y me indicó cómo levantar los hombros y presentar el pie.

Luego se sentó a la mesa durante un buen rato, llenando una hoja tras otra con dibujos, tirándolas sobre la cama o el suelo para empezar otra. Al cabo de un rato, me sentía bastante cansado y apático por la postura incómoda. Dejó su cuaderno y su lápiz y se acercó a mí. Me acarició suavemente el brazo, me agarró la cintura del pantalón y, con un tirón rápido, me bajó los calzoncillos, dejando mi pene al descubierto.

Me estremecí e intenté ocultarlo con las manos, pero ella me dijo que me quitara la ropa interior y luego me apartó las manos. Sonrió, me miró y negó con la cabeza en señal de desaprobación, diciendo que no pasaba nada. Me examinó con atención, volvió a colocar su peso sobre mis hombros y caderas, adelantó una pierna y, sin pudor alguno, levantó mi pene, echándole un vistazo fugaz cuando el glande emergió del prepucio.

Se sentó de nuevo y dibujó, larga y concentradamente. Yo permanecí de pie, cada vez más cansado, y mi pene pronto se rindió, colgando sin fuerza. Pero ahora ya casi no tenía miedo de estar allí desnudo. Varias veces se levantó, se acercó a mí y me cambió de posición; volvió a levantar mi pene y lo acarició con firmeza varias veces hasta que se puso erecto de nuevo. Lo acarició brevemente para no dar la impresión de que se estaba masturbando, y como estaba bastante húmedo, lo secó con la palma de la mano, luego se sentó y continuó dibujando.

Hizo una pausa, se acercó a mí y me miró con expresión interrogante; estaba tan avergonzado que no supe qué decir y simplemente negué con la cabeza. Sostuvo el glande de mi pene flácido en su mano y me observó durante un largo instante, evaluándome, acariciándolo suavemente con las yemas de los dedos hasta que volvió a estar completamente erecto. Todo el tiempo, me sonrió a los ojos, llenos de desesperación. Una y otra vez, sonriendo, pasó el pulgar por el glande, y de nuevo salió una pequeña gota.

La señorita Janet intuyó que estaba a punto de eyacular y sonrió sutilmente. Luego, con un movimiento sorprendentemente rápido, le retrajo el prepucio dos o tres veces. Se inclinó y comenzó a masturbarme con una expresión completamente seria y sin ninguna inhibición. Me masturbó incansablemente, deteniéndose ocasionalmente para estimular el glande con el pulgar. Me masturbó con firmeza, a veces mirándome para ver si estaba a punto de correrse.

Pero me contuve durante un buen rato y disfruté masturbándome. Cuando mi pene empezó a palpitar, ella frotó con fuerza y dejó salir el chorro espeso, frotando cada vez más despacio mientras yo seguía eyaculando, hasta que la última gota se derramó y goteó al suelo como a cámara lenta. Ella sonrió y asintió, secó todo con un pañuelo y limpió la punta de mi pene.

Mi pene seguía bastante rígido. Una vez más, lo amasó con suave presión, murmurando que, si bien necesitaba que estuviera erecto, no debía atormentarme; por eso hacíamos esto. Tras una breve pausa, me masturbó de nuevo, esta vez con mucha delicadeza. Cuando volvió a estar rígido, pareció satisfecha con el resultado, pues se sentó de nuevo a dibujar sin decir palabra. Cuando se

le bajó la erección, no se levantó, sino que siguió dibujando con concentración, apenas mirándome.

Después de media hora, dijo que ya era suficiente, que era la hora del almuerzo. Me vestí y estaba a punto de irme, pero me llamó. Obedientemente, volví a la puerta y volvió a mencionar las entradas. Le dije que era increíblemente difícil conseguir entradas ahora, y que seguramente solo costarían el doble. Me dio el dinero sin pestañear y dijo que tenía que ir sí o sí al espectáculo, ¡hoy o mañana! Se acercó mucho, me miró y me tocó los pantalones con la mano, justo en el pene: ¡Te va a gustar si lo consigues!

Mientras salía corriendo, mis pensamientos se aceleraron. ¿Qué me había prometido? ¿Cuál era exactamente la recompensa, qué obtendría? ¡Ah, seguro que quería decir que podía follarla! ¡Por supuesto, absolutamente, porque debió haberse excitado muchísimo después de hacerme correr mientras posaba, después de jugar con mi glande! Impulsado por este pensamiento, me apresuré a subir a la moto, conduje como un loco hasta Charly's, quien enseguida se rió y dijo que las entradas para esta noche costaban una fortuna. ¡No, Charly, no digas tonterías, necesito dos entradas desesperadamente! Prolongó la negociación durante un buen rato y luego dijo su precio, que aún era más bajo que el que le había dicho a la estadounidense. Vale, dije, eres un estafador, ¡pero las necesito! Así que conseguí las entradas y volví al ANKER.

La señora —Janet, Joanne o Jeanette, no recuerdo— se alegró de mi éxito y me enseñó algunos dibujos que había hecho esa tarde. Dibujaba maravillosamente; me quedé maravillado al contemplar cada imagen. Vi a un joven desnudo asomándose desde una celda hacia el bosque, donde la figura de una mujer brillaba indistintamente entre los árboles... Fingí asombro y admiración, pero no reconocí a nadie en el dibujo. Sobre todo a mí mismo, porque no tenía un pene tan largo y erecto como el de aquel joven dios encarcelado.

Entonces dije que la función comenzaba en media hora. Se puso nerviosa y buscó este vestido y aquel, casi deshizo todas las maletas, y luego descartó la idea de ponerse una cosa u otra. Me desesperé porque las manecillas de mi reloj seguían avanzando. Entonces dijo que se pondría este. Quise salir, pero se rió a carcajadas y dijo: "Siéntate ahí". Así que me senté en la silla, mirando fijamente

por la ventana, mientras ella se desvestía por completo, libremente y sin ninguna inhibición, revelándose a sí misma y su parte delantera desnuda, ocultando avergonzada su joroba, seleccionando y descartando prendas de ropa con indecisión. Observó de reojo que estaba cautivado por su desnudez, y me pareció que secretamente lo disfrutaba. Avergonzado, miré de reojo su pequeño y raquítico cuerpo. Miré sus pequeños y caídos senos y su vulva. Solo un pequeño vello negro, del tamaño de una uña, se alzaba sobre su pliegue púbico; toda la zona alrededor de su vulva estaba completamente depilada y eróticamente desnuda, dejando al descubierto sus grandes labios menores oscuros. Podía ver claramente su clítoris en el pliegue; o bien Missy Janet ya estaba muy excitada, o su clítoris era bastante grande; en cualquier caso, me cautivó. Pero no me atreví a mirar más.

La actuación duró mucho, aplaudimos con entusiasmo y ella me tomó del brazo mientras caminábamos de regreso al ANKER. Mi corazón latía con fuerza mientras esperaba ver cuál sería mi recompensa. Pero ella, al parecer, lo había olvidado. Solo hablaba de lo hambrienta que estaba, de que no había comido en todo el día. Mencioné torpemente, casi como si fuera una ocurrencia tardía, que había conseguido las entradas, que había conducido hasta el otro lado de la ciudad para comprarlas y que ella me había dicho que le compraría algo. Pero parecía no escucharme, me puso unos billetes en la mano y me dijo que, por favor, comprara algo de comer. Preferiblemente pollo.

Así que volví a subirme a mi bici, di vueltas por aquí y por allá, pero no encontré pollo por ningún lado. Solo después de una hora logré comprar un trozo de pollo a la parrilla con patatas fritas en un pequeño pueblo cercano, me compré una Coca-Cola y regresé.

En el ANKER ya reinaba el silencio. Subí las escaleras en silencio y llamé a la puerta. Un suave “¿Quién es?” salió de ella. Le dije que era yo, ¡y que también tenía pollo! Abrió la puerta. Al parecer, ya se había acostado, pues solo llevaba un camisón de seda (un negligé, como supe después) sin nada debajo. Tenía la cara roja y me quedé mirando su cuerpo, que se marcaba claramente a través del camisón con la luz de la habitación. Su excitación era evidente; al parecer, la había interrumpido “en pleno acto”.

—Pasa —dijo—, ¿qué trajiste? —Después de una pausa, añadió —: ¡Pensé que te habías escapado con el dinero, ya que no habías vuelto en tanto tiempo! —Luego se sentó en el borde de la cama y miró dentro de la bolsa de papel—. ¡Oh, un pollo asado, papas fritas y una Coca-Cola! ¡Qué amable de tu parte! ¡Ven, siéntate a mi lado!

Me senté allí, sudando en la calurosa noche de verano, observándola de reojo. Había dado un bocado al pollo, tenía unas patatas fritas en la boca y masticaba, ofreciéndome algunas de vez en cuando. Abrí la lata de refresco y la coloqué delante de ella; al volver, mi mano rozó su brazo desnudo. Se dio cuenta, porque me miró y me dedicó una extraña sonrisa. Al cabo de un rato, me preguntó si quería, masticando con avidez su pollo y acariciándome la cara con el dorso de la mano. Negué con la cabeza, porque no tenía hambre.

Me senté a su lado, con la cabeza ligeramente inclinada, pensando en cómo proceder; el tiempo apremiaba, ¡tenía que estar en casa a más tardar a medianoche! ¡Quería acostarme con ella, costara lo que costara! Al cabo de un rato, con cautela le tomé el brazo y lo acaricié. Ella sonrió. Le acaricié los hombros, evitando su joroba; ella sonrió imperceptiblemente. Mi mano descendió con timidez, deteniéndose en su axila, y luego se deslizó con cuidado hacia su pecho.

Jeanne —o Janet, como fuera— me miró con una sonrisa y siguió masticando. Me detuve, sin saber qué hacer. Se dio la vuelta, se recostó sobre las almohadas y apoyó una pierna en la cama, justo a mi lado, de modo que su vestido de seda se subió; incluso cuando la miré fijamente a los ojos, no pude evitar ver su vulva, su hendidura. Sonrió, mordiendo y masticando el maldito pollo. Finalmente, no pude sostener la mirada por más tiempo; la dejé caer cada vez más abajo, contemplando profundamente y durante un largo rato su secreto.

Me quedé completamente fascinado, porque su vagina estaba cubierta por unos labios desproporcionadamente grandes que colgaban a los lados como crestas de gallo flácidas. No podía ver mucho, pero alcancé a vislumbrar el clítoris rosado y turgente que sobresalía. No pude resistirme más; con vacilación, extendí la mano

y acaricié sus muslos, los rizos de su vello púbico; luego me desabroché los pantalones y saqué mi erección.

Janet rió suavemente y ladeó la rodilla por completo, abriendo su vulva voluntariamente, y yo me recosté sobre sus piernas, completamente vestido. Guié mi pene con la mano hacia su vulva, pero no pude llegar muy lejos porque estaba completamente retorcido. Al principio, la situación me incomodó: la delicada y menuda mujer, tumbada desnuda boca arriba con una camisa de seda, sosteniendo y masticando una pata de pollo, mientras un hombre alto y estúpido del lugar intentaba en vano follársela.

Después de eso, me molestó cada vez menos; me concentré en mi placer y empujé mi pene cada vez más hacia adelante con la mano, pero no podía llegar lo suficientemente lejos porque ella estaba recostada y yo estaba sentado en un ángulo muy incómodo. Ella masticaba y masticaba, sonriéndome constantemente, mientras yo luchaba en vano, tirando de mi pobre pene.

La señorita Janet dejó la pata de pollo roída y se giró hacia mí. Metiendo la mano entre sus muslos, agarró mi pene y me atrajo hacia ella. La seguí, estirándome y luego arrodillándome en la cama, justo frente a su vagina. Sujetó mi pene con fuerza y comenzó a frotarlo contra su clítoris y la abertura vaginal, pero no lo introdujo; de hecho, me apartó cuando lo intenté. Lo frotó con firmeza contra sus labios, luego contra su clítoris, y luego solo contra su clítoris, de un lado a otro, de arriba abajo. Fue tan excitante que sentí que estaba a punto de eyacular.

Presioné y presioné hacia adelante, pero no pude vencer su desafiante resistencia. Me empujó sobre mi espalda y balanceó sus piernas sobre mí hasta quedar a horcajadas sobre mí. Con un movimiento rápido, se quitó el camisón y lo tiró al suelo. Luego se incorporó y guió mi glande —¡y solo el glande!— hacia su vagina. Cerró los ojos y comenzó a masturbarse con un dedo. Mantuvo mi glande cautivo con su vagina y se masturbó durante mucho tiempo. Observé cada movimiento y sentí el espasmo de su vagina con mi glande. Echó la cabeza hacia atrás y tuvo un orgasmo, su vagina bombeando sobre mi glande, y con un suave gemido, se dejó caer sobre mi pene, sobre mi pecho.

La agarré rápidamente y la tumbé boca arriba. Le separé las piernas, le eché un vistazo rápido a su vulva palpitante y abierta, y me metí dentro. Con embestidas firmes y profundas, la follé, con la mirada fija en su rostro y sus ojos cerrados. Sentí que inmediatamente empezó a bombear violentamente, una y otra vez. Pero aunque la estaba follando fiel y devotamente, no podía llegar al clímax debido a este intenso bombeo. Y justo en medio de sus convulsiones de bombeo, me corrí, sujetándole las nalgas y eyaculando hasta que no quedó nada. El aire olía a pollo, semen y vainilla mientras mi polla se volvía flácida. Entonces, jadeando, me senté y metí mi polla mojada en mis pantalones.

—No voy a tener hijos —dijo de repente—, pero necesito ducharme. Entró en la ducha y cerró la puerta, pero esta seguía abriéndose sola. Maldijo con rabia cuando se abrió un poco, y luego se duchó. Como el agua no paraba de correr, me levanté, me acerqué sigilosamente a la puerta y me asomé por la rendija. Estaba en cuclillas como una rana, con las piernas abiertas, sobre el chorro de agua, con la cara vuelta hacia la puerta. Vi que se estaba masturbando con la cabeza hacia abajo, dirigiendo el agua hacia su vulva con una mano mientras con la otra la movía de un lado a otro sobre su clítoris. Pero ya había terminado; se acurrucó en cuclillas y jadeó suavemente, sus nalgas mojadas y su vulva desnuda subiendo y bajando rápidamente como el abdomen de una avispa. Después de lo que pareció una eternidad, levantó la vista y me vio allí de pie, mirándola fijamente.

Se sonrojó intensamente, salió de la ducha, cogió una toalla, se secó y me miró fijamente a la cara. Provocativamente, apoyó una pierna en el borde de la silla de baño, dejando al descubierto sus genitales, y se secó de nuevo. Me miró una vez más y sonrió, aunque su rostro seguía rojo como un tomate. Bajé la mirada, avergonzado, y dije que ya era muy tarde y que tenía que irme a casa. «Pero vendrás mañana por la tarde», preguntó, «íbamos a continuar con la sesión de fotos, ¿no?». Le dije que sí y me marché rápidamente. En realidad, no estaba seguro de querer volver.

Al día siguiente dormí hasta el mediodía. Sin embargo, no dejaba de pensar en la señorita Janet; era su último día y se marcharía mañana por la mañana. Hacia el mediodía me inquieté y, con las orejas rojas y la entrepierna ardiendo, me dirigí al ancla, caminé inquieto y luego subí sigilosamente las escaleras.

La señorita Janet me dijo “adelante” cuando llamé a la puerta. Estaba sentada en la silla, vestida solo con un camisón, con su cuaderno de bocetos apoyado en las rodillas, trabajando. Me senté en silencio en la segunda silla y esperé. Hoy se veía realmente hermosa, y la contemplé durante un largo y penetrante instante. Estaba completamente desnuda bajo el delicado camisón, y en su concentración, no le importaba si yo podía verla o cuánto podía verla, que era todo. La ceniza de su cigarrillo cayó sobre su pierna, pero ella continuó dibujando, ajena tanto a la ceniza como a mí. Me mostró el dibujo; ¡era realmente hermoso! Un fauno musculoso —afortunadamente no yo— yacía en un claro del bosque, con su grueso y curvo pene dentro de una pequeña hada que se retorcía a su alrededor con excitación. Un dibujo magnífico, increíblemente sexy.

Janet notó que la miraba fijamente entre los muslos y, algo irritada, cerró las piernas. La miré; tenía una expresión muy triste. Tras un largo silencio, dijo en voz baja que no es frecuente encontrar un marido así —señaló su espalda encorvada—. Me sobresalté y remé contra la corriente lo mejor que pude a mis diecinueve años; pero la señorita Janet seguía triste.

Después de un rato, dijo que la luz era favorable y que debía posar de nuevo. Ya no tan tímido como el día anterior, me desvestí y me paré junto a la ventana. Ella volvió a mí, me giró de un lado a otro y luego rápidamente comenzó a dibujar de nuevo. Tiraba descuidadamente hoja tras hoja de papel al suelo y comenzaba de nuevo, como poseída. Se levantaba constantemente para corregir mi postura; ahora, con toda naturalidad, extendió la mano hacia mi pene y volvió a estimular el glande con el pulgar hasta que estuvo completamente erecto. De nuevo me giró de un lado a otro, moviendo mis hombros y caderas, tirando repetidamente de mi pene hacia arriba, agarrando mis testículos y mirándome con los ojos muy abiertos, ya que palpitaba intensamente.

Me controlé, aunque sus suaves caricias, ligeras como el aleteo de una mariposa, casi me volvían loco. Sonrió y dijo que parecía que iba a escupir otra vez (sí, escupir, dijo). Se apretó contra mí y me miró fijamente a los ojos, su mirada inquietante y misteriosa, luego su muñeca se movió rápidamente hacia arriba y hacia abajo, me masturbó con la misma destreza de ayer, y dejó salir un chorro espeso y blanco. Frotó lentamente hasta la última gota.

Me dejó descansar un buen rato y luego siguió dibujando con tenacidad, creando cuerpos magníficos en el papel. Finalmente, volvió a acercarse a mí y me acarició durante minutos hasta que volví a estar duro y erecto. Hizo más dibujos y, entretanto, me hizo ponerme en cuclillas y agarrarme el pene con una mano; sí, agarrarlo bien, asegurarme de que se mantuviera rígido, y así fue, porque lo apreté y lo amasé suavemente. Luego se acercó de nuevo y me liberó de esa posición incómoda y agotadora. «Acuéstate en la cama», dijo, «completamente relajado y suelto, ¡quédate ahí tumbado como si estuvieras muerto!».

Así que allí yacía, como muerto, mientras ella se sentaba en la silla, dibujando página tras página. Debieron haber pasado horas; mi pene colgaba flácido a un lado desde hacía rato. Janet se inclinó hacia adelante y acarició suavemente mis ingles, mis muslos internos y mis testículos, rozando ligeramente mi pene, que entonces volvió a ponerse erecto. Pero ya no quería seguir allí tumbado como un cadáver. Así que me moví un poco hacia un lado, giré la cabeza y la miré. Extendí una mano y le toqué la rodilla, apartándola suavemente y mirando hacia arriba, por debajo de su camisón. Se detuvo, y entonces vio cómo mi pene se ponía erecto de nuevo mientras yo miraba entre sus muslos. Sonrió levemente, y luego, con decisión, se quitó el camisón por encima de la cabeza y lo dejó caer descuidadamente al suelo.

Ahora dibujaba desnuda, con las piernas abiertas, dejándome verlo todo. La miré y la miré y me excité muchísimo; mi pene no necesitó ningún estímulo para ponerse duro: se mantuvo erecto como un soldado y pronto empezó a latir con la fuerza de mi corazón. Janet siguió dibujando, posando un poco y excitándome aún más, mirando repetidamente mi pene palpitante. Pude ver que ella también se estaba excitando, y sentí que estaba a punto de correrse. Unas pequeñas gotas se desprendieron de la punta de mi glande y resbalaron lentamente por el tronco. La señorita Janet dejó su bloc y su lápiz y se arrodilló a mi lado.

Su mano acarició mi pene con mucha delicadeza, evitando masturbarme. Al mismo tiempo, se acariciaba el pecho con la otra mano. Ahora podía sentir mi pene palpitando y poniéndose duro como una roca. Se incorporó y luego se puso en cuclillas sobre mí como una araña, su vulva rozando la punta húmeda. Quise empujar hacia arriba desde abajo, pero ella se echó hacia atrás, agarró

mi pene y lo frotó contra la parte exterior de su vulva. Suspiró ruidosamente mientras primero se frotaba el clítoris con la punta, luego bajó la mirada entre sus piernas y, con creciente concentración y rapidez, se acarició el clítoris con la punta.

Empujé y empujé hacia adelante, desafiando su resistencia y penetrándola lentamente, mi semen ya brotando sobre su clítoris, labios y vagina. Janet cerró los ojos y se dejó caer lentamente sobre mí, enterrando mi pene dentro de ella. Su vagina se abrió suavemente, completamente abierta, luego sumergió sus nalgas varias veces, frotando su clítoris una y otra vez hasta que el chorro cesó por completo. Ella solo llegó al orgasmo después de una larga sesión de masturbación; sentí el bombeo y los espasmos con mi pene flácido aún dentro de ella.

Mientras ella sacaba suavemente mi pene flácido y este se deslizaba sin peso, me quedé dormido, exhausto. Al despertar, nos abrazamos y nos besamos. Hablamos de esto y aquello, dejé que mi mano se deslizara entre sus muslos y la acaricié, pero ella se apartó inmediatamente cuando hice movimientos de masturbación evidentes. Entonces le pregunté directamente si no le gustaría masturbarse con y delante de su amante. Se sonrojó, abrió mucho los ojos y negó con la cabeza. Le dije que la había visto en la ducha el día anterior, así que ¿por qué no?

Permaneció en silencio durante un buen rato. Luego dijo que era mucho mayor que yo y que se sentía cohibida por ello, en parte porque «en nuestra cultura» era algo muy íntimo y aún éramos desconocidas. Hizo una pausa y, tras un breve silencio, dijo que era fea. Me negué a aceptarlo y le dije que la había visto masturbándose ayer y antes en la cama teniendo relaciones sexuales, ¡y que había sido hermosa, realmente preciosa!

La señorita Janet se sonrojó cuando la piropeé y evitó el contacto visual. La abracé con ternura y le dije que se veía mucho más hermosa en la cama, durante el sexo, que otras mujeres con las que me había acostado. Se sonrojó aún más, contuvo las lágrimas y nos abrazamos durante un buen rato hasta que tuve que irme a casa.

A la mañana siguiente llegué a casa de Janet demasiado temprano, más de una hora antes de lo previsto. Ya había hecho la ma-

leta y estaba sentada al borde de la cama, lista para irse. La besé, más que un saludo, fue un beso apasionado y una intensa sesión de besos en la cama. Me agarró del antebrazo y miró el reloj. “¿Te gustaría un rapidito?”, susurró, y como no conocía la palabra y no respondí, se echó hacia atrás y, aún vestida, se subió la falda de verano. “¿Rapidito?”, preguntó de nuevo, sonriendo mientras se apartaba las bragas. Lentamente deslicé mi pene en su vagina y follamos, gritando de placer. Después de correr, me puse en cuclillas sobre mis talones y contemplé su vulva palpitante.

Janet mantuvo los ojos cerrados; no había podido llegar al orgasmo durante el sexo y seguía muy excitada. «Puedes mirar», susurró entonces. Empezó a masturbarse durante un buen rato, con los ojos cerrados. Observé fijamente su clítoris, que ahora, después del sexo, parecía solo semierecto. Pero ahora, durante la masturbación, se puso visiblemente duro, grueso y muy grande, casi tan grande como la mitad de mi dedo meñique. Movía incansablemente el dedo en círculos sobre su clítoris rígido, a veces introduciéndolo en su vagina para humedecerlo. Tras una masturbación interminable, llegó al orgasmo; su clítoris se contrajo repetidamente hacia arriba donde lo tocaba suavemente. Su bajo vientre se movió, su vagina se contrajo y movió las piernas, para luego quedarse completamente quieta. Cuando abrió los ojos y me miró con una sonrisa radiante y feliz, nos besamos durante un buen rato. Después la llevé a la estación de tren y le deslicé una nota con mi dirección.

Aunque hoy no veo mi papel de entonces con tanto orgullo, creo que ella fue feliz, al menos por unos minutos. Pensé en ella a menudo y durante mucho tiempo después; tenía mi dirección, pero nunca me escribió, así que su imagen se fue desvaneciendo poco a poco de mi mente.

Los cómplices

von Jack Faber © 2020

Monika era una de las chicas más guapas de nuestra clase de dieciséis años. Delgada, con rasgos elegantes, ojos expresivos y unos pechos hermosos y virginales, que lucía con bastante descaro bajo blusas transparentes, invitando a la admiración. Se había incorporado a nuestro colegio ese mismo año procedente de un internado de monjas; sus padres eran agentes inmobiliarios adinerados y exitosos, además de arquitectos galardonados con oficinas en todo el país. Todas querían ser amigas de esta chica distante; dejaba que la multitud de chicas que la adoraban se le acercaran, mientras que los chicos no tenían ninguna posibilidad. Lo sabía instintivamente y no participé en esa competencia indigna. Así que, ¡qué sorpresa me llevé cuando empezó a cortejarme enseguida! Al principio, solo charlábamos un poco, luego teníamos conversaciones serias durante los recreos, y más tarde, me acompañaba a casa. Me mantuve reservado, sin entender por qué yo en particular. Sin embargo, yo era el único que tenía a su Isabella en casa y no estaba haciendo el típico baile de pavo real adolescente bajo la presión de las hormonas.

Monika estaba feliz de que la acompañaran a casa y me invitó a pasar. Sus padres habían estado trabajando en la ciudad hasta tarde. Monika tenía una habitación grande y hermosa en esa casa grande y decorada con buen gusto. Bueno, una cosa llevó a la otra, y pronto estábamos sentados desnudos en su cama. Nos besamos y nos abrazamos sin parar; Monika estaba desesperada por tocar mi pene. No, no quería tener sexo. Acaricié su hermoso cuerpo, sus pechos vírgenes suavemente redondeados y su vulva, a la que inicialmente se resistió. Sin embargo, saboreó mi pene con sus labios y lengua y me hizo una paja. No, no en mi boca, eso era asqueroso. Después, la recosté suavemente boca arriba y busqué a ciegas su clítoris con mis dedos. Con una mano, se aseguró de que no tocara su vagina. No, no quería un dedo dentro de ella. Cuando estaba muy excitada, apartó mi mano y se masturbó salvajemente. Ella no se frotó el clítoris como Isa, sino que deslizó su dedo índice extendido de arriba abajo por el pliegue púbico a una velocidad vertiginosa, como si quisiera cortarse en dos, hasta alcanzar un orgasmo violento.

Seguimos abrazándonos y besándonos, y Monika quiso saber si tenía alguna fantasía que quisiera llevar a cabo. Ni siquiera esperó mi respuesta, sino que describió la suya. Ella sentaría a una chica en su regazo de espaldas a ella y la masturbaría por detrás con los dedos. Un hombre, es decir, yo, follaría a la chica al mismo tiempo. "¿Y bien, qué te parece?", preguntó, mirándome de reojo. Dije "eh, um" y asentí. ¿Qué más podía decir? Era solo una fantasía. Quería quedarme en la realidad y follar con Monika. "No, ahora no", protestó, y nos masturbamos sentados uno frente al otro.

Por supuesto, le conté todo a Isa esa noche, porque fue mi primer amor y no quería ocultarle nada. Naturalmente, todos los detalles —el cuerpo de Monika y nuestras escapadas— debían ser relatados fiel y minuciosamente, lo que, como siempre, la excitaba. "Isa", dije mientras descansábamos, "¿no se nos olvidó algo importante?". Me miró pensativa hasta que solté entre risas: "¡La cena!". Durante la cena, Isa comentó que era bueno que me acostara con chicas de mi edad, ya que ella siempre sería mi madre. "Ya es hora de que madures y empieces a acostarte con chicas de tu edad". Asentí, pero me sentí infeliz.

A partir de entonces, pasé mis tardes libres con Monika. Me permitía masturbarla a mi manera, al estilo de Isa. Por su reacción física, me daba cuenta de que lo disfrutaba mucho, incluso cuando la masturbaba varias veces seguidas. Ella, a su vez, seguía estimulando mi pene con sus labios y lengua antes de la masturbación manual, a veces incluso metiéndoselo entero en la boca, chupándolo y lamiéndolo, pero eyacular en su boca era impensable. Del mismo modo, todos mis intentos de tener relaciones sexuales con ella fracasaron.

Durante los recreos, me habló del internado, al principio con titubeos, cuando yo sacaba el tema. Durante el día, todo era un santuario, pero por la noche, los pequeños demonios se escabullían de cama en cama. Las 40 chicas del gran dormitorio se masturbaban, y las que no sabían cómo, lo aprendían allí de las demás. La mayoría se masturbaba sola, algunas en pareja. Cuando se masturbaba sola, lo hacía a su manera, como si estuviera serrando. A Monika le encantaba masturbar a otras chicas, pero ellas no querían eso, solo estimulación del clítoris. Muy pocas eran lo suficientemente hábiles como para satisfacerlas con estimulación del clítoris, que era algo común. Por lo tanto, ella conocía mi manera de masturbarle

el clítoris sola. Finalmente, nos sentamos una frente a la otra y nos observamos masturbarnos.

Una tarde, actuó de forma muy misteriosa. Me dio dos llaves: una de cobre para la puerta del jardín y otra de plata para la casa. Miró su elegante reloj de pulsera como si tuviera una cita y me dijo que fuera directamente a su casa al día siguiente a las dos en punto. Todo fue muy misterioso; no reveló nada más que me esperaba una sorpresa.

Al día siguiente, con la tensión de un duelo, abrí la puerta del jardín y la puerta principal justo a las dos en punto y subí a la habitación de Monika. Incluso en las escaleras, oí susurros y risitas suaves. Tras un breve golpe en la puerta, entré. Monika estaba sentada desnuda en el sofá con otra chica desnuda, ambas frente a mí. Monika dijo que eran Lisa y Elisabeth, y me las presentó. «Ven con nosotras», dijo Monika, indicándome que me desnudara. El caballero se despojó de su armadura en un instante y se dirigió hacia las chicas con la lanza erecta. Lisa se sentó de espaldas en el regazo de Monika, y yo me senté frente a ella en la alfombra, contemplando dos vaginas apiladas. Monika y Lisa charlaban animadamente, entonces me fijé en la botella de licor abierta y los dos vasos, lo que lo explicaba todo. Mientras examinaba detenidamente la desnudez de Lisa, Monika dijo que Lisa pronto cumpliría 14 años y que ese mismo día acababa de experimentar su primer orgasmo. Lisa asintió con entusiasmo y siguió parloteando, diciendo que hasta ahora solo se había frotado y acariciado un poco, que no se había atrevido a ir más allá. Pero Monika se lo había hecho hoy, de una forma completamente nueva, y había tenido su primer orgasmo. Lisa era un poco más baja que Monika, también delgada, y sus pequeños y puntiagudos senos apenas comenzaban a desarrollarse. Tenía muy poco vello púbico; sus labios menores y clítoris no eran visibles, solo su vulva grande y de un rojo brillante.

Tomé otro vaso y nos serví un poco. Bebimos, y Monika continuó interrogando a Lisa sobre con quién había jugado juegos eróticos, si alguna vez había visto a alguien masturbarse o tener sexo, etc. Preguntó con mucha habilidad, y Lisa, con las orejas enrojecidas, confesó hasta los detalles más delicados: una serie interminable de juegos de médicos con muchas chicas más jóvenes, hermanos masturbándose y niños del vecindario con los que espiaba a adultos teniendo sexo. La confesión duró al menos veinte minutos.

Monika escuchó atentamente y lo recordó todo. Luego se acomodó en el sofá. Lisa tuvo que sentarse de espaldas sobre su regazo de nuevo, y Monika extendió la mano de atrás hacia adelante, acariciando suavemente sus pechos y estómago, sus muslos y zona púbica. Más tarde, comenzó a masturbar a Lisa con mucha suavidad. Después de un rato, la sesión de preguntas y respuestas disminuyó, y Lisa cerró los ojos mientras su excitación se intensificaba. Me resultó muy excitante ver a Monika masturbar a Lisa a mi manera. Lisa había cerrado los ojos y estaba escuchando interiormente, a su propio deseo. Después de unos minutos, Monika me hizo una señal visual indicándome que ya podía tener relaciones sexuales con Lisa.

Me acerqué con una erección muy excitada. Monika frotó a Lisa con un dedo, levantó su pelvis para ofrecérmela en bandeja y separó sus labios con los otros dedos, ensanchando la abertura vaginal de Lisa. Guié mi glande hacia el vestíbulo de Lisa y me apoyé con ambas manos en sus hombros. Después de unos minutos, Lisa gimió y jadeó: "¡Sí, sí, ahora, estoy a punto de correr!" y la penetré. Sentí una leve resistencia cuando su himen se desgarró y eyaculó inmediatamente, pero continué embistiéndola. Cuando el orgasmo de Lisa estalló y se convulsionó y se retorció violentamente, me deslicé fuera de su vagina.

Lo volví a enchufar rápidamente y seguí como una locomotora. Podía sentir claramente las yemas de los dedos de Monika, explorando con curiosidad mi pene y los labios de Lisa mientras follábamos. Al mismo tiempo, ella le masturbaba el clítoris a Lisa. La abracé con fuerza y la apreté contra mi pecho, porque ahora venía el tramo final. Sentí el calor subir por mis ingles y, empujando salvajemente, me corrí profundamente dentro de Lisa. Ella dejó escapar un pequeño gemido contra mi pecho y tuvo un orgasmo salvaje. Me separé cuando mi pene se volvió flácido y me puse de pie.

Nos vestimos; Lisa no había sangrado nada, o al menos no visiblemente. Bailó alegremente en círculo y nos besó torpemente a ambos en la boca. "¡Tres orgasmos y mi primera vez, una primera vez maravillosa!", exclamó. Charlamos un rato, luego Monika acompañó a Lisa hasta la puerta. Cuando Monika regresó, inesperadamente me dio uno de sus hermosos, rápidos y espasmódicos besos franceses. "¿Te gustó?", preguntó, y se respondió a sí misma: "¡Sí, justo como lo había imaginado! ¡Gracias!". Después de

un rato, le pregunté si sabía que Lisa aún era virgen. “Por supuesto”, dijo, “quería tener su primera vez”. No sabía cómo Monika había seducido a la chica, pero lo había hecho a la perfección. Luego describió cómo había sentido mi eyaculación con las yemas de sus dedos. Le dije, probablemente por centésima vez, que quería tener sexo con ella ahora mismo, y la desvestí lentamente, llenándola de besos, aunque había dicho que no. Disfrutaba de la excitación que le producían los besos y las caricias, pero cuando intenté penetrarla suavemente, volvió a decir que no; solo quería que la masturbara. Disimulé mi decepción y le di un orgasmo hermoso y prolongado. Y no, no necesitaba una paja; lo haría de nuevo mañana. Monika dijo que la experiencia positiva de Lisa nos ayudaría con el reclutamiento. Susurramos durante un buen rato hasta que tuve que irme a casa.

Isa me esperaba con la cena lista y me dejó contarle mi historia. Hacía rato que habíamos terminado de comer, pero tuve que volver a empezar, Isa estaba tan emocionada que nos metimos en la cama sin siquiera lavar los platos. «¡Qué pillos sois!», dijo con una sonrisa, y tuve que contarle una vez más cómo me sentí cuando se rompió el himen de Lisa. Lo exageré tanto que Isa estaba pendiente de cada palabra, con la boca abierta. La noche fue desenfrenada.

Casi dos semanas después, Monika me puso las llaves en la mano y dijo: “A las dos”. Así que Linchen, Pauline, tuvo su primera vez, siguiendo el mismo patrón que Lisa antes. Después de que se fue, le pedí a Monika que tuviera sexo conmigo, pero se negó, como siempre. Más tarde, mientras nos recuperábamos de la actividad física, me ofreció un cigarrillo. Intenté fumar y dije: “Esta es mi primera vez”. Sonreímos con complicidad y le pregunté si traía vírgenes a propósito. “Por supuesto”, dijo, “son las únicas a las que puedes atraer con la perspectiva de su primera vez”. “¿Y te excita que tenga sexo con las chicas?” “Sí”, respondió, “tengo algo parecido a un orgasmo, pero sin estimulación del clítoris, y es muy, muy relajante, me da paz, de alguna manera. Una sensación indescriptible, por todo el cuerpo. El magnífico orgasmo pacificador”, bromeé con amargura. Era exasperante que Monika siguiera sin querer tener sexo conmigo.

Sabía lo injusto que era comparar su cuerpo con el de Isabella, que le doblaba la edad. Mis manos exploraban el joven cuerpo de Monika cada día, y pronto me reveló su secreto. Tenía una peque-

ña marca de nacimiento en forma de media luna en las nalgas, visible solo cuando las separaba. Por lo demás, era perfecta, de mi estatura y delgada como una caña. No tenía ni una pizca de grasa de más, sus nalgas suavemente redondeadas, sus brazos y piernas largos y delgados. Sus pechos eran hermosos, recordaban a las esculturas virginales de los escultores del Renacimiento italiano. Tenía dedos largos, delgados y encantadores que se aferraban firmemente durante las masturbaciones. El vello oscuro de las axilas y el pubis contrastaba maravillosamente con su piel clara y aterciopelada. Su cabello liso y oscuro enmarcaba su rostro y le llegaba casi hasta las caderas. Su rostro, con su nariz perfectamente recta, recordaba a las diosas griegas; sus labios eran suaves y carnosos durante nuestros encuentros, apretados con fuerza en la escuela. Lo más llamativo, sin embargo, eran sus ojos, brillantes e inteligentes. Eran de color azul claro o gris claro y contrastaban con su cabello oscuro. Incluso ahora, demostraba que algún día sería una figura imponente y elegante, una dama admirable.

Su vulva, con su monte de Venus de hermosa curvatura, era también de una belleza impresionante. El vello púbico oscuro, no demasiado abundante, formaba un triángulo perfecto sobre la hendidura. Los labios mayores tenían poco vello y eran bellamente redondeados, con los labios menores, ligeramente más oscuros, entre ellos, que solo pude ver al separar los labios mayores. Mientras que los labios menores de Isabella, con sus bordes dentados, parecían irregulares, los de Monika, con sus bordes lisos, parecían cortados con un bisturí. En la parte superior estaba el clítoris, que era más pequeño que el de Isabella.

Esta belleza estaba hecha para ser lamida. Al primer acercamiento, fingió castidad y modestia por un instante, pero enseguida me dejó continuar. Alcanzó el orgasmo enseguida, el cual pude prolongar con un cuidadoso trabajo de lengua, gracias al entrenamiento de Isabella. Monika contó después cómo lamer se había extendido como la pólvora por el dormitorio del internado. Confesó que siempre lo disfrutaba enormemente y que tenía los orgasmos más apasionados. Pronto descubrió a qué chica se le daba mejor lamer. Cuando le llegó la menstruación, solo se permitía ser lamida los días en que podía ducharse. También le encantaba lamerse a sí misma y disfrutaba especialmente viendo a la otra chica sufrir orgasmo tras orgasmo.

Nunca supe cuándo Monika tenía tiempo para reclutar. Esta vez solo tardé una semana en conseguir las llaves de nuevo. Justo a tiempo, subí sigilosamente las escaleras y entré en silencio en la habitación de Monika. Estaba sentada en la alfombra, mirando a una chica masturbarse. Dejé caer mi ropa en silencio y me senté a su lado. Conocía a la chica; era uno o dos años menor que nosotras, unos 14, y todos la llamaban Zora la Roja. Había llegado de Rusia de bebé, tenía el pelo rizado de un rojo fuego y era regordeta. A pesar de su juventud, tenía pechos grandes y firmes, algunos vellos púbicos rubios y una vagina realmente grande. Separó sus gruesos labios con una mano y se masturbó el clítoris de la misma manera que lo hacía Isa. Hizo un gorgoteo al llegar al orgasmo y abrió los ojos, luego se incorporó y dijo: “Te estábamos esperando”. No podía apartar la vista de mi erección, igual que yo no podía apartar la vista de sus labios carnosos. “¿Se conocen?” Monika preguntó, y yo dije: «Zora». «No», se rió, «me llamo Anna». Volviéndose hacia Monika, añadió: «Todos me llaman Zora la Roja, como la de la novela». Así que será mi primera rusa, pensé, aunque años después supe que su madre rubia era de Finlandia y su padre pelirrojo de Alemania.

Las chicas ya habían empezado con el licor, pero serví otro, y Monika entrevistó a Anna con un juego de preguntas y respuestas. Anna no tenía nada destacable que confesar, y Monika, a quien le rellené la copa dos veces, luchó valientemente contra su lengua trabada. Creo que fue en ese momento cuando decidí follarme a Monika hoy. Anna jugaba nerviosamente con sus labios, me froté el pene un par de veces y le dije a Monika: “¿Vamos?”. “Vale”, dijo y se sentó en el sofá. “Es mejor que te corras antes de que te folle”, le recordó a Anna, que estaba sentada de espaldas en su regazo. Me arrodillé frente a las dos y observé a Anna masturbarse. Monika la acariciaba, pero sobre todo, estaba provocando los hermosos y grandes pechos y pezones de la rusa. Sintió el alcohol y empezó a adormecerse.

Anna estaba sentada muy arriba, excitándose. Debajo de ella, pude ver la tentadora hendidura de Monika. Apunté con cuidado y penetré rápidamente en la vagina de Monika. En una fracción de segundo, sentí cómo mi glande desgarraba brutalmente el himen de Monika antes de eyacular mi semen profundamente dentro de su estrecha vagina. Empujé con un chorro, una y otra vez, ¡y Monika gritó! Hice una pausa, me deslicé hacia afuera, me enderecé y

entré en la vagina de la mujer rusa que se masturbaba vigorosamente. Tuve que empujar con fuerza dos o tres veces antes de que su terco himen finalmente se desgarrara, lo que ella reconoció con un pequeño grito. Luego arañé su estrecha vagina como una locomotora de vapor; ella se excitó cada vez más y tuvo un orgasmo poco espectacular. Se masturbó de nuevo, y yo empujé tan fuerte como pude. Anna obviamente tuvo un orgasmo muy leve y dos orgasmos antes de que yo eyaculara con fuerza. Me quedé flácido y nos separamos.

Monika y Anna se sentaron una al lado de la otra en el sofá, secándose las gotas de sangre con pañuelos. Me senté frente al espejo del tocador y bebí licor, presentiendo que me esperaban problemas terribles. Las chicas se vistieron y se sentaron a la mesita redonda. Tomé mi vaso y mi botella y me senté con ellas. Hablamos principalmente de la experiencia de Anna. Estaba agradecida porque lo había deseado mucho y porque Monika y yo habíamos hecho un buen trabajo. Ahora se sentía libre y podía tener sexo cuando quisiera. Monika la acompañó abajo hasta la puerta y regresó. Me senté en la alfombra; era nuestro lugar favorito. Dejó caer su vestido al suelo y se sentó a mi lado. Me abrazó y apoyó su mejilla contra la mía. Sentí sus lágrimas en mi rostro.

La abracé con todo el cariño que pude y le acaricié el pelo. Sus lágrimas corrían por mi pecho. La acaricié y, poco a poco, dejó de llorar. “¿Por qué?”, susurró, “¿Por qué hiciste eso?”. Sin pensarlo, dije que había sido un accidente. Pero luego me corregí: “No, lo quería, lo había deseado durante las últimas semanas, lo sabías. Te presioné, no tenía ni idea de que aún eras virgen. Parecías tan experimentada que nunca se me ocurrió que pudieras serlo. Si hubieras dicho algo en algún momento, esto no habría pasado hoy. Lo siento mucho, porque estoy seguro de que habría hecho que tu primera vez fuera más hermosa y respetuosa. Eres mi reina, hubiera preferido mil veces acostarme contigo que con Anna”.

Nos quedamos en silencio durante mucho, mucho tiempo. Su siguiente frase me dio la razón. ¿De verdad hubieras preferido acostarte conmigo que con Anna? Aunque era tan joven e inexperta, seguramente también guapa, ¿y ya tan buena masturbándose? Retomé el hilo. No, Monika, tú eres mi reina, y Anna es una campesina guapa y simpática en comparación. ¿Cómo no pude verlo tan claramente? Anna era guapa y cachonda, tenía una vagina fina

y estrecha y podía llegar al orgasmo rápidamente. La desvirgué y me la follé porque te merecías tu orgasmo de pacificación. Pero tú eres con quien siempre he querido acostarme, eso es algo completamente diferente para mí que acostarme con Anna.

Monika se acurrucó junto a mí y me besó en la mejilla. “Qué bonito lo que dijiste de mí…”, murmuró. Le dije: “Mira, estamos en el negocio de la desfloración, los reyes de sexto grado. Tú eres la reina y yo soy tu maldito y devoto sirviente, ¡y no tengo nada en mente más que follarte!”. La abracé de nuevo y la besé en la boca, un beso francés siguió a otro, nos acurrucamos y rodamos apasionadamente sobre la alfombra. Ella acarició mi erección y yo, juguetonamente, enterré mis dedos en su vulva.

Vi la lujuria en sus ojos y la coloqué cómodamente para el sexo. Entré en su vagina lenta y cuidadosamente; al principio estaba muy apretada, pero cedió ante mi grueso pene. Empezamos a follar despacio, luego cada vez más rápido a medida que nuestra excitación aumentaba. Todo el tiempo, nos mirábamos felices a los ojos. Encontré mi ritmo, ella el suyo. Gimió y jadeó con fuerza; después de un rato, su abrazo se apretó y tuvo un orgasmo, su rostro contraído por el placer. Empujé y empujé, prolongando su orgasmo tanto como pude, hasta que estuve a punto de eyacular. Ella recibió con gusto mi chorro de semen con su pelvis. Me aparté de ella y nos quedamos tumbados uno al lado del otro, jadeando.

—Eso fue hermoso —dijo ella, y yo añadí que no había muchas chicas que pudieran tener orgasmos vaginales. Había leído todo lo que pude al respecto, y hablamos de esto y temas relacionados durante un buen rato. Después de vestirnos, nos besamos durante un buen rato, y luego ella dijo en tono de broma: —¡Puedes retirarte por hoy, mi queridísimo sirviente! Sonreí y, algo torpemente, hice una reverencia humillante con el pie derecho girando en círculo, y me incliné: —¡Su más devoto sirviente, Su Majestad! —y nos reímos a carcajadas.

Nuestro negocio de desfloración funcionó a la perfección durante unos meses; desfloramos a un total de 11 chicas. La mayoría venían de escuelas cercanas; solo Anna, la chica rusa, era de nuestra escuela. Solo una se sintió decepcionada porque ninguna de las dos pudo hacerla llegar al orgasmo; ella misma no sabía cómo masturbarse. Monika tuvo que sujetarla porque, al parecer, quería

echarse atrás. Sujeté a ambas chicas con fuerza, y cuando me dispuse a penetrarla, lloró y su vagina se tensó. Fue la única a la que tuve que forzar. Soltó un grito cuando la desfloré y se calmó de inmediato, dejó de llorar y me dejó follarla pacientemente pero completamente pasiva. Tuve que follarla durante mucho tiempo hasta que finalmente eyaculé con alivio. Segundos después de la eyaculación, me apartó; eso fue todo para ella. En la obligatoria sesión informativa, bebió obedientemente su licor y me agradeció su primera vez. Se fue sin sonreír ni una sola vez.

Monika y yo teníamos sexo en nuestras tardes libres y éramos muy felices juntos. Isabella era comprensiva si me excedía. Algunos días, cuando perdí la virginidad, tuve sexo con tres mujeres hasta quedar exhausto. Aunque Isa prometió ser indulgente conmigo y me preparó una buena cena reconfortante, mi descripción detallada la excitó mucho y tuvimos sexo después de cenar. Normalmente, se conformaba con que me masturbara o le practicara sexo oral.

Tras las primeras semanas, intensamente románticas, supe que Monika no sería mi gran amor. No le conté nada de Isa, y ella nunca me preguntó al respecto. Monika era rica y, en esencia, muy superficial. Nuestras maravillosas conversaciones eran principalmente entre yo y yo. Cuando le hablaba de temas de mi extensa biblioteca, sobre todo de los mecanismos del amor y la sexualidad, ella escuchaba atentamente pero no aportaba nada, ya que no había leído nada sobre el tema. La decepción no me afectó demasiado, porque mis compañeros me respetaban más que nunca y sentía un profundo amor físico por Monika.

Fue la primera y única vez que tocó el timbre una mañana. Quería ir al colegio conmigo, dijo, después de que la presentara formalmente a Isabella. Tomé mi mochila y caminamos juntas hacia el colegio. Tenía algo importante que contarme antes de que se hiciera oficial en el colegio. Una mano fría me agarró el estómago. Sus padres se mudaban y ella se trasladaría a su colegio. Mil kilómetros, dije, y ella confirmó, 873 km en tren. Seguimos caminando en silencio. ¿Qué puedes decir ante eso? Pero podemos escribirnos, todos los días, todas las semanas, todos los meses, dijo con tristeza. ¡Prometí que escribiríamos cestas de ropa llenas de cartas, lo juro!

Nos quedaban dos semanas. Pasábamos cada minuto libre en la cama, teniendo sexo todo el tiempo. Incluso en sus peligrosos días fértiles, cuando normalmente solo nos masturbábamos. “¡Al diablo con todo!”, dijo, “¡Siento que mañana vas a la guerra!”. Solo los dioses, que fueron bondadosos con nosotros, impidieron que se quedara embarazada; los demás disfrutaban con nuestras relaciones sexuales.

La acompañé en taxi hasta la estación de tren con su enorme maleta. Sus padres ya se habían marchado en el tren nocturno; no los vi ni una sola vez durante esos seis meses. Nuestra despedida fue como sacada de una película de Hollywood, pero cargada de profunda emoción y lágrimas de verdad. Nuestra correspondencia comenzó con mucha intensidad y pronto se fue espaciando. Intercambiamos tarjetas de Navidad y cumpleaños durante algunos años más hasta que perdimos el contacto por completo.

Héroes de la construcción prefabricada

von Jack Faber © 2006

Esos eran ellos, los héroes del barrio. Pitt, de diecisiete años, alto y delgado, agresivo e indiscutiblemente el líder de la pandilla, temía por su cuchillo, con el que jamás había herido a nadie. Luego estaba Klaas, también de diecisiete años, a quien llamaban Ka, un gigante bonachón que no pensaba mucho ni con rapidez, pero que obedecía fielmente todas las órdenes de Pitt. Y Jan, de dieciséis años, pequeño e inteligente, que sacaba buenas notas y ayudaba a sus dos amigos con los deberes. Deseaba con todas sus fuerzas formar parte de la pandilla, juntarse con ellos y convertirse en un gánster de renombre como ellos.

Solo cuando los atrajo con marihuana, que había robado discretamente del alijo secreto de su madre y su padrastro, lo aceptaron, y continuó suministrándoles, aunque nunca accedió a aumentar la cantidad. Su robo nunca fue descubierto porque su madre y su padrastro siempre estaban al tanto del aumento de consumo del otro, y en realidad no importaba, ya que trabajaban duro y podían permitirse la marihuana. Jan también recibía una buena paga, que gastaba con gusto en cigarrillos y cerveza en lata.

Los dos chicos mayores incluso consultaron al menor sobre cuándo podían faltar a clase sin perjudicar su rendimiento académico. Pitt se dio cuenta enseguida de que Jan era un valioso miembro y le dio una efusiva bienvenida al grupo. A Jan se le permitió entrar en su fortaleza, una habitación con poca luz en el laberíntico diseño de una obra en construcción abandonada. Todos los chicos del edificio sabían que no tenían nada que hacer allí, ni siquiera por casualidad. Ka tuvo que darles una buena paliza a algunos antes de que todos entendieran el mensaje. Iluminaron la fortaleza con velas, se sentaron en los dos colchones viejos, fumaron, bebieron cerveza y compartieron los últimos chismes, los misteriosos sucesos del complejo residencial, y con qué anciana se acostaba con qué anciana, qué chico guapo estaba de moda ahora mismo, o cuál estaba disponible para tener sexo.

Jan habría dejado a los chicos mayores inmediatamente si hubieran sido gays, porque pensaba que ser gay era repugnante, pero en realidad no sabía qué hacían los gays. Por supuesto, tenía que presumir de su pene al comienzo de su carrera, y Pitt decidió que él sería el número tres. Luego añadió que Ka sería el número uno, él el número dos y Jan el número tres. Jan supuso que se trataba del tamaño del pene. Se enteró de que los dos habían estado cometiendo pequeños hurtos en tiendas lejos de su asentamiento para llegar a fin de mes. De vez en cuando les quitaban la paga a los niños, y a veces convencían a las chicas para que les dejaran follarlas en la fortaleza. Ka sonrió torcidamente y se rió: "¡Follar es bueno!". Hacía tiempo que no follaba con una chica, y Pitt se agarró los pantalones y se los frotó, impaciente y agresivamente, y estrelló la lata de cerveza vacía contra la pared. Ka sabía lo que sentía y dijo: "¡Vamos, folla, Pitt!".

Jan observaba con curiosidad, dando una calada a su cigarrillo. Los dos hombres altos se quitaron los pantalones. Pitt ya tenía una erección completa, el glande rojo sangre y casi sin prepucio. Ka se tumbó boca arriba y separó las piernas dobladas. Entre sus piernas había un escroto grande y un pene bastante grande, grueso y carnoso, medio erecto y que sobresalía por encima de su estómago. Ka sacó una pequeña botella del bolsillo y se frotó el ano con un líquido aceitoso. Pitt se arrodilló e introdujo su pene en el ano de Ka, y luego folló a su amigo. Jan los observaba, vio cómo el pene de Ka se ponía duro, y a Pitt le costó mucho correrse. Jan había mantenido una mano sobre su erección todo el tiempo, observándolos a los dos. Pitt se puso de pie y se subió los pantalones, mirando de reojo a Jan y sus intentos de ocultar su erección, y dijo: "¡Ahora tú, Jan, ahora tú!". Jan lo miró asombrado y Pitt dijo: ¡Adelante, a Ka le encanta!

Jan caminó con incertidumbre hacia Ka. Sabía, por supuesto, cómo los hombres follaban a las mujeres, porque espiaba a su madre cada vez que tenía un nuevo hombre, y Jan siempre la observaba como hipnotizado, incluso cuando el tipo terminaba y se quedaba dormido, la observaba masturbarse. Pero no sabía que se podía follar a los hombres igual que a las mujeres, pero Pitt acababa de demostrárselo. Y peor aún, sería su primera vez, el pensamiento le resonaba en la cabeza. Jan se bajó los pantalones y Ka se lamió los labios, ¡sí, vamos! El pene de Jan no era tan largo como el de Pitt, pero tampoco era pequeño, era grueso, y la cabeza estaba

medio expuesta bajo el prepucio. Se arrodilló y guió su pene hacia el ano de Ka, luego la penetró.

Ka sonrió, “Oh, eso está bien”, y Jan saltó sobre el grandullón, dándolo todo. Por su propia experiencia con la masturbación, sabía cómo contener su eyaculación y miró fijamente el gran y grueso pene de Ka, que se balanceaba con cada embestida. El glande de Ka se hinchó grueso y blanquecino, y su semen rezumaba. Ka bombeó y bombeó, su ano lo apretaba, y Jan tuvo que correrse inmediatamente. Se levantó rápidamente, se puso los pantalones y se sentó, encendiendo un cigarrillo y otra lata. Ka se levantó con un gemido, se vistió, se acercó a los dos, agarró la cerveza de Jan y se la bebió de un trago. “¡Bu!” eructó y le dio una palmada a Jan en el hombro con una mano. “¡Hombre, eso estuvo bien!” Jan se preguntó si se refería a la cerveza o al sexo. Más tarde, tomaron el autobús y robaron cerveza y cigarrillos de una pequeña tienda. Mientras Jan bombardeaba al hombre del mostrador con preguntas sobre si las galletas eran sin gluten o no, sus amigos salieron corriendo. Jan pagó las galletas y se marchó tranquilamente. Así de sencillo.

Unos días después, Jan llegó tarde al punto de encuentro en la plaza entre los bloques de apartamentos. Ka estaba sentado tranquilamente en un banco, fumando y observando a las palomas, a las que consideraba criaturas muy inteligentes. Pitt estaba sentado en el otro banco, charlando con una chica no particularmente guapa: delgada y bastante poco atractiva. Jan se acercó y evaluó con quién quería sentarse. En ese mismo instante, Pitt y la chica se levantaron y se dirigieron hacia la fortaleza. Pitt la sujetó por las caderas, y cuando Jan se unió a ellos, Pitt dijo que esa era Anni, que ya tenía 14 años y deseaba desesperadamente perder la virginidad, y que él se había ofrecido a hacerlo. La chica asintió, aunque estaba bastante emocionada. “¿Viene con nosotros?”, le preguntó a Pitt, pero él siguió recto sin responder. Una vez en la fortaleza, fumaron y bebieron cerveza. Anni bebió muy rápido y ya iba por su tercera lata cuando vio a Ka sentado en el colchón del fondo. “Ese es Ka”, dijo Pitt, “es mío”. Luego se volvió hacia Anni y, como antes, la excitó cada vez más con besos franceses apasionados. Pitt era muy bueno en eso, y Anni estaba bastante ebria por toda la cerveza. Entonces le quitó el vestido por encima de la cabeza. Anni estaba desnuda, excepto por su ropa interior. Jan la miró; tenía

pechos muy pequeños y un cuerpo casi infantil. Pitt la besó y le quitó la ropa interior.

Anni se aferró a Pitt, quien la recostó suavemente boca arriba y le guió las piernas hacia un lado. Anni tenía muy poco vello púbico, y él le separó los labios vaginales antes de masturbarle el clítoris. Ella suspiró y le pidió que la dejara masturbarse sola, y que si él realmente lo haría con ella, porque realmente quería que la follaran. Pitt gruñó: "¡Pronto, pronto!". Se bajó los pantalones hasta las pantorrillas. Luego besó a Anni de nuevo con un beso francés profundo y colocó su pene. La penetró lentamente, y Jan lo vio detenerse brevemente y luego embestir profundamente con un tirón. Anni lo miró con los ojos muy abiertos y susurró: "¡No dolió nada!". Pitt la folló durante un tiempo demasiado corto y eyaculó con un gruñido placentero dentro de la chica atónita. Anni susurró que lo había sentido muy claramente, ¡el semen caliente!

Ka ya estaba de pie, listo, frotándose lentamente el pene para mantenerlo erecto. Cuando Pitt se giró hacia un lado, Ka ya estaba arrodillado, y Anni miró su erección con asombro. Antes de que pudiera decir nada, su pene ya estaba dentro de su vagina, penetrando suavemente y pronto completamente insertado. Anni susurró alarmada que iba a explotar, pero Ka solo gruñó. Su clítoris, que no había sido visible hasta entonces, ahora sobresalía por encima de su vagina claramente estirada como una pequeña espina en el aire, balanceándose con cada embestida. Pitt le dio un codazo a Jan y le dijo que era su turno, y cuando Jan lo miró atónito, dijo con tono cortante: "¡Sois los tres!". Ahora Jan entendió y obedientemente se bajó los pantalones; su pene, por supuesto, ya estaba erecto. Jan ya se había masturbado esa misma tarde, porque cuando llegó a casa, encontró a su madre sentada con las piernas abiertas en el sofá de la sala, con las piernas apoyadas en la mesa de centro, masturbándose. La había observado a través de la puerta entreabierta hasta que terminó e inmediatamente fue a su habitación a masturbarse.

Jan volvió a mirar a Anni, cuya abertura vaginal se ensanchaba con cada embestida del pene de Ka y se contraía de nuevo al retirarlo hasta la punta. Su clítoris vibraba con cada embestida y empezó a jadear. Era señal de que estaba a punto de llegar al orgasmo, pero Ka no pudo contenerse y eyaculó dentro de ella con un escalofrío. Ella susurró, entre jadeos, que había sentido el chorro

con mucha claridad. Ka le hizo sitio a Jan, que se había arrodillado ante la chica que respiraba con dificultad y la penetró lentamente.

Pensó que las cosas no irían tan rápido con Anni ahora, debido a la masturbación previa. Ahora la miró y la oyó jadear mientras la penetraba con embestidas firmes durante un buen rato. Anni se excitó cada vez más y tuvo un orgasmo; a él le resultaron muy placenteras sus convulsiones y movimientos, y continuó diligentemente aunque Anni se había calmado de nuevo. Sintió claramente el calor subir dentro de él y eyaculó profundamente en su vagina. Anni parloteaba sobre el orgasmo y la intensidad con la que había sentido la eyaculación. Se levantó, se puso los pantalones, cogió una cerveza y un cigarrillo, y observó a Anni vestirse. Pitt le recordó a Anni que le había prometido la paga, y con la cara sonrojada, asintió: «Sí, sí, ¡lo arreglaremos mañana!». Jan y Ka permanecieron sentados mientras Pitt se marchaba con Anni y regresaba un cuarto de hora después.

Aproximadamente una semana después, Pitt volvió a tener un deseo sexual incontenible, repitiendo una y otra vez que necesitaba una mujer. Se sentaron en los bancos, pero ninguna de las posibles parejas sexuales apareció. Se sentaron en el césped al final de su territorio y observaron cómo se detenía el tranvía. De repente, Pitt se levantó de un salto y comenzó a caminar, seguido por sus dos amigos. No había ni un alma a la vista, solo la chica que caminaba delante de ellos. Cerca del edificio abandonado donde había estado la fortaleza, Pitt alcanzó a la chica y se acercaron. Pitt agitó su cuchillo frente a su cara y dijo: “¡Ven conmigo!”. Ella vio que no tenía ninguna posibilidad contra los tres y siguió a Pitt en silencio. Pitt entró en una de las habitaciones, que estaba abierta por arriba, y le indicó a Jan con un gesto: “¡Un colchón!” y comenzó a desnudar a la joven de unos 25 años con la ayuda de Ka. Jan regresó después de unos minutos con el colchón y acostaron a la recalcitrante mujer desnuda sobre él. No pronunció palabra ni opuso resistencia cuando los tres la tocaron y la manosearon; solo su rostro reflejaba profundo disgusto. Jan pensó que sus firmes pechos y su vulva suave y depilada eran muy hermosos, pero aún era bastante inexperto. Sin embargo, la tocó y examinó con curiosidad la parte inferior de su cuerpo, a pesar de que ella le dirigía miradas fulminantes.

Lo hicieron igual que con Anni una semana antes. Solo que esta mujer se resistió en silencio y no se lo puso fácil. Ka tuvo que sujetarla mientras Pitt la follaba rápidamente. Jan le sujetaba las piernas, porque desde ahí tenía una vista clara de su coño. Su rostro expresaba asco y puro desprecio. Luego fue el turno de Ka, y ella no pudo resistir su fuerza y finalmente cedió, para que Ka pudiera follarla en paz. Aunque su rostro inicialmente expresaba asco, rápidamente se ablandó y folló con avidez, porque el pene de Ka parecía excitarla intensamente. Los dos lo hicieron como animales poseídos, y Jan fijó su mirada en sus labios y en el pene de Ka. Ella jadeó y pareció incitar a Ka a continuar, pero él no pudo seguir. Mientras Ka eyaculaba y parecía no poder parar, bajó la mirada avergonzada cuando sus ojos se encontraron con los de Jan. Estaba terriblemente avergonzada porque había participado y casi había llegado al orgasmo.

Cuando le tocó el turno a Jan, Ka intervino, pero la mujer dejó que Jan tuviera relaciones sexuales sin resistencia, y a él le pareció que lo estaba disfrutando. Sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron de nuevo, ella apartó la vista. Jadeaba con fuerza, pero no se permitió llegar al orgasmo, y Jan eyaculó con gran alivio. Luego hubo un largo silencio. Nadie pensó en una segunda ronda; ahora solo tenían que salir de allí rápidamente. Mientras la mujer se vestía, mirándolos con ira y dolor, Pitt registró su bolso. Examinó su identificación y leyó su nombre y dirección en voz alta, diciendo que si hablaba, la visitarían. Ella asintió para indicar que entendía. Pitt tomó todo su dinero excepto los billetes grandes y algunas monedas, que se guardó en el bolsillo. Luego la llevó afuera, y cuando llegaron al lugar donde había ocurrido la agresión, corrió de vuelta con sus amigos lo más rápido que pudo.

Esperaron una semana entera para ver si aparecía la policía o si los rumores del barrio les decían algo sobre la violación, pero no hubo nada. Iban a la escuela cuando era necesario; de lo contrario, se quedaban por ahí escuchando los comentarios de la calle. Después de una semana, Pitt estaba completamente seguro de que la mujer guardaba silencio sobre la violación. Así de simple.

En casa de Jan reinaba la tensión. Su madre, su pareja y su casi padrastro habían estado peleando, y la pareja se había mudado, esta vez definitivamente. Su madre se mantenía tranquila; su trabajo iba bien y podía trabajar desde casa dos o tres días a la sema-

na. Esto también significaba, sin embargo, que empezaba a beber y fumar marihuana temprano por la mañana y estaba completamente alegre y despreocupada cuando Jan llegaba a casa. Por esas horas solía estar con un amante, y Jan la observaba si podía ser discreto. A veces su madre venía con chicas, y entonces él simplemente tenía que mirar porque siempre era muy apasionado, erótico y mucho más excitante que los perdedores perpetuamente impotentes que ella traía a casa. Tenía una amiga en particular que venía con bastante frecuencia, una hermosa chica negra de Etiopía que era lesbiana y le proporcionaba a su madre muchas tardes placenteras. Jan observaba a las mujeres en secreto durante horas y solo desaparecía brevemente en su habitación cuando necesitaba eyacular.

La madre de Jan se había labrado una carrera como diseñadora de moda y, ahora reconocida internacionalmente, tenía mucha demanda, pudiendo por fin elegir proyectos que le permitieran tener tiempo libre y la libertad de trabajar desde casa. Realizaba la mayor parte de su trabajo en su ordenador, que rivalizaba con cualquiera de la industria editorial de moda. Ahora su pareja, débil, se había ido, y su madre se quedaba sola durante días, alimentada por el alcohol, la marihuana y su sexualidad exacerbada. Últimamente la habían descuidado por completo y tenía que recuperar el tiempo perdido. Así que seguía irrumpiendo en la habitación de Jan, vestida solo con una camiseta y bragas, charlando con él sobre cosas triviales. Una vez, él estaba viendo porno en su portátil, con los pantalones bajados y el pene en la mano, cuando ella irrumpió. “¡No dejes que te moleste, yo también quiero!” Jan pensó inicialmente que quería ver el porno con él, pero se quitó la camiseta y las bragas y se sentó en su cama. “No dejes que te moleste”, dijo, y primero se masturbó sentada, luego se inclinó hacia atrás y tuvo un orgasmo.

Jan echaba de menos el porno porque la masturbación de su madre lo excitaba mucho más. Era la primera vez que lo hacía en su habitación, abiertamente en su presencia. Cuando ella se relajó, él seguía sentado allí, con el pene en la mano y la mirada fija en su vulva. «Ven aquí», dijo ella, «¡solo ven aquí!». Él obedeció en silencio y se sentó a su lado. Ella tomó su pene en la mano, luego en la boca, y lo masturbó, dejando que su semen le bajara por la garganta y tragándoselo todo. Después se levantó y fue al salón a seguir trabajando en el ordenador. Esto continuó; lo visitaba una o

dos veces por semana, a veces trayendo su vaso de chupito y algo para fumar. Entonces él sabía que sería una tarde larga; ella se masturbaría varias veces y luego lo masturbaría a él, o dejaría que eyaculara en su boca, por su garganta.

Se incorporó después de su orgasmo, bebió y fumó un cigarrillo liado a mano. Le encantaba esa maravillosa sensación de ser poderosa e intocable para el mundo que la rodeaba, aunque sabía que esa euforia provenía del alcohol y la marihuana. Le importaba un bledo lo que estuviera permitido o no, incesto o no; había decidido que podía acostarse con él porque quería. Lo miró con los ojos entrecerrados, se recostó lascivamente y lo agarró con lujuria. “¡Vamos, hombrecito, vamos!”, susurró, haciéndolo girar sobre su estómago. Su pene se hundió en medio de su vello púbico, la punta rozando sus labios. Jan se quedó paralizada porque solo había una manera de que sucediera. “Pero soy tu hijo”, dijo con cierta torpeza, pero ella lo interrumpió. “¡Al diablo con eso!”, maldijo, inusualmente vulgar, “¡no hables de incesto!”. Lo necesito, y tú obviamente también, ¡vamos, follemos! ¿Quién nos va a detener? Abrió más las piernas y metió la mano debajo de él, guiando su pene hacia su vagina. ¡Vamos, hazlo bien!, dijo, y Jan la penetró, experimentando con ella las sensaciones más maravillosas.

Su madre ya rondaba los cuarenta y tantos y no encontraba pareja fácilmente, pero tenía a Jan, a quien visitaba una o dos veces por semana. Jan adoraba sus enormes y suaves pechos y su cuerpo voluptuoso, pero sobre todo, le encantaba tener sexo con ella porque era mucho más placentero e intenso que una violación. Le gustaba su vagina, que se sentía tan aterciopelada y suave y lo excitaba tanto cuando ella tenía un orgasmo intenso, su vagina prácticamente ordeñando su semen. Le gustaba poner su rostro entre sus grandes y suaves pechos y follar lentamente a esta alta valquiria. Le gustaba porque ella ya era demasiado mayor para armar un escándalo por un embarazo. “¡Déjalo fluir, muchacho, déjalo fluir, me gusta!”. Ella lo disfrutaba igual y le enseñó mucho. Le explicó que no tenía orgasmos vaginales y por lo tanto tenía que masturbarse larga, minuciosamente y varias veces después del sexo, y que le encantaba que él la viera. Tuvo la agradable sensación de que ahora se entendían mucho mejor.

Una vez ella dijo que le resultaba particularmente excitante la eyaculación dentro de su vagina. Jan asintió y prometió mastur-

barse menos antes del sexo y guardar su semen para ella. La mayoría de las veces funcionaba, y ella aumentaba su placer introduciendo un dedo en su ano antes de que él eyaculara y acariciándolo con él. Él tenía que eyacular inmediatamente y completamente dentro de ella. A veces se le permitía comenzar el sexo mientras ella se frotaba el clítoris y estaba a punto de llegar al orgasmo. Él disfrutaba de las caricias y los movimientos de su vagina y levantaba las nalgas para que ella pudiera acariciarlo con los dedos y él pudiera eyacular explosivamente dentro de su vagina grande y suave.

Jan le confesó que se sentía muy atraído por Iris, la hermosa chica negra de África, y que deseaba desesperadamente acostarse con ella. Sería difícil, dijo ella, reprimiendo sus celos; Iris era lesbiana, había sufrido abusos por parte de varios hombres durante su infancia y adolescencia, y no tenía buena opinión de los hombres, les tenía miedo. Pero lo intentarían juntos la próxima vez que Iris estuviera allí. Y así sucedió.

Iris y su madre disfrutaron un rato en la sala, luego su madre fue al baño y, al regresar, tomó a su hijo desnudo Jan de la mano y fueron con Iris. Ella se sorprendió mucho y miró con incertidumbre su erección, pero la madre acarició a la niña y maulló que lo necesitaba de nuevo, muy urgentemente. Iris comenzó a masturbarse suave e intensamente, y cuando Jan acarició suavemente su hermoso cuerpo negro azabache, se relajó. Jan estaba completamente enamorado de su esbelta figura y sus pequeños pero firmes senos y los acarició. Cuando Iris se puso a cuatro patas para lamer el clítoris de su madre, Jan miró desde atrás su vulva, sus labios y clítoris de color rosa pálido, y su vagina rosa pálida. Su piel era negra azabache por completo; solo los destellos de color rosa pálido de sus genitales enfatizaban dónde tenía que apuntar su pene. Jan se había dado cuenta de que solo tenía un pequeño mechón de vello púbico negro sobre la hendidura, pero que su vulva era completamente lisa y parecía la de una niña pequeña. Su madre le indicó que Iris aún no estaba lista, así que él tocó con mucha delicadeza sus labios y clítoris. Para su propia sorpresa, ella le ofreció voluntariamente su pelvis a Jan y le permitió masturbarla. Primero la madre tuvo un orgasmo, e inmediatamente después, Iris. Permanecieron tumbados uno encima del otro, uno encima del otro, y uno al lado del otro durante un rato, dejando que los orgasmos disminuyeran.

La madre le susurró a Iris durante un buen rato, luego le tomó la mano y la guió hacia el pene de Jan, pero Iris se negó. La madre siguió susurrando y luego atrajo a Jan boca abajo. Iris murmuró asombrada que aquello era incesto, pero la madre simplemente dijo: "¡Al diablo con eso!" y penetró suavemente a Jan, exagerando un poco los gemidos de placer, pero luego volvió a ser ella misma, acariciando el ano de Jan y dejándolo eyacular con placer. Pasaron horas más con orgasmos maravillosos, y Jan penetró tan a menudo como pudo, pero Iris dijo que, aunque disfrutaba mirando, no quería participar ella misma. Llegó a casa muy tarde.

Por supuesto, Jan estaba triste por ello, pero su madre le dijo en el desayuno que con las mujeres hay que tener paciencia, ¡que todo saldrá bien! Jan fue muy paciente cuando Iris regresó dos días después, y todo fue igual que la última vez. Iris disfrutó muchísimo de la delicadeza y ternura con que Jan la masturbaba, y a veces se tumbaba boca arriba en el regazo de su madre, quien la besaba y le acariciaba los pechos, abriendo con gusto y suavidad su vulva ante Jan, que la lamía lenta e intensamente. Pronto le encantaron esos orgasmos y le acariciaba el pelo a Jan porque era muy bueno en ello. Lo miró fijamente a los ojos y le dio un beso francés largo y profundo, que él correspondió, desconcertado e incómodo, porque casi nunca había experimentado un beso francés, pero Iris no conocía otra cosa. Cuando tuvieron sexo después, fue Iris quien le metió un dedo en el ano y le dio una fuerte embestida, mientras que con la otra mano masturbaba a su madre, y ambas alcanzaron el orgasmo casi simultáneamente. Esta orgía también se prolongó hasta bien entrada la noche.

El momento decisivo llegó durante su siguiente tarde íntima. Una vez más, Iris se recostó boca arriba en el regazo de su madre, con las piernas bien abiertas, dejando que Jan la lamiera. Después de que ella llegara al orgasmo, él permaneció en cuclillas, frotándose lentamente el pene. La miró a los ojos y se acercó a ella. No había rastro de rechazo ni protesta en su mirada, y cuando la punta de su pene tocó sus labios vaginales, cerró los ojos. Lentamente, él penetró su vagina y la folló con fuerza y gran placer; finalmente había logrado su objetivo. Su madre, que había estado acariciando y jugando con los dulces pechos de Iris, la engañó estimulándole el clítoris, provocando que ella llegara al orgasmo al instante. Él eyaculó dentro de ella y esperó hasta que su orgasmo disminuyó.

Los tres se tumbaron en la alfombra, dejando que la excitación disminuyera. Él le susurró a Iris, preguntándole si estaba bien. Ella se giró hacia él y, en lugar de responder, le dio un beso francés apasionado. A partir de ese momento, su resistencia se puso a prueba. Se acostó con ambas mujeres alternativamente, y solo las ojeras delataban lo agotador que estaba. Varias veces rieron a carcajadas mientras ambas se dejaban llevar por la pasión, y él se puso rojo de frustración porque no podía decidirse entre ellas.

Iris observó con gran excitación cómo a Jan se le permitía eyacular en la boca de su madre y profundamente en su garganta. Ella también quería aprenderlo, pero durante sus primeros intentos, se atragantaba o casi vomitaba. Jan decía que su garganta era demasiado pequeña. Su madre se lo explicó con mucho cuidado, intervino y la corrigió hasta que, después de un largo rato, Iris logró controlar su reflejo de deglución. Ahora Jan podía introducir su pene profundamente en su garganta, luego la sujetó firmemente por la cabeza y la penetró profundamente hasta el fondo de su garganta, donde eyaculó. Cuando terminó, soltó su cabeza y ella pudo tragar y respirar. Iris estaba increíblemente feliz y agradecida; ahora podía hacer algo muy especial. A él le encantaba llenar la boca de Iris con su glande y ser lamido y excitado por su lengua hasta justo antes de eyacular. Entonces Iris abría la boca de par en par y deslizaba sus labios sobre todo su pene, permitiéndole penetrar profundamente en su garganta y eyacular allí. Ella prefería eso a ser penetrada en la boca.

La pandilla esperó unos días más, pero Pitt no pudo soportarlo más. Tomaron un autobús a las afueras de la ciudad y buscaron un parque con escondites o edificios apartados para su plan. Al segundo día, finalmente encontraron un parque con un pequeño cobertizo al lado, usado para herramientas de jardinería. Ka forzó la cerradura sin dañarla y encontraron todo lo que necesitaban; unas mantas podrían servir de base. No tuvieron que esperar mucho por su víctima. Pitt se acercó sigilosamente por detrás y le mostró su cuchillo. Sobresaltada, ella dejó caer su bolsa de compras y se cubrió la cara con las manos. Jan y Ka recogieron todo y luego llevaron a la mujer al cobertizo. “¡Por favor, no!”, gritó. “¡Tengo un niño pequeño, por favor, no lo hagan!”. Pero Pitt y Jan la desnudaron mientras Ka la sostenía con delicadeza, aunque no parecía necesario en absoluto. Se dio cuenta de que no estaba amenazada con el cuchillo, no con la muerte, y suspiró aliviada. Luego sonrió

expectante, casi con lujuria. Era una joven y guapa mujer con pechos hermosos y voluptuosos, cabello rojo hasta los hombros y una figura esbelta. Su zona púbica estaba perfectamente depilada y lucía juvenil. Jan acarició su hermoso cuerpo por completo, explorándolo durante minutos, y la chica sonrió con deseo, dejándose llevar por escalofríos placenteros. “Por favor, no me hagas daño”, dijo con una sonrisa muy amable, “¡Soy muy sensible... ahí abajo!”.

¡Y qué sensible era! Tuvo un orgasmo con Pitt, quien tuvo que taparle la boca para que no se oyeran sus gritos de placer. Gritó larga y lujuriosamente en la mano de Ka mientras él la penetraba, llevándola de orgasmo en orgasmo, y cuando le tocó el turno a Jan, Ka tuvo que ahogar sus gritos de placer con la mano. Pitt simplemente leyó su nombre y dirección en voz alta y le dio su sermón, pero no le quitó dinero del bolso; de todos modos, no habría sido mucho. Cuando estuvo vestida, sonrió y dijo que había sido una tarde muy agradable y que no tenían nada de qué preocuparse; no tenía motivos para denunciarla. Ella y su esposo solían ir a clubes de intercambio de parejas antes del bebé, y esto habría sido similar para ella. Todos se marcharon en paz, y los chicos permanecieron en silencio, atónitos, durante todo el trayecto.

Continuaron con sus vergonzosas actividades durante semanas, en la fortaleza o en varios parques. Una vez, obligaron a una joven de ascendencia turca a entrar en su escondite, donde Ka la sujetó y Jan la desnudó. Era una belleza morena con pechos pequeños, muy delgada y con el vello púbico cuidadosamente recortado. Lloraba y gemía diciendo que no lo quería, y que si no era virgen, deshonraría a su familia. ¡Por favor, por favor, no! Pitt se inclinó sobre ella, le separó los labios vaginales y miró dentro de su vagina. «Sí, de verdad que sigue siendo virgen», dijo Pitt. «Eso es justo lo que necesita nuestro Jan; ¡nunca ha tenido una!». Y así sucedió que Jan, excepcionalmente, fue el primero.

Pitt le sujetó las manos, Ka los pies, y Jan se arrodilló ante ella, con la erección dura. Ella lloró amargamente mientras él entraba lentamente en su vagina. Sintió la resistencia de su himen y la miró a la cara. Las lágrimas corrían por sus ojos bien abiertos mientras ella lo miraba fijamente. Con una embestida repentina, rompió su himen y eyaculó demasiado rápido porque ella se tensó y su vagina no se abrió voluntariamente. Luego tomó la posición de Pitt y lo observó follarla. Pitt la folló con fuerza, pero no rápido, sacan-

do su pene por completo y volviéndolo a introducir cada vez. Jan pudo ver cómo poco después su vagina se abría y cerraba, cómo sus piernas comenzaban a temblar. No estaba seguro de si acababa de tener un orgasmo o no. En cualquier caso, pudo sentir en sus pies que ella empujaba activamente hacia Pitt mientras él continuaba follándola, prácticamente ofreciéndole su vagina hasta que eyaculó profundamente dentro de ella. Luego fue el turno de Ka, y la chica dejó de llorar. Cuando Ka terminó, exclamó: «¡Está inconsciente!». Tras unos segundos, Pitt le tomó el pulso; por suerte, lo tenía, y poco después despertó, miró a su alrededor y quedó completamente desorientada. Se vistió a toda prisa y salió corriendo entre sollozos, sin que se supiera su nombre ni su dirección.

La banda estaba lejos de haber terminado; seguían violando, así de simple, porque nadie podía hacerles daño.

¿Nadie?

¿De verdad nadie?

Los tomó completamente por sorpresa. Habían sacado a la mujer rubia afuera después de la violación y aún estaban sentados tomando una cerveza y fumando. En silencio, el grupo de hombres y mujeres, todos enmascarados y armados con bates de béisbol o palos, se acercó sigilosamente. Los atacaron a los tres y los golpearon sin piedad. Jan se cubrió el rostro con los brazos para protegerse de los bates y creyó oír un par de maldiciones con acento turco antes de desmayarse.

Pasaron semanas en el hospital. Pitt había perdido el ojo izquierdo y muchos dientes; Ka necesitó múltiples puntos de sutura en la cara, sus testículos, destrozados por los golpes, tuvieron que ser amputados, y los tres tenían numerosos huesos rotos. Jan, aparte de profundas laceraciones en la cabeza y la espalda, varias fracturas y dolorosas contusiones, no sufrió heridas graves. Hablaban entre ellos en voz baja, y cuando la policía los interrogó, sus relatos fueron prácticamente idénticos, pero la investigación pronto se cerró sin éxito. Jan guardó silencio sobre su observación de que eran turcos; los otros dos hacía tiempo que habían olvidado a la chica turca.

Tras el alta, Jan se distanció de sus dos amigos y les dijo que ya no quería saber nada de ellos; una sola hospitalización había sido suficiente. Dejó que su madre lo cuidara durante semanas y siguieron teniendo relaciones sexuales como antes. Ella nunca le contó que Iris había abortado mientras él estaba en el hospital, porque era demasiado joven para ser padre. Iris siguió con su plan de encontrar un hombre rico y, tras su supuesta enfermedad, empezó a trabajar a tiempo completo en la joyería, viendo a Jan y a su madre solo algunos fines de semana.

Ese fue el fin de la pandilla del complejo residencial.

El viaje hacia el norte

von Jack Faber © 2020

Hace muchísimo tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

Este verano puse en marcha mi plan de ir en ciclomotor a Ámsterdam, recorriendo principalmente las autopistas alemanas hacia el norte. Solo en contadas ocasiones la policía de carreteras me detuvo para instarme a usar el carril bici. Sin embargo, al cabo de unos minutos, volví a la seguridad de la autopista, donde no hay ciclistas. Finalmente, crucé la frontera holandesa y seguí mi instinto hacia el norte por una carretera rural en buen estado. Silbando o tarareando a viva voz, fui marcando kilómetro tras kilómetro bajo el sol abrasador hasta que por fin la divisé.

Allí, al borde de la carretera rural, justo antes de llegar a Apeldoorn, se encontraba una joven rubia con un ligero vestido de verano que realzaba sus generosas curvas, con una pequeña bolsa colgada al hombro. Frené bruscamente y apagué el motor, pues quería pedirle indicaciones, ya que en mi mapa de Europa, que mostraba las principales carreteras de Alemania, los Países Bajos eran apenas una diminuta salchicha de tres centímetros. Su rostro redondo y amable se iluminó y, con gusto, me dio las indicaciones. En neerlandés. Se desató una divertida competencia mientras todos intentaban entender qué y quién hablaba qué: en alemán, neerlandés y un inglés titubeante.

El resultado fue que ella quería viajar atrás, vía Apeldoorn hasta justo antes de Sneek. Desde allí, solo tenía que tomar el Afslotdeik directamente a Ámsterdam, sin desviarme. Bastante simple, y sí, ella conocía el camino a Sneek. Inmediatamente y con entusiasmo tomé la decisión equivocada, sin darme cuenta de lo que significaría el desvío en kilómetros y horas. “¿Quién es ella?” pregunté, después de señalarme el pecho y presentarme como Jack, de Austria. Ella tocó su generoso pecho con un dedo, Caroline —preferiblemente “Caro”— e indicó con los dedos que tenía 17 años. Después de subir, le hice un gesto para que se metiera la falda debajo de los muslos para protegerse del viento. Desde la distancia, debió de verse bastante indecoroso, la forma en que le metí la falda entre las piernas. También se veía indecoroso cuando se agachaba du-

rante las pausas para orinar, se subía la falda y yo miraba con curiosidad su redondo y desnudo trasero.

Aunque no dejo de mirar por el retrovisor las piernas y los muslos desnudos de Caro, no me doy cuenta de las nubes que se acercan por detrás. La lluvia nos sorprende de repente y empiezo a buscar refugio. En las afueras del pueblo de Bant, cerca de Emmelord, por fin veo una granja. Me acerco con el coche y aparcamos, completamente empapados, bajo el tejado.

Al cabo de un rato, se abre la puerta y un anciano con bastón asoma la cabeza. Caro empieza a hablar sin parar; conversan durante un buen rato y, al final, lo único que entiendo es "gracias". Caro dice "¡gracias!" y vuelve a entrar arrastrando los pies. Caro se comunica con gestos; podemos resguardarnos de la lluvia en el granero de al lado, o incluso pasar la noche allí si queremos, porque va a llover toda la noche. Empujo la moto hasta el granero, nos sentamos en fardos de heno y esperamos en silencio, empapados. Los minutos transcurren con una lentitud exasperante.

La puerta del granero se abrió con mano temblorosa, el anciano bonachón se movió sobre una manta gruesa y asintió al ver nuestra ropa empapada. Luego señaló con su bastón un trozo de paja y charló brevemente con Caro, después murmuró "bueno, qué fastidio" y salió arrastrando los pies. Dije un fuerte "¡Gracias!", cerré la puerta tras él y me di la vuelta. Aunque estaba un poco más oscuro en el granero, me cayó como un jarro de agua fría, porque Caro estaba colgando su vestido y ropa interior mojados de una viga. No llevaba sujetador; lo supe incluso antes de que se subiera a la moto.

¡Estaba desnuda, completamente desnuda!

Ella, completamente desinhibida, extendió la manta y luego hizo gestos y susurró algo hasta que la entendí. Con más modestia que la más casta de las vírgenes del Convento de la Santísima Virginidad, me quité la ropa empapada y la colgué junto a la de Caro. De reojo, vi que obviamente estaba evaluando mi desnudez. Al acercarme, su mirada curiosa se posó en mi pene, que colgaba por el frío. Me quedé quieto y sostuve su mirada durante minutos, porque yo la observaba con la misma intensidad.

Tenía el rostro bonito, delicado e infantil de una chica de quince años y, sorprendentemente para su edad, unos pechos firmes, no demasiado grandes, con pezones pequeños y muy bonitos. Sus pechos eran realmente hermosos, suavemente redondeados, y recordaban a los bellos pechos virginales de las antiguas esculturas romanas, no tan caídos como los que había visto en mujeres maduras en mis anteriores primeros encuentros. A pesar de su cintura estrecha, tenía unas caderas preciosas y anchas (¿invitantes?), su ombligo estaba oculto en un pequeño hoyuelo y tenía unas piernas bellamente curvadas. Aunque tenía un poco de grasa en las nalgas y los muslos, eso no importaba; lo que importaba era lo que había entre ellos.

Bajo el vello púbico rizado y dorado, que parecía haber brotado recientemente, vi la curva de su monte de Venus con su pequeña hendidura, parcialmente oculta dentro del montículo claramente elevado y bellamente curvado. Ofreció su cuerpo con total franqueza, plenamente consciente de su propia belleza, y yo absorbí con avidez su desnudez erótica, casi infantil. Asintió, como para afirmar una pregunta nunca formulada, y señaló la manta; tendríamos que meternos debajo por el frío. Y nos metimos.

Mi vergonzoso miedo a lo desconocido disminuyó gradualmente después de que nos acostamos sobre la manta y ella la extendió por completo sobre nosotras. Tenía el trasero medio al descubierto y me estaba congelando. Caro me tocó las nalgas y me atrajo hacia ella hasta que quedamos abrazadas, pero al menos secas.

Para que quede claro: tenía casi 18 años en ese momento, creía saberlo todo sobre las mujeres, al menos en teoría, y ya había tenido sexo una vez, de noche, detrás de un arbusto. Sin embargo, había dos pequeños e insignificantes detalles que desconocía entonces: que las chicas tienen clítoris y que pueden tener orgasmos. Para mi deleite, en aquel entonces detrás del arbusto, después de haber eyaculado prematuramente dentro de la vagina de la mujer, que parecía tener unos 45 años, nos vestimos apresuradamente y con remordimientos y nos separamos. ¿Clítoris, masturbación, orgasmo? ¡Ni idea! ¿Anticoncepción? Olvídalo. Pero ahora volvamos al granero.

Yacíamos entrelazados como amantes, muy juntos, desnudos en la oscuridad del granero. La cabeza de Caro descansaba sobre mi

brazo izquierdo; al principio coloqué mi brazo derecho sobre su espalda, pero Caro lo movió con suavidad pero con firmeza hacia su nalga. Sus manos descansaban sobre mi pecho. Los minutos pasaban lentamente y ambos nos calentábamos. De repente, sentí los labios de Caro sobre los míos, su lengua abriéndose paso en mi boca. Nos besamos como si fuera lo más natural del mundo, y pronto sentí un cosquilleo familiar en la parte baja del abdomen.

Poco a poco nos fuimos calentando; hacía calor bajo las sábanas. Mi pene, al principio, descansaba suavemente contra su vulva, pero se fue endureciendo cada vez más, casi clavándose en su monte de Venus. No entendí los susurros de Caro y solo dije: «Sí, sí». Nos besamos de nuevo apasionadamente, y luego ella hundió su rostro en mi cuello. Continuó besándome y susurrando muy suavemente, su mano bajando lentamente hasta llegar a mi pene. Lo acarició con ternura y cariño, rodeándolo con curiosidad. Me resigné a mi destino. Ella susurró y susurró, asintiendo de vez en cuando y diciendo sí, sí, sí.

Los primeros roces se convirtieron en caricias suaves y tiernas; no entendí ni una palabra de sus susurros, pero era evidente que sabía bastante sobre erecciones. Juraría que era mucho más joven que 17 años, pero me masturbó con la misma profesionalidad y rutina que las mujeres maduras con las que había tenido mis anteriores intentos fallidos de tener sexo. No tardó mucho en eyacular sobre su vientre, y ella siguió frotando suavemente hasta que todo salió. Simplemente se untó el semen en la barriga.

Nos quedamos allí tumbadas en silencio durante un buen rato, murmurando y susurrando, y comprendí que para ella, masturbar un pene no tenía nada de especial. Intenté entender que llevaba haciéndolo mucho tiempo, porque «de donde yo vengo» era perfectamente normal que las chicas masturbaran a sus amigos. Claro que no todos. Pero «pijpen» (¿silbar?), eso no le gustaba nada y me explicó lo que significaba con señas, haciéndome sonrojar de vergüenza.

Pero muchas de sus amigas lo hacían y practicaban sexo oral. Con una franqueza infantil e ingenua, describió cómo solían reunirse en un edificio viejo y destartalado, donde fumaban, bebían y escuchaban música en casetes. Se formaban parejas, nuevas o ya veteranas, y si a alguien le apetecía, los chicos dejaban que sus no-

vias los masturbaran, o lo hacían ellos mismos. Ella, con aire juguetón, hizo varios toques con el dedo índice en el círculo que formaba con los dedos y sonrió. ¡¿Qué?! ¡¿Follar delante de todo el mundo?! ¡Claro, no había nada de malo en eso! Dije que no estaba familiarizada con eso, que no era así de donde yo venía.

Se sorprendió y, con cierto orgullo, explicó que tenía una competencia secreta con su mejor amiga para ver quién podía masturbarse y acostarse con más chicos, usando nuevamente el lenguaje de señas. Su amiga seguía ganando, pero ella hacía lo que podía. Le pregunté a Caro de nuevo si realmente lo hacía delante de todos. Sí, dijo, le gustaba mucho que la vieran haciendo círculos con el dedo. No había rastro de jactancia ni mentira en su rostro, solo un orgullo inocente e infantil.

Estuvimos susurrando y cotilleando sobre estas cosas durante un buen rato. Ella describió a cada chico con detalle, usando el lenguaje de señas para ilustrar sus puntos. Uno de ellos tenía un pene enorme, pero no podía ir tan a menudo como el que tenía el pene pequeño. Él, por cierto, era el favorito de todas las chicas y podía ir a menudo, especialmente con su mejor amiga. Riendo, Caro describió sus grandes y temblorosos pechos y el gran agujero de ahí abajo, temblando de risa durante la pantomima. Casualmente, extendió la mano hacia mi pene, que se había vuelto más de medio erecto durante su relato, y lo acarició y frotó. No necesitó masturbarse mucho para que volviera a ponerse duro (gracias a un entrenamiento extenso).

Ella me apartó un poco a mí y a la manta, separó las piernas y me confundió con sus susurros. Los gestos y los movimientos de las manos dejaron claro lo que se suponía que debía hacer. Dedos en círculo. La miré a la cara en la penumbra; sonrió dulcemente y se comunicó conmigo. No, ella quería y podía follar, dedos en círculo, "¡Caro, no es una niña pequeña, puede y quiere!" Lo había hecho muchas veces antes y le gustaba mucho. Dedos en círculo. Sabía que realmente lo deseaba. Agarró mi pene y se masturbó vigorosamente hasta que estuvo duro como una roca. Luego me hizo un gesto para que lo hiciera yo. Anda, casi sonó alemán.

Así que me levanté, me arrodillé entre sus muslos, ella agarró mi erección y la guió con firmeza pero con suavidad hacia su vagina. ¡Qué bien se sentía, su coño cálido y húmedo! Sin dudarlo, em-

pezamos a follar. En la penumbra, vi su rostro sonriente y la oí jadear cada vez con más fuerza, lo que tomé como una buena señal. Ella acercó mi cara a su mejilla y luego agarró mis nalgas que se balanceaban, respirando con mucha dificultad, y deslizó una mano entre nosotros. No sabía qué estaba haciendo ahí abajo, pero podía sentirla retorcerse y también que apretaba su vagina con fuerza varias veces. Susurró: "¡Oh, suficiente!", pero aún no era suficiente, y la follé y me corrí, eyaculando mi carga dentro de su vagina. Exhausto, me desplomé y traté de recuperar el aliento.

Caro se apoya en un brazo y sigue besándome la cara. Luego susurra: "Eso significa 'neuken' (suena como 'nööiken'), ¡y tuvimos un buen 'neuken'!" Le sonrío y confirmo: "¡Ese 'neuken' fue genial!" Después de un rato, cuando nos calmamos de nuevo, le pregunté, atormentado por la incertidumbre, si podía pasar algo. Con dificultad y torpeza, le expliqué si podía quedar embarazada. Con los ojos muy abiertos y asombrados, dijo: "¿Bebé? No, no bebé", rió y se estremeció de alegría. No, estaba contando los días con mucha precisión, así que definitivamente, absolutamente "zeker" no había bebé. Cuando le pregunté si quería uno, negó con la cabeza e indicó que tal vez más adelante.

Miro mi reloj; es media tarde y tengo hambre. Le hago una seña y le pregunto: "¿Quieres comer? ¿Te apetece?". Ella asiente y busco en mi alforja pan, embutidos y zumo de naranja. Lo sirvo sobre la manta, nos sentamos con las piernas cruzadas, uno frente al otro, y comemos y bebemos mientras la lluvia golpea sin cesar el tejado del establo.

De repente siento ganas de orinar y voy a la esquina del granero, dejando que fluya. Caro se une a mí y se agacha. Le echo un vistazo al hilo de orina que ondula entre sus muslos. Después, guardo la comida y me siento de nuevo, fumo un cigarrillo y me quedo mirando en la penumbra entre sus piernas, intentando en vano distinguir algo más que figuras sombrías. Enciendo un segundo cigarrillo, aunque ella susurra y gesticula diciendo que fumar en el granero es una tontería. Dejo que la llama arda un poco más y le echo un vistazo rápido entre los muslos, solo para descubrir, decepcionado, que no hay nada más que un escaso vello y una pequeña hendidura visible, e incluso entonces, solo como un vago contorno. A pesar de la poca visibilidad, mis pensamientos giran en torno a ella, y mi pene se agita, empezando a endurecerse.

Caro me saca de mi ensimismamiento y señala con entusiasmo mi erección. “¡Oh! ¿Joder?” Sin esperar respuesta, se tumba boca arriba, abre las piernas, sonríe dulcemente y me invita a acercarme. “¡Joder!” Mientras me arrodillo entre sus muslos, agarra mi pene y lo frota con fuerza hasta que se pone duro como una roca.

Penetro suavemente su vagina y empiezo a follarla vigorosamente. Estoy a punto de llegar, pero tengo que parar brevemente. Caro sonríe y pregunta algo, pero solo entiendo “¿perro?”. Con cuidado, saca mi pene de su vagina para que no se rompa, luego se pone a cuatro patas, mostrándome su redondo trasero. Entiendo, estilo perrito, lo leí en alguna parte. Desliza una mano entre sus muslos y me saluda con impaciencia. Empujo mi erección hacia adelante, que ella guía suave y fácilmente dentro de ella. ¡Estoy follando estilo perrito por primera vez!

Pronto la oigo respirar con dificultad y lo tomo como una buena señal. De repente, noto que a veces me toca el pene con los dedos. Cuando su respiración se vuelve muy pesada y rápida, eyaculo y, de repente, todo su cuerpo empieza a temblar. Cuando dejo de eyacular, permanezco dentro de ella, porque su vagina sigue contrayéndose y bombeando hasta que jadea: “¡Oh, ya basta!” y lentamente saca mi pene. Su radiante sonrisa me hace comprender poco a poco que esos movimientos son la expresión de su máximo placer durante el sexo.

Nos quedamos allí tumbados un buen rato, jadeando, en un abrazo lleno de amor. Cuando por fin nos relajamos del todo, ella susurraba y hablaba mucho, pero yo no entendía nada. Quizás un par de veces dijo “joder” y “masturbarse”, pero hasta el día de hoy no tengo ni idea de lo que revelaba en sus susurros. De vez en cuando le preguntaba: “¿Está bien follar?”, y ella me abrazaba y me besaba, así que no necesitaba responder y me quedaba dormido.

Creo que solo dormité unos minutos cuando desperté porque Caro me estaba tocando el pene con delicadeza. Sonrió ampliamente y lo empujó suavemente. Se estaba poniendo duro de nuevo, y ella siguió empujándolo para ver cómo crecía. Pronto lo agarró, lo acarició durante un buen rato y lo masturbó cada vez más rápido hasta que volvió a estar completamente duro. Me hizo un gesto para que me quedara tumbado boca arriba. Caro se subió en-

cima de mí e introdujo mi erección dentro de ella. Me folló con movimientos rápidos, girando la pelvis de vez en cuando, y susurró: "¡Joder, qué bien!". Me pareció un polvo muy placentero.

Se humedece un dedo en los labios y lo coloca sobre su monte de Venus, donde parece moverlo. Me folla con embestidas poderosas, su propia excitación crece, su respiración se acelera, sus dedos juguetean nerviosamente en su vello púbico, y con un fuerte jadeo, se desploma hacia adelante, susurrando "¡ooooh, oooh, basta!" y se tumba temblando sobre mi pecho. Después de unos momentos, se sienta y me mira interrogante. Señala mi pene erecto y hace un sonido de "pfft, pfft" hasta que entiendo. No, aún no me he corrido, niego con la cabeza.

Ella se baja ágilmente y se tumba de espaldas con las piernas bien abiertas. "¡Vamos, follemos!" ordena, pero sonríe, sus ojos riendo mientras susurra, "¡Nuck bien!" La penetro en la posición del misionero sin que me masturbe antes. Incluso al entrar, jadea, empiezo a follar, pero pronto está gimiendo y quejándose, temblando con espasmos, "¡Ooooh, ooooh, basta!" Le pregunto si debería parar, pero ella niega con la cabeza y susurra, "¡Nuck! ¡Follar bien!" Así que empiezo a follar de nuevo, y después de lo que parece una eternidad, me corro, pero mi eyaculación es corta y débil. Hecho, terminado, nada más. Exhausto, me desplomo a su lado.

Son solo las 5:30, afuera oscurece aún más y la lluvia sigue cayendo sin cesar. Caro parece intuir que estoy agotada y se acurruca junto a mí para darme calor. Me besa la cara, el cuello y me acaricia el pecho. Repite varias veces: "¡El sexo fue bueno, muy bueno!", con un tono gutural, como un "chudd". La miro a los ojos y veo que aún falta mucho para ir a dormir.

Caro me besa y me acaricia, abre bien las piernas y guía mi mano hacia su monte de Venus. Se queda allí un rato hasta que, con excesiva cautela, acaricio el pequeño y suave mechón. ¿Estaba haciendo algo mal? Caro me mordisquea el cuello con los labios, su respiración es superficial. Lentamente separa las piernas varias veces y levanta ligeramente las nalgas hasta que mis dedos se deslizan solos. Mi mano, más tonta que Parsifal, no sabe cuál es la pregunta para redimir a Amfortas. Mis dedos acarician sus muslos internos sin rumbo, tocando cobardemente e ignorantemente sus cálidos labios, sintiendo tentativamente la hendidura húmeda, y

luego volvemos al punto de partida. Nos besamos durante quince minutos, pero ella se remueve impaciente, rogándome que no deje de acariciarla. Parsifal obedece, desconcertado. Ella lo quiere así. Los dedos desprevenidos acarician los labios, acarician la abertura, y luego los labios de nuevo. A Caro le gusta, pero a mí me alegra tener un descanso más largo.

Los cuartos de hora se convierten en horas; nos acariciamos, nos besamos y nos mimamos a nuestro antojo. Sir Parzifal sigue vagando por territorio desconocido, y Caro, con un suave empujón de su monte, le insta enfáticamente a que continúe acariciando su mano, a veces débil. Y como sabemos, vagó durante años por tierras extranjeras. Caro acaricia mi pene repetidamente y subrepticiamente, probando su rigidez. Pero permanece semierecto; lo quiero así. Me besa y me lame la oreja con ternura, presiona sus labios suaves y carnosos contra los míos, y susurra suave y seductoramente: "¡Me gusta follar, follar es bueno!" y me susurra innumerables besos y palabras de amor con un sonido extranjero al oído. Tiene que ser así; puedo sentirlo.

Le digo con voz ronca: "¡No soy una máquina! Tienes que masturbarme para que se me ponga dura otra vez". Ella me entiende al instante, asiente y repite: "¡Mastúrbate! ¡Sí! ¡Fuerte, fóllame!" y entierra su rostro en mi cuello. Agarra mi pene semierecto y comienza de nuevo, susurrando suavemente su larga e ininteligible confesión. Siento que me está confiando secretos muy, muy grandes porque sus susurros se interrumpen antes de reanudarlos, ronca por la excitación, y continúa masturbándose. Tal vez esté hablando de pecados en pensamiento, palabra o obra, o de pecados con sus antiguos amantes. Desearía poder entender siquiera una palabra, captar sus pensamientos pecaminosos o sucios, sus deseos pecaminosos y sus ansias juveniles. Siento que debe haber muchos pequeños pecados, escandalosamente lujuriosos, porque a veces su mano que se masturba se detiene justo antes de continuar por pura excitación. Agradezco que nuestra cultura haya inventado el pecado.

Mi semierección se mantiene fiel a su nombre, incluso cuando me susurra "¡Quiero follar!" al oído al final de su confesión. Ella entiende mi encogimiento de hombros correctamente y se endereza, agarrando mi pene con firmeza, masturbándose con destreza y conocimiento, concentrándose en silencio hasta que vuelve a estar

completamente erecto. Para entonces ya es completamente oscuro, pero por sus movimientos puedo deducir que está tumbada boca arriba y, guiándome por mi pene en la oscuridad, me lleva entre sus muslos.

Con la mayor delicadeza posible, la penetro, su mano guía la punta de mi pene, luego me abraza con ambos brazos. Apoyo mi frente en su hombro y empiezo a follar lenta pero firmemente. Gradualmente, su respiración se acelera, y excitada, agarra mis nalgas con ambas manos, dictándole a mi culo a qué velocidad debo follar. Mientras jadea y su parte inferior del cuerpo se contrae involuntariamente, susurra su mantra: "¡Oh, suficiente!". Yo susurro: "¿No es bueno?". "Sí, todo es bueno, follar es realmente bueno, ¡quiero follar un poco más!" y lo enfatiza con empujes de su parte inferior del cuerpo.

Animando al otro, follamos hasta que eyaculo con una embestida, pero solo muy brevemente. Ella suspira, me sujeta las nalgas con firmeza y no me deja salir. Le digo: "¡Mastúrbame!" Pero ella niega con la cabeza enérgicamente y se mueve, con mi erección a tres cuartos dentro de ella. Lenta y constantemente, me folla, y cuando empieza a endurecerse, siento que asiente contra mi mejilla y susurra: "¡Sí, correte fuerte! ¡Corre fuerte! ¡Entonces fóllame!" Asiento y dejo que me folle durante mucho tiempo.

Pronto siento su excitación también, y continuamos follando juntos. Caro jadea de esfuerzo y excitación mientras arqueo la espalda y eyaculo. Se aferra a mis nalgas y solo se detiene cuando ella y su vagina bombean intensamente. Me suelta, me hundo a su lado sobre la manta y balbuceo sin aliento: "¡No puedo más!". Sus espasmos disminuyen, me abraza y me besa con fuerza. "Jack, eres muy bueno", murmura, tan alemana como puede ser, y nos besamos durante un buen rato. Más tarde, me doy la vuelta y digo: "¡Buenas noches!". Se acurruca junto a mí por detrás y nos arropa a ambos con fuerza. "¡Buenas noches!".

Me despiertan los movimientos frenéticos de Caro y sus espasmos corporales. ¿Por qué se mueve así ahora? Son las 4:30, el sol ilumina un poco el granero. Caro presiona una mano contra su vulva palpitante, me mira y sonríe: "¡Está dura!". Mi erección matutina es sin duda notoria. "¡Vamos, tengamos sexo! ¡Rápido, tengamos sexo, todavía está caliente!", lo cual no entiendo del todo.

Me agarra, me atrae impacientemente hacia ella. Caro me mira con una sonrisa, sus ojos húmedos y calientes, “¡Caro, todavía está caliente!” y obedientemente me arrodillo, mi erección matutina dura como una roca, y me inclino sobre ella para cumplir su deseo de “todavía está caliente”.

La mano de Caro primero guía la punta de mi polla, luego todo el pene, hacia su coño cálido y ligeramente palpitante. La estoy follando en posición de flexión, ella se agarra a mis nalgas, y nos reímos y nos miramos a los ojos. Después de solo unos segundos, puedo sentir su excitación; su respiración se acelera, y jadea, “¡Es bueno, follar es bua

Me quedo sentada sobre mis talones y por fin puedo ver sus genitales desnudos a la luz del día. Abre sus muslos de par en par y voluntariamente cuando me ve mirándola, mostrando su sexo sin vergüenza alguna, sonriendo con comprensión y con orgullo infantil. Bajo el suave vello rubio, miro sus labios gruesos e hinchados y la abertura enrojecida y bien abierta, mirándola fijamente durante un buen rato e imaginando que su vulva aún late ligeramente por el acto sexual. Extiendo la mano y toco su pequeña abertura enrojecida, Caro pregunta algo, y Sir Parzifal balbucea: “¡Hermosa, hermosa!” y es sorprendido en su mirada pecaminosamente lujuriosa. Exhausta, me dejo caer sobre la manta; nos tumbamos una al lado de la otra, exhaustas y jadeando por aire.

—Necesito orinar —digo. Caro se levanta conmigo y vamos al rincón para orinar. Caro me mira con una sonrisa mientras sostengo mi semierección con dos dedos y apunto mi chorro hacia la pared del granero. Cuando termino, me giro hacia ella y se agacha, y yo hago lo mismo. —¡Ahhh, mira! —dice sonriendo—, ¡mira aquí! Se separa los labios vaginales con ambas manos y abre los muslos para que pueda mirar. El chorro brota de algún lugar alto en su agujero rojo y pronto disminuye. Luego mete un dedo dentro y hurga un poco, lo saca, y un poco de mi espeso y viscoso semen gotea. Regresamos y preparo el desayuno.

Después del desayuno, guardo los escasos restos en la alforja, nos sentamos uno frente al otro con las piernas cruzadas y fumo. Mi mirada está fija, una curiosidad insaciable en su entrepierna mientras fumo. Con cara triste, Caro pregunta: “¿Nos vamos?” Asiento afirmativamente y enciendo un segundo cigarrillo porque

yo también estoy triste. Me mira fijamente y susurra: “¡Una follada más, y luego vamos!” Después de una larga pausa, digo: “Mastúrbate, folla, vete”. Asiente afirmativamente, y tan pronto como termino mi cigarrillo, susurra: “¡Mastúrbate!” y se arrastra hacia mí.

Me recuesto, ella agarra mi pene y apoya su cabeza en mi cuello. Me masturba con movimientos lentos pero enérgicos, susurrándome al oído sus pecados, los pequeños y —suspiros— los malos pensamientos y recuerdos pecaminosos de pecados placenteros —otro suspiro— y todos los pecados. De vez en cuando revisa mi erección y luego continúa frotando, susurrando sobre los pecados de la masturbación secreta.

Cuando está casi completamente erecto, ella se inclina sobre él y me masturba en silencio, con el rostro intensamente concentrado. Finalmente, se siente satisfecha, me suelta y se tumba boca arriba. Abre las piernas y pregunta, con inocencia infantil: “¿Kijken?”. Asiento, me arrodillo ante ella y la miro, masturbándome lentamente. Caro separa sus labios vaginales y exige: “¡Joder! ¡Joder!”. Sonrío y me inclino hacia adelante, hago una flexión, apoyo mi mejilla contra la suya y empiezo a follarla.

Aumento mis embestidas y escucho su respiración, siento sus contraestimulaciones y la follo con gran pasión. Se pone rígida y murmura: “¡Joder, qué bien, muy bien!” antes de empezar a embestir con violencia, justo en medio de mi propio clímax. Me corro inmediatamente, eyaculando con todas mis fuerzas, aunque solo sale un poco. Cuando sus embestidas disminuyen, susurra: “¡Ooooh, ya basta!”

Mientras yacemos uno al lado del otro, felices, sudorosos y respirando con dificultad, ella susurra con mucha, mucha tristeza: “¿Conduces?”. Por un instante, considero seriamente pasar todas mis vacaciones en este maldito granero follando con esta chica maravillosa, joven, guapa y mucho más experimentada. Me recompongo y asiento. “¡Conduce!”. Pero ella ha notado mi leve vacilación y vuelve a sonreír. Me abraza con fuerza y susurra junto a mi oído: “¡Joder, qué bien, Jack, gracias! ¡Genial!”.

Nos vestimos en unos minutos, saco la moto y Caro llama a la puerta de la granja. Cuando el anciano abre, ella le devuelve la manta cuidadosamente doblada, le da las gracias efusivamente y le

dedica su sonrisa más hermosa. Toco la bocina de la moto y grito "¡Gracias!" dos veces. Caro se sube y salimos disparadas de nuevo bajo el glorioso sol. Aproximadamente una hora después, me llama "¡Sneek!" y señala el pueblo que tenemos delante.

Justo antes de llegar a la ciudad, grita: "¡Para!". Me orillo y apago el motor. Se baja y se alisa el vestido arrugado. Pongo la moto sobre el caballete central y nos quedamos allí, indecisos. Entonces señala la ciudad, indica una rotonda y dice: "Hay una señal para Afsluitdijk, Ámsterdam. Allí, todo recto hacia Ámsterdam, directo, eso es". Asiento con la cabeza para indicar que entiendo, y nos quedamos allí parados. Señala un pequeño camino rural y dice: "Mamá, papá, tío Piet". El tío Piet me suena; aparecía a menudo en sus confesiones... Me acerco a ella y la abrazo con todo mi corazón. Un beso, luego otro, y luego un beso profundo y apasionado. Apenas podemos separarnos de ese abrazo. Me recompongo y me subo a la moto. Con lágrimas en los ojos, dice: "Gracias", y lo repito dos veces y arranco el motor porque siento un nudo en la garganta. Arranco y acelero, cegado por las lágrimas, hacia Sneek, encuentro la rotonda y el desvío correcto.

¡Ámsterdam, allá voy!

El niño silencioso

von Jack Faber © 2020

Las circunstancias de la vida de Emma eran bastante peculiares, pues a pesar de su bajo coeficiente intelectual, la oficina de bienestar infantil la contrató sin dudarlo como madre de acogida, ya que era responsable y los niños eran muy felices a su cuidado. Su pequeño apartamento siempre estaba impecable, los niños llegaban al colegio limpios, aseados y peinados, gozaban de perfecta salud y disfrutaban aprendiendo. Le encantaba cocinar y lo hacía muy bien, como revelaban las evaluaciones ocasionales. Pero estas evaluaciones eran muy superficiales en aquel momento; de lo contrario, difícilmente se habría convertido en madre de acogida.

Emma había abandonado los estudios y vivía únicamente de lo que mejor sabía hacer: el sexo. Desde muy joven, había sufrido abusos por parte de sus tíos, sobrinos y primos, pero ella siempre lo consideró un juego y, de hecho, lo disfrutaba; la eyaculación y, posteriormente, el acto sexual en sí, nunca fueron violentos. Debido a que pasaba de un amante a otro y faltaba a clase, fue expulsada. Las cosas marcharon bien durante unos años; los amantes le ofrecían cobijo, seguridad y algo de dinero. Todo iba bien hasta que contrajo sífilis. Cuatro semanas en el hospital agotaron sus ahorros, pero entonces uno de sus antiguos amantes la recogió y la ayudó. Primero con un pequeño y barato apartamento, y luego le consiguió una madre de acogida porque sabía cuán fuerte era su deseo de tener un hijo. Lamentablemente, nunca tuvo un hijo propio. Lo veía como su único amigo y mantenía relaciones sexuales con él, con gratitud y pasión.

Él siguió siendo su único amigo de por vida, y cuando la visitaba ocasionalmente en los años siguientes, ella se entregaba a él con gusto y pasión. Él siempre fue correcto y solo tenía relaciones sexuales con Emma cuando el niño de acogida no estaba presente. La conocía lo suficientemente bien y sabía que ella habría tenido relaciones sexuales con él incluso si el niño hubiera estado allí. Era un hombre correcto y amable, pero la criticó muy duramente cuando la historia sobre Karl salió en el periódico y ella le confesó todo. Tuvo que explicarle con detalle que se trataba de pedofilia, abuso infantil y un delito. Ella solo se calmó cuando él le explicó

que solo Karl había cometido los crímenes, no ella. Él no quería alterarla más y le acarició los pechos y las caderas hasta que dejó de sollozar y llorar. Ella se lo agradeció y se lo demostró durante el apasionado encuentro amoroso posterior. El tema nunca volvió a mencionarse. A pesar de todo, siguieron siendo amigos de por vida.

Al principio, los niños eran pequeños y dulces, y rara vez se quedaban más de seis meses. En los años siguientes, le confiaron niños mayores. Marie era una de ellas, de ocho años y bastante inteligente para su edad. Emma la ayudaba con sus tareas escolares y consolidaba sus conocimientos fragmentarios. Por las noches, después del baño y de ir a la cama, se acurrucaban juntas. Marie ya conocía la masturbación, y a menudo la practicaban juntas. Cuando llegó la siguiente niña, una niña completamente inocente e inocente, Emma le enseñó pacientemente a masturbarse, aunque al principio la niña era tímida y reservada. La niña la quería mucho; compartieron muchos orgasmos, y su despedida fue muy triste.

Así fue más o menos con las muchas chicas que vinieron después. Se acurrucaban desnudas en la cama y aprendieron a masturbarse, masturbándose juntas cada vez que se excitaban. Las chicas admiraban especialmente su gran clítoris y lo comparaban con los suyos, pequeños, medianos y diminutos. Las chicas mayores, en particular, intentaban repetidamente masturbar su gran clítoris hasta el orgasmo. Emma, que nunca antes había practicado sexo oral, se sorprendió cuando una de las chicas más experimentadas le practicó sexo oral y le lamió el clítoris. Superó su resistencia inicial y disfrutó del orgasmo. Aunque ella misma nunca había lamido a ninguna de las chicas, lo disfrutó enormemente y les enseñó a algunas cómo hacerlo. Las chicas pronto le cogieron el truco. Le lamían el clítoris grande y rígido hasta el orgasmo, lo mantenían en la boca y luego continuaban unos segundos después, de modo que Emma pasaba de un orgasmo a otro, una docena de veces. Nunca antes había logrado semejante cascada de orgasmos manualmente. Las chicas disfrutaban de estos juegos sexuales y todas amaban a Emma con todo su corazón.

Karl, su asistente social en la oficina de bienestar juvenil, visitaba a Emma con mucha frecuencia al principio y determinó que era ideal para su afición. En su opinión, era bastante tonta, muy sim-

ple y tenía una fuerte atracción sexual por las chicas. Constantemente le enviaba chicas de entre 13 y 15 años porque era partenófilo, es decir, le encantaba tener relaciones sexuales con chicas jóvenes en plena pubertad. Le encantaba especialmente desflorarlas. La primera vez que Emma lo sedujo, fracasó estrepitosamente. Solo había tenido relaciones sexuales con una mujer adulta una vez antes, y estaba completamente borracho porque la esposa de un compañero de trabajo lo había emborrachado para acostarse con él. Pero recordaba vívidamente todos los detalles, que lo atormentaban en sus pesadillas. Ella lo había desvestido repentinamente y se había montado sobre él mientras estaba sentado en una silla, de orgasmo en orgasmo, hasta que se quedó flácido. Emma, a sus 40 años, era demasiado mayor para él, demasiado gorda, y su gran vagina le resultaba poco atractiva y amenazante. Sobre todo, su clítoris grande y erecto lo inquietaba, y el psicólogo tuvo que admitir que tendría que indagar mucho más si quería llegar al fondo del asunto. Su inquietud creció porque ella se ofrecía tan libremente, tumbada tentadoramente con las piernas abiertas en la cama, jugando inocentemente obscenamente con su clítoris, a pesar de que apenas se conocían. Sabía que su trato dependía de que él la follara. Ahora mismo.

No podía lograr una erección, ¡y Emma no debía tocarla bajo ningún concepto! Se masturbó su pequeño pene, sonrojándose de vergüenza, y cuando se puso rígido, la penetró en la vagina con una mezcla de asco y lujuria, follándola con embestidas profundas. A pesar de su gran vagina, sus labios mayores grandes y repulsivos, y su clítoris terriblemente grande y rígido. Lo que lo excitaba, sin embargo, era que Emma se masturbaba completamente desvergonzada y con avidez mientras la follaban. Él, que deseaba desesperadamente eyacular justo en medio de sus espasmos orgásmicos, se perdió su clímax una y otra vez y se vio obligado a seguir follándola. Con su pequeño pene, tardó casi una hora antes de poder eyacular finalmente durante su orgasmo.

Ahora estaba convencida de su plan y prometió silencio absoluto. Emma, que había perdido la virginidad a los 13 años y había disfrutado del sexo desde entonces, se convenció rápidamente de que solo podía ser bueno y correcto para las chicas, así que Karl pudo organizar y perfeccionar sus fiestas de desfloración. Sin embargo, quizás un poco molesta por su rechazo inicial a su cuerpo envejecido, lo sedujo durante tres días más cuando él vino a hablar

de los detalles. Dejó que su bata se deslizara hasta el suelo y se la quitó lentamente, a pesar de sus débiles protestas. Le agarró el pene y lo frotó hasta que se puso rígido y duro. Lo agarró, lo atrajo hacia ella y guió su pene hacia su vagina. Con astucia, se aseguró de tener un orgasmo justo en el momento preciso, cuando él no estaba del todo preparado. El pobre Karl luchó durante más de una hora hasta que finalmente ella lo llevó al clímax con su masturbación y orgasmos. Lo hizo sufrir deliberadamente durante mucho tiempo porque no se sentía vieja en absoluto, ¡a pesar de tener poco más de cuarenta años!

Unas semanas después de mudarse con Emma, la chica había descubierto los placeres de la masturbación, y Emma, a través de muchas conversaciones y caricias, la preparó para lo maravilloso que sería tener sexo con un hombre. Las chicas no tardaban en estar tan cachondas como la pimienta de cayena, y la fiesta podía empezar. Karl llegó con dulces y vino espumoso, que mezclaron con limonada de fresa. Estaban desnudos, bebiendo el vino espumoso, y Emma, junto con la chica, exploraba con avidez la anatomía del pene, bastante pequeño, de Karl. Los tres se abrazaron, el alcohol pronto hizo efecto, y a la chica se le permitió sostener su pene y presenciar la maravilla de su erección. Emma dio instrucciones sobre cómo frotar su pene, y algunas de las chicas mayores incluso lograron que Karl eyaculara.

Más tarde, la chica yacía entre los dos hombres y se excitaba con cada sutileza. Días antes de la fiesta, Emma le había instruido meticulosamente, paso a paso, sobre exactamente lo que tenían que hacer ante el pequeño pene que las convertiría en verdaderas mujeres. Siguiendo la coreografía, Emma masturbó a la chica, quien frotó el pene de arriba abajo contra sus labios vaginales de forma provocativa. La chica misma tenía que insertar el pene en su abertura vaginal y luego masturbarlo hasta llegar al orgasmo. Emma provocó el orgasmo de la chica en el momento en que Karl penetró lenta y placenteramente su pequeña vagina y la miró expectante a la cara. El momento en que el himen se desgarró lenta y gradualmente bajo su presión, mientras la chica tenía un orgasmo, fue el clímax para Karl. A veces el himen se desgarró repentina e inesperadamente, y entonces tanto Karl como la chica se estremecieron. Luego la penetró lenta y deliberadamente, mientras Emma le susurraba tranquilizadoramente a la asustada chica, instándola a masturbarse mientras la penetraban, diciéndole que le haría bien

y la haría olvidar el pene. Muchas se alegraron cuando Emma se encargó de la masturbación mientras Karl seguía follándolas. Karl solía contener la eyaculación hasta que la chica volvía a ser sacudida por los espasmos convulsivos de su orgasmo.

Emma siempre se molestaba cuando Karl hacía comparaciones despectivas entre su cuerpo y el de las chicas jóvenes. Castigaba a Karl masturbándolo rápidamente antes de que llegara al clímax y sumergiendo su glande en la abertura vaginal de la chica, donde eyaculaba en lugar de realizar el acto sagrado de la desfloración. Por lo general, lo repetía sin ayudar a Karl a lograr su objetivo. Una vez, cuando Karl se excedió en sus comparaciones, comparando sus pechos incipientes con sus senos generosos, alabando su vagina pequeña y estrecha y sus nalgas suavemente curvadas, ella se enfureció y lo hizo eyacular dos veces seguidas en el vestíbulo vaginal de la chica, tras lo cual su pene se volvió flácido. Luego, la penetró con los dedos, rompiéndole el himen. Decepcionado, Karl tuvo más tarde relaciones sexuales a medias con la chica devaluada.

Emma le dejó claro que estaba lejos de ser una vieja basura, y que si él le negaba el placer de ser follada, ella también le negaría el suyo. Le gustara o no, tenía que follársela a partir de ahora siempre que ella se ofreciera. Emma ahora marcaba el ritmo y la coreografía; ella decidía si él podía experimentar la magia de la desfloración y cuándo. Tenía que follársela tan a menudo y con tanta pasión como ella quisiera, cuando ella quisiera, independientemente de si él quería o no. Tenía que superar su asco por su vieja carne para que ella no le estropeara el juego. Las chicas se excitaron mucho al ver a Emma y Karl follando, así que todos sacaron provecho. Ella le hizo unas buenas mamadas para que el pequeño soldado cansado volviera a estar duro. Karl se dio cuenta rápidamente de que tenía que seguir follándola hasta que ella excitara a la chica, y a su señal, cambió de la vagina grande a la pequeña. Entonces ella ayudó con gusto a desflorar a la chica. A veces Karl no lograba tener una erección y Emma no podía tener relaciones sexuales, algo que ella generalmente entendía, y la fiesta simplemente se posponía. Sin embargo, en algunas ocasiones Karl tuvo que presenciar, con los ojos muy abiertos, cómo ella desfloraba a la chica, y la fiesta terminó de forma desagradable.

Estas fiestas de desfloración se prolongaron durante mucho tiempo; durante esos años, Karl desfloró a casi todas las chicas que le presentó a Emma. Solo en raras ocasiones Karl volvía a visitar a la chica para tener relaciones sexuales. Pero Emma estaba convencida de que las chicas encontraban esta aventura muy excitante y a menudo se lo comentaban en voz baja después, cuando tenían relaciones sexuales entre ellas. Finalmente, Karl fue denunciado anónimamente y pasó unos meses en prisión; después de eso, nunca volvió con Emma. Ella se alegró de que su nombre no saliera a relucir en el juicio, de que Karl guardara absoluto silencio y de que nunca más volviera a contactarla.

Bajo la nueva cuidadora, las niñas y los niños llegaban al azar; la mayoría tenía entre 10 y 14 años y rara vez se quedaban más de unos meses. Entre los más pequeños había algunos que no sabían masturbarse. Ella a menudo les frotaba sus pequeños penes y los masturbaba muy rápido hasta que palpitaban. La mayoría aún no podía eyacular; eran demasiado jóvenes. Pero a todos les encantaba este juego excitante, y algunos de estos pequeños experimentaron su primera eyaculación con ella. Los mayores, que ya podían eyacular, disfrutaban de que Emma los masturbara, porque ella les hacía unas mamadas divinas. La segunda vez, Emma tenía que esforzarse más, pero si alguien no había eyaculado incluso después de una hora, se detenía y se ocupaba de su propio orgasmo. Verla los excitaba a la mayoría, y se masturbaban. Ella les dejó claro de inmediato que no se les permitía eyacular en la sábana; no, obedientemente eyaculaban en sus pechos.

Casi todos los chicos mayores, de 13 o 14 años, estaban desesperados por tener sexo. Todos sabían cómo funcionaba en teoría, pero con ella aprendieron cómo funcionaba en la práctica. Sin embargo, primero cada uno tenía que pasar una prueba tonta, algunos solo una vez, otros más. Tenía que arrodillarse entre sus muslos, masturbarse con ella y describir los detalles del acto en términos explícitos. Solo entonces se le permitía eyacular en su vulva. Cualquiera que eyaculara demasiado pronto tenía que intentarlo de nuevo. Entonces, finalmente, se le permitía tener sexo con ella. A ella le encantaba que la penetraran mientras se masturbaba. En poco tiempo, les había enseñado a sus jóvenes amantes lo básico, y a ellos les encantaba tener sexo con su madre adoptiva.

La única vez que tuvo dos hijos, fueron los gemelos Max y Mia, de 14 años, a quienes no querían separar. Los dos solo actuaron tímidamente e inocentes el primer día, pero las falsas máscaras se desmoronaron cuando se bañaron juntos. Después de enjabonarse, Max tuvo que levantarse y se enjuagó con el chorro de la ducha. Emma agarró la erección del chico y lo masturbó; unos momentos después, Mia se echó hacia atrás y se masturbó furiosamente.

Cuando los tres estaban acostados en la cama, Emma preguntó si habían tenido relaciones sexuales. Los gemelos se avergonzaron al principio, pero luego Max admitió a regañadientes que ya lo había intentado varias veces porque ambos sentían mucha curiosidad. Sí, el himen de Mia se había roto la última vez, así que en realidad nunca habían tenido relaciones sexuales como es debido. Después de eso, no se le permitió volver a hacerlo. Mia dijo que prefería no hacerlo, que le había dolido bastante hasta que se le rompió el himen después de muchos intentos fallidos, y juntó las piernas de forma demostrativa. “¡Tonterías!”, dijo Emma, “¡vamos, hazlo!”. Se colocó de manera que pudiera verlo todo con claridad y observó con sus profundos ojos verdes de gato cómo Max y Mia forcejeaban en silencio. Emma les dio instrucciones. Pronto, Max la sujetaba por los antebrazos con una mano, le separaba las piernas con la suya y colocaba su pene erecto en la entrada de la vagina de Mia. Mia intentó apartarse sin mucho entusiasmo, pero él bajó la mano y le separó los labios vaginales con los dedos. Él retrajo firmemente el prepucio sobre el glande y luego separó de inmediato los labios vaginales. Muy lentamente, su pene se deslizó entre sus dedos dentro de su estrecha vagina. Mia susurró asombrada: ¡No le había dolido nada! De alguna manera, le excitaba observar su pequeña y estrecha vagina y su pene delgado y esbelto durante el acto sexual.

Emma observó su breve encuentro, mientras Max eyaculaba apenas un minuto después. Soltó a Mia porque ella ya no se resistía. Emma susurró sus instrucciones, y Max mantuvo su pene dentro de ella, realizando movimientos de empuje muy lentos. Emma pudo ver que Mia obedientemente bajó la mano y primero acarició sus labios vaginales y luego su pene. Ella lo masturbó durante un largo rato hasta que volvió a estar duro. Ella lo abrazó y lo atrajo hacia sí, continuando el acto sexual estrechamente entrelazados. Emma los observó y se excitó muchísimo. Los dos dejaron de follar y la miraron con la boca abierta. Mientras descansaba, exhausta,

los observó, el delgado pene del chico bombeando profundamente dentro de la apretada vagina de la chica. Emma vio claramente el ascenso y descenso de su pene mientras eyaculaba profundamente dentro de ella. Max continuó follando hasta que se quedó completamente flácido.

Durante las siguientes semanas, tuvieron una vida sexual maravillosa, intermitentemente. Max solía acostarse con Emma porque Mia prefería masturbarse y no quería que la penetraran con tanta frecuencia. Pero cuando Mia estaba muy excitada, ya fuera por masturbarse o por ser masturbada por Emma, Max podía penetrarla sin ninguna resistencia, follarla y eyacular. Ella solía tener un orgasmo mucho después de eyacular. Y Max aprovechaba con frecuencia la excitación de Mia. Emma, a su vez, masturbaba a Mia, porque a Mia le encantaba ser masturbada y experimentar su orgasmo de forma completamente pasiva.

Cuando un nuevo funcionario se hizo cargo de la agencia, perdió el rastro de Emma, pero también del último niño de acogida, Jim. Los pagos continuaron automáticamente, Emma y Jim desaparecieron por completo del radar y vivieron sin ningún contacto con las autoridades. No le enviaron más niños, y Jim se quedó con ella hasta su prematura muerte. Vivían cómodamente con el dinero del ministerio; el alquiler de su pequeño apartamento era bajo. Ella era buena administrando el dinero y eran muy queridos en el vecindario. La mujer con el niño mudo. Jim no era mudo ni sordo; de pequeño, había sufrido una forma inusual de meningitis y ya no hablaba. Su desarrollo estaba significativamente retrasado y aprendía muy poco. Aunque acompañaba diligentemente a Emma de compras y a todas sus citas, siempre permanecía pasivo y apático, como una gran muñeca silenciosa que se quedaba inmóvil hasta que Emma se marchaba.

Su rutina diaria era muy sencilla. Por las mañanas, Emma iba de compras con Jim, luego leía sus periódicos sensacionalistas y hacía todos los crucigramas. Jim tenía una gran selección de libros infantiles y miraba todas las ilustraciones mientras Emma leía. Ella había intentado durante mucho tiempo enseñarle a leer, pero él simplemente no podía. Prefería sentarse a la mesa de la cocina y ver a Emma cocinar. Le fascinaba el milagro de preparar la comida, cómo las cosas se transformaban de latas, bolsas de papel y paquetes en una comida maravillosa. Emma solo tenía que hacer

movimientos mágicos con las manos, y entonces el milagro se completaba. Era increíble que limpiara y guardara los platos con sus movimientos mágicos. Luego llegaba la hora del baño y la hora de acostarse.

Siempre se sentaban en la bañera durante mucho tiempo; Jim y ella se habían acostumbrado a estar desnudos al bañarse y antes de acostarse. Ella lo enjabonaba, luego Jim se ponía de pie y Emma le enjuagaba el jabón con la ducha. Con delicadeza, le retraía el prepucio y le enjuagaba el glande; le resultaba muy placentero y le ponía el pene erecto desde muy pequeño. Cuando tenía unos doce años, eyaculó por primera vez, y ella le lavaba el pene con cuidado antes de secárselo. Siempre había sido así.

Sabía cuánto disfrutaba él de que lo rociaran en la ducha. Solía cerrar los ojos mientras ella le pasaba lentamente el chorro de agua por el pene. Sabía que su sonrisa indicaba su eyaculación y dirigía el chorro de la ducha hacia el agua. Siempre empezaba con un chorro grueso y abundante, seguido de muchos chorros pequeños, y ella intentaba atrapar todas las salpicaduras con sus grandes y palpitantes pechos. Le encantaba que alguien le rociara los pechos. Era una especie de fetiche que había llegado a amar desde la adolescencia. Por supuesto, no podía recordar quién era el que se masturbaba delante de ella y dejaba que su semen salpicara sus jóvenes y pueriles pechos. Se frotaba el semen en los pechos y gemía de placer antes de lavarlo con la ducha.

Con el tiempo, no siempre lograba eyacular bajo el chorro de la ducha. Ella, muy lentamente, le retraía el prepucio sobre el glande y luego lo volvía a colocar con firmeza, durante unos minutos, y entonces él eyaculaba. Ella no quería masturbarlo, todavía no. En su visión del mundo simple y distorsionada, la masturbación era uno de sus fracasos como mujer, cuando los hombres no podían eyacular durante el sexo. No quería enseñarle eso todavía. Sin embargo, tenía que llevarlo a la eyaculación cada vez con más frecuencia, retrayendo lentamente y con cuidado su prepucio. Pronto le tomó cada vez más tiempo llevarlo a la eyaculación con su mano. No es como masturbarse, pensó, como lo hacían sus parejas sexuales impotentes, que se frotaban el pene salvajemente, rápido y desesperadamente.

El truco del chorro de agua de la ducha ya no funcionaba. En cambio, ella le frotaba el pene lenta pero deliberadamente, dejando que el glande emergiera del prepucio y saliera entre sus dedos con evidente placer. Lo sostenía a la distancia justa con una mano en sus nalgas, mientras que con la otra lo masturbaba lenta y deliberadamente. A él parecía gustarle que ella lo masturbara más rápido hacia el final y que sujetara su delgado pene con un poco más de firmeza. Por lo general, pasaba media hora antes de que eyaculara entre sus dedos y sobre sus grandes pechos. A veces, ella podía presentir cuándo estaba a punto de eyacular, entonces apuntaba su pene directamente hacia sus pechos y le acariciaba el glande con el pulgar y el índice. Entonces él eyaculaba rápidamente porque, mientras él venía, ella seguía acariciándole el glande hasta el final, esparciendo el semen sobre sus pechos incluso mientras él eyaculaba.

Después de secarse, se fueron a la cama. Siempre dormían desnudos y ambos disfrutaban de largos y cariñosos abrazos antes de quedarse dormidos. Ella apenas había sentido la necesidad de tener relaciones sexuales en la última década; se masturbaba solo una vez al mes, y Jim se sentaba entre sus piernas abiertas. Su pene se ponía erecto y palpitaba de vez en cuando, pero claro, en aquel entonces no podía eyacular. Pero como ella tenía que llevarlo al orgasmo con la mano, su excitación había aumentado, y se masturbaba a diario antes de acostarse, igual que en su juventud. Jim se sentaba entre sus piernas abiertas y la observaba atentamente. Ella nunca supo si él entendía lo que ella hacía.

Siempre se le ponía dura, desde pequeño, cada vez que la miraba. Se inclinaba hacia adelante con curiosidad y observaba el dedo que primero, lenta y suavemente, luego, rápida e intensamente, le frotaba el clítoris. Ahora estaba en plena pubertad, sentado entre sus piernas, y eyaculaba cada vez con más frecuencia, por sí solo, generalmente justo después del orgasmo de ella. No necesitaba ducharse ni acariciarse el pene; la observaba masturbarse, y su dedo lo excitaba hasta que eyaculaba, por sí solo. Ella lo acercaba para que su semen no manchara la sábana, sino para poder limpiarse la entrepierna y el vientre con un paño. Pronto lo guiaba hacia la entrada de su vagina, empujando su pene profundamente dentro, hasta donde podía, para que sus dedos no tocaran el pene que se balanceaba libremente, algo que antes la había molestado mucho. Si se detenía después del orgasmo y él aún no había eyaculado, lo

abrazaba con cariño y lo estrechaba contra sí. Ella le masturbó el pene, que estaba dentro de su vagina, con dos dedos hasta que eyaculó. A él le encantaba, y si su pene no se ablandaba, permanecía dentro de ella, esperando pacientemente a que continuara. Parecía disfrutar cada vez más de que ella lo masturbara en un abrazo íntimo y de eyacular dentro de ella. Por supuesto, ella lo masturbaba cada vez que quería continuar.

Ella floreció y, a pesar de tener 57 años, irradiaba deseo y atractivo sexual. Su joven vecino, un alcohólico desempleado de unos treinta y pocos años, cayó bajo su hechizo durante unas semanas, y tuvieron sexo apresuradamente en su apartamento porque ella no podía dejar a Jim solo por mucho tiempo. Esto solo duró hasta que otra mujer desempleada se mudó con él. Entonces tuvo que llevarlo a su casa. Ella sentó a Jim a la mesa de la cocina y le dijo que leyera sus libros mientras ella se acostaba con el nuevo visitante. Jim solo se quedó sentado hasta que ambos se desnudaron. En medio del acto sexual, él entró en su dormitorio, también desnudo, y se sentó en la cama. El vecino se sorprendió al principio, pero ella le aseguró que el joven era inofensivo y que en realidad no la veía. Jim observaba su sexo diario y eyaculaba con frecuencia. Al vecino le pareció extraña esta eyaculación sin fricción, pero no dijo nada y se concentró en el sexo. Jim solía eyacular cuando ella le masturbaba el pene entre encuentros sexuales. Jim la observaba muy de cerca, lo que a veces la irritaba, provocando que se masturbara con el vecino durante demasiado tiempo hasta que este eyaculó. En ese preciso instante, Jim, que había estado observando su mano masturbándose con la mirada fija, también eyaculó, y en una especie de encantamiento paralelo, comenzó a eyacular simultáneamente con el vecino. Después de unas semanas, todo terminó; los celos del nuevo compañero de piso le dieron un final rápido y seco.

Un rato después, Jim comenzó a balancearse sobre sus nalgas con el pene dentro de la abertura vaginal de ella mientras ella se masturbaba, hasta que eyaculó. Emma estaba complacida con esto y disfrutaba de su movimiento mientras se masturbaba; él eyaculó y permaneció dentro de ella. Mientras ella se acercaba lentamente a su clímax, él comenzó a balancearse de nuevo. Su rostro se contrajo de placer mientras los intensos espasmos de ella apretaban y contraían su pene. Ella descansó durante quince minutos, dejando que Jim continuara balanceándose dentro de ella. Él se balanceó y

se balanceó durante mucho tiempo hasta que pudo eyacular dentro de ella.

A partir de entonces, se balanceaban a diario, y ella estaba encantada porque él solía eyacular tres veces mientras lo hacían. Su comunicación no verbal era suficiente para que ella supiera si él quería más. Por lo general, ella seguía deseando otro orgasmo y se masturbaba con la frecuencia y durante el tiempo que le duraba la excitación.

Aproximadamente un año después, justo después de que cumpliera 18, ella le enseñó la posición del misionero. Tuvo que agarrarle las nalgas y demostrarle los movimientos. Las primeras veces, le dejó claro que tenía que hacerse como con el vecino: lo viste perfectamente, ¿verdad? Jim asintió y puso los ojos en blanco de placer mientras la penetraba, intentando imitar la forma en que el vecino tenía sexo. Emma lo guió y dirigió hasta que se corrió con una eyaculación alegre. Sorprendentemente, Jim aprendió la posición del misionero bastante rápido. Sus orgasmos mientras se masturbaba eran maravillosos cuando él la penetraba de verdad y luego se quedaba dentro de ella hasta que volvía a estar duro. Si se salía, ella lo masturbaba a su manera lenta hasta que volvía a estar duro.

Ella lo pasó de maravilla, aunque no sabía si él sentía lo mismo.

Peter, su único amigo de toda la vida, quien la había traído a casa del hospital, le había encontrado un apartamento y la había ayudado a ganarse la vida como madre de acogida, estaba en la puerta. Había perdido su casa, su esposa y su vida. Por culpa del instructor de tenis. Emma lo escuchó con amabilidad durante horas y lo consoló cuando lloraba. La necesitaba. Como resultado, dejó de salir, excepto para comprar más alcohol. Bebía más de lo habitual, pero nunca se emborrachaba. No vivía a costa de ella, la acompañaba de compras y pagaba generosamente. Se llevaba de maravilla con Jim; llevaban juntos las compras y él le daba la mano a Jim cuando caminaban por la calle.

Emma esperó pacientemente a tener sexo con Peter hasta que se recuperara un poco. Jim ya se había quedado dormido, y tuvieron sexo silencioso y apasionado. Esto fue bien durante unos días, pero Jim se despertó y los observó, hipnotizado. Peter le preguntó

por qué no se estaba masturbando, sino que estaba sentado allí con su erección. Ella dijo que nunca le había enseñado cómo hacerlo. Peter tomó otro trago largo y se sentó amablemente junto a Jim. Tomó la mano de Jim, acarició su pene, y se masturbaron juntos hasta que Jim eyaculó. Jim tardó varios días en comprender. La siguiente vez que Peter se entregó a su último hábito de poner la punta de su pene en la boca de Emma y masturbarse antes del sexo, animó a Jim a masturbarse con una sonrisa amistosa y gestos con las manos. Al principio no lo logró, pero después de unos días, quedó claro que había aprendido.

Emma, que nunca antes había practicado sexo oral, estaba feliz de complacer a Peter y acarició su glande con sus labios y lengua, pues lo amaba profundamente. Él se masturbó y eyaculó en su boca. Como solía ser su primer orgasmo del día, eyaculó bastante semen, que ella bebió y tragó sin dudarlo. Peter la abrazó y la besó apasionadamente, pues eyacular en su boca era una de sus fantasías insatisfechas. Después, tuvieron sexo como en los viejos tiempos, con Jim masturbándose lentamente y observándolos.

Peter pronto recuperó el equilibrio, bebía muy poco y acudía a su empresa dos o tres veces por semana para supervisar las cosas. A los 60 años, había cedido la gestión diaria a los directores generales y no interfería. Todo marchaba bien y ganaba muy bien incluso en su retiro autoimpuesto. Había buscado en el mercado inmobiliario y compró un apartamento mucho más grande y bonito cerca de allí. Lo registró a nombre de Emma y respondió con una sonrisa que uno nunca sabe cuánto durará la vida, y que ella y Jim deberían estar económicamente seguros cuando él ya no estuviera. Emma lo abrazó, lo besó y se secó las lágrimas; lloraba al pensar en la muerte de Peter algún día. Sorprendentemente, Jim se inclinó y los abrazó a ambos con fuerza. Después de la mudanza, amueblaron el apartamento juntos; ahora había una radio y un televisor. Peter instaló un pequeño espacio de trabajo con un ordenador para poder contactar con los directores generales en cualquier momento, así como con sus amigos y conocidos de todo el mundo.

Permanecieron juntos como una pequeña familia. Incluso cuando la carrera del entrenador de tenis se desvaneció, rechazó a su esposa, diciéndole que se quedara en su casa y buscara trabajo. No

estaba dispuesto a divorciarse y ser estafado como un ganso en Navidad. Ya no quería saber nada de eso.

Jim ahora tenía su propia habitación, con todos sus juguetes y libros. Pero por la noche, siempre venía a la gran cama de Emma y Peter. El trío era satisfactorio para todos; Jim intentaba imitar a Peter en muchos sentidos. Quizás esta era su manera de aprender. Y físicamente, era un hombre joven, no un niño; su pene era al menos tan grande como el de Peter, si no más. Acercó su pelvis a la cara de Emma y esperó. Emma y Peter dejaron de follar porque era evidente lo que él quería. Intercambiaron una mirada, luego ella tomó el pene de Jim en su boca y acarició su glande. Jim rió, y prácticamente se podía ver la excitación en su rostro. Ella lo masturbó rápidamente y lo dejó eyacular en su boca mientras Peter continuaba follándola. Prestó mucha atención a las señales no verbales de Jim; lo masturbó y lo dejó eyacular en su boca cuatro veces hasta que tuvo suficiente.

Después de un tiempo, la pareja se acostumbró a una rutina. Después del almuerzo, Peter solía ir a la cafetería a reunirse con amigos, lo que les daba a Emma y Jim la libertad de practicar su postura misionera. Después de dos años, Peter había logrado enseñarle a Jim a leer. Para su vigésimo cumpleaños, Jim recibió una gran estantería vacía, que se fue llenando gradualmente en los meses siguientes. Cuando Jim leía por las noches después de ver la televisión, Peter y Emma tenían tiempo el uno para el otro y seguían disfrutando de relaciones sexuales románticas cada tres días. Tres años después, Jim aprobó sus exámenes de fin de secundaria como estudiante externo en una escuela especial. Aunque no podía hablar, cuando Emma leía su “libro de pensamientos”, se asombraba de su inteligencia y de cómo empezaba a comprender el mundo. Peter a veces lo llevaba a la cafetería, donde él y sus amigos cultos conversaban sobre todo tipo de temas. Jim expresaba sus pensamientos escribiéndolos en su pequeña libreta y haciendo que Peter los leyera en voz alta. Peter estaba convencido de que Jim podría aprobar sus exámenes de ingreso a la universidad y asistir a la universidad a pesar de su mudez, y le proporcionó todos los libros de texto necesarios.

Woodstock

von Jack Faber © 2006

El pianista tenía que dar otro concierto, esta vez en Dublín. La madre de Robert sospechaba que algo andaba mal y no quería compartir a su pianista con nadie. Así que decidió volar también a Dublín, y el pianista pronto desistió de intentar disuadirla. Rápidamente le informó a su contralto-soprano que su mecenas lo acompañaría y colgó el teléfono sin escuchar sus quejas.

Robert se mantuvo terco y desafiante. ¿Dublín? No, gracias. Se quedaría en casa; cuatro días no serían problema, y además, tenía casi catorce años. Era lo suficientemente mayor como para estar solo unos días. Robert se quedó mudo al pensar en estar solo en esa casa grande y tenebrosa. Lo intentó de nuevo: o ir a casa de la abuela. La madre de Robert retrocedió horrorizada, pero la idea echó raíces en su pequeña mente. La abuela, la abuela de Woodstock.

La abuela de Woodstock se llamaba así porque una vez había estado en Woodstock; no, no en el festival de Woodstock de 1968, sino uno o dos años después, en algún campo belga de algún pueblo perdido de Bélgica, donde se recreaba Woodstock, y lo ha hecho innumerables veces desde entonces. Y allí estaba, contándoselo a todo el mundo. Había drogas y estaban colocados desde la mañana hasta la noche, bebiendo y acostándose con todo el mundo. Ese era su Woodstock. Fumar marihuana, beber y follar, lo que te apeteciera. Ya tenía veintitantos años por aquel entonces y aún no había vivido mucho. Sus padres adinerados la habían obligado a entrar en un internado de monjas a una edad muy temprana, tras lo cual vivió una vida protegida y vigilada con recelo en casa, hasta que su amiga Susanne la llevó por primera vez a este Woodstock belga y más tarde a la industria del cine. La rigidez de la casa de sus padres se desvaneció como la piel de una salchicha en esta recreación de Woodstock, ¡porque había chicos allí, chicos a montones! Su silencioso y congelado anhelo por el sexo opuesto, que años atrás había surgido de algunas pequeñas aventuras secretas y luego había sido sofocado por la estrictez de sus padres, resurgió con fuerza; bastaba con acercarse lo suficiente para que comenza-

ra. Fue la mejor follada de su vida. Estuvo drogada durante días, bebiendo vodka, ron y otras bebidas a raudales.

Cuando finalmente empezó a diseñar ropa de moda, trapos y otros adornos, la ruptura con su familia burguesa fue total. Aunque tuvo mucho éxito profesional, sus romances fueron breves e intensos, nunca duraderos. Solo muy avanzada edad decidió casarse con el viejo coronel tras su jubilación; el acaudalado anciano incluso llegó a ser general, pero no era ni tres cuartos de año mayor. Además de las propiedades para sus dos hijas (de diferentes relaciones), también les dejó esta hermosa casa de campo en las afueras de la ciudad, con un gran jardín y piscina para Woodstock, junto con una cuenta bancaria bien surtida. Ella quería mucho a su antiguo admirador, pero como aún no se había ganado un lugar muy especial en su corazón, no lo lloró mucho y se permitía el lujo de tener un amante de vez en cuando. Si era bueno, aunque solo fuera por unos días.

Ahora Robert estaba con ella, el pequeño, amable y educado Robert. Robert no quería ver la televisión, Robert no quería leer, Robert quería sentarse con su abuela en el invernadero entre las plantas de cáñamo. Se sentó educadamente frente a su vaso de limonada, Woodstock bebió su bebida al ritmo de Bob Dylan —¡Dios mío, qué sabía el chico de Bob Dylan!— Woodstock estaba recostada en su chaise longue, una cómoda pieza de exhibición de los sesenta, y como no había vecinos inmediatos, no llevaba nada más que la absoluta nada de un pareo debido al calor del verano y preparó su pipa, su pequeña y delgada pipa que había recibido por aquel entonces en Woodstock. El humo flotó agradablemente sobre su lengua, profundamente en sus pulmones, y luego de vuelta a su nariz. Paz y satisfacción se extendieron, paz por todo el mundo, ¡este viejo mundo de mierda! Woodstock dio otra calada profunda y bebió de nuevo su vodka secreto, una paz cálida y reconfortante se extendió por su mente y la relajó. Bob Dylan continuó tocando su riff seco y rítmico, y Robert preguntó si era una pipa normal. Woodstock sonrió y negó con la cabeza. «¡Esta es una pipa de la paz, querida, pero una auténtica!», dijo, inhalando profundamente el humo. Ahora reinaba una paz aún mayor, una sensación de bienestar aún más profunda, y Woodstock se quedó dormida un poco; más precisamente, cerró los ojos, pero mantuvo el vaso de vodka firmemente en la mano. Más tarde, Robert le quitó

con cuidado la pipa de la paz de la mano, ya que amenazaba con resbalársele de los dedos sudorosos.

Robert había leído todo sobre el cannabis. Incluida la mescalina, por supuesto, porque la abuela Woodstock había atendido al llamado de Castaneda y asistido a talleres, seminarios y demás tonterías, resistiendo milagrosamente el encanto del pequeño hombrecito barbudo, y desde entonces sus amigos de allí le habían estado suministrando regularmente todo lo que se pudiera fumar. Robert no podía saber qué contenía la pipa, pero como ya la tenía en la mano y la había salvado de caer al suelo, la giró pensativamente entre sus dedos. El cannabis no te deja ciego, ni te da granos horribles, se dijo a sí mismo, y valientemente dio su primera calada. Y no sintió nada, absolutamente nada.

¡El cuento de hadas de la pipa de la paz! Su sabor era casi idéntico al de los cigarrillos que a veces le robaba a su madre y fumaba a escondidas. Sintió cierto alivio, una especie de euforia al darse cuenta de que todo era mentira, y dio una calada a la pipa. Aspiró con fuerza, con ganas, e inhaló profundamente. Antes no había inhalado, pero ahora sí. El humo le llegó hasta lo más hondo de los pulmones, le temblaron ligeramente los ojos y Robert tosió, tosió con todas sus fuerzas, porque algo tan fuerte tenía que irritarle los pulmones.

Woodstock despertó y miró a su alrededor. Notó que Robert tosía y se aferraba a su pequeña pipa, luchando por respirar. Su rostro pálido lo decía todo. Levantó el vaso de limonada y le dio un trago. «¡Qué niño tan tonto!», le reprochó, «¡tienes que probar de todo!».

Robert se recuperó rápidamente de su ataque de tos. Se sentía ligero y ágil, y la abuela de repente le pareció muy graciosa. El pareo era prácticamente transparente, y se podían ver los pezones de sus grandes pechos, su escaso vello púbico, ¡y su hendidura debajo! Siempre la había visto con una especie de harapos alrededor del cuerpo, apenas cubriendo lo que necesitaba cubrirse, pero solo ahora se percató conscientemente de ello. Su mirada vagó por el cuerpo de Woodstock, y notó con asombro que estaba completamente desnuda bajo el pareo. Robert rió a carcajadas, porque aquello era algo maravilloso; nunca la había visto tan desnuda, tan linda, desnuda, tan graciosa, desnuda, tan completamente desnu-

da. Reía y se reía entre dientes; el pareo se enroscaba alrededor del cuerpo de Woodstock como una pequeña y astuta serpiente, atrayendo su mirada una y otra vez hacia su vulva, hacia su hendidura. De repente, Robert sintió un impulso irresistible de estar desnudo él mismo. Se desnudó rápidamente, tiró su ropa descuidadamente al suelo y volvió a sentarse. Woodstock lo miró atónita, y Robert soltó una carcajada al ver que sus ojos se abrían cada vez más, girando como peonzas. Su cabello blanco y rebelde ondeaba alrededor de su cabeza, y parecía flotar en la chaise longue. De reojo, vio que él estaba teniendo una erección rápidamente.

Antes de que Woodstock pudiera detenerlo, Robert tomó la pipa por tercera vez y la aspiró con furia. Inhaló profundamente e inmediatamente tosió con fuerza, riendo al mismo tiempo porque Woodstock se movía con torpeza y suavidad en la chaise longue, y uno de sus tres o cuatro brazos, como una bandera ondeando al viento, se extendió por encima de la mesa y agarró la pipa. Robert se puso de pie rápidamente, sintiéndose incluso como si flotara, y también intentó alcanzar la pipa que se desvanecía, intentó alcanzar el brazo que revoloteaba. Tenía la pipa, pero la pipa también lo tenía a él; lo arrastró por la mesa, lo dejó flotar en los bordes y aterrizó sobre Woodstock.

—¡Oye, oye! —gritó Woodstock, sujetando con firmeza al hombrecillo que se balanceaba—. ¡Nos han golpeado muy fuerte! —Se rió y se llevó la pipa a los labios, dando una calada profunda—. ¡Ahhh, qué bien se sentía! —Hizo un poco de espacio y dejó que Robert se apoyara en su cadera—. Robert pasó los dedos por el montículo que su cadera representaba y miró con ojos muy abiertos y asombrados la bandera que ondeaba sobre el montículo, el pareo transparente, que apartó juguetonamente. Su mano tanteó hasta su vulva, y sus dedos —los submarinos— jugaron con su hendidura y sus labios. ¡Le encantaba! La mano de Robert era ahora un avión de combate, persiguiendo el pareo y aterrizando una y otra vez en el trasero de Woodstock para repostar o recargar munición. La mayoría de las veces el avión tenía que saltar por encima de su trasero, de lo contrario se habría estrellado, pero hacía giros magníficos y aterrizaba en su hombro y su pecho. El avión rodeó el pecho estacionado, luego condujo en círculo alrededor del pezón. Entonces los submarinos volvieron a entrar en acción y atacaron los labios de frente. Woodstock fumó y se recostó, porque lo

que el chico estaba haciendo era algo de lo que ella había estado privada durante mucho tiempo.

Tampoco era el pene pequeño y delgado del niño que recordaba; erecto, parecía el de un hombre, no más pequeño que algunos que recordaba. El pene de Robert, en contraste con su cuerpo delgado de niño, se había vuelto grueso y nudoso, grueso y firme, ligeramente curvado hacia adelante. El glande rojo brillante había emergido de debajo del prepucio. La mente de Woodstock se aceleró al darse cuenta de que Robert difícilmente podía tener 15 años y, sin embargo, ya poseía un pene tan magnífico, fuerte y firme y listo para penetrarla, para follarla. Cuanto más miraba su pene, más se le ruborizaba el cuello. Sintió ese familiar y leve cosquilleo detrás de las orejas mientras el pensamiento de follarlo cruzaba lujuriosamente por su mente; no eran parientes de sangre, aunque comúnmente se la consideraba la abuela de Robert, pero la palabra "incesto" parpadeó brevemente como un rayo en sus pensamientos.

"¡Guau, guau!", dijo ella, y preguntó: "¿Qué estamos haciendo?". Robert respondió con toda la seriedad de un hombre ebrio: "¡Estoy volando alrededor de tus pechos y haciendo círculos alrededor de tus pezones!". Y la abuela Woodstock parpadeó porque Robert seguía agarrando su pene, tirando y acariciándolo. "¡Bueno, pequeño piloto de combate!", dijo Woodstock, "¿aterrizar en tus pechos debe ser emocionante?" y se rió porque el avión de mano de Robert le hacía cosquillas en el pezón. "¡Sí, muy emocionante!", respondió Robert, y continuó con sus trucos: "¡Ahora estoy haciendo dos círculos dobles alrededor del pezón!". Y, efectivamente, su mano hizo cuatro delicados círculos alrededor de su pezón mientras él, impaciente, se masajeaba el pene con la otra mano.

Woodstock dio un buen trago a su vaso de vodka y volvió a coger su pipa. Tuvo que añadir un poco más de tabaco y algo más de la bolsita de plástico y volver a encenderla, pero ahora el humo denso ya hacía efecto. Mientras estaba ocupada con la pipa, no se dio cuenta de que Robert, descaradamente, le había arrebatado el vaso y se lo había vaciado de un trago. Tras unas cuantas caladas profundas, Woodstock se recostó en las almohadas, apretó a Robert contra ella y dejó que él la acariciara. Involuntariamente, su mirada se deslizaba hacia abajo y se detenía en su pene. Su deseo

crecía, aunque al principio reprimió esos pensamientos avergonzada. Pero Robert estaba muy excitado; su pene estaba duro y erecto. Para su sorpresa, Woodstock notó los pensamientos placenteros y la excitación que se agitaban en su interior, provocados por el contraste entre el cuerpo delicado y esbelto del chico y ese pene grueso e hinchado, con sus venas laterales claramente palpitando, ese miembro tosco cuyo glande bulboso parecía casi extraño. Su estupor inducido por la mescalina le provocaba claramente una intensa excitación sexual, pues repetidamente se tocaba el pene, retrayendo nerviosamente el prepucio ligeramente sobre el glande, dándole un breve tirón y luego soltándolo. Le excitaba que Robert a veces retrajera el prepucio por completo sobre el glande y luego, durante fracciones de segundo, moviera rápidamente tres dedos hacia adelante y hacia atrás, como si se masturbara. Suspiró y sonrió mientras la excitación se extendía lentamente desde sus ingles hasta su vulva. Él y Woodstock yacían acurrucados en la chaise longue, con su avión de juguete aún apoyado en el pecho de Woodstock, y él presionaba con excitación su pene, ahora terriblemente rígido, contra su cadera a través del pareo. Woodstock lo apartó sin mucho entusiasmo, dejando su mano donde había aterrizado, aparentemente por accidente: justo sobre el pene rígido y palpitante de Robert.

Como burbujas de jabón rosadas, vio la excitación crecer ante sus ojos, pequeñas burbujas de jabón rosadas flotando y cayendo sobre los hombros de Woodstock. Abrió los ojos de par en par, pues Woodstock, perdida en sus pensamientos, sostenía su pene con fuerza, y sintió cómo la tensión en sus ingles se intensificaba al deslizarse ligeramente de un lado a otro en su puño ahuecado. Woodstock estaba soñando despierta, sosteniendo al chico con fuerza en sus brazos, su mano, atrapada entre sus cuerpos, agarrando su pene con firmeza. Había vuelto a meter la mano en el espacio entre sus cuerpos y había agarrado con firmeza al pequeño bribón. ¡Cuántos penes había sostenido en su mano, Dios mío, incontables! Ahora yacía allí con su pequeño Robert, su grueso y erecto pene clavándose con fuerza en su costado. Pero ahora soñaba con el pasado, con Woodstock y con los muchos hombres con los que se había acostado allí y después. Algunos se habían quedado grabados en su mente, otros eran demasiado para que su memoria los procesara, o se habían borrado con vodka y mescalina. Pero sí recordaba a algunos, mientras acariciaba el pene de Robert lenta y tiernamente al pensar en el pasado. Recordaba al agente de

transporte de Essex que seguía viniendo a verla, incluso un tiempo después del festival, pero solo hasta que descubrió que ya estaba casado. El nombre del agente era Jones, pensó Woodstock, Jones era el nombre del tipo, y todo iba bien con él, hasta que, bueno, ahí lo tienes.

Pensó en Jones y su tierna y experta manera de follar a las chicas como es debido. A menudo había corrido con él, pero nunca con muchos otros. Ahora sostenía el pene de Jones en su mano y sonrió; estaba duro como una roca y a punto de eyacular. Woodstock hizo unos movimientos lentos para facilitarle a Jones el orgasmo, pero Robert observaba con los ojos muy abiertos y borrosos cómo Woodstock presionaba su pene suavemente contra su cuerpo y lo frotaba con delicadeza. Woodstock se dejó llevar por un sueño, haciendo el amor con Jones de nuevo y frotándolo, tan suave y delicadamente. Robert sintió la cálida y rosada excitación ascender como a través de un velo de niebla. Woodstock lo frotó como un pequeño mecanismo de relojería, y él suspiró feliz. Su mano era como una suave vaina que había envuelto su pene y lo frotaba. Woodstock recordó cómo a veces, después de una cita, los chicos la llevaban a casa, y ella eyaculaba rápidamente sobre ellos antes de que salieran del coche, más por gratitud que por lujuria, y porque muchos no se conformaban con solo besarse y acariciarse. Era una práctica común en aquella época, en los tiempos de los grandes Cadillacs y Oldsmobiles, y algunos chicos se sorprendían de la destreza de Woodstock para acariciarla. Dave, por ejemplo, ese bribón, que siempre quería eyacular entre sus muslos.

Woodstock soñó con los ojos cerrados, sintiendo la excitación crecer en el pene de Dave. Dave, el chico bueno que quería más que nadie durante las caricias, Dave, cuyo pene tuvo que insertar solo un poquito en su hendidura antes de que se corriera, solo un poquito en el patio delantero, sin que pudiera penetrar correctamente. Dave, a quien le encantaba cuando ella pasaba su glande arriba y abajo entre sus labios hasta que se corría. Cerró los dedos con fuerza para complacerlo y apretó el pene de Dave firmemente entre ellos. Robert se presionó más y más fuerte contra su costado, retorciéndose impacientemente en su suave mano. Woodstock sintió que estaba a punto de correrse y ahora movió su mano deliberada y firmemente hacia adelante y hacia atrás. El Cadillac no debía mancharse; Woodstock era una chica lista y mantuvo su mano frente a su pene mientras Dave gemía y se corría en su mano. Los

ojos de Robert se abrieron de par en par cuando su semen salió disparado en la mano ahuecada de Woodstock. Woodstock hizo un par de movimientos más con la mano, y Robert, en su estado de embriaguez, se preguntó por qué su salsa de vainilla de color blanco lechoso salpicaba la mano de ella como pequeñas serpientes retorciéndose.

Woodstock abrió los ojos. No era Dave, era Robert, recostado suavemente en el hueco de su brazo, tras haber eyaculado su inocente semilla en su mano. Ella sonrió y le acarició el cabello: «Bueno, ¿buena eyaculación?». Robert la miró tímidamente a los ojos, con la vista borrosa, y susurró: «¡Por primera vez!». Y cuando ella lo miró con curiosidad, bajó la mirada y susurró incoherentemente: «...por primera vez... de una mujer...». No podía ver su rostro, pues era tan radiante y brillante, enmarcado por un cabello blanco y claro, y sus ojos centelleaban con pequeños destellos juguetones, que no podía ver dentro de ellos. Especialmente no estando tan drogado y mintiendo descaradamente.

Woodstock seguía pensando en Jones, a quien le debía un doloroso caso de gonorrea. Luego apartó a Jones de su mente, sacándolo de ella. ¿Qué había dicho Robert? ¿La primera vez? Woodstock le acarició la cabeza, las mejillas. “Mi niño”, susurró, “¡mi buen niño!”. No sabía por qué, pero le besó la coronilla y lo abrazó con fuerza. “¡Debió de ser bueno!”, exclamó. Robert susurró y mintió sin sonrojarse: “He leído todo sobre la masturbación, pero cómo hacerlo no está escrito en ninguna parte. Ahora lo sé”. Le sorprendió la forma de hablar de Robert, porque ninguno de los niños que conocía hablaba con tanta rigidez. Pasó un rato; permanecieron quietos y en silencio uno al lado del otro.

Woodstock se levantó, preparó un bocadillo y luego volvieron a recostarse en la chaise longue. Woodstock bebió un sorbo de su bebida de vez en cuando, luego preparó la pipa y fumó. No dijo nada cuando Robert tomó la pipa y con cautela dio una calada, luego otra. Pasó media noche con Robert acostado a sus pies, cabeceando, y ella soñando con fragmentos inconexos de pensamientos del pasado, bebiendo bastante. Se turnaban para fumar, Robert bebía una cantidad absurda, inhalando profundamente, y Woodstock sonrió porque su reacción al humo sagrado era muy intensamente sexual. Ella lo observó mientras él se tensaba lentamente y se apoyaba en ella. Le puso una mano en el pecho, moviéndose inquieto

de un lado a otro, y después de un rato susurró: “¡Lo quiere otra vez!”. Woodstock fingió no entenderlo al principio, pero luego vio su mirada oscura y bajó la vista hacia él, hacia su pene erecto. Se rió profundamente. “¡Qué bien!”, y soltó una risita, pues ella también estaba bastante ebria. Ella sonrió al ver su pene erecto y anticipó el latido con el que volvería a ponerse grueso y duro. “¿Bueno, qué hacemos ahora?” preguntó Woodstock, y a Robert le pareció dulce y cariñoso. “¡Por favor, otra vez!” susurró Robert tras un momento de vacilación, escondiendo tímidamente su rostro contra su pecho. “¿Qué quieres decir con ‘otra vez’?” preguntó Woodstock, aunque sabía exactamente lo que quería. Hubo un largo silencio. Robert jugueteó torpemente con su pene y acarició el pecho de Woodstock. “¡Por favor, haz que salga disparado de tu pene otra vez!” susurró tan suavemente que era casi inaudible, pero Woodstock parecía haberse quedado dormida. Detrás de sus ojos cerrados, sus pensamientos se arremolinaban, blanco y negro discutían sin cesar, derritiendo sus sentidos.

Después de un rato, se incorporó y contempló el cuerpo de Woodstock en la penumbra. Aunque Woodstock era muy mayor, ahora que parecía dormida, era de alguna manera hermosa. Sus pechos eran viejos y arrugados, pero seguían siendo grandes, redondos y femeninos, capaces de excitar enormemente a un muchacho. Woodstock separó deliberadamente un muslo hacia un lado, dejando caer la mano casualmente junto a su vulva. Su deseo de exponerse y provocarlo se posó de repente como un diablillo risueño en su cuello. Como dormida, suspiró profundamente y, aparentemente sin querer, separó aún más los muslos, con el corazón latiendo con fuerza mientras yacía expuesta ante él como una fruta madura. Robert se arrodilló, luego se inclinó con cuidado y contempló su hendidura. Su erección se hizo cada vez más fuerte; se llevó la mano al pene y lo amasó con impaciencia.

Su mano se acercó sigilosamente a su vulva, sus dedos recorriendo la hendidura con delicadeza y excitación. Robert abrió mucho los ojos e inmediatamente pensó en Tess. Durante los siguientes minutos, se tocó el pene con nerviosismo, porque Woodstock se estaba acariciando, aunque no parecía una masturbación deliberada, rozando su hendidura y suspirando. Solo tuvo que abrir un poco los ojos para ver al chico agachado frente a ella, mirándola con ojos codiciosos. Sus dedos acariciaban juguetonamente su vulva y labios, rozándolos suavemente.

Ella miró a Robert de reojo, satisfecha por la intensidad de su erección, por la manera nerviosa en que él se tocaba el glande. Woodstock se dio cuenta de repente de cuánto la excitaba mostrarse al chico, exponerse desnuda y vulnerable a su mirada. Se retorció aún más, se tocó la vulva y suspiró de excitación, pues la respuesta eréctil de Robert era inconfundible. Una y otra vez él se agarraba el pene, se humedecía con los dedos y tiraba del prepucio, retirándolo varias veces con la velocidad del rayo, para luego amasarlo nerviosamente de nuevo; al parecer, no se atrevía a masturbarse delante de ella. Las inhibiciones culturales se agitaban en él, pero la lujuria y el deseo creciente de ella eran mucho, mucho más fuertes. Woodstock estaba feliz y desesperada, sin saber qué hacer a continuación, pero a la vez lo sabía. El alcohol y la marihuana la habían intoxicado tanto que su lujuria voraz y su anticipación le dibujaron una amplia sonrisa en el rostro. Vio que él estaba listo y se estiró con determinación.

—¡Vamos, Robert, hazlo conmigo! —susurró, extendiendo la mano. Robert dio un respingo y la miró en silencio, pues no la entendía, y sin embargo, sí. Había leído todo sobre el apareamiento de animales y humanos y lo sabía todo, teóricamente, claro. Woodstock susurró con voz ronca y seductora: —¡Vamos, tu primera vez! —Su mano tanteó su hendidura, separó sus labios y los abrió juguetonamente. Con los párpados entrecerrados, lo miró de reojo: —¡Vamos, hazlo conmigo! Robert oyó exactamente lo que dijo, pero se negó a comprenderlo. No podía ser que ella, Woodstock, que ella... ¡no!

Se acomodó y luego lo rodeó con una pierna, de modo que de repente quedó arrodillado entre sus muslos. Lo buscó con avidez y lo instó a acercarse más entre sus piernas. Con temor, él obedeció, con los dedos aún curvados alrededor de su pene. Lujuriosa y excitada, palpó su pene y retrajo el prepucio varias veces sobre el glande. Robert se preguntó por qué no había leído sobre esto en las enciclopedias. Su corazón latía con fuerza en su garganta mientras ella lo atraía aún más hacia adelante, atrayéndolo hacia su pecho. En silencio y sintiéndose incómodo por dentro, Robert experimentó esta primera cercanía, esta excitante, desconocida y extraña intimidad, y se sobresaltó cuando ella guió su mano hacia la entrada de su hendidura, introduciendo suavemente su pene en ella. “¡Vamos, hombrecito, dámelo!”, susurró con voz ronca, agarrando su cadera con una mano, acariciando su nalga y guiándolo, atrayén-

dolo más profundamente hacia ese agujero suave y estrecho que se abrió voluntariamente. Lentamente, la ardiente punta roja de su pene la penetró. Robert se sobresaltó un poco al sentir lo estrecha y apretada que era su vagina, pero estaba resbaladiza y cálida. Woodstock suspiró profundamente e inhaló bruscamente, pues le dolió un instante cuando el grueso e hinchado pene entró en ella, sintiéndose aún más firme y grueso de lo que había imaginado.

Su miedo disminuyó gradualmente, pero permaneció inmóvil, escuchando con los ojos cerrados las caricias de su mano en sus testículos. Inmediatamente, mucho antes que él, ella se dio cuenta con una ligera decepción de que estaba a punto de eyacular y le susurró en voz baja que no se contuviera. Woodstock apretó a Robert contra ella, quien de repente la miró con tristeza y permaneció inmóvil dentro de ella mientras se estremecía hacia el orgasmo. Ella acarició suavemente sus nalgas, aunque permaneció completamente desprevenida y de alguna manera indiferente a los espasmos y chorros en su interior.

Tenía lágrimas en los ojos y lo tomó suavemente en sus brazos, le sonrió y lo abrazó con fuerza, acariciándolo y murmurándole dulces palabras de amor, susurrándole al oído lo gran hombre que era ahora y lo maravillosamente bien que había follado y corrido, cómo lo había sentido tan intensamente. Robert se sentía triste y exhausto, pero las caricias de la anciana lo llenaban de orgullo. ¡Había tenido su primera vez, y había corrido perfectamente! ¡Debía ser cierto, Woodstock había dicho que había corrido perfectamente! Se incorporó y besó a Woodstock, por primera vez en su vida. Hasta ahora, sus labios marchitos y arrugados lo habían asustado cuando lo había besado, pero ahora la besó con gratitud y sinceridad.

Robert sonrió radiante. “¡Guau, lo hice genial!”, presumió. Luego se recostó y cerró los ojos, exhausto. Woodstock sonrió tímidamente y limpió las manchas de semen. Robert permaneció en silencio, sin saber cómo decirle a Woodstock lo que sentía. Se acercó y la abrazó, enterrando su rostro en sus pechos y acariciándola. Ella lo abrazó, sintiendo su vulnerabilidad. Robert nunca le contó a Woodstock que en ese preciso instante decidió acostarse con Tess, ¡pero esta vez acostarse con ella como es debido, costara lo que costara!

Robert despertó con la primera luz del amanecer con una erección enorme. Le tomó unos segundos disipar su confusión y darse cuenta de dónde estaba. Se arrodilló y examinó a Woodstock con atención. Ella se despertó al instante, pero fingió estar dormida. Robert se inclinó y miró fijamente la hendidura de Woodstock bajo el pálido y escaso vello púbico. Ella comprendió la situación al instante al recordar que era su primera vez. Con el pulgar y dos dedos, sujetó el prepucio y lo retrajo rápida y apresuradamente sobre el glande con movimientos bruscos, mientras su mirada se fijaba en su vulva. Su corazón se ablandó, y la mirada furtiva que le dirigió al tembloroso muchacho fue romántica y casi lacrimosa. Dobló una rodilla para que él pudiera ver mejor su vulva. Robert casi se detuvo, tan fascinado estaba por la hendidura húmeda rodeada de piel oscura y arrugada. Con una rápida mirada, se aseguró de que Woodstock aún estuviera dormida.

Woodstock se excitó ligeramente mientras observaba con los párpados casi cerrados cómo él retraía repetidamente su prepucio con movimientos rápidos e incontrolados, su glande poniéndose de un rojo oscuro y secretando una primera gota. Robert se sentó sobre sus talones y se apoyó con la mano izquierda detrás de él. Woodstock dejó caer la rodilla hacia un lado y separó ligeramente el muslo. Se masturbó muy rápido, con los ojos fijos en su hendidura, su mano moviéndose rápidamente de un lado a otro. La excitación de Woodstock aumentó al contemplar el delicado y esbelto cuerpo del muchacho con su pene grotescamente agrandado, de un rojo oscuro increíble y muy hinchado. La excitaba enormemente que Robert mirara con tanta avidez su vulva y, como poseído, trabajara con ese monstruo con sus delicados dedos, empujando el glande hacia adelante con un ritmo rápido.

Sí, una especie de alegría y excitación surgió en ella; casi voluntariamente y de forma poco femenina, se abrió para satisfacer su deseo, miró a Robert con los párpados entrecerrados y separó tanto los muslos que sus labios menores se entreabrieron ligeramente. Contuvo la respiración porque el chico, agachado sobre sus talones, parecía apuntar su pene directamente a su vulva, como si su cuerpo estuviera estirado como un arco y, en su extensión, la flecha que frotaba salvajemente; casi le pareció que quería masturbarse dentro de ella. Robert tenía los ojos fijos en su hendidura y se masturbaba como un hombre poseído. De repente, abrió mucho los ojos y, temblando, lanzó el primer chorro blanco sobre su cuer-

po; el segundo salpicó su muslo interior. El esbelto cuerpo del chico se irguió y se desplomó hacia adelante, de modo que el semen, que salió disparado de él en violentos chorros, se derramó sobre sus muslos.

Robert permaneció agachado sobre sus talones, respirando con dificultad al darse cuenta de que había rociado a Woodstock con el líquido en su furia. Pero ella parecía seguir dormida, notó con alivio, e intentó recuperar el aliento para calmarse poco a poco. Woodstock cerró los ojos con fuerza, tratando de ignorar su excitación, pero no pudo. El chico la había rociado con una fuerza lujuriosa y agresiva, y ella se sorprendió de lo excitada que se había puesto al dejar que la rociara mientras dormía. Sintió que su vagina se humedecía y se volvía resbaladiza, la piel vieja y arrugada se hinchaba con una excitación que no había sentido en mucho tiempo. Con los párpados entrecerrados, observó a Robert, quien se estaba calmando gradualmente. Los minutos pasaban, pero su alma seguía agitada, su excitación aumentaba. Robert se acostó en silencio a su lado, escuchando el pulso de su corazón. Finalmente, los ojos de Woodstock también se cerraron.

Más tarde, Woodstock se levantó en silencio y preparó el desayuno.

Luego pasaron la mañana chapoteando en la piscina, holgazaneando, leyendo y desayunando de nuevo. Más tarde, mientras fumaban marihuana y bebían sin parar, Woodstock sacó a colación el tema del sexo. Con suavidad y cautela, le explicó cómo funciona realmente el sexo, y Robert empezó a dudar cada vez más de si lo había hecho bien el día anterior. Woodstock, ya ligeramente excitada por su descripción y la marihuana, observó a Robert mientras este volvía a coger su pipa. Cuanto más claramente le explicaba a Robert lo que se esperaba de un joven, más se excitaba. Con la rodilla encogida, se sentó sin pudor frente a Robert, quien la miraba repetidamente, con las orejas enrojecidas, intentando imaginar lo que ella le decía. Era obvio que intentaba imaginarlo con mucha viveza, porque no dejaba de tocarse el pene erecto. Woodstock jugó disimuladamente con un pezón y dejó que su mano se deslizara durante una fracción de segundo para tocar discretamente su hendidura. Pero, por supuesto, eso no fue suficiente para ella.

Después de un rato —su pipa compartida les dio la ocasión— se sentó a su lado y levantó una pierna, mientras su mano vagaba cautelosamente hacia su hendidura. El deseo y la excitación palpitaban en su garganta; bebió y fumó, dejando que su mano descansara sobre su vulva. Solo cuando estuvo segura de que él no podía verla, introdujo un dedo y se acarició en secreto. ¡Oh, qué bien se sentía! Su clítoris se endureció y la excitación la invadió, aunque quería darle un respiro más largo. En silencio, lo alcanzó, agarró su pene y lo acarició suavemente. Los ojos de Robert se abrieron cuando ella lo tocó, pero no dijo nada. Ella se estiró y se acomodó, envolviéndolo con una pierna de modo que de repente quedó entre sus muslos. Sin decir palabra, palpó su pene y retrajo el prepucio varias veces sobre el glande. «¡Tiene que estar más firme!», creyó oírla susurrar, pero entonces se dio cuenta de que estaba equivocado.

Pero ella deslizó sus dedos rápidamente sobre la cabeza de su pene, arriba y abajo una y otra vez, durante minutos. Probó su firmeza con sus dedos, pero solo pareció satisfecha después de masturbarlo una vez más, rápida y vigorosamente, hasta que casi perdió el conocimiento. Su corazón latía con fuerza en su garganta mientras ella le hacía señas para que se arrodillara. Robert obedeció y disfrutó una vez más de esa excitación extraña y emocionante mientras ella guiaba cuidadosamente su pene hacia la entrada de su hendidura. Woodstock lo condujo hacia la abertura vaginal y suspiró, pero solo un poco, mientras él intentaba penetrarla lenta y cuidadosamente. El grueso pene de Robert no entraba en su estrecha vagina, así que empezó a pensar que era imposible. Pero ella bajó la mano entre sus muslos y, con un fuerte grito de dolor, empujó resueltamente su pene dentro de su vagina.

Como había hecho ayer, ella le agarró la cadera con una mano, le acarició la nalga y lo guió. Obedientemente, él se movió hacia adelante y hacia atrás, atento a sus señales. Pronto encontró su ritmo, entrando y saliendo con concentración. Cuando ella soltaba un pequeño suspiro con cada una de sus embestidas, él la miraba. Ella lo sostenía suavemente, su cuerpo siendo empujado hacia adelante y hacia atrás por sus embestidas, sus pechos arrugados moviéndose rítmicamente. Cada vez que él la penetraba de nuevo, ella suspiraba profundamente e inhalaba bruscamente, sonriéndole con ánimo. Robert comprendió intuitivamente la esencia del sexo, reconoció la conexión entre la embestida y el suspiro. Perdió su

vacilación inicial y la penetró, embistiendo con fuerza en la vagina de Woodstock y esperando una fracción de segundo a que ella suspirara antes de embestir de nuevo. Observó cómo su respiración comenzaba a acelerarse, mientras jadeaba y cerraba los ojos repetidamente, pero era puro placer, no dolor.

El cuerpo de Robert funcionaba como una máquina bien engrasada. Sin saber por qué, sacó su pene por completo, dejando solo la punta, y luego lo volvió a introducir en su apretado orificio, lo que ella pareció disfrutar. Escuchó sus suspiros y se sintonizó con su ritmo; podía sentir claramente la excitación de Woodstock, sentir cómo sus suspiros se volvían cada vez más profundos, su cuerpo retorciéndose y poniéndose rígido lentamente. Pronto descubrió hasta dónde podía sacar su pene sin que la punta se saliera y cuán profundo debía penetrar. Se movió aún más rápido y vio destellos de inmenso placer en su rostro, lo que lo impulsó aún más. De repente, su rostro, normalmente sonriente y arrugado, se contorsionó en una mueca de dolor, mostrando los dientes y las comisuras de los labios, sus ojos se pusieron en blanco brevemente. Luego, un suspiro fuerte y prolongado escapó de su pecho, convirtiéndose en una respiración agitada. Su vagina lo sujetaba con fuerza; podía sentir claramente el temblor y la oleada de la suave carne que apretaba firmemente su pene. De repente abrió los ojos con un resplandor que él jamás olvidaría. Como en una convulsión, abrazó a Robert, una palma deslizándose hacia sus nalgas, y él sintió esa mano plana guiándolo, impulsándolo a un coito más intenso y apasionado. Su radiante alegría también lo hizo sonreír, y movió sus nalgas tan rápido como pudo. “¡Ah!”, dijo ella simplemente, “¡ah!”, y Robert sintió que con cada “¡ah!” ella experimentaba otra pequeña oleada de placer.

Entonces su tensión se desvaneció en un instante. Woodstock estaba completamente exhausta y se dejó llevar, su cuerpo temblando como una muñeca de trapo sin vida con las embestidas de Robert. Él continuó follándola durante un largo rato, ignorando los suaves y lastimeros gemidos de la indefensa mujer en cuyos confines la follaba sin piedad. Luego la penetró profundamente y permaneció inmóvil mientras su semen salía a borbotones. Ella no se movió y sintió cómo él se contraía y eyaculaba profundamente dentro de ella. Robert retiró lenta y cuidadosamente su pene flácido y se tumbó a su lado con un profundo suspiro.

Se tumbaron uno al lado del otro durante un buen rato; Woodstock vaciaba vaso tras vaso, fumando su pipa, y Robert yacía exhausto a su lado. Bebió rápidamente unos cuantos vasos, que pronto lo emborracharon. Compartieron la pipa en repetidas ocasiones; Robert disfrutaba de los efectos de la droga, al igual que Woodstock, pues en su estado de embriaguez, su joven amante le confió todos los secretos que jamás habría contado a nadie más y la escuchó relatar muchas historias del Festival de Woodstock en Bélgica. ¡Qué diferentes sonaban ahora las historias, ya que no tenía que censurar ni omitir las partes más emocionantes e interesantes! Robert también le contó todo lo que era verdaderamente secreto, como que, tras muchas súplicas, una vez le habían permitido examinar a fondo a su prima Tess, y que ella le había dado una explicación algo vaga sobre la anatomía femenina, el sexo y la masturbación.

Tess estaba muy excitada después de tanto tocarla y exhibirse, y quería deshacerse de él rápidamente, pero él había rogado tanto que ella había cedido. Dijo que era un secreto y que no debía contárselo a nadie, pero que lo necesitaba con mucha, mucha urgencia, y luego, después de todo, le había permitido verla masturbarse. Él había leído todo sobre la masturbación femenina antes, pero en ninguna parte decía exactamente cómo se hacía. Ahora lo veía. Woodstock rió un poco avergonzado y preguntó qué le había pasado, y Robert mintió, diciendo que a petición de Tess se había quedado desnudo frente a la cama con una erección enorme, que Tess lo había tocado un par de veces mientras se masturbaba, pero nada más, y que después lo había ignorado por completo. Woodstock y él rieron histéricamente mientras él representaba una pantomima salvaje de Tess masturbándose y tocándolo.

Se quedaron en el jardín toda la mañana, en la cómoda y amplia tumbona. Woodstock preparó su pipa y Robert durmió, acurrucado en su regazo como un perro polar. El sexo apresurado y sus ronroneos lujuriosos la habían excitado bastante, y como solo había experimentado un pequeño orgasmo durante el sexo, todavía sentía muchas ganas de más. Se apartó un poco de Robert, se tumbó de lado y le dio la espalda. Cerró los ojos y fantaseó intensa y apasionadamente; después, se acarició y, a medida que su excitación aumentaba, se masturbó lenta y silenciosamente. Se tomó su tiempo, y cada vez que llegaba al orgasmo, todo su cuerpo se estremecía, pero reprimía el temblor de su pelvis lo mejor que podía y

contenía la respiración con cuidado para que el chico no se despertara. Duró mucho tiempo, y luego cayó en un sueño profundo.

Durante los dos últimos días, practicaron casi sin parar. Woodstock excitaba a Robert una y otra vez con destreza, y luego le permitía montarla, a menudo tras solo unos minutos. Cuando él estaba casi sin aliento, ella lo dejaba dormir un rato y aprovechaba para aumentar su propia excitación. Después, volvía a acariciarle el pene, y él pronto despertaba y estaba listo de nuevo. Robert se dio cuenta de cuánto le gustaba a Woodstock ponerse a cuatro patas y ser penetrada por detrás; la embestía con puro placer y eyaculaba con desenfreno. Incluso al despedirse, tenía que desvestirse de nuevo para montarla rápida y apresuradamente antes de que ella lo soltara.

Solo después de que Robert se despidió de Woodstock y regresó a casa, sus mentiras volvieron a su mente, pero no podía entender por qué le había mentido a Woodstock sobre Tess. En realidad, Tess, unos dos años mayor que él, había empezado muy pronto a manosear al niño y a jugar con él a juegos exhibicionistas. Su naturaleza exigía que ella tuviera el control absoluto, que tuviera que tener el poder, pero, por otro lado, descubrió con sorpresa lo mucho que la excitaba posar desnuda frente a él. Cuando él se excitaba al mirarla y embelesarse, ella le agarraba el pene y lo masturbaba. A menudo también se tumbaba boca arriba, abría las piernas con ambas manos como una rana y le ordenaba repetidamente al hombre que la miraba con avidez que se masturbara y eyaculara hasta que no pudiera más. Se le permitía mirar su hendidura, pero nunca tocarla. Era una relación muy unilateral, de la que él era plenamente consciente, porque ella no se masturbaba cuando él estaba presente. Un día, tras muchas idas y venidas, logró sonsacarle la concesión de observarla masturbarse. Llevaba años espiando a su madre cuando entraba al baño, mirando a través de una rendija en la puerta plegable, pero bajo la espuma del baño y el agua teñida de un verde tóxico por los aditivos, nunca lograba ver con claridad cómo lo hacía; normalmente solo veía su rostro y los rápidos movimientos de su brazo mientras él se masturbaba en silencio. A veces lo hacía una segunda vez si su madre tardaba mucho en terminar.

Inmediatamente después de que Tess cediera en el debate sobre dejarlo mirar, ya se arrepentía a medias. Se incorporó en el borde

de la cama y dijo que aquello no podía ser unilateral, así que él tendría que quedarse desnudo entre sus muslos. Él volvió a mirar su zona púbica oscura y sus pequeños y redondos pechos mientras ella le agarraba el pene y lo frotaba con inquietud; no pudo cumplir su palabra.

Tess se dejó caer hacia atrás, abrió las piernas en posición de rana y se acarició los labios vaginales con los dedos. Robert observó sus pequeños pechos y fantaseó bastante sobre cómo se los mostraría, y pronto pensó que eso ya era masturbación, mirándola fijamente a pesar de estar tan excitado que apenas podía concentrarse en lo que Tess hacía. Ella se colocó frente a él, abrió las piernas y las volvió a cerrar, luego se recostó con las piernas bien abiertas y continuó acariciándose, por supuesto sin masturbarse realmente.

Robert estaba allí de pie, con el rostro enrojecido, su pene húmedo y rígido de nuevo duro, su erección furiosa. Observarla lo excitaba intensamente. Tess jugaba soñadoramente con sus labios, separándolos suavemente y dándose placer un poco con un dedo. Luego retiró el dedo y acarició el himen debajo de su clítoris. Presionó ligeramente y lo giró muy lentamente, tomándose su tiempo, necesitando mucho tiempo para calentarse. Sus ojos oscuros lo miraban constantemente, curiosos y casi observadores. Robert se excitaba cada vez más, su erección palpitaba con fuerza. De repente, ella se incorporó y comenzó a masturbarlo con fuerza y rapidez, mucho más eficazmente de lo habitual. Robert suspiró profundamente al eyacular, pero Tess dejó que su semen se rociara sobre sus pechos esta vez, frotando su glande salvajemente contra sus pechos húmedos, lo que claramente la excitaba salvajemente. Se recostó de nuevo, y ahora ya no era un juego. Cerró los ojos, completamente ajena a que Robert la miraba fascinado, observando cómo sus dedos se movían frenéticamente. Se masturbó salvajemente hasta casi llegar al clímax, luego usó la otra mano y, en un estado de intensa excitación, se introdujo dos dedos con fuerza en la vagina. Tuvo un orgasmo ruidoso y violento, su rostro cambió, sus piernas, toda la parte inferior de su cuerpo, se sacudió y tembló convulsivamente. Luego se calmó gradualmente y le pidió a Robert que se acostara a su lado. Aún jadeando, exclamó: “¡Ahora lo ha visto!”.

Tras una breve pausa, ella le dijo que podía arrodillarse entre sus muslos y observarla atentamente a la altura de los ojos. Robert se agachó frente a ella, ella levantó ambas piernas y las separó ampliamente. Él volvió a preguntar por su clítoris, y Tess hizo una pausa, luego retiró completamente el prepucio sobre él. Por primera vez, se le permitió sentir y tocar su clítoris, pero cuando intentó frotarlo con un dedo, ella dijo que estaba presionando demasiado fuerte y que tenía que soltarlo. Mientras ella se complacía lenta y deliberadamente, Robert seguía cada uno de sus movimientos con curiosidad y creciente excitación. Alternaba entre acariciar sus pechos empapados de semen o introducir un dedo en su vagina, mientras otro dedo estimulaba sus labios o su clítoris. Rápidamente, un dedo frotó su clítoris mientras otro dedo penetraba lentamente en su vagina. Cuando llegó el orgasmo, se complació con dos dedos hasta que disminuyó. Exhausta, hizo una breve pausa y susurró que continuaría, y luego continuó, repitiéndolo una y otra vez, solo soltando a su espectador excitado cuando ya no quería hacerlo.

En los días siguientes, retomaron sus juegos, pero solo ocasionalmente Tess se excitaba tanto que se perdía en el placer; prefería masturbarse sola. Su juego cambió de nuevo cuando Tessa, sentada con las piernas cruzadas, lo tomó en brazos como a un bebé y luego jugó con su pene. Le permitió —no, más tarde incluso se lo exigió con vehemencia— lamer sus pequeños y redondos senos con los labios, mordisquear suavemente su pezón y excitarlo con la lengua. Echó la cabeza hacia atrás y rió con lujuria, frotándolo rápidamente con la mano hasta que eyaculó violentamente. A veces, se excitaba tanto con los lametones y mordisqueos que se tocaba entre las piernas y se masturbaba rápidamente, haciendo que Robert temblara violentamente. Pero incluso eso pronto llegó a su fin.

Se volvió hacia sus compañeras y ya no tenía tiempo para Robert, quien seguía con celos y tristeza los rumores de que Tess se acostaba con este o aquel hombre, en realidad, con todo el mundo. Y cuando finalmente reunió el valor para visitarla, con la esperanza de acostarse con ella también, ella intentó despedirlo con las manos vacías. Pero mientras él suplicaba, insistía y rogaba, sonó el timbre, y Robert, mi primo pequeño, se escabulló abatido entre los admiradores de Tessa y salió.

El hecho de que ella se hubiera descarriado tanto, bebiendo y drogándose, y que luego quedara embarazada de su ingeniero jefe —como todos lo llamaban— le oprimía el corazón.

El año anterior, cuando solo tenía trece años, su familia —su madre, su pianista y él— había pasado todo el verano en el lago. Mientras los dos adultos iban al pueblo o se relajaban en el jardín, Robert se quedaba junto al lago, observando con envidia y anhelo a las parejas y a las jóvenes, imaginando cómo sería estar con ellas. Pero aún era demasiado tímido e inhibido como para siquiera acercarse a las chicas. Sabía que tartamudearía o se pondría rojo como un tomate; así que se abstuvo. Poco después, se fijó en una joven excepcionalmente elegante que iba al cobertizo de botes todos los días al mediodía para cambiarse de ropa. Robert sintió curiosidad, y su curiosidad era más fuerte que su miedo.

Se quedó al acecho, solo para descubrir que realmente no podía espiarla desde la distancia. Examinó cuidadosamente los alrededores y el cobertizo para botes y notó que podía zambullirse en él desde la orilla del lago y esconderse perfectamente entre los botes y el caos de bolsas de velas, cabos y demás equipo. De hecho, se zambulló y permaneció allí, con solo la cabeza fuera del agua, aferrado inmóvil a una cuerda. Nadie vino, él no vio a nadie, y nadie lo vio a él. Se quedó unos minutos más en la penumbra del cobertizo, lleno de una sensación de alivio triunfante; ahora que ella podía venir, él estaría allí. Al día siguiente, ya la estaba esperando en su escondite.

Ajena a todo, se cambió de ropa demasiado rápido para que él pudiera ver algo que realmente quisiera ver. Solo cuando estuvo en traje de baño se detuvo, escuchando atentamente y mirando a su alrededor, y luego, después de un rato, salió al sol. Robert esperó hasta que su corazón latió con fuerza y salió con cautela de su escondite. Pasaron dos días así, pero al tercer día se desnudó y se sentó desnuda en el borde de un bote. Permaneció sentada, sacó un pequeño frasco de loción bronceadora de su bolso de playa y se la aplicó lentamente y con mucho, mucho cuidado. Robert casi perdió la cabeza; su pene erecto palpitaba, y tiró y se frotó para intentar controlar su lujuria. Entonces, casi en el clímax de su masturbación, sus miradas se cruzaron.

Robert se quedó paralizado de terror. Entonces, en un instinto, quiso sumergirse, desaparecer, huir. Pero ella alzó la mano, le indicó que se quedara, y su voz grave y cálida le dijo que se quedara, que no le importaba. Con vacilación, permaneció inmóvil, solo con la cabeza fuera del agua. No, repitió ella, no le importaba, al contrario, debía seguir adelante, y entonces hizo un gesto claramente obsceno con la mano, de modo que Robert se sonrojó de vergüenza. Permaneció inmóvil en el agua, paralizado por el miedo, mirándola fijamente.

Se retorcía en su asiento, su cabello rubio plateado caía sobre sus hombros y cubría la parte superior de sus pechos, ya maduros y voluptuosos. Su figura le parecía celestial y perfectamente proporcionada, aunque era algo rellenita, pero sus piernas eran esbeltas e impecables. Cuando movió las piernas, vio su zona púbica, que, para su sorpresa, estaba completamente depilada, dejando visible la hendidura como una fina línea rosada. La miró boquiabierto, y ella se giró, levantó una pierna y apoyó el pie en la borda del barco. Pasaron minutos sin que Robert pudiera apartar la vista de ella, luego se puso de pie y se puso el traje de baño. Al marcharse, dijo con naturalidad que volvería al día siguiente a la misma hora y que esperaba que él estuviera allí de nuevo. Le pareció como si hubiera salido flotando silenciosamente por la puerta, pues solo minutos después despertó de su trance. ¡Volvería; quería volver a verlo!

Estaba tan nervioso e inquieto; nunca antes un día se le había hecho tan largo. ¡El corazón le latía con fuerza al pensar que ella quería volver a verlo! Apenas durmió y corrió a la playa justo después del desayuno, mirando con expectación el sol, preguntándose si pronto, si por fin, llegaría el mediodía. Y entonces, por fin, llegó el mediodía. Impaciente, se zambulló, respiró hondo otra vez y se metió en el cobertizo de botes.

Su imaginación voló. Aunque ella aún no estaba allí, podía verla al cerrar los ojos. Su erección se volvió insoportable y se frotó lentamente para prolongar la anticipación. Entonces, tras lo que pareció una eternidad, ella entró silenciosa y rápidamente en el cobertizo para botes. Se quedó allí indecisa, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la tenue luz, y entonces lo vio. Caminó con ligereza hacia su bote, dejó su elegante bolso de playa y se desnudó lentamente, mirándolo una y otra vez; se quitó cada prenda con

tanta lentitud y cuidado, como si fuera lo más preciado del mundo. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas vacías del bote.

Se sentó allí mismo, bajo la luz brillante, donde su impecable desnudez resaltaba vívidamente contra la penumbra del cobertizo para botes. Cerró los ojos y pareció estremecerse mientras, con un suave suspiro, separaba lentamente los muslos, ofreciendo su paraíso abierto a su mirada ansiosa. Robert permaneció donde estaba, con el corazón latiéndole con fuerza. Durante minutos simplemente se miraron. Luego ella asintió y le hizo un gesto para que se acercara, y cuando él seguía sin moverse, le susurró que se acercara un poco más. Con cautela, se acercó hasta llegar al borde del suelo de madera, a unos dos o tres metros de ella, y se agarró a él. Ella suspiró y se relajó, abriendo lentamente los muslos. Robert contuvo la respiración mientras se esforzaba por mirar sus muslos en la penumbra, captando cada detalle de su hendidura. Tuvo que tragar saliva con dificultad, porque ahora ella deslizó una mano por su cuerpo hasta la cadera, luego levantó una pierna y apoyó el pie con audacia en el suelo.

—Es emocionante, ¿verdad? —preguntó ella, mirándolo a la cara. Él asintió involuntariamente y desvió la mirada, avergonzado.

“No tienes por qué tener miedo”, sonrió dulcemente, “¡Me gusta cuando me miras!”

Robert la miró y, efectivamente, ella le sonrió. Su mirada recorrió su cuerpo de nuevo, deteniéndose brevemente en sus pechos antes de bajar. Observó su hendidura y pensó en Tess. Se sintió avergonzado por su erección, aunque intentó cubrirla con una mano bajo el agua. Los minutos transcurrían en el reloj de arena mientras permanecían inmóviles. Este patrón se repitió durante los días siguientes.

Una vez más, estaba justo al borde del suelo de madera, como una foca con solo la cabeza fuera del agua, observándola. Ella desvió la mirada, y Robert intentó, como siempre, disimular su erección. Pero su lujuria, que le latía con fuerza, se intensificaba cada vez más; con mayor frecuencia, su mano agarraba el pene, doblándolo hacia abajo para luego volver a subirlo. Creía que ella no podía ver lo que ocurría bajo el agua y se acarició suavemente, luego

con mayor intensidad. Cuando ella lo miró, se quedó paralizado a mitad del movimiento.

—¡No, ahora no, sigue! —dijo, haciendo el gesto obsceno de masturbación con la mano, pero Robert no se movió y apenas se atrevió a respirar. Giró sus muslos abiertos hacia él y sonrió alentadoramente, luego miró hacia las vigas del techo y se echó hacia atrás sobre los codos, de modo que su rubio cabello cayó hacia atrás. Sus ingles, los delicados genitales femeninos entre sus muslos abiertos, eran tan electrizantes que Robert, abrumado por su lujuria, se masturbó furiosamente bajo el agua y, con un fuerte suspiro, eyaculó. El tiempo pasó lentamente mientras se recuperaba, jadeando. Lentamente, ella levantó el rostro y lo miró con ternura. De alguna manera, le pareció como si estuviera triunfante. Esperó unos instantes más antes de levantarse y ponerse lentamente el traje de baño. Antes de irse, de repente se agachó y le acarició suavemente el cabello oscuro.

—¡Fue encantador, lo disfruté muchísimo! —dijo en voz baja, y se puso de pie—. ¡Hasta mañana! —Salió flotando silenciosamente por la puerta. Robert estaba exhausto y algo triste, pero también feliz y tranquilo. ¡Lo había tocado, lo había elogiado! No, parecía haberlo dicho sinceramente; le gustaba así. Todavía le confundía la idea de que ella hubiera querido excitarlo con su cuerpo y que hubiera querido verlo masturbarse. Al principio descartó la idea, pero luego pensó de nuevo en Tess y recordó el pasado. Recreó la situación actual en su mente y tembló de emoción al darse cuenta de que ella realmente decía lo que pensaba.

Al día siguiente esperó en vano; ella no llegó. Empezó a pensar que se había olvidado de él o que había cambiado de opinión, y pasó toda la tarde merodeando por el cobertizo de botes, hecho un desastre. Cuando el sol ya estaba muy bajo, regresó a casa a paso ligero y se fue a su habitación sin comer, para asombro del pianista y de su madre. Negó con la cabeza y dijo: «No, no, todo está bien», pero luego subió rápidamente a su habitación y sollozó desconsoladamente sobre la almohada.

Había regresado. Desde lejos la vio entrar en el cobertizo para botes y se zambulló en el agua, una dicha que le dio alas, y nadó y se zambulló en el cobertizo como si estuviera ebrio. Su expresión de sorpresa se iluminó cuando él asomó la cabeza a la superficie.

Ella rió y dijo: “¡Pensé que no vendrías!” y sonrió mientras se quitaba la ropa rápidamente. Robert sonrió para sí mismo y la miró; ¿qué edad tendría? Podría tener 18 o 28 años, no lo sabía. Mientras se quitaba lentamente el sujetador, lo miró de una manera tan extraña que sintió una extraña sensación en el corazón. Luego se bajó las bragas, levantó las piernas y se las bajó hasta los pies. Sonrió al ver su mirada expectante. Después se estiró y se extendió, acariciando suavemente sus pechos y caderas. Se sentó como una chica pin-up de los años 50 y lo miró. Él se agarró al suelo con una mano y la observó, conteniendo la respiración. Su mirada se desviaba constantemente hacia su estrecha hendidura, y su erección se hizo fuerte. Bajó una mano hasta su pene y lo sujetó con firmeza. Simplemente inquebrantable; podría haberla mirado así durante el resto de su vida. Sus ojos lo exploraron con curiosidad, y una ceja se alzó, bajó y volvió a alzarse.

Robert aún no estaba seguro de si lo que se había dicho anteayer seguía siendo cierto hoy. Pero su mirada le decía lo que esperaba de él. Lentamente, levantó una pierna y la apoyó en el borde del bote; su muslo se deslizó suavemente hacia un lado, revelando su hendidura ligeramente entreabierta. Su mirada era firme y exigente mientras pasaba la mano por su estómago y, muy brevemente y sin ambigüedad, por sus labios vaginales. Sus dedos separaron suavemente sus labios vaginales, luego levantó la mano e hizo ese mismo gesto provocativo y obsceno de nuevo. Robert se acarició lentamente, luego con más y más intensidad, y apoyó la cabeza inclinada, la frente apoyada en la mano que lo sujetaba al suelo. Se estremeció y tembló al llegar al clímax, pero cuando levantó la vista, vio sus ojos brillantes.

Ella le hizo señas para que se acercara, diciendo: “¡Sí, vamos, acércate aún más!” y luego, “¡Vamos, siéntate aquí!”, señalando el suelo de madera a uno o dos metros de ella. Él se impulsó, salió del agua desnudo como estaba, y ella le indicó que se sentara. Cuando estuvo sentado justo frente a ella, ella abrió las piernas y le dijo que podía mirar, reclinándose hacia atrás. Él bajó la mirada a la altura de sus ojos, hacia su hendidura, que ella acarició con los dedos, separando también sus labios vaginales. Ella observó, fascinada, cómo su pene despertaba lentamente de su estado flácido, poniéndose semierecto y luego completamente erecto. “Hazlo otra vez”, dijo, “hazlo otra vez, ¡me gusta verte!”

Extendió la mano hacia su pene y la miró con curiosidad. Ella asintió con entusiasmo. “¡Sí, por favor, hazlo por mí!”, respondió, y comenzó a masturbarse muy lentamente. Ella observó fijamente su pene y su masturbación, mientras él observaba fijamente su vulva, sus labios y los dedos que jugaban inquietos y nerviosos con su clítoris. Cuanto más se masturbaba, más deliberadamente el dedo de ella rozaba su clítoris, que, visto de cerca, era aproximadamente el doble de grande que el de Tess. Se masturbaba deliberadamente, observándola atentamente, porque la estimulación de su clítoris se volvía más intensa cuanto más tiempo continuaba. Después de un período relativamente largo de estimulación del clítoris, ella de repente echó la cabeza hacia atrás, un rápido trino en su clítoris, y tuvo un orgasmo, contenido y muy controlado, mirándolo directamente a los ojos. Robert vio el brillo en sus ojos.

Se masturbó rápidamente y eyaculó en su dirección, salpicando el suelo con su semen. Ella encogió los pies para evitar mojarse. Le sonrió con ojos brillantes y le preguntó si le parecía bien. Él asintió con vehemencia, con un nudo en la garganta. Ella se puso el traje de baño, le dedicó un dulce asentimiento y, al marcharse, dijo: «¡Bueno, nos vemos mañana!». Él nadó de vuelta, subió a su habitación con paso ligero y estaba tan feliz que casi abrazó a la pianista.

Al día siguiente, él ya estaba en el agua cuando ella llegó. Se desnudó rápidamente, se sentó en su rincón soleado y le hizo señas para que saliera. Le dedicó un gesto de aprobación, abrió bien las piernas para que él pudiera verla bien y volvieron a masturbarse juntos. Una vez más, él retrasó su eyaculación hasta que ella tuvo un orgasmo, y él eyaculó después. Como era su primer orgasmo del día, eyaculó lejos, su semen impactando su vulva con precisión milimétrica, al igual que el segundo chorro; el resto cayó al suelo. Ella se levantó rápidamente y se lavó, pero le sonrió con picardía.

Entonces se sentó muy cerca, justo enfrente de él, y le dejó mirar de cerca, observando cómo su pene se endurecía de nuevo. Después de unos minutos, lo miró con curiosidad y se acarició el clítoris. Él asintió con placer e inmediatamente comenzó a masturbarse de nuevo. Ella se acercó aún más hasta que sus pies quedaron detrás de él, y a la distancia de un brazo, se masturbó, con la mirada fija en su pene, y de nuevo tuvo un orgasmo con total control y sin ninguna lucha violenta. Luego lo observó masturbarse

hasta que se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular. Separó sus labios vaginales con ambas manos y sonrió de forma seductora, dejando que eyaculara directamente sobre su vagina abierta. Después, saltó al agua y se lavó. Una vez que se puso el traje de baño, besó a Robert, que estaba sentado, en la coronilla y le susurró: "¡Hasta mañana, cariño!" y se fue a la playa. Esas fueron las únicas palabras que se dijeron. Robert estaba tan feliz que casi se olvidó de nadar.

Él ya estaba en el cobertizo de botes a la hora del almuerzo cuando ella llegó. Como ayer, se desnudó sin decir palabra, y se sentaron uno frente al otro, sonriendo con expectación y cariño. Ella comenzó a masturbarse, y él esperó un buen rato hasta que ella estuvo a punto de llegar al clímax, y luego se acercó un poco más. Su erección rozó sus labios vaginales, y ella se detuvo de inmediato. Él se acercó aún más, y su pene se deslizó en su abertura vaginal. Ella suspiró y lo miró a los ojos con sorpresa, pero lo rodeó con los brazos por las caderas, y Robert sintió cómo ella lo atraía hacia sí. Ella lo deseaba; él lo percibió claramente y la oyó susurrar suavemente que podía follarla y eyacular dentro de ella, que era completamente seguro. Ella lo besó varias veces en la boca y susurró con voz ronca: "¡Vamos, follemos!".

Su pene estaba prácticamente dentro de su vagina, pero él aún dudaba. Ella le mordisqueó el lóbulo de la oreja y le susurró que lo deseaba y que él podía eyacular profundamente dentro de ella, eso era lo que quería, ¡sí, de verdad! Su deseo susurrado lo asombró; ella continuó susurrando, animándolo, convencida de que él nunca lo había hecho antes. Ese era el atractivo especial que, después de dos semanas de abstinencia, la llevó a seducir a este chico, a susurrarle palabras de amor lujuriosas al oído. Él la agarró de las nalgas y la levantó sobre su regazo, su pene deslizándose fácilmente en su vagina cálida y húmeda. Ella lo abrazó con fuerza y apoyó la cabeza en su hombro. Él comenzó a follarla, y ella suspiró y gimió de placer mientras él la embestía suave pero poderosamente. Ella lo miró a los ojos sorprendida mientras temblaba ligeramente, su vagina traicionando su orgasmo con un suave y continuo espasmo. Ella seguía mirándolo con ojos estrellados; él eyaculó al instante, y ella sintió su semen caliente correr dentro de ella. Permanecieron inmóviles, abrazados, durante varios minutos, y ella besó las mejillas, el cuello y el hombro del niño pequeño, al que superaba en altura por más de una cabeza.

Robert sintió que su pene aún estaba bastante rígido dentro de su vagina y dejó que sus manos recorrieran su espalda hasta sus nalgas. Luego la penetró muy suave y lentamente para darle tiempo a su pene a endurecerse. Ella se sorprendió completamente cuando sus miradas se cruzaron; asintió afirmativamente y voluntariamente dejó que la penetrara. La segunda vez, duró mucho tiempo, y ella notó que él se estaba cansando un poco. Su mano se deslizó hacia abajo, sus dedos acariciando su clítoris, y rápidamente llegó al clímax. Lo miró a los ojos de nuevo, y él sintió el ligero temblor y estremecimiento de su orgasmo. Cuando disminuyó, sus dedos agarraron su pene, y lo sostuvo de manera que no penetrara completamente, sino que solo estuviera parcialmente dentro de su vagina. Con profesionalismo experimentado, masturbó su pene, ya que él ya estaba muy cansado, y observó su rostro. Pronto se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular y retiró su mano. Dio dos o tres embestidas profundas y eyaculó y eyaculó hasta que no salió nada más. Permanecieron sentados, exhaustos y abrazados, y ella sintió cómo su pene se encogía dentro de su vagina.

Con un gesto que denotaba gran experiencia, ella sacó su pene de su vagina y saltó al agua para lavarse. Al salir, se agachó junto a él y lo besó en la boca. Robert dijo que aún no sabía besar a la francesa, y ella sonrió y le enseñó. “Soy Rikki”, dijo, “estudio historia en Múnich y tengo 26 años”. Él dijo que era Robert, de 16 años y estudiante, de vacaciones con su madre y su... eh, amante, XY, el famoso pianista. Estaba un poco avergonzado porque se había hecho pasar por mayor. Continuó mintiendo, diciendo que no tenía mucha experiencia y que solo había visto a su primo desnudo masturbándose un par de veces, pero que él había podido masturbarse desde los 9 años y que a veces lo hacía varias veces al día.

Pero también mentía cuando decía que había aprendido a masturbarse alrededor de los nueve años y que lo hacía todos los días, generalmente antes de levantarse, rara vez más de una vez. Decía que había perdido la virginidad a los 17 y que solo se había acostado con cuatro hombres hasta el momento; no tenía novio, estaba trabajando en su tesis doctoral y no tenía tiempo para uno. Pero a veces surgía el tema de una masturbación casual; en la escuela, decía, había hecho muchas, sin duda más de 150, la primera vez cuando tenía 12 o 13 años. Casi todo esto era cierto, excepto lo de los cuatro amantes. Había estado financiando sus estudios durante unos tres años trabajando como escort; era hermosa, joven y edu-

cada, y probablemente se había acostado con más de 200 hombres. Pero no quería contárselo.

Estaba completamente feliz y pasó las siguientes horas imaginando cómo sería todo, cómo sería todo diferente, si tuviera tan solo unos años más. Pero toda esa fantasía fue en vano; al día siguiente las maletas estaban hechas y se iban a casa. Le habría encantado esperar hasta el mediodía e ir al cobertizo de botes para despedirse, darle un beso de despedida un tanto torpe y jurarle fidelidad eterna; pero las maletas estaban hechas, el taxista parecía impaciente y nervioso, y su madre lo mandó subir dos veces para comprobar si se les había olvidado algo.

Después de su primera vez con Woodstock, Robert pasó semanas preguntándose cómo podría acercarse a Tess. Entonces, un día, simplemente sucedió. Como todos los días, pasó por la casa donde vivían Tess y su madre de camino a casa después de la escuela, pero aparentemente no había nadie. Miró hacia arriba y allí estaba Tess acostada en la cama, completamente desnuda y sin aliento. Se quedó vacilante en el umbral, preguntándose qué decir, porque supo de inmediato lo que acababa de interrumpir. A Tess no pareció molestarle, palmeó el colchón junto a ella y le dijo que se sentara. Él se sentó a su lado, y ella tragó impacientemente una de sus pastillas, esperando a que él finalmente dijera lo que quería. Robert la miró seriamente y luego soltó que quería tener sexo con ella. Tess casi se atragantó. Para entonces tenía casi 17 años, estaba embarazada y era adicta a las drogas. Él era el pequeño Robert, bueno, habían jugado a juegos de niños, pero eso era todo.

¿Qué quieres, aparearte conmigo?

Robert tragó saliva y asintió. Tess, que ganaba su dinero para drogas principalmente con felaciones o prostitución ocasional y que ni siquiera sabía con exactitud quién era el padre de su hijo por nacer, estaba asombrada por la descarada audacia del pequeño, pero ahora sentía un gran respeto por su valentía. Se pasó la mano por el vientre y le preguntó cómo se lo había imaginado. Robert se lo explicó con detalle, y ella sonrió, porque no era eso lo que quería decir; ya podía follar bastante bien sola. Robert permaneció en silencio. ¿Que era tan joven? ¿Y cuándo tuviste sexo por primera vez? Tess pensó un momento. Ni siquiera tenía 14 años entonces. Robert sonrió. Ah, ¿y se supone que soy demasiado jo-

ven? Le acarició el vientre, le rozó los muslos. “No quiero hacerte daño”, dijo, palpándole la vulva. “Ya tengo edad suficiente y simplemente lo deseo. Y no quiero hacerlo con nadie más que contigo. Ya nos conocemos y eres la persona más querida y hermosa para mí.” Él tocó y acarició suavemente sus labios vaginales.

Tess se sintió halagada, pero no lo demostró y preguntó si de verdad era su primera vez. Robert mintió: sí. Tess pensó durante un buen rato. Robert había interrumpido su masturbación vespertina antes, y ella en realidad quería continuar. Durante su embarazo, siempre estaba cachonda, increíblemente cachonda, y tenía mucho tiempo para satisfacer ese deseo. Bueno, si no podía continuar sola, entonces lo haría con Robert. Sí, maldita sea, ¿por qué no? No era incesto, solo eran primos políticos. Miró a Robert y asintió. ¡Sí, vamos entonces!

Robert se desnudó rápidamente y se acostó junto a Tess. Ella le acarició la cara y el pelo, lo besó en la boca y le dijo que la primera vez era muy importante; que debía ponerse cómodo para que fuera una experiencia maravillosa. Lentamente, recorrió su cuerpo con los dedos y sostuvo brevemente su pene semierecto en la mano. Luego se deslizó hacia abajo y tomó el pene de Robert en su boca, jugando con él con sus labios y lengua hasta que estuvo completamente erecto. Hizo una pausa por un momento y luego dijo que no podía acostarse boca abajo por el bebé, pero que pensaría en algo. Rápidamente, tomó dos almohadas y las apiló una encima de la otra, luego se acostó boca arriba sobre ellas. Robert se quedó de pie junto a la cama porque entendió: de esa manera, su vagina estaba a la altura adecuada.

Tess se acomodó en las almohadas y susurró: “¡Vamos!”. Luego flexionó las rodillas y separó bien los muslos. Robert se quedó de pie frente a la cama, admirando su hermoso cuerpo. Era una chica muy guapa, pero las drogas ya habían empezado a desfigurar sus rasgos. Sus pechos eran impecables, su pequeña barriga de embarazada le sentaba de maravilla, la cual se había afeitado a la moda dejando solo una pequeña franja de vello. Sus labios vaginales eran de un delicado rosa, y un pliegue de piel cubría su pequeño clítoris erecto, a pesar de que estaba bien abierta. Le vinieron a la mente Woodstock y Rikki, y por un momento sintió una punzada de culpa hacia ella, pero apartó todos esos pensamientos. “Eres una chica preciosa”, le dijo a Tess, y ella supo que lo decía en serio.

“Vamos”, dijo ella con impaciencia y un poco bruscamente, porque no podía decirle que llevaba horas trabajando en su pobre clítoris, que seguía irremediablemente cachonda y que ahora esperaba con ansias el siguiente orgasmo.

Robert se acercó lentamente y solo tuvo que agacharse un poco más para que su pene quedara en la posición correcta. Tess cerró los ojos mientras Robert entraba lentamente en ella. ¡Qué diferente era el coño de Tess! Mucho más suave y ancho que el apretado agujero de Woodstock, a pesar de que Tess era mucho más delgada. La vagina de Rikki también era más estrecha y firme que la de Tess. Tess hizo algunos movimientos y lo animó a que finalmente lo hiciera. Robert obedeció y se aferró a las rodillas de Tess mientras la follaba. Tess se relajó, Robert la miró a la cara, que aún se contraía ligeramente después de la penetración. Tess le susurró que continuara, Robert fue más rápido. Agarró su pene con ambas manos y lo provocó con los dedos. Podía correrse, añadió, estaba embarazada, y se rió a carcajadas. “¡Vamos, correte, lléname, lo necesito tanto!” Y así sucesivamente, sus falsos arrebatos de emoción resonaron, y luego se agarró el estómago con ambas manos al ver que sus ojos se abrían de par en par con un puchero. “¡Corre ya, maldita sea!”, maldijo, separando sus labios vaginales con los dedos. Él eyaculó de inmediato, penetrando profundamente en ella, y continuó eyaculando, contrayéndose, empujando y eyaculando hasta que terminó. Luego, jadeando con fuerza, se acostó junto a Tess.

Tess le preguntó si su primera vez había sido buena, y Robert respondió con sinceridad: mejor que nunca. Tess le preguntó si había disfrutado viéndola masturbarse en aquel entonces, y Robert dijo que sí, que lo había excitado mucho y había sido muy placentero. ¿Le gustaba cuando las chicas se masturbaban? Respondió que no lo sabía, ya que ella era la única que había visto masturbarse. Tess susurró más, preguntándole si sabía que las mujeres podían tener orgasmos mucho más a menudo que los hombres, y Robert asintió. Tess asintió, sintiéndose segura de sí misma. Dijo que ella también podía tenerlos muy a menudo cuando estaba llena de deseo, y entonces apenas podía parar. Robert dijo adormilado que quería dormir unos minutos, y Tess le acarició suavemente el cabello. “Solo duerme, mi pequeño amante, solo duerme”, dijo.

Tess no sintió un desagradable recuerdo de haber dejado que Robert la observara antes, pero en general, consideraba la masturbación algo muy íntimo y no quería que la viera en ese momento. Le susurró un beso en la frente y esperó a que se durmiera profundamente, respirando hondo. Entonces se tocó a sí misma de forma juguetona y silenciosa. Fantaseó, se excitó con sus fantasías y se acarició lentamente y con placer, masturbándose suavemente y deteniéndose de inmediato, solo para continuar excitándose en silencio. Robert, que se había despertado, la observó en secreto y volvió a tener una erección. Ahora se giró hacia ella y volvió a dormirse.

Tess vio su erección y se detuvo de inmediato. Quería sentirlo dentro de ella otra vez y lo tocó suavemente. Robert despertó y la miró con curiosidad. No dijeron ni una palabra, luego Tess se puso a cuatro patas y le ofreció sus nalgas de forma tentadora. Robert lo entendió y se arrodilló detrás de ella, luego guió su pene hacia su vagina con una mano bajo sus nalgas. No fue fácil, porque Tess estaba muy excitada y su vagina estaba hinchada. La folló, mientras ella gemía suavemente para sí misma, de la misma manera que Woodstock. Sacó su pene casi por completo y lo introdujo muy rápido y profundamente. La folló muy despacio, disfrutando de cada embestida y acariciando sus hermosas nalgas, mientras ella acariciaba su clítoris. Estaba muy cerca del orgasmo cuando Robert sintió su dedo palpitante frenéticamente. Ya no pudo contenerse y eyaculó, eyaculando profundamente dentro de la vagina de Tess, sintiendo cómo su vagina absorbía el semen y lo exprimió hasta que no salió más, luego se dejó caer sobre sus talones. Tess estaba lejos de haber terminado y continuó como poseída, echando la cabeza hacia atrás de repente y gimiendo de éxtasis mientras su vagina trabajaba, expulsando su semen y el líquido que corría por su muslo. Estaba bastante decepcionada porque había terminado demasiado rápido y no la había satisfecho, pero probablemente él lo aprendería con el tiempo.

Robert durmió unos minutos mientras Tess exprimió un poco de jugo en la cocina y llamó a su madre para decirle que estaba sola y que le encantaría que Robert se quedara con ella hasta mañana; era hábil y le vendría bien una mano amiga. Apenas lo dijo, sonrió al comprender el doble sentido de sus palabras, pero la madre de Robert estaba encantada de que su inútil fuera necesario en otro lugar y de tener una tarde de sábado libre con su pianista.

Luego, Tess volvió arriba para seguir teniendo relaciones sexuales con Robert.

A Robert no le gustaba especialmente la postura del misionero con almohada ni la postura del perrito. Le pidió a Tess que se acostara de lado y la penetró por detrás en esa posición. A ella le gustó porque le dejaba las manos libres, lo que le permitía masturbarse mientras la penetraban o sujetarse la barriga de embarazada con ambas manos cuando Robert estaba a punto de llegar al clímax y la penetraba con furia. Esta se convirtió en su postura favorita porque era placentera para ambos. Robert disfrutaba mucho de poder penetrarla profundamente, algo especialmente importante para él al eyacular. Tess se masturbaba todo el tiempo y tenía frecuentes mini-orgasmos. Cuando Robert solo lograba penetrarla con dificultad al tercer o cuarto intento, ella metía la mano en lo profundo y lo masturbaba hasta que eyaculaba.

Robert había aprendido mucho sobre la masturbación femenina gracias a Rikki y lo había intentado. Sorprendió a Tess cuando apartó sus dedos y ella comenzó a masturbarse. Al principio, fue suave y tierno, diciéndole que se recostara y se relajara por completo. Ella obedeció, porque la forma en que lo hacía se sentía maravillosa. Pronto se volvió más intenso, y Tess jadeó y gimió de placer. Continuó aumentando la intensidad, y ella protestó diciendo que ya era suficiente, pero él no cedió y la sujetó con firmeza, aunque ella quería parar. Entonces la llevó al clímax. Ella jadeó, gimió, chilló y gritó, porque nunca había experimentado un orgasmo tan intenso. En lugar de detenerse bruscamente, como solía hacer, él continuó acariciándola con mucha suavidad hasta que sus espasmos involuntarios disminuyeron. Ella yacía allí exhausta y simplemente dijo: “¡Guau! ¡Eso fue increíble!”. A partir de entonces, le permitió masturbarla más a menudo, porque después, se sentía completamente satisfecha por un tiempo. A ella le gustaba mucho tener relaciones sexuales en la posición de lado, y si él podía, tenían relaciones sexuales varias veces seguidas.

Solo se veían cuando Tess estaba sola en casa. A veces ella lo masturbaba cuando no quería tener sexo. Su vientre creció rápidamente y pronto rara vez se atrevía a tener sexo con él, prefiriendo chuparle el pene. Robert no se sorprendió; se sentía muy bien y era un buen sustituto. Que Tess tragara su semen lo desconcertó al principio, pero luego se acostumbró. Después de todo, ella tam-

bién chupaba los penes de sus clientes. La mayoría de las veces, sin embargo, cuando estaba a punto de eyacular, se le permitía introducir la punta de su pene en su vagina después de haberla chupado, y podía penetrarla suavemente con él y eyacular dentro de ella. Tess solo le permitía penetrarla muy suavemente y a cámara lenta, porque tenía mucho cuidado de que no la penetrara bruscamente y lastimara a su bebé al eyacular.

El bebé llegó demasiado pronto, de repente. Tras el parto difícil y las cirugías posteriores, Tess se volvió infértil, delgada y triste. Él visitó a su prima en el hospital, pero no volvieron a verse durante muchos meses. Ella tenía problemas de salud y económicos, y su padrastro la presionaba para que finalmente se casara con su admirador de toda la vida, a quien consideraba un idiota. Casi medio año después, Tess llamó a Robert y le preguntó si podía ir a cuidar al bebé.

Por supuesto que podía.

Corazones fríos

von Jack Faber © 2006

Durante sus estudios de medicina, Fred trabajaba como embalsamador y, ocasionalmente, como vigilante nocturno en la morgue. Le pagaban muy bien y, durante el turno de noche, podía estudiar sin interrupciones. Pronto descubrió cuándo venía el profesor a visitarlo. Entonces se sentaba junto a la puerta trasera y fumaba pensativo hasta que oía acercarse al profesor. Luego hacían la ronda juntos, tachando los fallecidos de la lista. Como siempre, no faltaba ni un solo cuerpo; todos estaban a salvo en las cámaras frigoríficas. Fred sabía que estaban todos allí, pero el trabajo le reportaba un buen sueldo. No podía imaginar cómo su predecesor, un pobre borracho, podría haber perdido un cadáver, ni quién podría haber usado un cuerpo como decoración o para cualquier otra cosa.

La siguiente vez, se sentó a fumar durante un buen rato antes de que llegara el profesor, con la mente puesta en una vieja película muda. Siempre se trataba de poder, de dominar a alguien.

Vivía solo con su madre en un pequeño y humilde apartamento; siempre tuvieron muy poco dinero, y desde que empezó a estudiar y a ganar algo de dinero, la obligó a limpiar para que ella también ganara un dinero extra.

Desde pequeño, preguntaba dónde estaba su padre, pero ella permanecía obstinadamente en silencio. Cuando era pequeño, le permitían dormir en su casa, y ella lo observaba mientras el niño jugaba emocionado con su cola. Luego apagaba la luz con firmeza: ¡Shhh!, ¡a dormir! Cuando empezó el colegio, primero tuvo que dormir en su propia cuna y, de nuevo, no obtuvo respuesta sobre dónde estaba su padre.

A los doce años, aprendió a masturbarse con sus amigos, pero su madre lo regañó y le ordenó que lo hiciera en la bañera y se lavara en lugar de ensuciar la sábana. Él se doblegó ante su autoridad y obedeció, incluso cuando ella le ordenó que dejara la puerta del baño abierta. Parecía disfrutar de su poder sobre él, y mientras él se masturbaba de pie, de espaldas a la pared en la bañera, ella

no le quitaba los ojos de encima. Por supuesto, pronto descubrió que ella se estaba dando placer a escondidas bajo la sábana. Su hombro y su brazo delataban sus movimientos, aunque él no sabía exactamente qué estaba pasando.

Por esa época, se enteró de lo que le había pasado a su padre. Su madre llegó a casa bastante borracha después de una de sus raras salidas nocturnas con las chicas, y él logró que admitiera que ella misma no lo sabía. A los 16 años, aún virgen, había estado en un festival en una carpa donde la emborracharon. Después, los chicos la llevaron detrás de la carpa, donde se turnaron para tener sexo con ella en la hierba. Debieron ser entre 12 y 15 los que participaron en la orgía a lo largo de la noche. Sorprendida, dijo que no había sentido que se le rompiera el himen, pero que había experimentado orgasmos maravillosos una y otra vez, que disfrutó muchísimo. Fred se entristeció un tiempo, porque sabía tan poco como antes, pero nunca volvió a sacar el tema.

Más tarde, mientras se masturbaba, cambió de postura y se sentó en el borde de la bañera; era cómodo y podía descansar a ratos antes de continuar. También podía vigilarla, al igual que ella a él, y oír sus suspiros y gemidos suaves mientras se movía. Normalmente, después ella se levantaba e iba al baño; él la veía desnuda al pasar y entonces eyaculaba violentamente.

Tenía casi 16 años, le estaba saliendo vello en las axilas y alrededor del pene. Su pene también había aumentado de tamaño debido a la masturbación frecuente, y podía masturbarse muchas veces seguidas.

En verano, su prima Inga se mudó con ellos y se quedó unas semanas mientras sus padres viajaban a Grecia. Aunque rondaba los veinticinco años, era hiperactiva y, por desgracia, tenía una discapacidad intelectual considerable. Era rubia y menuda, mucho más baja que Fred, jorobada e increíblemente delgada. Su cuerpo huesudo era musculoso, y se le podían contar las costillas de lo delgada que estaba; sus pechos eran pequeños y puntiagudos. Casi no tenía vello púbico y su vulva, profundamente hinchada y desnuda, tenía labios mayores grandes y marrones, como Fred pronto descubrió, aunque quizás esto se debía a la masturbación frecuente. Que la madre de Fred a veces se despertara por la mañana y encontrara a Inga masturbándose, y le acariciara la cabeza mientras

llegaba al orgasmo, era uno de los pocos rasgos amables de esta mujer amargada y solitaria.

Después de que su madre, inexplicablemente, le confesara a su llegada que él siempre se masturbaba en el baño, Inga iba allí a verlo todos los días y aprovechaba cualquier oportunidad para excitarlo con comportamientos lascivos. Inga observaba con atención absorta cómo él se ponía erecto cuando ella se quitaba el vestido y se quedaba desnuda frente a él, con su hendidura expuesta de forma torpe e infantil mientras lo observaba masturbarse. Su madre observaba impasible desde la cama, ya que el primer día le había revelado a Fred que Inga era infértil, lo que, tras reflexionar un poco, él interpretó como una invitación. Fred comenzó tocando los pequeños senos de Inga y frotando su pene contra su cuerpo desnudo. Inga jugó con su pene durante un buen rato antes de finalmente masturbarlo, sonriendo con una boca torcida. Era evidente que lo hacía muy bien, y Fred lo disfrutaba enormemente; quería eyacular más a menudo que nunca.

Durante los primeros días, se conformó con la masturbación manual, pero luego quiso más. Además, su excitación se volvió abrumadora, especialmente después de que ella lo llevara a un clímax fantástico. Vació el agua de la bañera y se tumbó desnuda para masturbarse. Fred, por supuesto, había observado los movimientos de su madre a diario y a veces vislumbraba movimientos sombríos en la oscuridad bajo la sábana, pero sus ojos casi se salieron de sus órbitas la primera vez que Inga, con una sonrisa tonta, comenzó a acariciar su clítoris entre sus muslos bien abiertos. La piel alrededor de su clítoris ya estaba de un rojo oscuro por todo el roce, y estaba tan obsesionada con el orgasmo que se frotaba el clítoris constantemente, llegando al clímax repetidamente y luego continuando. Pronto se dio cuenta de que ella también se masturbaba tan a menudo como le era posible. Allí estaba ella, acurrucada en la bañera, frotándose rápidamente el clítoris y sonriéndole. Con avidez, Fred se arrodilló e intentó penetrarla, pero ella se resistió y negó con la cabeza. Estaba perplejo e intentó varias veces sin éxito, pero solo cuando ella finalmente comenzó a tener un orgasmo intenso pudo aprovechar su aturdimiento y penetrarla. Su pequeña vagina era muy, muy estrecha. Ella se sobresaltó y agarró su pene con tanta fuerza que quedó medio atascado dentro y no podía moverse. A medida que su orgasmo disminuía, aflojó el agarre y la eyaculación llegó por sí sola. Exhausta e impotente, le per-

mitió penetrarla por completo y eyacular dentro de ella. Fred se rió histéricamente. ¡Su primera vez, con una chica tonta!

Fred pronto descubrió que a ella le gustaba mucho que la follaran si él la masturbaba vigorosamente antes. Sí, le encantaba cuando la sujetaba y la masturbaba brutalmente; ella gemía y se quejaba de excitación y luego explotaba de verdad. Después, estaba tan exhausta que él podía montarla inmediatamente. Su rostro adquirió una expresión ligeramente asustada, aunque no tenía miedo de que la follaran. La follaba tan fuerte y tan profundo como podía penetrarla. A ella le encantaba ese miedo, y a él le encantaba el poder; disfrutaba plenamente de su poder cuando ella jadeaba y se estremecía durante esa intensa follada. Ella gemía, pero sonaba a satisfacción. Solo cuando él se enderezó para eyacular abrió los ojos con una anticipación infantil. Pero no pudo mantener esa tensión por mucho tiempo y se aferró a él con fuerza. Jadeó de anticipación cuando él deslizó su mano bajo sus nalgas y presionó su pelvis firmemente contra su pene, pero ahora no pudo evitarlo; su vagina se abrió suave y ampliamente. Él se deslizó aún más adentro y sintió una suave resistencia. La sujetó firmemente por las nalgas con ambas manos y continuó follándola, eyaculando chorro tras chorro dentro de ella. Sintió una satisfacción triunfal al ver su expresión, que de alguna manera le recordaba a un conejito. La madre parecía indiferente a lo que los dos hacían en el baño; mantenía los ojos cerrados, su mano danzando bajo la fina sábana. La sábana ocultaba sus acciones, razonó, y no le importaba si sus movimientos se podían discernir por el movimiento de la sábana. A veces la sábana se movía con cada movimiento, y Fred podía observar vagamente su masturbación. Lo dejó así, dejándola creer que su secreto estaba a salvo.

Pero cuando terminaba su acto secreto y, por su expresión, se daba cuenta de que estaba a punto de eyacular, a veces saltaba y, desnuda como estaba, irrumpía en el baño. Actuaba con mucha hipocresía, regañando y maldiciendo juguetonamente, pero con orgullo les permitía a los dos admirar su desnudez. Al fin y al cabo, era una mujer joven de casi cuarenta años, con el pelo oscuro hasta los hombros enmarcando su rostro, que rara vez se mostraba alegre. Le encantaba acariciar sus grandes pechos, pesados y llenos. Su cuerpo y piernas eran esbeltos, y sus caderas estrechas, de modo que sus nalgas parecían más grandes de lo que realmente eran. Su zona púbica apenas tenía vello, ya que siempre lo recorta-

ba cuidadosamente, dejando la hermosa hendidura completamente expuesta. Cuando acababa de terminar su juego pecaminoso —como acababa de hacer— sus labios vaginales, colgando de su hendidura, también eran claramente visibles. Y le gustaba que la miraran y la admiraran; a menudo sus dedos rozaban sus labios vaginales como por accidente. Que era muy activa sexualmente y se masturbaba al menos una vez al día, pensó que podría ocultárselo durante mucho tiempo. Luego se calmaba, volvía a la habitación con un movimiento de caderas y murmuraba que de todos modos no podía pasar nada, ya que Inga era infértil. Por lo general, después de masturbarse, se sentaba desnuda en la cama, con las piernas despreocupadamente dobladas a un lado, observándolos a los dos con ojos brillantes. Fred siempre se excitaba y sentía lujuria al ver sus genitales desnudos.

Inga lo apartó de inmediato, todavía algo asustada de dejar que la follara tan abiertamente delante de su madre, y el resto de su semen salpicó sus muslos. Vaciló unos instantes entre el miedo y la lujuria, y luego comenzó a masturbarse con timidez. La madre estaba sentada desnuda en la cama, observando a Inga masturbarse con ojos febriles, mientras Fred tenía que tomar un respiro. La madre y él se miraron fijamente y con agresividad a los ojos. Por un momento, ella jadeó en busca de aire y rodeó sus pesados pechos con un brazo, subiéndose la manta hasta las rodillas con la otra mano, tratando de resistir su mirada insolente hacia su desnudez. Estaban enfrascados en una lucha de poder. Durante años, él había encontrado injusto que ella pudiera verlo masturbarse y follar con él, mientras ella intentaba mantener en secreto su propio placer. Mes tras mes, la observaba masturbándose en secreto bajo las sábanas mientras él se masturbaba en el baño. Mes tras mes, la deseaba más y más, posponiendo cobardemente la decisión de cuándo la tomaría.

Se sentía desafiante y agresivo con su madre y la hacía sentir que quería hacerle todo lo que le estaba haciendo a Inga. Pronto Inga se retrajo por completo y no pudo parar, continuando masturbándose con una expresión vacía. Al instante, se aprovechó de ella, pues ahora no tenía intención de resistirse. La sujetó brutalmente y, a pesar del violento temblor que precedió a su orgasmo, forzó su pene en su vagina apretada y contraída. Se quedó boquiabierto mirando los pechos desnudos y los genitales expuestos de su madre mientras sujetaba a Inga con firmeza y la penetraba deli-

beradamente, lentamente. La miró con una mirada que delataba su intención de volver a penetrarla ese mismo día. Inga se aferró a él y movió su cuerpo torpemente, intentando que eyaculara rápidamente. Su rostro, ya de por sí poco atractivo, se contorsionó gradualmente en una mueca estúpida, y entonces alcanzó el orgasmo. La sensación de desmayo le impidió llegar al orgasmo, y miró con orgullo y altivez a los ojos de su madre mientras continuaba penetrando a Inga deliberadamente. Sus ojos delataban que pretendía acostarse con ella de nuevo ese día. Su madre lo vio en sus ojos y supo instintivamente que estaba a punto de hacerlo. Se estremeció al pensarlo y se levantó con incertidumbre para cerrar la puerta del baño.

¡Tenía que tomar el poder de alguna manera! Después de un rato, saltó de la bañera y abrió la puerta de golpe, porque quería que ella presenciara la lucha y el sexo. Luego, con su pene erecto, se acercó a su madre, le arrancó furiosamente la manta del cuerpo y la arrojó descuidadamente al suelo, dejándola completamente desnuda y vulnerable. Su madre se sonrojó intensamente cuando él la alcanzó en el aire y la miró descaradamente y provocativamente a sus genitales. “Quiero follarte”, traicionó su mirada, y su madre se encogió, colocando su mano protectoramente sobre sus genitales. Levantó a Inga en el baño y la arrojó sobre la cama grande junto a su madre desnuda. Inga corrió hacia su madre, quien la abrazó protectoramente, pero él se subió encima de Inga por detrás, le separó las nalgas con ambas manos y la penetró en la vagina. Se aferró a su madre, a sus pechos y muslos.

Se resbaló, se deslizó fuera de Inga, y cuando intentó volver a entrar, inmediatamente se dio cuenta de que no era su vagina y comenzó a follarla tan rápido como pudo. La madre instantáneamente dejó escapar un grito medio ahogado. Supo al instante que la lucha de poder tenía que decidirse ahora y empujó su pene erecto salvajemente en su vagina. Inga, tumbada sobre sus pechos, lo impidió. Lo miró con furia y empujó a la chica sobre él, de modo que su pene se deslizó hacia afuera. Luchó, agarrando su gran y lleno pecho con una mano y agarrando su cadera con la otra, luego embistió su pene salvajemente en su vagina de nuevo. Ella estaba desgarrada por sus sentimientos y deseos contradictorios; su mitad superior protestó con chillidos y empujó a la chica contra él, mientras que su mitad inferior se regocijó y sus muslos se abrieron tan ampliamente como pudieron. Ella lo empujó hacia atrás con

un fuerte chillido, y él embistió salvajemente en su vagina con un grito. Este salvaje, chillón, grito de follada evolucionó en un ballet cada vez más silencioso; Ella empujó su pene fuera de su vagina, y él la penetró de nuevo. Pronto ambos guardaron silencio; ella empujó hacia atrás, él la penetró. Ambos jadeaban por el esfuerzo; la lucha había durado mucho tiempo. Él sintió la rigidez típica de la preeyaculación; después de unos momentos, eyaculó cada vez que la penetraba. Aunque ella había dejado de empujarlo hacia atrás, él sacó su pene cada vez y lo volvió a introducir en su vagina, eyaculando con cada embestida. Ella aulló y se detuvo en la lucha, con los ojos bien abiertos, y gimió como una niña pequeña todo el tiempo mientras la follaban a fondo. Sintió con precisión cómo Inga presionaba su vagina contra su pene, uniéndose a la acción. Sintió como si los estuviera follando a ambos y folló como un loco hasta que sintió la ardiente aproximación de su orgasmo y eyaculó con mucha violencia. La madre pareció querer detenerlo eyacular y gruñó con rabia, apretando fuertemente los músculos vaginales. Él continuó eyaculando de todos modos hasta que hubo penetrado lo suficiente. Se alegró de que su erección se mantuviera después de eyacular y la penetró profundamente. Inga yacía sobre los pechos de su madre, con las piernas abiertas, y frotaba con excitación su vulva contra la cadera de su madre.

Fred se detuvo y miró a su madre. No estaba seguro de lo que ella quería, pero sabía una cosa: él también lo quería. Apartó a Inga con determinación, pero su madre la abrazó como a un osito de peluche, apretándola protectoramente contra su pecho. Fred ahora tenía una vista clara de la parte inferior del cuerpo de su madre. Le separó las piernas con las rodillas y la penetró rápidamente, a pesar de sus débiles protestas. La miró triunfante a los ojos y comenzó a follarla con vigor. Su mirada se volvió temblorosa, e intentó de nuevo usar a Inga como amortiguador, pero él no se lo permitió. Apartó a Inga y colocó su pequeña mano sobre el clítoris de su madre. Inga inmediatamente comenzó a masturbarla. La madre cerró los ojos y hundió el rostro en el hombro de Inga para evitar mirarlo a los ojos, pero ya no se resistió a su acto vergonzoso.

Continuó follándola sin piedad, encontrándose con su mirada lastimera con triunfo y orgullo. Ella temblaba por completo mientras Inga la llevaba al orgasmo, jadeando y respirando con dificultad, pues pasó mucho tiempo antes de que él eyaculara. “¡No! ¡No!” susurró al unísono mientras él eyaculaba, eyaculaba y eyacu-

laba, eyaculaba y eyaculaba. Intentó ocultar su placer, mirándolo con severidad y dolor, como si quisiera que sintiera que estaba cometiendo un sacrilegio atroz. Él no prestó atención a sus miradas levemente castigadoras, ni a sus protestas susurradas. Parecía gustarle; eso era lo único que importaba. Y que él había prevalecido. Inga estimuló el clítoris de la madre con sus dedos; él la oyó gemir de placer. Su protesta fue muy débil cuando él la penetró de nuevo. Estaba siendo follada maravillosamente por ambos. Jadeó y gimió suavemente, un murmullo lastimero, mientras su cuerpo comenzaba a temblar de nuevo. Sus ojos se abrieron de par en par cuando Inga la llevó al orgasmo una vez más. Después, se quedó allí exhausta, dejando que todo sucediera pasivamente. Él simplemente continuó follándola después de su orgasmo, durante un buen rato, hasta que sintió que estaba a punto de eyacular. Ella lo miró de repente, sobresaltada, al sentir su repentina erección. "¡No! ¡No!"

Sintió su maravillosamente suave y húmeda vagina con cada fibra y la miró triunfante a los ojos mientras explotaba, su chorro espeso y caliente disparándose dentro de ella. Eyaculó dentro, chorro tras chorro, ignorando su débil susurro de "¡No! ¡No!". Bajó la mirada avergonzada y se mordió el labio mientras él eyaculaba, mientras bombeaba durante minutos después, incluso después de haber terminado por completo. Inga había visto todo con los ojos muy abiertos por el miedo, así que él le dio una pequeña palmada en el trasero y le sonrió hasta que ella sonrió con alivio, porque eso era lo que siempre hacía cuando ella había hecho algo bien. Se puso de pie y salió pavoneándose, con el pene balanceándose, sin mirar a su madre. ¡Por fin, por fin, la había follado como es debido!

Al día siguiente, evitó todo contacto visual.

Luego llegaron los días en que, después de tener sexo con Inga, su madre entraba al baño, completamente desnuda, por supuesto, y lavaba a Inga. Presumiblemente, no quería que Inga manchara la sábana en la que dormían las dos mujeres con el semen de Fred. Mientras se inclinaba para lavar a Inga, Fred podía ver claramente sus labios hinchados bajo sus nalgas prominentes. Se apoyó en su espalda y observó por encima del hombro cómo ella lavaba suavemente la vulva y la vagina de Inga. Estaba ansioso por probar el sexo anal. Agarró sus nalgas, las separó y penetró lenta y cuidadosamente su ano, tan profundamente como pudo, y la folló muy

despacio. Parecía gustarle; lo notó por su respiración. No era ni de lejos tan excitante como el sexo vaginal. Sintió su intensa y creciente lujuria antes de eyacular y presionó su pene profundamente entre sus nalgas, que ella movía rítmicamente mientras se lavaba. Se quedó completamente quieto, dejando que ella frotara su pene contra sus nalgas, y pronto eyaculó con placer dentro de ella. Su pene se deslizó hacia afuera y se hundió profundamente entre sus curvas, dentro de su vagina. Ella apretó rítmicamente sus nalgas mientras él eyaculaba, y después, fingió estar molesta y se limpió.

Al día siguiente, a la misma hora, Fred estaba de pie detrás de ella otra vez, guiando cuidadosamente su erección con una mano entre sus nalgas hasta que la cabeza quedó entre sus labios. Pero ella pareció ignorarlo, porque cuando él miró por encima de su hombro, la vio acariciando la vagina de Inga con los dedos, masturbándola. Él puso las manos sobre sus nalgas y separó sus glúteos; ella empujó lentamente hacia atrás hasta que su pene estuvo completamente dentro de ella. Él se quedó inmóvil, sin penetrarla, agarrando sus nalgas y moviéndolas hacia adelante y hacia atrás, esencialmente masturbándola. Su pulgar se desvió hacia su ano, pero él no se dio cuenta. Ella, sin embargo, inmediatamente presionó sus nalgas contra su pulgar y empujó vigorosamente hacia adelante y hacia atrás hasta que él eyaculó profundamente dentro de ella. Cuando terminó con Inga, lo miró como si estuviera enojada y, sin decir palabra, limpió su semen.

Este se convirtió en el último juego que todos parecían disfrutar, repitiéndolo más o menos de la misma manera todos los días. Inga se masturbaba, perdida en su propio mundo. Su madre había sacado deliberadamente sus nalgas, sus gruesos labios abultados bajo su ano. Él colocó su glande entre ellas. La madre soltó a Inga y se apoyó con ambos brazos en el borde de la bañera. Fred se introdujo más profundamente en ella, la cabeza de su pene deslizándose suavemente en su vagina. Agarró sus nalgas con ambas manos y las separó todo lo que pudo, ensanchando su abertura vaginal en el proceso. Con ambos pulgares, separó sus gruesos e hinchados labios y empujó su pene profundamente adentro. De nuevo, movió sus nalgas con ambas manos y la penetró con unos pocos y cuidadosos movimientos. Eyaculó el último resto de su semen en su vagina mientras movía rítmicamente sus nalgas. A Fred no le molestó su mirada exageradamente enojada; ella se lavó sin

decir palabra, y luego se durmieron. Parecía enfadada porque él no había durado lo suficiente.

Por esa época, él también se despertaba cada mañana y observaba, abiertamente y sin disimulo, cómo la madre e Inga masturbaban a la niña juntas, y ella tenía orgasmos una y otra vez. Por las noches, durante su nuevo juego, ella se ponía de pie con las piernas bien abiertas, mostrando deliberadamente sus labios vaginales y su vagina. Él le agarraba las nalgas con ambas manos y las separaba todo lo que podía, ensanchando la abertura vaginal con los pulgares. Luego introducía su pene aún más profundamente en su vagina y la penetraba muy despacio y con suavidad, eyaculando un poco de semen al final. Ella lo soportaba en silencio, completamente absorta en Inga, y no lo interrumpía. Fred creyó notar que ella tenía un orgasmo muy leve mientras la penetraban, pero no estaba seguro. Ella lo miraba con ira y reproche exagerados mientras se limpiaba, porque una vez más él había eyaculado demasiado pronto.

Al día siguiente, mientras Fred lavaba a Inga, apartó uno de los pies de la madre, cada vez más, y sus nalgas y labios se abrieron al separarlos con los pulgares. Se inclinó y vio su vagina abierta y el hermoso clítoris rojo oscuro. Con cuidado, deslizó su pene en su vagina y la sujetó por las caderas mientras la penetraba. Ahora estaba claro: estaba teniendo un orgasmo, y durante el mismo, permaneció inmóvil, descuidando a la pobre Inga. Hizo una pausa mientras la penetraba, sintiendo su orgasmo con su pene; sus piernas temblaban violentamente. Después de que ella tuvo el orgasmo, continuó penetrándola vigorosamente, observando sus nalgas y la abertura de su ano, que se contraía al ritmo de sus embestidas. Esta vez, pudo penetrarla durante un buen rato, con la mirada fija en los movimientos de sus redondas nalgas y su ano. No pudo resistirse y acarició sus redondas nalgas, jugueteando con su ano con un dedo. Parecía disfrutarlo mucho, y él la estimulaba continuamente. La oía jadear y gemir hasta que dejó de lavarse y, temblando, llegó al orgasmo; él eyaculó las últimas gotas de semen en su vagina orgásmica. Cuando finalmente terminó con Inga, la madre no lo miró con enojo, sino que se sonrojó desde las mejillas hasta los pechos antes de limpiarse y mirarlo inesperadamente tímidamente y llena de vergüenza. Esta vez había durado bastante y la había llevado al orgasmo.

Así transcurrió su última semana. Él conservó su energía durante el día masturbándose y follando con Inga para tener suficiente semen para dos veces más por la noche. Cuando la penetró por detrás, ella se apartó de Inga y se apoyó con los brazos en la bañera. Él siempre podía saber por el temblor de sus piernas cuando estaba cerca del orgasmo. Exploró su ano con cuidado porque era muy sensible. Si insertaba un dedo durante el sexo y lo estimulaba suavemente, ella tendría orgasmos tan intensos que sus jadeos contenidos se convertirían en gemidos fuertes y lastimeros, y el temblor de sus piernas sacudiría todo su cuerpo. Necesitaba unos minutos de descanso; ella lavó a Inga de nuevo. Luego colocó sus manos en sus caderas, y ella inmediatamente se inclinó hacia adelante, sacando las nalgas. Esta vez, la folló de tal manera que no la llevó al orgasmo antes de sentir que su propio clímax se acercaba. Introdujo un dedo en su ano, empujándolo con fuerza, sintiéndola temblar. Ella jadeó y gimió, sus piernas temblando. Luego la penetró profundamente en la vagina, eyaculando en medio de su orgasmo. Al retirar su pene flácido, ella se incorporó, se secó y actuó como si nada hubiera pasado, evitando su mirada. Estaba satisfecha, habiendo experimentado orgasmos maravillosos después de que él descubriera el efecto milagroso de la penetración anal con los dedos.

El sábado, los padres de Inga vinieron a recogerla. Su padre, hermano de su madre, la cuidó enseguida; se abrazaron y él no paraba de contarle sus vacaciones en Grecia. Su madre y su cuñada tomaban café y susurraban para que Fred no las oyera. Lástima que Fred tuviera oídos de murciélago.

Sí, informó su madre, Inga se masturbaba a menudo, como era de esperar, pero no era ningún problema. Fred agradeció que no lo hubiera traicionado, que no hubiera dicho ni una palabra sobre que él tuviera relaciones sexuales con Inga. Más tarde, en la conversación, su cuñada explicó que sus vacaciones en Grecia les habían sentado bien; estaban volviendo a dormir juntos. Fred también se enteró de que su tío, que no era el padre biológico de Inga, tenía una relación sexual muy íntima con ella. Ella se masturbaba en cada oportunidad, e incluso él le había enseñado a practicarle una felación. Y, por supuesto, tenían relaciones sexuales a su antojo cuando les apetecía. Y no, dijo su cuñada en voz baja, ella casi siempre estaba presente, no sentía celos y los dos eran muy felices. Y si él se había esforzado demasiado con Inga y no había podido

satisfacerla, bueno, una mujer sabe cómo encontrar satisfacción. Las dos mujeres se miraron y asintieron con complicidad. Cuando la cuñada preguntó cómo se llevaban Inga y Fred, la madre solo dijo que de maravilla, y luego comentó con una sonrisa significativa que él ya tenía edad suficiente y sabía cómo lo hacían las chicas.

Cuando volvieron a estar solos, él dijo que iba al baño y se desnudó lentamente. Dejó la puerta de su habitación abierta y se sentó en el borde de la bañera. Acarició su erección y esperó pacientemente. Su madre se desnudó y se metió rápidamente en la cama bajo las sábanas. Se observaron durante minutos. Su mirada estaba fija en su pene y en sus caricias. Él acarició su erección y observó cómo sus ojos delataban su creciente excitación. Ella suspiró profundamente, y los contornos de la manta revelaron que había separado ligeramente las piernas y una mano, como la serpiente en el paraíso, se deslizó lentamente hacia su centro. Los suaves movimientos de sus dedos se sentían tan bien; cerró los ojos y se acarició.

Fred esperó a que su mano se acelerara antes de deslizarse sigilosamente hasta los pies de su cama. Con cuidado, apartó las sábanas, dejándolas caer descuidadamente al suelo, y la observó. Ella se acariciaba y retorcía el clítoris rápidamente, sin cesar, cada vez más rápido. Tuvo un orgasmo silencioso con bombeos contenidos; después de unos segundos, continuó, masturbándose el clítoris aún erecto y de color rojo oscuro y jugueteando con su vulva con la otra mano, acariciándose a sí misma. Justo antes de llegar al orgasmo, lo notó. Con el rostro enrojecido, se incorporó y, avergonzada, buscó la protección de las sábanas, cubriendo sus pechos con una mano y su vulva con la otra. Fred se había arrodillado en la cama y había colocado su mano sobre su vulva. “¡No, por favor, Fred, no podemos hacer esto!”, susurró, intentando apartar su mano. Él la miró a los ojos por un momento y murmuró con firmeza: “¡Lo haremos, ahora!”, y se acercó, la agarró por los hombros y la echó suavemente hacia atrás. No, por favor, no —repitió varias veces—, pero su cuerpo reaccionó de forma totalmente distinta. Él le besó el cuello, los pechos, y dejó que sus dedos se deslizaran hasta su vulva. Besó sus pechos grandes y pesados y le lamió los pezones, tirando suavemente de ellos.

Fred escuchó su tembloroso suspiro y supo que había ganado. Sus propios preliminares la habían excitado, y aún estaba caliente

y cachonda por la masturbación. Lamerle los pezones le preparó el camino para que sus dedos alcanzaran su clítoris, después de que ella, voluntariamente y sin resistencia, abriera sus muslos entre muchos suspiros ansiosos. Tocó sus labios y clítoris, decidiendo en un instante si ser firme, como lo había sido con Inga, o suave, como la acababa de ver hacer. Comenzó despacio y con delicadeza, notando que su clítoris se hinchaba y endurecía en segundos. Continuó, acariciándole el clítoris minuto tras minuto, dejando que sus dedos vagaran a su alrededor. Ella comenzó a jadear, presionando su clítoris contra sus dedos, y tuvo un orgasmo casi instantáneo con un gemido fuerte y lastimero. La soltó y la observó atentamente: sus orgasmos, sus jadeos y gemidos, sus pechos agitados y el bombeo de su bajo abdomen, las contracciones de su vagina y clítoris. Se tapó la boca con la mano y lo miró con ojos que brillaban como estrellas.

—Tan hermoso —susurró—, ¡nadie me lo había hecho tan bien! —y se mordió el labio, dándose cuenta de que se había delatado. Él lo sabía, ella lo sabía. Él la besó en el cuello, en los pechos y luego en los labios. —Ya me lo contarás después —murmuró.

Fred se enderezó, se inclinó sobre ella y su pene apuntó a su cuerpo. “No”, susurró ella, “¡no! No debemos hacer eso, hijo y madre, ¡está prohibido!” Él besó sus pechos, sus pezones, y murmuró: “¡Pero ya lo hicimos cuando estaba bañando a Inga! ¡Y antes de eso, con Inga, en la cama!” La voz de la madre se apagó, y dijo que eso era diferente. Al principio, ni siquiera lo había notado durante los baños de Inga, y después había estado tan absorta en masturbar a Inga, cautivada por la excitación de Inga, y tan terriblemente cachonda ella misma, que lo había permitido. Él había explotado descaradamente su indefensa vulnerabilidad; eso ni siquiera había sido sexo de verdad. Y eso solo había ocurrido una vez, pero Fred la corrigió, no, doce veces. Le recordó que en los últimos días había estado colgada casi boca abajo del borde de la bañera, ofreciendo voluntariamente sus nalgas y su vagina bien abiertas para que él pudiera penetrarla profundamente. Eso fue una follada de verdad, ¡con un montón de orgasmos! Se quedó en silencio, sus susurros desvaneciéndose, mientras Fred comenzaba a estimular sus labios y clítoris de nuevo. Cerró los ojos y suspiró; él tenía razón, se había entregado a él, día tras día, voluntariamente, voluntariamente y con lujuria. Había disfrutado muchísimo de la follada y le encantaban los orgasmos; deliberadamente solo le había permiti-

do que la penetrara por detrás, siempre inclinándose hacia Inga, ¡porque si no lo veía, no sucedería! Simplemente no había querido creerlo y se había convencido de que solo había ocurrido una vez, e incluso entonces, de forma totalmente inesperada y casi involuntaria. Sabía que él tenía razón, no su voz interior que susurraba: "¡Una madre no hace eso con su hijo!". Al diablo con esa voz interior; poco a poco abandonó su protesta y resistencia y dejó que Fred hiciera lo que quisiera.

Fred se tomó su tiempo, tomándose su tiempo con ella. Sin prisa, le separó las piernas y luego usó sus dedos para separar sus labios y la abertura vaginal. Ella se cubrió los ojos con el brazo —si no miraba, no habría pasado— y respiró hondo mientras su pene entraba en su vagina. La abrazó, colocó su cabeza entre sus pechos y la folló durante mucho, mucho tiempo. Para su deleite, su excitación se intensificó rápidamente y ella tuvo dos orgasmos antes de que él eyaculara. Exhausto, dejó su pene dentro de ella hasta que se volvió completamente flácido. Ella le acarició la cabeza y, cuando él la miró, sintió su felicidad. Se quedaron en la cama desde el sábado por la tarde hasta el lunes por la mañana, follando tan a menudo como él podía. Durante algunos descansos, la acarició suavemente y la masturbó, lo que ella disfrutó muchísimo. Le asombró la facilidad con la que ella alcanzaba orgasmos vaginales y clitorianos.

Volvió al punto en que ella había dicho que nunca la habían masturbado de una manera tan placentera. «¡Cuéntamelo, cuéntamelo todo!», exigió con un tono que no admitía réplica. Apoyó la cabeza en su pecho y dijo: «¡Vamos, cuéntame!». Ella le acarició la cabeza, algo que rara vez hacía, se aclaró la garganta y comenzó.

Un hombre nunca me ha tocado así... Después de una pausa, solo mujeres. Fred esperó pacientemente y acarició su erección de tres cuartos, luego ella le dijo que a veces sucedía con sus amigas (evitó la palabra "masturbarse"). Sí, algunas del círculo de mujeres. ¡Continúa, dijo él, continúa! Fred a veces sabía a quién se refería, otras veces no sabía nada. Pero en general las historias eran similares: las chicas o mujeres se masturbaban entre sí o lo hacían una frente a la otra. Pero también había situaciones frecuentes en las que el deseo mutuo llevaba a besos y caricias, pero nada más. Sí, hubo al menos seis o siete, solo en algunos casos excepcionales hubo repetición. ¡Y ninguna lo había hecho tan bien como él, nin-

guna! Y ella le besó el pelo, la raya de la cabeza, algo que hacía muy, muy rara vez.

Una vez, contó, conoció a una chica de unos veinte años. Una completa torpe, que ni siquiera podía acariciarla con la mano y era muy desgarbada. No le resultó difícil estimularla hasta que tuvo varios orgasmos. La chica, con el rostro enrojecido por la vergüenza, fue al armario y cogió un vibrador. Después de eso, probablemente se masturbó con el vibrador una docena de veces. "¿Y?", preguntó él. "Pero nunca había usado nada parecido, y la chica incluso la había animado, pero le daba asco; el vibrador estaba cubierto de flujo vaginal". Preguntó, y ella tuvo que describírselo todo con detalle. La madre notó que el pene de Fred se ponía cada vez más erecto mientras ella describía el episodio con detalle.

A partir de entonces, vivieron felices y en armonía sexual. Ella controlaba cuidadosamente su ciclo, y cuando era fértil o le llegaba la regla, tenían que buscar nuevas formas de inseminarla. Pronto se hizo evidente que no era buena en la masturbación manual. Le faltaba fuerza en las muñecas y los dedos, y encontrar el ritmo adecuado era difícil. Fred compró lubricante, y al principio ella tenía mucho miedo, pero él había recibido muchos buenos consejos de sus amigos, y probaron el sexo anal, con consideración y cuidado. Con el tiempo, ella llegó a disfrutarlo mucho porque estaba a cuatro patas, en la postura del perrito, y podía masturbarse el clítoris sin que él la viera, aunque por supuesto él siempre se daba cuenta. En ese momento, todavía era demasiado tímida para hacerlo abiertamente delante de él, para dejar que la viera.

También aprendió a practicarle sexo oral. «¡Vamos!», le dijo, «¡vamos! ¡Puedes hacerlo, lo recuerdo!». Ella lo miró sorprendida y dijo que no creía que lo recordara. Se mordió el labio, porque se había delatado otra vez. Él lo sabía, ella lo sabía. Y ahora tenía que confesárselo todo con detalle.

Fred era un bebé tranquilo y alegre; nunca lloraba, pero hacía ruiditos como "aaa" y "uuu" cuando necesitaba algo. Después del baño, jugaba feliz con su pene y reía dulcemente cuando ella lo acariciaba con un dedo y se ponía erecto. Un día, por un impulso inexplicable, ella tomó su pene erecto en la boca, y Fred chilló de placer cuando ella le retiró el prepucio y lamió suavemente el pe-

queño glande con los labios y la lengua. Pero a medida que creció, ella dejó de hacerlo.

Fred se rió, sacó su portátil y ella vio por primera vez cómo las mujeres lamían penes. Lo intentó enseguida; quería aprender todo lo que a él le gustaba. Pero él se dio cuenta de que eso no iba a funcionar. La agarró de la cabeza por ambos lados y la penetró en la boca. Ella lo miró y se dio cuenta de que estaba a punto de eyacular. Intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza y la folló aún más rápido. Eyaculó profundamente en su garganta y no la soltó, continuando follándola lentamente mientras ella gorgoteaba y se ahogaba al tragar el semen. Entonces dijo que esa era la forma correcta de hacerlo, y desde entonces, casi siempre lo hacían antes del sexo anal, que había sido la única alternativa durante su menstruación y días fértiles. Esto tenía dos grandes ventajas.

En primer lugar, este fue el primer orgasmo del día, porque a él le encantaba eyacular su semen en su boca a chorros calientes y abundantes. La primera vez, su eyaculación fue muy copiosa, y ella tragaba su semen con mayor devoción y avidez cada día. Pronto aprendió a no tener arcadas, sino simplemente a dejar que el líquido caliente le bajara por la garganta y solo tragaba cuando él terminaba. Pronto se convirtió en algo que disfrutaba muchísimo.

En segundo lugar, se excitaba discretamente mientras él le practicaba sexo oral. Más tarde, esto se convirtió en masturbación propiamente dicha; rápidamente perdió sus inhibiciones naturales y se masturbaba y llegaba al orgasmo mientras él le practicaba sexo oral, eyaculando y bebiendo su semen. Ahora también se masturbaba durante sus descansos y le permitía observarla con la frecuencia que quisiera, aunque seguía sonrojándose profundamente de vergüenza y mirándolo tímidamente.

A menudo, después, se tumbaban tranquilamente uno al lado del otro y entablaban buenas conversaciones. Su padre estaba completamente decepcionado y la echó de casa, sin permitirle regresar; nunca volvió a ver a sus padres. Le confesó a Fred que durante su embarazo había ligado con hombres casi a diario y se acostaba con ellos siempre que podía. Avergonzada, admitió que había aceptado dinero por aquel entonces, ya que estaba completamente sola con su embarazo, pero nunca se sintió como una prostituta.

Antes y después del parto, estuvo bajo el yugo de aquellas monjas durante meses, quienes le inculcaron a la pobre muchacha, madre de un hijo ilegítimo, los numerosos pecados de índole sexual que la atormentaron durante años, pues pecaba con frecuencia. Solo durante este tiempo aprendió a masturbarse y a no necesitar a un hombre para alcanzar el orgasmo. Fred la animó a que se lo contara y continuó acariciándose.

Pues bien, las monjas dirigían una maternidad para las pobres. Debido a la sobrepoblación, y a que ella accedió, la alojaron con una novicia. Claro que era extraño, pero todo el convento parecía anclado en la más profunda Edad Media. Ella y la muchacha —quizás dos o tres años menor que ella— solo tenían una cama y compartían una almohada y una manta, acurrucadas en la celda con poca luz. La muchacha dormía completamente desnuda y se acariciaba extasiada la barriga, que no era muy grande.

Mientras la acariciaba, le bajó las bragas por completo y le acarició el vientre y la vulva. En resumen, la chica la sedujo y la masturbó de inmediato, y para su sorpresa, tuvo un orgasmo sin ser penetrada. La chica se masturbó y le susurró que debía tocarla, y sintió los dedos de la chica acariciando su vulva húmeda. La exploró con curiosidad, ya que nunca antes había tocado a una chica, y examinó sus labios, vagina e himen. La chica tomó su dedo y lo guió hacia su clítoris, le mostró cómo era y le permitió mantener el dedo allí mientras la chica se masturbaba y tenía un orgasmo. La chica le enseñó cómo lograr que su clítoris se pusiera erecto y cómo llegar al orgasmo con un rápido gemido. Noche tras noche, exploró los genitales de la chica, y después de unos días, pudo masturbar a la novata bastante bien.

A menudo se masturbaba repetidamente por las noches y, por lo general, también por las mañanas, justo antes del ritual de Levate. En ese momento, no lo hacía ella misma, sino que se entregaba a los hábiles dedos de la muchacha a la que amaba por encima de todo. Pecaban mil veces, cada noche y a veces también por las mañanas, en completo secreto. Después de dar a luz, no tuvo ganas durante unos días; había perdido mucha fuerza, y la lactancia nocturna de su amado Alfred le robaba el sueño y el deseo. Pero la novicia no se dejó vencer por eso y se masturbó hasta el frenesí. Tras un descanso de varios días, se regocijó de buena gana y en su

interior, permitiendo que la muchacha la masturbara de orgasmo en orgasmo.

De repente, la lengua de la chica bailó sobre sus pechos y pezones, bajando hasta su estómago, y entonces —¡oh, Dios mío!— sintió la lengua en su vulva, luego dentro de ella. Antes de que pudiera reaccionar, sintió una oleada de calor recorrer sus ingles. La lengua bailó en su lugar más íntimo, haciéndola temblar con una tormenta de emoción y deseo. Arqueó las caderas, presionando su clítoris contra la lengua, y tuvo un orgasmo en segundos. La chica mantuvo su lengua sobre su clítoris, dándole orgasmo tras orgasmo. Lo intentó con la chica de inmediato, aunque inicialmente le repugnaba la idea de meter su lengua dentro de su vagina. Pero rápidamente encontró el himen y lo acarició con la punta de su lengua, porque a la chica le encantó. Rápidamente aprendió a encontrar el clítoris con su lengua y hacer que la chica tuviera orgasmos una y otra vez, igual que ella, hasta que no pudo más. Pasaron un tiempo caliente y agotador lleno de orgasmos y amamantando al pequeño Fred.

Unos cuatro meses después, la chica desapareció repentinamente. La monja simplemente dijo secamente que se había tenido que ir. Los chismosos del pueblo sabían que la novicia se había escapado del almuerzo y que dos monjas la habían pillado con las manos en la masa, la "patrulla de pecadores" (jejeje). Un día, dejó a las monjas sin mirar atrás. Durante el día, limpiaba casas para gente adinerada y podía mantenerlos a ambos, más o menos. Claro que tenía que ganar un dinero extra, y los anfitriones le daban en secreto billetes de quinientos marcos, algunos incluso de mil, a cambio de que ella les ofreciera su cuerpo joven y sus orgasmos. Ahorró el dinero y pronto pudo pagar sus deudas a la niñera y al casero, y guardó el resto para más adelante.

Cuando Fred tenía unos 9 o 10 años, ella dejó de limpiar y de ser "la chica de la limpieza a la que le gustaba tener sexo y por la que le pagaban", para poder estar completamente a su lado y estudiar con él.

Más tarde, cuando Fred se hizo mayor, solía frecuentar los bares dos o tres veces al año, generalmente después de su noche de chicas, buscando a alguien para un encuentro sexual rápido y fu-

gaz en un coche o un baño mugriento. Pero todo eso había terminado, definitivamente.

En esas horas tranquilas, y en muchas más, él le pidió que le contara la noche salvaje que habían pasado juntos. Ella sonrió con dulzura, pues aquello parecía preocuparle profundamente. Tenía 16 años, era completamente inexperta y desinformada. No sabía nada de masturbación ni de cómo funcionaba el sexo; era virgen de verdad, y lo único que conocía eran unos cuantos chicos que querían besarla y abrazarla, y que exhibían con orgullo sus erecciones. Ella no les permitía tocarla ni tocaba sus penes. La mayoría de los chicos se masturbaban, y ella los observaba con curiosidad mientras lo hacían y eyaculaban. Todos lo hacían de forma similar, pero no había dos penes iguales; se masturbaban de la misma manera con ligeras diferencias, y cada uno eyaculaba de forma distinta. Algunos lanzaban su carga a tres metros de distancia, otros simplemente dejaban que el espeso semen saliera a chorros.

Esa tarde de verano, fue a un festival al aire libre con una amiga, donde pronto se perdieron de vista. Un grupo animado y algo ebrio de jóvenes, todos de unos veinte años, condujo a la guapa chica, vestida con su dirndl, hasta su mesa. Bebieron, bailaron, rieron y contaron chistes subidos de tono e historias picantes. Ella tuvo que brindar por su amistad; el aguardiente y la cerveza la emborracharon enseguida. Algunos de los chicos la acompañaron afuera, detrás de la carpa, para que tomara aire fresco. Afuera, en el césped, algunas parejas se besaban sin pudor.

De repente, ella también estaba tumbada en la hierba, uno de los chicos la besaba apasionadamente en la boca con la lengua, y ella se rió cuando él metió la mano bajo su falda y empezó a tantear sus bragas. «Por favor, no las rompas, no son mías», dijo, y se las quitó ella misma; al fin y al cabo, las parejas a su alrededor, que parecían algo borrosas, también estaban teniendo sexo semidesnudas. El chico se desabrochó los pantalones y le subió la falda, luego la penetró sin que ella sintiera que se le rompía el himen, algo que todavía la asombra hoy.

El sexo fue muy placentero; experimentó su primer orgasmo maravilloso casi de inmediato, uno de los muchos que vendrían esa noche. El chico pronto eyaculó, y ella no se dio cuenta de que el siguiente ya la estaba esperando y a punto de acostarse encima

de ella. No había dos penes iguales; este le dio varios orgasmos antes de eyacular ardientemente dentro de ella. Aparentemente, el primer chico había traído a los demás de la tienda; ella y su amante pronto se vieron rodeados. Vio muchos penes erectos o semierectos que aún necesitaban atención. Todos tuvieron su turno; ella esperaba con ansias los siguientes orgasmos y los dejó tener los suyos con una sonrisa dichosa. Algunos probablemente incluso dos o más veces; simplemente no lo sabía.

Era por la mañana; al anochecer, su embriaguez se desvaneció, y durante los últimos encuentros, sintió dolor en la espalda y en la parte baja del abdomen bajo el peso. El último hombre, un tipo pequeño y delgado, le preguntó si podía volver a intentarlo, ya que estaba cachondo de nuevo, y ella asintió, a pesar de su cansancio. El tipo sabía lo que hacía y la folló larga y duramente, de modo que ella pasó de orgasmo en orgasmo como si no estuviera agotada. Él eyaculó con fuerza y pasión, luego se sentaron uno al lado del otro y él le ofreció un cigarrillo, el primero. Ella tosió y escupió, pero valientemente le dio una calada hasta el final.

Él la ayudó a levantarse y ella notó una gran mancha en el césped donde había estado su trasero. Tomó sus bragas, pero no se las puso delante de él por vergüenza, y él la acompañó casi hasta la granja donde estaba de vacaciones con sus padres. Allí pudo darse una ducha larga y completa y lavarse la vulva irritada antes de bajar a desayunar.

Fred siempre se reía cuando ella llegaba al punto en que, avergonzada, no se ponía las bragas delante de él: ¡acababan de tener relaciones sexuales!

Mientras le contaba a Fred su historia sobre la novicia, él bajó y comenzó a lamerle la vulva. La madre olía tan bien, olía a crema y vainilla. Él lamió alrededor de su clítoris y notó cómo crecía y se ponía más duro. Lo tomó en su boca y lo lamió, suavemente y sin pausa. Ella tuvo un orgasmo, y él mantuvo su clítoris en su boca. Cuando se calmó, continuó lamiéndola, orgasmo tras orgasmo. A ella le gustaba mucho, pero rara vez lo pedía, dejándolo hacer lo que quisiera.

Fred se salió con la suya. A los 15 años, no quería empezar un aprendizaje; quería su diploma de bachillerato. No quería empezar

a trabajar justo después de graduarse, sino estudiar. Consiguió un trabajo como funerario y vigilante nocturno y financió sus estudios de medicina. Aunque no era estrictamente necesario, mandaba a su madre a trabajar porque estaba sola durante el día y bebía demasiado. Le quitó las botellas y la ayudó a dejar de beber. Su vida sexual era tranquila y armoniosa. Fred conoció a varias chicas durante sus estudios, pero las cosas no salieron bien porque a ellas no les interesaba su sexualidad exigente e intensa ni su absoluta voluntad de controlarlas. Después de una o dos noches, durante las cuales a menudo violaba brutalmente a las chicas, todo terminaba. Fred nunca sintió pena; siempre le contaba a su madre todos los detalles, y ella estaba feliz de tenerlo de vuelta. Le permitía tener relaciones sexuales con la frecuencia y como él quisiera.

Los estudios de Fred se estancaron un poco cuando desarrolló una afición peculiar. A menudo dejaba sus libros sin tocar y empezó a fotografiar los genitales de los muertos, tanto masculinos como femeninos, creando directorios organizados en su portátil y acumulando cientos de imágenes. Naturalmente, también tocaba y examinaba los genitales; no, le resultaba increíblemente excitante. Una curiosidad morbosa lo impulsaba a observarlos: penes grandes y pequeños, circuncidados y no circuncidados, pechos pequeños y grandes, viejos y jóvenes, vaginas estrechas y anchas, labios menores pequeños y grandes, clítoris de todas las formas y tamaños.

Una vez, cuando estuvo completamente seguro de que estaría solo, cerró las puertas con llave y se subió a la mesa de autopsias, sobre la joven muerta, y acarició su cuerpo frío y desnudo. Tenía veintitantos años y se había suicidado con veneno. Aún conservaba una belleza impactante, con unos pechos firmes y hermosos, una zona púbica depilada y una vagina muy estrecha y carnosa. Su clítoris y la piel que lo rodeaba estaban pálidos y enrojecidos, y él sospechaba que se masturbaba habitualmente. Acarició su cuerpo frío durante un buen rato, luego separó sus labios vaginales y su vagina con los dedos y la penetró, a pesar de que estaba helada. Era prohibido, antinatural y difícil, y sin embargo, de alguna manera, excitante. Nunca se lo contó a su madre; lo habría arruinado todo. Aunque sentía una profunda vergüenza, ocurría con bastante frecuencia, por supuesto. Naturalmente, tenía que esperar a que terminara la autopsia y ser extremadamente cuidadoso para que nunca surgiera ninguna sospecha. Aunque casi todas fueron inci-

neradas posteriormente, él limpió cuidadosamente sus vaginas de su semen. No solo era precavido, sino también selectivo. No podían ser demasiado mayores, ni víctimas de accidentes con mutilaciones, y debían ser razonablemente atractivas. No había muchas que cumplieran con estos criterios, pero el impulso solo surgía cuando aparecía una candidata.

Allí estaba la joven aprendiz de panadero, una chica de 16 años. Se había caído de una escalera y se había roto el cuello. Él se sintió particularmente atraído por sus hermosos y firmes senos, que eran claramente diferentes a los de las demás. Nunca había visto senos tan firmes y erguidos en nadie. Ya no era virgen, y después de examinarla detenidamente, le pareció que había empezado a tener relaciones sexuales muy pronto. Era una de las pocas mujeres con las que se había acostado dos veces.

O la joven empleada de banco que fue acusada de malversación y despedida. Se suicidó con pastillas para dormir y dejó una nota de suicidio muy triste y desesperada, que él leyó tres veces. Tenía ya 37 años, pero seguía siendo virgen, y poseía un clítoris grande y de hermosa forma, que él acarició con placer y admiró durante mucho tiempo. Esa fue también la razón por la que se acostó con ella dos veces. La primera vez, sintió la resistencia de su himen y tuvo que penetrar varias veces hasta que finalmente se rompió.

Un día, llegó una jovencita, una preciosa niña de 13 años, verdaderamente encantadora. Se había desplomado a plena luz del día en la escuela, muerte súbita cardíaca. El forense, su antiguo profesor, la entregó dos días después. Fred solo tenía esa noche, y todo estaba listo. La recostó en la mesa de autopsias y acarició su cuerpo desnudo y helado. Era hermosa, con pechos pequeños e infantiles y sin vello púbico. Examinó su bajo vientre; todo seguía siendo infantil y pequeño, labios menores diminutos y un clítoris pequeño, aparentemente poco usado. Sintió tristeza, pues ese hermoso y pequeño clítoris probablemente nunca había experimentado un orgasmo de éxtasis. De alguna manera, sintió en lo más profundo de su corazón que la amaba y sintió una profunda tristeza por su muerte.

La penetró con sumo cuidado y esfuerzo, cada vez con mayor avidez, introduciendo su gruesa erección en su pequeña y fría vagina, sintiendo claramente la suave resistencia de su himen. La pe-

netró sin piedad y sintió cómo se desgarraba, eyaculando de inmediato. La limpió minuciosamente y luego se sentó a su lado durante otra hora, con la mano sobre su vulva, sumido en el duelo.

Cuando los trabajadores del crematorio recogieron al niño aquella mañana y se firmaron los papeles, él se retiró inmediatamente a su pequeño despacho, se sentó con sus libros y lloró. No recordaba haber llorado nunca antes en su vida. Volvió a casa y le dijo a su madre que tenía que entregar a un niño precioso a las llamas; luego se acostó en la cama, completamente vestido, y lloró amargamente. Ella se sentó a su lado y le acarició la cabeza hasta que se durmió.

Desde ese día, lo cambió todo, imponiendo sus decisiones con su brutalidad característica. Se acabaron las fotos, los genitales y el sexo clandestino. Los muertos permanecían intactos en sus cámaras frigoríficas; estudiaba toda la noche, solo dejaba sus libros para fumar un cigarrillo rápido fuera de la puerta trasera. Perseveraba sin descanso, sus notas mejoraban con cada examen, alcanzaba a sus compañeros y los superaba con facilidad.

Días antes de su graduación, arrastró a su reacia madre a la tienda de ropa más elegante y le compró el vestido más bonito que le había gustado. El día de la graduación, la llevó a la peluquería para que le hicieran la manicura y a un maquillador. Su madre era la mujer más hermosa de la celebración, y muchos se giraron para admirarla. Después, cenaron en el mejor restaurante de la ciudad, y esa noche se abrazaron felices e hicieron el amor hasta el amanecer.

“Me has hecho la mujer más feliz y la madre más orgullosa”, susurró antes de que se durmieran, exhaustos.

Mi camarera

von Jack Faber © 2020

Los padres de Jack decidieron cumplir su sueño de viajar a Australia después de que su madre ganara una suma considerable en la lotería. Por fin podrían disfrutar de su luna de miel tras trece años de penurias. Su hijo de catorce años, Jack, no podía acompañarlos; había estado en un internado durante la secundaria a petición de su padre y acababa de regresar. Podría completar sus estudios de bachillerato en el instituto local gracias a sus excelentes notas, y su padre, encantado, quería que allí se desarrollara su carrera, así que se quedaría en casa. Sus padres deseaban unas semanas de tranquilidad a solas, tal vez incluso encontrar el amor de nuevo, y Jack no tenía inconveniente en pasarlas al cuidado de la prima de su padre, Jo. Jack solo la había visto brevemente dos o tres veces, y la encontraba atractiva, al menos físicamente; tenía mucha curiosidad por pasar tiempo con ella. Jo, cuyo verdadero nombre era Johanna, se hacía llamar Jo (pronunciado Jo) desde muy pequeña.

Su madre, Anni, también le había explicado en una larga conversación privada lo importante que era para ella la reconciliación con su padre, ya que corrían el riesgo de distanciarse mucho en la rutina diaria. Jack lo entendió todo y prometió portarse bien, hacer sus deberes todos los días y que simplemente disfrutaran de sus vacaciones sin preocupaciones y sin inquietarse por él. Así fue como un día, cuando sus padres se marcharon en taxi, Jack y Jo los saludaron con la mano y fueron a su casa.

Jo vivía justo encima del bar donde trabajaba, en un pequeño apartamento de una habitación y media con ducha y baño. La pequeña habitación estaba abarrotada de todo tipo de cachivaches, pero ella lo recogería todo si Jack insistía en tener una habitación para él solo. Su madre ya lo había mencionado; debía ser algo de familia, ya que Jo era tan desordenada como su padre, pero no había nada que hacer al respecto, la tía Jo... bueno, no era precisamente la más lista. Él se encogió de hombros, y Jo dijo que la cama era lo suficientemente grande para los dos. Jack la miró y vio cómo sus fosas nasales se agitaban, como si lo esperara con ilusión. Así que dijo que sí, que no había problema. Jo suspiró aliviada y le

enseñó todo: el baño, la ducha y la pequeña cocina con nevera. Podía coger lo que quisiera y anotarlo en un papelito para que ella pudiera volver a comprarlo en su próxima visita. Jo no dijo mucho, pero le dijo que tenía que poner la alarma por la mañana porque ella necesitaba dormir. Tendría que ir andando solo al colegio, que estaba a solo dos calles, y Jack asintió; conocía el camino. Dependiendo de la hora a la que volviera del colegio, comerían juntos, o si ella ya estaba trabajando, encontraría su comida allí. Ella no llegaría a casa hasta las dos de la madrugada cuatro noches a la semana, así que él debería decidir cuándo irse a la cama, y ella sería lo suficientemente silenciosa como para que no lo despertara. Jack dijo que lo entendía todo y que le parecía bien. Se sintió aliviado de que al menos esas noches tendría tiempo ininterrumpido para su vicio secreto. Al menos, eso es lo que pensó en ese momento, sin sospechar lo que le esperaba. Jo le enseñó cómo funcionaba la cafetera, y Jack asintió con entusiasmo, aunque nunca antes había bebido café. Había panecillos en una cesta, y mantequilla y salchichas en la nevera. —Tendrás que prepararte el desayuno, todavía estoy dormida —dijo Jo, y añadió que tenía que dejar los platos sobre la encimera para que se secaran después de lavarlos. Luego le dio las llaves de la casa y del apartamento y le advirtió que no las perdiera.

Se pondría algo más cómodo ahora, porque siempre usaba ropa cómoda en casa. Jack, que estaba sentado al borde de la cama, quiso apartarse educadamente, pero Jo se rió y dijo que no había problema; ya no eran niños pequeños. La desnudez era un tabú absoluto en su familia; nunca había visto a su padre ni a Anni desnudos. Jo se quitó el vestido ajustado, también se quitó el sujetador y las bragas, y tardó mucho tiempo en guardar todo en el armario. Por supuesto, quería mostrarle al chico su cuerpo perfecto. Jo era casi de su misma estatura y casi igual de delgada. Un hermoso cabello negro enmarcaba su bonito y suave rostro, sus hombros eran del mismo ancho que sus caderas, y sus nalgas eran suavemente curvas y redondeadas. Jack se estremeció cuando ella se dio la vuelta y le mostró sus hermosos y grandes pechos. Solo los conocía por fotos, y la realidad era mucho, mucho más excitante. Su corazón latía salvajemente al mirar el pequeño y cuidadosamente recortado vello negro sobre su zona púbica.

Debajo de su vello púbico, se veía una hermosa hendidura. A diferencia de las fotos que había visto, sus labios no colgaban de la

hendidura. Su monte de Venus era prominente y redondeado, y Jack no pudo resistir sus pensamientos pecaminosos, su pequeño Jack aún más. Ella le dio la espalda de nuevo, y él casi estalló cuando ella se inclinó hasta el fondo del armario, revelando su abertura vaginal bajo sus nalgas. Seguramente no fue casualidad que estuviera de pie con las piernas bien separadas, abriendo sus nalgas lo más posible para que su abertura vaginal fuera claramente visible. Ella lo dejó mirar, contemplarla y excitarse durante varios minutos. Jo jugueteó sin rumbo con algunas prendas de ropa durante un buen rato, luego se enderezó y se puso un camisón transparente hasta la rodilla, teóricamente sujeto por un cinturón. En la práctica, nunca se ató el cinturón, sino que presentó su desnudez sin vergüenza y con orgullo. Se sentó a la mesa y comenzó a hojear una revista. Jack también se sentó a la mesa y leyó un libro de texto, pero sus ojos no dejaban de posarse en ella, parpadeando ante el camisón transparente que se abría por delante, revelando claramente su cuerpo. Se obligó a seguir leyendo. Jo lo miró fijamente y finalmente le preguntó si le había gustado lo que había visto. Admitió que lo había dejado mirar a propósito y sonrió de oreja a oreja. Sabía, dijo, que a los chicos de su edad les gustaba mirar a las mujeres desnudas. Sin embargo, ella era muy exhibicionista y le gustaba que él mirara su cuerpo desnudo. Y sí, siempre quería mostrar su belleza, su desnudez; no había nada de malo en eso. Jack tartamudeó en silencio y asintió enérgicamente. Era muy hermosa, tartamudeó torpemente, incluso desnuda... cuando estaba desnuda... su desnudez era muy hermosa, tragó saliva a medias.

Al cabo de un rato, Jo fue a la cocina y preparó la cena. Había pan, queso y embutidos. Jo se sirvió una cerveza. Cuando lo miró con curiosidad, él le acercó el vaso y le pidió que le sirviera una cerveza también. Quizás, esperaba, ella no sabía que él nunca había bebido alcohol. La cerveza tenía un sabor amargo, pero sintió una agradable ligereza que se extendía por su cuerpo. Después de cenar, ella cogió dos vasos de chupito y le sirvió aguardiente. El aguardiente le quemó el esófago, pero le produjo una sensación de ligereza aún mayor. En ese delicado estado de embriaguez, le resultó fácil preguntarle cuántos años tenía y si estaba casada. Jo se rió a carcajadas y le puso una mano en el brazo. «Tengo 26, casi 27», dijo, «y estoy soltera. Como camarera, conozco a todo tipo de hombres, y si pagan, suelen pasar cosas». Jack estaba confundido y preguntó qué podía pasar; no lo entendía. Jo se tomó otro trago

y pensó un momento, luego un tercero, y le sirvió uno a Jack también. “Dependiendo de cuánto pagues”, dijo con un suspiro, “te haré una paja o una mamada. Si pagas más y eres amable, puedes follarme”. Jo lo miró abiertamente y observó su reacción. Jack titubeó hasta que ella le preguntó qué pasaba. Finalmente, Jack soltó que no sabía qué era una mamada y se bebió el trago de un trago. “¿Y follar, entiendes?”, preguntó Jo, sonriendo porque Jack se retorció de vergüenza, pero luego asintió. Había leído sobre ello, y él y sus amigos hablaban de ello todo el tiempo. No mencionó que los niños del vecindario, su hermano y su hermana, a menudo le dejaban verlos tener sexo en el sótano. Ese era un gran secreto, al igual que el hecho de que después tenía que masturbarse de pie frente a ellos dos y eyacular sobre su hermana, que yacía con las piernas abiertas, y que tenía que apuntar a su hendidura. Nunca lo logró.

Un nuevo capítulo de la vida

Jo le explicó el proceso de practicarle una felación con total naturalidad. Dijo que tomaría su pene en la boca y lo acariciaría con la lengua mientras, al mismo tiempo, lo complacía con la mano. Si se sentía atraída por él, podía eyacular en su boca. Jack la miró con los ojos muy abiertos, llenos de curiosidad. Sí, claro que se tragaba el semen; no había nada de malo en ello. Se quedaron sentados en silencio a la mesa durante un buen rato, hasta que Jack le preguntó a qué se dedicaba. Jo le explicó su trabajo detrás de la barra: preparar y mezclar bebidas, charlar con los clientes y escuchar atentamente durante horas. Esa era la parte más importante, dijo, y si el cliente quería tener sexo, lo llevaba a una pequeña habitación contigua y lo hacían rápidamente porque tenía que volver a la barra. Sí, le gustaba su trabajo y ganaba un buen sueldo. "Tengo bastante dinero ahorrado", dijo. "Lo estoy ahorrando para más adelante, quizás para un apartamento grande, un coche o un viaje alrededor del mundo". Se quedaron sentados un buen rato, absortos en sus pensamientos. Entonces Jo se levantó y empezó a lavar los platos. Jack se quedó a su lado lavando su ropa. Siguieron leyendo un rato más, y luego Jo dijo que era hora de ir a la cama. Jack abrió su pequeña maleta y rebuscó, cada vez con más desesperación. Jo le preguntó, y él respondió con desánimo que al parecer se le había olvidado meter el pijama en la maleta. Jo rió alegremente y le dijo que podía dormir desnudo sin preocuparse, ya que ella también dormía desnuda.

Dicho y hecho. Jo dejó que su camisón se deslizara al suelo y se tumbó desnuda sobre la colcha. Con curiosidad, lo observó desvestirse. Chasqueó la lengua y comentó que tenía una cosita linda. Jack ya se había puesto rojo brillante mucho antes, y aunque intentó cubrirse el pene con una mano, este creció hasta alcanzar su tamaño completo cuanto más la miraba. Ella pasó una mano por sus caderas, sus nalgas y luego por un pecho, mientras observaba atentamente su erección, el glande rojo y su mano, que se había apretado alrededor del pene. Lo observó con curiosidad mientras él intentaba varias veces retraer el prepucio sobre el glande, pero este no se dejaba contener y volvía a salir inmediatamente. Pero por mucho que tirara y empujara, se excitaba cada vez más, y su pene se ponía aún más duro, especialmente mientras miraba fijamente a la desnuda Jo. Después de unos minutos, Jo se rió, una ri-

sa clara y resonante, diciendo que su pene era hermoso, tan rígido, y que eso estaba bien. Debió haber oído mal cuando ella añadió que pronto le vendarían y que debía irse a la cama. Así que, con su erección balanceándose, fue a la cama y se deslizó bajo las sábanas. Jo apagó la luz. Tras un largo silencio en la habitación a oscuras, suspiró mientras lo alcanzaba, lo abrazaba y lo estrechaba contra sí. «Tus padres volverán pronto», susurró, y Jack se estremeció de deseo al sentir el contacto de sus cuerpos desnudos. Su erección rozó su vello púbico, sobre el que ella no hizo ningún comentario. Dijo que solo tenía un poco de nostalgia, nada de qué preocuparse. Se movió, y ella lo atrajo hacia su estómago, lo apretó aún más y lentamente separó sus muslos. Jo sabía exactamente lo que estaba haciendo. Su glande tocó su vulva; él podía sentirlo claramente. Era cálida, suave, húmeda y estaba completamente abierta.

Tras un breve instante, ella agarró su pene y presionó lenta y firmemente la cabeza a lo largo de su hendidura húmeda, de arriba abajo docenas de veces. Estimuló deliberadamente su clítoris con el glande, acariciándolo repetidamente contra su cálida y húmeda vulva. Suspiró profundamente, su clítoris aún siendo estimulado por el glande, y de alguna manera supo antes que él que estaba a punto de eyacular. Presionó el glande contra su vulva y esperó inmóvil. Jack tampoco se movió; sintió el calor subir a sus ingles, y Jo presionó el glande directamente contra su hendidura. Segundos después, Jack eyaculó, sintiendo su semen salir disparado hacia su vagina en chorros calientes y palpitantes. Cuando terminó, ella dejó que el glande rodeara su clítoris por un rato antes de suspirar y apartarlo. Jo lo abrazó con una mano, lo apretó contra sí, y él notó que su cuerpo también palpitaba. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y apenas pudo distinguir que ella se frotaba la vulva con firmeza con la otra mano. Sí, había leído que algunas mujeres impúdicas también se masturbaban, pero de una manera muy distinta a la de los hombres. Al principio se quedó perplejo, pero luego sus pensamientos se desbocaron, pues no veía nada. Sentía su cuerpo vibrar y contraerse rítmicamente; a veces oía su respiración cada vez más fuerte y sus suaves suspiros; su erección palpitaba contra su cuerpo ondulante. Su rigidez latía con fuerza, como su corazón; ella la sostenía firmemente contra sí.

Jo dejó de masturbarse y su mano húmeda tocó su erección. Retiró su prepucio, acarició su glande durante un buen rato con sus

dedos húmedos e hizo algunos movimientos sugerentes. “Lo necesitas, lo deseas”, susurró, “hazlo, solo hazlo, ¡yo también lo estoy haciendo!”. Lo apretó firmemente contra ella de nuevo, y su mano sobre su pene lo masturbó durante unos instantes. Luego retiró la mano y comenzó a masturbarse de nuevo. Jack estaba dividido, pero su deseo era mucho más fuerte que su vergüenza. “Por favor, correte sobre mi estómago, no manches las sábanas”, susurró, y él asintió. Caminó medio pavoneándose y frotó su pene contra su estómago. Al principio con timidez, luego con creciente confianza, se masturbó y sintió que Jo también se frotaba intensamente. Una y otra vez, su brazo tocó su glande, que él obedientemente presionó contra su estómago. Cuanto más se acercaba a su clímax, más se sentía atraído por su hendidura, y eyaculó sobre su mano temblorosa y por todas partes, continuando hasta que no quedó nada. Él se recostó, ella aún lo abrazaba, y él sintió cómo ella se frotaba y se frotaba sin cesar, sin llegar aún al clímax. Ella lo sujetaba firmemente con una mano, y él experimentó de primera mano su intensa lucha por alcanzar el clímax, lo cual le resultó increíblemente excitante. Su pene se puso erecto rápidamente de nuevo, y se masturbó una vez más. Ella se acercaba lentamente al clímax, frotándose cada vez con más fuerza, y lo soltó mientras su cuerpo se convulsionaba en un orgasmo. Mientras él continuaba, ella descansó, y él se incorporó, sintiendo que estaba a punto de eyacular. Ella le agarró las nalgas y lo guió hacia su estómago, agarrando sus testículos y acariciándolos suavemente. Con la otra mano, ella continuó masturbándolo, y Jack casi estalló de placer porque ella era muy buena en ello. Soltó el escroto y acarició su glande, guiándolo hacia su abertura vaginal y dejando que la penetrara. Con la otra mano lo frotó furiosamente rápido, haciendo que su semen saliera disparado profundamente dentro de ella. Lentamente, lo ordeñó hasta la última gota y retiró su glande. Se tumbó y cerró los ojos con cansancio. Le sorprendió que ella le hubiera permitido eyacular dentro de ella a propósito, pero probablemente se debía a su inexperiencia; no lo había comprendido de inmediato. «Eso fue maravilloso», susurró ella, «¡vamos a dormir!». Estaba completamente agotado por todas las nuevas sensaciones y se durmió al instante.

Al día siguiente, todo salió a la perfección. Se levantó en silencio, puso la alarma al mediodía, se preparó un sándwich de salchicha (sin café) y un almuerzo para llevar, luego contempló a la mujer desnuda dormida durante un buen rato y la cubrió cuidadosa-

mente antes de irse. No les dijo ni una palabra a sus amigos y se fue a casa por la tarde. Asomó la cabeza por la puerta del Flamingo Bar y le hizo señas a Jo para que subiera. Ella le devolvió el saludo, y él comió su almuerzo, hizo sus deberes y se entregó a su vicio secreto. Se limpió el semen con su ropa interior usada y finalmente se durmió sin apagar la lámpara de la mesita de noche. Se despertó cuando Jo llegó a casa. Aunque intentó ser silenciosa, hizo un ruido ensordecedor al cerrar la puerta del apartamento porque estaba bastante borracha. Tambaleándose, dejó un puñado de billetes en la mesita de noche, se desnudó rápidamente, se metió tambaleándose en la ducha y se duchó durante un buen rato. Jack, que la había estado observando, tuvo una fuerte erección. Cuando ella llegó a la cama, algo desinflada de nuevo, vio su erección y sonrió. Sonriendo, se sentó en la cabecera de la cama, separó las piernas y jugó con sus labios vaginales. “Vamos”, dijo, y Jack se arrastró con cuidado entre sus piernas y examinó su vulva de cerca. Le excitó cuando ella tocó suavemente su clítoris con un dedo durante un buen rato y luego comenzó a masturbarse. No pudo contenerse; se masturbó muy rápido y eyaculó sobre su estómago. Jo se masturbó durante un buen rato; él tuvo otra erección y se masturbó por segunda vez. Alcanzaron el orgasmo casi simultáneamente; él frotó el semen sobre su estómago mientras Jo, con el rostro contraído por el placer, presionaba su mano contra su vulva. Sin decir palabra, pero aliviados, se acostaron y Jo apagó la luz.

Así transcurrió exactamente su primera semana. Jo comprendió instintivamente lo que él necesitaba, dejó la luz encendida y le permitió observarla masturbarse de cerca. A veces miraba su pene, pero sobre todo cerraba los ojos y dejaba volar su imaginación. El chico tenía un pene delgado que no se comparaba con los grandes penes de los hombres adultos. Y a veces, mientras lo observaba masturbarse, fantaseaba con que él la penetrara placenteramente, con un pene de verdad, por supuesto. La primera vez, él eyaculó mucho más rápido que ella, se inclinó e introdujo la punta de su pene en su abertura vaginal, pero no se atrevió a penetrarla. Bajó la mirada; se masturbaron juntos durante varios minutos, y él eyaculó obedientemente dentro de ella —que era lo que ella quería, después de todo— y no manchó las sábanas. Ella solía terminar antes que él cuando se masturbaba por segunda vez. Entonces ella tomó su pene con energía, y él le agarró los pechos y los pezones con ambas manos, acariciándolos con mucha suavidad. Jadeando y gimiendo, frotó la cabeza de su pene contra su clítoris y vulva pa-

ra prolongar su orgasmo. Cuando sintió que estaba a punto de eyacular, presionó la cabeza de su pene contra su vulva y lo frotó rápidamente. Siempre lo dejaba eyacular dentro de ella mientras él acariciaba frenéticamente sus pechos. Parecía disfrutarlo mucho, porque después de estimular su clítoris con la cabeza de su pene durante un rato, sentía con frecuencia el impulso de masturbarse de nuevo. Jack la acariciaba con firmeza los pechos y los pezones, y entonces todo sucedía muy rápido hasta que alcanzaba su segundo orgasmo.

Como de costumbre, tenía libre de lunes a miércoles y esperaba a Jack, que llegaba a casa del colegio a distintas horas, con un almuerzo caliente. Como todos los días, estudiaba hasta la noche, hacía los deberes, limpiaba la ducha y aspiraba el suelo. Jo lo felicitaba y preparaba una cena rica; bebían cerveza y un par de chupitos antes de acostarse. Jack le preguntó qué se sentía al no ir a trabajar. Ella respondió con franqueza que no recibía propinas ni "ningún otro dinero" esos días, pero que podía prescindir sin problemas de las mamadas y las felaciones. Tres días sin polla, dijo riendo. Aunque, añadió pensativa, a veces echaba de menos una buena follada, para ser sincera. Jack le preguntó si no tenía miedo de quedarse embarazada, y ella dijo que tenía un DIU mágico que prevenía el embarazo. Jack asintió, aunque no sabía para qué servía ese DIU mágico.

Sintió una ligereza maravillosamente dulce, tal vez por la cerveza y los dos tragos. Ella se sentó de nuevo en la cabecera de la cama con las piernas abiertas, pero él se arrodilló entre sus muslos para observarla. Mientras ella se masturbaba como de costumbre, él la observaba, excitado, y acariciaba sus pechos. Jugaba con su erección, pero aún no se estaba masturbando. Como siempre, se maravilló de su clímax, su rostro contorsionado de placer y el palpitar y bombear de su vagina. Ella se recuperó con los ojos cerrados, y él agarró suavemente sus nalgas, la levantó un poco y la atrajo hacia él. Jo abrió los ojos sorprendida y lo miró; lo entendió de inmediato. Se acomodó y abrió los muslos voluntariamente, luego extendió la mano hacia su pene y lo guió hacia su vagina. Durante unos segundos, se miraron a los ojos con anticipación, luego con un suave gemido, ella resueltamente empujó su pene dentro de ella. Jack quería gritar de placer, se sentía tan bien. Entonces empezó a follarla, despacio al principio, luego cada vez más rápido, hasta que se corrió con fuerza. Eyacular dentro de ella era

incomparablemente mejor que masturbarse. Jo no había tenido el pene de un chico desde sus días de escuela; era delgado, suave, y Jack la había follado rápido, como un reloj. Al principio no estaba muy excitada, solo cuando sintió su semen caliente y a chorros dentro de ella surgieron sensaciones muy placenteras y satisfactorias. Hizo una pausa y esperó unos minutos hasta que su pene se puso duro de nuevo, y luego follaron por segunda vez. Esta vez Jo se masturbó mientras él la follaba. Esta vez él eyaculó en medio de su masturbación, y a Jo le costó bastante llegar al orgasmo la segunda vez. No podía tener orgasmos durante el sexo, dijo después; solo podía tener orgasmos cuando se masturbaba. A partir de entonces, tuvieron sexo todos los días, a veces tan pronto como él llegaba a casa de la escuela, y definitivamente cuando ella llegaba a casa del trabajo. Él nunca le preguntó si tenía que hacerle una mamada o una felación esa noche, o si tenía que follar. Ella solía contarle ella misma lo que hacía además de trabajar detrás de la barra, pero él no sentía celos. Ganaba mucho dinero porque cada vez más hombres querían acostarse con ella, le decía. Normalmente eran más de diez, a veces quince o más cuando había una despedida de soltero. Pero la masturbación, eso es tabú, ¡solo lo hago contigo, mi querido Jack!, decía a menudo, y él le creía. De alguna manera sentía la necesidad de contarle sobre el sexo; probablemente estaba relacionado con su exhibicionismo. Jack escuchaba y acariciaba su piel aterciopelada y sus pechos hermosos, redondos y llenos. Ella solía excitarlo bastante con sus historias, que a menudo contaba un poco borracha y riéndose, incluyendo todos los detalles jugosos, y después tenían un sexo maravilloso. En sus días libres, pasaban tardes enteras teniendo sexo, así que a él le quedaba muy poco tiempo para aspirar, limpiar la ducha y hacer la tarea. Pero el sexo era simplemente mucho, mucho más importante.

Jack era un niño inteligente, curioso y explorador de todo, algo que hacía muy bien gracias a su buena capacidad de escucha. Pronto comprendió a Jo mucho mejor de lo que su madre le había enseñado. Probablemente Anni desconfiaba de Jo, sospechando que no solo trabajaba detrás del mostrador. En cualquier caso, Jack escuchaba atentamente cuando Jo le hablaba con franqueza. Por ejemplo, que había descubierto la masturbación cuando tenía unos seis o siete años y que desde entonces se masturbaba todos los días antes de levantarse; después se sentía ligera y revitalizada. Y sí, por supuesto, seguía masturbándose todas las mañanas antes de levantarse. Y después del trabajo, también, claro, entonces dor-

mía profundamente y sin sueños. Y, naturalmente, a veces tenía un orgasmo durante el sexo si el hombre era agradable, bien dotado y sabía cómo tener sexo con una mujer. Pero eso era muy raro. En noches especiales, una o dos veces al año, también tenía orgasmos cuando varios hombres venían a tener sexo en grupo, uno tras otro. Era increíblemente excitante estar en una habitación con varios hombres desnudos y ofrecerse desnuda a sus miradas lujuriosas. La mayoría de los hombres tenían que frotarse para tener una erección antes de follar, y verlos la excitaba aún más durante el sexo. Tuvo un orgasmo con el segundo hombre, y luego otra vez, con casi todos los hombres después de eso. Durante el sexo en grupo, sus deseos exhibicionistas salieron a la luz; todos la veían siendo follada, así que quería experimentar sus orgasmos abiertamente y sin inhibiciones, lo que realmente animó a los hombres. Le arrojaban un billete sobre la mesa si querían follar de nuevo. En los últimos meses, su buena reputación se había extendido, y tenía más hombres que nunca, pero también muchos orgasmos que ocultaba a los hombres. Jack, que aún recordaba una versión anterior, pensó que esta era la correcta.

Por supuesto, él también quería aprender a masturbarla. Sus primeros intentos fracasaron, aunque ella siempre lo ayudaba con instrucciones. A pesar de haberlo visto docenas de veces, no lograba hacerlo bien. O le masturbaba el clítoris con demasiada suavidad o con demasiada fuerza. Frustrado, le acarició el clítoris hacia arriba con un dedo, comenzando desde la base, y colocó el punto del signo de exclamación invertido directamente sobre el glande, y Jo suspiró ruidosamente. Repitió esto varias veces, y Jo suspiró y pronto se retorció de placer. Continuó, aumentando la velocidad, y Jo explotó en un orgasmo maravilloso e intenso. Pero por alguna razón inexplicable, ella rara vez quería que él la masturbara. Durante el sexo, él había aprendido a penetrarla lentamente mientras ella se masturbaba, hasta que estaba a punto de llegar al clímax, y luego tenía sexo con ella en medio de su orgasmo, disfrutando plenamente de las contracciones rítmicas, firmes y rítmicas de su vagina alrededor de su pene mientras eyaculaba profundamente dentro de ella. Jo dijo que le encantaba sentir su pene dentro de ella mientras se masturbaba y experimentar sus embestidas y su eyaculación durante el orgasmo. A partir de entonces, esa fue la única forma correcta de tener relaciones sexuales para ambos.

En uno de sus momentos más habladores, le preguntó a Jo cuándo había perdido la virginidad. Trece, comenzó a explicar. Su hermanastro de dieciséis años, que no era su medio hermano, los había iniciado en la masturbación mutua, y ella tuvo que aprender a hacerle una paja. Él era uno de los pocos que podía eyacular repetidamente, probablemente diez veces al día, y como a menudo estaban solos en casa durante tardes enteras, disfrutaba de que lo complacieran. Pronto ella accedió a todo, porque él podía masturbarla con mucha suavidad y pasión. Pero él no era en absoluto una persona gentil; era posesivo y brutal. Antes de su decimotercer cumpleaños, tuvo relaciones sexuales con ella y la desfloró. Le dolió, pero a él no le importó en absoluto. Las pajas y la masturbación eran cosa del pasado; a partir de entonces, tuvo relaciones sexuales con ella todos los días, tan a menudo como quería. Gradualmente comenzó a disfrutar de que la follaran. Terminó cuando su padre los echó a él y a su madre porque estaba harto de sus constantes aventuras. Su padre tampoco era un hombre fácil; Perdió a su esposa, la madre de Jo, en un accidente de coche, quedó discapacitado y se convirtió en alcohólico. Su padre lo obligó a dejar la empresa, le dio una generosa indemnización y, a cambio, renunció a cualquier reclamación futura. Jo, sin embargo, continuó con su vida sexual. Pronto se acostó con todos sus compañeros de clase y a menudo faltaba a clase siempre que podía encontrarse con alguien para tener sexo. A los 16 años, se acostaba con todos los parientes varones y sus amigos, sabiamente sin mencionar nunca al padre de Jack. A los 17, dejó los estudios y empezó a trabajar como camarera en un hotel. Allí, tenía a sus conquistas delante de sus narices, y la gerencia del hotel lo toleraba porque era muy discreta y no llamaba la atención. Sus amantes le daban dinero, más del que ganaba como camarera. Un año después, una amiga le consiguió un trabajo en el Flamingo Bar, donde ha permanecido desde entonces. Jack le preguntó por esta amiga, y Jo se sintió muy avergonzada. Con las orejas enrojecidas, relató cómo había mantenido una relación lésbica duradera con ella, aprendiendo de ella a practicar sexo oral. Eso fue todo, pues estaba segura de que le gustaba el sexo y no era lesbiana, pero dejó que la relación continuara hasta que abandonó el hotel.

Jo acudía a su ginecóloga cada mes para hacerse un análisis de sangre, ya que había sufrido varias veces de gonorrea y cuidaba su salud mejor que la mayoría. Durante su relación con Jack, iba semanalmente; se lo debía, decía. Una noche, mientras Jo preparaba

la cena, él vio el extracto bancario que asomaba de su bolso volcado. Cuando ella se sentó, él señaló el bolso con la cabeza y dijo que había más de 800.000. Molesta por su descuido, dejó el bolso y le sonrió, porque no era culpa suya. Dijo que lo guardaría para más adelante, quizás para un apartamento más bonito y grande, un coche o 37 viajes alrededor del mundo. Ambos rieron, ¡porque nadie en su sano juicio haría 37 viajes alrededor del mundo! Él dijo, riendo, que probablemente sería más sensato hacer un solo viaje alrededor del mundo y comprar un apartamento con garaje para 37 coches. Dibujó en el aire, con los dedos, una vuelta al mundo y una casita con un garaje enorme que abarcaba toda la longitud de la mesa, y ambos gritaron de alegría y se dieron palmadas en los muslos riendo y resoplando: ¡37 coches! – sí, realmente se lo estaban pasando bien juntos.

La noche antes de que sus padres volvieran a casa, hicieron el amor toda la noche y toda la mañana antes de ducharse juntos y empacar sus cosas. Jo se puso su vestido más seductor, que acentuaba sus pechos con su escote pronunciado. En la puerta del apartamento, se abrazaron y se besaron apasionadamente para despedirse antes de irse. Sus padres, bronceados y radiantes, los abrazaron a él y a Jo una docena de veces, encantados de volver a verse. Anni le susurró al oído mientras lo abrazaba que todo era maravilloso y le guiñó un ojo con complicidad. Tomaron café juntos y comieron el pastel australiano que habían traído. Jo respondió a sus preguntas inquisitivas con una sonrisa, perfectamente acorde con el espíritu de la ocasión. No se dijo ni una palabra sobre quién había dormido dónde, bebido dónde o tenido sexo dónde. Jo sonrió levemente mientras se disculpaba porque Jack se había acostumbrado a tomar café en su casa, ya que no se había dado cuenta de que no estaba acostumbrado. Anni miró con irritación la taza de café de Jack y luego con curiosidad a Jo. Ella le dio un codazo al padre, que miraba por encima del borde de su taza el generoso escote de Jo. El padre se recompuso y murmuró: “¡Tres meses viajando por Australia en una autocaravana, eso sí que fue algo!”.

Se demuestra una teoría

Jack estaba genuinamente feliz por la renovada emoción en la vida amorosa de sus padres, pues volvían a ser alegres y cariñosos el uno con el otro. Por la noche, cuando se entregaba a su vicio secreto, a menudo oía la respiración agitada de su padre y los gemidos y suspiros placenteros de Anni, que a veces culminaban en un pequeño llanto. Algunas tardes, la oía gemir y suspirar durante una hora, una y otra vez, incluso cuando su padre estaba en el trabajo, obligándolo a interrumpir sus estudios. Una vez, ella entró inesperadamente en su habitación, completamente desnuda, y se quedó de pie bajo el marco de la puerta. Con los ojos febrilmente brillantes, lo observó masturbarse hasta que eyaculó. Solo entonces él abrió los ojos y la vio, atónito, pero ella le sonrió y asintió con una mirada comprensiva y cariñosa, y se marchó en silencio. Poco después, la oyó suspirar y gemir en la habitación contigua, durante toda la tarde. Esa noche, estaba distraída e inquieta en la cena, dejó los platos sin terminar y arrastró impacientemente a su desconcertado padre a la habitación. Los oyó tener sexo salvaje a través de la delgada pared divisoria; su padre jadeaba y su madre gemía y jadeaba sin cesar, sin llegar a gritar. Los jadeos de su padre pronto se convirtieron en ronquidos suaves y regulares, y al cabo de un rato, Anni empezó a gemir y quejarse de nuevo, como si tuviera que empezar una y otra vez. Solo alrededor de la medianoche sus jadeos se transformaron en fuertes jadeos, y luego en un pequeño grito ahogado. Entonces Jack por fin pudo dejar de masturbarse y se durmió al instante.

Al día siguiente, faltó a la escuela y fue a comer a casa de Jo. Solía visitarla en sus días libres, hasta sus exámenes finales. Estaba completamente agotado y con rozaduras. Jo le besó las heridas y le hizo unas felaciones tiernas y suaves, porque no había otra opción. Le contó que se había masturbado durante unas diez horas, junto con su madre, separados solo por una pared delgada. Los ojos de Jo se abrieron de par en par, y él tuvo que relatarle todo con todo lujo de detalles, incluyendo todos los detalles picantes. Sobre todo, ella quería oír todo lo que había visto de la desnudez de Anni dos o tres veces. Esa tarde, rieron más que en mucho tiempo. Jo tenía mucha curiosidad, y cuando le preguntó sobre la vida amorosa de sus padres, se preguntó en voz alta cuántos años tendrían. Jack pensó un momento; Anni tenía 34 o 35 años, su padre cumpliría

50 en verano, y había una gran fiesta a la que Jo seguramente estaría invitado. Jo se rió y dijo que era bueno que las vacaciones en Australia hubieran salvado su vida sexual. Anni era una mujer joven, y era maravilloso que pudiera disfrutar de la masturbación con alegría y relajación, y que sus padres volvieran a tener relaciones sexuales como en su juventud. Jack asintió, pues antes de estas vacaciones apenas había oído nada del dormitorio de sus padres.

En verano, celebraron el cumpleaños de su padre. Jo, por supuesto, estaba invitada, y muchos se quedaron mirando su esbelta figura y su generoso escote. Era muy elegante y refinada, y nada dejaba entrever cómo ganaba su dinero. Su madre vigilaba a Jack y a Jo con lupa; tal vez era ingenua, pero no tonta. Solo después de la fiesta, durante el incómodo interrogatorio en el banco de piedra más alejado del jardín, le confesó todo sobre Jo a Anni y le rogó que no se lo contara a su padre, explicándole que Jo era su sobrina (no su prima) y que solo se enfadaría innecesariamente.

Anni llevaba un vestido veraniego colorido, con solo bragas debajo, sin sujetador. Él la miró con deseo por primera vez y, descaradamente, echó un vistazo a sus bragas bajo la falda mientras se sentaban. La perspectiva de Jo había cambiado por completo; su visión del cuerpo femenino se había transformado totalmente. Nunca antes se había fijado en el cuerpo de su madre; ella vestía como una ratoncita, discreta y recatada. Pero hoy llevaba un vestido veraniego fino y llamativo que atraía la atención de los hombres. No pudo evitar contemplar con deseo su hermosa figura, que se perfilaba bajo la fina tela. Fue idea suya que estuvieran sentados tan cerca, y por primera vez, Jack sintió conscientemente su cuerpo contra el suyo. Ella lo escuchó atentamente, apoyó la cabeza en su hombro y, con curiosidad, puso una mano sobre sus finos pantalones de verano, como si le resultaran íntimamente familiares. Sí, justo ahí, como si conociera su pene. Él podía ver su escote. Vio sus pechos de cerca por primera vez y los contempló fijamente. Eran considerablemente más pequeños que los de Jo y no tan firmes. A medida que avanzaba su conversación íntima, notó claramente cómo sus pequeños pezones se endurecían. Temblaban ligeramente cada vez que él describía detalles sexuales. Sospechaba que era una señal de excitación sexual. Esperaba que Anni no se hubiera dado cuenta de que la miraba fijamente. Por supuesto que sí, pero era un pequeño precio a pagar por su sincera confesión.

Anni insistió en sonsacarle todos los detalles, pues llevaba tiempo sospechando algo, y Jack fue sincero y lo contó todo con todo lujo de detalles. Era evidente que le incomodaba que él hubiera estado al tanto de los secretos del amor durante sus vacaciones en Australia y que desde entonces hubiera sido el amante de Jo. Pero cuanto más secretos revelaba Jack, más se desvanecía su indignación, y al final pensó que era bueno que su hijo de quince años experimentara su primer amor con esta joven, presumiblemente muy experimentada.

Anni se dio cuenta mucho después de que, sin querer, había dejado la mano sobre sus pantalones. Sintió su erección bajo la mano, y también que Jack había metido la mano en el bolsillo y se había estado frotando el pene en secreto durante un buen rato. Le pidió más detalles y apartó con cuidado la mano de su erección, dejándola en el borde de sus pantalones cortos. Lo escuchó atentamente y notó que su erección seguía creciendo y que la punta del glande había salido por debajo de la cintura debido a sus frotamientos, tocando la palma de su mano. Fingió no darse cuenta y cubrió discretamente el glande expuesto con la mano. No quería interrumpir su relato y trató de ocultar la indecencia. Tan claramente como si pudiera verlo, sintió el glande contra la palma de su mano, sintió los movimientos de frotamiento en el tronco y también la abertura húmeda. Fingió no darse cuenta de que se estaba frotando y de que su glande se estaba frotando contra la palma de su mano. Debería haberse indignado, pero se quedó pendiente de cada una de sus palabras y simplemente dejó que la indecencia ocurriera. Siguió escuchándolo, pero cuando sintió que su pene se contraía y el chorro palpitante y húmedo salía disparado, retiró la mano por completo. Se giró de lado, dándole la espalda, y contempló el macizo de flores a lo lejos. Presionó la palma de su mano, empapada de semen, contra su vulva; él no debía notar lo agitada y excitada que estaba.

¡Dios mío, ¿acaba de eyacular?! Ella acababa de limpiarse el semen de la palma de la mano; claro que había eyaculado. Lo había visto excitarse cada vez más mientras hablaba y había sentido cómo se le endurecía el pene. También podría ser que se sintiera un poco más cómodo a su alrededor después de que ella lo hubiera visto masturbarse unos días antes. Se había quedado hasta el final, y solo se marchó después de que él eyaculara. Ahora estaba muy excitado por su confesión erótica. Por supuesto, ella lo había nota-

do frotándose con el puño en el bolsillo del pantalón, sacando deliberadamente el glande por debajo de la cinturilla. Justo en la palma de su mano. Frotaba rítmicamente el glande contra la palma de su mano mientras hablaba y hablaba. Era una especie de señal de confianza de que se estaba dando placer a su lado. En el momento en que eyaculó, todo su valor se desvaneció y, cobardemente, retiró la mano. Aunque le dio la espalda y apartó la mirada avergonzada, sabía que estaba a punto de eyacular y que tenía que esconder el semen de alguna manera. Cerró los ojos y se dijo a sí misma que no podía ser, ¡no debía ser!

En el instante en que ella retiró la mano y se giró, Jack se agarró el glande con el puño en el bolsillo, eyaculó y estrujó el semen en la suave tela. Tras unos instantes, preguntó lo que ella le había preguntado, pues no lo había oído. Ella repitió la pregunta y se giró lentamente hacia él. ¡No, no podía ser que acabara de eyacular! ¡No podía ser! Entonces volvió a poner la mano sobre sus pantalones, sobre su puño en el bolsillo. Palpando a través de la fina tela, se aseguró de que su erección había desaparecido; el tronco y el glande estaban inocentemente suaves. Debía de haberse equivocado; ¡jamás se atrevería a eyacular sentado a su lado! Colocó deliberadamente la mano sobre sus genitales y continuó interrogándolo con curiosidad.

Él fue honesto y respondió a todas sus preguntas, excepto cuando ella preguntó por el trabajo de Jo, momento en el que omitió el tema del sexo. Anni estaba satisfecha y veía todo con un toque cursi y romántico. Jack se habría sorprendido mucho si hubiera podido leerle la mente, pues ella sonreía mientras escuchaba su historia. A veces, ella cerraba los ojos y sentía su pene a través de sus finos pantalones de verano.

No mencionó en absoluto los ruidos que venían del dormitorio de sus padres, pero tras una pausa, ella dijo que a veces lo oía haciendo algo muy íntimo y suponía que él también podía oír a sus padres. ¡Qué pregunta más difícil! Jack mantuvo la mirada baja y asintió. «Entonces», dijo ella, «ya eres un chico grande, casi un hombre, y seguramente entiendes que las vacaciones en Australia nos reunieron de nuevo a tu padre y a mí, y que es perfectamente natural que los padres duerman juntos». Jack asintió, sin dejar de mirar su escote. Sus pezones se estremecieron ligeramente mientras ella tocaba y palpaba abiertamente su pene.

Anni pensó un momento, le puso una mano en el brazo y lo obligó a mirarla directamente. Preguntó: «Y... eso... eh, mis cosas privadas, ¿también lo oyes?». Él la miró con expresión herida y asintió débilmente. Su rostro se sonrojó intensamente, hasta el escote y los pechos, que Jack había podido ver todo el tiempo porque ella estaba inclinada hacia adelante. Su voz casi flaqueó al explicar que no engañaba a su padre si estaba muy excitada y lo hacía en secreto. Otras mujeres, más tontas, tienen un amante, pero ella no; no quiere engañar a su padre. Esta mentira, largamente interiorizada, brotó de sus labios con facilidad y automáticamente. Su padre se sentiría decepcionado si se lo contaba, porque pensaba de forma muy diferente sobre los asuntos privados, con mucha desaprobación. Pero si... Jack la interrumpió y dijo que no tenía motivos para decirle nada a su padre. Lo privado es privado, ¿no? Se miraron y él dijo que no era algo que fuera a discutir con su padre, ¡palabra de honor! Pensó un momento y luego dijo que para él era perfectamente normal que durmieran juntos; al contrario, se alegraba de que lo hicieran de nuevo. En cuanto al asunto íntimo, tragó saliva y pensó un momento: todas sus conocidas lo hacían, era perfectamente normal y natural. Lo había presenciado mil veces y no le veía nada de malo, mintió, porque Jo era su primera y única. Si una chica está excitada y no satisfecha, es perfectamente natural que se satisfaga si su marido no puede. Y añadió sin rodeos: «Papá tiene 50 años, ¿acaso tienes que renunciar a tu deseo sexual solo porque él no siempre rinde?».

Estaba completamente convencido de la veracidad de sus palabras. Ella le sostuvo el pene con mucha delicadeza y asintió con la cabeza. “No”, dijo, “creo que es perfectamente natural que te sientas excitada”. De alguna manera, le molestaba que no llamaran a las cosas por su nombre. “¿Recuerdas cuando me pillaste masturbándome hace unos días? Enseguida me di cuenta de lo mucho que te excitaba, que arrastraste a papá al dormitorio —ambos rieron— y luego, cuando papá se durmió, exhausto, te masturbaste hasta medianoche. Bueno, para mí, eso era perfectamente comprensible, absolutamente normal y correcto. ¡No tienes nada de qué reprocharte! Solo sentí lástima por ti porque no pudiste terminar durante tanto tiempo esa noche, porque tuviste que sufrir durante tanto tiempo”. Ella se quedó en silencio, avergonzada, y bajó la mirada. Hacía rato que había quitado la mano de sus pantalones y ahora la presionaba protectoramente contra su vulva. Jack esta-

ba fascinado por la visión de sus pequeños pechos y el temblor de sus pezones erectos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó ella—. ¿Tal vez deberíamos aislar mejor la pared? Él se opuso de inmediato. —Entonces tendríamos que explicarle todo a papá y confesarlo, ¡eso no sería nada bueno! —Hizo una pausa y reflexionó profundamente—. No —dijo—, lo miremos como lo miremos, lo más sensato es dejar todo como está. Queremos dejar a papá en paz; eso es importante para ambos. Y además... —pensó un momento, considerando la mejor manera de expresarlo—. Además, somos una familia muy unida y cariñosa en todos los sentidos; de lo contrario, no estaríamos teniendo esta conversación. Puedes oírme a través de la pared, pero ¿qué oyes? Que tu hijo está haciendo algo bueno por sí mismo. Yo te oigo cuando haces algo bueno por ti misma, y te quiero en esos momentos tanto como en cualquier otro. El hecho de que nos excite no es algo malo; es perfectamente normal y natural. Y continuó: Me entristecería y me sentiría muy culpable si dejáramos de hacer cosas que nos benefician, si renunciáramos a algo natural o nos limitáramos de alguna manera, solo por esta estúpida división. Me sentiría fatal si ese fuera el resultado de esta conversación. Se interrumpió y guardó silencio.

Ella le tomó la mano y le dijo que había crecido, que se había vuelto maduro y serio. Avergonzado, Jack cogió su taza de café y dio un sorbo. Tuvo la impresión de que ella veía las cosas de otra manera ahora y sonrió comprensivamente mientras le acariciaba el pelo con ternura y cariño. Ambos bebieron y guardaron silencio durante un buen rato. Él se levantó y se sentó frente a ella. Estiró las piernas entre las de ella, obligándola a abrirlas. Le afectó que unos días antes ella hubiera estado desnuda bajo el marco de la puerta, observándolo masturbarse; eso creó una intimidad inexplicable entre ellos. La miró descaradamente y con lujuria por debajo de la falda, hasta los muslos, hasta las bragas. La miró directamente a los ojos, y ella apartó la mirada de inmediato. Si quería mirar, ¡que lo hiciera, por Dios! Ella no era mojigata y le dejó mirar.

Tenía una teoría, dijo Jack, y quería ponerla a prueba. Ella esperó, curiosa y aliviada de que por fin hubieran dejado atrás ese tema tan íntimo. Él la miró fijamente y le preguntó cuándo había empezado a masturbarse. Ella se sonrojó de nuevo, desde la cara hasta el pecho, pero sabía que hablaba en serio. Bueno, dijo en voz

baja, hace unos cinco años, antes de ir a Australia. Él la presionó, preguntándole si no lo había estado haciendo desde la adolescencia, pero ella negó con la cabeza. No, dijo, cuando era joven no tenía ni idea de la sexualidad. Salí con un chico durante un tiempo, y luego conocí a tu padre. Las únicas dos personas con las que he tenido sexo, mintió. Por supuesto que mentía, porque eran las únicas dos en las que pensaba, y quería creer honestamente que eran las únicas dos. Como distraídamente, se llevó la mano al borde de las bragas, las apartó, y Jack la miró fijamente durante un buen rato. Se secó los labios vaginales distraídamente durante un rato, con la mente acelerada. Con un profundo suspiro, separó ligeramente su hendidura mientras introducía la punta de un dedo en su abertura vaginal antes de continuar. Al darse cuenta de esto, retiró el dedo, y ahora él creyó ver su agujero. "Lo veo, lo veo con bastante claridad", se regocijó para sí mismo. "Si quiere mirar, que lo haga, ¡pero no puedo enseñarle la masturbación!". Y lo privado, eh, la masturbación, solo surgió cuando mi padre y yo dormíamos juntos muy rara vez y yo no sabía qué hacer con mi excitación. Le costaba pensar en algo espontáneamente, pero Jack la miraba, fascinado, la hendidura. "Entonces, hace cinco, seis o siete años", continuó su relato. "Ya sabes el resto, Australia reavivó nuestro deseo...". Se quedó en silencio después de que Jack asintiera. Repitió la pregunta, preguntándole si no había conocido la masturbación en su juventud y si solo había empezado muy tarde, ya adulta y madre. Ella suspiró profundamente y asintió. Él se recompuso, le dirigió otra mirada intensa a su pequeño orificio y le sonrió radiante.

—Ahora, a mi teoría —dijo Jack—, ¿cómo se hace exactamente, técnicamente hablando? Anni retiró la mano de sus genitales y lo miró en señal de protesta, pues sus fantasías pecaminosas sobre la masturbación, donde se comportaba de manera lujuriosa y obscena frente a Jack, le vinieron a la mente. Jack notó su reacción de desaprobación y dijo que llevaba tiempo preguntándose por qué a menudo tardaba tanto en llegar al clímax. Impulsivamente, colocó sus dedos índice y medio extendidos, paralelos entre sí, sobre la mesa y dijo que los dedos eran los labios mayores, izquierdo y derecho, y que el espacio entre ellos era la abertura vaginal. Anni lo miró con los ojos muy abiertos, preguntándose adónde podría escapar en esa situación tan embarazosa. Pero Jack se mantuvo completamente serio y le tomó la mano, guiándola hacia sus dedos. —Vamos, enséñame —dijo con firmeza—, ¡por favor! Ella es-

taba terriblemente avergonzada, y entonces, con vacilación, introdujo sus dedos índice y medio en la supuesta abertura vaginal. Se inclinó hacia adelante y Jack la observó fascinado mientras sus pezones temblaban ligeramente. Tímida y avergonzada, movió los dedos hacia adentro y hacia afuera. «Entendido», dijo Jack, acariciándole la mano con delicadeza. «¿Y no haces nada más?», preguntó, y ella negó con la cabeza.

—¿Puedo mostrarte algo que te lo facilitará? —dijo, sin esperar respuesta. Volvió a colocar sus dos dedos sobre la mesa y señaló con la otra mano hacia donde comenzaba el hueco entre sus dedos —. Ahí —dijo—, ahí, diminuto y discreto, está el clítoris. Ella se quedó mirando fijamente mientras él repetía: —Abertura vaginal, clítoris. Se encogió de hombros—. ¿Sí, tal vez? Jack humedeció la punta de su otro dedo índice con saliva y dijo: —La humedad es muy importante. Luego giró su dedo índice sobre el clítoris invisible, acariciándolo y moviéndolo de un lado a otro. De vez en cuando, el dedo índice, ocupado en la tarea, se introducía en la abertura vaginal invisible, y él repetía: —Sigue humedeciendo —y dejó que su dedo índice continuara masturbándola diligentemente. —De acuerdo —preguntó, pero Anni no reaccionó. Jack dijo que esto era mucho más rápido que usar dos dedos; eso llevaba demasiado tiempo. Ella susurró que lo entendía, ¡gracias por explicármelo! Solo muy rara vez se tocaba el clítoris después del baño, mientras se secaba, porque era una zona muy sensible y siempre había pensado que podría ser una anomalía en sus genitales. Un pensamiento cruzó por su mente. Esa era la anomalía sensible que las chicas habían lamido tan maravillosamente durante la orgía en su viaje de graduación... Jack lamentó mucho que, al cabo de un rato, su hendidura se cerrara y sus bragas lo cubrieran todo de nuevo. Tomaron su café en silencio y luego entraron.

Después de cenar, vieron las noticias en la televisión y se fueron a la cama. Él estaba muy satisfecho y contento de oír a sus padres teniendo relaciones sexuales; su madre jadeaba ruidosamente y soltaba un pequeño gemido antes de que su padre llegara al clímax. Todo estaba bien; ella había comprendido sus argumentos y no se estaba conteniendo. ¿Era solo su percepción, o ella había jadeado, gemido, respirado con dificultad y soltado ese pequeño gemido más fuerte de lo normal a propósito? En cualquier caso, él estaba complacido, porque su orgasmo satisfactorio seguramente también era bueno para la autoestima de su padre.

Avanzando juntos

Anni llegó a casa del trabajo a primera hora de la tarde, como de costumbre, y se quedó en el dormitorio. No oyó nada durante días, aunque escuchaba expectante. Sin embargo, al segundo o tercer día, oyó de repente unos pequeños y agudos gritos a través del tabique, seguidos de un gemido fuerte, satisfecho y prolongado. Todavía se estaba masturbando cuando la puerta se abrió silenciosamente y Anni entró completamente desnuda. Eyaculó en el instante en que la vio de pie junto a su cama. Observó su desnudez con atención, mientras ella miraba, mágicamente fascinada, su pene, del que su semen brotó a chorros sobre su mano. Aunque era delgada, tenía caderas anchas y sinuosas; sus nalgas formaban una curva bien redondeada, al igual que su monte de Venus. Sus pechos ya estaban algo caídos y flácidos, y tenía un pequeño vello púbico dorado sobre su vulva depilada. Sus labios mayores estaban húmedos, y la piel entre ellos estaba roja e hinchada por la masturbación. De repente, notó su mirada y por un instante se cubrió los pechos y la zona púbica con las manos. Lo observó con ojos brillantes mientras él se masturbaba lentamente hasta eyacular hasta la última gota.

Cuando terminó, ella se acercó mucho a la cama, empujó su vulva hacia adelante y separó sus labios con los dedos. Con una vaga mirada de vergüenza, bochorno y triunfo en sus ojos, dijo: “¡Funcionó, funcionó muy bien!”. Señaló con un dedo su clítoris rojo, que él examinó detenidamente. Dijo: “¡Mira, mira cómo lo hago!” y se frotó brevemente el clítoris para mostrarle que lo estaba haciendo correctamente. A diferencia del clítoris de Jo, que era al menos del tamaño de la punta de un dedo, el de Anni era diminuto y casi desaparecía en la carne circundante. Apartó la carne que cubría el clítoris y palpó el minúsculo. Podría haberse confundido con una gran verruga ahora que estaba rígido y erecto. Apenas era la mitad del tamaño de una uña. Tocó su diminuto clítoris durante unos instantes con los dedos empapados de semen; estaba rígido, redondo y caliente. Con mucha delicadeza, le frotó el clítoris; el semen en sus dedos le proporcionó abundante lubricación, y ella comenzó a temblar. La había masturbado durante unos instantes, y esta se endureció, quedando completamente rígida y puntiaguda, de modo que pudo sujetarla con dos dedos y frotarla. Ella tembla-

ba sin cesar y lo miraba fijamente. Él asintió con la cabeza, animándola, como diciendo: «Sí, eso era correcto».

Debió de malinterpretar por completo su asentimiento afirmativo y tomarlo como una invitación, porque por un momento lo miró con una expresión interrogante, vergonzosa y casta en el rostro. Una ráfaga de viento frío le acarició el alma: ¡no, no podía exigirle eso! No podía masturbarse delante de él, aunque ya lo había hecho desvergonzada y lujuriosamente delante de sus admiradores. Sintió su codiciosa caricia en el clítoris y su propio temblor. ¡Su mirada firme y la forma en que le sonrió! Su alma aleteó como un pájaro enjaulado: ¡no puede exigirme eso! Me está imponiendo su voluntad, pensó, llena de miedo y vergüenza. ¡Lo quiere, lo quiere desesperadamente! Pensó que quería salirse con la suya y su sumisión. De repente, cedió a su voluntad, abandonando toda vergüenza y restricción. ¡Que así sea! Jack experimentó lo que nunca había esperado.

Separó los labios vaginales con los dedos y presionó firmemente la piel circundante para exponer completamente su clítoris. Este emergió de sus recovecos, sobresaliendo un par de centímetros, listo para ser masturbado. Lujuriosa y llena de pensamientos impuros, arqueó resueltamente la parte superior de su cuerpo hacia atrás, comenzando rápidamente a masturbarse con un dedo. Él se inclinó hacia adelante para poder ver profundamente en su vagina ovalada. Se sintió humillada; su hijo le había impuesto su voluntad, exigiéndole que se degradara. Se sintió desvergonzada, impura y obscena, a pesar de su profunda herida de vergüenza y la humillante degradación de masturbarse ante sus ojos. Al mismo tiempo, se excitó al sentir que Jack tocaba sus genitales y acariciaba sus labios vaginales. Se masturbó durante más de quince minutos, gimiendo, jadeando y temblando por completo, hasta que, en un violento orgasmo, se estremeció violentamente y cayó de rodillas con un movimiento brusco, tembloroso y espasmódico. Permaneció en cuclillas, con las manos cubriéndole el rostro avergonzada, la moral pequeña burguesa pisoteándole el alma. Desapareció tan rápido como había llegado. Un rato después, volvió a oír sus sonidos agudos y suaves, que culminaron en un gemido profundo y satisfecho. Jack y ella se masturbaban juntos, simultáneamente, escuchándose solo a través de la delgada mampara. A veces aparecía de repente y se quedaba desnuda bajo el marco de la puerta, observándolo masturbarse y eyacular.

Jo, por supuesto, le preguntó sobre la fiesta de cumpleaños, y cuando terminó de contarle su conversación con su madre, ella lo abrazó con fuerza y le dijo lo orgullosa que estaba de su inteligencia. Tuvo que contarle a Anni que se había masturbado tres veces. Le explicó que se había frotado a escondidas en los pantalones, que Anni no se había dado cuenta de nada y que solo le había quitado la mano cuando eyaculó. Jo se excitó tanto que tuvo que acostarse con él inmediatamente. Omitió el hecho de que Anni le había mostrado brevemente su vulva y lo había tocado con los dedos.

Una vez, cuando descubrió a su madre desnuda en el umbral y la dejó verlo masturbarse y eyacular, y ella regresó al dormitorio, él se quedó allí unos minutos, recuperándose, hasta que la oyó. Entró sigilosamente en el dormitorio; ella estaba tumbada en la cama con las piernas dobladas, masturbándose. Al verlo, rápidamente se cubrió los genitales con la palma de la mano y lo observó con ansiedad mientras él se acercaba, se tumbaba en la cama con ella y se sentaba entre sus piernas. Naturalmente, ella estaba asustada. Él comenzó a masturbarse, con la punta del pene a solo centímetros de su vulva. Le sonrió y le dijo que deberían hacerlo juntos. A ella le tomó unos instantes reunir el valor para masturbarse también. Él eyaculó muy rápido sobre su vulva y la observó masturbarse y tener un orgasmo. Lo hizo de nuevo, y pronto ella se acostumbró a masturbarse juntos.

Después de unos días, se adentró más, empujando su glande completamente dentro de la abertura vaginal y masturbándose. Incluso entonces, ella inicialmente actuó con timidez, aunque desde la ligadura de trompas, ya no tenía que temer un embarazo. Él lo sabía; una vez había escuchado una llamada telefónica: el médico se lo había aconsejado, ya que un segundo embarazo podría matarla. Ya estaba familiarizado con la masturbación con el glande dentro de ella gracias a Jo, y la eyaculación era mucho más placentera de esa manera. Una vez, estaba muy excitado justo antes de eyacular, y su pene se deslizó involuntariamente profundamente dentro mientras corría. Ella asintió con la cabeza y dijo que le parecía repugnante que eyacularan sobre ella. A partir de entonces, insertó su pene lo más profundamente posible en su vagina antes de eyacular. Desde el principio, una vez que se acostumbró a la nueva situación, se sintió responsable de su erección. Completamente natural, tomó su pene en su boca, lamiéndolo y frotándolo hasta que se puso erecto, algo que Jo nunca hizo por él. La primera

vez que eyaculó en su boca, se quedó impactado. La confrontó al respecto, pero ella simplemente dijo que era una tontería, que era simplemente parte de la vida, que a su padre le gustaba mucho y que ella lo había hecho en sus tiempos de estudiante, pero que no quería hablar de eso ahora. Así que sucedió que a veces, con una sonrisa traviesa, ella lo lamía hasta que eyaculaba y succionaba hasta la última gota de su semen. Jack lo disfrutaba enormemente, porque ella era muy buena en eso. Durante sus descansos, le gustaba tocar su clítoris y darle orgasmos maravillosos. Ella disfrutaba enormemente de esto, cerrando los ojos y dejándose llevar dichosamente, suspirando y gimiendo mientras se masajeaba los pechos y se acariciaba los pezones. En los meses siguientes, se masturbaban juntos tan a menudo como les era posible; su trabajo se acumuló y no progresó.

Jo hizo instalar un teléfono para que él pudiera confirmar su asistencia si no lograba salir de la habitación de su madre. Tenía que contarle todo con todo lujo de detalles, por supuesto, y naturalmente, ella no sentía celos. A menudo le recordaba que seguramente le encantaba dormir con su madre, pero él siempre lo negaba; era un límite que no podían cruzar. Jo se reía a carcajadas y decía que no confiaba en la teoría, sino en la práctica. Jack amaba a Jo con todo su corazón y la visitaba tan a menudo como podía.

Jo lo comprendió cuando se enamoró varias veces durante sus estudios y le pidió repetidamente que le contara con detalle sus encuentros sexuales con las estudiantes. Usaba condones en la mayoría de esos encuentros de una noche, principalmente porque no quería contraer enfermedades de transmisión sexual ni tener hijos. Jo simplemente era muy curiosa y nunca celosa, ya que Jack la visitaba tan a menudo como podía. Una aventura incluso duró varias semanas; tuvo sexo desenfrenado con la campeona estatal de gimnasia de suelo. Ella tenía un clítoris sorprendentemente grande y pensaba que se debía a las drogas para mejorar el rendimiento, los esteroides y las hormonas. Al principio, solo le permitía masturbarla con la mano y le correspondía con masturbaciones manuales poco entusiastas, hasta que más tarde, después de sus días fértiles, accedió a tener relaciones sexuales con él. El pene de Jack también había crecido considerablemente y ahora se volvía muy grueso al estar erecto, lo que ayudaba a su gimnasta a alcanzar orgasmos maravillosos. Pero después de unas semanas, ella descubrió su doble vida con Jo y rompió con él.

Él visitaba a Jo con frecuencia en sus días libres, hasta que terminó sus estudios. Jack continuó trabajando como tutor en la universidad mientras escribía su tesis doctoral y se acostaba con una o dos estudiantes. Después, tenía que contarle a su siempre curiosa Jo todas sus aventuras hasta el más mínimo detalle; ella escuchaba con creciente deseo.

Pero en el horizonte aparecieron nubes oscuras.

Traición y traidores

Su padre, que solía dormir con su madre tres o cuatro veces por semana, cada vez se quedaba más tiempo en la oficina y dormía allí porque se hacía muy tarde, pero siempre la llamaba para que no se preocupara. Jack a menudo se quedaba en su cama por la tarde y luego toda la noche; hacían el amor y ella disfrutaba teniendo tantos orgasmos. Una vez dijo que era como si estuviera compensando todos los placeres perdidos, los años sin orgasmos adecuados. Jack oía constantemente las palabras de Jo en sus oídos, que eventualmente tendría sexo con ella. Pero se mantuvo firme, aunque ahora siempre la penetraba profundamente para eyacular y esperaba inmóvil la eyaculación. Ella siempre hacía una pausa entonces, esperando con una sonrisa feliz. Ambos esperaban inmóviles durante unos segundos, luego él explotaba, eyaculando a chorros dentro de ella. Ella dijo que le encantaba eso. Era una sensación hermosa y que los unía a ambos quedarse dormidos y despertarse uno al lado del otro. Una vez, tras pasar la noche en casa de Jo, llegó a casa y encontró a Anni llorando en la cama. Le susurró qué le pasaba, y ella rompió a llorar desconsoladamente, incapaz de hablar. Rápidamente se desnudó y se acostó a su lado, abrazándola durante un buen rato y acariciándole el pelo y la cabeza. Al cabo de un rato, ella se calmó y le contó todo.

Varios días antes, alguien de la oficina le había revelado traicioneramente por teléfono que su marido tenía una aventura con una de las jóvenes de la fábrica. No cabía duda. Salía con ella todos los días; salían puntualmente a las cuatro en su coche y llegaban juntos al trabajo por la mañana. No, no había error: el director, la mujer del departamento de investigación, su coche, toda la noche. La víbora fingió compasión, pero ella creía que la esposa del director lo sabía. Por la tarde, tomó un taxi cerca de la fábrica y esperó, nerviosa. Poco después de las cuatro, su marido (no lo llamó padre, como de costumbre) llegó con una joven y guapa mujer de la empresa. Fueron al aparcamiento, a su coche. Su mano estaba posesivamente sobre su trasero redondo y tembloroso.

Jack la acarició para calmarla, y ella se marchó triste, pero ya sin llorar. Esa mañana, como de costumbre, él vino a cambiar la ropa de la semana siguiente. Solía tener sexo rápido y apresurado con ella antes de irse a trabajar. Esta vez, ella lo saludó sin un be-

so, y desayunaron en silencio. Ella fue a la sala sin decir palabra y se desnudó. Él se acercó, y ella en silencio le permitió tener sexo con ella. Estaba triste porque sería la última vez. La primera vez, se masturbó durante el sexo. Él la miró con incomodidad, con los ojos muy abiertos, ante su acto impúdico, y ella le negó el orgasmo mientras tenían sexo. Él la vio masturbarse y eyacular lastimosamente, más que nunca. Cuando terminó, ella continuó masturbándose con una sonrisa mientras él se movía incómodamente entre sus muslos. Estaba a punto de presenciar, por primera y última vez, su recién descubierto placer privado, el placer de una zorra traicionada y obsesionada con el sexo. Después de su orgasmo, se incorporó.

Él no la miró mientras ella le contaba sobre su viaje en taxi a la oficina y luego a la casa de la chica. Entonces él también lloró y mintió, diciendo que había sido completamente inesperado, como un rayo, y que lo sentía muchísimo. Al cabo de un rato, ella le preguntó si la chica nueva era mejor en la cama, pero él la esquivó como un perro apaleado y murmuró que era diferente, simplemente maravillosa. No era solo por el sexo, pero ambos sabían que estaba mintiendo cobardemente. Se quedaron en silencio, luego ella le trajo la maleta preparada con la ropa limpia y le dijo que no volviera. Le deseó lo mejor para el resto de su vida, se dio la vuelta y subió a la habitación a llorar amargamente. «¡Y aquí estoy!», gritó de nuevo, «¡y no sé qué hacer!».

Jack no quería que llorara, así que la besó y le acarició el pelo y la cabeza, sosteniendo su rostro entre sus manos y besándola una y otra vez. Dijo que no entendía a su padre, pero que él, Jack, siempre estaba ahí para ella. Acarició todo su cuerpo, sin dejar ningún rincón sin tocar, y su llanto finalmente cesó. Solo después de muchas caricias su mano se acercó a su vello púbico, acariciándolo con mucha suavidad. Como perdida en sus pensamientos, ella separó y dobló las piernas, como siempre hacía cuando se masturbaban juntos. Él se arrodilló entre sus piernas como de costumbre, mostrando con orgullo su pene erecto. Estaba listo para introducir la punta en su vagina cuando escuchó su suave susurro. “Ven”, susurró, “¡ven dentro de mí! ¡Ven, hazlo conmigo, fóllame!” y se cubrió los ojos con el antebrazo avergonzada. Jack entró lenta y cuidadosamente en su vagina, y tuvieron sexo por primera vez. Aunque Jack sabía (ella se lo había dicho una vez) que su pene era más grande y grueso que el de su padre, le sorprendió la rapidez con la

que ella se excitó, sus gemidos cortos y el rico sonido de su orgasmo. Continuó, conteniéndose hasta que ella volvió a temblar de excitación, sus pequeños y suaves gritos anunciando su inminente orgasmo. Eyaculó como un hombre poseído mientras ella aún se recuperaba de la sensación. Después, se quedaron quietos, tomados de la mano, perdidos en sus pensamientos. «¡He engañado a tu padre conscientemente por primera vez, y me alegro de que haya sido contigo!», susurró ella, sonriendo. Jack decidió explorar el tema de la infidelidad inconsciente en algún momento en el futuro.

Se quedaron en la cama hasta la mañana e hicieron el amor tan a menudo como él pudo. Durante sus descansos, la masturbó, y luego continuaron haciendo el amor como dos jóvenes amantes. Después de unas horas de sueño, ella quiso levantarse y preparar el desayuno, pero él la detuvo. “Mi erección matutina”, susurró, y ella volvió a la cama para aliviar su erección matutina. Luego bajó a preparar el desayuno. Él la oyó tararear una alegre melodía y bajó también para llamar a Jo. Fingió estar organizando su próxima reunión, ya que Anni podía oír todo lo que decía. Jo preguntó qué estaba pasando realmente, y él murmuró al teléfono que ella tenía razón. Siguió un largo silencio, luego Jo preguntó: “¿Te acostaste con ella?”. Él dijo que sí y explicó brevemente que su padre se había mudado y sus padres se estaban separando. Jo permaneció en silencio, luego quiso que le contara todo, pero él dijo que se lo contaría la próxima vez y colgó. —Lo eché —dijo Anni—, y por ahora nos quedamos separados. Pero si nos divorciaremos, aún no lo sé. Se había preparado un gran desayuno, como los que solía tomar solo los domingos, con huevos revueltos y tomates. Cuando terminaron, Jack le preguntó si quería la casa para ella sola, ya que estaba libre y podía conocer hombres, un amante... Ella lo interrumpió: ¡No, no quería! Todavía no había renunciado a su padre; con un amante, lo sellaría para siempre. —No, nos quedamos juntos, y... —Se quedó en silencio y luego añadió—: Si me quieres, ¡no tendré otro hombre que no seas tú! Jack asintió feliz, y entonces su rostro se ensombreció: —¿Y Jo? —Lo miró de reojo—. ¿Puedes estar con los dos...? Y sin dudarlo, dijo: —¡Sí! —Pero, ¿tienes que decírselo? —preguntó ella con dudas, y él dijo: —Por supuesto que sí, pero estoy absolutamente seguro de que Jo lo aceptará. Podía resolver el problema de administrar su tiempo.

Ménage-à-trois

Continuaron sentados en silencio a la mesa de la cocina, luego, aún tomados de la mano, se levantaron y, tras una rápida mirada, subieron corriendo al dormitorio riendo y riéndose a carcajadas, quitándose la ropa. Hicieron el amor y se masturbaron hasta la hora del almuerzo y continuaron justo después. La madre había llamado para decir que estaba enferma; por suerte, nadie preguntó qué le pasaba, porque no podía decir: "¡Un nuevo amante!". Después de un día de sexo incansable, se calmaron. Ella volvió al trabajo por las mañanas, porque la contabilidad se acumulaba si no trabajaba. Llamó a su padre para preguntarle cómo estaba y se aseguró de mencionarle que debía enviarle dinero mensualmente para su manutención y para Jack. Jack retomó sus estudios de doctorado, pero le resultó muy difícil volver a concentrarse en el tema. Se quedaba a dormir en casa de Jo dos veces por semana y llamaba a Anni todas las noches, así que su trío se desarrolló a la perfección.

Anni invitó a Jo a tomar café por la tarde varias veces, y Jack disfrutó mucho de esas horas compartidas en el jardín, durante las cuales se desarrolló rápidamente un vínculo familiar. Confiaban los unos en los otros, los tres, y hablaban abiertamente sobre temas sexuales. Una vez, Jo sacó a colación el tema de los tríos, pero Anni no podía imaginarlo en absoluto; se sentía demasiado como una niña del pasado. Jo explicó lo que sucedía durante un trío, pero Anni negó con la cabeza mientras Jo describía con gran detalle lo que las mujeres hacían juntas. No podía imaginarse haciéndolo con otra mujer, mintió. Jack le ofreció su apoyo, asegurándole que era puramente teórico; la idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Jo sonrió, porque lo había hablado con él muchas veces, pero él le había dicho que tendría que suceder con una de sus alumnas, si acaso, pero nunca con su madre. Jack no estaba seguro de por qué Jo lo sacó a colación; ¿quería un encuentro lésbico? Nunca había estado con una mujer, Jo siempre insistía, olvidando convenientemente su relación lésbica con la empleada del hotel; Los tríos estaban de moda en aquella época; todo el mundo hablaba de ellos. Él iba a la universidad varias veces por semana para dar sus clases particulares. Para su 22º cumpleaños, Jo le regaló la calculadora más potente de Texas Instruments, que le fue de gran

ayuda en su trabajo *(aún no se habían inventado los ordenadores personales)*.

Su trío duró más de dos años. Fue muy satisfactorio para los tres, y un día, cuando el café de la tarde se prolongó hasta la noche y hacía rato que habían cambiado el café por el vino, Jo se quedó a dormir y durmió con ambas mujeres alternativamente en la cama grande. Al principio, Anni se sintió incómoda y avergonzada cuando Jack se subió encima de ella y Jo acarició todo su cuerpo. Después de que Jack eyaculara, Jo continuó acariciando hábilmente a Anni, estimulando sus labios y clítoris durante un buen rato. Ella lo disfrutó enormemente y comenzó a jadear y gemir con una excitación deliciosa mientras Jo la masturbaba, pero no quería llegar al orgasmo y sujetó la mano de Jo con firmeza antes de dejar que Jo continuara, deteniéndose justo antes de que estuviera a punto de llegar al clímax. Después de la cuarta vez, apartó la mano de Jo de nuevo y se masturbó durante unos minutos más, temblando al llegar al orgasmo y cubriéndose la cara con ambas manos.

Tartamudeando, llorando y de forma incoherente, dijo que Jo no debía enfadarse con ella, pero que había tenido que hacerlo ella misma por excitación y lujuria, y que nunca antes había dejado que una mujer la tocara y no se atrevía a soltarla. Anni era una actriz muy convincente y siempre se creía sus propias mentiras; rápidamente se convertían en convicciones y luego en verdad. Jo la acarició y la besó, murmurándole palabras tranquilizadoras hasta que dejó de llorar. Fue una noche maravillosa, que se repitió varias veces a instancias de Jo. Con paciencia y persistencia, Jo finalmente logró seducir a Anni. Muy ansiosa, permitió que Jo la masturbara hasta el orgasmo. Más tarde, también masturbó a Jo, y después de un rato, Jo quiso lamerla. Tras un breve momento de falsa modestia, abrió bien las piernas, ofreció voluntariamente sus genitales a Jo, y Jo la lamió hasta el mejor orgasmo de su vida. Ella tiraba y jalaba sus pechos con fuertes gemidos, tan excitada estaba, fantaseando con la orgía del viaje de graduación. Jack disfrutaba plenamente follando a la que le hacía sexo oral en posición de perrito y viendo a la que era lamida llegar al orgasmo, porque Anni había aprendido rápido y él podía ver que a Jo realmente le gustaba ser lamida hasta el orgasmo. Estaba muy agradecido a Jo por haberlo organizado todo con tanta facilidad y consideración. A veces lamía a Anni después de tener sexo y le proporcionaba muchos orgasmos maravillosos. Cuando le preguntó una vez, ella dijo que

los orgasmos eran los mismos ya fuera por sexo oral, masturbación o coito, solo que la experiencia previa era completamente diferente.

Coma, aventura amorosa y labor benéfica

La noticia de que su padre había sido hospitalizado les cayó como una bomba. Jack y su madre fueron inmediatamente al hospital, donde se enteraron de que había sufrido un derrame cerebral muy grave y seguía en coma inducido. Se quedaron con su padre, y de repente llegó su amante para preguntar por él. Gracias a las inimitables técnicas de interrogatorio de su madre, salió a la luz toda la historia. La amante había preparado una rica cena, su padre había disfrutado de una buena copa de vino y luego se habían ido a la cama. Todo era como siempre, perfectamente normal, excepto que esta vez, su padre se había desplomado sobre ella después de un orgasmo. Ella llamó inmediatamente a una ambulancia, se vistió a sí misma y a él, y el médico de urgencias los llevó a ambos al hospital, donde su padre recibió los primeros auxilios. Lo visitaban a diario, viendo rara vez a su amante, que estaba completamente destrozada. Poco a poco dejó de contactarlos por completo y solo llamó a su madre una vez. Dijo que estaba terminando sus estudios y que no podría cuidarlo; que pronto empezaría a trabajar en el extranjero, etc. La madre dio por terminada la conversación, bastante disgustada. —Su amor no puede ser tan fuerte —se quejó—. Cuando las cosas se ponen difíciles, ¡desaparece en un abrir y cerrar de ojos! Jack la consultó sobre cómo podrían arreglárselas, y la solución fue sencilla. Le pondrían una cama en la sala. Podría sentarse frente al televisor durante el día o escuchar la radio o música. Anni no podía dejar su trabajo, así que el padre tendría ocasionalmente unas horas a solas. De lo contrario, ella, Jack, o ambos, estarían allí si necesitaba algo. Después de todo, él había sido su esposo y padre durante mucho tiempo. No querían volver a pensar jamás en su estúpida aventura.

El día de su alta, su doctora les pidió que fueran a su habitación y les dio muchas instrucciones y consejos para la vida diaria, describiendo una vez más su condición. Pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas y probablemente nunca volvería a hablar. Los exámenes mostraron que no había sufrido daño cognitivo, pero no podía hablar. Por lo tanto, tendrían que preguntarle si necesitaba esto o aquello, y él era muy bueno señalando con la mirada lo que quería. Por ejemplo, podían preguntarle si quería té o café, y él podía indicar claramente cuál quería. Luego, les recomendó material de lectura, un grupo de apoyo en la ciudad y les dio un folleto so-

bre cuidados en el hogar. Después, se fueron a casa; una ambulancia lo llevó a casa con su silla de ruedas.

El cuidado transcurrió sin problemas, tal como lo habían planeado. Una tarde sonó el timbre. Anni se vistió rápidamente; era su amante. Trajo sus cosas en una bolsa de viaje y preguntó si podía despedirse. El taxi estaba esperando con el motor encendido. La amante se quedó unos instantes frente a la silla de ruedas y dijo: "¡Adiós, mi querido!" y se fue rápidamente: "¡Adiós para siempre!". Jack ayudaba a su madre a levantarse de la cama por la mañana y a vestirla, y de nuevo por la noche. Se turnaban para darle de comer. Jack vaciaba y enjuagaba regularmente el orinal incorporado a la silla. Por las noches, mientras se desvestía y se ponía el camisón, su madre no notaba la erección de su padre. Cuando se sentaron a la mesa después, ella le preguntó a Jack qué pensaba al respecto. Lo de la erección de su padre. Él pensó un momento, luego dijo que su pene y su imaginación aparentemente estaban intactos. Ella tenía tres opciones: ignorarlo, hacerle una paja o montarlo. Se sonrojó intensamente, luego preguntó qué debía hacer. —Ignorarlo es una barbaridad —dijo Jack—, y sé que nunca le haces una mamada, o solo de mala gana. Si yo fuera tú, me lo follaría; eso sin duda le complacería, y últimamente no tiene mucho placer. Ella pensó un momento y luego preguntó: —¿Me ayudarás?

Entraron en la sala y bajaron las persianas. Luego acomodaron a su padre, colocando una almohada extra bajo su cabeza para que pudiera ver todo. Ella le subió el camisón y le tocó el pene, acariciándolo hasta que se puso erecto. "¿Ahora vamos a tener sexo, quieres?", preguntó, al ver un destello en sus ojos. Él intentó desesperadamente decir "¡SÍ!". Mientras su madre se quitaba el vestido, Jack fue a la cocina y se sentó en la silla de su madre. Desde allí, podía ver directamente la sala sin que su padre lo viera. Ella se había desvestido por completo y se movía de un lado a otro de una manera ligeramente provocativa. El pene de su padre se hinchó y pronto se puso erecto. Jack supuso que ella tenía razón cuando había dicho una vez que el pene de su padre era más pequeño, mucho más pequeño. Ella se subió a la cama, encima de él, y lentamente se introdujo su pene. Preguntó: "¿Rápido? ¿Despacio? Sí, ¿despacio?". Aparentemente, esa era la opción; ella lo montó muy lentamente y comenzó a masturbarse al mismo tiempo. Ella lo montó muy despacio y durante mucho tiempo, luego se detuvo; al parecer, él eyaculó. Después ella continuó masturbán-

dose y terminó con un orgasmo fuerte y estremecedor. Jack la ayudó a acostar a su padre. Ella lo arropó, apagó la luz y regresó a la cocina, desnuda, con su ropa en la mano. Dijo que iba a ducharse y luego acostarse; ¿iría él también?

Antes de tener relaciones sexuales, él le preguntó si había estado bien. Dijo que había disfrutado mirando; que era muy excitante verlos tener sexo. Ella dijo que al principio no le había parecido excitante, pero luego vio el brillo en sus ojos y sintió que había tenido un buen orgasmo y había eyaculado con fuerza, como antes. Se rió diciendo que su amado pene era lo único que aún funcionaba. Jack añadió que algunos de sus dedos también; siempre podía presionar los botones del control remoto. “Y me masturbé deliberadamente justo delante de él”, dijo, “porque debió haber sido muy vergonzoso para él, y quería restregarle que yo también me había beneficiado de su estúpida aventura”. Jack no entendió del todo su razonamiento, pero permaneció en silencio. A partir de entonces, ella tuvo relaciones sexuales con su padre todos los viernes por la noche, y Jack la observaba desde la cocina, en parte porque era lujurioso y en parte porque terminó ayudándola a cuidar de su padre. Cuando Anni se sentaba sobre el pene de su padre y se masturbaba, a veces tenía una expresión burlona y despectiva alrededor de la boca. Jack ahora tenía tiempo de nuevo para estudiar su bibliografía especializada mientras estaba sentado en el salón y su padre veía la televisión.

Por lo demás, nada de esto afectó su trío amoroso. El padre dormía en la sala de estar de la planta baja, mientras que los tres disfrutaban en las habitaciones del primer piso. Era una época tranquila y sin sobresaltos. Cuando Jo vino a pasar la noche, se sentó con su padre y le tomó la mano. Jo le ofreció a su madre, si quería, la posibilidad de dormir también con el anciano para variar. Le encantaría, y su tío seguramente no se opondría; de hecho, seguramente lo disfrutaría. Pero la madre se negó airadamente, insistiendo en que era su marido y su deber, no el de Jo. Fue la única vez que surgió algo parecido a una disonancia. El desacuerdo duró solo un minuto, luego todo volvió a la normalidad. Más tarde, volvió a sacar el tema cuando visitó a Jo. Jack sabía la razón: Jo había dormido a menudo con su padre cuando era niña, antes de conocer a su madre. Le dijo a Jack que solo quería devolverle algo a su tío, ya que no se había sentido abusada en absoluto, sino todo lo contrario, había sido follada con mucho cariño y respeto por su

viejo. Jo sonrió con picardía al confesar que cuando los visitaba a él y a Anni para un trío, se sentaba junto a la cama del hospital y esperaba a que subieran a ducharse. Entonces tocaba al viejo y le hacía una paja rápidamente en cuanto se le ponía erecto. Jack y ella rieron felices, porque a él le gustaba.

Jo lo visitaba en sus mañanas libres y lo ayudaba a levantar a su padre de la cama y vestirlo. Cuando notó su erección matutina, intercambió una mirada con Jack y se bajó las bragas. Se acostó con el anciano y lo hizo eyacular, y como su erección persistió, lo hizo una segunda vez. Amaba a su padre y siempre era muy tierna en sus acciones. Sus ojos brillaban de placer cuando ella le acariciaba las mejillas y luego le provocaba orgasmos maravillosos. Jack a menudo se excitaba tanto al verla que inmediatamente la arrastraba a su habitación y se acostaba con ella hasta satisfacer su lujuria. Lo mantuvieron en secreto de Anni, pero durante un trío, ella hizo un comentario que decía que lo sabía. Jack echó la cabeza hacia atrás; ¡esto podía ponerse interesante! La explicación honesta de Jo, de que solo quería devolverle al anciano algo bonito que él le había dado, tranquilizó a Anni, porque siempre había sospechado que su marido había tenido una aventura con Jo antes que con ella. Dijo que no le importaba, y Jo lo hacía siempre que se presentaba la oportunidad.

Cuando Jo venía por la noche y sentía ganas de tener sexo con su padre, Anni se sentaba en la sala y observaba. Contemplaba con placer el cuerpo juvenil de Jo, que obviamente le daba mucho placer a su marido. Aunque había visto a Jack y Jo tener sexo cientos de veces, Jo tenía sexo con su tío de una manera completamente diferente. Al principio, se balanceaba sobre su pene mientras estaba en cuclillas hasta que se daba cuenta de que estaba a punto de eyacular. Se bajaba completamente sobre su pene, y se podía ver claramente por las contracciones de los músculos de sus nalgas que lo estaba masajeando con su vagina mientras él eyaculaba. Después, permanecía quieta porque él seguía erecto, y los movimientos de sus nalgas mostraban cómo lo estaba poniendo completamente erecto de nuevo con sus músculos vaginales. Acarició el pecho, las mejillas y la cara de su tío durante un buen rato antes de empezar a balancearlo. Por lo general, tardaba mucho, pero Jo parecía presentir exactamente cuándo él estaba a punto de venirse y se inclinaba, sus nalgas temblando como el abdomen de una avispa, cada vez más rápido. Se detenía inmediatamente cuando él

eyaculaba y le daba a su pene tiempo suficiente para que se ablandara dentro de ella. Por lo general, le chupaba y lamía el pene hasta dejarlo completamente limpio antes de cubrirlo. Jo nunca se masturbaba delante de su tío y se acostaba con él una o dos veces por semana; Anni se aferraba obstinadamente a su viernes. Si Jo olvidaba que era viernes, el viejo tenía un día especial y se acostaba con dos mujeres, aunque no a menudo. Una vez, Anni le dijo a Jo que ella sí se acostaba con su marido maravillosamente, mucho mejor que ella.

Aproximadamente un año después, un viernes por la noche, todo transcurrió con normalidad: la madre tuvo relaciones sexuales con el padre y luego se masturbó con su pene aún erecto dentro de ella. De repente, presa del pánico, llamó a Jack, señaló al padre y susurró que estaba muerto. Jack intentó sentir el pulso de su padre, percibir su respiración, y luego negó con la cabeza. Finalmente, ella se puso de pie y el pene del difunto, aún semierecto, se deslizó fuera de ella. Lavaron al padre, que tenía un fino hilo de semen corriendo por su abdomen, lo cubrieron adecuadamente y pidieron ayuda.

Jack ocultó su culpa a Anni, la sensación de que quizás esas últimas vacaciones con dos mujeres habían sido demasiado para su viejo corazón; no quería ser una carga para ella. Jo sufrió mucho, porque esa mañana de viernes su erección duró mucho más de lo habitual, y ella lo dejó eyacular suavemente. La segunda vez, tuvieron relaciones sexuales durante mucho tiempo y con gran intensidad, pero él no pudo eyacular. Ella se sentía culpable, y Jack solo pudo consolarla un poco diciéndole que su padre había muerto mientras hacía el amor con su madre: una muerte muy hermosa y llena de amor.

Él ayudó a organizar el funeral y con todo el papeleo oficial. Pasaron las siguientes dos semanas de duelo en silencio y soledad; él le había pedido a Jo que la dejara llorar sola durante una o dos semanas. Sabía que para Jo también era triste y doloroso, pero ella lo entendió y dijo que lo comprendía y que podía sobrellevarlo bastante bien sola. Le prometió llamarla todos los días y pasar tiempo con ella, muy cerca de ella.

Los admiradores

Por las noches, Jack y Anni se abrazaban, y él acariciaba su cuerpo desnudo para consolarla cuando lloraba. Cuando no lloraba, ella contaba anécdotas de su vida juntos, sobre sus admiradores, de quienes su padre estaba muy celoso. Jack había estado en un internado hasta los 14 años, y su esposo trabajaba y dormía en la oficina. Casi como un comentario al margen, dejó escapar que nunca había ido más allá de masturbaciones secretas; jamás, jamás le había sido infiel a su padre. Jack la interrogó de inmediato. Dado que les hacía masturbaciones a sus admiradores una y otra vez, pero no les permitía tener relaciones sexuales con ella, se mantenían alejados, y los celos de su padre disminuían. Jack insistió. Sí, algunos admiradores eran muy persistentes y probablemente recibieron tres docenas de masturbaciones, pero a ninguno se le permitía hacer más que tocar y excitar sus genitales. Ella nunca había tenido relaciones sexuales con ninguno de ellos, jamás, aunque a menudo estaba tan excitada que casi lo hacía en su excitación. Pero nunca sucedió, porque ella era fiel y sabía que su padre trabajaba diligentemente por las noches; le era fiel y nunca se había acostado con nadie más.

Él insistió, pues sus historias se enroscaban como guirnaldas con confesiones siempre nuevas, cada vez más detalladas, dando vueltas traicioneramente alrededor de la verdad vergonzosamente oculta. Sí, durante las masturbaciones, dijo finalmente, en la parte de atrás del banco frente a los arbustos de tuya, dejaba que el semen rociara la hierba con las primeras. Más tarde, frotaba los penes directamente frente a su vulva y dejaba que el semen rociara sobre ella, al menos con algunos, aunque le repugnaba que la rociaran. Pero como solía estar muy excitada, empujaba el pene profundamente en su vagina antes de la eyaculación y dejaba que rociara dentro. Y no, si alguien intentaba follarla después, apartaba al hombre insolente tras unas pocas embestidas, al menos unas pocas, ¡porque nunca había engañado a Padre! Sí, dijo en su narración algo divagante, era solo porque estaba muy excitada que la eyaculación la liberaba de la tensión.

Y cuando la tensión finalmente disminuyó y ella lentamente se dio cuenta de que él efectivamente había comenzado a tener sexo con ella, rara vez esperó hasta que eyaculó, sino que lo apartó.

Desafortunadamente, solo muy pocos lo hicieron, admitió con pesar, solo muy pocos, al menos uno. Pero como generalmente ya era demasiado tarde y él simplemente continuó hasta eyacular, entonces ÉL había cruzado la línea; ¡ELLA era fiel y ELLA no estaba teniendo sexo! Debido a que su excitación era a menudo tan intensa, rara vez notaba que algunos, bastantes, incluso muchos no esperaban la masturbación y penetraban inmediatamente su vagina. Tenían sexo y eyaculaban; muchos lo necesitaban una segunda y tercera vez. Ella los dejaba, por supuesto que lo toleraba, porque todos eran amigos. La mayoría solo venía a ella un par de veces; algunos permanecieron como admiradores durante mucho tiempo. Jack preguntó con cuántos se había acostado. Lo pensó un momento y admitió con vacilación que casi todos, tal vez 25 o 28, solo unos pocos, quizás dos o tres más, se conformaban con una masturbación o eyaculación dentro de ella y no tenían relaciones sexuales. Pero ninguno de ellos tenía relaciones sexuales con ELLA, solo una masturbación, y luego tal vez eyaculación dentro de ella. Eso no era tener relaciones sexuales, ¿no era así? Y esos 25 o 28 habían cruzado la línea de lo prohibido con las relaciones sexuales, no ella, ¡ELLA siempre había sido fiel! Jack se preguntó cuán diferente pensaban sobre la fidelidad y la sexualidad y murmuró amargamente, tal vez Padre solo había tenido relaciones sexuales con su secretaria por las noches, mientras que sus admiradores penetraban su vagina, tenían relaciones sexuales con ella y eyaculaban dentro de ella. ¡NO, dijo ella, NO! Durante sus confesiones, se había excitado mucho con las suaves caricias de Jack y lo atrajo hacia ella. Durmieron juntos por primera vez en dos semanas de duelo. Pensativa, dijo durante una pausa antes de continuar: «Podría ser cierto, tal vez tuvo muchas aventuras, ¡el sinvergüenza! Pero yo nunca le fui infiel, ¡aunque tuve muchas oportunidades!». Jack murmuró que tenía razón; el siguiente número era más importante para él que una discusión moral.

Dos días después, durante un descanso, volvió a mencionar a los admiradores, pidiéndole que le contara todo de nuevo; casi lo había olvidado todo porque habían tenido sexo muy intenso después. Ella disfrutó de las caricias excitantes de Jack y accedió sin dudarlo. Ayer revisó sus diarios para asegurarse de que al menos las cifras fueran correctas. El período en que la acosaron duró unos cinco años, hasta su quincuagésimo cumpleaños, ¿te acuerdas? Tres de ellos solo querían una felación y nunca volvieron.

En total, hubo muchos más, pero aún no había empezado a tomar notas diarias. Calculó que podrían haber sido más de 30 en esos seis meses. Solo al principio dejó que el semen se rociara en el césped del jardín. La mayoría quería eyacular en su vulva, pero a ella le repugnaba y se introducía el pene en la vagina antes de eyacular. Cuando se masturbaba el pene dentro de la vagina, los movimientos de su mano en sus labios y el movimiento del glande dentro de la vagina a menudo la llevaban casi al orgasmo. Si él eyaculaba demasiado pronto, ella se masturbaba hasta el orgasmo con los dedos, muy tímidamente y avergonzada, porque le daba vergüenza hacerlo delante de alguien que no conocía bien. Verla excitaba a la mayoría de ellos de nuevo y les daba otra erección. Para muchos, la segunda masturbación duraba mucho tiempo; ella introducía el pene masturbado profundamente en su vagina con la mano, una y otra vez. Esto casi siempre la llevaba al orgasmo, y no tenía que rebajarse a usar los dedos.

Ella seleccionaba a la mayoría de sus clientes de la cartera de clientes de su empresa; casi ninguno se negaba. Solía sentarse en el regazo del hombre sentado, introducir su glande en su vagina y masturbarlo. Al principio, tenía dos o tres admiradores seguidos cada noche, pero nunca llegaba al orgasmo. Entonces, un día, el vicario de la catedral, que había oído hablar de ella en el confesionario, fue a verla y tenía sus propias ideas sobre cómo lo quería. No se quedó sentado en el sofá de la sala, sino que se tumbó boca arriba. “Vamos, hija mía”, dijo, y la hizo ponerse en cuclillas sobre él. Ella quería complacer al caballero de alto rango con su mano, pero él la atrajo cada vez más profundo hasta que su pene estuvo completamente dentro de ella. Ella debía sujetar firmemente la base de su pene con la mano y mover sus caderas hacia arriba y hacia abajo. Fue una sensación tan placentera sentir la estaca sagrada dentro de ella, sentirla moverse hacia arriba y hacia abajo en su vagina, que tuvo un orgasmo muy rápidamente y apretó y presionó el pene del noble señor, haciéndolo chillar de placer.

Ella se apoyó con ambas manos en su pecho, meneando sus caderas seductoramente antes de deslizarse arriba y abajo sobre su pene otra vez. Él colocó sus manos en sus nalgas, permitiéndole sentir bien su ritmo. Ella sintió cada chorro de semen cuando él eyaculó. Esto se sintió tan bien que ella llegó al orgasmo muy rápido. Ahora rebotaba deliberadamente arriba y abajo rápidamente; ella y él tuvieron orgasmos, uno tras otro. Él siguió siendo un visi-

tante regular durante unos tres años, viniendo una o dos veces al mes y disfrutando de ella cabalgándolo y llevándolo al orgasmo con su movimiento de balanceo, por supuesto sin masturbación. Cada vez que se iba, ella lo miraba y le hacía la misma pregunta sin sentido: "¿Y el cielo?". El vicario pareció satisfecho y dijo untuosamente: "¡El cielo te ama mucho, hija mía!". Dejó, como siempre, dos billetes grandes sobre la cómoda antes de irse.

Su comportamiento había cambiado por completo debido a su señor de alto rango. Comenzó a mecerse en el regazo de su admirador, sujetando su pene con una mano, balanceándose de un lado a otro, mientras su pene entraba y salía. Ella llegó al orgasmo fácilmente, y él también. Elegía cuidadosamente a aquellos que seguían su propio ritmo y disfrutaban de su balanceo, que se volvía cada vez más intenso hacia el orgasmo, y que ya no esperaban masturbación. El balanceo y el vaivén terminaron cuando apareció el grupo de admiradores que querían tener sexo con ella. ¿Una masturbación? ¡Eso era un juego de niños! Sexo, follar y tener sexo: eso era todo lo que querían. El cielo la amaba, estaba segura de ello, porque ahora podía probar prácticamente su firmeza, su lealtad inquebrantable a su esposo.

Y había 38 admiradores que se habían acostado con ella, pero ella nunca les correspondió; siempre tenía a su marido en sus pensamientos, ¡jamás le fue infiel! Los 38 no querían una masturbación, querían tener sexo con ella. Ella siempre se había negado rotundamente. Pero le encantaba que le estimularan suavemente los genitales y que su excitación aumentara inconmensurablemente. Mientras ella, a su vez, llevaba su pene a una hermosa erección con su mano y su boca, decía que no le correspondería en absoluto, y que si él necesitaba irse con tanta urgencia, que así fuera, pero que siempre pensaría en su marido y jamás le sería infiel. Todos los admiradores lo entendieron de inmediato, y cuando el pene estuvo lo suficientemente firme, ella lo soltó, se echó hacia atrás y cerró los ojos, porque estaba pensando en su marido, en su fidelidad, y dependía del admirador si quería follarla, acostarse con ella y si realmente quería hacerle eso a esta esposa virtuosa, de aspecto casto y posiblemente también fiel.

Por supuesto, los 38 mencionados eran solo aquellos considerados dignos de mención en el diario. En realidad, había muchos más, ya que muchos no eran capaces de alcanzar el orgasmo o no

pagaban. Estos hombres de una sola vez no aparecían en el diario. Ella conocía la verdad y despreciaba a los hombres que simplemente se introducían, eyaculaban y se marchaban. Estos hombres no contaban para ella; desaparecían instantáneamente de su memoria. Así, solo quedaban los 38 que seguían siendo dignos de mención. Si se imaginaba algo con firmeza y lo repetía sin cesar, se convertía en realidad. Así había sido durante toda su vida.

Todos la deseaban y se la follaban, todos eyaculaban dentro de ella tan a menudo como podían. Pero ella nunca se la follaba a él; eso era algo que su admirador tenía que hacer él mismo. Muchos querían una segunda vez, algunos podían ir hasta tres. Sí, por supuesto, respondió ella, casi siempre tenía un orgasmo, siempre lo tenía durante el sexo. Esa era también la razón por la que se sentía un poco infiel, porque durante el orgasmo se aferraba a su admirador y se olvidaba de pensar en su marido cuando el clímax era muy intenso. Como se la follaba con fuerza contra su pene mucho antes y durante su orgasmo, hasta que explotaba y luego se calmaba, solía sentir una profunda tristeza por haberse dejado llevar por el acto de follar. Pero era solo una reacción inconsciente de su cuerpo, un reflejo automático casi animalístico, se decía a sí misma; no quería follar con él y nunca dudó de su fidelidad.

Recordaba a un admirador; tenía un pene grande, pero ella solo estuvo a punto de llegar al clímax. Era uno de los pocos con los que podía alcanzar el orgasmo inmediatamente con dos dedos, aunque le daba mucha vergüenza porque él la miraba con tanta avidez y lujuria evidente, pero tenía que hacerlo enseguida. Lloraba entonces porque nunca pensaba en su marido mientras lo tocaba. Lloraba mientras el tonto volvía a introducir su pene dentro de ella y no conseguía nada más que eyacular. Y sí, al final, muchos la veían masturbarse, aunque el hecho de que ella se masturbara hasta alcanzar el orgasmo liberador la llenaba de vergüenza y la incomodaba mucho. A la mayoría les excitaba verla y les permitían tener sexo de nuevo. Muchos le rogaban después del sexo que, por favor, lo hiciera otra vez; ¡les encantaba mirar! Con estos hombres, la vergüenza desaparecía y ella tenía sexo libremente, sin pudor y sin inhibiciones delante de sus ojos.

Jack había descubierto que ella era mucho más honesta cuando la acariciaba suavemente mientras hablaba, tocando su clítoris solo muy ligeramente. En ese estado de leve excitación, ella respon-

día todo con sinceridad. Sí, descubrió la masturbación cuando su padre dormía en la oficina durante la semana y solo volvía a casa los fines de semana. Se quedaba despierta noche tras noche, acariciándose sin cesar, frotando sus labios vaginales con la palma de la mano, tal como lo había experimentado en su viaje de graduación, pero sus piernas se contraían y temblaban si tocaba inadvertidamente su zona sensible. Acariciar sus labios vaginales era excitante cuando evitaba el punto sensible; finalmente, imitó la penetración, y así sucedió que alcanzó el clímax por sí sola. Todos los días de la semana, se masturbaba hasta el orgasmo y después se sentía liberada y maravillosamente relajada. A veces varias veces. Su padre solía llegar a casa el sábado por la noche y se iba directamente a la cama. Los domingos por la mañana, se masturbaban todo el tiempo que él podía. Ella se resignó a ello, pero su resistencia se deterioró rápidamente. A veces, a pesar de disfrutar de la estimulación oral y manual, no lograba que se le pusiera duro, y las relaciones sexuales con un pene semierecto se volvieron cada vez más raras. Poco a poco, se convirtió en rutina para ella acariciarlo con los dedos los sábados por la noche y los domingos por la mañana mientras él aún dormía. ¡Después de todo, aún no tenía 30 años y necesitaba al menos un orgasmo al día! A veces él se despertaba y la observaba, logrando una erección, y entonces la penetraba como en los viejos tiempos. Cuando finalmente no pudo más, una vez le dijo, proyectando su propia agresividad en ella, que era "¡repugnante! ¡Las mujeres decentes no lo hacen, solo las zorras promiscuas y obsesionadas con el sexo!". Este reproche fue muy hiriente. Desde entonces, nunca más lo hizo cuando él estaba cerca, y los fines de semana se volvieron largos y sin alegría. Así que decidió ceder a la insistencia de sus admiradores y obtener su orgasmo diario de esa manera. En ese momento, también comenzó a recortar todo el vello que no formaba parte de su zona púbica y a afeitarse alrededor de su hendidura. El vello cuidadosamente recortado debía apuntar como una flecha dorada hacia su puerta del amor, mientras que bajo el frondoso vello púbico, la hendidura desnuda debía atraer toda la atención hacia sí misma.

Suspiró feliz porque Jack le había excitado el clítoris con tanta delicadeza y sin tapujos, y habló con franqueza. Primero llamó a quienes habían coqueteado con ella en fiestas anteriores en el jardín, pues instintivamente distinguía entre coqueteo y coqueteo. Incluso por teléfono, les dejó claro a sus admiradores que ahora tenía lo que siempre habían deseado, y nunca les dijo que no.

Cuando un admirador llamó a la ventana por la noche, la abrió luciendo un sofisticado vestido de velo completamente transparente que resaltaba de forma lasciva y obscena su desnudez bajo la luz de fondo de la antesala. Siguiendo la moda de la época, también poseía varios magníficos camisones con encaje que le llegaban solo hasta el ombligo y que acentuaban especialmente su zona púbica depilada.

Los hombres impresionados la siguieron en silencio hasta la sala de estar, donde, si era su primera visita, ella dejaba claras las reglas básicas con la primera copa de vino. Una masturbación o incluso sexo, pero ella no participaría activamente, porque no quería engañar a su marido. No quería abrazarlo ni besarlo, pero dejaba que su mano se deslizara sobre sus muslos, su vulva; de hecho, abría las piernas voluntariamente para que él pudiera excitarla fácilmente. Con la misma disposición, le provocaba una erección con la boca y las manos, y cuando ambos estaban excitados, se recostaba, se cubría los ojos con el antebrazo o lo observaba penetrarla: uno apresuradamente, el otro deliberada y lentamente. Dejaba que la follara como a una muñeca sin vida y lo observaba como una extraña, aferrándose a él solo durante el orgasmo, a veces masturbándolo salvajemente hasta que el orgasmo llegaba y luego se desvanecía. Después del orgasmo, solía estar triste porque nunca pensaba en su marido, solo en su gratificación egoísta. Si un hombre eyaculaba sobre ella mientras se masturbaba, le decía que la próxima vez lo dejara dentro; no podía quedar embarazada. Le parecía repugnante que eyacularan sobre ella.

La mayoría de ellos la visitaban a diario; ella tenía sus orgasmos diarios, y eso la relajaba mucho. Era mucho más placentero y natural que la estimulación manual. Desafortunadamente, ninguno se quedaba más de dos o tres semanas, y luego tenía que volver a buscar en la agenda de su marido al siguiente admirador. Este equilibrio la ayudaba a sobrellevar los fines de semana largos; su padre rara vez tenía relaciones sexuales con ella los domingos por la mañana. En lugar de tener sexo, se sentaba y la bombardeaba con acusaciones celosas y sospechas infundadas de que se acostaba con todos sus amigos. Exteriormente, ella se mantenía completamente impasible, porque ninguno de sus amigos admitiría jamás haberse acostado con su esposa. “Te soy fiel”, decía siempre, tragando saliva con dificultad, porque sabía muy bien que sí tenía sexo durante el orgasmo, pero solo porque su cuerpo estaba progra-

mado con ese reflejo automático, ¡y no había absolutamente nada que pudiera hacer al respecto! Cuando sus diatribas cesaban, él tarareaba con buen humor y tenían sexo tranquilo. En raras ocasiones, pero de vez en cuando, sus habilidades orales y manuales lograban que tuvieran relaciones sexuales una segunda vez, e incluso más raramente una tercera. Sin embargo, sentía que se distanciaban cada vez más cuanto menos a menudo tenían sexo.

Jack se alegró de que el periodo de duelo hubiera terminado ahora que ella le había contado todo con sinceridad, y no veía la necesidad alguna de un debate moralizante sobre si le había sido infiel a su padre durante cinco años. En cualquier caso, eso le ayudó a corregir su opinión sobre ella; no era la virgen inmaculada y sin vida sexual que se había imaginado hasta sus vacaciones en Australia, pero a pesar de su evidente ingenuidad y su concepto totalmente distorsionado de la fidelidad, ¡era astuta como una zorra! Dijo en voz alta que ella tenía todo el derecho a tener su orgasmo diario sin sentir que engañaba a su marido. «Sí», susurró ella emocionada junto a su oído, «¡Necesitaba ese orgasmo diario, a menudo varias veces al día!». Y susurró: «¡Vamos, hazme el amor, haz que sea placentero para mí!».

En cierto momento, cuando volvieron a hablar de sus admiradores, mencionó que al principio le habían traído una buena botella de vino o champán. Cuando uno de ellos dejó un billete en la mesa del salón al marcharse, se quedó atónita. Cuando se lo contó al siguiente admirador, este hizo lo mismo, y pronto se convirtió en algo habitual que sus admiradores le dieran dinero. Jack la miró con los ojos muy abiertos y la boca abierta. Ella interpretó esto como que no le creía, así que rebuscó en su mesita de noche y sacó una caja de plata. «Mira», dijo, «¡todavía queda bastante!». Jack negó con la cabeza con desaprobación ante la idea de guardar tanto dinero en casa. Luego contó los billetes y murmuró que con ese dinero se podría comprar un coche grande, muy grande, pero ella lo desestimó, explicando que no tenía carné de conducir. Sin embargo, lo que había gastado eran regalos para su padre o para él. Le había comprado su primer telescopio astronómico y muchas otras cosas. Jack, incapaz de soportar por mucho tiempo sus ojos suplicantes de cachorrito, murmuró que no pasaba nada, que solo eran regalos de dinero, que no debía preocuparse. Estuvo a punto de comentar que Jo también recibía “solo” regalos de dinero, pero se contuvo a tiempo y guardó silencio.

Jack la acariciaba suave y eróticamente, y ella seguía contándole algo nuevo sobre sus admiradores. Que muchos de ellos, sorprendentemente, eyacularan en su boca mientras se excitaban con la mano y la boca no era nada nuevo para ella, porque a su padre le gustaba mucho eso, y tenía que suspirar y calmarlo. La escena se completaba cuando admitía, poco a poco, que con algunos, con todos en realidad, apenas podía aguantar un minuto jugando a ser una muñeca inerte antes de lanzarse sobre sus penes con toda su fuerza y pasión. ¿Y si el tipo no lo conseguía? ¡El miedo la impulsaba a hacer todo lo posible para alcanzar el orgasmo! Esa era su motivación, después de todo; ¡jamás querría engañar a su padre! Follaba y se masturbaba hasta alcanzar una pequeña muerte liberadora. Después de sus orgasmos, descansaba y dejaba que su admirador continuara su acto hasta que se excitara de nuevo o él eyaculara, obligándola a trabajar en su erección una vez más para poder alcanzar su merecido siguiente orgasmo. Pero siempre pensaba en su marido, con quien tenía relaciones sexuales y se masturbaba igual que con su admirador. Y como siempre pensaba en él, le era fiel, al menos en su corazón. Y aprendió que cuanto más apasionadamente se acostaba con su admirador, más probable era que tuvieran sexo tres veces; por lo tanto, tenía al menos tres orgasmos, a veces más. Después de una noche exitosa, no necesitaba acariciarlo inmediatamente, aunque siempre lo hacía de nuevo después, generalmente varias veces, hasta quedarse dormida agotada.

Lloró en voz baja mientras le confesaba a Jack que la mayoría de sus admiradores, después de su primera eyaculación, solo querían ser montados por ella. No sabía si eran demasiado perezosos o demasiado exhaustos, pero todos querían ser montados desde el principio. Se persignó y elevó una rápida plegaria al cielo para que no quedara registrado como infidelidad en su historial, mientras le provocaba una erección con la boca y la mano. El cielo le dejó bien claro que no era infidelidad una vez que su fuente de placer estaba dura. El admirador solía permanecer sentado en el sillón; ella se sentaba frente a él en su regazo y guiaba su pene dentro de ella. Lo abrazó y lo montó, primero lentamente, luego cada vez más rápido a medida que sentía que se acercaba su orgasmo.

Disfrutaba de estas sesiones de varias horas porque podía tener orgasmos tan a menudo como quisiera. La mayoría de sus admiradores acariciaban con avidez sus nalgas de hermosa forma y le in-

troducían los dedos en el ano, lo que intensificaba y aceleraba sus orgasmos de forma maravillosa. La combinación de sentir su pene dentro de su vagina y ser penetrada analmente le provocaba orgasmos en muy poco tiempo, a menudo en cuestión de segundos. Luego, ella lo montaba con tanta pasión que sus admiradores repetían la acción tantas veces como les era posible. Uno de sus admiradores se quedó flácido tras su primera eyaculación, pero continuó penetrándola analmente hasta que ella se rindió, exhausta por la cantidad de orgasmos.

A veces tenía que pedirle a un pretendiente que la penetrara analmente, y algunos disfrutaban de sus súplicas, pero era solo un juego. Todos eyaculaban dentro de ella con la mayor frecuencia posible hasta que finalmente se les caía el pene. Le susurró entre lágrimas al oído a Jack que a veces dudaba de su fidelidad, porque solo volvía a pensar en su marido una vez que el pretendiente se había marchado. Pero siempre sentía con claridad que el cielo, con una sonrisa amable, le concedía orgasmos y nunca los registraba como infidelidad. Cuando lo pensaba, cabalgaba apasionadamente sobre los 38 hombres cada día hasta que terminó su aventura con el pretendiente.

Algunos también querían sexo anal, pero al principio no le gustaba nada. Sin embargo, hacía excepciones porque sus admiradores le pagaban generosamente por ello. Había comprado lubricante de antemano y se lo aplicaba como precaución, así que no le dolía nada. A cuatro patas, soportaba el procedimiento, a menudo varias veces seguidas, pero no podía llegar al orgasmo durante el mismo. Solo había un hombre que la penetraba por el ano en la posición del misionero y quería verla masturbarse. Disfrutaba tumbada boca arriba, abriendo sus largas y esbeltas piernas como alas de mariposa y excitándolo con su mirada. Solía jugar con sus labios vaginales antes de dejar que la penetrara por el ano. Cuanto más se excitaba mientras se masturbaba, mejor la follaba él. No podía sentir su eyaculación, pero sus orgasmos durante el sexo anal en esa posición eran increíblemente intensos. Él podía penetrarla y eyacular dos veces, muy raramente tres. Pero ella tenía muchos orgasmos, muy hermosos. Le encantaban estos orgasmos porque eran muy, muy intensos. Se le permitía eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera, porque eso hacía que duraran más y ella podía tener orgasmos con la frecuencia que deseara. Él era rico y le pagó generosamente durante todos esos años.

Por supuesto, se lo contó a sus otros admiradores, y muchos también quisieron probarlo. Nunca más volvió a ponerse a cuatro patas, sino que desplegó sus alas de mariposa seductoramente en la posición del misionero. Una sola probada bastó para la mayoría, pero algunos lo convirtieron en un ritual habitual y la penetraban analmente después de haber tenido suficiente sexo vaginal. Cuando Jack le preguntó, ella respondió tras pensarlo mucho que tenía sexo anal una o dos veces por semana, pero que siempre era genial porque podía llegar al orgasmo por sí misma, y el exhibicionismo lascivo frente a su admirador le añadía una emoción extra.

Llorando, abrazó a Jack, pues esta confesión la hizo temblar de tristeza y estremecerse entre sollozos, sobre todo porque creía que su propia red de mentiras era cierta; la mayor parte era verdad, y solo mentía cuando quería adornar u ocultar algo. Era solo la excitación, sollozó, ese maldito reflejo inconsciente y automático de su cuerpo, la razón por la que se había acostado con todos como si no hubiera un mañana. ¡Y como necesitaba orgasmos desesperadamente, tu padre nunca estuvo ahí para dármelos! Jack la acarició, apenas capaz de soportar su llanto. Miles de veces en estos cinco años difíciles, he follado de orgasmo en orgasmo, susurró, sollozando, ¡y ni una sola vez pensé en tu padre! Jack la acarició con mucha suavidad para que dejara de llorar. Eso no estuvo mal, ni fue infidelidad, le aseguró en voz baja. Jack sentía perfectamente que podría haber profundizado mucho más en sus aventuras, pero la compadeció de todo corazón y prefirió dejarlo así.

Dejó de llorar aliviada, porque su Jack la entendía, no consideraba infidelidad sus innumerables aventuras amorosas con sus admiradores, ¡el buen chico! Por supuesto, estaba perfectamente cuerda y sabía perfectamente que se había acostado con todos ellos, que había engañado a su marido día tras día y que le habían pagado generosamente. Y sabía perfectamente que con ese dinero podría haber comprado no solo una, sino diez o más de las lujosas limusinas que Jack había mencionado, porque solo le había mostrado a Jack una de las cajas fuertes. Se habría sentido mortificada si él hubiera descubierto la magnitud de su infidelidad. Pero se sentía increíblemente bien de que Jack se hubiera creído su farsa de inocencia, ¡su querido Jack! Por un instante, lamentó haberle permitido creer en su inocencia y fidelidad con mentiras cada vez más elaboradas. Ahora hablaba libremente y con gran detalle so-

bre sus admiradores todos los días, lloraba de emoción y, sorprendentemente, nunca más afirmó haber sido siempre fiel.

Jack recordaba un detalle con precisión. A partir de entonces, cada vez que ella se subía encima de él, él la rodeaba con el brazo e introducía con cuidado un dedo en su ano. Ella lo miraba tímidamente, pero también expectante, como preguntándole si de verdad lo deseaba. Pronto aprendió a disfrutar de lo maravillosos que se volvían sus orgasmos cuando él le introducía el dedo en el ano. Se convirtió en parte de su rutina, y siempre se deleitaba cuando ella pasaba alegremente de un orgasmo a otro. Jo también se unió, cuando lamió a Anni. Jo la lamió hasta que, desde el primer orgasmo, le introdujo el dedo en el ano, dejándola seguir teniendo orgasmos cada medio minuto, orgasmo tras orgasmo, hasta que Anni tuvo que parar.

Inocencia al principio

Jack la acarició de nuevo en algún momento, suave y calculadamente, y continuó interrogándola. No, no hubo juegos de médicos en su juventud, pero cada noche en la cama se masajeaba y acariciaba los labios vaginales y se volvió casi adicta a la excitación que la acompañaba, lo que la ayudaba a conciliar el sueño. Alrededor de los 11 años, un compañero de clase le enseñó cómo hacer una paja. Antes de conocer a su primer amante a los 16, hizo tantas pajas como pudo, tal vez más de cien. Se corrió la voz de que hacía pajas a cambio de pequeños regalos. Pero solo a compañeros de clase, nunca a extraños, e incluso una vez a un estudiante de último año. No hacía felaciones, pero por una generosa donación, tomaba el pene en su boca al final de la paja y dejaba que eyaculara dentro. A los 16 años, se enamoró de Jeremias, Jerry, un año mayor y una de las personas más inteligentes que jamás había conocido. No se puso celoso cuando ella ganaba dinero extra haciendo mamadas y dejándole correrse en la boca, y se mantuvo al margen como protector, aunque confesó que verla a menudo lo excitaba mucho. Le gustaba mucho; se abrazaban y se besaban, ella le hacía tantas mamadas como él quería y le dejaba correrse en la boca. Jerry tenía el pene más hermoso que ella jamás había visto, y un glande relativamente grande. Él le acariciaba los pequeños pechos incipientes mientras ella le hacía una mamada. Siempre se necesitaba un poco de ingenio para encontrar un lugar apartado. Un día, mientras rodaban y se abrazaban en el suelo del cuarto de equipos junto al gimnasio, ella lo miró fijamente y dijo que quería acostarse con él, follar con él de verdad. Él dijo, avergonzado, que nunca lo había hecho, y ella sonrió, ella tampoco, todavía era virgen.

Se bajaron los pantalones hasta los tobillos, ella se tumbó boca arriba y Jerry se sentó a horcajadas sobre ella, en posición de flexión. Ella le acarició el pene hasta que se puso duro y se humedeció los labios vaginales con abundante saliva. Guió a Jerry hacia su abertura vaginal y él la penetró suavemente. Sintió un pequeño pinchazo cuando se le rompió el himen, luego hicieron el amor larga y apasionadamente, y ella tuvo su primer orgasmo. Estuvieron juntos casi dos años, leyendo todo lo que encontraban en la biblioteca de la escuela sobre anticoncepción, ovulación y días fértiles. Juntos calculaban si podían tener relaciones sexuales. A veces compraban condones, pero para ambos, era solo una herramienta

para los días fértiles. Los padres de Jerry eran muy amables y cariñosos con ella; nunca la molestaban cuando hacían el amor en su habitación por las tardes, aunque sabían perfectamente lo que estaba pasando. Solo su descarada hermana pequeña a veces espiaba por la rendija de la puerta. Jerry era realmente bueno en la cama; pensándolo bien, probablemente fue su gran glande lo que le dio orgasmos tan maravillosos. Ella estaba muy feliz de tener tantos orgasmos y amaba el sexo más que nada. Incluso después de que él se graduó de la escuela secundaria, permanecieron juntos hasta que, durante una pasantía de prueba en una gran compañía farmacéutica, ella quedó cautivada por el gerente junior. Ella sucumbió a sus avances, y hicieron el amor en el almacén entre los estantes. Con el corazón roto, se sinceró con Jerry y lo consoló en su dolor. Hasta sus exámenes finales, se acostó con ambos alternativamente; después de eso, su padre ganó. Un año más tarde, se casaron; Jack estaba en camino. ¡Tú, mi amor!

El final no fue exactamente como ella lo había descrito, por supuesto, pero nunca quiso contarle la verdad a Jack. Durante el año previo a la boda, solía estar sola, ya que su padre amaba su trabajo más que las muchas horas inútiles que perdía en los detalles de la planificación de una boda aristocrática. Jerry, en cambio, disfrutaba escuchándola y era recompensado generosamente con sexo. A ella le encantaba que él la penetrara. Aunque le advertía repetidamente a Jerry que se retirara antes de eyacular para no quedar embarazada, esto rara vez sucedía. Si él obedecía y se retiraba antes de eyacular, ella se incorporaba rápidamente, tomaba su pene en la boca y lo dejaba eyacular dentro, porque a Jerry también le encantaba eso. Sin embargo, la mayoría de las veces, eyaculaba dentro de ella. Eyaculaba mucho menos semen que su marido, pero ella podía excitarlo varias veces seguidas con juegos seductores de boca y lengua y seguir penetrándolo. Se entregaba a él apasionadamente, porque su grueso glande le proporcionaba un orgasmo maravilloso cada vez. —Por favor, no me des un hijo —suplicó ella, a lo que él simplemente respondió: —¡Yo te daré un hijo, los dos lo queremos! Ella había perdido la noción de sus días fértiles y se sorprendió muchísimo cuando el ginecólogo confirmó el embarazo unas semanas antes de la boda. Su marido murmuró satisfecho, sintiendo que había cumplido con su deber, pero la besó con cariño y, dos días después, le trajo un par de preciosos pendientes de la joyería. Jerry palideció, pero estaba radiante de alegría y orgullo. Durante horas por la noche, ella permaneció despierta, pre-

guntándose desesperadamente quién de los dos era el padre de su hijo. A medida que se acercaba la boda, se ponía cada vez más nerviosa y le pidió a Jerry que esperara hasta después de la luna de miel para llamarla.

La boda fue magnífica y ella disfrutó siendo el centro de atención. Aún no habían anunciado el embarazo; la luna de miel sería en Francia. El día anterior, el teléfono sonó estridentemente; su marido tenía que ir a la fábrica inmediatamente. Escuchó lo sucedido, pero no lo entendió y, francamente, no le importó. Nada de luna de miel. "Ya lo compensaremos después", dijo su nuevo marido, "¡Lo prometo!". Ella solo lloró un momento y luego llamó inmediatamente a Jerry. Durante el embarazo, su deseo sexual aumentó y, como el padre prefería quedarse en la fábrica, se acostaba con Jerry tan a menudo como él podía. Cuando fue al hospital a dar a luz, estaba sola. Su marido prometió seguirla de inmediato, pero no lo hizo: el trabajo en la fábrica tenía que hacerse enseguida.

Cada vez que se abría la puerta de su habitación para que las enfermeras entraran o salieran, veía a Jerry sentado afuera. Solía hacer un gesto tímido con la mano. No tenía permitido verla; era un don nadie. Ella le sonreía porque ya no se sentía sola cuando intercambiaban señales furtivas con las manos. Lo vio sentado allí toda la noche, hasta que llegó el bebé. En un momento de descuido, se acercó a ella y le besó la frente sin decir palabra, para luego escabullirse sin ser visto. Cuando le pusieron al bebé recién bañado sobre el vientre, ambos se dieron cuenta de que él no podía ser el padre de Jack. Jerry salió de la clínica con los hombros caídos y no reconoció al director, que entró con un enorme ramo de flores y una caja de bombones gigantesca.

Ella se acostó con ambos hasta que el pequeño Jack cumplió unos ocho años. Luego Jerry se fue al extranjero a continuar sus estudios, y solo entonces terminó definitivamente su relación. Jerry se quedó en Estados Unidos, pero nunca olvidó enviar una tarjeta de cumpleaños y otra de Navidad cada año. Su marido se quejaba cada vez que llegaba una tarjeta, pero sus celos disminuían porque su rival estaba muy, muy lejos. Durante todo ese tiempo, él estaba seguro de que ella le había estado engañando con Jerry durante años, pero lo reprimió en silencio y no hizo nada para impedirlo.

Jack creció muy bien, y un día ella tuvo que admitir que era la viva imagen de Jerry. Guardó el secreto y nadie se enteró. Claro que le enviaba a Jerry una foto de Jack cada año. No fue hasta que Jack ya era estudiante de doctorado que Jerry fue a visitarlo. Jack reconoció a su doble de inmediato y lo abrazó con fuerza. Nunca hablaron de la paternidad, aunque los tres lo sabían. Jack mantuvo una amistad por correspondencia con Jerry durante toda su vida.

El viaje de graduación

Anni no le dijo ni una palabra a su marido ni a Jack sobre el viaje de graduación. Una semana en la Costa Brava. La mayoría disfrutó del sol, la arena y el mar, pero un pequeño grupo muy unido se quedó en el hotel; una orgía estaba en marcha. Ella no formaba parte de este grupo, pero una amiga la tomó de la mano y, a partir de entonces, fue una de ellas, lo cual fue genial para su ego. Anni se alegró de que el viaje no hubiera tenido lugar durante los días fértiles. Abrieron la puerta que comunicaba dos habitaciones del apartamento, creando un gran espacio abierto. Guardó su traje de baño, incluido su bikini, en un armario, ya que todas estaban desnudas. Una de ellas, haciendo de líder, anunció el lema: ¡Beber, sexo y lesbianismo! Todo valía, nada era obligatorio, ¡pero no existía el "no"! Se sentaron hombro con hombro, con los cuerpos desnudos sudando y apretados, bebiendo todo lo que encontraban a su paso. Se podían pedir bebidas, pizza y comida rápida por cajas; en el reproductor de vídeo se reproducían vídeos pornográficos. El tocadiscos hacía que Adamo gimiera en un éxtasis de amor nostálgico, mientras los Beatles competían con Cliff Richard y Elvis, el Rey.

No estaba acostumbrada al alcohol y pronto se emborrachó por completo, a veces completamente fuera de sí, a veces emergiendo brevemente solo para volver a sumergirse en un profundo estupor. Se reía histéricamente cuando comenzó la follada general, riendo de nuevo cuando el primero, luego el segundo y el tercer chico la follaron. Todos la miraban fijamente a sus fuertes y estridentes orgasmos; pronto varios se reunieron a su alrededor, y el líder gritó la siguiente orden: ¡Gangbang, al estilo Woodstock! Más tarde, perdió la cuenta de cuántos la habían follado, al estilo gangbang, uno tras otro, en el círculo de espectadores rugientes. Gemía y gritaba con orgasmo, docenas de veces, con cada follada. A veces le daban una copa, que vaciaba de un trago, y luego las cosas continuaban aún más borrachas. A su alrededor, las parejas estaban follando, y ella casi se quedó dormida en medio de la cosa. Se despertó bruscamente cuando el chico que había estado teniendo sexo con ella se tumbó boca arriba y la penetró desde abajo. Un segundo chico, excitado, jugaba con sus nalgas, acariciándolas y frotándole una especie de crema en el ano, para luego penetrarla por detrás. Al principio le dolió, pero después tuvo varios orgasmos con

dos penes dentro. Aunque al principio no disfrutó mucho del sexo anal, los chicos consiguieron dos rondas más y ella tuvo una docena de orgasmos, lo que la sorprendió enormemente. Tras la puesta de sol, algunos se durmieron, otros seguían teniendo relaciones sexuales y otros veían el vídeo porno mientras se masturbaban.

Ella durmió intranquilamente; por la mañana, comieron, bebieron y tuvieron sexo de nuevo, igual que el día anterior. La jefa, una valquiria con pechos amenazadoramente grandes y una zona púbica completamente depilada, gritó el siguiente lema: "¡Lesbianas en la mesa!", pero nadie se rió. Las tres chicas que ya habían disfrutado del sexo lésbico con la valquiria el día anterior animaron a otras chicas a hacer el amor de forma lésbica. Tomaron posesión de las chicas indecisas, de las vacilantes, y les hicieron el amor. Los chicos observaban con lujuria y vitoreaban cada vez que un par de chicas cambiaban de posición o la chica cambiaba. Anni, muy borracha, estaba tumbada sobre cojines en el suelo cuando una chica se acercó. No, nunca había hecho esto antes, pero la chica dijo que un "no" no contaba en una orgía. Permitió que la chica la acariciara por todas partes, pero apretó las piernas porque no quería que la tocaran en sus genitales.

La chica besó y acarició a Anni desde arriba hasta el ombligo, provocándola con tanta delicadeza que perdió la noción del tiempo y jadeó y gimió de excitación. La chica besó, lamió y acarició la parte interna de sus muslos hasta que se separaron como por arte de magia. La chica lamió y besó sus labios vaginales, llevándola al orgasmo, y no se detuvo después. Anni tuvo orgasmos extáticos, uno tras otro. Le pedía a la chica que la lamiera de nuevo; nunca se había imaginado que pudiera ser tan maravilloso. Al mediodía, se emborrachó aún más y se acostó con todos los chicos que encontró a su paso. Varias chicas la lamieron hasta que tuvo orgasmos intensos y ardientes, que disfrutó cada vez más. En su estado de embriaguez, se preguntó si podría ser lesbiana, pero luego rió, bebió y murmuró para sí misma que, después de todo, prefería el sexo. Cuando los dos chicos le preguntaron si podían repetirlo por delante y por detrás, ella se negó y, en su lugar, tuvo relaciones sexuales con uno mientras le hacía una felación al otro, lo cual fue bastante complicado. No le gustaba el sexo anal.

Cuando despertó a la mañana siguiente, casi todos se habían ido. Tomó unos sándwiches y vodka con jugo de naranja; la alter-

nativa habría sido jugo de naranja con vodka. En un rincón, la Valquiria estaba lamiendo a una chica cuando un chico se acercó y se preparó para montarla por detrás. La Valquiria intentó ahuyentarlo, pero la chica le recordó que no existía el "no". A regañadientes, la Valquiria cedió, luego olvidándose de seguir lamiendo durante el acto y frotándose entre las piernas con una mano. Gimió fuerte durante su orgasmo y lamió a la chica de nuevo; el chico continuó, eyaculando con fuerza. La Valquiria le susurró al chico que no podía tener sexo con la chica porque era fértil y que solo ella estaba disponible. El chico asintió, la Valquiria continuó lamiendo a su chica, y él la penetró por detrás. Él embistió vigorosamente, y la valquiria no interrumpió su lamida mientras él le abría las nalgas con excitación y eyaculaba en su enorme vagina bajo sus enormes nalgas de valquiria. Anni se arrastró cerca, se arrodilló junto al chico y examinó su gran y abierta vagina más de cerca mientras él le abría las nalgas antes de eyacular. Anni tocó su suave vulva afeitada, acariciando suavemente sus grandes labios y mirando profundamente en su interior, pues el chico retiraba su pene cada vez, revelando el oscuro túnel de su vagina antes de volver a penetrar.

Anni siguió observando, fascinada, y cuando el chico se detuvo de nuevo y la valquiria, arrodillada a cuatro patas, lamió a su chica, se tumbó justo debajo de la valquiria y palpó su vulva, su vagina. Además de los gruesos labios mayores, vio los labios menores dentados, casi desgarrados, que confundió con restos del himen. Curiosa, lo tocó todo y, cediendo a un impulso, lamió la vulva, los labios menores y el himen desgarrado con la lengua. Tenía sabor a vainilla y también salado; presumiblemente, era el semen del chico. La valquiria, invitando a la otra, colocó sus genitales contra su lengua, y ella obedientemente lamió, moviendo la lengua repetidamente, tal como había visto hacer a las chicas. La valquiria gruñó en señal de asentimiento, y Anni hizo lo que pudo. La valquiria presionaba repetidamente la zona de su anomalía contra su lengua, y Anni la lamía sorprendida, pues ella, al igual que la propia valquiria, tenía un pequeño bulto justo en el centro de la anomalía. Cuando Anni se tocaba después de los orgasmos, también sentía ese pequeño y sensible bulto.

La valquiria parecía imperturbable al ser lamida en la anomalía; no se inmutó ni tembló. Anni continuó lamiendo allí y poco a poco notó la creciente excitación de la valquiria, su joroba ya bastante dura por toda la lamida. Con un fuerte y rugiente jadeo, la valqui-

ria llegó al orgasmo y presionó su vulva temblorosa y palpitante contra la boca de Anni. Anni, que se había estado concentrando en lamer, se dio cuenta de que el apuesto chico la estaba follando. Al mismo tiempo, la valquiria sacudió la parte inferior de su cuerpo y jadeó: "¡Otra vez, otra vez!". A pesar de su decepción por no poder concentrarse en ser follada y alcanzar su propio clímax, lamió de nuevo, concentrándose en la pequeña y firme joroba, y le dio a la valquiria dos orgasmos más: violentas y explosivas erupciones del montículo de carne frente a su cara. El chico la soltó sin eyacular, y Anni se liberó del húmedo y humeante abrazo de la giganta. La giganta fue al baño y, a su regreso, se entretuvo ruidosamente y con lujuria, y permaneció fuera durante mucho tiempo.

Anni anhelaba sentir de nuevo la erección del chico dentro de ella, su pene delgado y suave se sentía tan bien, pero él se deslizó hacia la chica que se masturbaba, introduciendo su miembro en su dulce y pequeña vagina. La decepción de Anni se desvaneció cuando presionó sus dedos entre sus labios y su pene, sintiendo la punta. Rodeó el tronco con sus dedos y lo frotó, retrayendo repetidamente el prepucio con las yemas de los dedos, sintiendo cómo se contraía mientras masturbaba su pene dentro de su vagina. Sintió su clímax y sintió en las yemas de sus dedos cómo su semen se disparaba dentro de la vagina de la chica. La chica jadeó mientras continuaba moviendo la punta dentro de su vagina hasta que el chorro cesó. Anni sintió la erección, la retiró de su vagina y la masturbó lentamente. Después de unos minutos, sintió que estaba a punto de eyacular. Mantuvo los ojos cerrados y gruñó de placer mientras Anni reinsertaba lentamente primero la punta de su pene, luego su pene entero, en la vagina de la chica que se masturbaba. El chico continuó empujando muy lentamente. Después de que sus dedos y nudillos abrieron bien la vagina de la chica, ella pudo introducir fácilmente sus tres dedos más largos a lo largo de su pene.

A Anni no le molestaron sus movimientos de empuje; continuó masturbándolo con los dedos, retrayendo repetidamente su prepucio con fuerza. Era una masturbación en el espacio más reducido, y el chico la disfrutó plenamente, deteniendo sus movimientos para entregarse por completo a sus dedos. Continuó durante un buen rato, sintiendo por la creciente firmeza de su erección que estaba a punto de correrse. Su glande se arqueó, y ella sintió el palpitar rítmico en la uretra en la parte inferior de su pene mientras comen-

zaba a eyacular. Para la máxima satisfacción de Anni, él eyaculó profundamente dentro de la vagina de la chica una vez más; ella sintió con precisión cómo su pene palpitaba y salía a chorros. Continuó masturbándolo lentamente, exprimiendo hasta la última gota del glande con los dedos. Lentamente, retiró los dedos de la vagina de la chica, quien continuó masturbándose como aturdida.

Estaba horrorizada, ¡porque acababa de embarazar a la chica! En la mente de Anni, todo el proceso de fertilización se desarrolló a cámara lenta, los espermatozoides moviéndose hacia adelante hasta que uno perforó la capa exterior del óvulo. Se estremeció; ¡ella y el chico habían embarazado a la chica juntos! Podía sentir en las yemas de los dedos cómo había masturbado el pene sin cesar, eyaculando el semen en la vagina a chorros. El chico se había sentado, y Anni colocó sus dedos sobre los labios de la chica y la abertura vaginal bien abierta hasta que la chica aumentó rápidamente la velocidad y, con un sonido tenso, convulsionó en un orgasmo. Anni observó su orgasmo largo, intenso y convulso con asombro, preguntándose ansiosamente si la chica siquiera se había dado cuenta de que ella y el chico la habían embarazado cruelmente.

Anni se volvió hacia el chico y jugó un poco con su hermoso pene, pero el chico negó con la cabeza, diciendo que no podía continuar. Sin embargo, ella se sentó muy cerca de él y guió su glande y su suave tronco un poco dentro de su vagina. Comenzó a masturbarlo y rió a carcajadas, porque parecía que ella misma se estaba masturbando. La chica también rió entre dientes, porque Anni, con un brillo en los ojos, frotó el pene con un toque devoto y masculino. La chica imitó los movimientos de su mano con considerable obscenidad y rió con la boca torcida. Pero el pene ya no se puso completamente erecto, solo semierecto. Ella se excitó cada vez más con el movimiento de entrada y salida, ya que no solo lo frotaba sino que también lo empujaba hacia adentro y hacia afuera. Esta masturbación la excitó y experimentó un pequeño y suave orgasmo. Se estremeció de placer, continuó masturbándose diligentemente y, después de unos momentos, tuvo un segundo y suave orgasmo. Continuó masturbándose con su pene hasta que la Valquiria regresó. Anni volvió a su asiento, sintiéndose muy triste y deprimida porque había dejado embarazada a la chica a sabiendas.

Bebió un sorbo de vodka con jugo de naranja, molesta, porque le habría encantado tener sexo sin interrupciones con el apuesto chico Valkiria, gimiendo y gritando mientras alcanzaba su orgasmo matutino. Sonrió, porque debió haber parecido muy extraño, ella masturbándose con su pene semierecto como un hombre. De alguna manera había disfrutado de esos seis pequeños orgasmos y se detuvo en shock cuando el chico gimió de dolor, como si ella lo hubiera lastimado. Él gimió de nuevo, su glande se sacudió repentinamente dentro de su vagina y eyaculó con fuerza, pero solo una vez.

Instintivamente, ella empujó su pene aún más profundamente en su vagina y sostuvo su pene semierecto dentro de ella con una mano mientras el chico gemía y se quejaba al eyacular dentro de ella. No, no hubo empujes, ni chorros palpitantes; su pene semierecto simplemente eyaculó dentro de ella, aunque solo una pequeña cantidad de semen parecía estar saliendo. Ella podía sentirlo perfectamente; el chico continuó gimiendo, y un poco de semen fluyó lenta y viscosamente hacia su vagina. Ella vio su dolor y lo ayudó empujando su pene hacia adentro y hacia afuera de nuevo, profunda y firmemente. Gimiendo, él empujó hacia adelante, ansioso por eyacular finalmente. Empujó y eyaculó, empujó y eyaculó, aunque casi no salió nada más, hasta que su pene quedó completamente flácido. Anni sacó el pene flácido, se inclinó y lamió suavemente el glande para limpiarlo. La valquiria había estado de pie detrás de ellos quién sabe cuánto tiempo y lo había presenciado todo. Avergonzada, Anni se escabulló sin decir palabra.

Cada vez más desilusionada, Anni observaba a una pareja teniendo relaciones sexuales en la casa de al lado, fascinada por el acto íntimo y lleno de amor. Ellos sonrieron al notar que los observaba y se acercaron para que pudiera verlo todo mejor. La chica se frotaba con fuerza entre sus labios vaginales mientras el chico tenía relaciones sexuales, hasta que ella llegó al orgasmo, y luego acarició los testículos y el pene del chico. Después, le masturbó el pene erecto, dejándolo eyacular suavemente dentro de ella. Solo hacían breves pausas, tras las cuales la chica le provocaba una erección completa con la boca y la mano, y luego continuaban teniendo relaciones sexuales.

Se acostaron junto a Anni, y la chica la acarició hasta que se excitó mucho. Solo cuando la chica usó su mano plana para frotar no

solo sus labios sino también su anomalía altamente sensible, sus piernas se contrajeron y tembló por completo en un dolor placentero, anticipando el orgasmo. El chico penetró su vagina lenta y suavemente, mientras la chica la mantenía contrayéndose y temblando con su mano plana. Anni finalmente tuvo tres orgasmos matutinos, luego bajó la mano y lo llevó a la eyaculación masturbándolo. Se produjo un cambio. La chica se dio cuenta de la incapacidad de Anni para estimularla y tomó el asunto en sus propias manos. Anni exploró con curiosidad su vagina y labios durante la masturbación y el coito; la chica la había animado a hacerlo, al ver la ignorancia de Anni. Con curiosidad, tocó los genitales de la chica, sintiendo con su mano el pene que ensanchaba rítmicamente la abertura vaginal, sintiendo cómo la vagina y los labios temblaban y se contraían durante los orgasmos. Tras el intenso orgasmo de la chica, Anni masturbó el pene dentro de ella, llevándolo a la eyaculación. Intercambiaron parejas una y otra vez. Cuando el chico necesitaba descansos más largos, la chica lo llevaba a orgasmo tras orgasmo, estremeciéndose y temblando, jadeando y gimiendo con un placer doloroso. Desafortunadamente, no podía corresponder, pero en su lugar besaba y acariciaba suavemente los pechos y pezones de la chica mientras esta se masturbaba repetidamente, frotándose la palma de la mano. Anni colocó una mano sobre los labios y la abertura vaginal de la chica para experimentar de cerca su rápida masturbación y orgasmos. Durante uno de estos orgasmos, introdujo con curiosidad un dedo en la vagina de la chica para sentir las intensas convulsiones y contracciones. Un intercambio. Anni se sentía muy avergonzada de tener que temblar y estremecerse tanto bajo la palma de la chica, pero para ella era como si hubiera experimentado cien orgasmos maravillosos en ese tiempo. Tras varias horas de viaje, se detuvieron, ella cogió su traje de baño y se echó una siesta para recuperarse de la borrachera en una tumbona a la sombra en la playa.

Anni pasó las siguientes noches con diferentes chicos, teniendo relaciones sexuales con ellos y con su compañera de piso alternativamente hasta el amanecer. Sintió con total claridad que ya se había convertido en adulta.

Durante la siesta del día de la partida, la Valquiria entró en su habitación y la desnudó por completo. La Valquiria no perdió el tiempo con besos y caricias, sino que la lamió hasta llevarla a los orgasmos más maravillosos. Podía lamer mágicamente con su len-

gua, endurecerla e incluso, en una ocasión, hacerla llegar al orgasmo con ella. Anni jugaba con los pezones y los enormes senos de la Valquiria, temblando y estremeciéndose constantemente mientras la Valquiria seguía estimulando su peculiaridad con la lengua. Tuvo orgasmos maravillosos y nunca pensó que todas las chicas tuvieran esa peculiaridad y la usaran para alcanzar el orgasmo. Décadas después, se preguntó cómo había perdido de vista el bosque por los árboles.

Su compañera de cuarto, una niña ingenua e inocente, se masturbaba sin cesar mientras observaba, pero Anni no podía ver nada porque lo hacía debajo de la sábana. No formaba parte del grupo de la orgía, así que era la primera vez que Anni la veía masturbarse. Al llegar al orgasmo, parpadeó e inmediatamente continuó. Observaba con una expresión de asombro y tontería, aparentemente completamente sorprendida de que una chica estuviera lamiendo a otra. O tal vez siempre tenía esa expresión tonta cuando se masturbaba. Antes de irse, la Valquiria apartó la sábana y acarició a la niña, asintiendo con la cabeza en señal de ánimo, y Anni las observó a ambas mientras se masturbaban una frente a la otra. El trasero ancho y tembloroso de la Valquiria durante el orgasmo obstruía la vista de la niña, que se masturbaba con mucha intensidad y rapidez, y continuó sin interrupción después de su breve orgasmo, hasta que la Valquiria se rindió, riendo, y dijo que ¡no podía llegar al orgasmo tan rápido!

De forma totalmente inesperada, metió la mano bajo las nalgas de la chica y las levantó ligeramente. Con ambas manos, separó los muslos, dejando al descubierto la vulva como un melocotón abierto, con el pequeño clítoris claramente visible entre los labios, de apenas medio centímetro. Anni se molestó porque la espalda y la cabeza de la chica alta le obstruían la vista. Con una sola mirada, la valquiria contempló el himen de la chica y se preguntó cómo era posible que, a sus dieciocho o diecinueve años, aún fuera virgen. Recorrió con los labios toda la vulva y dejó que su lengua danzara mágicamente sobre el clítoris. Los ojos de la chica estaban muy abiertos, pues nadie la había lamido antes, y temía que la enérgica penetración de la lengua en su abertura vaginal, hasta su casto himen, pudiera dañarlo. Pero pronto los voluptuosos jadeos y gemidos de su orgasmo llenaron el aire, y no cesaron, pues la valquiria continuó incluso durante sus clímax, lo que hacía que la joven temblara a intervalos cada vez más cortos. Solo se detuvo cuando

los incesantes sonidos del orgasmo se desvanecieron en suaves gemidos felinos. La joven estaba completamente exhausta y yacía inmóvil mientras la valquiria se marchaba.

Olivia, como se llamaba la chica, permaneció ausente e impasible mientras Anni la tocaba y exploraba sus genitales. Olivia permitió pasivamente que Anni le abriera las piernas y las examinara con los ojos y los dedos. Entre sus labios vaginales, también tenía los restos irregulares de un himen desgarrado, como la valquiria. En su caso, parecían más grandes y colgaban a los lados de la abertura vaginal. Anni tuvo que mirar dos veces, ¡pero la vagina de Olivia aún estaba sellada por un himen de color rosado! Así que los grandes y dentados pliegues no podían ser un himen desgarrado. Obviamente, estaba tocando el himen demasiado cerca, porque oyó a Olivia susurrar con temor: «Todavía soy virgen, por favor, no lo hagas, por favor, no me quites la virginidad. Quiero seguir siendo virgen, por favor, no me quites la virginidad». Anni no tenía intención de hacerlo, dijo, sacudiendo la cabeza, «¡Es que nunca lo había visto tan claramente!». Tocó los grandes pliegues de piel, y Olivia dijo: “Esos son los labios menores; los míos son bastante grandes”. Anni separó los pliegues, revelando algo en la parte superior, algo que parecía una úvula. Tanto la Valquiria como ella misma tenían solo un pequeño bulto allí. Lo tocó, y Olivia dijo que era su clítoris; Anni nunca había oído hablar de algo así. Dejó que Anni acariciara y besara sus genitales y suspiró de excitación mientras Anni la lamía. Como otras antes que ella, movió repetidamente su carne, su anomalía, su úvula, sobre la lengua de Anni. Anni lamió la úvula con mucha suavidad, y Olivia gimió: “¡Sí, sí, justo ahí!”. Anni lamió la úvula, que pronto se endureció como el bulto de la Valquiria. Olivia gimió de placer, y Anni la lamió justo ahí, rápidamente y con un sonido vibrante. Ya no le sorprendía y lamió a Olivia hasta que alcanzó orgasmos maravillosos.

Inexplicablemente, tras su viaje de graduación, olvidó por completo que el secreto del placer femenino residía en la anomalía. Olivia le había hablado explícitamente del clítoris, y las chicas habían lamido la protuberancia dentro de la anomalía. Al regresar de su viaje de graduación con sus dos amantes, reprimió por completo y para siempre la orgía y todo lo relacionado con ella. No volvió a oír la palabra “clitorizar” hasta más de una década después, cuando Jack le explicó la forma correcta de masturbarse.

¡Somos ricos!

Pocos días después de su regreso, Anni visitó a Jerry. Ambos sabían que sería la última vez. Hicieron el amor hasta el cansancio, se besaron apasionadamente y ella le agradeció su cariñosa y tierna amistad. Él la acompañó hasta la puerta de su casa con un nudo en la garganta; ella nunca volvió a visitarlo. Fue a hablar con su jefe y le contó que finalmente había terminado su última relación y que se había enamorado perdidamente de él. Él le había conseguido un trabajo en un importante bufete de abogados, donde podía poner en práctica sus conocimientos de contabilidad. Luego llegó la hermosa boda y el nacimiento de Jack. Se quedó en casa durante cuatro años, hasta que él empezó el jardín de infancia. El viaje de graduación siguió siendo su único secreto, uno que le gustaba recordar durante sus sesiones de masturbación a solas mientras fantaseaba.

Uno de sus antiguos pretendientes se había convertido en un abogado muy bueno y la asesoraba sobre su pensión de viudedad y las negociaciones relativas a las acciones de su marido en la empresa. ¡Y era realmente bueno! Recibiría una pensión vitalicia mensual relativamente alta, aproximadamente cinco veces superior a lo que ganaba con su trabajo a tiempo parcial. Recibió unos 30 millones en efectivo por las acciones que su marido había cedido y conservó alrededor del 25% de la empresa en acciones. Admiraba al abogado, Rüdiger, quien persistentemente, tenazmente e implacablemente extrajo todo lo posible. Él la llevó a casa y ella anotó sus instrucciones. Tomaron café en el salón. Antes de irse, la abrazó, la besó y le metió la mano bajo la falda. La inclinó hacia atrás, la tumbó sobre la mesa del salón y le apartó las bragas. Luego la penetró y tuvo relaciones sexuales con ella brevemente —tan terriblemente breve que no se excitó en absoluto— y retiró su pene antes de eyacular. Se subió la cremallera del pantalón y limpió el semen de la mesa con un pañuelo. Se despidió, dijo: «Nos vemos pasado mañana», y se marchó apresuradamente. Ella fue al dormitorio a masturbarse, porque aquel rapidito solo la había excitado después. Por la noche, cuando Jack llegó a casa, le contó sobre el juicio y el resultado; ella era rica, y él también. ¡Eso es! ¡Ricos! A Jack le costó unos instantes asimilarlo todo. Después, ella dijo: «¡Rüdiger me folló!». Jack preguntó y se echó a reír a carcajadas: «¡Un rapidito, en la mesa del salón!». Ella se unió a su risa, y des-

pués, ambos coincidieron en que aquel rapidito no significaba más que las mamadas que ella le había hecho a Rüdiger en aquel entonces.

Dos veces por semana, Rüdiger venía, traía documentos o los hacía firmar, tenía su rapidito en la mesa de la sala, antes de irse rápidamente de nuevo. Después de unas semanas, todo terminó; tuvo su último rapidito, y después de eso, no más Rüdiger, no más rapiditos. Su madre siguió el consejo de Jack y se contuvo en los gastos. Ordenó su armario y compró solo unas pocas prendas bonitas. Cerró sus libros después de renunciar y contó los días hasta que finalmente terminara. Ahora sacaba tiempo para exposiciones, los principales museos, e iba al teatro y a conciertos con Jack y Jo. Escuchaba los consejos de Jo sobre moda, peinado y maquillaje, y pronto lucía muy elegante y discreta. Jack se frotó los ojos; esta ya no era la ama de casa discreta y mal vestida. Esta era una mujer orgullosa y segura de sí misma.

Contrató a un agente inmobiliario, conocido de su padre, para que le buscara un nuevo apartamento. Finalmente se decidió por uno muy grande, en lo alto de un rascacielos junto al parque de la ciudad. Cuatro meses después, estaba reformado y amueblado. Jack se quedó en casa de sus padres; le encantaba el entorno familiar y el precioso jardín. Por las noches, iba y venía entre Jo y el nuevo apartamento y rara vez dormía en casa. Anni floreció y tuvo muchas aventuras de una noche, sobre todo con hombres muy jóvenes y musculosos, y Jack se quedaba en casa cada vez más a menudo para darle espacio. Una o dos veces por semana, se quedaba a dormir con ella en la enorme habitación con bañera de mármol. Le preocupaba que la enorme ventana de cristal de la habitación pudiera ser un paraíso para los voyeurs, pero ella se reía; no le importaba, ¡que espiaran! Relataba sus aventuras sexuales con gran detalle y entre risas excitadas, pero pronto tuvo que admitir que eran muy, muy insatisfactorias. Se alegró mucho cuando Anni se calmó un poco y empezó a colaborar con una organización benéfica para niñas abandonadas y desamparadas, así como para madres jóvenes.

El final de una etapa de la vida

Él siguió visitándola en sus días libres. Ahora tenía siete a la semana, porque había dejado su trabajo en el Flamingo Bar y, a petición suya, se había mudado a casa de los padres de Jack. Juntos planearon su viaje alrededor del mundo, un regalo de cumpleaños para sí misma por sus 40 años. Él no podía acompañarla, no podía ausentarse durante seis meses mientras terminaba su tesis doctoral y le habían ofrecido un puesto como profesor asistente. Cuando regresó —y no estaba del todo segura de ello—, estaba completamente segura de que ya no quería trabajar como camarera. Había cerrado ese capítulo de su vida para siempre.

Pero el viaje alrededor del mundo, ese es un cuento de hadas completamente diferente.

El marqués de Cáceres

von Jack Faber © 2006

Para uno de mis muchos cumpleaños perdidos —si no recuerdo mal, el 52— me regalé una semana de viaje en moto a Gran Canaria. Tras una larga y ardua batalla con recepción, conseguí una magnífica habitación (la 317) con balcón y pasé una semana recorriendo la isla volcánica española en el Atlántico, disfrutando de emocionantes trayectos por carreteras sinuosas. La Kawasaki alquilada tenía mucha potencia y, sobre todo, un sonido espectacular que habría enorgullecido a cualquier Harley.

Y como suele ocurrir cuando un hombre sale solo, uno se fija más cuando la camarera sirve o coquetea con la mirada, primero a la izquierda, luego a la derecha. Desde hace varios días, mis ojos se han detenido repetidamente en dos jóvenes holandesas: una, una belleza esbelta y rubia, y la otra, con una larga melena negra y una figura esbelta y muy bien cuidada, pero... bueno, al parecer aficionada a las buenas copas y con una afección cutánea bastante antiestética en el rostro.

Hoy no hay holandesas en el desayuno, eso me preocupa un poco. Nos volvemos a encontrar más tarde en el vestíbulo del hotel; la rubia se acerca a mí y nos sonreímos, entonces se le resbala el zapato izquierdo y da una media vuelta antes de que pueda sujetarla. La suelto de la cadera y le sonrío para animarla. ¡Al ascensor, la Kawasaki me llama!

¡Maldita sea! ¿Qué se supone que debo hacer con una holandesa que, con casi dos metros de altura, parece una patinadora de velocidad y es al menos treinta años menor que yo? Además, no estoy soltero (sí, sí, y las uvas están demasiado ácidas para mí).

Bueno, como todos los días, me subí a mi bici y recorrí la carretera costera. Regresé al hotel por la noche. Los casi 280 km de ese día me pasaron factura; ¡casi todo eran puertos de montaña! Tengo un ligero dolor muscular y por fin me he librado de mi trasero grande; al menos ya no lo noto... Me di una ducha larga y caliente.

Llego tarde a cenar y las holandesas están sentadas en la mesa de al lado. ¡Guau, ya van por su segunda botella de vino tinto! Sí, mi amiga parece estar bebiendo con elegancia, tal como sospechaba. La rubia me sonríe radiante. Asiento cortésmente y sigo comiendo. Cuando la camarera, Yennifera, se acerca, le pregunto su nombre de nuevo. Yesenia Rodríguez. Bueno, ahí lo tienes, lo corregiré en el formulario de reseña del hotel. Durante nuestra charla informal, bromeo diciendo que lleva un precioso anillo de oro, pero en la mano equivocada. Se ríe y coloca su mano confidencialmente sobre mi antebrazo. "Soy nuvia", o algo así. Probablemente significa: soy una novia, estoy comprometida. Bueno, Yesenia, ¡te deseo una vida maravillosa y muchas Ninas, todas tan hermosas como tú! — Es mucho más fácil charlar cuando el flirteo se ha vuelto inútil.

Después de cenar, fumo un buen rato. La amiga de la rubia traga saliva pesadamente y ya se balancea ligeramente en su asiento. La rubia bebe agua mineral y mira por encima del borde de su vaso a los tres italianos, tres jóvenes de su edad, o incluso más jóvenes, vestidos como los raperos negros de MTV, con ropa a la moda y muchas cadenas de oro, ¡yo, tío, yo, somos raperos!

Al levantarme, la miro y murmuro en voz alta: "Voy al bar". Salgo con las rodillas temblorosas y me siento en una mesa agradable en el bar del hotel. La cerveza se va hundiendo milímetro a milímetro mientras intento averiguar qué hacer a continuación. Definitivamente un alias con una historia interesante. Entonces, ¿Jafar, el cazador de tiburones? ¿O el Dr. Jafar, biólogo e investigador de tiburones? Suena menos sangriento, sé bastante sobre el tema y podría hablar de ello un rato si fuera necesario. ¿O tal vez solo Jack, el experto en informática? ¡Hmm! Antes de que pueda decidirme, las mujeres holandesas entran por el vestíbulo hacia el bar. La rubia alta tiene la mano sobre la pequeña borracha y la sostiene, por si acaso.

Me levanto y me coloco detrás de la silla como un mayordomo, solo para dejar las cosas claras. Al principio dudan, pero luego asiento con la cabeza y les digo: «Vengan aquí», así que se acercan. Acerco la silla, la mujer se sienta y luego busco otra silla de la mesa de al lado para mi amiga rubia. «¿Les invito a una copa?». «Marieke», se presenta, «e Inue, de Ijmuiden». «Holanda», digo,

y ella sonríe. Su alemán no es mucho mejor que mi holandés. ¡No importa! Me presento también. «Jafar, de Viena, un predicador».

Tequila Sunrise y Copa Tropical, calculé mal. ¿Predicador? Predicador, le explico. Nuestro alemán-holandés, aderezado con inglés, funciona bastante bien. ¿Qué hace un Predicador? pregunta ella. Predico sobre lo que es la buena informática y demonizo lo que es la mala informática o viene de Redmond. Ajá. En sus ojos, la nada absoluta, ni una chispa, ni un destello de ingenio. Doy consejos, digo, consejos y automatización. Para usuarios de computadoras. Ajá. Entonces, ¿por qué Predicador? Tartamudeo laboriosamente en holandés chapurreado e inglés pidgin, poco a poco lo entiende. ¿Un programador? Sí, lo descarto con cansancio, probablemente sea inútil. ¡La próxima vez, cazador de tiburones, investigador de tiburones o tiburón inmobiliario, maldita sea!

Tiene 32 años, dice Marieke, y trabaja en una oficina en Ámsterdam. Taller de bombas, bomberos, achicando sótanos, etc. Pero no sabe nada de bombas; eso es lo que hacen los demás. Está allí para correspondencia y atención al cliente. Bueno, digo, yo habría pensado que era patinadora de velocidad. Parece sorprendida y dice que fue hace mucho tiempo; que de verdad estuvo en el equipo de carreras. ¿La había visto alguna vez? En sus ojos, desconfianza y una creciente sospecha de que yo no era quien decía ser. No, digo, fue por su figura delgada y su forma de moverse; parecían los de una atleta.

Silencio. «Figura» probablemente no era la palabra adecuada; ¿qué demonios entienden los holandeses cuando digo «figura»? Los segundos transcurren en silencio. «Tequila», murmura Inue, «otro decitlán». «Sanrais», añade enfáticamente. Marieke le susurra en holandés, intentando disuadirla del tequila. A la camarera no le importa y trae otro. El ambiente se ha arruinado por completo.

¿Y tú andas en esa moto grande ahí fuera? Sí, asiento, pero antes de que pueda continuar, los raperos italianos, yo yo, tío, salen del comedor, ruidosos y bulliciosos, acercándose cada vez más. Se quedan a unos pasos de distancia, de pie, inseguros. Marieke se remueve en su silla y susurra, lo siento, pero ha quedado con los italianos en que los cinco irán a la discoteca. ¿Quiero ir con ellos? No, hago un gesto con la mano para desestimarlo, no puedo bailar,

tengo la rodilla mal. Se remueve en su asiento. Inue, dice, Inue, no puedes estar de pie más tiempo, no podemos ir a la discoteca. Los italianos refunfuñan, el jefe le habla a Marieke enérgica y exigente, ¡yo yo! No puedes caer más bajo que el fondo de la piscina, pienso, y me ofrezco a quedarme con Inue hasta que vuelvan de la discoteca. Marieke sonríe radiante. ¡Joder, es tan fácil encontrar idiotas cuando de verdad los necesitas! Inue habla alemán con sorprendente fluidez y le dice a Marieke que vaya a la discoteca con los chicos; ella terminará sus copas y luego irá a su habitación. Vale, dice Marieke, nos vemos luego, y se va con los chicos. ¡Yo yo, tío!

Salida nula

Bebo mi cerveza sin gas con desgana mientras Inue me dice que tiene 26 años —uy, no, 27— y que es asistente dental, y que la mancha de nacimiento roja en su cara lleva años ahí y no se ha ido. «Ni siquiera necesito ir a un club con eso», dice, «todos los chicos solo quieren a Marieke». Se queda callada, esperando mi comentario. Luego dice con naturalidad: «Tú también te lo imaginaste diferente». Finjo un «No, no», pero ella sonríe y da un buen trago de tequila y Sunrise. Obstinadamente, murmura para sí misma que se había imaginado las vacaciones de forma completamente distinta, pero da igual. Nada de clubes entonces. Tiene un precioso cabello negro, largo y ondulado, y unos encantadores ojos almendrados —puedo decir que debe tener padres asiáticos— y una cara bonita, a pesar de la mancha de nacimiento.

La conversación, inicialmente vacilante, se vuelve más fluida a medida que ella continúa preguntándome sobre mi trayectoria. No le interesa para nada el motociclismo ni la navegación, pero la idea de escribir le va resultando atractiva. Lleva un diario y escribe poemas; no, no piensa en publicar. Me presiona mucho sobre lo que escribo. Nos enfrascamos en una acalorada discusión porque ella cree que el sexo en la literatura solo debe insinuarse, para que algo suceda en la mente del lector, pero no debe ser explícito. Yo le respondo que se puede escribir de forma muy explícita y aun así lograr que el lector experimente mucho, siempre que se tenga un buen concepto, una trama viable o inusual. El mero acto sexual, coincidimos, no es suficiente.

—No, por favor, no más tequila —le digo a Inue—, ¡sé una buena chica! Discutimos por el tequila durante unos minutos, y finalmente gano cuando le prometo llevarla arriba. Ella sonríe. —¿Me llevarás a la habitación? —Sí —digo—, no hay problema, no te morderé. —Claro. Ella sonríe; sabe que no debe hacerlo. Pago, y luego Inue le susurra al camarero: —Dos Marques de Cáceres y dos copas, para la cama —y me doy cuenta unos minutos después de que el buen Marques debe estar nadando en una botella de vino tinto. En ambos. —Inue, Inue —digo, negando con la cabeza—, ¡no me voy a quedar aquí sentado tanto tiempo! Ella me mira muy directamente y dice que le prometí llevarla a la habitación, luego se levanta como puede. La tomo del brazo debido al balanceo del piso

en el vestíbulo del hotel y subimos a la habitación 716. Ella se aferra con fuerza al Marquesen, que le salvó la vida, y a su bolso; yo agarro las dos copas de vino tinto y su cadera... ¡Dios mío, apenas puede mantenerse en pie! Pero esa cadera, ¡qué agradable se siente al tacto, caballeros!

Busca laboriosamente la llave de la habitación en su bolso y luego no encuentra la cerradura; tengo que ayudarla. Ella se adelanta, yo me quedo de pie en la puerta y digo que tengo que irme ya. Ella niega obstinadamente con la cabeza y dice: "¡Pon las copas en la mesa!". Obedezco y oigo la puerta cerrarse de golpe tras de mí. "Inue, tengo que irme ya", digo, "no quiero morder, habíamos quedado". Mi pánico aumenta cuando ella, con calma y una puntería infalible que no habría esperado de ella en su estado, desenrosca la botella de vino tinto y lo vierte en las copas. Mis alas atrofiadas, intento varias veces detenerla, pero su terquedad es inmensa. Me siento al borde de la silla, listo para saltar, y doy un sorbo al Marqués de la provincia de Cáceres. No está mal, pero es pesado y amargo. No me gusta el vino en general, y este Marqués puede ser el orgullo de la casa, pero no lo quiero. Inue me ofrece su vaso; me guste o no, tengo que rellenarlo.

En un momento dado, Inue sonríe y murmura que los chicos no se divertirán con Marieke, ya que ella solo ama su vibrador. "¿Qué?", pregunto. "¿Qué es eso?". Se sube a la cama, casi dejándome boquiabierto, y saca un vibrador rosa del cajón de la mesita de noche. Se ríe de mi cara de desconcierto y lo guarda, luego se sienta frente a mí en el sofá. El corazón me late con fuerza porque el vestido de Inue ya no tiene nada que ocultar, y sin embargo, también me avergüenza esta revelación de los secretos amorosos de Marieke.

Ella lo nota y sigue bebiendo obstinadamente. Su manera de acariciar sus hermosas y esbeltas piernas es pura provocación; siento un nudo en la garganta, pues su tanga es, en el mejor de los casos, una excusa para una etiqueta inútil. Con un gesto de total seguridad en sí misma, mete la mano bajo el vestido y se desabrocha el sujetador, pasándolo hábilmente por debajo del brazo y a través de la axila. Trago saliva, porque sus dulces pechos son claramente visibles bajo el vestido vaporoso.

Bebe un sorbo de su Marchese y me observa con ojos felinos por encima del borde del vaso, levantando lentamente una pierna y apoyándola en el asiento a su lado. Luego, con calculada lentitud, la balancea hacia un lado, haciendo que su tanga se desplace por completo, dejando al descubierto su zona púbica y su hendidura, cubiertas de seda negra. Un destello de triunfo brilla en sus ojos mientras mi mirada se dirige mágicamente a su vulva desnuda; sonríe con una especie de confianza triunfante mientras la contemplo impotente —excitado—, incapaz de apartar la vista. Habría que ser un completo idiota, o quizás el Dr. Jafar de Viena, para no comprender al instante estas señales del lenguaje corporal.

Divago sobre algo trivial mientras mis ojos se deleitan con su cuerpo. Su pierna seductoramente doblada y la delgada tanga negra lo revelan todo; mi corazón late con fuerza en mi pecho, y mi amiga de ojos llorosos sonríe con complicidad. Me deja deleitarme con su hermoso cuerpo, con su vulva expuesta. Continúo nuestra conversación entrecortada durante unos minutos más, aunque voyeur y exhibicionista estamos sentados uno frente al otro, y entonces ella empieza a cabecear. Me levanto y lanzo una última mirada avidezosa a su vulva desnuda, y luego me escabullo silenciosamente.

Desde personas que dan un paseo en el ascensor

Lo sé, algunos podrían llamarlo cobardía. Pero la inhibición contra aprovecharme del alcohol es más fuerte que el deseo, profundamente arraigada en mi alma. Incluso al bajar, sigo dándole vueltas a esta inhibición y a lo atractiva que se veía Inue. ¿Quizás debería haberlo hecho? Cuando el ascensor se detiene, no estoy seguro de si volver a subir. “Bueno”, dice mi amigo con los ojos llorosos, “de todas formas ya está completamente borracha y seguro que no le importaría un rapidito, con toda su palabrería sobre que Marieke siempre es la única que consigue a los chicos”. “¡Vamos!”, babea con avidez, “¡pulsa el 7!” Obedientemente, pulso el 7, el ascensor no le da importancia y sube obedientemente. Angel-Jack y Devil-Jack, que habían estado callados desde la tercera cerveza, ahora me hablan sin parar. “¡No seas un cerdo, no seas injusto, borracho, no hagas ninguna estupidez!” Frustrado, pulso el 3. La puerta del ascensor se queda indecisa hasta el 7, preguntándose si al final decidiré salir, luego se cierra encogiéndose de hombros y vuelve a bajar. Esta vez sí que salgo. ¡No soy tonto, no voy a subirme al ascensor de noche!

Me quedo de pie frente al ascensor abierto durante unos segundos. Luego se cierra silenciosamente. Enfadado, pulso el botón de “subir”. La puerta se abre obedientemente, y el vacío bostezante del ascensor parece burlarse de mí con cinismo. Se detiene un instante y se cierra de nuevo con un encogimiento de hombros. Vuelvo a pulsar el botón. Mi amigo me anima. Entro rápidamente y subo. Tengo que llamar varias veces antes de que Inue abra la puerta, con aspecto soñoliento. Nos miramos a los ojos durante un largo instante; veo en ellos la creciente expectación.

juegos previos

—No puedo dormir —murmuro tímidamente, mientras me tumbo y me acomodo en el sillón. Inue rellena ambos vasos y se sienta en el sofá—. ¡Yo también quiero! —murmura en voz alta, mirándome con ternura a los ojos. Sus ojos brillan brevemente y con seducción; finge pensar en algo espontáneamente. Con una mirada calculadora y perspicaz, levanta lentamente la pierna sobre el asiento, mientras la serpiente observa al ratón con interés calculador.

Un instante después, dobla la pierna hacia un lado, como antes, y con un rápido movimiento de muñeca, aparta la tanga. No hay nada accidental ni involuntario en ello; ya sabe cómo seducirme. Completamente desinhibida, exhibe sus genitales desnudos, mostrándome con orgullo su seductor esplendor, jugando ebria con su vello púbico y sus labios. La observo, atada, durante minutos, bebiendo sin pensar, y me siento mágicamente atraído por su libertad obscena, su exhibición impúdica y su descaro erótico.

Tras un buen rato, Inue se ríe triunfalmente del anciano atónito, con voz vivaz, y después de servirme la copa, se sienta en el brazo de mi silla. La alternancia entre la embriaguez y la lucidez me desorienta por completo. Juega con mi cabello y me acaricia el cuello antes de que su mano baje por mi pecho y, casi sin esfuerzo, me desabroche los pantalones.

—¡Oh, ahí está! —exclama, sonriéndome con picardía, como si fuera un descubrimiento inesperado. Estoy excitado y cachondo como el infierno. Ahora está tumbada sobre mi pecho, palpando mi pene, comprobando su erección. Suspiro ruidosamente; se siente tan bien. Le toco el muslo desnudo, lo acaricio y sigo subiendo. Inue se retuerce de un lado a otro, increíblemente excitada, y me aprieta el pene. Cuando mis dedos se deslizan bajo su tanga, casi salta de su propia piel y me masturba suavemente.

Antes de que pueda siquiera emitir un sonido, se inclina y lo acaricia con sus labios y lengua. Toma mi pene completamente en su boca, sus labios lo rodean con fuerza. Con rápidos movimientos de cabeza, me folla con su boca. En mi frenesí, siento la poderosa explosión ascender y eyaculo en su boca. Se detiene solo una frac-

ción de segundo, luego lo traga y continúa. Me estremezco porque es tan extrañamente hermoso, la forma en que su cálida boca folla mi pene que eyacula, la forma en que lo chupa, lo traga y lo acaricia con sus labios. Entonces le tiro de la cabeza hacia atrás; alguien me había dicho enfáticamente que a ninguna mujer le gusta que le eyaculen directamente en la boca.

"¡Uf, ¿no te gusta?!" Inue refunfuña, incapaz de ocultar su decepción. Se limpia la boca y deja que su mirada vacilante se pose en mi erección, de la que aún gotea un poco de semen. Murmuro tímidamente que lo siento. "¡Oh, vamos, en realidad disfruto mucho haciendo esto! Hoy tuve que hacerte sexo oral", susurra Inue, "¡no debes eyacular, hoy es un día peligroso!" Me quedo callado porque estoy borracho y cachondo y me da igual. "Tomemos otra copa", sugiere.

El alcohol, al que no estoy acostumbrado, me sube a la cabeza peligrosamente rápido; estoy más borracho que nunca. En los siguientes quince minutos, bebemos otra copa. La acaricio constantemente, explorando su cuerpo con mis manos. Siento su piel cálida y suave bajo la fina tela, sus pezones duros que sobresalen de sus pequeños senos. Mi mano se desliza suavemente sobre su vestido, acariciando su cadera y sus estrechas nalgas. Ella tiembla ligeramente; siento su excitación e inhalo profundamente el aroma de su cuerpo.

Finalmente, me quito el vestido por encima de la cabeza, lo dejo deslizarse sobre la alfombra y me desnudo por completo antes de sentarme a su lado en el sofá. Nos besamos y mi mano se desliza hacia su tanga. Se la bajo e Inue agita las piernas, arrojando esa prenda inútil al suelo. Tiene un cuerpo joven e impecable, una cabeza más baja que la mía y esbelta como una caña, con unos pechos de hermosa forma. Las marcas rojas que desfiguran su rostro de repente ya no importan.

Me besa y yo la acaricio, tocando de nuevo sus pequeños pechos y jugando con sus pezones. Suspira y su cuerpo se relaja por completo tras unos instantes; se tumba a mi lado, en diagonal sobre el sofá. Apoya sus nalgas en mi regazo y abre las piernas con gusto, guiando mi mano hacia su vulva con picardía, con una sonrisa en los ojos que me invita a explorar. Cierra los ojos con expectación.

Recorro con mis dedos su vello púbico sedoso y su vulva, separando suavemente sus estrechos labios y examinándolo todo con detenimiento. La abertura vaginal es diminuta, ¡y no puedo evitar preguntarme cómo podría caber un pene erecto ahí dentro! Su clítoris, en comparación, es mucho más grande y está oculto bajo un pequeño capuchón. Ella se estremece expectante mientras aparto con cuidado el capuchón y toco su clítoris. Quizás me equivoque, pero me parece como si su clítoris hubiera crecido un milímetro mientras muevo suavemente el capuchón hacia adelante y hacia atrás.

Sí, definitivamente, su clítoris se endurece y se pone erecto cuanto más deslizo el himen hacia adelante y hacia atrás. Si fuera más valiente, tal vez ahora sería el momento adecuado para lamer su clítoris. Sigo siendo cobarde y ni siquiera me atrevo a introducir un dedo en la pequeña abertura vaginal. Tomo su pierna, que obstruye mi visión delante de mi estómago, y la levanto por encima de mi cabeza hasta mi hombro. Mi cara está a solo unos pocos brazos de su vulva. Visibilidad: excelente. Inue mantiene los ojos cerrados y deja que una mano se deslice hacia mi pene. Sonríe satisfecha mientras su mano siente el crecimiento y el palpitar, aunque no se pone mucho más rígido que semierecto. Abre su vulva todo lo que puede, su parte inferior del cuerpo exige la continuación del juego del himen con movimientos lascivos.

Obedientemente, masturbo su clítoris con atención concentrada, mientras su mano, que había estado descansando tranquilamente sobre mi pene semierecto, se inquieta. Sus dedos tantean mi glande, primero acariciándolo, y pronto marcando el ritmo de su masturbación. Masturbo su clítoris hasta que siento que está a punto de tener un orgasmo. Su abdomen inferior se agita profundamente y en oleadas, y ella levanta su vulva con sus nalgas para presionar su clítoris firmemente contra mis dedos. Puedo ver y sentir claramente que está a punto de tener un orgasmo. Presiono un dedo vibrador contra su clítoris rígido y puedo sentir claramente cómo palpita y golpea. Miro directamente la hendidura ligeramente entreabierta de su vulva y la abertura vaginal, donde la pequeña abertura de su vagina se abre y se cierra como la boca de un pez diminuto, temblando suavemente. El abdomen inferior de Inue bombea con un ritmo largo y pulsante, y ella suspira profunda y satisfecha. Ella suspira varias veces mientras libero su clítoris tras su relajación y apoyo mi mano sobre su cálida vulva. Mis de-

dos acarician suave y delicadamente el pliegue vulvar y los labios hinchados mientras, con los ojos aún cerrados, calma su respiración y los latidos de su corazón. Más tarde, al cerrar suavemente sus muslos, susurro en voz baja: «¡Maravilloso!», aunque no sé si Inue disfrutó de este suave orgasmo.

Más tarde, me levanto porque necesito orinar. Ella me alcanza justo antes del baño y se sienta, con las piernas bien abiertas, sonriendo con picardía y como si estuviera borracha. Me hace señas para que me acerque, agarra mi pene semierecto y me dice que me arrodille. Guía mi pene hacia sus labios y balbucea borracha que debería eyacular. Mira entre sus muslos y empieza a orinar sobre mi glande. Dejo que fluya también, y con una sonrisa lasciva, dirige el chorro, balanceándolo como una manguera, hacia su hendidura y entre sus labios. No me excita y me voy.

Sesión de preguntas y respuestas

Ya va por su tercer o cuarto vaso; no aguanto más. Se sirve otro y se lo bebe de un trago, se sirve otro más y se lo termina con feroz determinación. Sus ojos ya están nublados cuando me mira con incertidumbre y dice en voz muy baja: "¡No he estado con un hombre en más de un año!". Asiento; ¿qué más puedo decir?

Así que aprovecho la oportunidad y la interrogo a fondo. No, dice, primero debo responder dos preguntas. "¿Tienes un condón contigo?" No, digo, la gente se reiría de mí, un viejo. De acuerdo, dice, y ahora la segunda. Se anda con rodeos, porque quiere saber cómo tengo sexo. Al principio bromeo, "Te lo mostraré", luego me doy cuenta de que no bromea y respondo, "Sencillamente, normal, nada fuera de lo común. Solo vaginal, nunca anal, y bastante lento, no rápido. Suelo hacer una pausa cuando eyaculo". Agrego que la mayoría de las mujeres no tienen orgasmos conmigo; lo hacemos juntos si ella quiere.

La miré para ver si le parecía bien, asintió y dijo que el sexo anal sería mejor hoy, pero que si no me gustaba... la frase quedó sin respuesta. Entonces me tocó a mí hacer preguntas y resumir lo que había entendido.

Al principio dudó, pero después de un buen trago de la botella de vodka que había sacado de la manga, y animada por mis preguntas inquisitivas y mis caricias, empezó a contar su historia. Cuanto más la acariciaba, más se sinceraba: sí, en sus primeras vacaciones juntas, hace unos diez años, intentaron averiguar si eran lesbianas, pero no, no lo eran. Las vacaciones iban a ser una oportunidad para follar bien todos los días. Después, ligaron con todo tipo de tíos, turnándose para tener sexo con ellos, aunque con el tiempo Marieke se volvió cada vez más reservada y dejó que Inue se encargara del sexo. «Sí», respondió Inue secamente a mi pregunta, «claro que los hombres se nos metían dentro, por aquel entonces tomábamos la píldora».

Era evidente: ella era una heterosexual convencida, Marieke no tanto; se amaba a sí misma por encima de todo. Solían ser tres o cuatro, pero Marieke casi siempre dejaba que todos los hombres la penetraran y simplemente observaba, excitada, mientras se turna-

ban para follarla. En los primeros años, Marieke había participado en el acto sexual, e Inue la admiraba porque Marieke siempre tenía orgasmos intensos mientras la penetraban, retorciéndose de placer y dolor. Inue decía que Marieke tenía orgasmos mucho más a menudo que ella durante el sexo; ella misma necesitaba estimulación clitoriana.

Si un hombre era bueno, Marieke podía tener dos o tres orgasmos antes de eyacular, y cada vez sentía un placer intenso. Inue se excitaba al verla, le encantaba cuando Marieke tenía orgasmos solo con sus embestidas durante el sexo. Con algunos hombres no funcionaba, así que Marieke, impulsada por su creciente excitación, se frotaba el clítoris con expresión de dolor, para luego alcanzar el orgasmo unos instantes después. Entonces movía la cabeza de un lado a otro, su cuerpo temblaba con violentas convulsiones. Después, retiraba lentamente su pene de su vagina palpitante con las yemas de los dedos y lo acariciaba suavemente, para luego ser penetrada de nuevo unos instantes después.

La mayoría de las veces, los hombres eyaculaban antes de que ella alcanzara su siguiente orgasmo. Marieke no esperaba a que él eyaculara por completo, sino que se escondía debajo de él, mantenía su pene dentro de ella y, muy discretamente, se frotaba el clítoris, generalmente solo por unos instantes, hasta que ella llegaba al orgasmo.

Al principio, Marieke no se masturbaba a solas delante de hombres, pero a veces lo hacía cuando estaba muy excitada y ya no podía controlarse. Entonces cerraba los ojos y lo hacía muy rápido, girando la cara, roja de vergüenza, hacia un lado. Aunque le parecía terriblemente vergonzoso cada vez, siempre lo hacía delante de desconocidos cuando lo necesitaba urgentemente. Inue pensaba que, a pesar de toda su vergüenza fingida, Marieke en realidad disfrutaba haciéndolo delante de un público, primero porque lo hacía constantemente y siempre ofrecía sus muslos y vulva abiertos para exhibición, y segundo, si de verdad le resultaba tan vergonzoso, ¿por qué no le daba la espalda al hombre?

Después de que Inue regresara de su alegre y chapoteante orina en el baño, la presioné para que describiera a Marieke con más detalle. Me hizo esperar un poco, pero luego dijo que Marieke era mucho más grande que ella, incluyendo su vulva. Solo que ambas

tenían pechos pequeños, rió. El vello púbico rubio claro (en aquel entonces no existía la moda de la depilación) enmarcaba su vulva rosada, pero sus labios eran iguales a los de ella, suaves y estrechos. Su clítoris era al menos el doble de grande que el de ella, pero normalmente estaba completamente cubierto por un capuchón. Pero cuando se excitaba, el clítoris crecía bajo el capuchón —se refería al capuchón— y se erguía rígido y firme. Se separó y bebió. Disfrutó mucho de las caricias suaves durante nuestra sesión de preguntas y respuestas.

Cuando le pregunté, me respondió con una mirada tímida de reojo que también lo había hecho delante de hombres, porque ambos estaban agotados y ella aún no había llegado al orgasmo y seguía muy excitada. Al principio, le daba mucha vergüenza tocarse, y la mirada penetrante de Marieke la hizo dudar. Pero estaba muy cachonda y tenía muchas ganas de hacerlo, y sorprendentemente, le excitaba aún más que los demás la estuvieran mirando.

La animé a que me lo contara todo. «Bueno», dijo, lamiéndose los labios, «me tumbé boca arriba, de cara a los hombres, cerré los ojos y dejé volar mi imaginación. Jugué lentamente con mis labios vaginales y separé las piernas, primero un poco, luego más, y finalmente las abrí del todo, y los espectadores, boquiabiertos, añadieron un toque de emoción. La excitaba aún más el hecho de poder ver en secreto, a través de sus párpados casi cerrados, cómo sus penes se hinchaban muy, muy lentamente y volvían a ponerse erectos mientras se masturbaba hasta casi llegar al clímax».

Marieke se acercó y agarró a un hombre, colocándose de manera que su coño, voluntariamente abierto, quedara justo frente al rostro de Inue. Inue la miró, hipnotizada, mientras el hombre la penetraba lenta y cuidadosamente, observando la hermosa hendidura rosada de Marieke entre su vello púbico rubio claro. Inue estalló en el momento en que comenzaron a follar y aún estaba teniendo un orgasmo intenso cuando el segundo hombre la embistió brutalmente, provocándole largas y orgásmicas con potentes embestidas antes de jadear y eyacular dentro de ella.

Fue un espectáculo maravilloso y excitante para ella. Inue apenas se percató de que su amante había eyaculado; su mirada permaneció fija en el coño de Marieke, el pene y los testículos colgan-

tes. El amante de Marieke se esforzaba al máximo, y pronto Marieke estaba a punto de llegar al orgasmo.

Él lo notó y continuó follando hasta que finalmente eyaculó. Marieke le hizo un gesto a su amante para que se quedara dentro y siguiera eyaculando. Inue pudo ver claramente sus embestidas, que ensanchaban rítmicamente la vagina de Marieke, y también que Marieke ya se había quitado el cinturón de castidad y se estaba masturbando con la otra mano.

Ella tuvo un orgasmo casi de inmediato. Su coño palpitó y se contrajo sin cesar, apretando el pene que aún eyaculaba, luego se calmó. Al instante, retiró el pene flácido de su vagina. “Así que todos tuvimos una buena follada”, dijo Inue, y añadió: “una de las mejores”.

De repente le pregunté cuándo y cómo había empezado a masturbarse. Me miró fijamente durante un buen rato y luego respondió que debía tener ocho o nueve años y que la habían invitado a pasar la noche en casa de una amiga del colegio con otras tres chicas. Después de que los padres se marcharan, las chicas se quedaron solas. La hermana mayor de su amiga, de unos trece años o más, presumió terriblemente de tener ya vello púbico y se desnudó sin reparos en la cama para mostrar a todos su escaso vello.

Pronto todos estaban desnudos, mirándose y tocándose las hendiduras y agujeros sin vello, hasta que finalmente la alta, admirada y observada con asombro por todos, separó sus muslos y separó sus labios vaginales con los dedos, dejando que todos vieran su agujero rojo. La miraron fijamente y se maravillaron mientras ella introducía lentamente su dedo índice y, sonriendo ampliamente, afirmó que ya estaba teniendo sexo de verdad con su novio. Todos se habían subido a la cama, la rodearon y se quedaron boquiabiertos ante su maravilloso agujero.

Algunas se acercaron cuando ella dijo que todas podían tocarla y acariciarla allí. Algunas se atrevieron, y pronto se retorció de lujuria mientras muchas manos, muchos dedos la acariciaban. Esto la excitó por completo; apartó las manos de las desconocidas y se masturbó sin vergüenza alguna frente a las chicas hasta que llegó al orgasmo. Inue misma estaba sentada entre sus piernas y, con curiosidad, se había unido a la exploración de la vulva de la chica

mayor; ahora la observaba sin aliento mientras se masturbaba. Todas la miraban asombradas, pues ninguna de ellas había visto ni experimentado jamás un orgasmo. Después de esta experiencia, dijo Inue, jugó con su vulva por las noches hasta que pudo. Y cada noche desde entonces, siempre que estaba sola. Y jamás olvidaría la mirada triunfante de la chica mayor.

Insistí hasta que finalmente admitió haber mentido antes, diciendo que lo había hecho no solo una vez, sino repetidamente delante de hombres desconocidos, igual que Marieke, pero sin sentir vergüenza. Intrigado, seguí indagando. "Sí", respondió Inue con cierta inquietud, "ambas lo hacíamos muy a menudo, prácticamente siempre". Añadió, disculpándose, que muchos hombres necesitaban un descanso después de eyacular, y que las chicas que seguían excitadas debían esperar ociosas hasta que el hombre pudiera tener sexo de nuevo. Si solo había un hombre presente y solo Inue quería tener sexo, ¿por qué Marieke no iba a masturbarse si se excitaba y lo necesitaba desesperadamente? Pensativa, Inue dijo: "Marieke sí que lo hacía muy a menudo cuando veía a otros tener sexo, a menudo tres o cuatro veces seguidas".

¿Y ella misma?, pregunté. Realmente no veía nada malo en hacerlo delante de un hombre, incluso posiblemente excitándolo de nuevo. Inue tartamudeó un poco al añadir que exhibirse a menudo le daba una emocionante sensación de poder, por eso lo disfrutaba tanto. Y muy a menudo, ni siquiera dos hombres podían hacer que Inue llegara al orgasmo, así que ¿deberían simplemente quedarse sentados como un cuarteto, o liberar su deseo reprimido libremente? Por supuesto, dije, eso está perfectamente bien, por favor, manténganme al tanto, estoy muy interesado. Pero, añadió, nunca montamos un espectáculo lésbico para el hombre; cada una de nosotras solo se masturbaba cuando había hombres presentes. Siempre.

Luego continuó: A menudo sucedía que un hombre insistía en que Marieke le hiciera una masturbación manual para terminar, lo cual ella hacía a regañadientes. Acariciaba sus penes de forma provocativa y lenta, y sonreía en cuanto eyaculaban, pero tenía cuidado de no eyacular sobre ella misma. Sin embargo, la mayoría de los hombres no soportaban su lentitud por mucho tiempo y tomaban cartas en el asunto. Como la mayoría insistía en eyacular sobre sus pechos o su zona púbica, ella se aseguraba de que el hom-

bre se masturbara arrodillado frente a ella. En el momento crucial, colocaba hábilmente su vulva hacia adelante para que cubriera completamente el glande cuando él eyaculaba, o él tenía que penetrarla. Estaba muy orgullosa de esto. Marieke nunca permitía que nadie eyaculara en su cara, y mucho menos en su boca.

—¿Y tú? —pregunto con curiosidad. —Oh, eso no es nada —responde. Si un hombre quería una masturbación, la conseguía, aunque ella intentara repetidamente seducirlo para tener sexo. Y no le importaba dónde quisiera eyacular el hombre, siempre y cuando no fuera en su cabello. Y tragar el semen no era un problema para ella; venía de dentro y era perfectamente limpio. Pero rara vez ocurría que un hombre quisiera una masturbación.

Después de unos tragos profundos de la botella, Inue susurró, con los ojos llenos de lágrimas, ¡qué maravilloso solía ser ver a Marieke tener sexo! Pero eso sucedía cada vez con menos frecuencia, de modo que al final, Inue era la única que tenía sexo con los hombres. Marieke solo los observaba hasta que se excitaba lo suficiente, a pesar de toda la vergüenza y la humillación, como para ceder a su exhibicionismo y masturbarse con las piernas bien abiertas. La mayoría de los hombres dejaban de tener sexo para verla masturbarse antes de continuar. Rara vez, Marieke se acostaba junto a Inue para frotar suavemente el clítoris de Inue durante el sexo y llevarla al orgasmo. Cuando los hombres se habían ido, Marieke tomaba su vibrador y se daba orgasmos largos y maravillosos.

No pude evitarlo, seguí adelante. Inue, con cierta vacilación, respondió que desde el principio no se habían sentido avergonzadas la una frente a la otra y que lo habían hecho juntas como algo natural, inicialmente cada una en su lado de la cama. Sí, le gustaba mucho, dijo Inue, porque desde que le había salido esa desfigurante marca de nacimiento en la cara, ya casi nunca tenía relaciones sexuales. “Ratoncita”, rió. A Marieke le parecía bien, porque de todos modos era autoerótica, así que disfrutaban masturbándose juntas todas las noches si no podían ligar con nadie. Pero la mayoría de las veces funcionaba; Marieke ligaba con un hombre y tenía sexo con él.

Sí, finalmente admitió después de que la presioné, a veces tocaba el clítoris de Marieke mientras Marieke usaba el vibrador.

Cuando la presioné más, dijo que últimamente Marieke había estado disfrutando mucho cuando Inue le estimulaba el clítoris justo antes de que llegara al orgasmo; solía llegar al orgasmo inmediatamente, después de solo unas pocas caricias. Y ella misma, sí —se rascó la cabeza antes de revelar su último secreto en un susurro ronco— sí, últimamente siempre dejaba que Marieke la masturbara, de principio a fin. Y sí, últimamente solo Marieke, porque Marieke era muy, muy buena en eso. Inue no sabía por qué, pero Marieke era muy dominante y la llevaba a orgasmos rápidos con sus dedos, mejor de lo que ella misma podía. A ambas les encantaban los orgasmos múltiples seguidos y lo hacían durante horas. Quise saber si también lo harían esta semana, e Inue respondió —algo sorprendida— sí, por supuesto, estas son nuestras vacaciones. Se veían solo rara vez durante el año, y ella misma solo tenía suficiente tiempo los fines de semana para masturbarse extensamente. Y solo los fines de semana tenía tiempo para tener relaciones sexuales con algunos hombres mayores con los que era amiga. Pero mencionó que se masturbaba todas las noches antes de acostarse, algo que había hecho desde la infancia.

Avance

Inue se bebe otro vaso de un trago, se limpia la boca con el dorso de la mano y me mira. De repente se avergüenza de su sinceridad, bebe aún más y se entrega por completo a mí. Me pregunto si debería follarla, porque mi deseo más fuerte se ha desvanecido de repente. Sin embargo, mi polla se había vuelto a poner dura de verdad durante su confesión. Me levanto rápidamente, la levanto y la llevo a la cama. Mientras yacemos uno al lado del otro y nos besamos durante un buen rato, siento el anhelo de su cuerpo. Su bajo vientre se presiona contra mí con anhelo, su vulva acaricia mi polla con exigencia. La acaricio por todas partes: ¡qué cuerpo tan hermoso y maravilloso! Me abro camino dentro de ella, sintiendo su calor y humedad. Suavemente y con intención, acaricio su clítoris, oigo que su respiración se acelera y la acaricio aún más suave y rápidamente.

Disfruto viéndola excitarse cada vez más, acariciándola casi hasta el orgasmo, pero no llega. Suave y dispuesta, me deja ponerla boca abajo, la levanto por las caderas y le separo los muslos y las nalgas. Entierra la cara en la almohada mientras la penetro por detrás, metiendo la mano entre sus muslos y guiando suavemente mi pene erecto hacia su vagina con una mano, lo cual, sorprendentemente, resulta más fácil de lo que esperaba.

Una vagina maravillosa, muy apretada y flexible, húmeda y cálida. Siento una ligera resistencia al final de su vagina; ah, no va a entrar más. Me siento aliviado, porque mi pequeño no es particularmente grande y, como era de esperar, ella tampoco.

—Pero no te corras dentro —susurra Inue—, ¡hoy es un día peligroso! Aunque estoy agotado por el viaje del día, me recompongo y le doy un buen paseo nocturno. Ella suspira y se retuerce mientras la follo lenta y duramente. Su mano, que usó para ayudar a que mi pene entrara, se desliza hacia su clítoris, y puedo sentir cómo lo frota suavemente. En su embriaguez, pierde el equilibrio; de repente, las lágrimas ruedan por su rostro aterrorizado. Solloza entre lágrimas: «¡Por favor, no me dejes embarazada!» y aprieta su vagina, lo que me hace eyacular brevemente con un escalofrío, pero sigo follándola lentamente sin eyacular de nuevo.

Inue no deja de frotarse. Miro mi pene, que desaparece entre sus pequeñas y redondas nalgas. No es una situación excitante porque el constante "¡no te corras!" o "¡no me dejes embarazada!" es muy irritante. Sin haberme corrido del todo, me tenso dentro de ella porque antes, mientras ella se ocupaba de su clítoris, había eyaculado un poquito dentro de ella cuando tensó su vagina. Continúa frotándose el clítoris, y la observo mientras llega a un pequeño y suave orgasmo. Estimula repetidamente su clítoris con mucha fuerza para retrasar el clímax lo máximo posible. Está muy concentrada en esto e ignora todo lo que hago. Ahora penetro profundamente; su cuello uterino cede, permitiendo que mi glande penetre profundamente. Aprieta el glande con fuerza, la presión me hace eyacular solo en pequeños chorros.

Como permanezco inmóvil dentro de ella, eyaculando en pequeñas gotas, de repente me mira ansiosamente por encima del hombro y susurra horrorizada: "¿Estás eyaculando ahora mismo?". Parece no sentir mi eyaculación secreta, ya que no estoy empujando. Ambos permanecemos inmóviles, y sigo eyaculando en su vagina en pequeños chorros. Cierro los ojos e intento disfrutar de alguna manera de esta eyaculación contenida y extraña. Ella no se mueve y parece estar escuchando su voz interior mientras continúa estimulando su clítoris. Los segundos se convierten en minutos, y eyaculo en pequeñas dosis dentro de su vagina. Eyaculo cada vez que se estremece con la estimulación de su clítoris y su vagina aprieta mi pene placenteramente. Jadea y aumenta gradualmente la velocidad con la que se frota el clítoris. Me asombra que incluso cuando está borracha pueda masturbarse con tanta elegancia y propósito; sucede casi automáticamente. Su uña araña mi pene cuando alcanza el clímax. Ella suspira con satisfacción y desencadena su propio orgasmo.

De repente, pánico absoluto: "¿Estás a punto de correrte?" Me introduzco lo más profundo posible, listo para eyacular, y miento: "No, pero estoy a punto, ¡estoy a punto de correrme!" Se sobresalta muchísimo e inmediatamente saca mi pene con la mano, lo acaricia y pone cara de satisfacción, creyendo que aún no he eyaculado por su rigidez. En un momento de lucidez, pregunta: "¿Te corriste dentro? ¿Te corriste dentro?" y yo gruño y asiento en señal de confirmación. No se da cuenta del momento de lucidez y sonríe tontamente. "¡No me corrí, no me corrí!", repite, sacudiendo la cabeza como si entendiera. Asiente con satisfacción mientras aprieta

la punta de su pene y un poquito de semen sale disparado en su mano. Se ríe, con los ojos borrosos: "¡Corre bien, solo chorrea con delicadeza! ¡Chorra, chorrea, chorrea!" y aprieta la cabeza de su pene con cada "¡chorro!" Deja que el semen salga a borbotones en pequeñas gotas en su mano ahuecada. Se ríe tontamente y se esfuerza por hacerme eyacular con fuerza, deleitándose con cada pequeña gota que cae en su palma. Solo yo sé que eyaculé muy poco y con demasiada timidez, y que aún necesito más. Después de un rato, deja de apretar la cabeza de mi pene, unta el semen en la sábana y murmura: "¡Buen chorro, has eyaculado muy bien! ¡Muy buen chorro!" Revisa con un dedo para ver si hay semen en su vagina. La situación no es erótica; la mujer y yo estamos completamente borrachos, y mi deseo está disminuyendo, estoy disminuyendo por completo.

Me deslizo hacia un lado y me quedo allí, respirando con dificultad. ¡Mierda, estoy completamente agotado! Y mierda, sí que eyaculé dentro de ella, aunque solo fuera un poquito. No fue particularmente placentero, pero había podido eyacular dentro de su vagina durante minutos sin que sospechara nada. ¿Había eyaculado directamente en su útero, atrapado en el agarre de su cuello uterino? Muy improbable, debí habérmelo imaginado. Estaba demasiado borracha para notar la eyaculación apagada o para ver el semen en su vagina. Vuelve a alcanzar mi pene e intenta apretar la cabeza flácida para que eyacule, sin éxito. Simplemente no funciona. Con mucha habilidad, frota mi pene y finalmente lo toma en su boca. Tardó mucho tiempo porque todavía estaba bastante agotado. Pero su lengua me hizo regocijarme. Mis caricias en su clítoris parecieron inspirarla a chuparme el pene hasta el clímax. De hecho, logra que se ponga erecto brevemente de nuevo y eyacule. Como una actriz de una película porno barata, saca la lengua para mostrar la pequeña cantidad de semen antes de tragarla con una sonrisa. Solo entonces parece satisfecha, y se pone de pie con dificultad.

Ella visita brevemente la botella de vodka y va al baño a chapotear, luego nos quedamos quietos uno al lado del otro durante unos quince minutos, cabeceando, besándonos y abrazándonos. No puedo quitarle las manos de encima a su hermoso cuerpo juvenil, y ella claramente disfruta de ser tocada y acariciada por todas partes. Debo haber retrocedido mucho en el tiempo a la última vez que tuve en mis brazos a una chica tan bonita y dispuesta. Después

de un rato, se arrastra hacia abajo, palpa mi pene y lo toma en su boca. Lame el miembro semierecto con mucha delicadeza y casi lo pone completamente erecto. Es realmente buena en eso, lamiendo, chupando y mordisqueando en su embriaguez con tanto placer. La dejo seguir lamiéndome durante un buen rato porque se siente tan bien, pero después de lo que parece una eternidad, la suelto y le digo que no es posible ahora mismo, que todavía no puedo follar y eyacular. "¡No, no eyacular, solo follar!" Responde con la lengua pesada, "¡Solo follar, no eyacular!"

Parecía no percatarse del chapoteo, se levantó y cogió otra botella de vino tinto de la mesa, pues la primera ya estaba vacía. La bebió directamente de la botella, haciendo una breve pausa antes de tragar con dificultad. Luego, tambaleándose, pero decidida a irse, se acercó a la cama. Con los ojos febriles, contemplé su hermoso cuerpo desnudo. Solo había conocido a unas pocas mujeres asiáticas, pero sin duda era la más bella y erótica. Estaba completamente borracha de nuevo y se apretó contra mí con insistencia. Tomó otro trago profundo de la botella y se entregó a mis caricias. Mis dedos jugaron un poco con sus labios vaginales; los abrió de par en par con gusto, la embriaguez la hizo perder toda inhibición. Con una mano acaricié sus pechos, con la otra sus labios vaginales, rodeándolos y evitando su clítoris para reavivar su excitación.

Cierro los ojos, dejo que mis pensamientos vaguen y pienso en la pareja que observo todos los días...

Dulce vecino

...Salí al balcón a fumar la primera noche cuando oí ruidos inconfundibles que venían de la habitación de al lado. Me asomé por el hueco entre la pared y el toldo de madera extendido, y efectivamente, la pareja de al lado estaba en pleno acto.

Ya los había visto la noche anterior en el comedor: él, un hombre corpulento de estatura media; ella, una rubia alta con una figura espléndida y unos pechos bastante grandes y firmes: ¡una mujer magnífica! Sin embargo, sospechaba que se había operado los pechos. Calculé que ella tendría poco más de veinte años, mientras que él rondaría los cuarenta y cinco, y que, al parecer, estaba de luna de miel.

Ahora la vi a través de la rendija; él la estaba follando lenta y deliberadamente. Estaban a apenas tres metros de mí. Ella yacía medio erecta sobre varios cojines, con las piernas bien abiertas para él. Podía ver claramente cómo él introducía lenta y rítmicamente su enorme y grueso pene en su coño. Ella parecía disfrutarlo mucho, emitiendo suaves gemidos y empujando con la pelvis. No pasó mucho tiempo antes de que él se detuviera y agarrara la base de su pene, sacándolo hasta la punta, pero dejando el glande dentro de su coño. Su pene se contrajo ligeramente mientras ella apretaba rítmicamente sus labios para ordeñar su glande. Ella gimió suavemente de excitación mientras follaba el glande con sus labios y todo su coño.

Parecía a punto de correrse, retiró el glande de su vagina y rápidamente lo volvió a meter y sacar. Ella lo miró, completamente prendada, y tomó su enorme y erecto pene en su mano. Hizo suaves y delicadas caricias, insertándolo lentamente hasta la mitad. Luego apretó el agarre y lo frotó rápidamente una o dos veces; él se puso rígido al instante y eyaculó dentro de ella en un pulso palpitante. Ella retiró su pene de su vagina y continuó frotándolo suavemente, dejando que el semen salpicara su vulva, frotándolo con movimientos lentos hasta que dejó de eyacular. Continuó frotándolo muy suavemente después de que él se dejara caer de lado, cansado, frotándolo suave y pacientemente hasta que se detuvo. Entonces se puso de pie; oí el portazo del baño y luego el sonido de

la ducha. Parecía que al idiota solo le importaba su propia eyaculación; no parecía importarle si ella también se había corrido.

Pero desde luego no era una niña del pasado; seguía tumbada con las piernas abiertas en la cama, acariciándose la vulva, claramente aún muy excitada por haber sido penetrada. Con los dedos, se apartó el capuchón del clítoris para que su pene asomara un poco. Para mi decepción, era bastante pequeño. Entonces suspiró profundamente y se masturbó hasta el orgasmo con unas pocas caricias rápidas. Me retiré con cuidado mientras ella seguía presionando su vulva con los dedos y dejé que las convulsiones cesaran.

Cada noche, puntualmente a las 6:30, los observaba teniendo relaciones sexuales, aunque tenía la impresión de que al menos ella debía de haberme visto, tal vez como una sombra oscura tras las mamparas de madera. Pero, al parecer, le encantaba ser observada, porque después de que él se fuera a duchar, ella se giró a medias, directamente hacia mí, y abrió las piernas de par en par, con los ojos y la vulva fijos conspiradoramente en mi puesto de observación. Parecía aún bastante excitada por el sexo y se echó el capuchón del clítoris hacia atrás con una mano, de modo que pude ver su pequeño clítoris rojizo y excitado. Lo hizo vibrar, moviendo rápidamente el capuchón hacia adelante y hacia atrás una docena de veces. Luego se dio uno o dos toques directamente en el clítoris con los dedos para llegar al orgasmo de inmediato. Cerró los ojos y separó los labios con los dedos para que pudiera ver el latido con bastante claridad. Después de que cesó, levantó la vista y sonrió, y me pareció que me guiñó un ojo, pero no estaba seguro. Me quedé hasta que se levantó y se vistió, y luego me retiré con la mayor discreción posible.

Vibby

—Todavía no lo he tenido hoy —me dice Inue con una mirada tímida de reojo, lo que me produce una punzada; probablemente ya había olvidado el suave orgasmo que había tenido antes. Le sonrío con cansancio, sabiendo que no podré hacer nada hoy. Le digo que lo haga ella misma con el vibrador. Ella duda y me mira con curiosidad, y añado que quiero verla hacerlo con el vibrador. Sus ojos se desvían como si fuera un maldito voyeur, pero ve mi sonrisa lasciva y se ríe: —Eres igual que todos los demás. Solo después de un rato abre el cajón de la mesilla de noche y busca a tientas el vibrador de Marieke.

Me incorporé y encendí un cigarrillo. Ella jugueteó con el vibrador un rato, aparentemente intentando superar cierta inhibición a pesar de su embriaguez, como revelaba su mirada insegura. Me incliné hacia adelante y tomé su mano con el vibrador, guiándolo con suaves curvas hacia adentro, rozando juguetonamente la punta contra sus labios vaginales, presionando con cuidado el vibrador dentro de su vagina con su mano. Me miró, ligeramente avergonzada, su mirada transformándose gradualmente en una determinación propia de la embriaguez.

Tras otra mirada de reojo, introduce el vibrador profundamente. Alterna entre frotarse el clítoris y usar desesperadamente el vibrador en sí misma. Le lleva mucho tiempo; gime, se queja y se lamenta de que no funciona. Se me pone dura solo de verla luchar por alcanzar el orgasmo. Apenas puedo contenerme; es tan excitante verla tan de cerca intentando darse placer. Cada vez que está cerca del orgasmo, suelta el clítoris y usa el vibrador con timidez, sin llegar al clímax.

—¡No puedo! —gime suavemente, temblando y con lágrimas corriendo por sus mejillas. Tan repentinamente como empezó, todo termina; el vibrador es arrojado descuidadamente sobre la sábana. —¡No puedo! —repite, tumbada como muda, cubriéndose los ojos con el antebrazo, con la otra palma presionada contra la vulva.

final

Su espectáculo me volvió completamente loco. Ahora estoy arrodillado frente a ella, con la erección lista, apenas capaz de contenerme, aunque puedo ver que está completamente agotada y totalmente borracha. Su impotencia, sus lágrimas y su masturbación balbuceante y ebria han despertado mis fantasías más sedientas de poder, han liberado a mis demonios hambrientos. Tengo que correr y follar ahora, así que me acerco, la agarro y la coloco de manera que esté sostenida por las almohadas. Luego me arrodillo, agarro sus nalgas con ambas manos para poder levantarla e intento penetrarla. Con un suspiro de sorpresa, deja escapar un leve dolor cuando finalmente encuentro su abertura, sondeando entre sus labios, y entro en ella. Reconoce mi firmeza decidida y murmura que no debo correr. ¡Solo gruño, sabiendo que la voy a llenar hoy, pase lo que pase!

Agarro sus nalgas y la follo muy, muy despacio, pensando en Marieke y su vibrador. En mi frenesí, me enfado un poco e imagino que estoy dentro de Marieke, con quien en realidad estoy bastante enfadado porque era a ella a quien realmente quería follar. Esta vez me tomo mucho tiempo; gime de placer con cada embestida, mientras sus dedos juegan con su clítoris.

Se masturba sin cesar en su frenesí; siento lentamente que mi orgasmo se acerca y le agarro las nalgas. Pero cuando me incorporo un momento después para comenzar el clímax, duda y deja de masturbarse, mirándome con temor porque en realidad no quiere que continúe follándola, no quiere que eyacule. Sus ojos se empañan de lágrimas al notar mi inmovilidad y me pregunta sin voz si estoy a punto de eyacular dentro de ella.

Niego con la cabeza y murmuro: “¡Sí, ahora mismo! ¡Estoy a punto de correr!”. Solo la oigo a lo lejos, porque se tensa y ya no quiere más. Susurra, con la voz ahogada por las lágrimas: “¡Por favor, no me dejes embarazada!”, aunque se da cuenta de que lo único que quiero ahora es follar y correr. La agarro con firmeza por las nalgas, la presiono contra mí y la penetro lenta y profundamente en la vagina. La abrazo con fuerza, sin querer soltarla, y sigo follándola sin piedad. Mis manos se clavan en sus nalgas, la presiono con fuerza contra mí y la penetro deliberadamente y con

puro placer. De repente, se rinde, entra y sale, y finalmente abre las piernas por completo, dejándome entrar suave y voluntariamente a pesar de sus lágrimas, susurrando una y otra vez: "¡Sí, vamos, fóllame, corre!". De alguna manera, presiento su complicidad para cruzar la línea juntos, para romper la regla, y no pienso en que la embriaguez y la codicia se han apoderado de mí. Estoy borracho y, sin embargo, sé que le estoy haciendo un flaco favor; sé de antemano que eyacularé dentro de ella, ¡cueste lo que cueste!

La follo jadeando como un toro, empujando deliberada y poderosamente como el pistón de una máquina de vapor, adentro y afuera, adentro y afuera. Me excito cada vez más y siento mi polla golpeando contra el extremo suave de su vagina. Con cada embestida, se excita más, presiona sus dedos contra su clítoris y me folla con los ojos asustados y abiertos, las lágrimas corriendo por sus caras de nuevo, follándome como una loca. "¡Vamos, correte ya!" balbucea, su lengua pesada, y ahora empuja su coño excitado contra mi polla. Sus ojos se nublan con lágrimas mientras jadea, "¡Sí! ¡Fóllame! ¡Corre ya!" y continúa follando a mi pequeño, ¡follándome y follándome como una furia!

Su rostro se contorsiona en una mueca de esfuerzo bañada en lágrimas mientras me folla, completamente intoxicada y como una loca, jadeando: "¡Sí, ven, ven! ¡Ven!" Después de un último trino furioso en mi clítoris, se detiene de repente y se corre, abrupta e intensamente. Como una furiosa tormenta, es sacudida por el orgasmo, meciendo sus caderas de un lado a otro mientras la sujeto firmemente en un tornillo de banco. Inclina la cabeza hacia adelante, medio cachonda, medio indefensa, mirándose a sí misma, pero la observo en mis propios espasmos crecientes, observando cómo su cuerpo se convulsiona hacia adelante en el orgasmo, su coño contrayéndose rítmicamente alrededor de mi polla. Las convulsiones rítmicas y succionantes de su coño me excitan intensamente, intensificando la anticipación de la inminente erupción en mi bajo vientre. Permanezco inmóvil, sintiendo mi polla palpitar contra la punta pulsante y áspera de su vagina. Lenta y suavemente se frota el clítoris para prolongar sus espasmos orgásmicos. "¡Sí, vamos, fóllame!"

En medio de este orgasmo interminable, exploto, probablemente el mejor momento para una polla vieja. Ella jadea cuando mi polla se mueve repentinamente dentro de su vagina y dispara el

primer chorro de semen dentro de ella. Siente la explosión de jugo caliente dentro de ella y abre la boca como en un grito silencioso que inmediatamente se convierte en una sonrisa de satisfacción. Me mira directamente a los ojos y abraza mis caderas con exigencia. Involuntariamente, contiene la respiración, abre su cuerpo suave y ampliamente, recibe mis embestidas y chorros con un susurro de "¡Sí! ¡Chorro!" y reconoce cada embestida del pistón eyaculador con un suave contraempuje de su pelvis. Con un sonido de gorgoteo dichosamente ebrio, deja que mi semen eyacule dentro de ella, se aferra a mí con sus manos y, voluntaria y suavemente, deja que todo fluya dentro de ella.

Cuando dejo de embestir y eyacular, ella contiene la respiración, saca suavemente mi pene con los dedos —¡me doy cuenta de que todavía está increíblemente excitada!— y mira mi miembro aún erecto con una mirada borrosa e incierta. Sin transición, lo frota rápidamente contra sus labios vaginales varias veces. Lo introduce profundamente dentro de ella de nuevo e intenta seguir follándome. ¡Como si fuera tan fácil otra vez! Pero soy un hombre viejo, y no podría ser más evidente: mi pene pierde rápidamente toda contención. "Basta", jadeo, y solo entonces me suelta. Me desplomo en la cama junto a ella, completamente exhausto.

Escapar

En ese instante, veo a Marieke de pie bajo el marco de la puerta. Debe de haber entrado en silencio y lleva allí quién sabe cuánto tiempo, observándonos con ojos brillantes y febriles. ¡La noche es un completo desastre! Aturdida, me levanto de un salto y me voy a mi habitación medio vestida, después de darle un rápido beso en la mejilla a Inue y pasar sigilosamente junto a Marieke con la cabeza gacha.

318 (o su compañero de cama) ronca como un oso. Ya no aguanto más y golpeo la pared, dándoles puñetazos a los italianos uno por uno. Primero silencio, luego los gruñidos indignados de 318, y finalmente paz.

Estoy decepcionado con Marieke, que casi con toda seguridad se ha acostado con uno o más, o incluso con todos, los raperos en el mugriento baño de una discoteca o en la parte trasera de un Bentley o un Rolls-Royce. Estoy decepcionado conmigo mismo y con Inue, que sacó a relucir mis demonios más oscuros. Estoy decepcionado conmigo mismo porque toda la noche fue un desastre. Y porque...

¡Oh, vamos, pueden irse todos al infierno!

Al revés

von Jack Faber © 2020

Lena había oído ruidos extraños en el piso de arriba y subió sigilosamente las escaleras. Abrió con cuidado la puerta de la habitación de Jon, solo un poco, ya que rara vez molestaba a su hijo, y echó un vistazo dentro.

Jon estaba apoyado contra la pared, boca abajo, desnudo. Tenía las piernas bien abiertas y se frotaba el pene con una mano. La punta estaba completamente dentro de su boca. ¡Sí, tenía el pene en la boca!

Lena jamás había presenciado semejante acrobacia. Sabía, por supuesto, que se masturbaba, pero nunca había visto algo así. Se detuvo y observó a su hijo de trece años mientras se masturbaba lentamente y se chupaba el glande. Pronto estuvo listo, arqueando la espalda todo lo que pudo y empujando con fuerza contra su boca. Parecía estar chupándose el pene mientras experimentaba visiblemente un orgasmo intenso. Por las contracciones rítmicas de su uretra, pudo percibir cuándo estaba a punto de eyacular, y él chupó y lamió antes de tragar el semen.

Cerró la puerta con mucho cuidado y bajó las escaleras, profundamente conmocionada. En la sala, se recostó en el sofá y cerró los ojos. Habían pasado más de cinco años desde la muerte de su esposo, el padre de Jon. Los médicos solo descubrieron el cáncer cuando ya se había extendido por todo su cuerpo. No fue una muerte agradable; permaneció junto a su lecho de muerte durante días, viendo cómo la vida se le escapaba. Tenía solo 29 años.

Era un hombre tranquilo y muy amable, querido por todos, que trabajaba como ingeniero investigador. Era muy práctico en muchos aspectos y había hecho buenas provisiones. Ella heredó su apartamento, una casa adosada que él había heredado de sus padres. Además, contaba con un millón de su póliza de seguro de vida y otros 600.000 en su cuenta conjunta y en acciones, así como los ingresos anuales de sus patentes. Poco antes de morir, le susurró que saber que ella y Jon estaban bien asegurados le facilitaba la muerte. Ella le prometió solemnemente usar su fortuna con mo-

deración, enviar a Jon a las mejores escuelas y darle todo lo posible para que comenzara su vida.

A los 14 años, se enamoró de Alfie, el galán de todas las chicas de su escuela. Su relación fue muy breve; ella accedió a acostarse con él y durmieron juntos un par de veces antes de que él pasara a la siguiente. La cantidad primaba sobre la calidad, pero él seguía pregonando a todos sus amigos que Lena era fantástica en la cama y una chica guapísima y muy atractiva. A partir de entonces, tuvo muchas opciones, se enamoraba fácilmente y, curiosamente, se acostaba con cualquiera. Por supuesto, no sabía nada de anticoncepción, así que fueron las diosas bienintencionadas quienes evitaron que ocurriera algo peor. Debió haber tenido unas 20 aventuras antes de conocer a Frank. Él ya estudiaba ingeniería y provenía de una buena familia.

Se conocieron casi al final de sus estudios y ambos se sentían bien. Mientras él aún estaba en la universidad, se mudaron juntos y dormían casi a diario. Cuando ella tenía la menstruación, le hacía una paja. Él le había enseñado cómo, y pronto ella se volvió tan buena que podía hacer que él eyaculara dos veces, aunque él insistía obstinadamente en que no podía. Pero ella estaba acostumbrada a masturbarse dos veces seguidas y estaba feliz de poder hacerlo también por él. Se amaban sincera y profundamente.

Aunque él se esforzaba al máximo, ella apenas llegaba al orgasmo durante el sexo. Jamás se le había ocurrido fingirlo. Al contrario, para ambos era algo natural que ella se masturbara inmediatamente después de que él eyaculara, como lo había hecho desde la infancia. Él lo había intentado muchas veces, pero simplemente no podía. Solía colocar una mano sobre sus labios vaginales, bajo sus dedos que vibraban rápidamente, para compartir su placer, y luego se quedaba dormido. Ella normalmente esperaba unos minutos hasta que él estuviera profundamente dormido y luego se masturbaba de nuevo, porque a eso estaba acostumbrada. Rápido, intenso y silenciosamente orgásmico.

Ella guardó luto en silencio y durante mucho tiempo, porque él se había convertido en una parte muy importante de su vida. Tenían tanto en común; no podía dejar que se fuera y conociera a otra persona. Prácticamente se había convertido en una tradición familiar que se bañaran juntos una vez por semana en la gran ba-

ñera doble. El pequeño Jon creció con esto, con la alegre desnudez, los chapoteos y los chorros de agua. A veces jugaba solo con sus juguetes acuáticos cuando sus padres guardaban silencio y hacían el amor en el agua. Pensaban que sería bueno para el niño presenciar su sexualidad. Con el tiempo, él observaba con gran interés y tocaba juguetonamente su pequeña erección.

No, después de su muerte no quería conocer a nadie nuevo. Tenía sus orgasmos diarios con la masturbación y no necesitaba un hombre nuevo. O a veces sí. Entonces iba a un pequeño bar a tres calles de distancia por la noche y se dejaba ligar después de un par de copas. El camarero, amable y de buen carácter, con quien a veces se acostaba, le daba la llave de la habitación encima del bar y le cobraba cincuenta dólares a cada hombre. Siempre se aseguraba de que el hombre usara condón porque no quería contraer una enfermedad de transmisión sexual ni quedar embarazada. La mayoría de estos encuentros eran intrascendentes, algunos eran bastante buenos, y tenía orgasmos con los mejores. Después de los orgasmos, lloraba porque nunca había experimentado eso con su marido. Se volvió selectiva y se quedó con aquellos con quienes tenía orgasmos. Se sentía tan diferente a la masturbación, especialmente cuando él duraba mucho y ella pasaba de un orgasmo a otro.

Friedhelm, el mecánico, era uno de esos hombres. El tipo de dos metros de altura no tenía un pene grande, más pequeño que el de Frank y más o menos del mismo tamaño que el de Jon. Pero era el mejor; podía llevar a Lena al orgasmo fácilmente. Poco a poco, ella conoció su historia. A los 13 años, se escapó de casa; ya no soportaba el alcoholismo de sus padres ni sus constantes y violentas discusiones. Se fue a vivir con su hermana de 20 años, que trabajaba como prostituta. Ella le puso un condón y le enseñó a tener sexo. El incesto no era un concepto para ella; simplemente decía: “¡Tonterías!” y le enseñaba lo más importante: un condón lo protegía de las enfermedades de transmisión sexual y a ella de un embarazo no deseado. El chico de 13 años aprendió muy rápido, y tuvieron sexo durante más de 12 años mientras él vivía con ella. Se amaron con todo su corazón, por el resto de sus vidas.

Aprendió el oficio de mecánico de uno de sus proxenetas más amigables, así como el de proxeneta. Con el consentimiento de su hermana, se acostó con todas las prostitutas que conoció. A veces, su hermana llevaba alguna a casa; bebían alegremente y tenían re-

laciones sexuales. Poco a poco, su hermana mejoró su situación y comenzó a trabajar en el servicio de acompañantes después de dejar las drogas. Pronto se la conoció como la acompañante silenciosa, ya que tenía poca educación y lo compensaba con sus encantos y habilidades excepcionales.

Había crecido, se había convertido en un excelente mecánico de motocicletas y proxeneta con varias chicas a las que trataba muy bien. Ellas le estaban agradecidas porque su altura impresionaba incluso a los clientes más descarados. A cambio, le daban el mejor sexo, y él lo disfrutaba al máximo. Su hermana había encontrado un hombre bueno y rico que estaba completamente enamorado de ella y le propuso matrimonio. Como él ya no podía tener hijos, ella aceptó con la condición de poder formar una familia con un niño. Él aceptó, y Friedhelm se sorprendió cuando ella regresó al apartamento que compartían. Ella tomó el paquete de condones de su mano y dijo que lo quería natural. Con una extraña timidez, le dijo que quería un hijo, un hijo con él. Pasó algún tiempo antes de que ella le explicara todo. Y así sucedió que ahora trabajaban en este niño día y noche. Era la primera vez que eyaculaba dentro de ella; estaba terriblemente excitado. Era una sensación completamente nueva y maravillosa eyacular no en un condón como de costumbre, sino en su vagina. Él debía eyacular profundamente dentro de ella tan a menudo como le fuera posible. Ella lo recibía con amor, soñando con su bebé mientras se masturbaba y aferrándose a él durante los orgasmos. Luego, lo instaba con fervor a eyacular profundamente dentro de ella para que finalmente concibiera. Pasó casi un año entero antes de que quedara embarazada y se celebrara la boda con su impaciente y apasionado admirador.

Su hermana vivía de maravilla, en una lujosa mansión junto al mar, criando a su hijita con tanto amor y cariño, algo que ella misma nunca había recibido. Su marido la colmaba de amor y la quería tanto como ella a su hija. A él realmente no le importaba quién fuera el padre de la hija de su esposa y nunca sacó el tema a colación.

Friedhelm disfrutaba de las pequeñas juergas que compartía con sus chicas. A menudo eran tres o cuatro, y ponía a prueba su virilidad mientras se acostaba con ellas una tras otra. Las chicas cantaban canciones descaradas y provocativas, incitándolos a él y a su pareja con palabras obscenas. Aunque ninguna era lesbiana,

el alcohol les quitaba todas las inhibiciones, y se llevaban mutuamente al orgasmo mediante la masturbación o el placer en completa intimidad. Eran momentos maravillosos y alegres.

Friedhelm suspiró profundamente antes de continuar su historia con voz apagada. Siguió con su vida hasta que un día las bandas rusas empezaron a tomar el control. Una noche, se encontró frente a un grupo de hombres armados. Le dijeron que se fuera o moriría. Golpeó al líder en la cabeza, solo una vez. Simplemente se desplomó; ¡No quería matarlo! Los rusos huyeron; el gigante había matado a su jefe de un solo puñetazo. Sufrió mucho por haber matado a alguien, tuvo pesadillas y lloró, a pesar de que el ruso mismo era un asesino múltiple. Naturalmente, los rusos dieron pistas anónimas a la policía, y tuvo que huir. Se subió a su motocicleta y ahora viajaba de ciudad en ciudad, con un nombre falso, cambiando de territorio cada año. A Lena se le partió el corazón cuando, después de un año, se negó a concertar otra cita. Tenía que seguir adelante, dijo con tristeza, y desapareció de su vida para siempre. Ella lloró porque se había vuelto muy cercano a ella.

Unos meses después de la muerte de Frank, retomaron sus baños semanales juntos. Jon crecía cada vez más, contemplando con avidez su desnudez y experimentando fuertes erecciones. Su pene, bien formado, tenía muy poco prepucio y su glande casi siempre estaba expuesto. Ella se exhibía sin pudor alguno; sus ojos recorrían sus pechos voluptuosos hasta su vello púbico y se detenían largo rato en su vulva.

Compartían muchos baños maravillosos; él solía sentarse en el agua dándole la espalda. Ella lo rodeaba con los brazos, le lavaba el pecho y el estómago, y luego le agarraba el pene. Lo lavaba con mucha delicadeza y luego lo acariciaba, como siempre. A los nueve años, aún era demasiado joven para eyacular, así que mientras lo acariciaba, le retraía el prepucio sobre el glande hasta que su pene palpitaba ligeramente. Él tarareaba satisfecho. ¡No, ella jamás le haría una paja!

Jon creció, cumplió doce años, y su pene también creció un poco. Cuando su pene palpitaba, salían unas gotas, y ella se detenía inmediatamente, porque jamás haría eso. Unos meses después, sus gotas se volvieron más espesas, y desde entonces, se detenía a la primera señal. Sujetaba su pene con firmeza y dejaba que las go-

tas espesas se escurrieran y cayeran en el agua. Si era descuidada, su semen saldría a chorros irregulares y entrecortados cuando lo frotaba. Pero la mayoría de las veces, se detenía a tiempo y mantenía su agarre sobre su pene mientras el semen se escurría lenta e irregularmente y caía en el agua. ¡No, jamás dejaría que llegara a eso! Suspiró profundamente al darse cuenta de la contradicción. A él le encantaba cuando primero lo frotaba, luego sostenía su pene inmóvil y rodeaba su glande con el pulgar hasta que el semen se escurría y goteaba perezosamente en el agua de la bañera.

Sabía perfectamente que jamás le haría una paja, jamás. Rodeaba su glande con el pulgar hasta que el semen salía a chorros; ¡eso no era una paja! Sabía que era precisamente a eso a lo que se dirigía. Durante semanas, no hizo nada para evitar que el semen saliera a chorros cada vez que lo acariciaba. Pero siempre paraba de inmediato porque aún distinguía vagamente entre acariciar y hacer una paja.

Mientras él se bañaba, ella lo interrogó minuciosamente, rodeándolo con el brazo y acariciándole el pene. Él había llegado a disfrutar masturbándose y eyaculando, y lo hacía con frecuencia, varias veces al día, pero ella ya lo sabía. Con cautela, abordó el tema de las acrobacias. Para evitar avergonzarlo, mencionó que lo había visto hacerlo por casualidad hacía unos días. Él explicó que lo hacía prácticamente todos los días desde que Sam se había ido. Ella recordó a Samuel, el chico de mejillas regordetas de su clase. Jon dijo que Sam siempre lo quería en su boca. Ella escuchó asombrada mientras él describía el sexo oral y la eyaculación en su boca, cómo describía lo maravilloso que era eyacular en una boca cálida. ¡No, pensó, ella jamás haría eso!

Ella le dijo que se arrodillara frente a ella en el agua de la bañera. Ella miró directamente su erección frente a su cara, luego la agarró cuidadosamente con dos dedos y lentamente deslizó el prepucio hacia adelante y hacia atrás. Se aseguró de que el prepucio se deslizara sobre el glande, hacia adelante y hacia atrás. Él solía empujar su pelvis hacia adelante hasta que su glande tocaba sus labios. Parecía gustarle mucho, pero después de un rato ella lo empujó hacia atrás. Quería eyacular en su boca, por supuesto, como había hecho con Samuel. ¡Ella no quería eso en absoluto, jamás! Él solía apoyar sus manos en sus pechos y acariciarlos y sus pezones, porque eso le resultaba placentero. Su pene apuntaba a su cara,

como si quisiera eyacular directamente sobre ella. Empujó su pelvis hacia adelante hasta que su glande tocó sus labios, mientras ella continuaba frotando sin cesar. Empujó su glande entre sus labios, hasta su lengua. Ella lo permitió a regañadientes, pero solo hasta su lengua. Durante varios minutos, frotó el prepucio con rapidez y firmeza, de un lado a otro, sobre el glande. Presionó la lengua contra el glande para impedir que entrara completamente en su boca.

En realidad, no le importaba tener su glande en la boca, hasta la lengua, cuando lo frotaba. Él lo sospechaba, ella lo sabía. Formó un círculo con los dedos y frotó su glande con todas sus fuerzas, tan rápido como pudo, hasta que de repente se puso completamente erecto. Giró la cabeza brevemente, apartando el glande de sus labios. No lo quería como él obviamente lo quería; ¡no debía eyacular en su boca otra vez! Había calculado mal el momento tantas veces antes, y el pequeño bribón, que había presionado su glande entre sus labios hasta la lengua, había eyaculado inesperadamente, sobre su lengua y más allá. Su boca se abrió un poco involuntariamente, y aún más semen de él salió disparado hacia ella. El semen tenía un ligero sabor salado, así que, como siempre, lo apartó de inmediato.

Ella le sujetó el pene apuntando hacia abajo, dentro del agua de la bañera. Él gimió, y ella continuó hasta que eyaculó por completo. Sin embargo, la mayoría de las veces eyaculaba sobre sus pechos porque le resultaba mucho más excitante. Ella lo dejó y sonrió. Pero eyacular en su boca... no debería adquirir ese hábito, pensó. Al mismo tiempo, sabía que lo intentaría de nuevo la próxima vez.

Quería saber qué le excitaba al pequeño Samuel, así que cedió a la curiosidad un par de veces y lo dejó eyacular en su boca al final de frotarlo, frotándolo hasta que terminó, pero no le produjo ninguna excitación. Sí, un par de veces retiró la lengua por completo y lo dejó eyacular libremente en su boca, pero eso no la acercó más a Sam. Siempre se tragaba el semen y, aparte de un ligero sabor salado, no sentía nada. Por supuesto, actuó con Jon como si se hubiera equivocado con el momento. En definitiva, lo único que consiguió fue que él se esforzara aún más por penetrar sus labios.

Durante el descanso antes de la segunda vez, él le acarició los pechos; le encantaba. Ella se enjabonó los genitales con una toalla suave de felpa y se lavó con movimientos lánguidos y provocativamente lentos. Él la miró con avidez y poco a poco se puso erecto. Durante la primera ronda, ella frotó su pene frente a su cara, arriesgándose a que entrara en sus labios. Durante la segunda ronda, frotó su pene solo hacia el agua, pero con mucha más firmeza. Después de un rato, agarró su pene, lo sostuvo ostentosamente en vertical entre sus muslos y comenzó a frotarlo lentamente. Durante la segunda ronda, tuvo que formar un anillo con el dedo índice y el pulgar muy pronto y deslizarlo a lo largo de todo el pene. También tuvo que frotar mucho más rápido y con más presión, porque tardó bastante en lograr que eyaculara en el agua de la bañera o sobre sus pechos.

Tenían que hablarlo. Sí, él debía permanecer de pie durante la primera ronda para que ella no tuviera que agacharse. Podía poner su pene entre sus labios. Si ella quería, podía dejar que eyaculara en su boca, pero la punta solo podía alcanzar sus labios; ¡nada de sexo oral, jamás, bajo ninguna circunstancia! De lo contrario, podía eyacular sobre sus pechos. Nada cambiaría con respecto al descanso ni a la segunda ronda. Ese era el trato.

Jon descubrió que ella solo le permitía eyacular sobre sus pechos cuando se impacientaba o intentaba practicarle sexo oral. Cuando se quedaba quieto, ella fruncía los labios para darle un suave beso y presionaba su glande contra ellos mientras lo acariciaba. Cuando estaba a punto de eyacular, ella abría ligeramente los labios y le permitía eyacular en su boca. A Jon le gustaba esto porque ella siempre sabía exactamente cuándo iba a correrse. Fruncía los labios y envolvía su glande con fuerza. Empezaba a succionar y no paraba hasta que él terminaba. Luego, sus labios y su lengua acariciaban la cabeza de su pene hasta que se ablandaba. Jon sentía con todos sus sentidos cuánto lo amaba. Al año siguiente, durante el baño, ella le permitía eyacular en su boca o sobre sus pechos, ¡porque era solo un roce inocente, no una masturbación!

No, ¡ella jamás haría eso! Pero el tiempo corría en su contra. Él movió sus nalgas inquietas contra su vulva. ¡No, eso... jamás! Ya no quería arrodillarse y susurró con voz ronca, pidiéndole que por favor lo hiciera bien, bien. Ella lo recostó sobre su regazo como una figura de la Piedad y, con un suspiro, tomó su pene. En silen-

cio, frotó su pene, tal como solía hacerle una paja a Frank. Ya no era un frotamiento infantil; era una verdadera paja. Sabía que con esta paja, estaba tirando sus buenas intenciones por la borda y comenzando un capítulo completamente nuevo. Prestó atención a sus reacciones y lo hizo con mucha intimidad y sensibilidad hasta que él se estremeció violentamente y eyaculó.

Después de un rato, él se giró hacia ella, la abrazó y apoyó la cara en sus grandes pechos. Con vacilación, tartamudeó, buscando las palabras. Ella lo tranquilizó con una sonrisa y le explicó todo; era la primera educación sexual que le daba. Le explicó las masturbaciones y que era perfectamente normal y correcto que un chico de su edad se masturbara. Jon no dijo nada, porque ambos sabían que lo había estado haciendo todo el tiempo. Sin embargo, ella quería asegurarle que estaba perfectamente bien que se masturbara, que era completamente normal y natural. Luego le explicó el coito y que así es como se hacen los bebés si la mujer queda embarazada. Se sentó en el borde de la bañera y separó las piernas para que él pudiera ver y sentir todo de cerca. Cuando se puso de pie, con la cara sonrojada y una erección dura, ella sonrió y le hizo otra masturbación mientras él estaba de pie, dejándolo eyacular sobre sus pechos. Continuaron bañándose felices.

La siguiente vez que se bañaron, mientras el agua seguía corriendo, ella lo abrazó espontáneamente durante un buen rato. Sintió cómo su erección crecía hasta que su pene se puso rígido y presionó contra su vello púbico. ¡No, jamás le permitiría hacer eso, jamás! Él presionó su pene entre sus piernas fuertemente cerradas, justo debajo de sus labios vaginales, y la abrazó aún más fuerte. Conocía la teoría de cómo follar, hizo unas cuantas embestidas apresuradas y eyaculó entre sus piernas fuertemente cerradas. Ella sintió su eyaculación, justo debajo de sus labios vaginales. ¡No, jamás le permitiría eso! Cuando su pene se volvió flácido, ella se giró hacia la bañera y se bañaron felices, él con la espalda contra sus pechos. Ella no dijo ni una palabra sobre este sexo entre los muslos. Más tarde, cuando él se sentó tímidamente en el agua de la bañera y susurró: “Por favor, hazlo ahora”, ella le hizo una paja, levantó sus nalgas y su pene fuera del agua y lo dejó eyacular alto en el aire. Ella lo abrazó fuertemente y rieron con deleite.

Estaba tan emocionado que, antes de su siguiente baño, volvió a presionar su pene erecto entre sus piernas y embistió hasta eyacu-

lar. ¡Así que así era el sexo! Ella sonrió y rechazó cada intento que él hizo de penetrar más profundamente y empujar entre sus labios, retirando rápidamente su pene de la abertura vaginal para encajarlo más profundamente entre sus muslos. ¡No, jamás lo permitiría!

El chorro entre sus muslos cerrados cesó porque ella le mostró algo nuevo. Él se sentó en el borde de la bañera y tuvo que mantener su erección completamente inmóvil, apuntando hacia adelante. Ella se sentó suavemente sobre sus muslos, bajó la mano y rodeó el tronco de su pene con sus labios. Luego frotó su pene de un lado a otro, cada vez más rápido, hasta que él eyaculó. Esto también la excitaba mucho más. La parte complicada de este juego era que, en su entusiasmo, a menudo empalaba su pene con su vagina. Con frecuencia sucedía que él eyaculaba incluso antes de que ella terminara de empalarlo y luego retiraba rápidamente el miembro que eyaculaba. Sin embargo, ella decidió inmediatamente usar anticonceptivos. A pesar de estos pequeños contratiempos, ambos lo disfrutaban mucho, durante todo el año.

Durante el año siguiente, el tiempo que ella cabalgaba sobre su pene aumentó, mientras que las masturbaciones se volvieron muy raras. Ella disfrutaba mucho de esta cabalgata porque podía prolongar su excitación, aunque no llegara al orgasmo al principio. Cada vez con más frecuencia, el pequeño bribón lograba que ella lo empalara justo antes de que él eyaculara, mientras ella empujaba y empujaba salvajemente con excitación. Y entonces él eyaculaba rápidamente, porque ella generalmente no se daba cuenta. Una y otra vez, él aprovechaba la situación cuando ella se excitaba y se masturbaba rápidamente, insertando deliberadamente su pene y eyaculando dentro de su vagina. El pequeño bribón, a quien ella le había prohibido repetidamente que la penetrara, retiraba su pene después de la primera eyaculación, expulsando hipócritamente el resto fuera. Ella no lo regañaba por ello; después de todo, estaba usando anticonceptivos.

Desde el principio, descubrió cómo montarlo para frotar su clítoris contra su pene y llegar al orgasmo. Durante su primer orgasmo, lo apretó con fuerza contra ella, y cuando él le preguntó, ella guardó silencio y jadeó. Más tarde, explicó que así era como las chicas eyaculaban, aunque, por supuesto, las chicas no eyaculan. Sus orejas se pusieron rojas cuando él dijo que ya lo sospechaba,

dado que ella se había estado frotando bajo el agua con una mano. Siempre había tenido mucho cuidado de que él no notara su masturbación y orgasmos bajo el agua cuando ella estaba sentada detrás de él. Siempre había estado segura de haber logrado mantener su placer en secreto.

Le ardían los oídos mientras él le contaba alegremente cómo había logrado observarla con destreza a pesar de no poder distinguir ningún detalle en el agua turbia y espumosa. Sus orgasmos no lo sorprendían, porque así es como las chicas eyaculan, aunque en realidad no puedan hacerlo. Ambos rieron a carcajadas, y ella decidió no volver a ocultarlo.

Incluso de niña, le encantaba masturbarse en el agua de la bañera. Si su madre entraba demasiado pronto para secarla, sonreía, sonrojándose, y se marchaba inmediatamente. Su querido padre era mucho más curioso y solo se retiraba cuando ella terminaba, sonriéndole con dulzura y cariño. Al principio, se quedaba en el baño, aparentemente indeciso, observándola hasta el final. Una y otra vez, su madre tiraba de las mangas de su camisa, intentando en vano que se fuera. Él disfrutaba tanto viéndola que se resistía, de modo que su madre, sonrojándose intensamente, tenía que ver a su hija masturbarse y llegar al orgasmo. La madre se sonrojaba porque su hija estaba revelando tan desvergonzada y voluntariamente uno de los secretos mejor guardados de la feminidad: un secreto que siempre había mantenido oculto a su curioso marido.

Cuando su hija se masturbó sola y sintió que él la observaba en secreto, la invadió un deseo infantil e ingenuo de exhibirse. Antes de terminar, levantó las nalgas de modo que la parte inferior de su cuerpo y sus dedos, que vibraban rápidamente, sobresalieran del agua. Se frotó así hasta alcanzar el orgasmo, con la parte inferior de su cuerpo moviéndose rítmica e involuntariamente. ¿Había alguien realmente detrás de la puerta entreabierta en la oscuridad, o no había nadie? ¿Era la figura sombría realmente su padre, observándola y sonriendo con tanta dulzura?

A los trece años, su cuerpo andrógino cambió; le crecieron unos pechos vergonzosamente grandes y le salió vello púbico oscuro. Sus brazos y piernas eran demasiado largos y desgarbados. Cerró la puerta del baño e incluso dejó fuera a su querido padre, aunque antes le gustaba que la viera. Sentía una nueva vergüenza por su

cuerpo poco agraciado. Años después, masturbarse en la bañera se había convertido en una rutina habitual, y no pensaba renunciar a ello.

Ahora que Jon lo sabía, ella se inclinó hacia su espalda, y él pudo sentir su mano detrás de él, acariciándolo y rascándolo. Le resultaba increíblemente excitante cuando sus pezones se endurecían y le hacían cosquillas en la espalda. A veces, con la mano libre, le agarraba el pene o le acariciaba los testículos. Cuando su cuerpo comenzaba a estremecerse, apoyaba la cara en su cabeza o en su cuello; por fin, ya no tenía que reprimir sus jadeos. Se alegraba de que hubieran encontrado la manera de que funcionara.

Ella alcanzaba el orgasmo repetidamente mientras cabalgaba sobre sus labios vaginales, y él aprovechaba su excitación para eyacular. Ella rebotaba sobre sus muslos y se frotaba contra su pene con creciente lujuria, ignorando la penetración cada vez con más frecuencia. Ya casi nunca lo rechazaba. Durante los orgasmos, lo abrazaba con fuerza y le permitía compartir sus convulsiones. Jon siempre se estremecía ligeramente cuando ella lo abrazaba durante el orgasmo y presionaba sus pechos contra él.

Lena no se admitió a sí misma que esto era una follada de verdad, no, ¡era solo un inocente paseo a caballo con sus labios vaginales!

Al año siguiente, Jon vació el agua de la bañera y le pidió que se acostara con las piernas abiertas. Luego se puso de pie o de rodillas frente a ella y se masturbó. Ella le había pedido que no eyaculara en su cara; no le gustaba. Él no dejaba de mirar su vulva expuesta, su abertura vaginal, y por lo general tenía que eyacular rápidamente como resultado. Su semen caía sobre sus pechos, luego sobre su estómago, sobre su vulva. Con el tiempo, solo se arrodillaba frente a ella, separaba sus labios con los dedos y eyaculaba directamente en su abertura vaginal. Ella le advirtió que mantuviera al menos un dedo de distancia, y él seguía encantado de eyacular directamente en su abertura vaginal. A veces, su excitación lo hacía inclinarse hacia adelante, de modo que la cabeza de su pene quedaba entre sus labios al eyacular, pero ella generalmente no decía nada para no arruinar su placer. A él ciertamente le encantaba, y a veces ella sacaba su pene cuando él comenzaba a eyacular para que al menos la mayor parte de su semen no terminara den-

tro de ella. Tenía que cambiar algo para que las cosas cambiaran. ¡No, jamás lo permitiría!

Habían acordado que ella podría verlo masturbarse acrobáticamente, y él parecía muy complacido con ello. Así que, a veces durante la semana, ella entraba en su habitación. Él interrumpía sus estudios y se desvestía, mientras ella se sentaba en una silla justo detrás de él, para que no pudiera verla. Mientras él se masturbaba y se practicaba sexo oral, ella se tocaba a escondidas bajo su bata, llegando al orgasmo solo cuando él seguía intensamente concentrado. Esto funcionó bastante bien durante todo el año y fue un secreto emocionante para ambos. Por lo general, él quería repetir la experiencia y le pedía que se acostara en su cama. Le abría la bata y le separaba las piernas, luego contemplaba su vulva y genitales con creciente excitación, consiguiendo rápidamente una erección. Le separaba los labios vaginales con los dedos hasta que la abertura vaginal quedaba completamente abierta, luego se masturbaba, mirando como hipnotizado sus genitales y el interior de su vagina. Cuando eyaculaba, su glande se proyectaba hacia adelante, y ella tenía que tener muchísimo cuidado de que no eyaculara todo su semen dentro de ella. Pero si interrumpió su masturbación porque él terminó antes que ella, estaba tan distraída que no se dio cuenta de la eyaculación. Él presionó el glande entre sus dedos y eyaculó dentro de su vagina. Ella le siseó, aunque él sonreía ampliamente, mientras limpiaba el semen de su vagina con un pañuelo. Sin duda, le dio una buena reprimenda: ¡nada de penetración, nada de sexo y, después de masturbarse, solo eyacula sobre la vagina, no dentro!

Cada dos o tres semanas, se reunía con sus amigas, generalmente en casa de alguna de ellas, para una noche de chicas. Solían ser ocho, a veces menos. Bebían vino y cerveza, y luego aguardiente. Y, por supuesto, solo había dos temas: hombres y sexo. Cuando el aguardiente se repartió después de la cerveza y el vino, todas las inhibiciones desaparecieron. Probablemente no había nada que no revelaran. En lo que respecta a sus hombres, aventuras y sexo, todas eran completamente abiertas, excepto Lena, que permanecía en silencio porque era una joven viuda y no quería admitir que a veces se prostituía en el bar. En otra ocasión, el tema fue la masturbación, y fue asombroso la cantidad de técnicas, ayudas y frecuencias que surgieron. Aquí, Lena pudo participar y habló abierta y honestamente, naturalmente sin mencionar a Jon. El lesbianis-

mo surgió con mucha frecuencia. Lena estaba extremadamente sorprendida porque casi todas las demás ya habían tenido algo con alguien más, breve o regularmente; algunas se masturbaban juntas, otras se masturbaban o se lamían mutuamente. Todas, excepto ella, habían tenido relaciones con mujeres fuera de su círculo de amigas al menos una vez, y la mayoría las habían tenido con frecuencia. Para Lena, eso era impensable.

En algún momento, surgió el tema de la sexualidad de sus hijos. Todos comentaron haberlos sorprendido masturbándose con mayor o menor frecuencia. La hija de Gabi, a pesar de tener solo nueve años, solía pasarse tardes enteras masturbándose, pero todos coincidieron en que no había ningún problema. Tras unas copas más, Claudia y Julia admitieron haberles practicado sexo oral a sus hijos de 15 y 16 años en el baño. El tema se trató con detalle, y todos parecieron disfrutarlo enormemente. Era simplemente aceptable y normal "chupar" el semen de sus hijos, ya que, de todos modos, tarde o temprano tendrían novia.

El tema de los hijos seguía saliendo a relucir, pero Julia y Claudia eran las únicas que hablaban abiertamente de ello. Claudia dijo que solo lo hacía en el baño. Describió con gran detalle cómo le hacía una paja, normalmente cada dos días, y que lo hacía en el lavabo para poder lavar su semen. Él tenía que desvestirse por completo y pararse en el lavabo. Ella se dejaba las bragas puestas cuando estaba a su lado, pero la mayor parte del tiempo seguía desnuda después de ducharse. Se le permitía acariciarla y tocarla por todas partes mientras ella lo masturbaba. Después de que él eyaculaba, él metía los dedos dentro de ella, pero a ella no le gustaba. Ella lo soportaba pasivamente y no se movía cuando él jugaba con su gran clítoris. Ella lo soportaba pasivamente y tampoco se movía mientras él la masturbaba suavemente con los dedos hasta que, después de lo que pareció una eternidad, ella tenía un orgasmo tembloroso y jadeante, porque él nunca paraba antes de eso. No, ella solo se masturbaba sola o con amigas; Ella mantuvo en secreto este "asunto de mujer" ante su marido y su hijo, aunque él aparentemente lo sabía. Últimamente, él a menudo quería eyacular sobre sus pechos y su cuerpo, lo cual no le molestaba y la excitaba un poco; entonces ella se quitaba las bragas.

Cuando él le daba la espalda al lavabo y se masturbaba, ella sabía que quería eyacular sobre sus pechos y su estómago, pero últi-

mamente, sobre su vulva. Así que se puso frente a él y separó sus labios vaginales con los dedos. Sentía un poco de vergüenza porque pensaba que su clítoris era demasiado grande, la mitad del tamaño de su dedo meñique. Insistía en que esto solo podía deberse a la masturbación frecuente; después de todo, había empezado a los siete años. Todos estaban en desacuerdo, pero ella lo creía y no se dejaba disuadir. Lena pensaba que estaba mal, porque ella también se había masturbado desde la infancia, al menos dos veces al día e incluso más a menudo los días de baño, pero su pequeño clítoris, aunque se ponía erecto durante la masturbación, seguía siendo tan pequeño como siempre.

El clítoris de Claudia normalmente se encontraba entre sus labios, pero debido a que el chico frotó su glande danzante contra él mientras se masturbaba, se puso de un rojo oscuro y se puso ligeramente erecto. Se avergonzaba de su excitación, así como de los signos visibles de su clítoris. No pensó nada en ello cuando él se acercó cada vez más y eyaculó directamente sobre su vulva o dentro de su abertura vaginal. Realmente no pensó nada en ello cuando él presionó su glande firmemente contra su abertura vaginal mientras eyaculaba. No le importaba que él eyaculara dentro de ella; eso podía suceder lógicamente. Era lógico que su semen saliera disparado hacia su vagina si él presionaba el glande directamente en su pequeña abertura vaginal, pero eso no era follar, insistió. No, él no tenía permitido penetrarla, y Lena agregó en su mente, todavía no. Claudia les aseguró que nunca, jamás, jamás dejaría que la follara; su pene era demasiado grande para su pequeña vagina. Varios en el grupo asintieron en señal de acuerdo; Después de todo, ellos mismos habían examinado la vagina de Claudia. Nadie sabía si Claudia usaba anticonceptivos. El grupo la escuchaba boquiabierto.

Julia inicialmente contó la misma historia, quizás con la variación de que solía colocarse detrás de él y acurrucarse junto a él mientras lo rodeaba con los brazos y lo masturbaba. A diferencia de Claudia, ambos siempre estaban desnudos. La mayoría de las veces, después de eyacular, él se giraba hacia ella, la acariciaba de pies a cabeza, y Julia se lo permitía, incluso cuando él tocaba sus genitales. A veces él intentaba masturbarla sin mucho entusiasmo, pero nunca lo lograba, y ella nunca lo ayudaba. Por lo general, él quería una segunda vez, así que ella se arrodillaba frente a él y lo dejaba eyacular sobre sus pechos. Cada vez con más frecuencia, él

se masturbaba en su boca y eyaculaba dentro, pero ella escupía su semen con desprecio. Lena no podía comprender ese desprecio en absoluto, porque ella simplemente se tragaba el semen de Jon, y lo amaba más que a nada. Julia tuvo que describirlo con gran detalle; la interrogaron sobre todo lo imaginable, y una noche se le escapó que él también había comenzado a tener relaciones sexuales con ella recientemente.

La habitación quedó en completo silencio; ahora Julia tenía que contarlo todo. Que ella y su marido solo dormían juntos una vez cada siglo —todos gritaron de alegría porque sentían lo mismo— y que no necesitaba usar anticonceptivos durante sus aventuras porque era infértil después del parto difícil. Sí, su único hijo, Hans, ya no se conformaba con las masturbaciones que ella le hacía cada dos días mientras se duchaban juntos. La exploraba cada vez con más detenimiento, y un día la levantó rápidamente sobre el lavabo, la penetró y eyaculó. Para Julia, era perfectamente natural, y no armó un escándalo; quizás solo quería parecer tan guay como Claudia. Sin embargo, insistió en que solo podía hacerlo por detrás, y Lena pensó de inmediato: «Así no tienen que verse las caras». Ahora Julia estaba de pie frente al lavabo, y el joven de 16 años la penetró por detrás. «¡No!», respondió a regañadientes a las chicas, «¡no por el culo!». En esa posición, podía masturbarse a escondidas sin que él la viera y sin exponerse ante él. No, no quería masturbarse abiertamente delante de él; no quería que la viera. Quizás la oiría, porque ella siempre se masturbaba hasta que él eyaculaba mientras tenían relaciones sexuales. Para ella, nada de eso era un problema siempre y cuando lo hicieran en secreto. Ese se convirtió en el tema de conversación de esta y las siguientes reuniones.

Durante una de sus salidas nocturnas de chicas, Evi soltó una bomba. Evi, la librera delgada y de pecho plano, cuyo marido había sido asexual durante diez años, era conocida por ser la única que podía tener relaciones sexuales. Lo habían intentado todo, pero él simplemente no podía. Solo cuando la veía masturbarse a veces conseguía una erección; entonces ella rápidamente le hacía una paja y le tomaba el pene en la boca mientras él eyaculaba. Porque era un padre cariñoso para su hijo de 15 años y un marido cariñoso. Habían acordado que ella era libre, pero ni los encuentros fugaces en coches con las ventanas empañadas ni los juegos lésbicos sin pasión la satisfacían. Finalmente, recurrió a la masturba-

ción, desde la hora de acostarse hasta que se dormía bajo las cálidas sábanas, a menos que su marido quisiera mirar. Mientras leía, jugaba con sus genitales y, dependiendo de la intensidad erótica de su lectura nocturna, llegaba al orgasmo media docena de veces antes de apagar la luz. Si no se trataba de material erótico, apartaba el libro cada vez que sentía ese cosquilleo característico, se destapaba y se masturbaba con intensidad. A veces, su marido tenía una erección cuando, durante el orgasmo, ella abría las piernas y levantaba la pelvis, como si recibiera la semilla de Zeus, el Padre de Todos.

Desde pequeña, se duchaba con su hijo día por medio, acurrucados en el pequeño plato de ducha. Desde pequeño, observaba sus erecciones y esperaba que él lo tuviera mejor que su padre. Hace seis meses, notó las manchas en su sábana, así que puso pañuelos de papel en su mesita de noche y le dijo que era perfectamente normal eyacular, pero que por favor se limpiara con el pañuelo, lo cual él entendió.

Como ella no puso objeciones y lo animó con una sonrisa benevolente, él se masturbó en la ducha. Cada vez con más frecuencia, eyaculaba sobre su cuerpo, y luego se concentraba en su vulva recién afeitada. Más tarde, presionó su glande contra su vulva, y ella decidió recuperar el tiempo perdido. Desplegó la tumbona de plástico y se tumbó en ella. Le hizo señas para que se acercara, y luego le dio una explicación detallada sobre el sexo y los genitales femeninos. Le explicó cada detalle, incluyendo el clítoris, y que las chicas lo usaban para masturbarse. Le dejó tocarlo todo, pero él no se atrevió a meter la mano dentro de su vagina. A medida que su excitación aumentaba, ella vio que su pene se ponía erecto rápidamente. Examinó su clítoris durante un buen rato e instintivamente intentó frotarlo. Ella le tomó el dedo y le mostró cómo se masturbaban las chicas. Le dijo que continuara, se recostó y le dejó que la masturbara. Cerró los ojos porque se sentía muy bien.

“¿Qué se siente follar?”, preguntó suavemente, y dejó de masturbarla, aunque a ella le hubiera encantado que continuara hasta que llegara al orgasmo, ya que estaba cerca. Sin dudarlo, lo levantó y lo dejó acostarse encima de ella. Con una mano, agarró su pene y lo guió lentamente hacia su vagina. Luego colocó sus manos sobre sus nalgas y lo guió, primero suavemente, luego más rápido. Él no duró mucho y eyaculó con una mirada de puro placer. Las caricias,

el sexo, la eyaculación y, sobre todo, la masturbación la habían excitado intensamente; lo apartó y se masturbó. Verla lo puso increíblemente cachondo, y antes de que ella estuviera a punto de llegar al orgasmo y jadeara por aire, él la montó de nuevo. Ella estaba a punto de llegar al orgasmo, y su esbelto cuerpo y sus pechos planos se contrajeron convulsivamente. Él también, con su pene aún dentro de ella, se sacudió violentamente. Pasiva y exhausta, lo dejó follarla durante un buen rato y suspiró satisfecha cuando él eyaculó.

Hubo mucho silencio, luego Julia preguntó qué pasó después. Evi explicó que le había hecho masturbaciones durante un tiempo, pero él exigió más y a veces le permitía tener sexo con ella. No, no siempre, solo a veces. Sí, en la ducha, de pie, sobre todo por detrás. Sí, cuando él tenía sexo con ella, ella se masturbaba al mismo tiempo y solía tardar mucho más que él. No sentía ni culpa ni vergüenza por ello y lo había criado de esa manera. Ella lo había animado a masturbarse en la ducha, así que ¿por qué no iba a hacerlo ella también? Sí, solían masturbarse al mismo tiempo, cuerpo con cuerpo debido al espacio limitado en la ducha, hombros y cabezas pegados. Inclinándose cerca, ambos sentían al otro masturbándose.

Se desató un acalorado debate, pues casi ninguno quería imaginarse masturbándose delante de su hijo, y mucho menos dejar que los viera durante ese acto tan íntimo. Evi, por supuesto, le había hecho jurar guardar el secreto, porque los hijos varones no tenían permitido acostarse con sus madres; ¡nadie, absolutamente nadie, podía saberlo! Y tenía que encontrar algún método anticonceptivo, momento en el que estalló una cacofonía de voces, cada una con sugerencias y consejos.

Unas semanas después, llegaron noticias de Claudia: su hijo había traspasado la barrera. Claudia, bajita, regordeta y siempre orgullosa de sus enormes pechos, tenía un marido muy cariñoso, pero como él le llevaba casi 40 años, la había animado a buscar intimidad física en otro lugar. Tenía muy pocos encuentros lésbicos, ya que pocos hombres querían a una mujer gorda para hacer el amor. Prefería los encuentros rápidos y se los contaba abiertamente a su marido mientras intentaba reanimar su pene medio muerto. A ambos les encantaban las felaciones apasionadas. Y, por supuesto, él no sabía nada de lo que pasaba en el baño. Su apuesto

hijo era, sorprendentemente, al menos una cabeza más alto que ella y tenía un pene grande y grueso. Cuando le hacía una paja, se estremecía al pensar en ser penetrada por esa cosa gigante. Su vagina era demasiado estrecha y pequeña, perfecta para el pequeño pene de su marido. Y siempre había sabido que el hombre del pene pequeño no podía ser el padre del del pene grande. Ya le había sido infiel a su indulgente marido durante su luna de miel y repetidamente después. Si él quería saberlo, ella le contaba todo con sinceridad, porque eso aumentaba la probabilidad de una erección. Disfrutaba acostándose con ella cuando eran recién casados, aunque nunca fue muy bueno en la cama.

Lena ya lo sospechaba, tenía la ligera intuición de que Claudia no quería ser superada por Julia y Evi en cuanto a sofisticación y había orquestado los acontecimientos ella misma. Su hijo no se conformó con que Claudia abriera voluntariamente sus labios vaginales y le permitiera eyacular dentro de su vagina. Casi sin dudarlo, la penetró profundamente para eyacular. Ella casi gritó de dolor; su brutal penetración en su vagina, demasiado pequeña, fue insoportable.

Al día siguiente, solo faltaba un pequeño paso para que la follara de pie, después de que ella le ayudara a deslizar su enorme y grueso pene, lubricado con agua, en su vagina. Todas sus buenas intenciones se esfumaron; lo aceptó casi con indiferencia y distancia, porque él no podía durar mucho. Su follada no la excitaba en absoluto; el dolor de la penetración persistía con demasiada intensidad. Mejoró mucho cuando se apoyó contra el lavabo con ambos brazos y lo recibió por detrás. De espaldas a él, estimuló en secreto su clítoris y la abertura vaginal de antemano, para que no se diera cuenta. Quería prepararse para su penetración y también aplicar el lubricante. Él guió su grueso glande por la hendidura de sus nalgas hasta su perineo, luego entre sus labios. Inclinándose hacia adelante, intentó agarrar su pene lo antes posible y usó sus dedos para ayudar a guiarlo dentro de su vagina. Le perturbó que él le separara las grandes nalgas con todas sus fuerzas y le provocara el ano con los dedos mientras la follaba. Ignoró sus objeciones e introdujo su dedo profundamente en su ano.

Mientras eyaculaba, su pene golpeaba repetidamente con fuerza contra su cérvix, y al mismo ritmo, introducía su dedo profundamente en su ano, lo cual, para su desconcierto, a ella le resultaba

sumamente excitante. Tras eyacular, dejaba su pene flácido dentro de su vagina y masturbaba su clítoris, demasiado grande, hasta que ella se estremecía y temblaba al llegar al orgasmo. A menudo le decía que debía durar mucho más y retrasar la eyaculación lo máximo posible para satisfacer a una mujer. Él no le hacía caso, embestía rápidamente y eyaculaba tan rápido como podía.

Lo que ocultaba a las chicas era que ansiaba el momento en que él la abrazara por detrás y acariciara sus pechos caídos. Entonces sabía inmediatamente lo que iba a pasar y, estremeciéndose, arqueaba la espalda y la vagina hacia adelante como una concha abierta. Con una mano en un pecho, con la otra le acariciaba brevemente la vulva y los labios, y luego le masturbaba el clítoris. Aunque tardara mucho, siempre le provocaba un orgasmo intenso y estremecedor. Nunca se rendía. Y lo hacía mejor que nadie.

Además, pensaba que estar de pie era incómodo, pero el baño era el único lugar donde podían tener sexo. ¿Y tumbarse en el suelo del baño no era una opción?, se preguntó Lena en silencio, mientras los demás bombardeaban a Claudia con preguntas. A Lena le parecían estúpidas: ¿cuándo, con qué frecuencia, por qué no podía ir una segunda vez? ¿Por qué Claudia no sabía que muchos hombres también introducían un dedo en el ano de una mujer durante el sexo?

En la siguiente noche de chicas, la conversación volvió a girar en torno a si sus hijos se habían masturbado o los habían espiado a escondidas, y quiénes lo habían hecho. Varias mujeres dieron relatos increíblemente detallados, de los cuales Lena solo creyó algunos. Lena había escuchado casi siempre, pues no quería revelar sus secretos a Jon. Solo durante una pausa en la conversación mencionó que había visto a su hijo practicar la autofelación acrobática en varias ocasiones. Tras explicar la palabra desconocida, todas la miraron con los ojos muy abiertos, pero presumiblemente nadie le creyó.

Después de que todos se fueron, Renate llevó a Lena aparte y le dijo que quería verlo. En realidad, quería ver a Jon. Renate le habló con sinceridad a Lena, quien poco a poco abandonó su escepticismo y creyó entenderla. Le dijo que hablaría con él y le haría saber lo que pensaba. Renate, inesperadamente, le dio un beso muy apasionado, con una pasión que solo conocía de los hombres, y

ella le devolvió el beso con la misma pasión. Fue uno de los besos franceses más hermosos y largos que recordaba, su primer beso francés con una mujer. De alguna manera, se sintió realmente bien y estuvo perfecto. Claudia salió del baño y se aclaró la garganta, protestando ruidosamente, poniendo fin así al maravilloso beso. Al despedirse, Lena dijo: "¡Lo intentaré, de verdad!".

Al día siguiente, tuvo la oportunidad de hablar con Jon sobre ello. Volvió a distraerse y se quedó absorta en sus pensamientos sobre el maravilloso beso francés con Renate cuando Jon deslizó su glande entre sus labios y eyaculó. Jon se sorprendió de que ella no hubiera intervenido como de costumbre y de que no se hubiera armado una gran discusión. En cambio, Lena tomó un pañuelo y se limpió con calma. «Necesito hablar contigo de algo», dijo, y Jon se sentó a su lado mientras ella le explicaba lo que Renate quería.

Naturalmente, al principio se negó, sospechando que ella les había contado su secreto a todas sus amigas, pero ella mintió; solo la tía Renate lo sabía. Tras mucha indecisión, finalmente accedió, con la condición de recibir algo a cambio. Ella dijo que necesitaban hablar de los detalles, pero luego preguntó con cautela de qué se trataba. Él la abrazó y la besó en la mejilla, luego susurró con voz ronca: «Fóllame en la boca y correte».

Lena supo de inmediato que esto le parecía bien, porque ya lo había experimentado años atrás cuando él eyaculó en su boca cientos de veces mientras se frotaba contra ella. Pero penetración profunda o sexo oral, no, nunca se lo había permitido. Lo provocó un poco, preguntándole exactamente qué quería y cómo, y si recordaba que ella no quería que eyaculara en su cara. Jon le aseguró que lo sabía y que no la decepcionaría. Pero era tan agradable follar una boca caliente y eyacular dentro. Lena lo dejó seguir hablando, mientras ella ya jugaba con su pene.

—Vamos —dijo ella. Jon dejó de hablar y rápidamente se arrodilló a cada lado de ella. Lena lo masturbó lentamente, luego cada vez más rápido, y tomó su pene en su boca. Se estremeció, pues era la primera vez que tomaba su pene completamente en su boca. Exploró su pene con su lengua mientras lo masturbaba con su mano. —Ahora —jadeó Jon, y ella soltó su pene, pero apretó sus labios con fuerza a su alrededor. Él hizo rápidos movimientos de empuje en su boca, y después de unos minutos, eyaculó con cada

empuje. Lena sintió los chorros individuales de semen en el paladar y en su garganta y tragó involuntariamente. El semen tenía un sabor ligeramente salado, y se asombró de lo fácil que era el sexo oral; sus reservas habían desaparecido por completo. Le chupó el glande y lo acarició con su lengua hasta que su pene se volvió flácido.

Después, se quedaron tumbados uno al lado del otro durante un buen rato. Jon dijo lo maravilloso que había sido para él, y Lena comentó que había sido sorprendente y diferente a todo lo que conocía, pero maravilloso. Preferiría que en el futuro eyaculara en su boca, porque ya no quería que eyaculara dentro de su vagina; no quería quedarse embarazada, y no le parecía bien que el hijo tuviera relaciones sexuales con su madre. Jon guardó silencio durante un buen rato antes de asentir. De acuerdo.

Lena llamó a Renate, y esta le dijo que podía ir a la tarde siguiente. Al día siguiente, llegó, entrando apresuradamente con un vestido de verano vaporoso y colorido. Se sentaron en la encimera de la cocina con una copa de vino blanco, pero al poco rato, Renate se inclinó y la besó de nuevo, esta vez con un beso francés profundo. Se besaron durante un buen rato, y Lena sintió la mano de Renate bajo su bata, acariciándole el muslo y, con el toque experto de una mujer, rozándole los labios vaginales y el clítoris. Lena se estremeció y balbuceó que nunca antes la había tocado íntimamente una mujer. Renate le apartó un mechón de pelo y se disculpó, diciendo que estaba más excitada y ansiosa que nunca.

Lena llamó a la puerta del rellano y le dijo a Jon que ya iban a subir. Una vez arriba, entraron. Jon buscó la mano de Renate, pero ella lo abrazó con cariño. «Soy la tía Renate», dijo, «¿quizás te acuerdas de mí?». La charla continuó un rato. Jon se sentó en el borde de la cama, Renate en una silla junto a ella, y Lena detrás, casi a su lado. Rompiendo el silencio, Lena dijo: «Jon, ¿te apetece?».

Jon asintió y se desnudó. Se sentó de nuevo en el borde de la cama y se acarició el pene. Al mismo tiempo, intentó mirar bajo la falda de Renate, porque era un espectáculo digno de contemplar. Rubia rojiza, con el pelo hasta los hombros, delgada y de pechos generosos, su escote revelaba más de lo que ocultaba. Ella, por supuesto, había notado su mirada, se subió la falda hasta las rodillas

y lentamente separó las piernas. La reacción fue inmediatamente visible en el pene de Jon cuando pudo ver sus muslos desnudos y sus bragas. Se tumbó contra la pared, con las nalgas y las piernas levantadas, y arqueó la espalda y la cabeza hasta que su pene tocó su boca. Se masturbó un poco y se metió la mitad del pene en la boca.

Renate jadeó, y Lena pensó para sí misma: "Chica, ¿de qué se trata todo esto?", al notar la mano de Renate deslizándose bajo su vestido. Jon estaba en medio de su actuación y miró hacia atrás, con los ojos fijos en las bragas de Renate. Por el rabillo del ojo, observó a Renate, que se había subido el vestido hasta el ombligo y apartaba enérgicamente su ropa interior. Mantuvo la mirada fija en Jon y se masturbó muy rápido. Hizo una breve pausa, y momentos después se estremeció y se corrió, mirando fijamente a Jon, que ahora prácticamente se estaba follando a sí mismo en la boca. Ya estaba a punto de llegar al clímax, como notó Lena. Renate vio a Jon eyacular en su boca abierta, luego cerró los ojos y se masturbó muy rápido con dos dedos en su clítoris. Jon había terminado, pero permaneció en su posición, mirando excitado a Renate, que continuó masturbándose durante varios minutos más. Estaba fascinado y se incorporó, inclinándose hacia adelante para observar de cerca su vulva desnuda y los dedos frenéticos en su clítoris. Cerró los ojos con fuerza y se concentró por completo en el último tramo. Su cuerpo temblaba; ahora solo un dedo recorría su clítoris. Con un suave gemido, introdujo el dedo profundamente en su vagina, luego se desplomó y permaneció allí, temblando y jadeando, con el dedo presionando firmemente su punto G. Sus piernas siguieron temblando durante un buen rato.

Cuando dejó de temblar, abrió los ojos. De repente, todo se aclaró: Jon y Lena la miraban boquiabiertos. Jon se había inclinado hacia adelante, observando su abertura vaginal, sus labios y su clítoris, que aún palpitaba levemente. Al incorporarse, su falda volvió a su sitio. Rápidamente cogió su bolso y se dirigió a la puerta, girándose como si quisiera decir algo, pero no pudo emitir sonido alguno. Lena le dedicó su sonrisa más hermosa. Renate le devolvió la sonrisa con cierta incertidumbre y desapareció. Ambas oyeron cómo la puerta se cerraba suavemente.

Jon se incorporó y preguntó qué le pasaba a la tía Renate. Lena tuvo que revelar la segunda parte de la explicación. Sintió una bre-

ve punzada de reticencia, y luego le explicó todo con honestidad y detalle. Él preguntó por qué los genitales de Renate se veían un poco diferentes y si esa cosa grande y rosada que tenía Renate era su clítoris; quería saberlo, y ella sabía exactamente a qué se refería. Su propio clítoris era diminuto en comparación y estaba oculto bajo un capuchón, así que probablemente Jon ni siquiera lo había visto. Le explicó que todos tenemos tamaños diferentes: pechos, penes, clítoris, labios vaginales. Él entendió que las mujeres se masturbaban, pero aún tenía una pregunta. Sí, respondió ella, sobre todo por las noches antes de dormirme, una o dos veces. Sé honesta, se reprendió a sí misma, y añadió, sobre todo también cuando subo a verte. Y los días de baño, pero eso ya lo sabes.

Por supuesto, una pregunta más le quemaba la lengua, y escuchó su voz interior. El beso apasionado de Renate, la mano de una mujer en sus genitales, la demostración de Jon, la masturbación desinhibida de Renate... todo eso la había excitado. Sí, podía hacerlo ahora, y él podía mirar, ahora mismo, dijo Lena. Dejó caer su bata al suelo y se quedó quieta, disfrutando de su mirada codiciosa y febril sobre su desnudez, aunque él la había visto desnuda bañándose cien veces antes. Era una mujer joven y bonita de unos treinta y tantos años, su hermoso rostro de aspecto egipcio enmarcado por una melena negra hasta los hombros. Unos pocos mechones de cabello blanco como la nieve asomaban entre su melena negra desde que Frank había muerto. No estaba del todo satisfecha con sus pechos pequeños y llenos; solían ser mucho más grandes. Era delgada, con caderas estrechas y piernas bien formadas. Solo un pequeño mechón de pelo negro cubría su vulva. La vulva en sí era completamente lampiña, como la de las niñas pequeñas; Sus labios vaginales formaban pequeñas protuberancias y su clítoris no era visible desde el exterior.

Entonces ella se tumbó en la cama, dejó caer las rodillas a un lado, y él se agachó frente a ella, queriendo verlo todo con claridad. “Eres solo la segunda persona que ve esto”, dijo ella, “la primera fue tu padre, Frank”, olvidando por completo a su padre. Ese recuerdo se había desvanecido hacía mucho tiempo. Jon asintió. Ella comenzó muy despacio, masturbándose cada vez más rápido. Jon se había inclinado completamente sobre sus genitales y podía ver el clítoris de Lena. Era mucho más pequeño que el de Renate, pensó, como una pequeña espina, y sus dedos bailaban salvajemente sobre él. Ella fantaseó todo el tiempo con que Renate la estaba

masturbando. Pasaron muchos largos minutos antes de que alcanzara el orgasmo. En el momento del orgasmo, introdujo un dedo profundamente en su vagina para estimular aún más su punto G.

Jon se había estado masturbando al mismo tiempo que ella y apartó con avidez aquel dedo, introduciendo inmediatamente su glande en la abertura vaginal aún palpitante de ella mientras ella llegaba al orgasmo. No se atrevió a penetrar más allá; sabía que no debía. Continuó masturbándose durante y después de su eyaculación hasta que su pene se volvió flácido. Ella sintió su semen entrar en su vagina, palpitante y cálido, pero estaba demasiado exhausta y agotada por el orgasmo como para hacer algo al respecto. Por el contrario, le resultó placentero cómo su glande palpitaba y eyaculaba durante el orgasmo que se desvanecía y rebotaba en su abertura vaginal mientras él seguía masturbándose durante un buen rato. Ella le acarició la parte superior del cabello mientras se levantaba y entraba en la ducha.

Al día siguiente, hizo un pequeño desvío para visitar a Renate y hablar sobre lo sucedido el día anterior. Renate abrió la puerta y se sorprendió mucho. Lena vio que solo llevaba una prenda transparente y finísima, debajo de la cual estaba visiblemente desnuda. Se sentaron en la cocina y hablaron del tema. No, Renate simplemente era muy exhibicionista y no restaba importancia a su propia promiscuidad. Simplemente estaba asombrada e inquieta por la sorpresa en los rostros de Lena y Jon. Se rió a carcajadas cuando Lena contó cómo inesperadamente había tenido que explicarle a Jon la masturbación femenina y el orgasmo. Omitió la demostración práctica. Renate rió y, aún riendo, se levantó, arrastrando a la asombrada Lena tras ella al dormitorio.

Con un leve movimiento, apartó el vacío de su hombro. Lena solo pudo absorber la belleza impecable de la mujer desnuda por un instante antes de que las manos de Renate acariciaran su rostro y se produjera un largo y excitante beso francés. Mientras se besaban, Renate desnudó a Lena y la recostó en la cama sin interrumpir el beso. Se movieron lentamente, primero encima, luego debajo, besándose y acariciándose. Las manos de Renate excitaban a Lena cada vez más; ella abrió sus muslos voluntariamente mientras los dedos de Renate jugueteaban con sus labios, exigiendo acceso. Nunca antes había tocado a una mujer íntimamente. Tem-

blorosa de lujuria y deseo, se dejó masturbar, sus labios solo se entreabrieron cuando llegó al orgasmo.

Cuando Renate se tumbó a su lado y movió las caderas, Lena supo que se avecinaba una revancha. Nunca antes había tocado los genitales de otra mujer, pero sabía exactamente qué hacer. Renate tuvo un orgasmo muy rápido y le susurró con voz ronca que continuara. Solo la segunda vez Renate tuvo un orgasmo verdaderamente intenso, permaneciendo allí tumbada durante un buen rato con las piernas temblorosas. La abrazó y le contó en voz baja sobre las muchas chicas y mujeres que había seducido. Lena escuchó con los ojos cerrados y sintió que su excitación aumentaba de nuevo mientras Renate describía los detalles del éxtasis y la pura lujuria con tanta viveza que podía imaginarlo todo.

Renate comenzó a cubrir todo el cuerpo de Lena con pequeños besos: su cuello, pechos, estómago y ombligo. Sus dedos acariciadores incitaban a Lena a separar sus muslos mientras sus labios descendían cada vez más. Lena jadeó al sentir la excitación de los labios y la lengua. Se abrió de par en par, pues lo que Renate estaba haciendo era increíblemente excitante. Se retorció al estallar su orgasmo, pero Renate no se detuvo, llevándola de un orgasmo a otro. Solo después de más de una docena de orgasmos, Lena agarró la cabeza de Renate y la atrajo hacia sí. Con un beso apasionado, lleno de lengua, le dio las gracias, saboreando el gusto picante de sus propios genitales en la lengua de Renate.

No tenía nada que decir, así que comenzó a cubrir a Renate con pequeños besos, bajando lentamente por sus pechos, su estómago y su ombligo. Renate no necesitó que la incitaran; sus muslos ya estaban abiertos y dispuestos. Lena besó la parte interna de los muslos de Renate y examinó sus genitales con atención. Arriba, entre los labios hinchados, el pequeño clítoris de color rosa pálido destacaba prominentemente. Incluso podía ver directamente dentro de la vagina de Renate. Ahora rodeó los labios con toda su boca y dejó que su lengua danzara sobre el clítoris de Renate, tal como ella misma lo acababa de experimentar. Los orgasmos de Renate eran más intensos cuando los labios de Lena envolvían el clítoris y la punta de su lengua danzaba rápidamente de un lado a otro sobre él. A diferencia de Renate, Lena tenía que interrumpir repetidamente su lamido porque no podía continuar durante los orgasmos intensos.

Renate preparó una cafetera y, mientras bebían y fumaban, explicó que su marido volvería a casa la semana siguiente, pero solo por unas semanas; después, tendría que regresar a Asia para su proyecto de la represa. Lena, que no fumaba, tosió y le hizo preguntas a Renate con astucia. Renate relató su historia con descripciones vívidas y detalladas de su marido y su vida amorosa. A Lena le pareció particularmente interesante que el marido de Renate a menudo se masturbara antes de la penetración, manteniendo la cabeza del pene dentro de su vagina, y que solo penetrara profundamente cuando eyaculaba. Y que ella se masturbara inmediatamente después de que él eyaculara para alcanzar el orgasmo. Ambas cosas le resultaron muy familiares a Lena.

De camino a casa, se preguntó si ella y Renate eran lesbianas. No, decidió con total naturalidad, a lo sumo bisexuales; ambas disfrutaban del sexo. Visitó a Renate tres veces más antes de que su marido regresara a casa.

Justo cuando la sesión de sexo oral amenazaba con continuar, Lena recibió una inyección hormonal anticonceptiva. A Jon no solo le gustaba eyacular en su boca; cada vez con más frecuencia se aprovechaba de su cansancio y fatiga después de la masturbación, bajando el glande entre sus labios vaginales, que separaba con los dedos, y eyaculando. Estaba muy satisfecho de que ella ya no lo rechazara. Sabía perfectamente que no tenía permitido penetrarla lo suficientemente profundo como para eyacular, y por supuesto, no tenía permitido follarla de verdad. ¡No, jamás, ella nunca lo permitiría!

Había cumplido 15 años, ahora era tan alto como ella, y su pene había crecido un poco. A Lena se le llenaron los ojos de lágrimas cada vez con más frecuencia, porque se parecía cada vez más a Frank y pronto tendría un pene tan grande como el de su padre. A lo largo de los años, habían disfrutado de sus baños placenteros y sus juegos sexuales compartidos. Con bastante frecuencia, cuando Lena volvía del trabajo a la hora del almuerzo, subía a la habitación de Jon para observarlo y masturbarse con él mientras estaban acostados en su cama. Él casi siempre se unía a ella, le separaba los labios vaginales con los dedos, introducía el glande entre ellos y eyaculaba. Unos milímetros más adelante, el glande estaba dentro de su vagina, y ella lo permitía, porque estaba usando anticonceptivos. Milímetro a milímetro, la penetró durante las semanas

siguientes; ella le permitía entrar en su vagina un poco cada vez que eyaculaba.

Seis meses después, Jon empezó a salir por las tardes. Le aseguraba a Lena que estaba en casa de tal o cual amigo del colegio, estudiando. Ella sabía que mentía, pero no dijo nada. Probablemente tenía novia, pensó, y eso era buena señal. Todo volvió a la normalidad; ella solo se masturbaba antes de dormirse, y todo le parecía bien. Aunque ya no venía a masturbarse juntos por las tardes, siempre estaba allí el día del baño. Disfrutaban en la bañera y jugaban a las luchas en su cama; por supuesto, se masturbaban juntos, y él tenía permiso para eyacular dentro de ella. Ella solía dejar que la penetrara unos milímetros para eyacular dentro de ella.

Unos meses después, regresó una tarde. Estaba amargado y retraído, su columna se había entumecido y ya no podía realizar sus acrobacias. Ella lo visitó en su habitación, le aseguró que podía contarle cualquier cosa, que lo escucharía y lo ayudaría si lo necesitaba. Él se desnudó y se sentó a su lado. Tarareó suavemente y acarició sus hermosos senos bajo su bata hasta que su erección se puso firme y rígida. Se recostó y Lena le hizo una paja, eyaculando en su boca. Y luego una segunda vez.

Así continuó durante dos semanas, nada cambió. Se arrodilló entre sus muslos y le susurró que debía masturbarse, como antes. Y como antes, esperó hasta que ella estuviera exhausta y agotada antes de forzar su pene en su vagina y eyacular. De nuevo, lo hicieron dos veces; él penetró más profundamente de lo habitual y eyaculó con una expresión distorsionada, como siempre. Después de unos días, había penetrado los milímetros restantes, su pene enterrado profundamente dentro de su vagina cuando eyaculó. No, ella nunca lo haría, pensó lánguidamente, si él hacía embestidas cortas antes de eyacular. No, nunca, pensó lánguidamente, y Jon embistió y embistió antes de eyacular, tan fuerte como pudo.

Finalmente, se lo contó. Ella se sorprendió porque fue Renate quien lo interceptó de camino a casa. Él aprendió de ella todo lo que había que saber sobre sexo. Todas las tardes, le permitían tener relaciones sexuales con ella tan a menudo como quisiera. Se quedó atónito cuando ella mencionó casualmente que estaba embarazada. ¿Aún podía hacerlo? ¡Claro que sí, cariño, solo puedes quedar embarazada una vez! Le permitieron seguir amándola, in-

cluso cuando ella ya tenía una gran barriga. Le encantaba dormir con ella como un hombre adulto, eyaculando profundamente dentro de ella. Y entonces, un día, el final. ¡Mi esposo, el padre del niño, regresa de Vietnam y, por supuesto, quiere estar presente en el parto!

Jon estaba paralizado. El padre de su hijo. Su marido. Claro, dijo ella, es su hijo, ¿o no lo creías...? Su risa forzada era tan falsa que él la habría descubierto enseguida. No, tenían que terminar la aventura; simplemente no funcionaría con la maternidad y su nueva familia, ¿no lo entendía? Jon asintió valientemente, contuvo las lágrimas y solo lloró amargamente de camino a casa. Lena lo consoló lo mejor que pudo. Pero no pudo disfrutar de sus juegos sexuales durante días.

Renate, por supuesto, disfrutaba muchísimo de su aprendiz. Jon aprendía rápido y era un experto en la cama. Tras solo unos días, la llevó al orgasmo, y muchas veces después, algo que su marido nunca había logrado en sus siete años de matrimonio, ni ningún otro hombre. Antes de que volviera a Vietnam, pasaron muchas horas juntos. Él tenía sexo rápidamente y eyaculaba como un campeón, luego la observaba masturbarse durante horas hasta que él estaba listo de nuevo.

Nunca había usado anticonceptivos; siempre había deseado tener un hijo. Siempre le fue fiel a su marido cuando estaba en casa; Jon fue su primera y única aventura. Cuando su marido estaba de viaje, aprovechaba cualquier oportunidad para tener un encuentro sexual rápido. Ya fuera un obrero, un repartidor o un vendedor, seducía a casi todos, con la esperanza de quedar embarazada. Pero por más que se acostara con todos esos hombres, no se quedaba embarazada. No, se acostaba con todos y ni por un instante pensó que estaba engañando a su marido. Todas sus amigas tenían hijos, excepto ella.

Tras la partida de su marido, le bajó la regla. Otra decepción, pero lo superó y se aferró a Jon. Por primera vez, no le bajó la regla. Al cabo de unos días, le dijo a su marido que iría al médico en los próximos días. Él esperó ansiosamente los resultados y se llenó de alegría cuando ella se los contó. Ella era la única que sabía que Jon era el padre. Solo él podía serlo.

Entonces ella dio en el clavo. Aunque su marido era un ingeniero brillante con los números, ella lo engañó por completo sobre el embarazo. Debía quedarse otras cuatro o seis semanas, pero luego tomarse al menos dos meses de descanso; ella lo necesitaría mucho para el parto y después. Él lo entendió, aunque era una tontería, y lo organizó todo exactamente como ella le había dicho. Pasaron las últimas semanas antes del parto en la cama. Su esposa, con un embarazo muy avanzado, ardía de deseo, y él tenía que tener relaciones sexuales con ella siempre que podía. Renate se masturbaba durante horas mientras él le acariciaba la gran barriga. La niña que dio a luz tres semanas después era de piel clara y pelirroja como ella. El parto fue muy fácil; duró menos de media hora. Su marido nunca tuvo dudas, y ella nunca le confesó a Jon que él era el padre.

Jon y Lena continuaron bañándose juntos y con sus juegos sexuales. Podían olvidarse de Renate, aunque él les decía cosas picantes de vez en cuando, porque a Lena le resultaban muy excitantes. El episodio que más la excitó fue cuando Renate invitó a una amiga muy joven y le permitió follarlas a ambas hasta que quedaron exhaustas. Renate la penetraba por detrás mientras ella lamía a su amiga. Los dedos de Renate frotaban celosamente el clítoris de la chica mientras la follaba, porque a pesar de su gran barriga, ella quería ser follada de inmediato.

Renate solo trajo chicas muy jóvenes, y Jon estaba muy contento con eso, porque sentía curiosidad por sus diferentes cuerpos, sus pechos, clítoris y vaginas. Una de las chicas, sin duda, no tenía aún 14 años y se retorcía de placer bajo los dedos de Renate mientras él hacía todo lo posible por penetrar su himen. Solo cuando Renate la llevó a orgasmos intensos logró romperle el himen. Ella reía entre lágrimas, orgasmo tras orgasmo, mientras él la follaba con fuerza. Esa tarde, eyaculó dentro de la vagina de la chica tantas veces como pudo, ya que Renate había dicho que era demasiado joven para quedar embarazada, ¡y que simplemente debía eyacular con fuerza dentro de ella! Con estas historias, Jon pudo desatar los dragones que había en Lena.

Lena solía escuchar historias sobre Anna, la hermafrodita. Renate a veces llevaba a Anna consigo, que tenía más o menos su edad. Jon estaba completamente confundido; era una mujer, con pechos y todo, ¡pero tenía un pene de hombre de verdad! Renate

se lo explicó: Anna tenía pene, pero no escroto; sus testículos estaban ocultos dentro de su abdomen. Debajo, tenía una pequeña vagina, como la de una niña de 13 años. Anna le decía que no debía penetrar demasiado profundo, que le dolería. Renate siempre dejaba que Anna tuviera sexo con ella primero, pero ella no llegaba al orgasmo y se masturbaba después. Jon se negaba categóricamente a tener sexo anal con Anna, que ella hubiera preferido. Disfrutaba teniendo sexo con ella; su vagina era pequeña, muy estrecha y no muy profunda. Tenía mucho cuidado de no penetrar demasiado profundo; solo cuando eyaculaba la cabeza de su pene tocaba la suave resistencia al final de su vagina. Preguntó con ansiedad si le dolía, pero ella negó con la cabeza y dijo que podía entrar todo lo que quisiera. No le contó que antes la habían penetrado con penes más grandes, y por tacto, no mencionó que el suyo no era tan grande como había pensado al principio. La penetró con pasión y eyaculó dentro de su pequeña vagina. Siempre era muy extraño observar su pene flácido mientras follaban, cómo se movía de un lado a otro y poco a poco se ponía erecto. También era extraño que Anna siempre se pusiera muy triste durante el sexo, a veces incluso con lágrimas en los ojos, cuando él eyaculaba dentro de ella. Después, ella decía que no era nada, pero Jon sospechaba que estaba tan triste porque no podía tener hijos.

A veces hacían un sándwich, es decir, Anna follaba a Renate mientras él follaba a Anna al mismo tiempo. Cuando ella tenía un orgasmo y se corría profundamente dentro de Renate, su vagina se contraía rítmicamente, excitándolo aún más. Anna siempre bajaba la cabeza como una niña triste mientras Jon se corría dentro de ella. La verdad es que esas tardes con Anna eran excitantes. Cuando Renate quería que la follaran de nuevo, le decía a Jon que volviera a poner dura la polla de Anna. Por primera vez, le estaba haciendo una paja a un hombre —o mejor dicho, a una mujer—. No podía parar hasta que Anna, con el rostro contraído por el dolor, exprimió unas pequeñas gotas de semen de su glande.

Una tarde, después de una larga llamada telefónica, Renate no tenía ganas de sexo y se quedó sentada, cabizbaja, observándolos en silencio. Anna tenía a Jon solo para ella. Ninguno de los dos le prestó atención a la taciturna y molesta Renate. Él le pidió a Anna que se acostara y le examinó los genitales de nuevo. “No encuentro tu clítoris”, maulló, y ella respondió que no tenía. Tampoco tenía prepucio; la habían circuncidado al nacer, pero nunca supo por

qué. Cuando él le preguntó cómo se masturbaba, ella dijo: “Como un hombre”, porque su vagina no estaba suficientemente estimulada. Y le gustaba el sexo anal desde que se movía en ciertos círculos. Con buen sexo anal, podía tener un orgasmo y eyacular sin siquiera tocarse.

Anna le preguntó a Jon qué era lo que más le gustaba, y él respondió de inmediato: “¡Que me engañen!”. Anna dijo: “Vale, puedes hacerme una felación profunda”, y le explicó cómo. Después de ponerle una almohada bajo la cabeza, él le metió el pene en la boca. Ella lo empujó más abajo por su nalga hasta que la punta estuvo bien adentro de su garganta. Le dio una nalgada, y él la folló tan rápido como pudo. Sintió como si estuviera follando una vagina extremadamente estrecha, y se corrió profundamente en su garganta. Cuando se incorporó, se rió de sus preguntas y dijo que había estado con hombres mucho más grandes. Después de eso, le dejó correrse profundamente en su garganta en sus tardes juntos. Jon estaba en el séptimo cielo.

Follaron toda la tarde. Durante la primera ronda, él sostuvo la erección de Anna en su mano y la frotó suavemente mientras la follaba. Después de correrse, dejó de masturbarla y dejó que el semen de Anna rociara sobre sus hermosos pechos y su estómago; estaba tan llena. Durante los descansos, se abrazaron, sus besos franceses intensos, porque Jon no podía apartar los dedos de sus preciosos pechos. Anna acarició su pene sin masturbarlo, llevándolo a una erección tras otra. Tan a menudo como podía tener una erección, volvían a follar, y él sostenía su pene erecto con firmeza, aunque ella dejó de eyacular después de algunas rondas. Cuando la resistencia de Jon disminuyó, Anna se masturbó sola y logró eyacular un poco más, entonces ambos estaban exhaustos. Fue una de las mejores tardes para los dos.

Anna no dijo nada de su infancia, solo que a sus padres les gustaba enviarla lejos de casa para poder vivir sus propias vidas. Anna fue una completa decepción; nunca tendrían nietos. A los 13 años, fue a un internado femenino y fue una atracción desde el primer día. Al principio, solo querían mirarla, tocarla con cautela, frotarla con miedo y eyacular con asco. Anna se había curtido y no le importaba que se pusieran en círculo a su alrededor cada vez que una chica quería tener sexo. No tenían por qué tener miedo, les aseguró, su semen contenía muy pocos espermatozoides, lo cual era solo

parcialmente cierto. No, no recordaba con cuántos se había acostado, pero eran muchos. Era casi como una epidemia de retos y demostraciones de frialdad. En su tercer año, fue expulsada porque alguien había informado anónimamente al director sobre su pene y el sexo nocturno.

Abandonó los estudios y trabajó como camarera. El camarero no tardó en alquilarla a su clientela adinerada; casi siempre era para sexo anal o felaciones profundas. El camarero no se quedaba con todo el dinero; pronto se ganó una buena reputación y pudo comprarse un descapotable de lujo a los 18 años. Diez años después, ya no podía reprimir su atracción por las mujeres, pero la mayoría de las lesbianas no querían saber nada de su pene. Sin embargo, siempre encontraba parejas bisexuales, o al menos una de ellas lo era. También satisfizo a varias mujeres solteras, tanto bisexuales como lesbianas. Su reputación se extendió por los círculos pertinentes, y pronto dejó el bar y vivió a costa de las bisexuales y lesbianas. A veces, su pareja lesbiana le permitía tener sexo con ella, solo para experimentar lo que era ser penetrada por su pene. Estas relaciones a menudo duraban años.

Anna esnifó su polvo con una cucharita. Jon no quería drogas y solo escuchaba pacientemente, porque era entonces cuando Anna se volvía habladora. Estaba en ese internado con Renate; la pequeña y tímida niña observaba todas las orgías pero no se atrevía a participar. Anna estaba enamorada de la pequeña belleza, y cuando todos se habían ido a dormir o a masturbarse un poco, se sentaba junto a la cama de Renate y la acariciaba, la besaba y le susurraba palabras cariñosas al oído. Noche tras noche, susurraba que solo quería acostarse junto a ella y no hacer nada. Pasaron semanas antes de que le permitieran acostarse junto a Renate. Gradualmente, los besos se convirtieron en caricias, y las caricias en besos franceses. Renate suspiró profundamente, ajena a los terribles deseos que despertaban en su interior, mientras las manos de Anna se deslizaban bajo su fino camisón y la acariciaban. Anna no los asustaba, se contenía resueltamente y no los masturbaba.

Finalmente, Renate estaba lista. Después de muchas caricias y largos juegos, se quedó allí expectante, escuchando los latidos acelerados de su corazón, y, como tantas veces antes, permitió que Anna le abriera las piernas. Renate estaba muy excitada; unas gotas fluyeron de su vagina. Esperaba que Anna le acariciara los la-

bios y la abertura vaginal, como había hecho varias veces antes cuando estaba tan mojada y su mente estaba llena de deseos impuros. Pero esta vez fue diferente; Anna también se había subido el camisón hasta el cuello. Anna lentamente dejó que su pene erecto se deslizara por los muslos de Renate y lo colocó entre los pequeños y húmedos labios. Con un beso apasionado, selló su boca y entró muy despacio. Sintió el escalofrío de asombro de Renate cuando el himen se rompió y el suspiro de alivio cuando el pene se deslizó completamente dentro de su vagina. Continuaron besándose apasionadamente, y así fue como Renate experimentó el sexo por primera vez. A Renate no le gustó después cuando todos se pusieron en círculo y vieron a Anna tener sexo con ella delante de todos. Aun así, intentó seducir a Anna para que se acostara con ella, a pesar del silencio que la rodeaba y de los jadeos y roces de algunas chicas.

Esas historias actuaban como un hechizo de amor sobre Lena, quien acariciaba suavemente sus genitales y estimulaba delicadamente su clítoris mientras él se las contaba.

Después de que él volviera a cruzar la línea tras un encuentro así y eyaculara dentro de ella, ella le dijo que estaba usando anticonceptivos y que ya no tenía que temer cuando su semen entrara en su vagina. «De acuerdo», dijo él, pensando para sí mismo que tal vez era una invitación. A partir de entonces, después de masturbarse, Jon introducía su pene profundamente en la vagina de Lena para eyacular. Normalmente dos veces, a veces tres por la tarde. Durante mucho tiempo, no se conformó con eso y tuvo relaciones sexuales con ella de vez en cuando. Ella pensó en lo mucho que se parecía a su padre y, sentimentalmente, le permitió continuar. Pero Lena seguía pensando: «¡No, nunca! ¡Solo puede ser como broche de oro después de su masturbación!».

Ella lo confrontó por querer demasiado. Aunque él se había acostado con Renate y sus hijas y se le permitía eyacular dentro de ellas a su antojo, a los hijos no se les permitía acostarse con sus madres ni eyacular dentro de la vagina que los había dado a luz. En teoría, tenía razón. En teoría. Sin embargo, ella lo dejaba acostarse con ella antes de que él eyaculara, durante el tiempo que fuera necesario. Un minuto o diez, realmente no importaba. A veces tenía un orgasmo maravilloso si él la penetraba durante más tiempo. Mantuvo la farsa de que él tenía que masturbarse primero. Él

realmente follaba bien, suspiró, cada vez que ella tenía un orgasmo al follar. Cuanto más a menudo follaban, más a menudo ella tenía un orgasmo. En secreto, lo llamaba su sándwich. Primero, ella se masturbaba hasta quedar exhausta, luego él podía acostarse con ella, y ella tenía otro orgasmo, a veces al mismo tiempo que él.

Jon se masturbaba solo para lograr una erección firme y rígida, mientras que Lena también comenzó a masturbarse. Incluso después de que él la penetrara, ella continuó masturbándose, deteniéndose gradualmente a medida que se acercaba su orgasmo. Casi siempre lograba eyacular al mismo tiempo que ella; Renate le había enseñado cómo. Por lo general, dejaba su pene dentro de su vagina y descansaba sobre sus pechos. Desde que recibió las inyecciones de hormonas, sus pechos se habían vuelto más llenos, firmes y hermosos, y su libido y excitación estaban en su punto máximo. Jon volvía a tener una erección después de solo unos minutos, y ella se entregaba pasivamente a su acto sexual, a veces incluso experimentando otro orgasmo durante la segunda ronda, a pesar de estar exhausta y agotada. Ya no quería negarle nada; ahora follaban como cualquier otra pareja cuando les apetecía.

Se convirtió en la norma porque ambos lo querían así. Poco a poco dejaron de tener sexo por la tarde cuando él cumplió 18 años y tuvo novias estables. Pero el día del baño, ambos lo seguían al pie de la letra; su novia quedaba descartada. Jon le contaba con todo lujo de detalles y con mucha excitación sobre sus encuentros sexuales con sus novias. Después, los deseos de Lena se desataban, y ella corría a su habitación lo más rápido que podía para masturbarse y dejar que él la penetrara. Dos veces, si él tenía otra historia que contar o se la inventaba.

Después de muchas, muchísimas chicas, Jon finalmente encontró a su esposa poco después de terminar sus estudios. Eran compatibles en casi todos los sentidos; ella era la única a quien podía contarle todo con total sinceridad. Era inteligente, culta, ingeniosa, comprensiva, dulce y una mujer magnífica en la cama. Se conocía íntimamente, conocía sus deseos físicos y había tenido muchas experiencias lésbicas. Ella también se había acostado con muchos hombres y había probado de todo antes de conocer a Jon y enamorarse. Fue lo mejor para ambos. Él le contaba todo, desde el día en los baños termales hasta sus experiencias con Lena. Absolutamente todo.

Antes de que él pudiera preguntar, ella dijo que no tenía inconveniente si él quería continuar con los días de baño. Visitaba a sus amantes lesbianas en esos días porque extrañaba muchísimo el éxtasis físico con las chicas, que era tan diferente del éxtasis con un hombre. Su acuerdo duró años, en las buenas y en las malas. Si ella quería, Jon acompañaba a su esposa a sus encuentros íntimos, experimentaba los placeres lésbicos con las diferentes chicas de primera mano, e incluso a veces se le permitía tener relaciones sexuales con la chica si ella lo deseaba. Le encantaba especialmente cuando su esposa llevaba a la chica al orgasmo mediante sexo oral, y él podía tener relaciones sexuales con ella durante mucho tiempo a pesar de su cansancio, mientras su esposa la llevaba al orgasmo lamiéndola o acariciándola con los dedos. Su vida matrimonial se benefició enormemente de esta diversidad y se volvió muy íntima y amorosa.

Su esposa era sexualmente insaciable durante su embarazo. Día tras día, llevaba a Jon y a las niñas al límite, y sus éxtasis frenéticos solo cesaron con el nacimiento de su primer hijo. Jon solía celebrar el día del baño y tener relaciones sexuales con Lena una vez al mes. Con el tiempo, ella se masturbaba cada vez menos y ya no lo necesitaba. Solo Jon aún podía excitarla un poco en su día mensual de baño. Continuaron con esta tradición hasta que ella cumplió 65 años y su libido desapareció por completo. Sintió que era hora de transmitir la tradición del día del baño a la siguiente generación.

En el bosque de Steigerwald

von Jack Faber © 2021

Gert simplemente tuvo mala suerte. El juez gruñón lo había sentenciado a ocho meses, a pesar de que solo había dañado algunos autos y no había bebido ni de lejos tanto como afirmaba el médico forense. Ocho meses, tal vez solo cuatro con buena conducta. Los guardias sonrieron cuando el oficial de servicio gritó: “¡Gran Leo!”.

Cuando se abrió la pesada puerta de acero, se llevó una gran sorpresa. «Gert Fulano», lo presentaron, y los dos guardias rieron a carcajadas tras encerrarlo. El gran Leo no medía más de 1,40 metros, era jorobado y apenas le llegaba al ombligo a Gert. Sin embargo, era robusto y musculoso, con las piernas cortas fuertemente flexionadas como las de un jinete huno. Gert refunfuñó mientras subía su metro y ochenta a la litera superior, pero Leo no parecía tener ganas de discutir. Se llevaron bastante bien una vez que quedó claro que Leo era el que mandaba.

Durante el día leían el periódico y escuchaban la radio; por las noches, después de apagar las luces, Leo se masturbaba sin pudor y dormía roncando ruidosamente. Una vez cada dos semanas, Leo lo penetraba analmente. Gert se había resistido la primera vez, a pesar de haberlo hecho muchas veces antes, pero el pequeño le dio un puñetazo en los testículos y, jugando, lo tiró al suelo. Leo insistía en que no era gay, pero que necesitaba acostarse con alguien de vez en cuando.

Cuando Gert le explicó por qué estaba encarcelado, Leo se echó a reír un buen rato y se dio una palmada en los muslos. Cumplía una condena de nueve años por homicidio involuntario y agresión sexual sin pruebas, dos de los cuales ya había cumplido. Tras dos años de silencio, se alegró de tener a alguien que lo escuchara. Sin embargo, le hizo jurar a Gert que jamás guardaría silencio. Durante los meses siguientes, le contó la historia de su vida.

Leo dejó de crecer a los 12 años y desarrolló joroba. Sus padres lo acogieron con familias de acogida, donde estuvo mejor durante sus años escolares que en casa, donde el silencio y las miradas de

reproche por su joroba lo entristecían profundamente. Casi nunca volvía a casa; ¿para qué?

Claro que le interesaban las chicas, pero sabía que no podían admitir abiertamente que tenían una discapacidad, solo en secreto. Aunque era un estudiante brillante y podría haberse sentado en primera fila, se sentaba al fondo por una buena razón. Siempre se sentaban chicas a su lado, nunca chicos. Como las chicas se reían y susurraban sobre él durante los recreos, se turnaban para sentarse junto a él. Todas y cada una de ellas, sin excepción, permitían que su mano se deslizara bajo sus faldas y les tocara y acariciara la parte interna de los muslos. La mayoría toleraba que les tocara las bragas y explorara a fondo lo que había debajo.

Una de ellas fue la más valiente y le mostró sus tesoros detrás del gimnasio. Le enseñó su himen y le dijo que solo debía tocarse con mucho cuidado, pero que tenía una pequeña abertura por donde se podía introducir un dedo en la vagina. Después de los labios mayores, le mostró el clítoris, que según ella era muy importante para la masturbación. Tras examinar el clítoris detenidamente, él quiso saber cómo masturbarse. Ella dudó un buen rato, pero finalmente cedió y le mostró. Al empezar a tener un orgasmo, orinó simultáneamente en el césped con fuertes y entrecortadas embestidas. Dijo que ese era el clímax y que había que parar ahí.

Por supuesto, los estudiantes sentados a su lado lo observaban, pero a la primera oportunidad, cuando uno de ellos se quejó con insolencia, lo derribó con un puñetazo en la ingle y lo golpeó con fuerza. Leo suspiró aliviado, porque ahora todos sabían que era un matón peligroso y despiadado. A partir de entonces, solo lo miraban con mucha cautela y se quedaban callados. Solo unas pocas chicas toleraban que sus dedos se deslizaran bajo la cintura de sus calzoncillos y tocaran, acariciaran y mimaran sus genitales. Al principio, solo una chica permitió que su dedo tocara su clítoris, con el corazón latiéndole con fuerza mientras lo dejaba jugar con él. Pasaron algunos días antes de que ella tuviera un orgasmo en medio de la clase, con el rostro paralizado por el dolor y los muslos temblando. No era la única —Leo sonrió al recordar esos momentos— y así, día a día, aprendió a satisfacer a las chicas. Algunas le pusieron la mano en el muslo y sintieron su pene bajo los pantalones. Más tarde, se atrevieron a meter la mano dentro de sus pantalones y sentir su erección de verdad. Solo unas pocas dominaban el

arte de frotarse discretamente y lentamente, y sonreían con orgullo cuando él eyaculaba en su mano. Durante los descansos, susurraban y compartían sus experiencias o se daban consejos. Le encantaba la escuela porque se aprendía algo y se podía rozar con el otro.

En su último año de instituto, le quedó meridianamente claro que seguía siendo un marginado. Observaba, bien escondido entre los arbustos, cómo las chicas entraban en parejas detrás del gimnasio para tener sexo. Él nunca tuvo esa oportunidad; caricias, sí, pero sexo, no. Solo muchos años después sospechó que las chicas tal vez no esperaban encontrarse por casualidad con un niño potencialmente discapacitado. Continuó masturbando a las chicas con los dedos, siempre a las mismas tres o cuatro que lo compartían como hermanas. Las demás chicas no se daban cuenta y no tenían ni idea de nada. Dejó de ir detrás del gimnasio.

Aprobó el Abitur (examen de ingreso a la universidad) con la tercera mejor calificación. Sus padres solo echaron un vistazo al certificado brevemente, luego su madre lo guardó cuidadosamente en su carpeta de documentos. Ni elogios, ni críticas. Su madre volvió a mirar por la ventana, como si esperara el estruendo de la Cacería de Lützow. Su padre se dedicó a su periódico y a su pipa, y Leo subió a su habitación. Y así vivieron juntos durante el año siguiente. Leo no sabía qué hacer después.

Día tras día, observaba desde su ventana a la gente que entraba al supermercado al otro extremo del campo. Día tras día, observaba a la hermosa joven que llegaba a la misma hora todos los días. Se quedaba desnudo junto a la ventana, conteniendo su eyaculación hasta que ella saliera. Un día, su deseo se volvió demasiado fuerte. Guardó su navaja y la esperó en la puerta, con la hoja en la mano. Se acercó a ella con un gesto amenazador y la obligó a bajar al sótano, luego guardó la navaja. En el silencio espeluznante, ella tuvo que tumbarse en el frío suelo de cemento. Él le quitó rápidamente las bragas y le subió la falda. Ella lo miró con lujuria y terror. Él sabía cómo funcionaba por haber espiado detrás del gimnasio y por lo que había oído de su madre. La penetró rápidamente y la folló con fuerza y rapidez. Su rostro estaba congelado por el terror; jadeó y lo miró horrorizada. Le llevó mucho tiempo, porque a pesar de su audacia, estaba confundido por todo el proceso. Ella jadeó y respiró hondo hasta que él eyaculó, susurrando “¡No, no!”

mientras la penetraba. Inmediatamente se puso de pie y miró sus genitales, de los cuales rezumaba su espeso semen blanco. Le arrojó las bragas sobre la cara y murmuró: "¡Hasta luego!", y desapareció tan rápido como pudo.

Temblaba de miedo de que ella fuera a la policía y miraba fijamente por la ventana. No vinieron. No lo arrestaron. Ella fue de compras como de costumbre. Ni policía, ni vengador pisándole los talones. Al tercer día, la esperó de nuevo tras la puerta principal. Sin que él tuviera que decir una palabra, ella lo guió, con la cabeza gacha, hacia el sótano. Fue un poco más allá que la vez anterior, hasta un rincón donde había unas viejas mantas de crin de caballo extendidas. En silencio, dejó su bolsa de la compra, se tumbó y se subió la falda hasta el pecho. No llevaba bragas y le ofreció su vulva recién depilada, esperando a que él se bajara los pantalones. Hicieron el amor en silencio, y él la observó con atención mientras respiraba. Al principio, ella gemía muy suavemente, jadeando y respirando cada vez más rápido, hasta que emitió pequeños sonidos lastimeros y tembló al llegar al clímax. Él la penetró unas cuantas veces más y eyaculó durante un buen rato. Cuando él se puso de pie, ella le sonrió radiante antes de que desapareciera. A partir de entonces, él la esperaba cada pocos días; ella sonreía y se adelantaba, bajando al sótano. Nunca hablaban, no se conocían por sus nombres, y cuando una vez la desnudó por completo, comprendió por qué no tenía novio. Le faltaba el seno izquierdo; se lo habían amputado, dejando una fea cicatriz. Negó con la cabeza cuando ella le sugirió que subieran a su apartamento.

La cicatriz no le molestaba en absoluto. Le conmovía que ella solo usara ropa fácil de abrir, que lo presionara contra su pecho desnudo después de que él eyaculara, y que le permitiera masturbarla voluntariamente cuando hacía una pausa antes de la siguiente ronda. No, todo aquello empezaba a aburrirle. El sótano. Los techos sucios. La mujer guapa, de la edad de su madre, que amaba los orgasmos por encima de todo. La emoción del primer encuentro se había desvanecido. Después de muchos meses, la visitaba cada vez con menos frecuencia, y un día dejó de ir por completo.

Pasaron los meses, y entonces su deseo se reavivó. Conducía media ciudad todos los días, observando el estacionamiento frente a un centro comercial. Después de días, finalmente, una mujer de mediana edad estaba cargando sus compras en un auto grande.

Era un día malo, brumoso y lluvioso, cuando la gente prestaba poca atención a su alrededor. Con pasos rápidos, abrió la puerta del pasajero, se sentó con su navaja de bolsillo y la miró fijamente. “Toma, toma el dinero”, dijo, pero negó con la cabeza. “No”, dijo con voz tensa, “¡Quiero follar!”. La mujer no se movió, paralizada por el miedo, y no había nadie cerca para pedir ayuda. Leo se dio cuenta de que esto no funcionaría: volante, palanca de cambios, freno de mano. Le quitó el bolso de la mano y le ordenó que se subiera al asiento trasero. Tuvo que repetirlo, entonces ella salió, y le quedó claro que no podía huir sin su bolso. Mientras subía a la parte de atrás, le ordenó que se quitara las bragas y extendió la mano expectante. Debido a su vello facial, ella ya no lo consideraba un niño. Se recompuso y se quitó la ropa interior con torpeza. Él la tomó, ¡y la falda también! y extendió la mano. Su rostro se sonrojó intensamente, ella le dio la falda y él vio su vulva bajo su espeso vello púbico. Salió del auto y guardó su navaja. Le dijo que se acostara y se bajó la cremallera del pantalón. Ella gimió y jadeó al acostarse. Él le separó las piernas y examinó sus genitales envejecidos con atención. La penetró sin preliminares y sin hacer ruido. Ella jadeó y se aferró a su espalda. Permaneció completamente inmóvil y protestó con un lamento mientras él eyaculaba. Cuando él se enderezó, le separó los labios vaginales con los dedos y comenzó a masturbarle el clítoris, ella negó con la cabeza vehementemente, diciendo que no lo quería. Fue precisamente esta resistencia lo que lo excitó; la sujetó con firmeza y la masturbó hasta que ella se quedó en silencio y, después de varios largos minutos, tuvo un orgasmo con violentas embestidas pélvicas. Inmediatamente la penetró con fuerza en su vagina palpitante y la folló con intensidad. Escuchaba con éxtasis su respiración acelerada, que se convertía en jadeos entrecortados. Eyaculó, con los ojos brillando de triunfo, en el instante en que ella se estremeció y convulsionó por su último e intenso orgasmo, profiriendo fuertes gritos de “¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!”. La dejó allí tendida, medio desnuda, y desapareció.

Durante días vigiló el estacionamiento; no apareció la policía, nada indicaba que alguien hubiera sido violado allí. Su deseo creció y violó a una docena de mujeres en los meses siguientes. Un día, aparecieron carteles de búsqueda en el centro comercial y sus alrededores. Advertían que un violador andaba por la zona. La descripción era la de un hombre de unos cuarenta años, de aproximadamente 1,80 metros de altura, musculoso, con un gran bigote, presumiblemente turco. Se decía que estaba armado con un gran

cuchillo de caza y que solía ir por las noches. Ni una palabra sobre su enanismo, ni una palabra sobre su joroba, ni una palabra sobre el hecho de que solo tenía 20 años.

Aunque el cartel de búsqueda de la policía era una broma, se sintió intimidado y decidió practicar la castidad y la abstinencia. Por supuesto, no pudo mantenerlo por mucho tiempo. Trasladó su zona de caza a las afueras del pueblo, a un pequeño bosque cerca de una escuela de niñas. Allí acechaba y observaba. Día tras día, observaba a las niñas, anotando mentalmente cuáles se separaban de los grupos y salían a pasear por el bosque. Muchas también se escondían tras una cabaña fuera del muro del patio de la escuela para fumar o beber a escondidas. Esperó durante días hasta que una niña se sentó de nuevo en una piedra junto a la gran roca.

Apareció junto a ella como de la nada y la amenazó con una navaja. La condujo tras las rocas y la violó. La chica lloró en silencio; aún era virgen y no comprendía mucho. Él desapareció sin dejar rastro. Ella se secó la pequeña cantidad de sangre de sus labios vaginales y regresó al internado, guardando el secreto. Leo violó a otra chica tras las rocas, pero esta ya no era virgen y después le permitió masturbarla voluntariamente. Pero luego, durante semanas, nadie más acudió al bosque. Era necesario un cambio de estrategia.

Compró una botella de aguardiente y se unió a las mujeres que fumaban detrás de la cabaña. No pasó mucho tiempo antes de que todos estuvieran un poco ebrios, riendo, sollozando y besándose apasionadamente. Cuando las chicas se fueron, Leo detuvo a Anita, la chica con la que se había estado besando. Aunque ella decía tener 16 años, él no le creyó; en su opinión, no tenía más de 14. “Estará allí mismo”, dijo Leo con naturalidad, y devoró a Anita con un beso francés. Poco después, le acarició la vulva por debajo de las bragas, que pronto le quitó. Sin embargo, la emoción de ser sorprendido faltaba cuando desfloró a la chica borracha y le hizo el amor con ternura. Ella rió nerviosamente cuando él eyaculó dentro de ella, y rió satisfecha porque era exactamente como lo había imaginado en teoría. Se veían varias veces por semana, y poco a poco ella aprendió a tener orgasmos: ¡el mejor invento desde el descubrimiento del fuego! Sus dos amigas los espiaban abiertamente, observándolos tener sexo cada vez. Con el tiempo, Leo perdió interés en Anita; la visitaba cada vez con menos frecuencia y la

besaba al despedirse. No pudo soportar sus lágrimas silenciosas y se marchó.

Por pura casualidad, una tarde vio a una mujer muy joven en un parque desierto, empujando un cochecito y deteniéndose de vez en cuando para fumar. Esperó unos días, observándola. Siempre venía a la misma hora. Al final de una de sus pausas para fumar, se paró a su lado y la amenazó. La empujó junto con el cochecito detrás de un arbusto; el bebé dormía profundamente. “Toma, puedes quedarte con mi dinero”, dijo, pero negó con la cabeza y susurró: “¡Quiero follar!”. Sin oponer resistencia, ella se dejó empujar al suelo. Cuando él jugueteó con sus bragas, ella se las quitó. “Pero no te corras”, susurró, “¡Acabo de dar a luz!”. Él percibió su miedo bajo su fingida frialdad, y la excitación regresó. La violó en silencio, pero ella era una mujer extraordinaria. En poco tiempo, jadeaba y alcanzaba el orgasmo, y mientras él continuaba embistiéndola, ella se mantuvo en su alto nivel de excitación, pasando de un pequeño orgasmo a otro, hasta que un orgasmo poderoso la sacudió. Al instante, comenzó a eyacular, pero ella lo apartó de inmediato. ¡No, no eyacular! Estaba molesto porque su semen estaba salpicando el césped. Se levantó y se dio la vuelta para irse, luego esperó hasta que ella se vistió y ayudó a empujar el cochecito de vuelta al camino. Solo entonces se dirigió en la otra dirección y desapareció en la oscuridad. La violó un rato más, porque obviamente ella también lo deseaba y había dominado esta increíble técnica del orgasmo prolongado. Por un tiempo, todavía estaba impresionado por el hecho de que ella había dado a luz recientemente. Antes de eyacular, retiró su pene, y ella lo frotó para que su semen solo salpicara la parte exterior de su vagina. Después de un rato, no fue suficiente para él; introdujo su pene en su vagina como una jeringa gigantesca, aunque ella todavía lo sujetaba. Sí, la emoción de la violencia había regresado; ahora no se dejaría humillar y la sujetó firmemente con sus manos increíblemente fuertes hasta que terminó de eyacular. Ella gimió diciendo que no quería quedar embarazada, pero a él no le importó. Fue la última vez que se quejó de la ausencia de su menstruación y lo acusó de haberla embarazado. Él siguió teniendo relaciones sexuales con ella, aunque le molestaba, y eyaculó dentro de ella deliberadamente, sin prestar atención a sus gemidos.

Durante los años siguientes, solo interrumpía sus estudios de derecho cuando su deseo se volvía demasiado fuerte. Entonces re-

tomaba las violaciones en aparcamientos de centros comerciales o en parques, tras lo cual volvía a ser el estudiante aplicado. Hasta el día en que cometió un error fatal.

Gert notó lo difícil que le resultaba a Leo hablar del tema. Era un oyente paciente y podía esperar, incluso si tenía que esperar días.

Leo estudiaba en casa y era muy aplicado, porque quería aprobar sus exámenes con honores. Era una recompensa que se merecía, porque sus padres nunca lo premiaban. Una tarde, la guapa Karin estaba visitando a su madre, la misma Karin que le había estado coqueteando y guiñándole el ojo sin parar. Como el baño de la planta baja estaba roto, tuvo que usar el de arriba. Se detuvo en la puerta de su habitación y, con un coqueto parpadeo, dijo que iba a orinar. Por supuesto, dejó la puerta del baño abierta, y su deseo creció al oír el largo, largo chapoteo. Sacó el rollo de papel higiénico y se secó con él; él pudo verlo porque ya estaba de pie bajo la puerta. En dos pasos estaba a su lado y la tiró sobre la alfombra. ¿Qué es esto? Dijo ella innecesariamente y se bajó las bragas y la falda hasta los tobillos antes de tumbarse voluntariamente y abrir las piernas obedientemente. Inmediatamente, Leo penetró la vagina de Karin y comenzó a follarla salvajemente. Sin darse cuenta, notó que Karin era una mujer que no llegaba al orgasmo durante el sexo. Sin embargo, percibió que lo disfrutaba y participaba activamente con hábiles movimientos pélvicos. Sus ojos se abrieron de par en par cuando él eyaculó, y se percató de que ella miraba a alguien detrás de él con auténtico horror. Era su madre.

La madre había presenciado todo y le gritaba, preguntándole qué había hecho y diciéndole que era un cerdo. En medio de los gritos, Karin no tuvo oportunidad de defender a Leo e insistir en que había sido consensuado. Una oleada de furia lo invadió; cegado por la ira, agarró la mano de su madre y la tiró al suelo. Karin, medio desnuda, huyó a la ducha, se agachó y se abrazó las rodillas. Leo le rasgó la falda a su madre y también le rompió las bragas.

Después de todos los labios, vaginas y clítoris que había visto antes, estaba viendo la vulva de su madre desnuda por primera vez. En realidad tenía unos genitales pequeños y hermosos, pensó. Como un loco, se abalanzó hacia adelante y metió su pene erecto en la apretada vagina de su madre. La embistió furiosamente, fo-

llándola durante un buen rato, porque nunca antes había eyaculado tan rápido. Los gemidos de su madre se convirtieron en un aullido agudo, luego contuvo la respiración y lo miró con ojos fríos. No pudo decir cuánto tardó en eyacular. Con una maldición fuerte y blasfema, eyaculó, con el rostro contorsionado en un frenesí salvaje, embistiendo una y otra vez. Recordó que todo el tiempo había estado mirando la vagina y los labios de Karin, que estaban a solo unos centímetros de su cara, y que Karin se estaba frotando el clítoris con los dedos al mismo ritmo que él. Vio el rastro pálido que dejó su semen al salir de la vagina de Karin. Solo dejó de embestir cuando Karin tuvo un orgasmo con un grito silencioso y su pene se ablandó. Maldiciendo, apartó el cuerpo de su madre, fue a su habitación, guardó sus pertenencias en su mochila grande y se marchó. Nunca volvió a ver a sus padres.

Vagaba sin rumbo, durmiendo detrás de una gasolinera y cerca de la estación de tren. Finalmente, se armó de valor y fue a la universidad, le contó una historia inverosímil al decano y le pidió permiso para interrumpir sus estudios. El decano negó con la cabeza porque Leo estaba a punto de presentar sus exámenes finales, luego miró al muchacho desaliñado y andrajoso y accedió a su petición. Leo volvió a merodear por los estacionamientos de los centros comerciales y a asaltar a mujeres de todas las edades. También les robaba algunos billetes; tenía que financiar su precaria existencia de alguna manera. Además, robaba algo de dinero de la caja registradora cuando el empleado de la gasolinera estaba en el almacén. Era muy cuidadoso y nadie sospechaba nada.

Solo después de meses se atrevió a ir a casa de Karin, dormir en el suelo del cobertizo del jardín y observar durante días. Cuando su marido se fue a trabajar como de costumbre, se aventuró a acercarse. La sorpresa de Karin lo enloqueció y terminaron en la alfombra del salón. Karin disfrutó de la penetración, ya que su marido eyaculaba con bastante rapidez y, por lo demás, era poco imaginativo en la cama. Gradualmente, reveló que su madre había sido tímida y deprimida durante mucho tiempo. No había tenido relaciones sexuales desde su nacimiento, ni siquiera con su padre, y llevaba una vida completamente asexual. ¡Y ahora, 25 años después, violada por su propio hijo! Hasta entonces, solo había tenido una relación superficial con su madre, pero el trauma fue grave y su madre hablaba sin cesar del suceso. Karin tuvo que describir con gran detalle cómo Leo la había violado. Qué imágenes de la

violación aún recordaba, qué había visto exactamente de sus genitales o de su pene. Karin se rió y dijo: «¡Vaya, sí que has revuelto las cosas!». Y la madre había vuelto a masturbarse después de 30 años de abstinencia, con mucha, muchísima intensidad. Karin se rió con malicia: ¡una mujer que no había tenido relaciones sexuales ni se había masturbado en 30 años!

Leo se preguntaba con qué ingenuidad Karin aceptaba esos cuentos de hadas. Al fin y al cabo, él mismo había aflojado una tabla del suelo de su habitación y había retirado cuidadosamente capa tras capa hasta llegar al yeso del dormitorio de sus padres. Le llevó horas de perforación silenciosa hasta que perforó un pequeño agujero junto a la lámpara del techo y retiró suficiente aislamiento como para meter la cara y asomar un ojo por la diminuta abertura. ¡Una proeza de precisión técnica para un niño de nueve años! En los años siguientes, acechaba cada vez que alguien entraba en el dormitorio. Observaba a su madre masturbarse todas las tardes en la gran cama doble. En la penumbra del dormitorio, apenas podía distinguir su mano girando sobre el triángulo oscuro. A veces necesitaba hacerlo una segunda vez; a veces, cuando llegaba al orgasmo, levantaba las piernas hacia el cielo formando una gran V. Siempre lo hacía en secreto y nunca en presencia de su padre.

Todos los domingos, al amanecer, se ponía su seductor camisón y le hacía una paja a su padre mientras él le acariciaba el cuerpo. Leo se sentía muy incómodo porque el pene de su padre era pequeño; incluso él tenía uno más grande. Cuando se impacientaba, dejaba que el semen de su padre le corriera por los dedos. Pero la mayoría de las veces, le tomaba el pene con la boca y lo masturbaba. Al principio, a Leo le daba asco que se tragara el semen. Pero ella siempre se reía y besaba a su marido con la boca mojada de semen. En todos esos años, él nunca los vio tener relaciones sexuales.

Una vez cada dos meses, el tío Harry se escabullía a su casa. Era, para ser precisos, el cuñado de su padre, y solo venía a escondidas para tener sexo. Entraban sigilosamente en el dormitorio, se desvestían rápidamente y se abrazaban, con sus cuerpos desnudos pegados. No duraban mucho, y el tío Harry se echaba hacia atrás al eyacular. A la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche, Leo podía ver más detalles: el pene grande y grueso dentro de su vagina mientras él la penetraba y eyaculaba. Rara vez tenían sexo una

segunda vez; a menudo, su madre estiraba las piernas hacia arriba, y su pene entraba y salía lenta y constantemente hasta que el tío Harry se ponía rígido y, inmóvil, eyaculaba dentro de ella. Ella nunca tenía un orgasmo durante el sexo y nunca se masturbaba cuando el tío Harry estaba presente. Leo estaba triste porque su madre había traicionado tan vilmente a su padre y sonreía a su tío cuando él eyaculaba profundamente dentro de ella, pero, por otro lado, se excitaba muchísimo al verlos. Años después, a veces pensó que podría ser hijo de Harry. Probablemente. Es posible.

Cada vez que Karin visitaba a su madre, esta le contaba con todo detalle sobre su masturbación y las imágenes y sensaciones que había experimentado durante aquel terrible suceso. La madre cerraba los ojos durante estas fantasías y lo revivía mientras hablaba: los genitales de Karin, en los que su hijo eyaculó, la exposición frenética de su vulva y el acto de ser penetrada, que la había transformado tan profundamente.

Leo visitó a Karin durante todo el verano y hasta finales de otoño. El cobertizo del jardín era un lugar seguro; allí podía ducharse y comer todos los días. A Karin le encantaba que la follara, aunque solo llegaba al orgasmo masturbándose. Era algo exhibicionista y disfrutaba dejándose ver mientras él se masturbaba. Cuando los vecinos empezaron a murmurar, se despidieron y Leo se marchó sin mirar atrás. Karin arregló el cobertizo.

Se refugió en el bosque de Steigerwald cuando la lluvia caía sin cesar y se construyó una cabaña con ramas y hojas. El viento helado y la primera nevada lo ahuyentaron, y se escondió en un cobertizo perteneciente a la antigua casa del guardabosques, donde la viuda Teresa vivía sola. Al principio, ella pensó que era un mapache o un zorro. Una noche, mientras una fuerte ventisca azotaba la antigua casa, la despertó el estruendo causado por el derrumbe del cobertizo. Se levantó de un salto, se envolvió en un paño y salió con su lámpara de aceite. Encontró a un niño completamente salvaje, con el pelo revuelto, la barba descuidada y temblando de frío. El paño empapado se le pegaba al cuerpo, y Leo, temblando, la contempló desnuda bajo la tela mojada a la luz de la lámpara. Ella le tomó la mano y lo condujo a la casa. Él negó con la cabeza enérgicamente cuando ella señaló con la cabeza hacia el cálido dormitorio, la única habitación con calefacción de la casa. No podía dormir en la misma cama que la centenaria. Ella se encogió de hom-

bros y sacó una manta fina. Él durmió en el banco de madera junto a la puerta principal, en el vestíbulo helado. Cuando la viuda se levantó por la mañana, él ya se había ido. Había doblado la manta cuidadosamente.

Leo hizo una larga pausa, pensativo, antes de continuar. La viuda no tenía 100 años, sino solo 64, y vivía sola desde la muerte del guardabosques. Lo había conocido cuando tenía poco menos de 15 y fue con el respetable hombre al puesto de caza. Claro que allí arriba se estaba congelando con su fino dirndl de entre semana, y claro, el caballero se quitó la chaqueta y se la echó al hombro, dejando también su mano allí. La abrazó con fuerza; hacía un frío glacial. Le explicó todo, cómo las ciervas daban a luz a los cervatillos después de que el macho montara a la hembra. "¿Lo entiendes, verdad?" "Sí", asintió ella. "He visto a menudo a perros y vacas montarse entre sí". "¿Te gustaría besarlo?", preguntó el honorable caballero, y ella asintió. "¿Por qué no? He besado a muchos chicos en la escuela del pueblo". Después de que ella lo besara, él rió y le explicó que un beso de verdad también implicaba usar la lengua. Ella aprendió rápido y lo disfrutó mucho. El guardabosques rondaba los cuarenta y tantos años y, mientras la besaba, deslizaba una mano por su escote. Su corazón siempre se aceleraba cuando se besaban con lengua y él acariciaba con ternura un pecho, luego el otro. Un escalofrío placentero la recorría cuando él le acariciaba los pezones y estos se endurecían. Se estremecía mientras él continuaba, y unas pequeñas gotas de líquido escapaban de su vagina.

Desde entonces, acudía al puesto de caza con júbilo y expectación. Le encantaban los besos y las caricias en sus pechos. Una sensación de cosquilleo perlado le recorría la espalda cuando su mano se deslizaba por su muslo y acariciaba suavemente sus bragas. Se sentía tan bien, tan maravilloso, que se las quitó rápidamente cuando él le susurró al oído que se lo preguntara. Se alegró interiormente, pues ahora él acariciaba sus labios y el vestíbulo vaginal con tanta suavidad y delicadeza mientras la besaba. Cuando él se ponía de pie para orinar sobre la barandilla, ella miraba su pene sin dudarlo. La primera vez no le pareció muy apetitoso, pero después de unos días ya no le resultaba tan repulsivo. Cuando necesitaba orinar, se ponía en cuclillas y dejaba que su pequeño chorro goteara hacia el bosque. No le molestaba que él la observara; al

fin y al cabo, ella lo observaba cuando orinaba y sacudía las últimas gotas de su pene.

No parecía satisfecho y siguió temblando durante un buen rato, hasta que salieron unas gotas más. Al día siguiente, le permitió que le sujetara el pene mientras lo sacudía. Ella rió inocentemente porque podía sentir el latido de su pene con las yemas de los dedos mientras eyaculaba. Fue muy excitante, y nunca había visto nada igual.

Continuaron besándose y acariciándole los labios vaginales. Durante días le susurró al oído lo hermosa que era, lo dulce que era su sexo, que nunca había visto a una mujer más bella. Cuando la besaba y le hacía cosquillas en los lóbulos de las orejas, empezó a susurrarle de nuevo sobre tener sexo con ella. Ella se incorporó de golpe y dijo que era virgen y que debía seguir siéndolo hasta su noche de bodas; ¡no podía dejar que él tuviera sexo con ella, absolutamente no! Simplemente estaba repitiendo como un loro las palabras que su madre le había inculcado enfáticamente cuando le contó sobre los besos y las caricias con el señor Forester. Se tomó en serio lo que su madre dijo sobre tener sexo, aunque no sabía qué significaba la virginidad ni por qué los hombres tenían que esperar hasta su noche de bodas para tener sexo con las mujeres. Cuando su madre dijo que no había esperado y que su amigo, el padre del apuesto Hannes, se había echado atrás en la boda, se abrazaron y lloraron. Por lo tanto, se lo tomó en serio, le aseguró al guardabosques. ¡Nada de trepar!

Él estaba muy triste por eso, y ella solo pudo animarlo con besos suaves y apropiados. Ella tomó su mano y la colocó sobre su vulva, y eso lo hizo feliz, y permaneció así hasta el invierno. No se volvieron a ver hasta finales de la primavera, cuando hizo suficiente calor como para sentarse en el puesto de caza sin bragas. El tonto, por supuesto, lo había olvidado todo durante el invierno, seguía sacando a relucir la idea de montarla, y ella no cedió, se mantuvo firme y le dijo, solo en su noche de bodas. Él tenía que casarse con ella primero, punto. Continuaron con besos y caricias en sus labios. Cuando él se detuvo un momento mientras temblaba, ella aventureramente extendió la mano hacia su pene y lo sacudió. Pacientemente, él le dio instrucciones: en lugar de sacudirlo, tenía que frotarlo, y ella aprendió rápidamente. Ella lo besó, dejó que él

acariciara sus genitales y lo frotó con tanta fuerza que roció en el oscuro bosque.

Llegó el invierno, ella ya tenía casi 17 años y lo visitaba regularmente en la cabaña del guardabosques. Se acostaban en la cama, se besaban sin parar y él podía acariciar sus labios vaginales. Cuando él regresaba del baño con el pene al descubierto, ella lo frotaba rápidamente y lo llevaba al orgasmo en un instante. Cuando quería provocarlo, se subía la falda, abría las piernas y tocaba inocentemente su vulva depilada con la mano. «Si te casas conmigo», bromeaba, «¡entonces podrás tener sexo conmigo!». Sonreía para sus adentros, porque él solía abalanzarse sobre ella, lo que la excitaba enormemente. Pero protegía sus genitales con una mano mientras él la penetraba como perros en pleno apareamiento. Siempre se compadecía de él y le frotaba el pene hasta que eyaculaba sobre su vulva. ¡Primero el matrimonio, luego el sexo!

Ella lo volvía completamente loco. Él fue a ver a su madre y concertó la fecha de la boda. Después de que él se fue, la madre la abrazó y sollozó diciendo que seguramente ya se había acostado con ella. Thea, como la llamaban, no entendió y miró a los ojos de la madre. Con incertidumbre, le preguntó: “¿Esperar a que se acueste con ella?”. La madre asintió con una sonrisa triste. “No”, dijo Thea, “¡primero el matrimonio, luego acostarse con ella!”. Y la madre sonrió aliviada: “¡Qué lista eres!”.

La boda fue preciosa, todos lloraron. El guardabosques, de casi cincuenta años, con su mejor traje tradicional, y Thea, de diecisiete, con un dirndl ricamente bordado. Comieron, rieron y bebieron como si no hubiera un mañana. Todos los jóvenes abrazaban a Thea con fuerza cuando bailaban con ella; algunas manos incluso le manoseaban el trasero, pero no importaba, todos estaban embriagados de alegría. Hubo mucha charla, gritos y brindis. Muchos padres y madres susurraban aliviados de que el viejo acosador y virgen traviesa por fin se fuera a casar; ¡ya era hora! Que ninguna jovencita estuviera a salvo del guardabosques no era ningún secreto; al fin y al cabo, a menudo había tenido que pagar por abortos.

Pero lejos de esos pensamientos sombríos, había baile, risas y bebida; sí, sobre todo bebida. Thea necesitaba un respiro y fue a buscar a su marido. Lo encontró, completamente borracho, en el guardarropa frente a los baños. Estaba en pleno acto sexual con

ella, y ella estaba indignada y profundamente dolida. Él levantó la vista con incertidumbre y murmuró algo, pero la hija gorda y fea del posadero lo agarró, diciéndole que continuara. Thea se acercó; vio, sobre todo, el gran y gordo trasero de la joven, sus genitales húmedos y, justo en el medio, ¡el pene que debería haber sido suyo hasta que la muerte nos separe! Con triste furia, observó cómo su marido la follaba y finalmente convulsionaba durante una laboriosa eyaculación borracha. La chica se tiró un sonoro pedo, y entonces Thea volvió al salón de baile.

Estaba dolida y ofendida. Claro que también había bebido más alcohol que nunca, pero estaba decidida a vengar la infidelidad de su marido el día de su boda. Su marido había desperdiciado su derecho a la primera relación sexual con una niña gorda e impúdica de 13 años. Ella también tendría su primera vez con otro. Naturalmente, sería Hannes, que tenía la misma edad; eso era obvio para ella. Su compañero de juegos favorito, a quien quería precisamente porque sabía que tenían el mismo padre. Y porque podía compartir todos sus secretos con él, incluyendo lo que el guardabosques le hacía. Después de aprender a frotarse y eyacular con el guardabosques, a menudo se lo frotaba hasta que eyaculaba, porque el pene de Hannes era más hermoso que todas las docenas de penes que había visto, tocado con curiosidad o frotado hasta la eyaculación. En este sentido, era popular entre todos los chicos del pueblo, porque era completamente sencillo; disfrutaba haciéndolo con todos.

Con el corazón desenfrenado, retó al apuesto Hannes a un concurso de bebida, bebiendo un trago tras otro, y luego le susurró al oído. Se adelantó, encontró una habitación de invitados vacía y dejó la puerta abierta. Hannes, Fritz y el pequeño Joschi entraron sonriendo, moviéndose tímidamente de un pie al otro. Se quitó las bragas y las medias blancas y se tumbó en la cama. “¿Hannes, si quieres?”, preguntó innecesariamente, extendiendo la mano. Sintió solo un pequeño pinchazo cuando se le rompió el himen, pero dejó que los tres la montaran y no se dio por satisfecha hasta que ninguno pudo eyacular más. No recordó después cuántas veces la montaron antes de arreglarse la ropa y volver al pasillo.

El matrimonio fue de lo más común. Cada noche, ella yacía expectante en la cama, esperando a su marido. Nunca hablaban del hecho de que él se había acostado con la mujer gorda en su noche

de bodas; probablemente ni siquiera lo recordaba. Y, por supuesto, ella tampoco mencionaba el sexo de la boda; ¿para qué? Su vida sexual fue inicialmente tranquila; durante años esperó al hijo que nunca tendría. Cada noche, el guardabosques se emborrachaba y cada vez se olvidaba más de acostarse con Thea. La golpeaba con mayor frecuencia y se retiraba al puesto de caza con su aguardiente, trayendo a casa un ciervo o dos liebres por la noche y sentándose a la mesa de la cocina a beber mientras ella cocinaba. A veces, viejos o nuevos amigos pasaban a visitarla durante el día; ella revisaba cuidadosamente el reloj de la cocina con antelación para asegurarse de que su marido no hubiera llegado a casa antes de ofrecerle sexo para un encuentro rápido. El sexo brillante y húmedo de la hija gorda del posadero, en el que su marido engañoso se había acostado, era una imagen que jamás podría borrar de su memoria. Conforme envejecía, menos frecuentes eran sus encuentros sexuales rápidos. Su marido bebía mucho, y sus palizas, le aterrorizaban. Cuando la golpeó por primera vez con su cinturón de cuero, ella no pudo más.

A la noche siguiente, no regresó a casa. Ella avisó a la policía rural por teléfono, quienes lo encontraron de madrugada. Se había disparado en la cabeza, algo que ella, por supuesto, ya sabía. Todos los habitantes del pueblo acudieron a darle el pésame. Algunos vieron las marcas y los moretones, tanto antiguos como recientes, en su rostro y negaron con la cabeza. «Qué lástima, qué lástima», decían, «pero las palizas por fin habían cesado». Los agentes de la policía rural la interrogaron con delicadeza; les bastó con que bebía en exceso y la golpeaba por frustración sexual. «Hablaba a menudo de acabar con todo», dijo la viuda con la voz quebrada.

Por supuesto, no podía confundir a los pobres policías diciéndoles que esa mañana había mezclado pastillas para dormir trituradas con el café en el termo y que, horas después, se había acercado sigilosamente al puesto de caza para apuntar con el rifle a la barbilla del hombre dormido y apretar el gatillo. Cambió el termo por otro y lo lavó a conciencia en casa, junto con su ropa. No, no quería causar ninguna confusión y, como era de esperar, lloró amargamente ante la tumba de su marido.

Recibía una buena pensión de viudedad y le permitieron quedarse en la antigua casa del guarda forestal, ya que habían construido una nueva a dos pueblos de distancia. Después del funeral,

viejos amigos la visitaron para un encuentro íntimo; algunos incluso se quedaron a dormir. Escuchaba mucho la radio y leía libros de la biblioteca todo el día, maravillándose ante la diversidad de la vida y los mundos lejanos. Dos o tres veces por semana iba al bosque de Steigerwald, a menudo sentada durante horas al sol en un puesto de caza, soñando con los viejos tiempos en que los besos, las caricias en los labios vaginales y el roce de la eyaculación aún eran novedosos. Recordaba con cariño al hombre que había sido entonces. El otro hombre había dejado este mundo de forma abrupta, y eso le parecía bien.

Después de una noche maravillosa, cuando el bueno de Hannes se apresuró a volver a casa, ella se entregó a sus genitales. ¡Había descubierto la masturbación! ¡Había descubierto el orgasmo! Hora tras hora se masturbó, se quedó en la cama todo el día y solo paró agotada la noche siguiente. Se durmió y volvió a masturbarse, orgasmo tras orgasmo, hasta que no pudo más. Sintió un tirón desconocido en el estómago. ¡Hambre! Se rió durante minutos seguidos: ¡cómo pudo haberse olvidado de la comida!

Pasaron los años, los encuentros sexuales rápidos y el sexo se volvieron menos frecuentes, pero ella lo entendió y no se lo reprochó a nadie. Podía darse un orgasmo cuando quisiera. Incluso frente al televisor que Hannes le había instalado. Le había pedido que también le instalara la suscripción a pornografía softcore. Disfrutaba viendo a otras personas tener sexo y masturbándose. A los 60, ya no tenía ese deseo. Era confuso no tener ganas de masturbarse, ni de tener orgasmos. El deseo se detuvo de forma abrupta y entrecortada. Ya no lo necesitaba. Pasaron los años, dejó el televisor roto y leyó libro tras libro. Durante mucho tiempo, no había podido subir al puesto de caza. Tenía 64 años, estaba cansada y agotada, y esperaba el invierno. Y entonces, en medio de una ventisca, esta niña desaliñada y descuidada cayó en su regazo.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano y preparó el desayuno. Luego hizo sonar los platos y el niño se despertó. Él intentó apresuradamente recoger sus cosas e irse, pero ella gritó desde la cocina: «¡Desayuno!», y él se detuvo. «Ven, el desayuno está listo», repitió ella, y él se dio la vuelta. Dudó un buen rato, luego se acercó a la mesa y se sentó en el borde de la silla. Poco a poco empezó a comer; al parecer, llevaba días o semanas sin comer. Ella se levantó y dijo: «Voy a preparar unos huevos revuel-

tos», y los preparó. Mientras él comía, ella dijo: «Soy Thea, la viuda Teresa», y luego le preguntó su nombre. Él no respondió, puso su plato en el fregadero y salió. Luego se dio la vuelta y dijo: «Gracias por el desayuno», dio dos pasos y dijo: «Leo», antes de desaparecer entre la ráfaga de nieve.

Leo regresó por la noche; ella estaba preparando la cena. Podía ducharse, le dijo, pues ya le había preparado todo. Él obedeció en silencio, consciente de que apestaba a mofeta. Se puso la camisa limpia, que le quedaba enorme; la ropa interior también le quedaba grande, pero tenía que servirle. Tuvo que remangarse los pantalones de guardabosques por completo y rió con amargura al mirarse en el espejo. Ella simplemente asintió y, después de cenar, dijo que había extendido la manta en el dormitorio; allí hacía más calor que en la antesala. Era tan decidida que él aceptó su destino.

Bebieron en silencio el vino blanco local, ácido y refrescante. Él le dijo su nombre completo, la dirección de sus padres y le contó la misma historia fantasiosa que había narrado en la universidad. Dijo que no era un jovencito barbudo, sino un hombre de 28 años a punto de terminar sus estudios de Derecho; podría presentarse a los exámenes finales en primavera. Ella escuchó atentamente y fue a buscar unas tijeras; podía cortarle el pelo. Él prefirió hacerlo él mismo y se fue al baño. Cuando terminó, la cocina ya estaba a oscuras y Thea estaba tumbada en su cama de matrimonio, leyendo un libro.

Estaba desnuda, ¡completamente desnuda! Normalmente se cubría con una manta, claro, pero esa noche se sentía increíblemente alegre después de haberse bebido la segunda botella ella sola. ¡Y el pobre chico debía de estar medio muerto de hambre después de tantos días en el bosque! De alguna manera, podía ver en él la larga abstinencia, y ya estaba jugando con la idea mientras bebía el vino. No es que ella lo necesitara, ¡pero él sí!

Su cabello blanco estaba trenzado como siempre, su cuerpo esbelto y delgado cubierto de piel vieja y arrugada. Sus pechos eran pequeños y arrugados, sus pezones, en contraste, grandes y puntiagudos. Leo solo había visto pezones así en mujeres excitadas. Sus brazos y piernas eran delgados y cubiertos de piel arrugada. Sus huesos de la cadera sobresalían notablemente bajo las arrugas. La miró, hipnotizado, su escaso y claro vello púbico, que dejaba

ver su vulva. Tenía unos labios mayores sorprendentemente grandes, con los labios menores irregulares asomando, y no pudo ocultar su erección.

Ella había notado sus miradas y apartó el libro. Encendió la lámpara de la mesita de noche, que siguió brillando con una luz tenue. «Cuando termines de mirar, desnúdate», dijo. «Siempre duermo desnuda». Él obedeció mecánicamente, y ella observó su pene erecto. Él la miró fijamente a la mano de ella, que acariciaba suavemente sus ingles y labios, y sujetó su pene con firmeza, frotándolo un poco, por supuesto. Con ojos brillantes, ella vio que estaba increíblemente excitado. Observó cómo se frotaba lentamente, cómo se ponía rígido su glande y cómo, de repente, su semen brotaba a chorros en su mano para luego gotear al suelo. Al principio, pensó que se había liberado de la presión inicial y urgente, y que su pene se ablandaría, como había visto suceder con muchos hombres. Pero, por el contrario, descubrió que seguía estirado al máximo, sujetando su pene erecto como en trance y frotándolo suavemente. —Vamos —dijo ella, dando palmaditas insistentes al colchón. Su mirada vagaba incierta entre la delgada manta del suelo y la cama. Se agarró el pene con desesperación, su deseo creciendo. En la penumbra, ya no podía ver la piel arrugada, solo a una mujer que lo anhelaba, tumbada en la cama, con la mano extendida hacia él. Ya nada podía detenerlo.

La vagina de Thea estaba completamente seca; él le aplicó abundante saliva antes de penetrarla. Aunque Thea no tuvo un orgasmo, participó activamente, abrazándolo con ambos brazos y acariciándolo. Su vagina estaba increíblemente apretada, y pensó en cuánto tiempo había pasado desde su última relación sexual. Pero se sentía tan bien. Después de eyacular, él apoyó la cabeza en su pecho y se recuperó. “Muchas gracias por acogerme”, susurró. “Espero que no te importe que me folles”, añadió. Ella simplemente asintió; las palabras no eran necesarias. Su mano encontró su pene y lo frotó suavemente hasta que se puso duro de nuevo. Humedeció su vagina con saliva y su semen antes de que volvieran a follar.

Durante el día estudiaba con sus gruesos libros, y ella leía clásicos franceses. Al cabo de un tiempo, ella le enseñó a disparar, y él se adentró con cautela en el bosque de Steigerwald. Al principio, regresó con las manos vacías, pero pronto encontró liebre asada y

venado. Hannes, que se había hecho cargo de la pequeña tienda de comestibles de sus padres, les llevaba la compra dos veces por semana. Tomaba café y charlaban. Entonces ella le contó que había encontrado a un niño huérfano en medio de una tormenta de nieve, y que ahora vivía con ella. Leo regresó con el rifle, demasiado grande para su tamaño, colgado al hombro, arrastrando un ciervo. Así conoció a Hannes, quien se quedó con el ciervo y posteriormente intercambió muchos más ciervos y liebres por comida. Leo se sintió aceptado por ambos y verdaderamente amado por Thea. Notaron su baja estatura y su joroba, pero nunca dijeron nada al respecto.

En sus andanzas, el pequeño cazador exploraba los senderos donde solían verse mujeres corriendo. Pero no lo necesitaba; su sexo regular con Thea era suficiente para mantener sus deseos a raya. Cuando sus deseos y fantasías violentas se volvían demasiado intensos, obligaba a Thea a masturbarse con las piernas bien abiertas. La primera vez, ella lloró de vergüenza por dejar que la viera durante ese acto tan íntimo y sus orgasmos. Pero cuando él tenía esa mirada salvaje en los ojos, ella tenía que hacerlo cuatro o cinco veces hasta que él la penetraba salvajemente y se quedaba dormido al instante. Thea estaba amargada porque tenía que arrancarle los orgasmos a su cuerpo sin experimentar el placer que antes sentía. Después, Leo volvió a ser el chico sensible y cariñoso que tan bien había hecho por ella.

A Thea le encantaba que la follaran tan a menudo. Ya no lloraba cuando tenía que masturbarse durante sus descansos. Sus orgasmos ya no la sacudían con tanta intensidad como antes; solo se tensaba brevemente y se presionaba el clítoris con un dedo. Al poco tiempo, su vergüenza se desvaneció y ahora disfrutaba masturbándose después del sexo; los orgasmos le proporcionaban de nuevo un poco de placer.

Leo experimentó más cariño y amor que nunca en su vida. Thea lo abrazaba una y otra vez, le acariciaba la cara y el cabello, y le demostraba su amor y afecto como si fuera suyo. Nunca quería besarlo; no quería exponer a su hijo a su boca desdentada. A veces, se daban besos en la mejilla, ya fuera ella o él, cuando querían expresar sentimientos intensos.

En primavera, presentó sus exámenes finales y regresó a la casa del guardabosques lo más rápido que pudo. Se quitó su elegante traje y lo colgó junto a los otros dos que Thea le había mandado hacer para conmemorar su nuevo comienzo. Thea lo abrazó con fuerza y leyó el certificado una y otra vez. Bebieron su mejor vino, y Leo se alegró de que ella no hubiera mencionado a sus padres. Ella convenientemente ignoró el hecho de que aún tenía que completar algunas prácticas y se deshizo en elogios sobre cómo podría dedicarse a una profesión respetable como abogado. Tonterías, prácticas: podía irse del nido y volar. A la hora de acostarse, estaban bastante ebrios y celebraron en la cama hasta quedarse dormidos, sonriendo felices.

Hannes le había conseguido una moto, que pagó a plazos. Ocupó varios puestos como auxiliar jurídico y fue ascendiendo hasta llegar al bufete más importante. Sus celosos competidores lo trataban con desdén, llamándolo simple ayudante de oficina, pero cada vez con más frecuencia el jefe encontraba en su expediente una hoja suelta donde Leo anotaba su evaluación, sus sugerencias y sus consideraciones tácticas para el caso. Pronto quedó claro para el jefe el talento de Leo, quien traía el café y los archivos del archivo, y le confió casos más importantes que a sus envidiosos colegas. Las cosas pintaban bien; Leo solicitaría su admisión al colegio de abogados en un año y medio. Pero nunca llegó a ese punto.

Cuando terminaba todo, recorría la ciudad en su ciclomotor. Karin vivía sola; su marido se había enamorado de la hermosa hija de un socio y se había mudado con ella a Sudáfrica. Que se hubiera enamorado no sorprendía a Karin; la hermosa joven negra era culta y tenía un carácter encantador. Karin la observaba durante sus breves visitas con una visión casi de rayos X, contemplando los hermosos senos que se veían claramente bajo su fina blusa. Su cuerpo de bellas formas, sus gráciles muslos y sus elegantes movimientos confirmaban la opinión de su marido. La hermosa joven se sentó frente a ella con su minifalda, dejando ver sus bragas abultadas. Contrariamente a nuestras costumbres, separó ligeramente las rodillas, y Karin vio claramente sus labios vaginales y la abertura vaginal cuando las bragas, siguiendo las leyes de la física, se deslizaron hacia un lado. La hermosa joven se inclinó hacia un lado, fingiendo inocencia, para rebuscar en su bolso, pero, sobre todo, para asegurarse de que las bragas se movieran completamente hacia un lado. Entre la piel oscura, su vulva y clítoris brilla-

ban con un rosa pálido, y se tomó su tiempo, dedicándole minutos a su predecesora, para exhibir sus joyas antes de enderezarse. Se miraron a los ojos, y Karin sonrió al ver el triunfo en la mirada de la joven de 19 años. Había comprendido por qué su marido había perdido completamente la cabeza. ¡No se trataba solo de una chica guapa; era un volcán! Con el corazón apesadumbrado, le dejó la casa y una generosa pensión vitalicia. Con el corazón apesadumbrado, ella lo dejó mudarse a Sudáfrica, esperando que su astucia para los negocios y su pasión por ganar dinero compensaran su decepcionante sexualidad.

Leo escuchaba, pero lo único que le importaba era el sexo. Las cosas eran completamente diferentes con Karin que con Thea, así que solía ir a su casa antes de volver a la suya. En algún momento le había hablado a Thea de Karin, y ella se sintió aliviada de que hubiera encontrado una amante de su edad. Escuchaba con atención mientras él describía a Karin con detalle, porque la excitaba enormemente. Como era de esperar, Karin le contaba a su madre todo sobre el exitoso comienzo de Leo en la vida, pero él no quería oír nada de ella. Por desgracia, Karin era bastante ingenua y se le escapó que ella y su madre eran algo más que amigas.

Se detuvo a mitad del acto y la miró fijamente. Ella no recordaba cómo había empezado con su madre; en algún momento, el aire a su alrededor crepitó con tensión, y se estaban masturbando simultáneamente, observándose mutuamente. Se abrazaron, se besaron y rodaron desnudos en la cama. Su madre era muy torpe y no podía hacer que Karin llegara al orgasmo; siempre tenía que hacerlo ella misma. Cuando Karin la lamió por primera vez, gritó de éxtasis: ¡fue el descubrimiento del siglo! Al menos así podía llevar a Karin al borde del orgasmo, de modo que Karin solo necesitaba unos pocos movimientos mágicos de dedos para alcanzar el clímax. Su madre, en cambio, dejaba que Karin la complaciera cuatro o cinco veces seguidas. La imaginación de Leo se encendió, y folló a Karin con tanta pasión que ella solo tuvo que tocarse el clítoris para llegar al orgasmo. A partir de entonces, ella lo excitaba cada vez que follaban contándole sus juegos lésbicos.

Durante un tiempo, todo fue bien; él estaba concentrado en su trabajo. Karin, cuya respiración se convirtió en jadeos, y que, con su dedo mágico, le provocó el orgasmo antes de que pudiera eyacular. Thea, que se masturbaba después del sexo y, tras su orgas-

mo, lo miraba tímidamente como una niña de 13 años. Thea, a quien a veces llevaba al orgasmo con lamidas intensas, y que al principio escondía la cara entre las manos, tan avergonzada estaba del placer que sentía. Solo podía imaginar el esfuerzo que le debía suponer acariciar su carne arrugada y envejecida con la boca y la lengua. Por supuesto, no sabía cuánto le excitaban los juegos lésbicos de Karin. Thea jamás se metería un pene en la boca, aunque a menudo lo mostraban en la televisión. Le daba asco, aunque lo disfrutaba enormemente, más allá de todo asco, cuando él, sonriendo con picardía, la besaba desde el vientre arrugado hasta llegar a su clítoris. Podría haber gritado de alegría cuando él le mordió el clítoris con delicadeza. Con esas pequeñas mordidas, logró que su clítoris se hinchara y se pusiera completamente rígido antes de lamerlo.

Faltaba algo: la emoción, el asalto, la violencia.

En repetidas ocasiones, se adentró a toda velocidad en los alrededores, observando atentamente a los corredores que trotaban al borde del bosque. La primera chica a la que arrastró entre los arbustos cayó torpemente al suelo. Le tomó el pulso, le bajó las mallas hasta los tobillos y la violó. Encendió un cigarrillo y la violó de nuevo. Luego la vistió y huyó cuando recuperó la consciencia. Varias chicas más lo siguieron, a las que amenazó si se lo contaban a alguien. Algunas escaparon porque no pudo atraparlas. Fue cauteloso y observó la escena durante días antes de atacar de nuevo.

Luego llegó la última, Kati.

La primera vez que la atacó, ella superó de inmediato la sorpresa y susurró: «Está bien, no me resistiré». Se bajó los pantalones hasta los tobillos y se acostó. «No he tenido sexo desde la escuela», murmuró mientras él la penetraba. Él pensó que no podía haber pasado tanto tiempo; ella ni siquiera tenía veinte años. Era realmente buena en la cama y tuvo un orgasmo en el momento en que él eyaculó. Se sentaron en silencio en el suelo del bosque hasta que él volvió a tener una erección. La segunda vez también logró contener su orgasmo hasta que él eyaculó. Él estaba increíblemente excitado; esto era completamente diferente a estar con Karin o Thea. Cuando él se fue, ella le gritó: «¡Nos vemos pasado mañana a la misma hora!».

Pasaron dos días, y fue como si algo hubiera cambiado en su cabeza. Esperó impacientemente detrás de los arbustos. Llegó Kati, la única corredora con falda corta. Caminó delante, quitándose las bragas mientras caminaba. Los pantalones de correr estaban demasiado ajustados la última vez, susurró mientras él la penetraba. De nuevo, contuvo su orgasmo hasta que él eyaculó. Él contempló sus genitales brillantes y húmedos con gran interés mientras ella explicaba que se había masturbado con frecuencia desde la infancia. Solo en su último año de escuela los gemelos, conocidos por todos como Cástor y Pólux, la habían conquistado, y siempre había disfrutado de que la follaran. Sin embargo, ambos se quejaban de que tenía orgasmos demasiado rápido, así que durante meses se entrenó para contener el orgasmo, para prolongarlo y mantenerlo durante más tiempo. Su relato de cómo domó sus orgasmos fue muy detallado y adornado con un lenguaje florido. Desafortunadamente, la escuela había terminado y no había tenido sexo durante medio año. Leo jugaba con su clítoris con los ojos cerrados mientras ella hablaba. Su erección era firme y la penetró de nuevo. A pesar de su excitación, la observó; ella había estado teniendo orgasmos en silencio durante un buen rato y solo lo dejó eyacular cuando lo hizo. Hicieron planes para verse de nuevo y retomaron el camino.

Aunque no había terminado su trabajo, fue al lugar de encuentro acordado. No, esta vez quería sorprenderla y caminó doscientos metros hacia atrás. Kati soltó un grito cuando una mano la agarró de repente. Sonrió al reconocerlo, pero su grito fue genuino y encendió su deseo. Pero apenas había empezado a follarla con intensidad cuando unas fuertes manos masculinas lo agarraron por detrás y lo jalaron hacia atrás. Se retorció, mordió y golpeó salvajemente, pateando las espinillas, y después de muchos gritos, patadas, escupitajos y forcejeos salvajes, finalmente fue derribado al suelo.

Dos hombres lo sujetaron, el tercero se acercó al cuarto. Ya no se movía.

Pasó miles de horas en soledad en prisión, negándose a reconocer su culpabilidad. No le había hecho nada al hombre, y Kati confirmaría que fue sexo consensuado. Su jefe le colgó el teléfono cuando pidió representación legal. El abogado de oficio era un viejo borracho simplón que solo pensaba en jubilarse.

Mil veces cerró los ojos y rememoró sus recuerdos. Las mismas imágenes una y otra vez. Lo despertaron de golpe. Su cuerpo, lleno de pánico, eyaculó sobre el bajo abdomen de Kati. Reaccionó violentamente. Su patada impactó con una fuerza despiadada en los testículos de un hombre; este cayó inconsciente sobre el sendero del bosque, golpeándose la cara contra una piedra. El segundo hombre al que pateó lo soltó y cayó de rodillas. Kati pasó corriendo, tropezó con el hombre en el suelo, se puso de pie a duras penas y huyó. Ahora tenía una mano libre y golpeó al hombre que lo sujetaba con fuerza, justo en la cara. Aunque luchó y pateó con todas sus fuerzas, dos hombres lo sujetaron por los brazos mientras el tercero lo golpeaba hasta que se desplomó de rodillas, casi inconsciente.

Cientos, incluso miles de veces vio a Kati salir corriendo, tropezar con el hombre y huir. Cientos de veces Kati tropezó y cayó con todo su peso sobre el hombre. No quería creerlo, pero esa era la única forma en que el hombre podía haberse roto el cuello. Lloró una y otra vez porque se sentía, con toda razón, inocente de la muerte del hombre. Pero también lloró porque, al mismo tiempo, no podía culpar a Kati. ¿Tropezar, romperse el cuello?

El tribunal creyó a los tres testigos, todos ellos bajo juramento, que afirmaban que Leo había pisado con fuerza el cuello de su amiga. Sin embargo, ellos sostenían que no había sido intencional, sino que había ocurrido durante la pelea. La mujer a la que supuestamente arrastró a los arbustos y violó no pudo ser encontrada, por lo que se retiró el cargo. El juez, de mal humor, no dejó hablar a Leo, escuchando a medias los murmullos y garabatos de su abogado defensor en su libreta. «¡Ese enano lisiado que profanó a nuestras hijas inocentes, que mató a patadas a uno de los rescatadores!».

Su abogado defensor recorrió minuciosamente el intrincado laberinto de su argumentación. Hizo una pausa para continuar, cuando el juez y todos los presentes se pusieron de pie; ¡el tribunal se retiró a deliberar! Leo estaba perplejo; no se le dio la oportunidad de pronunciar su bien preparado discurso de defensa. Tras unas breves deliberaciones, Leo fue condenado a nueve años por homicidio involuntario.

Gert fue liberado tras cuatro meses y medio, visitó a Leo unas cuantas veces más y le llevó dos cartones de cigarrillos, que en prisión se consideraban moneda de cambio. Su correspondencia cesó al cabo de unos meses.

En el altar de la impureza

von Jack Faber © 2021

Liane Dasseur fue vendida al conde Armand de Montlhéry inmediatamente después de graduarse del internado.

Ella nunca lo consideró otra cosa que *una ganga* , pues sus padres habían intentado frenar su lento pero constante declive económico y social con esta relación. Su padre, Pierre Dasseur, había heredado una pequeña cervecería al sur de la ciudad y la perdió durante la recesión general: un conglomerado cervecero holandés primero lo llevó al borde de la ruina y luego lo obligó a vender. Para Dasseur, criado como un patricio acomodado, fue una catástrofe verse confinado a un apartamento en la ciudad y una pequeña casa de campo en la costa, aunque la catástrofe de tener que trabajar para la corporación holandesa fue quizás aún mayor. Su devota esposa, Mélanie, lo habría seguido incluso a una choza miserable, aunque su educación decididamente conservadora, en esas circunstancias, se resistió desesperadamente a la espiral descendente.

Fue ella quien llevó a Liane al baile anual de Año Nuevo en el castillo, y fue ella quien, con cuidado y deliberación, atrajo la atención del Conde hacia la joven Liane. Después de todo, el Conde era el titiritero secreto que los había nominado a Pierre y a ella para el prestigioso premio de Héroes de la Resistencia otorgado por el Presidente de Gaulle. Ella lo sabía, por supuesto, y estaba muy orgullosa de su medalla. Conocía al Conde desde la infancia y lo asistía en importantes asuntos administrativos en el castillo, habiendo demostrado sus habilidades gerenciales en la cervecería. Su ama de llaves y los demás empleados cumplían con sus deberes con fidelidad y honestidad, pero carecían de ese algo especial de estética, refinamiento y atractivo sensual que el Conde tanto admiraba en Mélanie. Naturalmente, ella también era mucho más hermosa que nadie, ofreciendo a todos una vista clara de sus hermosos y voluptuosos senos, que desmentían sus cincuenta años y aún no necesitaban sostén. Cuidaba meticulosamente su vello púbico, recortándolo semanalmente y depilando radicalmente el centro para que sus labios y vulva fueran claramente visibles. Como era de esperar, desde la guerra no llevaba ropa interior bajo sus vaporosos

vestidos y faldas, ofreciendo con descaro al Conde y a otros atisbos de sus muslos y, si así lo deseaba, de sus genitales. Su cuerpo era impecable, con curvas en los lugares adecuados sin parecer rellenita, y todo el mundo podía verlo.

Mientras coqueteaba, ella provocaba al Conde sonriendo y dejando que sus muslos se separaran ligeramente hasta que él pudo vislumbrar su modestia, revelando calculadamente que estaba bastante abierta y dispuesta a sus avances sexuales. Soltó casualmente la mentira de que no se había acostado con Pierre en mucho tiempo; su pestañeo merecía un Óscar. Incluso el uso deliberado de palabras vulgares como *"dormir"* provocó un escalofrío de placer en el Conde. El Conde consideró necesario emplear a Mélanie como su asistente; esto aseguraba que todo estuviera en orden, y Mélanie estaba cerca de su amor de la infancia, unos cinco años mayor que ella, a quien nunca se le había permitido abrir su corazón. Desde el principio, fue parca con sus servicios amorosos, pues no quería en absoluto distraer al Conde de su verdadero objetivo con una relación seria. Simplemente contrarrestaba su depresión y melancolía visitándolo en su cama. Una cosa llevó a la otra; El conde, solo tras la muerte de su esposa, se interesó por la joven Liane y la invitó varias veces a tomar el té y a eventos sociales.

Cabe mencionar que Mélanie, con sutiles insinuaciones, le dio al Conde algo más que esperanza. Cada vez que descansaban después de tener relaciones sexuales con el Conde, Mélanie tenía algo que decir sobre Liane. Acariciaba suavemente los genitales del Conde, sin albergar ninguna esperanza de un segundo encuentro sexual. Si el Conde participaba en la conversación con interés, ella lo recompensaba con su placer favorito. Se sentaba sobre el pecho del noble y le permitía observarla masturbándose y experimentando orgasmos de cerca. A veces, esto lo excitaba visiblemente, de modo que ella se deslizaba más abajo y envolvía su pene con sus labios. Con movimientos suaves y tranquilos, frotaba su glande contra sus labios, y solo cuando su respiración revelaba que estaba a punto de eyacular, aumentaba la velocidad, permitiéndole penetrarla y eyacular dentro de ella. Con más movimientos cuidadosos, extraía su semen hasta que no salía nada más.

Sí, y entonces el Conde le preguntó a Mélanie, que estaba revisando la lista de invitados para el próximo banquete con él, si a su edad y en su triste soledad aún podía albergar alguna esperanza.

El corazón de Mélanie dio un vuelco de alegría, pues sabía perfectamente que se refería a ella. Ni siquiera necesitó pensarlo, pues su corazón y su vida pertenecían a Pierre. Respondió lentamente que Liane sin duda diría que sí, pues la muchacha no hablaba de otra cosa que de su Conde, pero le pidió cortés y discretamente que lo consultara con el padre de Liane.

Liane supo desde el principio que no viviría un romance con aquel caballero considerablemente mayor que ella. Pero no fue solo el amor filial lo que la impulsó a aceptar. No, la idea de obtener el máximo reconocimiento social y una parte de la considerable fortuna del conde como mujer casada era sin duda tentadora.

El conde se mostró comprensivo cuando ella reveló que no había permanecido ajena a la actividad sexual debido a un compromiso anterior. No hacía falta mencionar sus numerosas aventuras amorosas. Aunque su marido le doblaba la edad, era un esposo cariñoso y un amante bastante bueno. Ambos sabían lo importante que era para él tener un heredero varón y mantenían relaciones sexuales tan a menudo como él podía. Liane le fue absolutamente fiel hasta el nacimiento de su hijo y le permitía participar sin reparos en su frecuente masturbación, ya que Mélanie le había aconsejado antes de su matrimonio con detalles precisos sobre su sexualidad y preferencias.

No le molestaba en absoluto que su madre se hubiera acostado con el Conde y probablemente aún lo hiciera, porque sabía cuánto amaba Mélanie a Pierre y que a Mélanie solo le interesaban los excesos sexuales y el poder sobre el Conde. Sabía que Pierre ya no estaba en su mejor momento y había visto a Mélanie masturbarse con la suficiente frecuencia como para saber lo desesperadamente que lo necesitaba. A medida que avanzaba su embarazo, Liane ya no quería acostarse con el Conde y escuchaba a escondidas cuando su madre se acostaba con su marido o se masturbaba delante de él, llegando al orgasmo ruidosamente. Las voces y los sonidos lujuriosos de la habitación contigua de Armand alimentaban aún más sus fantasías de masturbación. Años después, fue el Conde quien, con generosidad, hizo la vista gorda ante su búsqueda de placer con amantes más jóvenes.

Liane había estudiado agricultura y, cuando su hijo empezó el colegio, se hizo cargo del viñedo en ruinas del conde y lo convirtió

en un negocio modelo rentable, con cuyos beneficios no solo mantuvo a sus padres, sino que también se permitió algún que otro lujo.

Robert

Estaba su primo Robert, quien astutamente aprovechó las vacaciones familiares para intentar ligar con Liane. A los 14 años, Liane era intelectualmente muy superior a sus compañeras, pero su cuerpo apenas comenzaba a tornarse más femenino y curvilíneo. Era bastante pequeña y delgada; sus caderas apenas empezaban a desarrollarse y sus pequeños senos comenzaban a brotar. Su cabello negro hasta los hombros armonizaba bien con su rostro ovalado y claro, en el que sus ojos marrones almendrados y rasgados delataban su ascendencia oriental. Aún no sabía nada de su sexualidad, pero se miraba al espejo cada vez con más frecuencia y se estremecía al acariciar el vello púbico que apenas había comenzado a crecer en los últimos meses. Llevaba un año esperando su primera menstruación y recordaba a su madre comentando casualmente que entonces sería una mujer de verdad y ya no podría jugar con los chicos. Pero su menstruación nunca llegó.

Robert ya tenía 16 o 17 años, no lo recordaba con exactitud, era corpulento y la superaba en altura por más de una cabeza. Sus largos rizos y sus labios suaves y carnosos delataban al hedonista que era. Se había enamorado de la chica de 14 años y tramaba cómo conseguirla, pues había reconocido instintivamente su despertar a la adultez, aunque ese mismo instinto lo llevaría a juicio décadas después por abuso infantil. Cada vez con más frecuencia, daban largos paseos por la playa, pues a ella le gustaba cómo el chico alto la cortejaba. Todo era completamente nuevo y desconocido; los numerosos pequeños actos de amabilidad y gestos considerados solo la confundieron al principio. De repente se sintió notada, interesante y deseada, aunque no habría podido expresar esto último con tanta claridad. Gradualmente, Robert se acercó a ella; primero se tomaron de la mano, luego él la rodeó con el brazo por los hombros. Liane se acostumbró a su tacto, a su aroma, a la cercanía física inicialmente tan extraña. El seductor procedía con delicadeza y cuidado, llevando su mano a sus labios al tomar la suya o rozando su mejilla. Ella nunca tuvo oportunidad de sospechar, pues él hacía que todo pareciera tan natural que se acostumbró a su mano con la misma paciencia que un ternero.

Robert se sentó pacientemente con ella entre las dunas; contemplaron el mar en silencio, hablando poco. Pero él no estaba

ocioso. Su mano se posó suavemente sobre la de ella, y la atrajo hacia sí, permitiendo que se apoyara en él. Tras solo unos días, su confusión se transformó en una brasa silenciosa que se encendía inesperadamente de vez en cuando, provocando una agradable y conmovedora inquietud en sus entrañas. Cuando la besó por primera vez con ternura y cuidado en la boca, ella se sonrojó intensamente. La sensación de ardor la hizo apartar la mirada; retiró la mano y miró hacia el mar. El mar era tranquilo, atemporal, y no la perturbaba. Robert le dio tiempo, mucho tiempo, antes de besarla de nuevo en la boca, esta vez durante más tiempo. Sintió su lengua explorar sus labios con timidez.

Cuando aparecieron los veleros afuera, Robert le explicó todo lo que sabía sobre ellos. Conocía a la perfección las formas de los barcos, los mástiles y los diferentes aparejos, así como los grandes buques mercantes que ocasionalmente asomaban en el horizonte. Luego, con el rostro enrojecido por el entusiasmo, comenzó a hablarle de tierras, mares y ciudades extranjeras, como si él mismo hubiera navegado por los mares. Liane miraba a lo lejos y escuchaba con atención. Aunque se había criado en un ambiente protegido, su interés por los países extranjeros, otras personas y todo lo relacionado con ellos era muy fuerte. Robert entretejió hábilmente en sus historias el hecho de que los marineros probablemente iban con las mujeres de cada puerto que tenían relaciones sexuales con ellos... ¿con qué?, se preguntó Liane con incertidumbre. Él notó, por supuesto, la mayor atención de Liane, aunque ella miraba impasible al mar. No abandonó el tema sin antes entrar en considerable detalle sobre la moral relajada de los puertos, sobre burdeles y prostitutas.

Liane lo interrumpió. ¿Qué *harían* los hombres si estuvieran en los barcos durante tanto tiempo y solo llegaran a los puertos con las —vaciló un momento— mujeres después de muchas semanas?

El instinto de Robert le decía que iban en la dirección correcta. Y... fingió no entender nada. Alargó las palabras, diciendo que los marineros no llevaban mujeres consigo. Liane tragó saliva. Algo le decía que algo importante estaba a punto de suceder. El silencio se hizo casi insoportable.

Robert era bonachón; no dijo nada sobre los chicos de la cocina, los Benjamins, o como se llamaran; tal vez ni él mismo lo sabía. En

cualquier caso, al cabo de un rato, sonrió e hizo un gesto sugerente con la mano, y cuando Liane lo miró sin comprender, murmuró que ellos *mismos se encargarían del asunto* . Liane volvió a mirar fijamente al mar y luego dijo que no entendía. Su corazón latía con fuerza por la emoción, porque sentía claramente que estaban muy cerca de algo importante.

Robert no dijo nada; cambió de tema abruptamente y la besó en la mejilla, la oreja y los ojos, luego sus labios rozaron los de ella. Ella permaneció inmóvil, escuchando para sí misma, sintiendo esa familiar atracción en sus entrañas y su lengua jugando suavemente alrededor de sus labios. Movió la lengua hacia adelante, como si intentara separarlos. Entonces su lengua continuó su movimiento, penetrando entre sus labios, rozando sus dientes, buscando su lengua. Sintió el primer contacto de sus lenguas con mayor claridad *abajo* , allí en su hendidura aún sin nombre, *dentro* . Notó cómo su rostro, cuello y cuerpo se sonrojaban, cómo el calor subía desde sus entrañas, casi dejándola sin aliento. La lengua de Robert tenía un sabor dulce; ella buscó la suya con la suya, y de repente se dio cuenta de que a eso se le llamaba beso francés. Permaneció tranquila por fuera, aunque podría haber saltado de alegría y deleite, porque un pequeño detalle de su ignorancia se había aclarado. Quería gritar de alegría, pero estaba enamorada de su primer beso francés, enamorada de la lengua de Robert y de sus labios, que sentía dulces y suaves. ¡Robert, oh mi Robert, te amo tanto!, pensó.

Sin embargo, cuando sus labios se separaron, ella bajó la mirada con desesperación, pues no sabía cómo continuar con Robert. Se sentaron en silencio uno al lado del otro durante un rato en su rincón de las dunas; era un buen lugar para besarse y abrazarse en la intimidad. Pasaron minutos interminables antes de que se separaran de nuevo, simplemente para encontrarse. Liane disfrutaba de las suaves manos de Robert acariciándole la espalda y los hombros, disfrutaba de que el chico alto le susurrara dulces palabras al oído. Cuando finalmente sus manos se deslizaron lentamente hacia sus caderas, una y otra vez, ella intervino y apartó su mano, como si la incomodara. En realidad, estaba un poco perturbada porque sus manos despertaban una tormenta en su interior; se sonrojaba constantemente y sentía calor y un extraño cosquilleo en *lugares* que nunca había sabido que existían.

¡Ah, sus manos! ¡Cómo anhelaba entregarse a ellas, dejar que Robert la acariciara por completo! Y sin embargo, se retraía. De algún rincón oscuro y recóndito de su alma, el recuerdo de las prohibiciones resurgió, volviéndose insistente y molesto. Desterraba esos pensamientos, por mucho que volvieran. Al fin y al cabo, amaba a Robert, ¡y todo el mundo sabía que los enamorados se abrazaban y se besaban! Así que le parecía lo correcto, y por eso apartaba esos pensamientos oscuros.

Estaban tumbados de espaldas contra un arbusto resistente que desafiaba el viento y la intemperie, cuyas raíces los amortiguaban con arena compacta. Robert, que conocía el lugar de antes, solo tenía que echar un vistazo de vez en cuando para ver si pasaba algún paseante solitario o alguna pareja buscando un rincón apartado. Estaban solos, besándose durante minutos, y lentamente la mano de Robert se deslizó desde su hombro hasta su pequeño pecho. Liane se quedó paralizada al principio, pero luego se relajó. «Eso es parte del amor», dijo él, acariciando suavemente el pequeño montículo. Su mano continuó su recorrido, encontrando su camino bajo su camiseta y apretando con audacia su pecho, ya que no llevaba sujetador.

Liane se sintió de repente más adulta; la infancia le parecía tan lejana y ajena. Ahora era como esas actrices de cine que había visto en los carteles y que admiraba en secreto: el héroe besando a la heroína y abrazándola con fuerza en sus brazos grandes y fuertes. Sí, también había carteles donde la mano del héroe, sin querer —¿sin querer?—, rozaba el pecho o la cadera de la bella. Liane seguía soñando con los carteles y ya no impedía que Robert le tocara el pecho. Sus besos la adormecían, al igual que sus fantasías con los carteles de cine, y Robert le acariciaba los pechos. En algún momento de ese estado, le subió la blusa y, a pesar de su protesta inicial, le quitó la camiseta por encima de la cabeza. Su resistencia cesó; cerró los ojos y se dejó llevar, rindiéndose a sus manos suaves. La acarició durante un buen rato hasta que se sintió completamente a gusto, luego le acarició las caderas, los muslos y de nuevo las caderas. La besó con mucha ternura y durante un buen rato antes de incorporarse a medias y empezar a quitarle los pantalones cortos de verano. Al principio, ella protestó con fuerza, luego con una leve leve resistencia, y poco a poco, con cuidado, se los bajó por los muslos, hasta las piernas. A Liane casi se le paró el corazón, pero Robert la besó y acarició de nuevo con tanto cariño y delicadeza

que su tensión se disipó. «Todavía lleva puesto el bañador», pensó Liane, y cerró los ojos mientras él la atraía hacia sí. Un instante después, se dio cuenta de que él también se había quitado el bañador y estaba tan desnudo como ella.

El contacto de su piel desnuda la electrizó al principio, pero luego empezó a disfrutarlo. Sí, se relajó por completo y se echó hacia atrás, dejando que sus manos y labios la acariciaran, la besaran y la tocaran por todas partes. Susurró que quería que la acariciaran, y Robert le tocó suavemente el pecho, le acarició el vientre con un dedo y le besó el ombligo. Su mano reposó con calma sobre uno de sus muslos. Temía que la tocara *allí* , pero no hizo nada de eso; de hecho, parecía evitar esa zona deliberadamente.

Liane se incorporó bruscamente. Se llevó una mano a sus pequeños pechos, pero Robert la abrazó y le susurró al oído que no tenía por qué avergonzarse delante de él. Entonces sus cuerpos, llenos de amor, se separaron. Robert encendió un cigarrillo y fumó apresuradamente. Los pensamientos de Liane se aceleraron, pues de repente se sentía demasiado joven para volver a enamorarse, y sin embargo, ya lo estaba. Cuando miró a Robert de reojo, le pareció un héroe de sus pósteres. Era simplemente maravilloso, un gran héroe, un hombre verdaderamente apuesto. Y era tan maduro, capaz de encontrar una respuesta para todo, ya no era aquel niño travieso que le había tirado de las trenzas años atrás. Y de repente, los marineros volvieron a su mente.

Robert necesitó unos segundos para procesar su pregunta sobre lo que hacían los marineros. «Ah, eso», dijo con desdén, sin mirarla. Liane volvió a preguntar, pero Robert la rodeó con el brazo y guardó silencio. Se recostaron en la suave arena bajo el espeso arbusto y se abrazaron, besándose. Liane se arriesgó a ver por primera vez la desnudez de Robert.

Por supuesto, ella y sus amigas ya habían visto los cuadros descarados de los libros de arte de sus padres: los Rembrandts y los Tizianos, los Giottos y los Vermeers. Las mujeres gordas y desnudas, y los hombres, que solían cubrirse con una hoja de parra , con aspecto bastante avergonzado. Pero en algunos de ellos —y el David de Miguel Ángel no era el único— aparecía un pequeño pene, así que las chicas miraron, se rieron y volvieron a mirar. Discutieron sobre estos penes largamente y con mucha astucia, ya que

prácticamente lo sabían todo, pero ninguna de ellas había visto uno todavía.

Lo primero que pensó Liane al ver el pene de Robert fue que era feo. Pero cuanto más lo miraba, más calor le *subía* lentamente al estómago, su corazón latía con fuerza y sus pensamientos se dirigían a Robert, a quien tanto amaba. Pero el pene de Robert no era una cosita diminuta como las que aparecen en los libros de arte. Su pene era largo y grueso, y en la punta, a través de una abertura en la piel, el interior rojo sobresalía como un bulbo de hongo. Por el rabillo del ojo, vio su escroto, que descansaba flácido sobre un muslo. Pero entonces su mirada volvió a su pene. ¡Qué grande era! Y parecía rígido y duro, sobresaliendo como una lanza. Liane recordó de repente la charla tonta que tenían en su grupo de amigas: solo déjalo entrar, entrar, salir, y ya está. Y era tan genial, dijo una de las chicas, que debería saberlo; al fin y al cabo, su padre era profesor y le había dado la explicación científica.

No, jamás le permitiría meterle eso; ¡era demasiado grande! A menudo se miraba con curiosidad en el espejo y estaba segura de que jamás, jamás, cabría dentro de ella. Su pánico se intensificó cuando Robert puso la mano sobre el pene y le sonrió, al parecer habiendo notado sus miradas. Se incorporó y apartó la vista rápidamente. Sus pensamientos revoloteaban por su mente como pajaritos desorientados; se sentía insegura y sola.

Ella no respondió cuando Robert le preguntó si alguna vez había visto a un hombre desnudo. Robert esperó unos instantes y le dijo que mirara, que no le importaba. Ella negó con la cabeza enérgicamente, pero miró de todos modos. Robert señaló con un dedo: ese era el tronco, ese era el prepucio, y eso —retiró el prepucio con naturalidad— ese era el glande, por donde saldría el semen. Liane comprendió rápidamente la armonía entre la teoría y la práctica. Robert no mencionó sus testículos, notó con sorpresa, pero luego supuso que no le importaba. Volvió la mirada hacia el mar; el mar era tranquilo, eterno, y no la perturbaba.

Después de un rato, se arriesgó a echar una mirada de reojo y notó con sorpresa que el pene de Robert se había vuelto flácido, quizás incluso un poco más pequeño que antes, y el glande había desaparecido por completo bajo el prepucio, que ahora parecía el extremo deshilachado de una bolsa de papel. Cuando se miraron a

los ojos, Robert la abrazó con ternura y delicadeza. Sus besos eran largos y prolongados, y el calor en su cuerpo se intensificó. Sus cuerpos se tocaron, ella cerró los ojos e intentó sentir su pene con su piel. Él le tocó el muslo, y ella notó con asombro que cuanto más se besaban, más fuerte, firme y duro se volvía su pene. Durante minutos, sintió la presión con su muslo, percibiendo con inconfundible claridad que había vida allí, vida palpitante.

Su pene estaba de nuevo turgente y rígido, con el glande rojo y prominente. Como un melocotón, pensó, es imposible que entre. Pero se reprendió a sí misma por ese pensamiento, pues vagas prohibiciones volvieron a aflorar desde la oscuridad de su alma. Solo los adultos casados hacen eso, luego tienen hijos —por un instante contuvo la respiración, pues los niños también tendrían que salir de ahí— volvió a mirar al mar para ahuyentar el pensamiento. Todo era demasiado confuso.

Robert la abrazó y la atrajo hacia sí; sus besos se volvieron intensos y exigentes, confundiéndola por completo.

Su grueso pene presionó con fuerza contra su bajo vientre otra vez. Cada vez que lo sentía contra su piel, una sensación de inquietud la invadía, la cual apartaba rápidamente. Lo amaba, a este Robert de rizos oscuros, lo amaba con todo su corazón, y también amaba su pene. El pensamiento la hizo sonreír, porque hacía poco le había parecido feo, y ahora lo amaba. Sonrió y besó a Robert con la misma intensidad y pasión con la que él la había besado antes. La respiración de Robert se aceleró, y poco a poco su mano se deslizó hacia su pene. Liane contuvo la respiración mientras Robert se frotaba el pene, primero lentamente, luego cada vez más rápido; sintió sus vigorosos movimientos contra su estómago. Respiró con dificultad cuando él dejó de besarla y hundió su rostro en su hombro, en su cabello.

De reojo, vio su brazo moverse rápidamente, sus rápidos movimientos la inquietaron. El puño de Robert se sacudía vigorosamente de arriba abajo, el glande rojo e hinchado se asomaba repetidamente entre su pulgar y sus dedos. Presionó su dureza contra su vulva, y ella escuchó atentamente, sintiendo un cosquilleo, luego algo maravilloso, mientras él golpeaba con fuerza su glande contra ella. De repente, la invadió un pánico inexplicable, retrocedió y bajó la mirada. Liane observaba, agitada, y los marineros le

vinieron a la mente de repente mientras contemplaba el rostro contorsionado de Robert. Su mano se movía rápidamente de arriba abajo, el glande sobresalía rígido y erecto de su puño. Se giró completamente hacia ella, con los ojos muy abiertos, intentando desesperadamente forzar su pene a través de sus piernas fuertemente cerradas para tocarla, y finalmente lo logró. Así que esto es el amor, pensó, sintiendo una profunda sensación de alivio, porque esto era de alguna manera placentero, este glande palpitante contra sus labios. Ella seguía apretando las piernas con fuerza, pero con cautela y algo de miedo, movió la pelvis hacia adelante para sentir su ritmo contra su *punto sensible* . Robert suspiró profundamente, se presionó firmemente contra su bajo vientre y dio unas cuantas embestidas rápidas entre sus muslos con su pene. Al instante, su espeso semen blanquecino salió a chorros, cálido y resbaladizo, salpicando sus labios y —mientras ella retrocedía sorprendida— por la parte interna de sus muslos. Robert miró, hipnotizado, su hendidura, continuando frotando lentamente con la mano, rociando todo sobre el escaso vello púbico que apenas ocultaba su vulva. Apretó el último resto de semen del glande con dos dedos, luego suspiró profundamente y se dejó caer hacia atrás, cerrando los ojos y quedándose allí respirando con dificultad.

Liane se incorporó y miró su muslo, por donde el líquido blanquecino se había extendido hasta su vello púbico. La humedad en sus labios vaginales le resultó extraña al pasar un dedo por ellos. Miró a Robert, cuya respiración volvía poco a poco a la normalidad. Sus miradas se cruzaron, y casi simultáneamente ambos apartaron la vista, pues la situación les resultaba embarazosa, por diferentes razones. Impulsada por un presentimiento, Liane murmuró que probablemente así era como se masturbaban los marineros. Robert asintió casi imperceptiblemente, y luego reinó el silencio durante un largo rato.

Robert le preguntó insistentemente qué estaba pensando. Ella solo le respondió después de mucho tiempo. Todo era nuevo para ella, y tenía que acostumbrarse a todo, dijo vagamente, y permaneció en silencio. Pasó mucho tiempo antes de que él se incorporara y la abrazara. Pronto sus tiernos besos se convirtieron en salvajes y amorosos forcejeos y juegos bruscos. Ella se sentía cómoda en sus brazos; sus manos acariciaron sus pechos, encontraron su camino hacia su estómago y tocaron por primera vez el ligero vello de su vulva. Ella se estremeció interiormente, pues nadie había tocado

su vulva antes. Pero Robert estaba perdido en su propio mundo, sintiendo y acariciando la hendidura, y ella sintió un hormigueo extremadamente irritante en el estómago. Lo dejó continuar y disfrutó de esta sensación de hormigueo hasta que sus dedos intentaron entrar en su hendidura. Entonces ella agarró su mano a la defensiva y la apartó. Los besos de Robert y el juego de su lengua en su boca se volvieron salvajes e intensos; La mano de Robert se aventuró a avanzar de nuevo, acariciándola, mimándola y palpándola *allí abajo*.

Durante mucho tiempo, permaneció tensa por dentro, pero la sensación de hormigueo hizo su efecto; se relajó y esta vez le permitió continuar durante un buen rato, porque se sentía bien, y también el hormigueo. Incluso cuando él se incorporó y separó suavemente sus muslos con la mano, ella lo permitió. Robert *la miró,* la tocó con cuidado y palpó sus labios vaginales. "Esto se siente tan bien", susurró ella en su extraño estado, "¡hormiguea tan delicadamente!". Y los dedos de Robert se movían rítmicamente sobre sus labios vaginales, los pequeños pliegues rosados que se llenaban cada vez más con la estimulación. Robert no tenía ni idea de la masturbación femenina, pero cuando frotó suavemente sus labios vaginales de arriba abajo como si fueran su pene, excitó intensamente a Liane. Continuó frotándola suavemente, y ella casi perdió el equilibrio, pero le permitió continuar durante lo que pareció una eternidad. El hormigueo se volvió de repente tan intenso que su corazón comenzó a latir salvajemente.

Se incorporó bruscamente y lo abrazó. Estaba tan feliz por el amor que sentía por él, y ahora él la había tocado con más ternura que nadie. Pronto se fundieron en otro beso apasionado, y luego se tumbaron uno al lado del otro, fuertemente abrazados. En algún momento, Liane se incorporó y contempló el mar. Habían sucedido tantas cosas ese día que la sentía completamente desconcertada. Se sentía a la vez como una niña pequeña e inocente y, al mismo tiempo, como una joven que empezaba a descubrir su sexualidad. Robert, con gran sensibilidad, también se incorporó, la rodeó con un brazo por los hombros y guardó silencio con ella. Ella le agradeció infinitamente ese silencio. Cuando llegó la hora, se levantaron casi sin decir palabra, se vistieron y caminaron a casa en silencio.

Liane permaneció despierta hasta altas horas de la noche, sintiendo aún las caricias de Robert sobre su piel. Se tocó los pechos y se acarició suavemente el vientre, buscando el vello fino de su vulva, con el corazón latiéndole con fuerza al pensar en Robert con las yemas de los dedos. Siempre había disfrutado acariciándose *allí* , pero apenas conocía esa parte de su cuerpo y sabía poco más que las caricias suaves la humedecían rápidamente de forma agradable, y que la suave y rítmica presión era maravillosa, pero también le provocaba un latido tan fuerte que tenía que parar. Se acarició y presionó la vulva hasta quedarse dormida.

Al día siguiente estaba de mal humor y le dolía la cabeza. Robert se fue otra vez sin haber logrado nada, y ella lloró sobre la almohada. Estaba muy confundida, y los altibajos de sus emociones casi la asfixiaban. Se quedó en la cama todo el día, acariciándose los pechos y el vientre, rozando suavemente sus *genitales* , y llorando de nuevo, porque este intento de sentir sus manos, sus maravillosas manos, o el suave roce de su glande allí abajo, y derretirse por completo, fracasó estrepitosamente. Era completamente diferente, era completamente diferente en lo más profundo de su ser, cuando él la acariciaba. Se acarició la hendidura una y otra vez con las yemas de los dedos hasta que su corazón se aceleró, entonces lloró y esperó hasta que su ritmo cardíaco se calmó. Pensó en Robert y sus movimientos, dejando que las yemas de sus dedos danzaran rápidamente de un lado a otro sobre sus labios, pero el corazón acelerado que la hacía detenerse bruscamente cada vez. Se rodeó los labios vaginales con los dedos y los movió como Robert lo había hecho, intentando imitar su masturbación, hasta que su corazón latió con fuerza y sintió que iba a explotar, lo que la obligó a detenerse. Soñó con Robert e intentó masturbarse una y otra vez, pero siempre tenía que parar. Cuando oscureció, Liane se sintió terriblemente sola y decepcionada porque, incluso después de cien intentos, no había logrado experimentar esa maravillosa sensación que había tenido con Robert. Lloró durante un buen rato hasta que finalmente se quedó dormida.

Al día siguiente, no veía la hora de que Robert viniera a recogerla. Sus padres estaban sentados en la veranda, como de costumbre, leyendo: su padre el periódico y su madre una novela romántica. Pero ella se había quedado dormida bajo el sofocante calor de la mañana, y el libro amenazaba con resbalarse de sus manos. Liane no le prestó atención; impaciente y nerviosa, vagaba sin rumbo,

como un pajarito piando y revoloteando en su corazón, cuando apareció Robert. Corrió rápidamente hacia él y se sintió ligera y mareada mientras caminaban juntos hacia su lugar en las dunas. Su corazón rebosaba de amor, y parloteaba sin parar, de modo que Robert la miró de reojo, sorprendido. Se oyó a sí misma contando la historia de cómo había pasado noches en vela pensando en él y en sus manos, cómo había intentado imaginarlo haciéndole el amor y revivir esa maravillosa sensación, y cómo no lo había logrado. Después se mordió el labio con fuerza, avergonzada por haber hablado tan despreocupadamente sobre esos sentimientos y pensamientos íntimos. Pero Robert sonrió radiante y amablemente, tomándole la mano con firmeza y apretándola en señal de aprobación. Liane suspiró aliviada, pues él parecía comprender su tartamudeo. Se apoyó en él y lo abrazó con gratitud. Caminaron el resto del camino en silencio, uno al lado del otro, mirándose de vez en cuando con sonrisas cómplices y, en lo que a Liane respectaba, con expectación.

Una vez que llegaron a su lugar, se besaron larga y apasionadamente antes de desvestirse. A Liane le costaba mirar mientras le bajaba los pantalones a Robert hasta las rodillas y las piernas, y luego los dejaba a su lado. Su pene atrajo su mirada como por arte de magia, quisiera o no. Robert la tomó en brazos, se acostó a su lado y la besó durante un buen rato. El tiempo suficiente para que ella sintiera cómo su pene se endurecía de nuevo. El contacto de su piel desnuda le pareció eléctrico otra vez; casi se había acostumbrado y sintió de nuevo esa increíble y maravillosa sensación de bienestar que le provocaban el abrazo de Robert, sus besos y sus caricias. Anhelaba algo y presionó su pelvis contra la de él, contra su pene duro.

Era mediodía, un barco turístico se mecía lentamente por la bahía y desapareció tras un promontorio. Liane se incorporó, cruzó las manos sobre las rodillas y apoyó la cabeza en ellas. Era tan hermoso; el mar brillaba con un azul intenso, y Robert yacía sonriendo a su lado sobre la manta. Daría una fortuna por saber qué estaba pensando en ese momento, dijo Robert. Liane permaneció obstinadamente en silencio. Robert refunfuñó y dijo que se sentía solo y abandonado. Con vacilación, ella murmuró sobre lo que había sucedido anteayer, si era *esto* , lo de los marineros. Robert parpadeó un instante, hasta que pudo ubicar a los marineros, y asintió. Sí, eso era masturbación. Era el semen, saliendo impetuosa-

mente. Todos los chicos, y los marineros también, lo hacían hasta que encontraban una esposa con quien acostarse, y entonces eyaculaban dentro de ella. Lentamente y con dificultad, comenzaron a hablar. Robert sabía bastante, así que intentó responder a sus preguntas. Sí, uno lo hacía cuando le daban ganas, solo, claro, excepto anteayer. Liane asintió. Y así supo que lo hacía muy a menudo, al menos dos o tres veces al día. Sí, los otros chicos también lo hacían; era perfectamente normal. Guardó silencio más tiempo cuando ella le preguntó cómo era con las chicas; no, había leído sobre ello, pero no sabía cómo lo hacían. Su respuesta fue muy breve y cortante, porque Robert lo sabía casi todo y no le gustaba admitir que no sabía algo. Quizás las chicas ni siquiera lo necesitaban, supuso; al fin y al cabo, no tenían semen que exigiera con tanta vehemencia salir.

Siguió otro largo silencio. Miraron hacia el mar, observando a las gaviotas graznar ruidosamente sobre un cadáver. Liane se sintió muy cerca de él, apoyó la cabeza en su hombro y susurró que cuando lo necesitara, podía hacerlo, que no le importaba, y —hizo una pausa, preguntándose cómo decirlo— que le parecía hermoso, aunque la primera vez se había asustado un poco y se había estremecido. Ahora sabía más o menos cómo funcionaba, y le parecía perfectamente bien. Había experimentado sensaciones muy placenteras, añadió tras una pausa, tan bajo que apenas pudo oírla. Robert no dijo nada, pero su corazón latía con fuerza. La abrazó y la besó en la boca, la deslizó suavemente hacia atrás y se acostó a su lado. La cabeza de Liane descansaba sobre su brazo; él se recostó sobre ella, tocándole los pechos, mientras su mano se deslizaba hacia su cadera y su estómago. Sintió la fuerte embestida de su pene contra su bajo vientre. Pasó un rato antes de que Robert agarrara su pene y comenzara a masturbarse. Liane lo observaba atentamente, siguiendo cada uno de sus movimientos. Jadeaba ruidosamente y se frotaba rápidamente. Liane supo que estaba a punto de correrse, porque se giró completamente hacia ella y presionó su pene contra su vulva. Llena del amor que sentía por él, dejó de juntar las piernas y abrió ligeramente los muslos para que él pudiera alcanzar más fácilmente el vello púbico. Robert hizo embestidas rápidas y rítmicas y eyaculó, presionando la cabeza de su pene firmemente entre sus labios vaginales al correrse. Sintió un amor cálido y protector por Robert al sentir su semen caliente. Lo necesitaba tanto, lo alivió, y ella también lo sintió profundamente,

pensó. Robert se enderezó y bajó la mirada hacia su vulva mientras eyaculaba el último resto de su semen sobre ella.

Liane se secó con una esquina de su manta y observó a Robert, que yacía boca arriba con los ojos cerrados, su pecho subiendo y bajando violentamente. Lo besó suavemente y apartó los rizos de su frente. Lo amo tanto, pensó, haría cualquier cosa por él. Se acostó a su lado y se acurrucó junto a él; se quedaron así y cabecearon. En algún momento, le susurró si estaba bien ahora, y él simplemente asintió en silencio. Luego se durmieron. Cuando despertó, lo miró y notó que su pene, antes flácido, comenzaba a cambiar de forma nuevamente. Creció y creció, pronto poniéndose erecto a un lado. Podía sentir el latido dentro de él. Besó a Robert suavemente en la boca y lo atrajo hacia ella. Sus besos surtieron efecto; el pene de Robert se puso duro y presionó contra su vientre. Acarició suavemente sus rizos y le susurró al oído que lo hiciera de nuevo, que podía ver que su pene se había vuelto a endurecer, que su semen ansiaba escapar. Robert acarició sus pequeños y redondos pechos durante un rato, pronto jadeando con fuerza y bajando la mano para masturbarse. Liane observó su rostro y su puño con su glande rojo, atrayéndolo instintivamente hacia sí para que quedara medio acostado sobre ella. Relajó sus muslos y sintió su glande, con su puño frotándose salvajemente, tocar sus labios. Robert jadeó y frotó furiosamente; ella lo abrazó aún más tiernamente y sintió sus labios separarse ligeramente para encerrar su glande salvajemente palpitante. Robert la abrazó, hizo unos movimientos rápidos con sus caderas e inmediatamente se corrió. Sintió el calor de alguna manera dentro de ella y casi se sintió abrumada por el amor que sentía por él, pequeñas lágrimas llenando las comisuras de sus ojos. Sintió el palpitante y salvaje chorro *allí abajo* con bastante claridad. ¡Oh Robert, mi Robert!

Yacía a su lado, completamente exhausto, bajo el sol de la tarde que caía sin piedad sobre sus cuerpos desnudos. Mañana tendría una terrible quemadura solar, pensó Liane, pero luego sonrió, pues el amor le llenaba el alma de una reconfortante calidez. Cuando Robert despertó de su siesta después de quizás media hora, se incorporó apoyándose en un brazo y la acarició. Ella esperaba fervientemente que la excitara de nuevo con sus dedos y se colocó de manera que su vulva quedara tentadoramente abierta y lista para sus caricias. Robert la tocó, la acarició y volvió a realizar sus movimientos masturbatorios con los dedos sobre su vulva. Pe-

ro parecía absorto; ella lo notó por los movimientos dispersos de sus manos. «Hazme feliz», susurró, sintiendo un breve momento de vergüenza, pues había leído esa frase en alguna parte de una de las novelas románticas de su madre. Cerró los ojos mientras Robert le prestaba más atención, y pudo sentir un cosquilleo fuerte e intenso en la parte baja del abdomen.

Dejó escapar un suave gemido cuando los dedos de Robert se movían cada vez más rápido, y sintió la excitación en la parte baja de su cuerpo con más intensidad que nunca. Un calor la recorrió, y sintió cómo el rubor subía desde su cuello hasta su rostro. Su corazón latía salvajemente, más rápido de lo que Robert podía acariciarla. Era intenso, demasiado intenso esta vez. De repente, detuvo su mano, jadeando por el esfuerzo. Robert también estaba excitado, pudo ver por el rabillo del ojo, pues se había arrodillado y se estaba masturbando. Sus ojos giraban salvajemente mientras contemplaba su desnudez. Su confusión duró solo una fracción de segundo, entonces se dio cuenta de que él quería mirarla justo *ahí* . ¡Oh, Robert, mi Robert! Le sonrió con amor, se echó hacia atrás lascivamente y abrió un poco más los muslos. Obedientemente, su mano se movió *hacia abajo* mientras él suplicaba, con la voz ronca por los jadeos. Con vacilación, con un desesperado aleteo en el corazón, separó sus labios vaginales con los dedos, rodeando la hendidura. En su tímida y juvenil desnudez, se sentía obscena, expuesta a su mirada lujuriosa. Se sentía miserable e inútil, pues abrirse a su orden y masturbarse para excitarlo era increíblemente humillante. Robert, sin embargo, se masturbó con aún más furia, inclinándose hacia adelante, con el rostro frente a su hendidura. Con un fuerte jadeo, se enderezó y eyaculó, salpicando el semen sobre sus caderas y el techo.

Exhaustos, yacían uno al lado del otro, abrazándose y sonriéndose sin aliento. Robert susurró que simplemente no podía más, y ella le respondió cuánto lo amaba. Se abrazaron y se besaron hasta bien entrada la tarde, repitiendo sus juegos sexuales tantas veces como les apetecía. Mientras caminaban lentamente hacia casa, Liane preguntó —llevaba mucho tiempo dándole vueltas al asunto pero no había encontrado el valor— si podría tocarlo *allí* al día siguiente. Robert, el pequeño pícaro, sonrió con aire de suficiencia e hizo un puchero: Bueno, verían si fuera posible... Ambos rieron a carcajadas, porque el talento cómico de Robert alivió de inmediato la tensión también para Liane.

Esa tarde, Liane volvió a ayudar a su madre a preparar la cena, mintiendo alegremente sobre lo que había hecho con Robert durante el día, lo que alegró a sus padres, porque querían —hay que reconocerlo— una hija feliz y le permitieron todo para que siguiera siéndolo. Cuando su madre se sentó en el porche con su libro después de terminar sus tareas en la cocina, decidió volver a ver a Liane más tarde.

Liane simplemente no podía ni quería dormirse de inmediato. Se tocó y descubrió que estaba un poco más *abierta* , un poco más profundamente abierta que antes. Sonrió, porque seguramente esa sonrisa provenía del glande de Robert. Impaciente por el anhelo y el deseo, se tocó, poniéndose inmediatamente a trabajar con sus dedos, pero por más que lo intentara, su corazón se aceleraba y se detenía. En una de esas pausas, descubrió la verdad.

Soñadoramente, jugaba con un dedo en la entrada de su vagina, evitando tocar la pequeña úvula, tan sensible, y solo acariciando suavemente desde abajo. ¡Oh, qué bien se sentía! Acarició cada vez más el hermoso punto justo debajo de la úvula, y el cosquilleo se volvió intenso, diferente y maravillosamente placentero. Su corazón latía con fuerza, pero no frenéticamente. Liane continuó y continuó, y de repente explotó desde dentro, luego al instante siguiente se contrajo de nuevo y jadeó ruidosamente. Jadeando y sobresaltada por la dicha, se quedó allí tumbada.

¿Qué fue eso hace un momento?

Cuando se recuperó, sonrió y las lágrimas rodaron por sus mejillas. —¡Qué tonta soy!, se dijo, ¡eso es! ¡Así que es eso, exactamente eso! Las lágrimas de Liane se secaron y dieron paso a una sonrisa dichosa mientras buscaba de nuevo el nuevo punto, y pronto el deseo, la lujuria y una humedad resbaladiza surgieron de sus ensoñaciones. Intentó repetir su nuevo descubrimiento y estaba tan absorta en sí misma que no se dio cuenta de que su madre venía a ver cómo estaba. Su madre permaneció clavada en el sitio en la habitación de al lado cuando, a través de la puerta abierta, vio a su hija completamente desnuda, con las piernas bien abiertas, masturbándose vigorosamente.

Finalmente

Liane no habría podido decir después cuántas veces lo hizo esa noche; en cualquier caso, ya amanecía afuera cuando se durmió pensando en contárselo a Robert de inmediato.

Pero al día siguiente, Robert la saludó recordándole que ella había querido intentarlo con él. Liane lo corrigió en silencio, diciéndole que solo había querido tocarlo, pero no dijo nada, ni le contó el secreto que había descubierto. Robert era tan alegre y aventurero que apenas pudo decir palabra. Le explicó cada detalle de lo que debía hacer y cómo, y por supuesto, lo que no debía hacer bajo ningún concepto. Incluso antes de llegar a su casa, Liane lo sabía todo y luego, en su confusión, olvidó casi todo. Sobre todo, aún no sabía que un hombre que ve su próximo orgasmo tan cerca no puede pensar en otra cosa, y mucho menos en las necesidades de su pareja.

En resumen, Robert prácticamente voló con Liane a su lugar habitual; segundos después, estaban tumbados desnudos uno al lado del otro, y Liane se sintió abrumada desde el primer momento. La impaciencia de Robert lo arruinó todo. Liane intentó animarse con caricias pacientes, dejando que sus manos se deslizaran suavemente sobre su cuerpo y acariciando sus labios con la lengua. Pero Robert ya se había adelantado con su fantasía; le tomó la mano y la colocó sobre su pene. Liane se sorprendió por la suavidad de su piel, pero ahora la mecánica predeterminada exigía toda su concentración. Con cuidado y delicadeza, lo frotó y sintió cómo la vida despertaba en su interior, cómo se ponía más rígido y duro. Robert susurró instrucciones, y Liane las siguió lo mejor que pudo. Se incorporó a medias y se apoyó en una mano, porque así tenía mejor control. Miró su pene en su mano y lo frotó vigorosamente. Cuando él exclamó: *"¡Ahora, ahora!",* ella frotó con fuerza y aún se sorprendió por su eyaculación, aunque estaba preparada para ello. Lo sostuvo suavemente en su mano y dejó que su semen saliera a chorros, haciendo obedientemente algunos movimientos de ordeño para exprimir todo del glande. Luego soltó su pene y miró el rostro relajado y satisfecho de Robert. Se limpió la mano con la manta y se acostó a su lado. Todo el procedimiento solo había durado unos minutos y, en realidad, había sido bastante sencillo, pensó con un toque de resignación. Luego cerró los ojos y escuchó

los latidos del corazón de Robert, su respiración cada vez más pausada. Después de unos instantes, Robert susurró que había hecho un trabajo maravilloso y que era una verdadera experta. Ella se sintió halagada por el elogio y se acurrucó aún más cerca de él; lo amaba muchísimo.

Ahora sería el momento perfecto para contarle su nuevo descubrimiento, pero algo la detuvo. Aunque estuvieron acostados juntos durante un buen rato, Robert no hizo ningún intento por acariciarla. Solo cuando ella lo empujó ligeramente con su cuerpo, recordándole que había alguien más allí, la abrazó y acarició sus pechos. Pero no era el mismo Robert de siempre. Sus manos la tocaban mecánicamente; faltaban los aspectos juguetones, curiosos y exigentes. Sus dedos se deslizaron sobre su vulva, jugueteando con sus labios mayores, pero ella ya no sentía lo mismo que ayer. Liane estaba completamente tensa y sentía una especie de ira crecer en su interior. Se incorporó bruscamente y murmuró: *«Oh, basta* », luego su mirada se perdió en el mar y lloró en silencio, sin que Robert se diera cuenta.

Como siempre, pasaron el día hablando de sexo. Robert siempre quería que ella lo masturbara, y ella obedecía; ¡lo adoraba! Pero sus propias necesidades quedaban desatendidas. No se atrevía a pedirle nada, pero se aferraba a él con fuerza e insistencia, recordándole que ella también deseaba algo. El humor de Robert fluctuó ese día; a veces la colmaba de caricias y besos, otras veces parecía casi ausente. En esos momentos de ternura, comprendía de inmediato cuando ella le ofrecía sus muslos ligeramente entreabiertos. Se acercaba y jugaba con sus labios vaginales, imitando su propia masturbación. Pero ya no podía excitarla, ¿o tal vez ni siquiera quería?

Sin embargo, mientras Liane yacía en la cama aquella noche, acariciándose, volvió a encontrar el lugar: su madre, sentada abajo en la mecedora, levantó brevemente la vista de su libro y sonrió; creyó saber el motivo de su alegría. Volvió a sonreír antes de sumergirse de nuevo en su libro, pues probablemente se podía oír el placer de la niña en su soledad, pero el padre permanecía en la mecedora con los ojos cerrados, escuchando su música favorita con auriculares, y Liane se masturbó durante media noche.

Cuando los mismos juegos, la misma sensación de ser excluida, se repitieron al día siguiente, Liane se puso muy triste; su amor por Robert era tan doloroso, tan desinteresado, tan sacrificial. Le dio placer a Robert con tanta dulzura y ternura con su mano que él incluso guiñó un ojo y chasqueó la lengua cuando dijo que ella se había convertido en una maestra; el tonto no consideró ni por un momento cuánto anhelaba ella un poco más de afecto. Y tan pronto como Robert lo deseó de nuevo, ella obedientemente tomó su pene en su mano y le dio placer con tanta belleza y ternura que Robert se sintió como en el séptimo cielo. Observó muy atentamente mientras le retiraba el prepucio por completo antes de que eyaculara, su glande danzando, hinchado. Entonces apareció una gota en la abertura en la punta de su glande, y comenzó el chorro rítmico y alegre. Ella miró a Robert con amor, casi con adoración, y en ciertos momentos también sintió cierto poder que su mano ejercía sobre él y su pene. Varió los movimientos de sus manos para medir sus reacciones, abrazándolo por el cuello mientras su otra mano danzaba sobre su pene. Lo miró a la cara y a los ojos mientras el semen tibio goteaba por sus dedos y se enfriaba. Esa tarde, aprendió casi todo lo necesario para una buena masturbación, pero en el fondo, no era feliz porque le faltaba calidez y seguridad. Liane bajó la cabeza con tristeza mientras volvían a casa, Robert pronunciando un magnífico monólogo sobre algún tema. Su madre notó con ojo crítico que algo parecía preocupar a Liane, pero cuando, después de cenar y acostarse, unos suaves ruidos y jadeos reprimidos delataron el deseo secreto de Liane, sonrió y desterró sus pensamientos inquietantes. Liane experimentó un placer increíblemente placentero al masturbarse; qué tonta había sido todos esos años, experimentando y probando cosas sin llegar nunca a este punto brillante; se preguntó, ¿por qué no? Pero tarde en la noche, antes de mecer su cuerpo cansado para dormirse, decidió finalmente contarle todo a Robert.

Él quedó asombrado y quiso verlo de inmediato. Liane casi al instante se arrepintió de su franqueza, pues al principio se sintió tan cohibida como si estuviera a punto de tocar el violín en el escenario de la escuela. Le parecía tan descarado estar tumbada frente a Robert con las piernas abiertas, su vulva expuesta como una fruta abierta a su mirada lujuriosa. Cerró los ojos y se tomó su tiempo, acariciando suavemente el punto sensible con los dedos, pero pronto la sensación de hormigueo se intensificó hasta convertirse en una lujuria placentera y ardiente en su bajo vientre. Después, se

sintió invadida por una especie de desapego e indiferencia; no le importó que Robert se sentara más cerca para ver mejor. Aumentó el ritmo hasta alcanzar el clímax, luego se tensó, presionó firmemente los dedos contra su vulva y dejó que el placer, jadeando y jadeando, brotara de su pelvis. Cuando abrió los ojos, feliz y aliviada, vio a Robert todavía arrodillado frente a ella, asombrado, con ambos ojos fijos en su zona púbica enrojecida. Se miraron a los ojos y se abrazaron, apretándose fuertemente durante minutos.

Robert aún tenía una erección enorme por haberla visto. Pensó en masturbarse, pero Liane inmediatamente lo atrajo hacia ella por las caderas para que pudiera presionar su glande contra su vulva. A ella le encantaba el juego que había descubierto recientemente de él bombeando y empujando su glande entre sus labios, y Robert entendió al instante lo que ella quería. Suave y tierna, ella yacía frente a él, con las piernas recogidas a los lados, esperándolo. Él se tumbó encima de ella y la abrazó con ternura, luego empujó su glande hacia adelante en su hendidura, todavía húmeda y resbaladiza por la masturbación. ¡Qué fuerte empujaba, qué impaciente estaba ya! Ella sintió el empuje y bombeo y empuje de su grueso miembro, se relajó y se abrió, y abrazó a Robert con ternura. Él empujó y empujó rítmicamente, luego de repente una sacudida, y estaba dentro de ella. Completamente dentro de ella.

Liane no tuvo tiempo de preguntarse; se aferró a su espalda en estado de shock y ni por un instante pensó en apartarlo. Al contrario, Robert siguió embistiendo, y ella se entregó por completo a él, sintiendo el golpeteo rítmico de su pene que ensanchaba su apretada vagina y labios, y luego su semen, caliente y palpitante, se disparó en el útero de Liane. Ella lo sintió, sintió su chorro en lo profundo de su ardiente cuerpo inferior, y se regocijó interiormente sin saber por qué. Robert se desplomó sobre ella, hundió su rostro en su cuello y sollozó suavemente; lentamente, su pene flácido se deslizó fuera de ella. Como un árbol talado, se hundió a su lado sobre la manta, enterrando su rostro bañado en lágrimas en su cabello, junto a su cuello.

Liane recordó después su sorpresa al comprobar que no le había dolido nada, a pesar de que temía precisamente eso: en las viejas y picantes conversaciones entre chicas, habían hablado del dolor de la primera vez, de la sangre que fluyó, etcétera. Ahora no había sentido ningún dolor. Se palpó y luego se revisó los dedos: no,

no había sangre, solo un líquido transparente, casi blanco lechoso. El semen de Robert. Se palpó la abertura, que antes había sentido tan estrecha; ¿acaso ahora se había abierto lo suficiente como para acomodar su grueso glande, su firme pene?

Permanecieron tumbados en silencio, uno al lado del otro, durante un buen rato. Robert fue el primero en romper el silencio y le preguntó si había sangrado, a lo que ella respondió que no. Robert se quedó perplejo y le preguntó de nuevo si de verdad era su primera vez. Ella asintió, pero no supo explicar por qué no había sangrado. «El muy canalla ni siquiera pregunta si dolió», pensó, y por un momento se enfureció con él. En el silencio que siguió, pudo percibir claramente su irritación, su desconfianza. El miedo la invadió como un depredador que ataca inesperadamente desde una emboscada, miedo a su decepción ante su fracaso. Susurró que había sido maravilloso, que no se lo había imaginado así, pero que siempre había sentido miedo al pensarlo. Robert no dijo nada, y su silencio fue gélido.

Donde solían pasar casi todo el día acurrucándose y teniendo sexo, ahora se bañaban en la playa, chapoteando y jugando en el agua hasta los tobillos, su juego probablemente enmascarando la seriedad de la situación. Sin embargo, pronto volvieron a calentarse bajo el sol del mediodía y comenzaron a acurrucarse; una cosa llevó a la otra, y Robert estaba encima de ella de nuevo, el chico alto y delgado encima de la delicada niña. Lenta y cuidadosamente, introdujo su pene en su estrecha vagina, luego la penetró. Liane estaba extasiada, porque su pene estimulaba justo el punto correcto, pero desafortunadamente, no duró lo suficiente como para provocarle un orgasmo. Ella permaneció en silencio y lo abrazó después de que él eyaculara. Se acurrucaron y tuvieron sexo de nuevo esa tarde, y antes de irse a casa, Liane de repente se excitó tanto que casi se avergonzó. Ella lo acarició suave y seductoramente durante un buen rato, luego se tumbó de espaldas de forma provocativa y maulló como una gatita, retorciéndose lasciva y obscenamente sobre la manta y susurrando casi inaudiblemente que quería que la follaran de nuevo. El pene de Robert, por supuesto, se había vuelto a poner duro; con avidez, lo introdujo y la penetró con rapidez. A pesar de la disposición con la que ella lo dejó follarla, Robert ya no pudo eyacular.

El padre de Liane, con los auriculares puestos, no se percató de nada aquella noche, pero su madre sonreía en silencio y con satisfacción en el porche al oír los jadeos lujuriosos y los gemidos de placer de Liane. «Que la niña se divierta», pensó, convencida de que la amistad con Robert no había ido demasiado lejos. «Las chicas que han tenido mucho sexo ya no necesitan masturbarse», había oído decir esa tontería por ahí. Pero Liane lo necesitaba, desesperadamente.

Las vacaciones llegaban a su fin, pero Liane y Robert pasaban cada minuto libre juntos, sabiendo que solo les quedaban unos pocos días. La novedad de su relación solo estuvo presente brevemente; hicieron el amor hasta el agotamiento, durmiendo entretanto para que Robert pudiera recuperarse. A Liane le entristecía que él pronto perdiera toda ternura y delicadeza, penetrándola con ferocidad y agresividad. Donde esperaba suavidad y ternura, encontró su pene firme dentro de ella; él embestía salvajemente y con determinación, eyaculando demasiado pronto, el pobre e insensato. Cuando Robert se dormía, Liane no se atrevía a masturbarse; su timidez era demasiado grande. Por eso, se entregaba con mayor intensidad a su lujuria solitaria por la noche. Robert frunció los labios y guardó un silencio rencoroso cuando ella se lo contó. Este rechazo le impidió volver a hablarle del tema. Parecía que se estaba levantando una barrera entre ellos también; sus conversaciones se volvieron menos frecuentes y superficiales, al igual que sus caricias. Y para su completa decepción, Robert prefería la masturbación al sexo, especialmente cuando ella lo satisfacía con su mano.

Él seguía pidiéndolo, y ella lo hacía por él con su mano. Ella lo amaba, lo amaba con tanta pasión y desinterés que habría concedido todos sus deseos, y si él lo deseaba tanto, entonces ella lo haría por él con su mano, aunque ya no le resultara atractivo. Pero ella lo amaba, y le encantaba darle placer y excitación, y sentir cierto poder cuando lo hacía gemir y él vitoreaba al llegar al clímax. Una vez él sugirió que lo hicieran al mismo tiempo. Ella lo amaba y, por supuesto, quería hacer cualquier cosa por él, incluso eso, pero no podía excitarse mientras él se masturbaba de rodillas. Lo intentó, pero cuando él eyaculó sobre ella, se detuvo. Él solo sonrió y se limpió, mientras ella yacía allí, avergonzada e insatisfecha.

Tras aquel intento fallido, nada volvió a salir bien; solo pasaron unas horas en las dunas y durmieron juntos. Luego llegó el último día, cuando Liane se quedó sola porque Robert simplemente no volvió. Ni siquiera se despidió, el muy canalla.

Después de que Robert y su familia se marcharan, Liane lloraba en su habitación. Su madre le llevó el desayuno a la cama, pensando que Liane estaría demasiado cansada durante la noche. Pero estaba demasiado cohibida para decírselo directamente y solo le acarició el pelo con ternura, murmurando que Liane no debería quedarse en la cama todo el día. Ni se le pasó por la cabeza que Liane pudiera estar enamorada; al fin y al cabo, Robert era solo un primo. ¡Él no se acostaría con una chica de catorce años!

Conversaciones entre mujeres

Pasaron varios días antes de que Liane dejara de llorar y le contara todo a su madre. Absolutamente todo. Los marineros, la masturbación de Robert y cómo lo había descubierto. Que se había acostado con él y que no había habido ningún sangrado. Mélanie se horrorizó, porque ella había permanecido virgen hasta su boda a los 22 años, mientras que Liane había perdido la virginidad con ese bueno para nada cuando apenas tenía 14. Liane continuó diciendo que se habían acostado juntos ocho o diez veces en las dunas en los últimos días, y que a Robert le gustaba mucho más cuando ella lo masturbaba. Y que no le había impresionado en absoluto cuando ella le dijo que había descubierto el secreto ella sola.

A Mélanie le tomó un segundo comprender, y luego preguntó casualmente si revelaría su secreto. Liane no dudó ni un instante y apartó las sábanas. Mélanie sintió una punzada de sorpresa por haber sacado a relucir algo tan indecente con tanta naturalidad, pero Liane no sintió vergüenza al exponerse ante su madre y comenzó a masturbarse lentamente, luego con más y más avidez. Mélanie sintió que su propia excitación aumentaba por la vergüenza cuando Liane llegó al orgasmo. Liane esperó un momento hasta que su respiración se calmó y miró a los ojos de su madre con expresión interrogante. Mélanie asintió y dijo que estaba perfectamente bien así, pero que había otras maneras de hacerlo. Se sentó muy cerca de Liane e inicialmente hizo un gesto en el aire para indicar lo que quería decir. Cuando Liane abrió las piernas de nuevo, ofreciendo voluntariamente su vulva a los dedos de Mélanie, esta tocó suavemente sus labios y rodeó su clítoris. Lo rodeó con suavidad y cariño, introduciendo sus dedos cada vez más. Por los jadeos y gemidos de Liane, supo lo cerca que estaba del clímax, y cuando llegó a él, sus dedos vibraron sobre el clítoris de Liane hasta que esta se estremeció en un poderoso orgasmo. Liane la abrazó y la besó con ternura, pues esta técnica era mucho más intensa.

Antes de crecer, Liane a menudo le pedía que lo hiciera por ella, confesando que era más agradable y diferente que hacerlo sola. La mayoría de las veces, Mélanie se veía invadida por una excitación tan irresistible mientras Liane se masturbaba que Liane lo notaba. Le preguntó a Mélanie si podía echar un vistazo más de cerca *allí*

abajo . El corazón de Mélanie latía con fuerza por el deseo y tenía un nudo en la garganta; lo único que pudo hacer fue asentir. La joven de 14 años se quitó el camisón de su madre por encima de la cabeza —Mélanie, por supuesto, no llevaba bragas, como de costumbre— y Mélanie se recostó, ofreciéndole su desnudez, aunque estaba casi consumida por la vergüenza.

Liane se inclinó sobre ella y exploró con curiosidad sus genitales, labios, clítoris y abertura vaginal. Luego separó sus labios y miró dentro. Con cuidado, su dedo se deslizó dentro y exploró su vagina. Luego dijo que se veían muy similares *allí abajo* , porque a menudo había examinado sus genitales con un espejo de mano. Solo que su clítoris era mucho más pequeño que el de Mélanie, y lo volvió a tocar. Y lo sintió mucho más firme. Mélanie susurró que esto era porque ya estaba muy excitada sexualmente. Liane rodeó suavemente el clítoris con su dedo y después de un rato preguntó si podía hacerlo con ella. Mélanie cerró los ojos y no respondió.

Los dedos que la acariciaban la excitaron aún más, y Liane quiso saber si se masturbaría si estuviera en su habitación en ese momento. Pasó mucho tiempo antes de que Mélanie susurrara un "Sí". "¿Así es como me lo haces?", preguntó Liane, continuando con los movimientos circulares. Mélanie mantuvo los ojos cerrados y se entregó a Liane. Liane continuó con los movimientos circulares, incluyendo su clítoris. Tardó mucho tiempo porque Mélanie estaba acostumbrada a una caricia más firme, y Liane, a los 14 años, lo hacía por primera vez. Pero fue paciente y prestó atención a las señales de Mélanie. Solo cuando Mélanie se retorció con gemidos, Liane se concentró en el clítoris de Mélanie, frotándolo rápidamente y con movimientos circulares. El orgasmo comenzó a crecer desde abajo, y el cuerpo de Mélanie se estremeció y tembló. Entonces terminó. Mélanie se calmó y se volvió a poner su camisón sin mirar a Liane a los ojos. Se abrazaron durante un largo rato, y Mélanie susurró que era maravilloso, aunque sentía muchísima vergüenza. Habían cruzado un umbral y compartieron muchos orgasmos en los años siguientes, hasta que Liane se casó con su conde. Aunque al principio su vergüenza resurgió, a veces se masturbaban una frente a la otra, sentadas una frente a la otra. Años después, Mélanie solía incluir estos episodios en sus fantasías de masturbación porque le habían resultado muy placenteros.

Al finalizar agosto, Liane llegó al internado Sacré Coeur, cerca de París, a tan solo unas horas en tren de la casa de sus padres. Allí pasaría el siguiente año y completaría su educación secundaria.

Unos años más tarde, Pierre esperó, tamborileando con los dedos sobre la mesa del salón, a que Mélanie bajara. Agarró a su atónita esposa del brazo y la arrastró al dormitorio, algo muy inusual. Apenas tuvo tiempo de desvestirse y la tomó de inmediato, apresuradamente y con desenfreno, como en su juventud. Su pene se había encogido con el tiempo y pudo introducirlo completamente en su vagina. Ella sintió el glande golpear contra su cuello uterino mientras él eyaculaba dentro de ella. Yacían exhaustos uno al lado del otro, y Pierre le preguntó si estaba bien. Las había oído a ella y a Liane mientras estaba arriba. Por lo general, nunca escuchaba, pero cuando las oyó a ambas, sí que había escuchado.

Mélanie se rió y le acarició el flequillo. No creía que hubiera nada malo en ello, excepto que él había estado espiando, ¡el voyeur! Pierre era la única persona con la que había sido completamente honesta, la única persona a la que nunca le había mentido. Ahora le estaba contando todo. El bueno para nada que había seducido y desflorado a Liane antes de que cumpliera los catorce. Pierre gruñó enfadado. La curiosidad de Liane, y cómo una cosa llevó a la otra. No ocultaba nada, no endulzaba nada. Que solían hacerlo el uno con el otro con bastante frecuencia, aunque ahora era apenas una vez al mes. Que después de regresar del internado, Liane la lamía hasta el orgasmo, hasta un orgasmo increíble, y la lamía una y otra vez porque se sentía increíblemente bien. Se lo hacía a Liane tan a menudo como quería, aunque generalmente le parecía asqueroso tocar los genitales con la boca. Y no, no podía encontrar nada malo en ello mientras se subía encima de Pierre y tomaba su pene dentro de ella.

Su vida amorosa mejoró considerablemente porque Pierre, el pícaro, los espiaba con frecuencia y luego deseaba con avidez tener sexo con ellos. Mélanie contribuía a esto susurrándole todo con detalle y lujuria al oído mientras, simultáneamente, le hacía una felación o tenían sexo. Comentaba repetidamente con asombro lo juvenil que parecía la zona púbica de Liane, a pesar de que ya era adulta, puesto que no tenía vello axilar ni púbico, solo una delicada y clara pelusa rubia como la de las niñas muy jóvenes. Pierre, que sentía un escalofrío placentero recorrerle la espalda debido al

tabú del incesto, siempre se excitaba mucho al pensar en el cuerpo desnudo y la zona púbica de Liane, porque su espionaje se había convertido hacía tiempo en vigilancia secreta.

Mélanie hablaba cada vez con más frecuencia de su deseo de escapar de la pobreza. El conde, viudo y sin hijos, era un hombre de honor intachable y sería un buen marido para Liane, quien, aunque había tenido varios romances apasionados, ninguno había valido la pena. Cuando se le presentó la oportunidad de entrar al servicio del conde, habló abiertamente con Pierre al respecto. Aún lamentaba su romance pasado con el abad, diciendo que él no lo merecía. Pero ahora se trataba de la felicidad y el futuro de Liane, y, de paso, también del suyo propio y el de Pierre.

—Quieres seducirlo y acostarte con él —afirmó con naturalidad, y ella respondió que ya había empezado y que quería su aprobación antes de continuar. Con una risita arrulladora, relató lo que había hecho hasta el momento. Pierre escuchó, con los ojos brillantes, y pensó al instante en los muchos hombres con los que se había acostado durante la Resistencia: —No podré impedirte que lleves a cabo tu lujurioso plan. —Entonces, casi formalmente, —¡Tienes mi bendición! Tras un instante, añadió que debía guardar el secreto; no quería oír nada. Ella lo besó agradecida y, después, continuó seduciendo a Pierre, susurrándole con lujuria al oído, con aire voyeurista, todo lo que el Conde le hacía a ella y a su hermoso cuerpo.

Mélanie

Liane no se había dado cuenta de que su madre había venido a ver cómo estaba; Mélanie permaneció inmóvil en la habitación contigua cuando, a través de la puerta abierta, vio a su hija completamente desnuda, con las piernas abiertas, masturbándose vigorosamente. Como Liane no podía verla porque tenía la cabeza girada hacia el otro lado, Mélanie, a pesar de sentirse completamente indecente, permaneció de pie y solo por un instante pensó que era su hija. Un rubor de vergüenza le subió al cuello y la hizo estremecerse, pues ella misma solo lo hacía en secreto y, por supuesto, lo mantenía oculto a todos; incluso Pierre lo desconocía desde hacía mucho tiempo, ya que siempre habían dormido separados. Por primera vez, vio a su pequeña hija masturbándose; fascinada y curiosa, la observó. Aparte de los muslos abiertos, las piernas levantadas, las nalgas y la mano que trabajaba furiosamente los genitales resbaladizos y húmedos, no se veía nada más, por lo que la imagen tenía una cierta cualidad sexual abstracta. La inocente codicia y el intenso deseo de la joven eran tan contagiosos que pronto sintió un ligero tirón en sus propias entrañas, un tirón que conocía demasiado bien. Mélanie casi se desmaya de lujuria cuando reconoció el clímax de Liane por el salvaje espasmo de sus nalgas. Liane solo se permitió unos instantes de respiro antes de reanudar su masturbación. El remolino de los dedos en la vagina húmeda, el baile y el espasmo de las piernas levantadas, y el trabajo tembloroso y estremecedor de las nalgas excitaron a Mélanie con tal intensidad que pronto solo tuvo un pensamiento: satisfacer su propio deseo ardiente. Rápida y silenciosamente salió de la habitación, con el corazón latiéndole con fuerza mientras se retiraba a su dormitorio.

Desde niña le habían hecho saber que era un pecado grave, uno en el que se había entregado obsesivamente desde su juventud y que, sabiamente, mantuvo en secreto en aquel entonces. Nunca pudo decir después cuándo lo descubrió, pues lo había estado haciendo incluso antes de empezar la escuela. Solo cuando se comprometió con Pierre se lo confesó con vacilación a su confesor, quien la interrogó persistentemente sobre cada detalle y, tras una seria amonestación, le arrancó la promesa de abandonar ese vicio después de la boda, ya que entonces dormiría con su marido. Pero simplemente había días en que su joven cuerpo se descontrolaba y

la llevaba a pecar; cuando el impulso la vencía traicioneramente, solía escabullirse con culpabilidad a la antesala sin ventanas detrás de la cocina, donde se agachaba o se ponía de pie apresuradamente, impulsada por el miedo a ser descubierta, o cuando tenía que esperar mucho tiempo a Pierre por la noche, leyendo en la mesa de la cocina, con la mano escondida bajo el tablero. Solía leer pasajes explícitos y familiares, y su mano, distraídamente, se deslizaba por su muslo, apartando con fuerza su falda y frotando suavemente su clítoris. Lo retrasaba todo lo posible, saboreando cada minuto de excitación mientras leía y se masturbaba lentamente. El deseo pecaminoso solía abrumarla ante un pasaje particularmente erótico; entonces bajaba la cabeza hasta apoyar el antebrazo en el libro y miraba su mano entre sus piernas mientras se excitaba rápidamente. Llegaba al orgasmo con una rapidez vertiginosa, pero a veces también se tomaba su tiempo, esperando varios pre-clímax antes de finalmente alcanzar el clímax explosivo.

Cuando Pierre la despertó por la mañana y ella, sin decir palabra, se puso a cuatro patas para que él la penetrara brevemente y eyaculara como un perro, cuando Pierre resopló enfadado y bajó a su taller hablando consigo mismo, ella se tomó su tiempo para provocar lentamente la excitación que él apenas había podido aumentar, y finalmente se masturbó rápidamente; desafiante, pensó que él solo tenía la culpa de este pecado, pues nunca se molestaba en satisfacerla. ¡Pierre y su postura del perrito! Nunca quería mirarla a los ojos, evitando cobardemente cualquier acercamiento excepto para girarla sin decir palabra boca abajo y penetrarla por detrás.

En su época, las vírgenes aún se casaban vírgenes, así que la vida sexual sin amor de Pierre solo salió a la luz en su noche de bodas. A menudo, ella no sentía más que desafío, porque Pierre la penetraba por detrás cuando quería, a cualquier hora del día o de la noche, pero nunca participaba en su vida sexual. Cuando Pierre se duchaba en el baño y tarareaba una melodía, ella satisfacía su deseo masturbándose en secreto frente al gran espejo del vestidor. Cuando eran jóvenes, estaba increíblemente orgullosa de él porque era muy viril y la poseía varias veces al día; ¡qué afortunada se sentía comparada con sus amigas que se quejaban de sus maridos! Una vez, el grupo de mujeres hizo una apuesta sobre cuál de sus maridos tenía el pene más largo, y la siguiente vez, como estaba previsto, todas trajeron trozos de lana, correspondientes a la longi-

tud de sus penes. Mélanie había logrado escabullirse con una excusa, pero sabiamente guardó silencio, porque pudo ver de inmediato que Pierre las superaba en altura a todas. Su pene solo entraba hasta la mitad, pero ella siempre lo había atribuido al hecho de que era bajita y regordeta, mientras que él la superaba en altura por dos cabezas, delgado y musculoso. Recordaba vagamente que una vez le había dicho que siempre le molestaba que los otros reclutas lo miraran fijamente en las duchas, a él y a su pene, que le colgaba casi hasta la mitad del muslo; ¿quizás esa era una de las razones por las que solo la penetraba por detrás?

Mélanie había hecho cientos de felaciones en su juventud y disfrutaba haciéndolo, aunque no la excitaban en absoluto. A los chicos les encantaba la forma tranquila y obscena en que manejaba sus penes. De joven, había observado a sus padres en secreto y, por lo tanto, sabía qué hacer. No le sorprendía que todos fueran penes diferentes, y examinaba cada uno con mucha atención antes de masturbar a los chicos. A veces, tomaba el semen y se lamía suavemente el dedo para saborearlo. Por lo general, ella y el chico desaparecían entre los arbustos donde ella lo llevaba al orgasmo. Sin embargo, a veces, en fiestas con alcohol, le hacía una felación a alguien para la diversión de todos. Cuando conoció a Pierre, naturalmente y con toda naturalidad le hizo felaciones. Y, por supuesto, continuó haciéndolo durante su compromiso, ya que tradicionalmente querían esperar hasta su noche de bodas. Pierre tenía uno de los penes más grandes que jamás había visto, era insaciable y necesitaba al menos dos felaciones al día. Ella misma necesitaba masturbarse mucho más, pero se lo ocultó a Pierre durante años.

La potencia de Pierre comenzó a disminuir sorprendentemente rápido. Su mejor amiga de entonces le aconsejó que lo masturbara un rato; mejoraría, le dijo que no se desanimara. Inmediatamente, la siguiente vez que estuvieron juntos, Mélanie se giró en medio de la eyaculación y agarró el pene de Pierre. Él estaba confundido y protestó suavemente, pero ella no se movió. Cerró los ojos con fuerza y gimió ansiosamente, rogándole que no lo mirara. Mélanie susurró que no lo estaba mirando en absoluto y lo frotó con la mano, observando la hinchazón de su glande y calculando que era casi del mismo largo y grosor que su antebrazo. Le encantaba su gran miembro, que normalmente solo veía cuando él la visitaba con el pene erecto, y, por supuesto, cuando se masturbaba. Lo acarició de arriba abajo con satisfacción y le hizo una muy buena paja.

Pierre arqueó la espalda mientras ella lo llevaba al orgasmo con el puño; su semen salió disparado y cayó sobre su mano. Continuó frotando lentamente el glande que brotaba con el pulgar y el índice, observando con curiosidad cómo rezumaba unas cuantas veces más. Pierre se levantó de un salto, salió corriendo aturdido y no volvió a aparecer en todo el día. Esa noche, hubo miradas incómodas y silencio. Entonces, dolido y enfermo de pena, le rogó que nunca volviera a hacerlo; solo había sido justo antes de la boda, durante el compromiso. Él no lo quería así, solo justo, ella lo sabía. Mélanie suspiró y asintió; después de todo, era un hombre tan dulce. Luego lo abrazó con ternura, le acarició el pelo erizado y le susurró que era su esposo más querido, más, más amado, y que, por supuesto, de ahora en adelante solo lo haría como a él le gustara.

Fue una de las pocas ocasiones en que Pierre se apoyó en su hombro y aulló de alivio; curiosamente, le recordó el día de la liberación. Ambos tenían 24 años, los alemanes habían perdido Francia ante los Aliados, y habían reído y llorado igual que ahora. Lloraba de alegría porque Pierre trabajaba como mensajero discreto para la Resistencia, y ahora por fin podía conservarlo, amarlo y volver a hacerle el amor sin ser molestados, sin temer por su vida. Nunca más volvieron a mencionar lo sucedido durante la guerra; habían acordado perdonarse y olvidar para siempre sus aventuras amorosas de la época.

Resistencia

Tuvo que cerrar los ojos avergonzada al recordar con qué frecuencia, durante la Resistencia, habían vivido en sótanos húmedos u otros escondites con una docena de personas más, teniendo sexo rápido y apresurado. Llevaban poco tiempo casados y Pierre lo necesitaba a diario. La mayoría de las veces desaparecían en una habitación apartada, pero si no había una habitación privada disponible, esperaban por las noches hasta que las cosas se calmaran antes de que él tuviera sexo con ella en la oscuridad. ¡Mélanie anhelaba tanto tener un hijo!

Más tarde, su corazón latió con fuerza por la vergüenza al recordar cómo habían sido los últimos meses. Una simple habitación en el sótano, iluminada de día por el resplandor de una lámpara de queroseno, lúgubre y oscura por la noche. Ella y Valerie eran las únicas mujeres, aunque se rumoreaba que la distante Valerie era una lesbiana convencida que no dejaba que ningún hombre se le acercara. Pierre estaba inconsolable y arrepentido por lo inapropiado de la situación, pero no podía pasar ni un día sin ello. Susurraron suavemente, y ella asintió; no le molestaba en absoluto. Después de todo, se amaban, la falda larga lo ocultaba todo, y de todos modos no se veía nada en la oscuridad. Las circunstancias rara vez le habían permitido obtener su dosis habitual de placer mediante la masturbación, por lo que su libido se había acumulado más de lo normal, y como se habían casado hacía poco, prácticamente anhelaba que Pierre la follara para poder liberar su deseo reprimido. Pierre estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Tuvo que ponerse en cuclillas sobre su pene, dándole la espalda; ya se había quitado la falda, pues era la única que tenía. En la oscuridad, cabalgó su pene con fiereza, sintiendo cómo la lujuria le subía con fuerza por las entrañas. Llegó al orgasmo con gemidos y gritos de placer, y luego, jadeando y exhausta, continuó follándolo para que Pierre también pudiera eyacular.

Después de que Pierre se durmiera, su respiración lo delató, una mano ancha y masculina se extendió y exploró su cuerpo, deslizándose bajo las sábanas y acariciando su piel desnuda, sus pechos, su estómago y su vulva. Mélanie, que solo había sido tocada por Pierre, superó su timidez inicial y buscó el pene del hombre. Comenzó a masturbarlo, pero él se acercó silenciosamente. Con in-

finito cuidado, el hombre se tumbó encima de ella y la penetró. Su corazón casi se detuvo de vergüenza, pues Pierre era el único hombre con el que se había acostado. Ningún otro hombre la había tocado íntimamente, ni siquiera en su juventud cuando masturbaba a chicos. Nunca había sentido a nadie más que a Pierre dentro de ella. Su pene era más pequeño que el de Pierre, y ella escuchó atentamente su voz interior, tratando de sentir la sensación de ser penetrada por otro hombre. Allí, al otro lado de Pierre, se oían claramente los débiles sonidos de la masturbación. Era Valerie. Mélanie la oía masturbándose en silencio todas las noches mientras descansaba sobre el pecho de Pierre. Contenía la respiración porque el hombre la penetraba muy rápido y eyaculaba. Contrario a lo que esperaba, él permanecía encima de ella; su pene se recuperaba después de unos minutos y la penetraba de nuevo. Esta vez la excitaba mucho más, y cuando ya no podía soportarlo más, se masturbaba con respiración controlada hasta alcanzar un orgasmo silencioso. El hombre mantenía su pene profundamente dentro de su vagina y esperaba en silencio mientras ella se masturbaba, para luego comenzar de nuevo. Solo después de un largo rato de penetración el hombre eyaculaba y se retiraba en silencio. Ella recostaba la cabeza sobre el pecho de Pierre y escuchaba a Valerie, quien llegaba al orgasmo varias veces en silencio. Casi todas las noches, el hombre u otro estaba allí para penetrarla al amparo de la oscuridad, mientras ella volvía a escuchar la masturbación claramente audible de Valerie y sus gemidos, casi inaudibles, durante el orgasmo. Nunca se lo mencionó a Pierre; era tiempo de guerra y las viejas normas ya no se aplicaban.

Algunos días, Pierre salía de excursión con su mochila y regresaba exhausto por la noche. Nunca hablaba de cuántos hombres había tenido que matar con su cuchillo. Era algo con lo que tenía que lidiar solo. Mélanie limpiaba las manchas de sangre de su chaqueta o pantalón y nunca hacía preguntas.

La interminable espera y el miedo —su espera fue obligatoria y duró más de seis semanas— llevaron a Pierre a un frenesí. A menudo la tomaba varias veces seguidas al amparo de la oscuridad. Por supuesto, intentaban ser silenciosos, pero presumiblemente todos en la habitación los oyeron. Mélanie estaba cabalgando sobre el pene de Pierre de nuevo y estaba en pleno clímax cuando de repente sintió una mano en su muslo. Pero no era Pierre; él la sujetaba por la cintura con ambas manos, levantándola y bajándola,

guiando su movimiento. Solo se sobresaltó un instante porque ya estaba increíblemente excitada. De repente, supo que era Valerie. La mano de Valerie acarició suavemente la parte interior de sus muslos y se deslizó cada vez más arriba. Dividida entre la indignación temerosa y la lujuria exacerbada, inicialmente intentó apartarse de la mano que había tanteado sus genitales. Pero los sentimientos contradictorios generaron una excitación aún más intensa, encendiéndola tan repentinamente que se detuvo y empujó su pelvis hacia adelante, buscando la mano de Valerie con su clítoris. Mientras Pierre la sujetaba y la penetraba desde abajo, el dedo del desconocido estimulaba su clítoris. Ella abrió la boca de par en par y empujó su cuerpo hacia adelante. Al llegar al orgasmo, bajó la mano y colocó sus dedos sobre los de Valerie, presionándolos contra sus genitales y gimiendo. Pero después sintió una vergüenza tremenda. Pierre, a quien más tarde le susurró una verdad a medias —que alguien le había estado acariciando el muslo—, fue cariñosamente llamado un tonto enamorado que se lo estaba imaginando todo. En aquel entonces no pudo contarle toda la verdad, ya que él no tenía ni idea de lo apasionada que era su esposa masturbándose.

La noche siguiente, casi se desmaya de vergüenza, incapaz de esperar a sentir de nuevo la mano descarada de Valerie, que anhelaba con emociones encontradas. Solo una mujer sabía con tanta precisión lo que era importante. El pensamiento le produjo un poderoso escalofrío; gimiendo, se retorció de vergüenza y deseo desenfrenado, entregándose a los dedos de Valerie, que comprendía que tenía que apretar firmemente el clítoris de Mélanie y todos sus genitales durante el orgasmo. Cuando los dedos de Valerie disminuyeron la velocidad y vibraron en quietud, Mélanie sintió —¿o solo lo imaginaba?— que la invisible Valerie se estaba masturbando intensamente. Pero los dedos rápidamente revivieron, estimulándola suavemente y con creciente urgencia; Mélanie gimió y se retorció. Pierre la sostuvo con ambas manos y la levantó rítmicamente para satisfacerse, pero ella separó las rodillas como en un ritual pagano, ofreciendo sus genitales a la sacerdotisa invisible, que realizaba el sacrificio con rápida rotación. Exhausta, a veces tenía que sujetar la mano de Valerie y apartarla; Simplemente no podía seguir así. Sin embargo, anhelaba con gran ilusión las caricias nocturnas de aquel tercero secreto.

Ella nunca volvió a mencionárselo a Pierre, porque le molestaba que él nunca le hablara de los dedos que inevitablemente tocaban su pene. Ella, al menos, siempre se daba cuenta cuando Valerie tocaba descaradamente su pene con los dedos durante el sexo o mientras él eyaculaba. Cuando Mélanie se recuperaba después de un orgasmo y Pierre seguía follándola, Valerie simplemente detenía su pene y lo sacaba con fuerza. Básicamente, le hacía una paja. Antes de que él eyaculara, ella le retraía el prepucio con fuerza e introducía el glande en la vagina de Mélanie, continuando con la masturbación. Y cuando estaba a punto de eyacular dentro de ella, le introducía el pene entero. Pero el muy cabrón nunca lo mencionó. Nunca dijo una palabra sobre esperar dentro de ella después de eyacular hasta que Valerie, tras comprobar si su pene seguía erecto, lo sacaba con fuerza de nuevo y le hacía otra paja, igual que antes. Al parecer, él asumía que Mélanie, que lo había presenciado en persona, lo aceptaría en silencio.

Mélanie estaba molesta con él porque su vida sexual también había cambiado. Al principio, solo tenía sexo lento y tentativo, esperando hasta que Valerie la llevara al orgasmo. Tenía sexo un poco para intensificar el orgasmo de Mélanie. Luego hacía una pausa, esperando, hasta que Valerie retiraba su pene con fuerza y le hacía una masturbación manual, guiando su glande de vuelta a la vagina de Mélanie antes de eyacular. Su pene generalmente solo se ablandaba después de que Valerie le hacía una segunda masturbación manual. Solo cuando su pene se ablandaba, Valerie se retiraba para masturbarse en silencio, pero claramente audible para Mélanie, hasta altas horas de la noche. A partir de entonces, Pierre necesitaba constantemente la mano de Valerie para masturbarlo con sus dedos y puño muy fuertes. A veces, cuando se impacientaba, agarraba la mano de Valerie y la colocaba con fuerza sobre su pene; Mélanie, que había estado a horcajadas sobre él antes de la masturbación manual, lo presenció todo de primera mano. Valerie retiraba rápidamente su pene de su vagina y le hacía la masturbación manual. De alguna manera, ella estaba agradecida con Valerie por no haber desperdiciado su semen y haberle permitido eyacular dentro de ella después de la masturbación.

Mélanie no se molestó por mucho tiempo al comparar esas escandalosas masturbaciones con el hecho de que, tan pronto como Pierre se quedaba dormido roncando ruidosamente, sus admiradores anónimos se acercaban sigilosamente, generalmente dos o

tres, quienes la follaban en silencio uno tras otro. Quizás Pierre ya se había dado cuenta de esto, y por eso era tan descarado como para dejar que Valerie lo masturbara.

Valerie no daba ninguna señal de sus secretos durante el día; era la luchadora de la resistencia, dura como una roca, con ojos azules penetrantes y una excelente tiradora. Mélanie la había acompañado en varios intentos de asesinato, porque si bien una mujer con un paquete largo llamaba la atención, nadie le prestaba mucha atención cuando dos mujeres llevaban un paquete. Mélanie simplemente hacía de vigía para que Valerie pudiera preparar su rifle, mira telescópica y cargador sin ser molestada. En los segundos en que Valerie disparaba, contenían la respiración e inmediatamente comenzaban la retirada planeada. Una vez, de camino a casa, la taciturna Valerie dijo: “85”. Esta era su víctima número 85.

Mélanie solo tuvo que disparar una vez su antiguo revólver Le-Mat. Valerie acababa de disparar a dos oficiales alemanes en el café frente a la ventana del sótano, y estaban a punto de retirarse apresuradamente cuando cuatro soldados alemanes —aparentemente buscando la bodega— se acercaron a ellos por el pasillo del sótano. A Valerie solo le quedaba un cartucho en el cargador y disparó de inmediato. Entre todo el ruido y los gritos, Mélanie ni siquiera se dio cuenta de que ya había vaciado su revólver de nueve balas y que solo había sonado un clic en vacío. Valerie puso la mano sobre el pesado revólver y dijo que todo había terminado. Mientras recogía las armas y los cargadores de los alemanes, murmuró con aprobación: «Te llevaste los tres». De repente, Mélanie sintió un deseo sexual abrumador que la invadió y, con avidez, metió la mano bajo su falda. Valerie le tomó la mano y dijo: «¡Aquí no, tenemos que salir de aquí!».

Mélanie la siguió, tambaleándose, apenas pudiendo huir de la excitación sexual. Cuando creyeron estar a salvo, se sentaron en una cornisa. Mélanie inmediatamente comenzó a masturbarse bajo su falda. Valerie le subió la falda a Mélanie y tomó el relevo, masturbándola. Mélanie se amasó los pechos a través de la tela áspera y rápidamente llegó al orgasmo con un grito ahogado y reprimido. Valerie continuó acariciándole suavemente los labios vaginales y se puso en cuclillas. Se subió la falda y se masturbó, con la mirada fija en los labios vaginales de Mélanie, a los que acariciaba

con gestos frenéticos. Mélanie se había recuperado y estaba viendo a otra mujer masturbarse por primera vez en su vida. Valerie lo hizo con mucha fuerza y rapidez; durante el orgasmo, tiró firmemente de la piel alrededor del clítoris de Mélanie con los dedos, y Mélanie pudo verlo moverse una y otra vez. "¿Puedo?" preguntó Mélanie más tarde, y Valerie asintió. Intercambiaron posiciones y Mélanie examinó la vulva y los genitales de Valerie con mucha atención. Luego la masturbó exactamente como la había visto hacerlo. Cuando Valerie llegó al orgasmo, Mélanie le estiró el clítoris con fuerza y la observó asentir atentamente. A Mélanie le encantó y así lo expresó.

Ninguna de las dos mencionó sus escapadas nocturnas con Pierre. Ni una palabra sobre el sexo secreto de Mélanie con los Sin Rostro, que Valerie escuchó mientras se masturbaba. Ni una palabra sobre la masturbación de Valerie, que Mélanie escuchó durante o después del sexo secreto. Riendo amistosamente, orinaron una al lado de la otra en el suelo y se fueron. Valerie dijo que sus primeras experiencias con él habían sido exactamente iguales, pero que después de su orgasmo, su compañero tenía sexo con ella cada vez. Sonrió con picardía, diciendo que el sexo ya no era lo suyo, pero que el tipo era excelente en eso, siempre dos veces seguidas, y ella tenía orgasmos cada vez.

Llevaban más de una hora en su ruta de escape, los pensamientos de Mélanie volvían a girar en torno a la euforia de matar, reavivando una intensa excitación sexual en su bajo vientre. Apenas podía caminar y presionó su mano contra su falda, contra su vulva, y suspiró. Valerie lo notó y se dirigió al refugio de una ruina. Mélanie apoyó la cabeza en el regazo de Valerie y se masturbó con placer. Valerie le acarició la cabeza, luego deslizó su mano bajo su blusa y acarició los pechos de Mélanie mientras continuaba su historia. Hacia el final de sus años escolares, tuvo una relación lésbica y solo entonces aprendió a masturbarse, una habilidad que pronto necesitó usar varias veces al día. Después de su primera eyaculación, tuvo un ataque de intensa lujuria cuando tomaron un descanso y tuvo que masturbarse inmediatamente, sin prestar atención a Bruno. En medio de su orgasmo, mientras aún dejaba caer un fuerte grito, Bruno la desfloró y la folló dos veces seguidas.

Solo eran cuatro en la base, y Bruno, necesitando afirmar sus instintos de macho alfa, la desnudó por completo y la folló sin pu-

dor delante de los otros dos. Ella tenía un orgasmo con Bruno cada vez y miraba lastimeramente a los otros dos antes de gritar a todo pulmón en su clímax. Solo le daba vergüenza que la follaran en público las primeras veces, aunque siempre mantenía una expresión lastimera mientras la follaban. Sus gritos pronto se volvieron triunfales, y se presionaba el clítoris con los dedos para que los otros dos pudieran ver claramente su orgulloso asentimiento. Cuando Bruno se dormía, Valerie follaba con los otros dos, porque realmente disfrutaba de que la follaran en ese entonces y tenía serias dudas sobre si realmente era lesbiana. Los dos machos beta no eran tan buenos en la cama como Bruno, así que siempre se masturbaba durante el sexo. En retrospectiva, sospechaba que Bruno sabía todo esto.

Valerie sentía que Mélanie había tenido orgasmos con suficiente frecuencia y les instó a marcharse. Al regresar a la base, Valerie informó que dos oficiales y otros cuatro soldados habían sido eliminados y contó lo heroicamente que Mélanie había luchado. Todos la abrazaron y la besaron. Valerie la abrazó por última vez y la besó apasionadamente; fue un hermoso beso francés, que Mélanie correspondió con igual fervor y que jamás olvidó. Por supuesto, ni una palabra sobre masturbación. Mélanie se lo contó a Pierre más tarde, susurrándole todo con detalle al oído mientras tenían relaciones sexuales, siempre que él se lo permitía. Le susurró sobre la maravillosa masturbación mutua con Valerie después de su arrebato de lujuria, sin omitir nada y describiendo los genitales de Valerie con meticuloso detalle, hasta el último vello púbico. Le contó sobre la desfloración de Valerie y cómo posteriormente había disfrutado mucho teniendo relaciones sexuales con sus camaradas. A veces él quería volver a oírlo, ya que lo excitaba no solo a él, sino también a Mélanie.

Una vez, mientras susurraban entre ellos, ella le preguntó a Pierre si le gustaría tener sexo con Valerie si ella se lo permitía, y él aceptó de inmediato. Ambos sabían que Valerie jamás lo permitiría, pero Mélanie sintió una punzada en el corazón. A la mañana siguiente, Pierre entrecerró los ojos al ver a Valerie lavarse provocativamente los pechos y la vulva durante un buen rato. Esa noche, Pierre no dudó y, tras unos minutos de sexo, apartó a Mélanie. La agarró con ambas manos y la levantó con fuerza sobre su regazo, con el rostro vuelto hacia él. Mélanie se arrodilló ante él, agarrando su pene, y sintió que Valerie dudaba durante mucho tiempo.

Hizo esperar a Pierre y se masturbó sentada sobre él. Mélanie estaba completamente perpleja mientras la lesbiana de hierro temblaba y tenía un orgasmo, su vagina espasmódica deslizándose lentamente sobre el pene de Pierre y tomándolo por completo. Debía tener una vagina mucho más larga que la suya, pensó Mélanie, porque él no entró del todo. Mélanie mantuvo su mano en la base de su pene y luego en los labios de Valerie, mientras Valerie follaba a Pierre rápida y duramente. El bastardo contuvo su eyaculación todo lo que pudo, y Valerie tuvo un orgasmo silencioso, temblando una y otra vez. Permaneció inmóvil mientras él eyaculaba con fuerza dentro de ella. Él se mantuvo erecto después de eyacular, y Valerie continuó. Mélanie colocó su mano en la parte delantera de los genitales de Valerie, de modo que su clítoris rozaba su palma y sus dedos. Valerie tuvo un orgasmo una y otra vez, temblando y en silencio, hasta que Pierre eyaculó de nuevo y su pene se ablandó. Se durmieron y Mélanie sintió un vacío e indiferencia en lo más profundo de su ser cuando más tarde fue follada por tres hombres sucesivamente.

A estas alturas, no le importaba si Pierre se enteraba. Pierre, el canalla, que se acostaba con Valerie y no con ella, eso dolía. Mélanie apretó los labios con fuerza mientras Valerie, a regañadientes, cedía a las insinuaciones de Pierre durante las siguientes tres noches. Como el día anterior, primero se masturbó, y solo cuando empezó a temblar y a tener un orgasmo, Mélanie soltó el pene de Pierre y guió su glande hacia la vagina de Valerie. Agarró firmemente su miembro y solo con mucha reticencia permitió que penetrara a Valerie, quien entonces lo folló con furia. Seguramente Valerie solo lo hizo porque podía satisfacerse igual de bien de esa manera que masturbándose. Valerie se detuvo cuando él eyaculó profundamente dentro de ella, y Mélanie sintió con las yemas de los dedos exactamente cómo su semen salía a chorros de su uretra. Se arrodilló ante Pierre y sintió su pene y los genitales de Valerie mientras temblaba y tenía un orgasmo. Una mano descarada se deslizó sobre sus nalgas y le levantó el trasero. La mano descarada acarició con destreza sus nalgas y genitales, luego un pene descarado se deslizó lentamente en su vagina, montándola por detrás como un perro. Ella permaneció completamente inmóvil, apoyándose con la mano en los genitales de Valerie para que Pierre no notara sus movimientos mientras la follaban, y se alegró cuando el descarado hombre eyaculó poco después de la penetración y desapareció en silencio. Mélanie estaba bastante segura de que otros

también lo habían oído, porque Valerie estaba follando bastante ruidosamente. Mélanie se apartó de Pierre y levantó las nalgas mientras el siguiente hombre la manoseaba. Oyó a los hombres que yacían detrás del hombre que la estaba follando, que esperaban impacientemente para follarla después, masturbándose también sin pudor. Esta escena escandalosa se repitió durante tres noches más.

Pierre se marchó poco después de medianoche para llegar a tiempo al punto de encuentro. Mélanie yacía junto a Valerie, sintiendo cada movimiento de su cuerpo mientras los hombres invisibles la acosaban y la violaban. Uno tras otro. Un hombre se atrevió a manosear a Valerie mientras se masturbaba, y como ella no se resistió mucho, la penetró y la violó. Mélanie y Valerie yacían como hermanas una al lado de la otra y fueron violadas por los hombres hasta altas horas de la noche. A veces, un hombre se pasaba de Mélanie directamente a Valerie para violarla. A la mañana siguiente, las dos mujeres se lavaron en el lavabo, y Valerie, con una sonrisa torcida, comentó que había sido una noche salvaje. Mélanie, que no había dormido lo suficiente, gruñó que, como Pierre no estaba, todos querían follar. Refunfuñando, se lavó los restos de la noche de la vulva y la parte interna de los muslos, donde el semen había dejado docenas de marcas.

Pierre llegó después del atardecer, apareciendo de la nada, y trajo malas noticias. Su grupo se dividió en dos; Pierre y ella recibieron la orden de ir a una base y debían partir de inmediato. Mélanie, al igual que Pierre, se despidió de todos individualmente. Valerie llegó la última y esquivó el intento de Pierre de abrazarla. Simplemente le apretó la mano con firmeza y murmuró: «Gracias, Pierre». Luego abrazó a Mélanie y le dio un beso largo y apasionado, que Mélanie correspondió. Valerie se marchó sin mirar atrás. Nunca supieron de su embarazo. Pierre se adelantó, y Mélanie lo siguió en silencio hacia la oscuridad.

El miedo a morir cualquier día dictaba que toda la sexualidad se viviera de inmediato y libre de toda moralidad, y que el placer se disfrutara hoy porque podría no haber un mañana.

Cada día

En años posteriores, Pierre solo iba a su cama los domingos por la mañana. Sin palabras y mecánicamente, como en un mal espectáculo de marionetas, hacían los preparativos que se habían ido desarrollando gradualmente a medida que él fracasaba cada vez más y ella buscaba consejo en su mejor amiga. Ella le daba la espalda, se ponía a cuatro patas y le ofrecía voluntariamente sus nalgas. Colocaba una mano sobre su nalga para guiarlo silenciosamente hacia la abertura correcta. Pierre se arrodillaba detrás de ella y, si su erección aún no era lo suficientemente fuerte, se masturbaba. Después, ella bajaba la mano entre sus piernas para excitar a Pierre, quien solo empujaba dos o tres veces y luego se quedaba en silencio, primero acariciándose los testículos. Luego frotaba su viejo y cansado pene hasta que lo sentía endurecerse, y rápidamente movía la pelvis hacia adelante y hacia atrás, empujando hacia atrás contra su pene y dándose placer con él como si fuera un consolador. Continuó incansablemente hasta que lo sentía correrse. Envolvió con sus dedos fuertes la parte de su pene que no cabía dentro de ella, la frotó con firmeza y rapidez —a Pierre le encantaba— y lo llevó al orgasmo. El pene de Pierre se puso rígido y palpitó rítmicamente dentro de ella, y ella continuó frotándolo suavemente mientras duró su orgasmo. Después de eso, la mañana del domingo le perteneció por completo a ella y a sus deseos secretos.

Esto continuó durante varios años, en silencio y sin cambios. Un día, sin embargo, Pierre la despertó de sueños intensamente excitantes y fantasías lujuriosas: Armand, el conde, la había llevado al invernadero de orquídeas y la había follado, lamido y masturbado. De repente, Pierre estaba allí, con el pene muy excitado y completamente erecto, como cada domingo por la mañana. Excitada, tomó el pene de Pierre dentro de ella y lo folló con más fiereza de lo habitual. Su lujuria superó su anterior sentimiento de vergüenza hacia Pierre; se llevó al clímax con avidez y sin importarle él, estimulando además su clítoris con la palma de la mano mientras pensaba en Armand en el invernadero de orquídeas y masturbaba el pene de Pierre. Tuvo que parar al llegar al orgasmo, y su cuerpo tembloroso hizo que el pobre Pierre eyaculara con un gemido y un quejido. Su pene escupió laboriosamente el semen, pues se había acostumbrado tanto a su ayuda que era casi imposible sin

su estimulación. Casi la invadió la vergüenza, ya que Pierre solo la había visto masturbarse en contadas ocasiones. Él quedó atónito y sorprendido, pero a partir de entonces ella ignoró por completo sus sentimientos. La masturbación la satisfacía, y también a Pierre, quien, arrebatado por su orgasmo, eyaculó laboriosamente, lentamente y con gran dolor.

Por lo general, si él no había podido eyacular, ella reanudaba el acto sexual de inmediato, aunque su propio orgasmo aún no hubiera disminuido. A veces experimentaba algunas réplicas, y luego lo penetraba como un reloj que marcaba el tiempo rápidamente, disfrutando obstinadamente. Para terminar rápido después, lo remataba con una firme masturbación manual. Con la cabeza apoyada en el antebrazo, levantó las nalgas lo más alto que pudo, separándolas. Pierre retiró ligeramente su pene, dejando solo la punta dentro de ella. Esta era su señal secreta para que ella lo masturbara. Bajó la mirada entre sus piernas y lo acarició de la cabeza a los pies, rápida y vigorosamente, ya que esta era su forma favorita. Observó su mano acariciando su pene y lentamente balanceó sus caderas hacia adelante y hacia atrás, sus labios menores rozando suavemente su glande. Ella supo cuándo él estaba a punto de eyacular y con una mano apartó su nalga, abriendo su vagina de par en par, mientras que con la otra se frotó tan rápida y vigorosamente que Pierre explotó dentro de ella con un jadeo. Ella permaneció pacientemente, con las nalgas bien levantadas y las mejillas separadas con ambas manos, mientras Pierre, con movimientos de empuje indefensos, eyaculaba espasmódicamente su semen dentro de ella. Él acarició sus nalgas con gratitud y mucho cariño, le besó rápidamente la nuca y desapareció avergonzado antes de que ella se diera la vuelta. Pensaba cada vez menos en su confesor de compromiso, y cuando lo hacía, ¡era en un *idiota mudo!* Se entregó a su deseo, el deseo pecaminoso que aparentemente le había transmitido a Liane.

El declive sexual de Pierre comenzó alrededor de la época de su embarazo. Mélanie supo instintivamente que tenía algo que ver con la estación de tren de Villiers-le-Bel y que su sexualidad le estaba fallando por eso. Antes, él llegaba a su habitación con una erección, listo para tener sexo con ella. Ahora, sin embargo, a menudo se le bajaba, incluso cuando ella estaba a cuatro patas. Pierre estaba inconsolable, y como se sentía invisible cuando se arrodillaba detrás de ella, se frotaba el pene hasta que volvía a ponerse

erecto. Por supuesto, ella lo observaba en secreto, con la cabeza apoyada en los antebrazos, mirando bajo su vientre. Pierre se masturbaba tan rápido como podía, dejando que su glande danzara contra la hendidura de sus nalgas; Mélanie lo sentía y movía las caderas de un lado a otro para provocarlo. Y entonces Pierre simplemente no podía parar. Mélanie, con sus nalgas que se balanceaban obscenamente y sus labios vaginales brillantes y húmedos, lo incitaba, chasqueando los labios contra su pene para *atraparlo* . Cuando ella lo logró, él la penetró brevemente, para luego eyacular inmediatamente con violentos espasmos de su pene. Sin embargo, la mayoría de las veces eyaculaba sobre la parte exterior de sus labios vaginales o presionaba contra su ano para eyacular. En cualquier caso, a Mélanie no le molestaba; le excitaba bastante verlo masturbarse.

Durante su embarazo, Pierre se sintió mágicamente atraído por su trasero y le susurró que quería probarlo. Mélanie le susurró que estaba de acuerdo y que no debía lastimarla. Él se masturbó durante un buen rato, humedeciendo su orificio con la punta de su pene y su dedo índice. Luego, lenta y cuidadosamente, insertó la punta de su pene en su ano, deslizándose más profundamente y follándola durante un buen rato antes de eyacular. Le dolió un poco la primera vez, pero Mélanie disfrutó de las sensaciones inusuales que él le provocaba e incluso pudo disfrutar del leve dolor. Mélanie, que era pequeña y regordeta, disfrutaba del sexo anal porque él venía desde arriba y su pene presionaba tan placenteramente a través de su canal anal contra el punto sensible de su vagina, casi como durante el sexo vaginal. Pierre la folló durante un buen rato cuando la folló analmente, y ella lo disfrutó, haciéndole saber con gemidos lujuriosos cuánta excitación le producía. Justo antes de que él eyaculara, ella se agarró el clítoris en secreto y en cuestión de segundos tuvo un orgasmo, del que Pierre apenas se percató porque estaba demasiado abrumado por la intensidad y los espasmos de la eyaculación como para percibir cualquier otra cosa.

A medida que su vientre crecía y el embarazo estaba a solo unas semanas, debían masturbarse solo por consideración, dijo él vacilantemente al entrar en su habitación, completamente erecto. Esta era también la única vez que lo hacían abiertamente el uno frente al otro. Ella ya pesaba demasiado para ponerse a cuatro patas y permaneció tumbada boca arriba cuando Pierre se acercó. Él le acarició la cara y le cerró suavemente los párpados, luego se arro-

dilló al pie de la cama y se masturbó. Mélanie lo observaba desde debajo de sus párpados entrecerrados, abriendo las piernas de par en par, ofreciéndole de forma lasciva y tentadora su vulva abierta bajo su vientre redondeado. Se tomaba su tiempo con sus contorsiones exhibicionistas, que la excitaban. Estaba constantemente muy cachonda durante estas últimas semanas de embarazo, lo que le daba cierta indiferencia hacia los tabúes de Pierre, así que ya no se contenía en absoluto. Su mano se deslizó alrededor de su vientre hasta su vulva, se masturbó muy lentamente y lo miró con ojos grandes y húmedos, suplicándole que la follara como es debido. Los ojos de Pierre casi se salieron de sus órbitas mientras ella acercaba sus rodillas cada vez más, dejando que sus dedos danzaran salvajemente sobre su clítoris. Justo antes de su clímax, levantó su pelvis y su pesado vientre, insertó dos dedos extendidos en su vagina y comenzó a follarse a sí misma con movimientos rápidos y salvajes. Empujó sus nalgas hacia arriba, empujando su pelvis salvajemente contra su mano, follándose a sí misma cada vez más fuerte hasta que el orgasmo explotó dentro de ella. Tiró de la cabeza hacia atrás brevemente por el esfuerzo y, con un último estallido de fuerza de voluntad, separó sus labios con ambas manos, ofreciéndole los espasmos orgásmicos de sus genitales como sacrificio. Pierre se corrió a más tardar ahora, tirando fuerte y jadeando sobre su pene y rociando su semen en largas vetas y grandes gotas redondas sobre el bajo abdomen de Mélanie. Ella sonrió y, después de un breve descanso, continuó masturbándose; Su devoción a su vicio inquietó a Pierre. Volvió a tener una erección y se acarició el pene mientras ella seguía masturbándose hasta que se detuvo, exhausta.

Durante esos meses de embarazo, Pierre tenía la costumbre de meterle la punta del pene en la boca mientras se masturbaba. Aunque al principio le daba asco, ella lo acariciaba con la lengua y los labios, porque a él le encantaba. Le sujetaba la cabeza con firmeza cuando eyaculaba profundamente en su garganta y solo retiraba el pene una vez que ella había tragado el semen. Después, siempre se mostraba especialmente cariñoso y agradecido de que ella participara en sus aventuras. Ella se acostumbró y siempre intentaba que fuera lo más placentero posible. Pero este enamoramiento duró poco, porque después del parto, Pierre volvió a sus viejos hábitos.

Villiers-le-Bel

Más tarde, el corazón de Mélanie latía con fuerza por la vergüenza al recordar cómo habían sido las semanas anteriores en otro escondite. Una simple habitación en el sótano, iluminada día y noche por el resplandor de una lámpara de queroseno, y ella era la única mujer, ambos habitantes de la ciudad entre gente sencilla del campo. Pierre estaba inconsolable y arrepentido por la impropiedad de la situación, pero no podía soportar pasar ni un día sin ello. Susurraban en voz baja, y ella asintió; no le molestaba en absoluto; se amaban, después de todo, la falda larga lo ocultaba todo, y en la penumbra, de todos modos no se veía nada. Pierre se sentó en el suelo, y ella tuvo que ponerse en cuclillas sobre su pene de espaldas a él. Así fue como la tomó, la tomó delante de todos los camaradas, que miraban su rostro y sus genitales, porque tuvo que quitarse la falda mientras la follaban. La mayoría de los hombres se masturbaban en secreto en los bolsillos de sus pantalones; algunos se paraban junto al cubo del inodoro y se aliviaban de pie. Los ojos de Mélanie comenzaron a brillar de lujuria mientras observaba a los hombres masturbarse, pero Pierre ya estaba eyaculando, demasiado rápido.

Hacia el final de la guerra, Pierre y ella, junto con otros miembros de la Resistencia, se atrincheraron en un almacén de la estación de tren de Villiers-le-Bel. Los alemanes estaban demasiado lejos para detectarlos y centraron toda su atención en otro lugar, ya que la Resistencia lanzaba ataques esporádicos desde esa dirección. Sus órdenes eran resistir y defender este depósito, que estaba repleto. Tenían agua, provisiones y armas en abundancia, y la habitación sin ventanas estaba iluminada por el resplandor de una lámpara de queroseno. La constante espera y el miedo —su espera era obligatoria y se esperaba que durara semanas— llevaron a Pierre a un frenesí. El primer día, la tomó varias veces seguidas, bajo la mirada lujuriosa de los demás. Mélanie ya estaba bastante acostumbrada a esto, ya que él la había follado a menudo en público, delante de desconocidos, e incluso parecía excitarlo.

Por supuesto que todos estaban excitados, porque a esas alturas a ella no le importaba estar completamente desnuda sin falda; al contrario, incluso sentía cierto placer en su desnudez expuesta. Ni por un momento pensó en el hecho de que se estaba protegiendo

con indiferencia de su vergüenza y con exhibicionismo de la cobardía de Pierre, que se escondía tras ella y la usaba como escudo humano. Satisfizo su impulso exhibicionista comportándose deliberadamente lascivamente y mostrándoles a sus camaradas todo, absolutamente todo. Pierre la folló sentada, y todos miraron fijamente sus genitales, donde su monstruoso pene rugía. En esa posición de cuclillas, donde el pene de Pierre presionaba rítmicamente su clítoris desde abajo, su excitación aumentó rápidamente, prácticamente explotó, convulsionando salvajemente e incontrolablemente; no tenía forma de masturbarse en secreto en ningún sitio, así que la excitación se acumuló gradualmente dentro de ella y a veces estalló repentinamente.

Mélanie sintió una extraña satisfacción interior al ver que, durante su lasciva y obscena actuación, media docena de hombres se masturbaban en el rincón de la habitación donde se encontraba el cubo del inodoro. Ya había follado a Pierre al revés, cabalgándolo, y ahora estaba sentada tranquilamente en su regazo, con su pene aún erecto profundamente dentro de ella, esperando la siguiente ronda. Pero para estos buenos campesinos en el sótano, eyacular en el cubo del inodoro no era suficiente. El más valiente de ellos se acercó a ella, todavía masturbándose, y ella logró abrirse la blusa justo antes de que él eyaculara sobre sus pechos. La blusa tuvo que desaparecer; ahora estaba sentada completamente desnuda sobre Pierre, y los hombres, dispuestos en semicírculo, se acercaron mucho a ella para eyacular sobre su cuerpo desnudo. Al principio, Pierre gruñó, pero finalmente, ya no le importó. A uno de los hombres que insistía en tener sexo con ella, le hizo una paja —desnuda como estaba— sus pechos y todo su cuerpo temblando, como si flotara sobre el pene de Pierre. Pierre observaba, riendo. Ella soltó una risita mientras llevaba al hombre al orgasmo y dejaba que eyaculara sobre sus pechos. Esto provocó una reacción en el grupo.

Dos de los hombres más fuertes se subieron a los hombros y brazos de Pierre, y luego varios de ellos, uno tras otro, la violaron. Pierre maldijo blasfemamente y blandió su revólver amenazadoramente, pero se encontró frente a los cañones de ocho pistolas y se rindió. Mélanie ya se había insensibilizado bastante, puesto que Pierre la violaba constantemente en público, así que no le pareció tan malo que todos la violaran, prácticamente en público, por turnos. Todos eran buenos patriotas, y a pesar de la enormidad de todo aquello, todos eran pacíficos. La mayoría de las veces la viola-

ban en la posición del misionero, algunas veces en la posición del perrito. Dos de ellos querían tomarla al mismo tiempo, uno dentro de su vagina, el otro simultáneamente dentro de su ano. Tuvo que presionar su boca contra el cuello del hombre que estaba acostado para no gritar durante esos orgasmos demenciales.

Ella siempre sabía cuándo alguien la deseaba; él solo tenía que desvestirse, y ella se quitaba la falda y la blusa —en aquel entonces, durante la guerra, no tenía ni sujetador ni ropa interior—. Cuando sentía que su excitación aumentaba y el chico estaba a punto de eyacular, hacía un gesto con la mano o agitaba los dedos, indicando al siguiente. Si los chicos lograban cambiarse rápidamente —y solían hacerlo— su excitación aumentaba inexorablemente, y con el segundo, o a más tardar el tercero, alcanzaba el orgasmo. Los hombres eran justos y le daban tiempo para recuperar el aliento. Pronto perdió la cuenta, pero la follaban al menos veinte veces al día, normalmente más. Tenían que esperar ociosamente, y si lo único que veían era a una joven bastante guapa siendo follada por sus compañeros, naturalmente se excitaban una y otra vez. Lo que Pierre rara vez conseguía solo, siempre lo conseguían juntos. Ella tenía muchos orgasmos cada día y disfrutaba de cada uno de ellos.

Para dos chicos, de no más de 16 o 17 años, era claramente su primera vez. El primer día, solo habían mirado, demasiado tímidos para participar. Mélanie se acercó a uno de ellos y lo atrajo hacia ella. Le susurró al oído que lo ayudaría y que debía confiar en ella. Él asintió casi imperceptiblemente y escondió el rostro en su cabello. Ella tomó su erección y la guió suavemente hacia su vagina. Con una mano, lo abrazó con ternura, y con la otra, le dio señales suaves, con una ligera presión, sobre la velocidad de sus embestidas. Le susurró palabras dulces al oído, y el chico gimió al eyacular. Mantuvo su pene dentro de ella y le susurró que la próxima vez seguramente duraría más. Inmediatamente después, hizo una seña al otro chico, quien experimentó una primera vez igualmente maravillosa. Una y otra vez, les indicó a los dos en un susurro ronco que duraran más y que prestaran atención a su respiración; así sabrían a tiempo cuándo ella misma estaba a punto de llegar al orgasmo. Después de todo, era maravilloso llevar a una mujer al punto de jadear, gemir y alcanzar el clímax. Así, los chicos ansiosos fueron entrenados para ser proveedores confiables de orgasmos.

Pierre solo se acostaba con ella muy temprano por la mañana, después de que ella se levantara y se aseara. Tras eyacular, se retiraba al rincón más alejado, con el corazón lleno de una profunda tristeza y una masculinidad herida, pero sin poder apartar la mirada de su esposa. A diferencia de los demás, solo se acostaba con ella una o dos veces por la mañana y pasaba el resto del día sumido en la tristeza y la autocompasión. Diez días después, fueron separados y enviados a bases diferentes, perdiendo el contacto entre sí.

Pierre la amaba tanto que reprimió todo eso, e incluso años después, cuando hablaban de la guerra, comentaba con orgullo lo maravillosamente bien que lo habían hecho entonces y que nadie se había dado cuenta de nada.

La concepción

No, solo le fue infiel a Pierre una vez, solo una vez, antes de entregarse al Conde. Eso fue solo unos años después de su boda, justo después de que terminara la guerra. Había perdido toda su autoestima y se sentía mancillada después de haber sido violada por sus compañeros de la Resistencia durante dos semanas a la vista de todos. Era una época en la que estaba llena de desesperación porque ella y Pierre no podían tener un hijo. Desesperada, sedujo a Pierre para que se acostara con ella una y otra vez, casi arruinándolo, dejando que la embarazara varias veces seguidas; ¡tenía casi 25 años! Pero fue inútil; podía ablandar su vagina todo lo que quisiera, abrirla todo lo que quisiera con los dedos, o bajar todo lo que pudiera sobre su pene cuando él eyaculaba; nada funcionaba, ni siquiera los baños de asiento calientes, con o sin vinagre y sales de baño. El nuevo sacerdote, el abad Fabien, la comprendió muy bien, escuchó pacientemente sus confesiones y le pidió desde el principio que no le hiciera sonsacarle cada detalle: el orden debía mantenerse, eso era parte de una confesión adecuada, y el sexto mandamiento en particular debía confesarse completa y minuciosamente. Mélanie obedeció al joven alto y apuesto y le describió todo, absolutamente todo, hasta el más mínimo detalle. Como el abad aún esperaba a su ama de llaves, la parroquia decidió que Mélanie realizara las tareas domésticas más importantes a cambio de una remuneración adecuada. Así fue como llegó a la casa parroquial, cómo conoció mejor a Fabien y cómo se convirtió en su amante, su amante apasionada y desenfrenada.

Fabien —no quería que lo llamaran Monsieur l'Abbé— era un hombre alto y delgado, de cabello rojizo y manos grandes y anchas; su rostro anguloso, con sus rasgos ascéticos, no delataba su ardiente sensualidad. Cuando la abrazó por primera vez —ella acababa de agacharse para limpiar el estante inferior, procurando que su vestido de trabajo se subiera, dejando al descubierto sus nalgas desnudas y regordetas—, levantó las caderas de forma provocativa, y Fabien se colocó repentinamente detrás de ella, sujetándola por las caderas, presionando y frotando su ingle con firmeza e inconfundiblemente contra sus nalgas. Así que, cuando la abrazó, ella no se sorprendió, pues tantas veces le había confesado su enamoramiento, ya que él se había convertido en el héroe de sus fantasías de masturbación, algo que inicialmente lo había avergonzado mu-

cho durante la confesión. En la cama (era la cama donde solía dormir Su Excelencia el Obispo de Nimes), todo era completamente diferente a lo que ella estaba acostumbrada. La miró con sus grandes y tristes ojos bretones y comenzó a hacerle el amor por delante, con ternura y suavidad, pero a la vez con pasión desenfrenada. Habría huido de él de no ser por el maravilloso orgasmo que le hizo temblar las rodillas durante una hora. El orgasmo la había abrumado, y mientras él continuaba, ella gemía y aullaba de placer, llegando al clímax una y otra vez en pequeños espasmos orgásmicos. Y Fabien fue capaz de esperar hasta que ella estuviera en pleno orgasmo antes de eyacular; ¡qué maravilloso sentirlo dentro de ella en ese preciso instante y mirarlo a los ojos! Ni por un segundo pensó en Pierre mientras estaba en la cama con Fabien, pues él la absorbía por completo; se excitaba tanto con él que no había lugar para nadie más.

No es que el pene de Fabien fuera mejor que el de Pierre, todo lo contrario; pero Fabien simplemente era mejor con el suyo. Aunque al principio eyaculaba demasiado rápido, se quedaba dentro de ella y aun así la llevaba al clímax con su semierección. Mélanie a veces lloraba de placer físico, porque Fabien no necesitaba ni quería que lo acariciaran y siempre le daba un orgasmo durante el sexo sin que ella tuviera que ayudar. Se sentía como una vampiresa perversa cuando se acostaba con ambos hombres el mismo día, pero se engañaba a sí misma, diciéndose que hacía mucho más feliz a Pierre, a quien todavía amaba apasionadamente, cuando imaginaba a Fabien en sus fantasías y luego hacía que todo fuera más íntimo y sincero para él. Confesó en el confesionario que se excitaba tanto durante el acto sexual con Pierre que ahora tenía que masturbarse más a menudo que nunca. Fabien, que amaba no solo a las mujeres sino también los chistes subidos de tono, se reía entre dientes cuando ella le describía sus increíbles fantasías de masturbación.

El abad le concedió la absolución con la condición de que se confesara inmediatamente; sí, ¡allí mismo, en el confesionario! Su confesión lo hirió y lo hizo enemistarse con Dios, pero Mélanie tenía que hacerlo ahora, a pesar de la santidad del lugar, a pesar de los demás posibles penitentes que, si es que estaban allí, se miraban entre sí con desconcierto y probablemente se persignaban rápidamente, por si acaso.

—*¡No podemos, podrían oírnos!* —susurró Mélanie.

El abad apartó un poco la cortina y miró a su alrededor.

—*Aquí no hay nadie más que nosotros dos* —dijo, y volvió a cerrar la cortina.

Mélanie tardó unos instantes en asegurarse de que el abad hablaba en serio. Ahora tenía que hacerlo rápido y en silencio, sin hacer ruido con la ropa. Se subió la falda rápidamente y se sentó sobre sus talones, sintiéndose agradablemente desnuda en la penumbra. Empezó despacio, y luego dejó que su dedo arrepentido danzara sobre su clítoris pecaminoso, ¡haciéndole arrepentirse profundamente! Cuando apenas podía contener sus jadeos, el abad abrió en silencio la ventana enrejada y la observó llegar al orgasmo. Antes de despedirla, sugirió que la siguiente confesión sería mejor en la sacristía, y luego se rió, diciendo que era una prohibición especial de la Santa Madre Iglesia, el pecado de confesarse en la sacristía. Más tarde se preguntó con dudas a quién podría haberle confesado esos pecados, pues el abad aparentemente la había hecho cometer este peor de todos los pecados en el confesionario una docena de veces, tan ofendido estaba.

Se tomó en serio esta primera confesión, pero las siguientes las consideró meros actos amorosos. A partir de entonces, se confesaba en su sacristía, después de que él, prudentemente, hubiera cerrado la puerta con llave. Siguiendo sus instrucciones, se ponía en cuclillas sobre el altar de Su Excelencia, el Obispo de Nimes, con la falda subida —no había usado ropa interior desde la guerra—, se tumbaba boca arriba con las piernas abiertas y esperaba hasta que el abad se sentara frente a ella y dijera suavemente: «Introimus ad altarem Dei». Él la observaba atentamente mientras ella se excitaba lentamente (Agnus Dei, murmuraba el hombre de Dios extraviado) con suaves movimientos circulares (Kyrie eleison), luego estimulaba con mayor precisión su clítoris (laudate Dominem) y, en un rápido staccato (sursum corda), llegaba al clímax (Deo gratias). «Ego te absolvo», dijo entonces el abad con voz ronca, y salió para que ella pudiera vestirse. De vez en cuando, ella lo provocaba un poco y lo detenía, diciéndole que aún quedaba por ofrecer un sacrificio lujurioso en honor del obispo de Nimes, y luego le daba al abad el placer de su segunda vez.

Fabien rió a carcajadas y luego tosió tímidamente, pues en verdad estaban en el confesionario. Entonces le susurró que debía dejar a Pierre; él la acompañaría a la parroquia y hasta los confines de la tierra para ser feliz a su lado. Esa sería su única y verdadera absolución. Mélanie guardó silencio, pues amaba a Pierre más y con todo su corazón que a aquel hombre de Dios extraviado y perdido; jamás lo habría abandonado.

Por desgracia, este romance duró solo unos meses; luego llegó la nueva ama de llaves a la casa parroquial, y Mélanie se quedó en casa, algo triste, pero no infeliz, pues por fin estaba embarazada. Mélanie supo instintivamente, desde el primer segundo, quién era el padre de Liane, aunque durante ese tiempo había estado durmiendo con ambos a diario, e incluso un par de veces se había escapado a casa de Fabien esa misma noche. Incluso creyó saber exactamente qué día era: un día en el que sintió la santidad de aquel lugar como nunca antes. La única vez que Fabien había cerrado con doble llave la gran puerta de la iglesia. La única vez que ella la había abierto más que nunca, tumbada desnuda sobre el altar mayor del obispo de Nimes. Miró a su alrededor y alzó la vista hacia todos los santos y ángeles. Conmovida por tanta santidad, abrió las piernas como alas de ángel y, abrumada por la emoción, suplicó a los santos y ángeles que le concedieran el hijo anhelado, mientras el santo loco se despojaba de sus vestiduras y la montaba sobre el altar mayor. Se aferraron el uno al otro, el santo loco y el santo insensato, quien sintió intensamente que con cada embestida de la estaca bendita, todos sus pecados de la estación de Villiers-le-Bel se desvanecían como barro seco y duro. Solo tenía que abrirse con más suavidad, con más intimidad, y recibir la semilla del loco y santo en lo profundo de su ser. Gritó en un orgasmo con todas sus fuerzas, de modo que el eco resonó en la nave vacía y las estatuas de los santos se estremecieron. El pecador Fabien también se estremeció y se estremeció, depositando su semilla en la vagina de Mélanie. Ese fue el momento sagrado de la concepción de Liane.

Pero ella apartó todas sus preocupaciones: ¡Pierre era el padre de Liane! Condujo directamente desde la consulta del ginecólogo hasta el taller de Pierre y lo abrazó feliz, besando al hombre inicialmente avergonzado en la boca delante de todos sus compañeros y balbuceando emocionada que había funcionado, ¡iban a tener un bebé! ¡Pierre, su esposo, su amado esposo, iba a ser papá! Pie-

rre tenía lágrimas de alegría en los ojos y la abrazó fuerte y cariñosamente, y todos sus compañeros se pusieron de pie y aplaudieron. Los dos estaban en un estado de pura euforia y llamaron a todos sus familiares y amigos, luego hubo una gran celebración en casa de sus padres y abuelos.

Amor y muerte en la costa gaélica

von Jack Faber © 2021

(Fragment)

El pastor

Jim llevaba una hora observando al pastor. Las ovejas pastaban, levantándose de vez en cuando para luego dar un par de pasos antes de volver a la hierba. El pastor era bajo y robusto, y solo se detenía brevemente para mirar a su alrededor, apoyándose en su largo bastón. Debía haber entre 50 y 60 animales, pero no había ni rastro de un perro pastor. De repente, Jim se dio cuenta de que el pastor no tenía perro. Jim se esforzó por recordar si alguna vez había visto a un pastor sin perro, pero solo recordaba pastores con perros pastores. Recordaba perfectamente lo desconcertado que se había sentido por el peculiar silbido de los pastores. Los perros parecían estar entrenados para responder a esos silbidos, pues cambiaban de dirección inmediatamente cada vez que el pastor soplaba. Dependiendo del tipo de silbido, el perro guiaba a las ovejas hacia la izquierda o la derecha, o corría hacia atrás para animar a las rezagadas.

Este pastor era diferente a cualquier otro que Jim hubiera visto. No solo era mayor, sino que también tenía un aire rudo y distante. Animaba a las ovejas con gritos, a los que, sorprendentemente, obedecían. Se detenía repetidamente hasta que las ovejas se reunían a su alrededor en un grupo disperso, se quedaban quietas un rato y luego seguían adelante. Las ovejas lo seguían, algunas con cierta vacilación. A veces, el pastor metía la mano en el bolsillo y, con torpeza, enrollaba un cigarrillo, que luego encendía con cuidado con una cerilla. A medida que el rebaño se acercaba, Jim se retiró con cautela de su puesto de observación, cogió su bicicleta y pedaleó hasta The Point. El cielo se estaba llenando de nubes grises y empezaba a refrescar.

María seguía de pie bajo el alero del sótano, lavando conchas. A Jim le habría gustado ayudarla, pero esa mañana ella había dicho que quería estar sola y no se había molestado en preguntarle. Así que se quedó bajo el alero, cogió un puñado de conchas de la cesta de alambre y las colocó sobre la tabla de madera. Luego levantó el cubo abollado y vertió agua sobre las conchas antes de coger el cepillo de ramitas con la mano enguantada y empezar a frotarlas, una por una. El grueso delantal de goma y las botas la hacían parecer gorda y sin forma, pero Jim, como siempre, intentaba echarle un vistazo a los pechos, que sobresalían bajo el delantal. María te-

nía unos 16 o 17 años y vivía sola en la vieja cabaña de pescadores desde que sus padres habían muerto. Era la única que estaba dispuesta a esconderlo y dejarle dormir sobre una vieja piel de oveja en el suelo. Por las noches, cuando se iban a dormir, él abría los ojos y la veía desnuda mientras se acostaba en la cama.

—Se acerca un rebaño de ovejas —dijo Jim, y cuando María seguía sin levantar la vista, continuó—: ¡El pastor está trayendo su rebaño hasta aquí!

María asintió casi imperceptiblemente. Terminó de limpiar los mejillones que tenía delante sobre la tabla de madera. Luego levantó la vista y se estiró, dándose cuenta ahora, al parecer, de lo mucho que le dolía la espalda por la postura encorvada que había mantenido mientras trabajaba. Dejó la cesta de alambre en la esquina, cogió el cubo de agua, enjuagó la tabla de madera y la limpió con un paño. Jim entró en la casa mientras ella colgaba su delantal de goma en el gancho y se quitaba las botas de goma. Caminó unos pasos hacia la pequeña repisa de la pared y miró al pastor y sus ovejas.

—Estoy preparando un refrigerio —dijo María al entrar en la sala y empezar a cocinar. Era evidente que esperaba la visita del pastor, pues nunca preparaba café por la tarde. Jim, sin decir palabra, sacó los platillos y las tazas del armario, colocó las cucharillas en los platillos y buscó el viejo cuenco de porcelana con el azúcar. Sin prestarle atención, María se desnudó y se puso su sencillo vestido de casa, se lavó bien las manos y se pasó los dedos por el pelo, mirando de vez en cuando por la pequeña ventana. Jim se sorprendió de que no llevara ropa interior. El vestido era demasiado pequeño y demasiado ajustado, estirándose sobre sus nalgas y pechos. Estaba tensado en los botones delanteros, y bajo la tela estirada, entre los botones, era evidente que estaba completamente desnuda. Era tan corto que apenas le cubría los genitales.

La primera oveja baló en el patio delantero, y un instante después el pastor abrió la puerta de golpe. Las primeras gotas de lluvia brillaban en su espeso cabello gris; ahora se sacudió los zapatos en el umbral y entró ruidosamente, murmurando un saludo indefinible.

María murmuró un saludo y se acercó a la mesa con la cafetera en la mano. El pastor la observó, y Jim creyó ver una sonrisa cuando vislumbró su desnudez bajo el vestido. El pastor se sentó y, con torpeza, dejó su bolsa en el suelo. Sin levantarse, se quitó la chaqueta. La dejó caer descuidadamente al suelo, se giró hacia la mesa, cogió una cucharilla y se sirvió azúcar y nata, removiendo durante un buen rato. María también se había servido café. Jim solo se sirvió un poco de leche. Permanecieron allí en silencio, bebiendo cada uno su café y evitando la mirada del otro.

Jim no escuchaba con mucha atención cuando el pastor rompió el silencio y empezó a hablar de esto y aquello. Observaba a María con atención, pues jugueteaba con los dedos y no levantaba la vista de su taza. A veces, ella tarareaba en señal de asentimiento cuando el pastor esperaba una reacción, pero permanecía en silencio mientras él hablaba de los granjeros y su ganado, de los soldados y las batallas, de la gente del pueblo y de muchas otras cosas. Él asintió cuando ella levantó la cafetera y le rellenó la taza. Habló y habló mientras tomaba azúcar y crema; habló sin parar.

El café se había terminado, todas las historias habían sido contadas. Jim miró en silencio a María, que parecía esperar a que el pastor se marchara. Notó que se la veía inquieta y nerviosa por dentro, pero no podía explicarlo, así que su inquietud y nerviosismo poco a poco lo contagiaron también. Entonces, cuando McGillian se levantó, los tres se pusieron de pie, y el pastor murmuró unas palabras de agradecimiento. Tomó la mano de María y, de repente, la atrajo hacia sí.

—¿Siempre sola? —preguntó, sujetándola firmemente con una mano. María intentó zafarse, pero el anciano era bastante fuerte, Jim se dio cuenta de inmediato. —¿Y qué te parece esto? —preguntó el pastor, agarrando descaradamente el pecho de María. Ella miró primero a Jim, luego nerviosamente al pastor. Negó con la cabeza enérgicamente cuando Jim intentó abalanzarse hacia adelante, lo miró directamente de nuevo y negó con la cabeza con decisión. El pastor rió y dio un paso hacia un lado, luego arrojó a María hacia atrás sobre la cama. Con una velocidad que Jim no esperaba, se arrodilló junto a María y la sujetó con una mano, mientras que con la otra tanteaba su falda, le palpaba el muslo y metía la mano audazmente debajo de ella. María se resistió con determinación y se liberó a patadas, pero él la agarró de nuevo y le echó el

vestido por encima del hombro, dejando al descubierto un pecho. Sonriendo, la sujetó y volvió a meter la mano debajo de su falda. Con la otra mano se bajó la bragueta, metió la mano dentro y sacó su pene.

Jim se había retirado al hogar y contenía la respiración, desconcertado. Aunque estaba bajo presión, María lo miró de reojo y negó con la cabeza. Sus ojos se abrieron de par en par, rogándole que saliera, pero él simplemente no podía. Su mirada le suplicaba que apartara la vista, pero él se quedó allí paralizado, incapaz de apartar los ojos de ella. El pastor se aferró a su pene y se dispuso a abalanzarse sobre María. Pero ella se retiró, y él la siguió a gatas, metiendo la mano con avidez bajo su falda una vez más. Pronto se hizo evidente que ella solo lo evadiría aún más si se atrevía a acercarse. Después de tres intentos, se dio por vencido y permaneció arrodillado al borde de la cama. Su mano, que había deslizado bajo su falda, la manoseó con avidez y prisa. Jadeó al sentir que el pene que sostenía se hinchaba aún más. Jim miró horrorizado aquella monstruosidad, que no era particularmente larga pero sí muy gruesa, y cuyas venas a los lados estaban hinchadas y abultadas.

Impasible, María observó al pastor manoseándola con avidez bajo su falda, apretando su pene mientras comenzaba a frotarse. Jim no podía ver bajo su falda desde su posición, de pie a un lado de la habitación, pero sabía que estaba desnuda. Jim estaba desconcertado, pues María se echó hacia atrás y sonrió con cinismo mientras el anciano se masturbaba aún más excitado y salvajemente, con la mirada fija y avidez bajo su falda. María giró el rostro hacia Jim y lo miró con calma; él no sabía dónde mirar y se sentía incómodo, con un profundo y sordo dolor en el pecho. Lo que el anciano estaba haciendo era sin duda incorrecto, y ciertamente no era lo que María hubiera querido. Pero parecía haberse resignado a ello por el momento. Jim bajó al sótano, se subió a una caja y miró por la mirilla.

McGillian introdujo y sacó su grueso pene del agujero de María, mucho más despacio que los perros que Jim había visto ser follados. Sorprendentemente, María pareció disfrutarlo; al menos, mantuvo los ojos cerrados y se frotó la parte superior del agujero con un dedo. Cuando se detuvo, su rostro se contorsionó en una mueca y jadeó con fuerza como el viejo pastor, aferrándose a él. El pastor continuó con el mismo ritmo, y ella sonrió antes de frotarse

el agujero de nuevo. Jim miró fijamente los bultos alrededor de su agujero, agarrando su grueso pene. Cuando se frotó muy rápido, hizo una mueca, luego se aferró a él de nuevo, jadeando y temblando. Esto cautivó a Jim; las embestidas del viejo parecían complacerla cada vez más. Esto continuó durante mucho tiempo hasta que, de forma inesperada, María lo empujó fuera de su agujero, y él se puso en cuclillas sobre sus talones frente a ella.

El anciano se puso en cuclillas frente a ella, con la mirada fija entre sus muslos separados. De repente, lanzó un chorro brillante entre las piernas de María; uno o dos chorros más salieron disparados de su pene y salpicaron bajo su falda. McGillian se encogió de hombros mientras su espeso y pegajoso moco goteaba con cansancio sobre la sábana. María maldijo en voz alta, llamándolo cerdo y diciéndole que se largara. Bajó la cabeza y resopló profundamente, luego metió su monstruosidad en sus pantalones y se puso de pie. Sin decir palabra, recogió su chaqueta y su bolso y salió de la casa antes de que Jim pudiera siquiera contar hasta tres.

Jim salió de su estupor y subió las escaleras, rodeó la cama y se dirigió hacia María. «McGillian es una cerda, siempre lo ha sido», murmuró ella, tapándose los ojos con una mano para que Jim no viera las lágrimas que le brotaban. Lo ignoró, aunque él estaba justo delante de la cama, mirándola con curiosidad entre los muslos. Quedó paralizado al ver a la joven, que ocultaba su rostro y sus lágrimas bajo el brazo, tumbada en la misma posición en que McGillian la había dejado: tumbada boca arriba en la cama, con las piernas delgadas descuidadamente abiertas y los genitales expuestos a su mirada.

Jim la había visto a veces desnuda de lejos mientras se lavaba, y ahora no podía apartar la mirada. Manchas blancas y húmedas del semen de McGillian corrían por sus muslos y vello púbico. Se incorporó bruscamente y, ajena a la presencia de Jim, se limpió meticulosamente. Cuando se tocó entre las piernas, él la miró fascinado, contemplando su vulva de vello oscuro y la hendidura carnosa, que ella separó con dos dedos y limpió con la sábana. “¡McGillian es un cerdo!”, repitió. “Viene cada pocas semanas”. Permaneció sentada pacientemente unos segundos más, sintiendo su curiosidad infantil sobre ella. Después de unos instantes, se levantó rápidamente y se alisó la falda. Se puso a trabajar en la mesa.

Jim reflexionó un instante, preguntándose si McGillian había estado allí antes y si María no sabía exactamente qué esperar. La idea casi lo abrumó; la posibilidad de que ella hubiera esperado algo completamente distinto si él no hubiera estado presente. Como si le leyera la mente, María negó con la cabeza y lo miró fijamente a los ojos. Jim retrocedió, sin creerle y temiendo que ella lo notara en su rostro.

Él me haría quién sabe qué si pudiera —murmuró—, pero si solo quiere desahogarse, ¡que así sea, por lo que a mí respecta! María se dio la vuelta y ocultó las lágrimas que le brotaban de la rabia.

Jim salió corriendo, sin importarle la lluvia que le azotaba la cara, subió la colina y luego bajó un poco hasta uno de sus lugares favoritos. Se sentó allí durante un buen rato, conteniendo las lágrimas. Contempló el mar a través de la lluvia gris y desoladora, perdido en sus pensamientos. McGillian era un cerdo, pero Jim había visto su cola gruesa y enorme y se sintió decepcionado, comparándola instintivamente con la suya. La profunda convicción de que jamás tendría una cola tan grande dejó sin aliento al chico de catorce años por un instante.

Y luego María. El dolor en su pecho se convirtió en un veneno corrosivo mientras sus pensamientos se aceleraban, y se dio cuenta de que McGillian probablemente trataba a María de manera diferente cuando él, Jim, no estaba allí. Imaginó vagamente a McGillian introduciendo su grueso pene en la hendidura carnosa de María, pero descartó la idea de inmediato, ¡porque María no era así! Aun así, no podía quitarse de la cabeza la idea de que McGillian sí estaba dentro de María, y probablemente lo había estado antes, incluso antes de su tiempo. Podía ver con demasiada claridad cómo María abría voluntariamente su hendidura con dos dedos, veía el monstruoso pene penetrar repetidamente y eyacular. Jim de repente estaba bastante seguro de que María solo había retrasado la penetración esta vez porque él estaba allí, porque era testigo. Absolutamente seguro, porque al viejo se le permitió introducirla inmediatamente cuando desapareció en el sótano.

Sintió que la envidia, la ira y los celos le invadían. ¿Acaso María no había desafiado prácticamente al anciano en cierto momento? ¿Fue casualidad o premeditación que no llevara nada debajo del vestido? ¿No le había permitido voluntariamente vislumbrar sus

partes más íntimas? ¿No había sido descuidada, indecente y provocativa en su desnudez? ¿No se sentía completamente satisfecha porque el anciano introducía y sacaba su pene de su vagina, porque ella se frotaba la vagina hasta el final?

Jim reflexionó sobre la conexión entre frotarse y eyacular, y de repente comprendió que el contacto infantil con su propio pene estaba relacionado con ese frotamiento. Siempre que se había masturbado en secreto, llegaba un momento en que una necesidad imperiosa de orinar lo invadía; ese era siempre el final del juego. Ahora estaba convencido de que uno debía ceder a la necesidad de orinar, como había hecho McGillian, y que era lícito eyacular bajo la falda de María, aunque lo hiciera parecer un cerdo. Más o menos.

Jim lloraba, sintiendo las gotas de lluvia y las lágrimas correr por sus mejillas. Con el corazón latiéndole con fuerza, había visto a María desnuda por primera vez, de cerca, había visto su vulva y su hendidura oscura, y en un momento vergonzoso, un momento que le pareció repugnante y sucio. Podría haber matado a McGillian en su furia, pero el comportamiento de María lo desconcertaba, pues no podía comprender cómo ella, con gestos sutiles, sin dejar de ser ella misma, lo había invitado a esa depravación. La mirada de Jim vagó por el desierto gris en el que la lluvia había transformado el mar, y lloró hasta que cayó la noche.

El Comisionado

Jim tenía miedo de mirar a María a los ojos después. Ella se sorprendió un instante, luego volvió a su trabajo, decepcionada, e ignoró su presencia. Por las noches, Jim se arrastraba como un perro apaleado hasta su rincón, el rincón que se había apropiado desde el principio, y acomodaba la vieja piel de oveja y los restos de su viejo abrigo de invierno como lugar para dormir, como hacía todas las noches. Luego se escondía dentro y contenía la respiración.

Hasta ahora, rara vez se había atrevido a observar a María desvestirse por las noches. Ahora, con temor, la espió por debajo de su viejo abrigo de invierno mientras María se lavaba la cara y las manos en el lavabo. Bajó un poco la mecha de la lámpara de queroseno y se desnudó por completo. Jim, que apenas la veía, respiró con excitación y sintió un zumbido en los oídos y un latido en el pecho al verla desnuda por unos instantes fugaces antes de que se metiera en la cama. Sin decir palabra, bajó la mecha hasta que la luz se apagó.

Jim permaneció inmóvil, escuchando la oscuridad. Buscó su pene bajo sus pantalones. Vio la desnudez de María frente a él y la acarició suavemente, pero cuando sintió unas ganas irresistibles de orinar, se detuvo; tenía demasiado miedo para continuar. El sonido de la sangre corriendo por sus oídos resonó durante un buen rato antes de que se durmiera.

Al día siguiente, María ya estaba en las marismas cuando él despertó. La buscó en vano y corrió hacia el afloramiento rocoso que daba al mar. Cuando la vio, corrió por el sendero rocoso y a través del lodo negro y húmedo hasta ella. Ella levantó la vista solo brevemente y luego continuó rastrillando el lodo en busca de mariscos. Jim se quedó allí un momento, indeciso, luego vio el segundo rastrillo, lo agarró rápidamente y comenzó a tamizar el lodo en busca de mariscos y otras criaturas. Trabajaron en silencio uno al lado del otro, llenando primero una cesta de alambre y luego la segunda. Jim, que era un poco más lento que María, observó los movimientos y reptar dentro de la cesta durante un rato antes de continuar. Cuando la segunda cesta estuvo llena, María se enderezó,

se puso una mano en la cadera y se estiró y movió para aliviar su dolor de espalda.

Regresaron a casa en silencio, María cargando las dos cestas, Jim los rastrillos y el palo que ella usaba para distribuir mejor los animales en las cestas. El fuerte viento había traído nubes y hacía un frío intenso. Las primeras gotas de lluvia cayeron cuando daban los últimos pasos por el sendero. María dejó las cestas bajo el techo del porche y entró. Jim echó un vistazo al tocón del faro en ruinas antes de guardar los rastrillos y el palo bajo el techo del porche. Al entrar, vio que María había puesto agua en la estufa y había preparado artículos de aseo como jabón, una toalla y un peine. Se dio la vuelta sin decir palabra y salió, pues si ella estaba lavando, él no tenía nada que hacer allí. Caminó lentamente alrededor del faro y se sentó bajo una roca que le ofreció refugio de la lluvia.

Bajo las grises nubes de lluvia, un banco de nubes negras y amenazantes avanzaba, impulsado por el viento a una velocidad vertiginosa. La lluvia arreciaba cada vez más, y oscurecía, aunque solo era mediodía. Se avecinaba una tormenta, que hacía que las olas, abajo, hirvieran y se elevaran varios metros. La lluvia golpeaba con fuerza contra las rocas, y las gotas que estallaban lo empapaban. La puerta se abrió y María vació el agua del lavabo sobre el césped. Jim se levantó, temblando, y fue a la casa.

María no levantó la vista cuando él entró. Estaba preparando la comida, así que Jim se quitó los zapatos y la chaqueta mojados, los colgó ordenadamente en el gancho y puso dos platos y cubiertos sobre la mesa. «Ya no tienes que salir cuando lavo», dijo María. «Tienes edad suficiente para verme desnuda». Tras una pausa, «Ya lo has hecho», respondió María en silencio. Se evitaron en silencio, como antes, pero ahora el silencio estaba ensombrecido por el asco que les producía la suciedad de McGillian. Cuando Jim vertió agua de la jarra en las tazas y sus cuerpos se tocaron, le tembló la mano. María lo notó, pero permaneció en silencio y siguió atendiendo las gachas de sémola y avena que estaba calentando en la estufa. Comieron en silencio, y cuando terminaron, Jim se levantó rápidamente y llevó los platos al fregadero. Sin decir palabra, cogió el trapo de cocina y limpió cuidadosamente los platos y los cubiertos, los secó con una toalla de cocina seca y los guardó. María permaneció sentada, mirando de vez en cuando por la ventana.

«Los mejillones tendrán que quedarse donde están», pensó, «porque el tiempo empeoraba progresivamente y se estaba convirtiendo en tormenta». De repente, se levantó y se tumbó en la cama, se giró hacia la pared y pronto se quedó dormida.

Jim observaba la tormenta a través de la ventana, pero su mirada volvía una y otra vez a la dormida María, observando las curvas de su cuerpo delineadas bajo su viejo y desgastado camisón. Se le enrojecieron las orejas y el corazón le latía con fuerza en el pecho, pues solo necesitaba cerrar los ojos para verla desnuda. «Ya tengo edad para verla desnuda», pensó Jim. Pasó el tiempo, la lluvia azotaba los cristales y Jim soñaba con la desnudez de María, el desorden de McGillian y sus sentimientos contradictorios. Perdió la noción del tiempo cuando un fuerte golpe en la puerta lo despertó de golpe. Se levantó apresuradamente y se escondió tras ella. Llamaron de nuevo, María despertó y, al ponerse de pie, la puerta se abrió. El comisario de policía, gordo y uniformado, estaba empapado bajo el umbral, sonriendo.

¡Qué tiempo tan horrible! maldijo, luego se quitó la gorra empapada y asintió a María: ¡Pues que tengas un buen día tú también!

—Que tengas un buen día —respondió María, alisándose el vestido—. ¡Pasa! Fue a la estufa a poner la tetera. El inspector colgó su chaqueta de goma y su gorra mojadas en el gancho, luego se sentó a la mesa con las piernas abiertas. No se percató de Jim, que estaba agachado detrás del armario. María tomó el plato de galletas secas y rancias de la encimera de la cocina y lo colocó sobre la mesa frente al inspector, luego se sentó frente a él y esperó. Permanecieron en silencio hasta que el agua hirvió, entonces ella se levantó y preparó el café: dos cucharadas de café instantáneo en polvo, dos pastillas de edulcorante y un poco de leche. Para ella, solo usó café instantáneo en polvo, sin edulcorante ni leche. Se sentó de nuevo, removió su taza y esperó.

—Sé que el chico está contigo —dijo el comisario con un tono de amenaza traicionera. Sus pequeños ojos, tan fuera de lugar en su rostro regordete y pesado, se movían nerviosamente. Solo alcanzaba a ver sus claros ojos por fracciones de segundo antes de apartar la mirada. Por supuesto, enseguida se dio cuenta de que estaba desnuda bajo su bata.

María negó con la cabeza y no dijo nada. Se llevó la taza a los labios y dio un pequeño sorbo. Tenía que ganar tiempo, pues presentía lo que él tramaba. Lo miró fijamente de nuevo, y el fugaz pensamiento que le cruzó la mente la repugnó. Dejó la taza bruscamente.

Lo vi, los vi a ambos, en el lodazal esta mañana. Su forma de escupir las palabras de manera entrecortada y caótica lo hacía parecer inseguro y tonto. María seguía sin decir nada, pero cuando él la miró brevemente, ella negó con la cabeza. Hubo un largo silencio; nadie habló.

—¿Por qué lo escondes? —preguntó el comisario, parpadeando brevemente antes de continuar—. No entiendo qué ganas con eso. ¡Lo escondes y no tienes permiso! ¡Podría encerrarte por eso! —Se encogió de hombros para parecer más oficial.

—Me lo llevaré conmigo. ¡No soy tan tonto como para caminar todo ese camino bajo la lluvia solo para volver a casa con las manos vacías! —exclamó en voz alta, y de repente, inesperadamente, metió la mano detrás del armario. Agarró a Jim por la manga y lo arrastró fuera sin apartar la vista de María—. ¡Ahí está, nuestro fugitivo! —dijo con una sonrisa, sujetando con fuerza al niño que se retorcía.

María se quedó inmóvil y en silencio unos segundos, luego puso la mano en el hombro de Jim y susurró: «Quiere estar conmigo». No dijo nada más. El inspector la miró con malicia. Su férreo agarre se aflojó un instante, y Jim aprovechó para liberarse. Rápido como una comadreja, corrió hacia la puerta y salió a la lluvia. Tras unos pasos, se detuvo, atónito. María había hablado por él, y ahora la abandonaba, dejándolo solo con aquel hombre brutal. Se dio la vuelta y se dirigió al sótano. Bajó con cuidado los escalones mojados y se detuvo donde había visto a McGillian y a ella, donde un agujero en la pared permitía ver el salón. Medio ladrillo había sido arrancado junto a la estufa, lo que le permitía a Jim ver parte de la habitación —la mesa y la cama—, pero el armario y la puerta permanecían ocultos.

El comisario seguía riendo y dándose palmadas en los muslos. «¡Como una rata!», exclamó, riendo de nuevo. María permanecía sentada, rígida y en silencio. El comisario se calmó y la miró con

picardía. «¡Me lo voy a llevar!», dijo amenazadoramente, y Jim vio cómo María se estremecía.

Su susurro fue tan bajo que Jim apenas pudo oírlo: «¡Por favor, déjenmelo!». El comisario se echó hacia atrás y la miró triunfante: «¿Qué ofreces?», preguntó, y el repentino silencio se cernió sobre la habitación. Ambos se miraron con hostilidad.

María guardó silencio al principio, luego suspiró y se encogió de hombros con impotencia. «¡Todo!», susurró, mirando la mesa avergonzada. Entrelazó los dedos y los movió involuntariamente, apretándolos; la desesperación que emanaba de su postura la hacía parecer dura e inaccesible. El comisario sonrió con picardía y asintió, dándose una palmada en el muslo y asintiendo en señal de acuerdo, como si acabaran de firmar un contrato importante.

—¡Pues ven aquí! —sonrió el comisario. María dudó, pero se puso de pie, rodeó la mesa y se detuvo a su lado. Su mano derecha se deslizó rápidamente por su muslo, bajo su falda, y la levantó ligeramente, buscando con avidez su vulva expuesta. Ella le agarró la mano a la defensiva y se apartó. Se quedó quieta un instante, sosteniendo su mano, luego la soltó y caminó hacia la cama con los hombros caídos. Jim contuvo la respiración mientras ella se dejaba caer sobre la cama con los ojos cerrados. El comisario ya se había levantado de un salto y se había acercado a ella, quitándose los tirantes de los hombros con un movimiento fluido y dejando caer los pantalones hasta los tobillos.

Jim casi gritó cuando lo entendió todo. O al menos entendió lo que estaba pasando; porque cómo se había desarrollado todo en los últimos meses entre María y el lujurioso comisario de policía o el lujurioso pastor, era imposible que lo supiera, ya que solo llevaba unos días con ella. Sintió un nudo en la garganta al mirar por la mirilla hacia la cama. María dijo en voz alta que no debía acostarse encima de ella, que pesaba demasiado. No pudo ver el rostro de María de inmediato porque el cabecero estaba al fondo, pero vio sus muslos, sus caderas y la mano con la que se desabrochaba lentamente el camisón. Su corazón se aceleró al ver la hendidura desnuda de su vulva peluda. Entonces, por un instante, la ancha espalda del enorme comisario de policía le bloqueó la vista mientras gemía y se arrodillaba en la cama. Sus enormes nalgas se tensaron al agarrar las piernas de María a ambos lados y envolver sus cade-

ras con los muslos de ella. Jim podía ver el vello púbico oscuro de María y la hendidura húmeda y brillante entre sus muslos. Tuvo que controlarse para no volverse loco, porque sabía una cosa: ahora lo impensable volvería a suceder, ahora su pene se hundiría en la hendidura de María.

Duró muchísimo tiempo. El comisario embestía una y otra vez a María, que yacía de espaldas con los ojos cerrados. Cambiaba constantemente su posición, levantándole las piernas cada vez más. El corazón de Jim latía con rabia y miedo por María, pero permanecía paralizado, mirando, obligado a mirar. Se sentía avergonzado porque su miedo e indignación se veían eclipsados por una curiosidad irrefrenable. Cada pocos instantes, vislumbraba el rostro de María. Tenía los ojos cerrados y parecía petrificada. Entre los anchos muslos del comisario, vio sus testículos balanceándose, pero al levantar a María aún más, también vio su pene, que se había clavado en su hendidura. Era sin duda algo más pequeño que el de McGillian, aproximadamente del mismo tamaño que el suyo. Al principio, Jim no quería mirar demasiado de cerca, pero la curiosidad le ganó. La hendidura de María estaba húmeda; ella se frotaba el orificio rápidamente, y el comisario la estaba follando con fuerza. De repente, apretó las nalgas, dejó de embestir y sujetó las piernas de María con fuerza. María hizo un movimiento rápido con la parte inferior de su cuerpo, lo que provocó que su pene, que acababa de empezar a palpitar y bombear, se deslizara fuera de su orificio. Su semen blanquecino salió disparado y corrió por sus muslos mientras el comisario profería maldiciones blasfemas.

—¡Eso no cuenta, solo fue la mitad! —gruñó el comisario, maldiciendo de nuevo. Estaba fuera de sí, lanzando viles insultos a María. A Jim se le encogió el corazón de miedo porque no sabía exactamente qué había pasado ni por qué el comisario estaba tan enfadado con María. El comisario seguía arrodillado frente a ella, sujetándola, susurrándole sin cesar al oído. Jim no entendía nada, pero la veía sacudir la cabeza en señal de protesta. El comisario continuó susurrando, y María escuchaba con los ojos cerrados. Luego transcurrió un largo rato en completo silencio.

El comisario susurró de nuevo. Al cabo de un rato, María se movió, su mano recorrió el enorme cuerpo del corrupto comisario y tocó su pene semierecto. Lo acarició y frotó deliberadamente hasta que, sorprendentemente rápido, volvió a ponerse completamente

erecto. El comisario suspiró con satisfacción y se arrodilló una vez más, penetrando brutalmente en la vagina de María con un solo y enérgico movimiento. María jadeó de la impresión mientras el policía la embestía sin piedad, y María le suplicó en voz baja que, por favor, ¡no eyaculara dentro de ella! Jim no podía apartar la vista de su vagina desnuda, que ella frotaba con firmeza como antes, y en la que su pene húmedo se hundía salvajemente. Esta vez duró bastante tiempo, y Jim de repente oyó a María. Al principio, solo había jadeado con fuerza, pero ahora emitía sonidos que él nunca había oído antes.

Jim sospechaba más de lo que sabía que el policía estaba a punto de eyacular su fluido blanco dentro de ella, que pretendía rociar su asqueroso moco a pesar de sus súplicas. El comisario se tensó, y Jim vio que solo retiró parcialmente su pene hasta que la punta quedó atascada en su agujero y eyaculó en el coño de María con un escalofrío. El comisario continuó follándola después; ella arqueó la espalda y dejó escapar pequeños y agudos gritos, le dio una bofetada en la espalda y tiró de él como una mujer que se ahoga, con la parte inferior de su cuerpo retorciéndose. De nuevo, la folló durante un largo rato, mientras María se frotaba el coño y seguía haciendo esos sonidos. El hombre grande y pesado sujetó a María con firmeza, introdujo su pene profundamente en su coño y eyaculó sin piedad su semen en la indefensa mujer, aunque ella emitía gemidos lastimeros de dolor al llegar al orgasmo. Jim observó a María, en cuyo rostro distorsionado apareció una sonrisa inesperada. Observó su coño húmedo y tembloroso y luego su cuerpo inferior, que se estremeció violentamente varias veces más; de repente vio la lujuria salvaje y el placer que aparentemente sentía durante el sexo. El pene encogido del comisario se deslizó hacia afuera, y él se giró hacia un lado, exhausto. María sollozó suavemente, aunque su cuerpo inferior aún temblaba levemente de placer, y luego ella también se quedó inmóvil. Jim estaba confundido porque, contrariamente a lo que esperaba, ella estaba acariciando el pecho velludo del comisario.

—Aún así te corriste dentro —dijo ella con reproche—. ¿Y si me quedo embarazada? El comisario se encogió de hombros y dijo con sarcasmo: —¡Entonces fue el viejo Mac! Permanecieron en silencio un buen rato, luego él dijo que sabía perfectamente cuándo el viejo lascivo la visitaba para tomar café. —¡Café! —gruñó con picardía.

Después de vestirse de nuevo y darse la vuelta para marcharse, dijo por encima del hombro que si volvía en una semana, el chico ya no estaría, de lo contrario... No terminó la frase y se fue.

Jim se convierte en hombre.

Antes de acostarse esa noche, Jim la observó desnuda con el corazón latiendo con fuerza mientras se lavaba. Se sentía con derecho a hacerlo; ¡al fin y al cabo, ella le había dado permiso! Mientras se lavaba la vulva y los labios vaginales, se aseguró de que él pudiera verlo todo con claridad. Se metió en la cama y apagó la luz.

Después de un rato, María dijo en el silencio: "¡Puedo oírte frotándote!". El corazón de Jim casi se detuvo, luego susurró lastimeramente: "Sí, ¡pero no puedo!". Hubo una pausa, luego ella encendió una cerilla y prendió la mecha. Apartó las sábanas y dijo: "¡Vamos!". Miró su erección mientras él se acostaba a su lado. Jim tembló cuando sus cuerpos desnudos se tocaron. María apartó las sábanas hasta el suelo para que ambos estuvieran acostados desnudos uno al lado del otro y extendió la mano hacia su pene. Con mucha suavidad y delicadeza, le hizo una paja, y después de poco tiempo, él eyaculó, ¡igual que con la viuda! No hubo urgencia incómoda, solo un empuje poderoso y placentero al llegar al clímax.

María le acarició el pene y la cara. Susurraron sobre lo maravillosa que había sido su primera vez; él guardó silencio sobre el hecho de que la viuda lo hacía eyacular con frecuencia. María no tenía una cara particularmente bonita, todo lo contrario, pero sí un cuerpo esbelto y hermoso, y unos pechos firmes y redondos. Tomó su mano y lo guió por todo su cuerpo. «Debes saber lo que siente una chica», dijo, mostrándole cómo acariciar sus pechos. Luego, condujo su mano a su vulva y le explicó todo. «Labios mayores, labios menores y la vagina; debe sentirlos con mucho cuidado». Luego guió su dedo más allá: «Ese es el clítoris. Nosotras, las chicas, nos lo frotamos para sentir placer, pero no eyaculamos como ustedes, los chicos». Guió su dedo y le mostró cómo se frotaban el clítoris las chicas. Luego soltó su dedo y le dijo que continuara. Lo hacía todas las noches, dijo. ¿Acaso nunca la había oído? Pero él negó con la cabeza. "Quizás porque me froto y no oigo nada, porque me duermo inmediatamente", añadió.

Jim tuvo una erección mientras le frotaba el clítoris y susurró que él también quería ser un cerdo. «No entiendo», dijo ella, y él susurró: «Un cerdo como McGillian y el comisario, a ellos se les

permitió hacerlo con ella y eran unos cerdos». «Te agradezco mucho que no me hayas dejado con ese asqueroso comisario y que en cambio lo hayas dejado entrar en ti». «En tu vagina», añadió, y ella lo abrazó con fuerza.

Le daba igual que él no tuviera ni quince años. Era alto, fuerte y más inteligente que algunos chicos de dieciséis de su pueblo. Ella tampoco tenía dieciséis y solo había logrado mantenerse entre su pequeño grupo de admiradores haciéndoles felaciones a los chicos con las hormonas revolucionadas cuando su lujuria se volvía incontrolable. Solo a unos pocos —dos en total— se les permitía acostarse con ella, después de que McGillian la desflorara brutalmente antes de cumplir trece años. Había llorado porque sus padres habían muerto en un accidente hacía apenas unos meses. McGillian también era quien se acostaba con ella dos o tres veces al mes, y poco a poco se fue acostumbrando, aunque lo odiaba profundamente.

María ya estaba ligeramente excitada por las caricias y la estimulación del clítoris y sabía exactamente lo que él quería, pero quería oírlo directamente de él. Tras una breve pausa, él susurró: «Dentro de tu vagina, con mi polla dentro de tu vagina». Ella asintió y le dijo que se tumbara encima de ella. Con una mano, guió su pene, y Jim se sintió tan abrumado que eyaculó inmediatamente. María se rió histéricamente y le dijo que se lo tomara con calma, pero que lo mantuviera dentro de ella. «Entró», susurró él presa del pánico, pero ella lo tranquilizó: «A tu edad, todavía no puedes dejar embarazada a una chica». Le acarició las nalgas y susurró: «Esperaremos hasta que esté bien de nuevo». Susurrando, le contó todo: la masturbación desde la infancia, las violaciones de McGillian y las muchas mamadas, y sobre los dos chicos con los que se había acostado. Las historias susurradas y las caricias en sus nalgas lo excitaron, y después de unos minutos, volvió a tener una erección. Ahora podía follar de nuevo, y María se frotó el clítoris. «Disfruta», comentó él, completamente innecesario, y ella asintió con una sonrisa. A pesar de estar concentrado en follar, la observó atentamente mientras ella tenía un orgasmo y luego, poco después, continuó masturbándose. Fue como si se le cayeran las escamas de los ojos: ¡la masturbación de María era exactamente igual a la de la viuda! ¡Qué estúpido debió de ser por no reconocerlo!

María aprovechó las pausas con astucia y le dio una explicación muy completa sobre sexualidad, porque él tuvo que admitir que nunca había recibido educación sexual formal y que solo había adquirido esporádicamente los pocos conocimientos que tenía. «Incluyendo toda la desinformación», gruñó María. «Te lo explicaré todo en detalle, y si no entiendes algo de inmediato, solo pregunta», añadió con suavidad. Concebir y dar a luz, los genitales y sus funciones, las enfermedades de transmisión sexual y la anticoncepción, la masturbación femenina y masculina. Era una auténtica gaélica, y las absurdidades del estilo de vida victoriano no habían calado en su cultura. El sexo no era solo para tener hijos, sino para experimentar placer físico. La masturbación no era un pecado, sino una función normal y aceptable. Aquí criticó a Janet por primera vez, pero cedió por él, diciendo que la intolerancia y la constante charla sobre pecados estaban desfasadas y no contribuían a la felicidad de las personas. Jim tragó saliva y asintió, sabiendo perfectamente que Janet era un poco excéntrica. Pero ella era su benefactora y prácticamente su madre. María lo abrazó y lo consoló. No solo poseía unas habilidades sociales excepcionales, sino que también era la mejor de su clase, a pesar de que solo podía asistir a la escuela tres días a la semana debido al trabajo. Jim lo sabía y le agradeció su precisa explicación.

Tuvieron relaciones sexuales hasta el amanecer.

Cuando McGillian volvió a pasar por allí, se llevó una desagradable sorpresa. Jim le arrebató el cayado de pastor por debajo de la puerta y golpeó al hombre, completamente atónito, en la cabeza. Lo inmovilizó en el suelo con el cayado contra el pecho y le gritó, diciéndole que más le valía no volver jamás, o si no... lo amenazó con el cayado. El anciano sangraba por una pequeña herida en la cabeza. “¡Lárgate de aquí y no vuelvas jamás!”, gritó Jim, y le dio tres o cuatro patadas en la ingle.

María había consultado a una mujer sabia sobre cómo quedar embarazada y ahora tomaba su té y se aplicaba la pomada en la vagina cada vez que venía el inspector. Sus visitas eran completamente inútiles, pues el chico había desaparecido. Se había esfumado sin dejar rastro. McGillian probablemente había bebido demasiado otra vez cuando afirmó que Jim casi lo mataba. Sin embargo, el inspector seguía acostándose con María todas las semanas; ella no podía impedírselo. Jim observaba por la mirilla, reprimiendo

su ira, aunque se alegraba de que María estuviera protegida por el té y la pomada. Ella sabía, por supuesto, que él se escondía en un cofre en el sótano, pero también había descubierto que ella no tenía ni idea de la mirilla; tendría que confesárselo más tarde.

No le importó que el comisario se tomara su tiempo y lo hiciera dos veces. Se concentró en masturbarse mientras él la penetraba, saboreando cada orgasmo que la hacía sonreír. Cuando él eyaculó dentro de ella, se aferró a él con fuerza y sonrió, porque disfrutaba del sexo y la masturbación, pensando en Jim, que era mucho mejor en eso. A pesar de todo, ya no se resistió al comisario y dejó que la follara voluntariamente; le gustaba mucho. Mantuvo la mirada baja cuando, después de follar, él la llamó sapo feo o puta asquerosa. Ella sabía quién era el sapo.

Sin embargo, él volvía cada semana, porque la joven, que vivía sola en la costa, era presa fácil y no se resistía. Jim se enfurecía cada vez que el inspector se acostaba con María y tramaba venganza. ¡Entonces, una idea brillante! María, que ahora siempre sabía cuándo venía el inspector, se untó la vulva con pimienta en polvo, pimentón y escaramujos amarillos venenosos, aunque le ardía muchísimo. Después del acto, su pene se hinchó dolorosamente y, horas después, le salieron pústulas que le picaban. El pene del inspector ardió durante semanas; maldecía como un marinero y estaba seguro de que ella lo había infectado con algo.

Nunca regresó.

El placer de la viuda

Tras varias semanas, llegaron buenas noticias. El viejo barón había entrevistado a todos los testigos del combate de boxeo y había llegado a una conclusión diferente. Su hijo era el culpable, pues había agarrado a una chica —María— por el pelo y la había tirado al suelo porque ella se negó a practicarle sexo oral. Jim simplemente había intervenido de forma caballerosa, una palabra llevó a la otra, y en la trifulca que siguió, Jim había derribado al hijo del barón, dejándolo con la nariz rota y sangrando. El barón —a quien de todos modos no le caía bien su hijo, porque su esposa moribunda le había confesado en su lecho de muerte que su hijo era fruto de su relación extramatrimonial de décadas con su confesor—, así que el barón acudió resueltamente a los tribunales y retiró la denuncia. El barón le escribió una larga carta a Jim y le adjuntó una copia del fallo judicial, que entregó a un amigo de Jim que, por supuesto, sabía perfectamente dónde vivía María y que Jim probablemente estaba con ella. Jim y María se pusieron muy contentos al leerlo. Aún quedaban algunas semanas de vacaciones escolares, pero él fue en bicicleta hasta el siguiente pueblito, donde había una cabina telefónica. La viuda Plunkett se alegró mucho de que estuviera bien y, por supuesto, había dejado su habitación libre; simplemente debía venir. Él le dijo la fecha aproximada en que podría regresar.

Jim ayudó con gusto a María en su trabajo, y ella logró vender más mejillones y cangrejos que nunca. Con los ingresos adicionales, renovaron la vieja cabaña de pescadores, que solo tenía una habitación, compraron una cama y sillas más grandes y cómodas, y reemplazaron muchas de sus herramientas. Se acercaba el momento de su despedida, y Jim le prometió recorrer en bicicleta los 30 kilómetros para verla todos los fines de semana. Así que, tras muchos besos y abrazos apasionados, se subió a su bicicleta y partió.

La viuda lo recibió como a un hijo pródigo, pues esta joven viuda de más de diez años vivía en un mundo bíblico y fanático; apenas pasaba una hora sin al menos una oración silenciosa y ferviente. *Casi nunca iba a la iglesia. Tenía solo 36 años y probablemente le hubiera gustado un nuevo marido, pero su intolerancia y su*

rostro demacrado y triste ahuyentaban a todos los pretendientes. Y —se podía suponer con seguridad— desde la muerte de su marido, se había descarriado por completo: ¡intolerancia, oración incesante y sus ideas sexuales totalmente retorcidas incluidas! A la muerte de su marido, apenas tenía 25 años, y su sexualidad apenas había despertado; apenas se había tocado el clítoris antes, y ahora se masturbaba tan a menudo como su deseo pecaminoso la obligaba. Permaneció sola durante los primeros meses, pero luego se dejó invitar a cenar tres o cuatro veces por semana. Como era costumbre en ese momento, los pretendientes esperaban sexo después como recompensa. Para Janet, esto no era un problema; Ella accedía a practicarle sexo oral o a dejar que él eyaculara en su boca. No quería tener relaciones sexuales, pero si él quería acariciarle la vulva, podía hacerlo. Todos le manoseaban los genitales, le frotaban el clítoris sin sentido o le exploraban la vulva mientras ella le masturbaba el pene con la boca y le dejaba eyacular. No les permitía tener relaciones sexuales; se lo dejó claro a todos desde el principio.

Solo una vez sintió la tentación. El cliente era un hombre encantador y agradable; en el coche, le acarició la vulva incluso antes de que ella le tocara el pene. Lo que hizo fue magistral, y jadeando por el esfuerzo, ella escuchó mientras él le explicaba que su esposa prefería la masturbación y nunca quería que la penetraran. Él mismo pareció algo sorprendido, pero nunca había tenido relaciones sexuales con su esposa; ni siquiera en su noche de bodas, como desde el principio de su relación, ella solo quería sexo oral. Nunca la había penetrado vaginalmente porque ella no quería perder la virginidad y le aterraba el embarazo o el parto. En realidad, nunca había tenido sexo con un hombre. Él casi siempre la penetraba y eyaculaba en su boca; ella disfrutaba genuinamente de la violencia que implicaba. Él no tenía ni idea de por qué a ella le gustaba tanto su sexo oral rudo, pero ella era muy clara sobre sus deseos. Se atragantó y jadeó de placer cuando él la sujetó bruscamente por el pelo y la penetró oralmente con fuerza, como una locomotora. Apretó los labios con fuerza, con una sonrisa forzada, decidida a darle una experiencia sexual placentera. Había aprendido muy pronto a reprimir las arcadas, mientras su gran pene se hundía profundamente en su garganta. Pero lo deseaba, lo deseaba desesperadamente con un poco de fuerza, prácticamente obligándolo.

Hacía todo lo posible por no lastimarle el pene, pero normalmente, cuando él eyaculaba, ella lo mordía suavemente; a él parecía gustarle. Un brillo de dicha iluminó su rostro al tragar su semen. Rara vez le hacía una paja. Ella misma se masturbaba con muchísima frecuencia y, con el tiempo, le había enseñado todo sobre cómo masturbar correctamente a una mujer. Como él era un hombre de negocios adinerado y ella no tenía que trabajar, siempre tenía tiempo para masturbarse.

Él acariciaba a Janet mientras le contaba todo esto, y ella ya había tenido dos orgasmos, jadeando y gimiendo de placer. Ahora él se quedó en silencio, se concentró en su clítoris y poco a poco la acarició hasta que tuvo el mejor orgasmo en mucho tiempo. ¡Se sobresaltó porque gritó como una loca durante el orgasmo! Él sonrió satisfecho cuando ella se calmó. Dejar que un hombre eyaculara en su boca al final de una masturbación y tragar el semen le parecía bien, pero ser penetrada oralmente le parecía demasiado violento según su descripción. Se negó rotundamente, aunque él se ofendió. Todavía estaba muy excitada y quería ser penetrada. Se había abstenido durante años; ahora sentía un deseo ardiente y palpitante en su pecaminoso útero. Luchó con su conciencia intolerante, preguntándose si sería adulterio. Finalmente, dijo que podía penetrarla, ¡que la penetrara de verdad! Él la miró asombrado, y ella confirmó: "¡Puedes penetrarme dentro de mi vagina!" Rápidamente se quitó las bragas, se tumbó boca arriba y abrió las piernas sin rechistar. Resultó ser un torpe terrible; simplemente no encontraba su abertura. Su pene se hurgaba entre sus labios, sin lograr, como era de esperar, encontrar la abertura vaginal, y tras unos instantes de movimientos inútiles, presionó el glande contra ella. Sin penetrar más, empujó su grueso glande contra la abertura vaginal, empujando y empujando, hasta que finalmente consiguió introducir la punta. Casi de inmediato, eyaculó, gruñendo al lanzar su semen dentro de ella. Por primera vez en su vida, sintió el chorro dentro de ella, sintió cada chorro de semen al entrar, y se mordió el labio con deleite; ¿acaso acababa de concebir? Empujó y eyaculó durante mucho tiempo, mucho más que su difunto compañero. Claro que tenía poco con qué compararlo; Phil y su marido eran los únicos cuya eyaculación conocía. Pero ella tuvo la sensación de que él había eyaculado una gran cantidad de semen en su vagina, ¡sin duda suficiente para embarazarla! Inmediatamente se quedó flácido y murmuró satisfecho que hacía mucho tiempo que no follaba tan bien. Janet no tuvo que pedirlo mucho; él nunca había

follado a una mujer como es debido, solo oralmente. Janet lo abrazó con fuerza, porque realmente creía que con tanto semen estaba destinada a quedar embarazada, y elogió su forma de follar efusivamente. Se arregló la ropa y dejó que la llevara a casa sin decir palabra. Bajó la cabeza cuando, más tarde, su menstruación irregular, que solo venía cada pocos meses, destrozó sus esperanzas. Durante el año siguiente, se encontraron tres o cuatro veces más, lo ayudó con la mano a introducir su grueso pene en su pequeño agujero y le rogó que eyaculara todo lo que pudiera. Le gustaba que la follara durante mucho tiempo y que embistiera con tanta brutalidad, como un martillo de vapor. Él le agarró las nalgas para eyacular y las levantó de manera que su estrecha vagina se abrió como una flor, y eyaculó su semen dentro de ella durante un tiempo interminable. Ella le dio un respiro, y luego él tuvo que follarla de nuevo. La segunda vez, sin embargo, produjo muy poco semen, a pesar de que la folló durante muchísimo tiempo, igual que la primera vez. Ella puso fin a este experimento; simplemente él no podía dejarla embarazada. Nunca quiso volver a dejar que un caballero se acercara tanto a ella, pero abandonó su propósito el primer día. Dejaba que cualquiera la follara y lo disfrutaba plenamente cuando el cliente la follaba durante muchísimo tiempo como una máquina sexual, con su vagina rebosante de semen. Cuando el mercado de eyaculadores dispuestos se agotó y ella seguía sin tener un hijo, decidió acoger a un niño, tal vez para adoptar uno más adelante.

En la cena con Jim, bebió dos o tres copas de vino, blanco o tinto, como hacía todas las noches. Una amiga la había convencido de que el vino blanco fortalecía los músculos pectorales y el tinto los lumbares. A ella, al menos, el vino le resultaba excitante y la estimulaba sexualmente de la manera más placentera, lo cual le venía de maravilla. Después de cenar, se quedaron sentados a la mesa un buen rato, y Jim tuvo que contárselo todo. Lo hizo con gran detalle, pero no reveló nada sobre la identidad de María. La viuda lo escuchaba, con el rostro enrojecido, mientras él relataba las violaciones del pastor y del policía, y, por supuesto, cómo había aprendido gradualmente a tener relaciones sexuales. Lo hacía deliberadamente, porque ahora sabía que ella se excitaba todas las noches masturbándose.

Finalmente, dijo que era bastante bueno en la cama y le tocó la blusa, los pechos. Ella apartó su mano, sonrojándose. Se sonrojó

aún más cuando él le dijo que si lo necesitaba, con mucho gusto lo haría con ella, con muchísimo gusto. Claro, solo si ella quería. Como para demostrarlo, sacó su pene semierecto para que la viuda viera que ahora era tan grande como el de un hombre adulto.

Por supuesto que conocía su pene. Antes de que se escapara, ella lo había bañado cada dos noches durante los últimos dos años. Rápidamente dejó de intentar masturbarse; las intensas palpitaciones y las abrumadoras ganas de orinar lo disuadían. Recordaba la primera noche que llevó a Jim a casa. Se sentó en el taburete del baño, vestida solo con un viejo y andrajoso vestido de casa, nada más. A veces se aseguraba de no abrir demasiado las piernas; se lo debía a su pudor. Después de cada esfuerzo al bañar a su recién nacido, se recordaba a sí misma que debía cerrar las piernas castamente. Él la dejaba enjabonarlo y lavarlo por completo durante el baño, sus ojos recorriendo con avidez y en secreto su cuerpo semidesnudo. Ella le dijo que se pusiera de pie y le lavó meticulosamente el trasero y el escroto. Con cuidado, le retrajo el prepucio por completo y le quitó la pequeña cantidad de esmegma. Quería saber si él quería hacerlo ahora, ya que estaba tan rígido y erecto. ¿Y si no quería frotarse y eyacular, con el pene prácticamente reventando de semen? Pero no había entendido bien la pregunta y dijo que nunca lo había hecho él mismo. Solo una vez, cuando su compañera de piso Eva le había enseñado sus genitales y le había explicado el sexo, había intentado frotarse, pero se había detenido inmediatamente porque le latía el corazón con fuerza. Entonces Eva lo hizo por él con la mano porque era demasiado cobarde para tener sexo con ella como es debido. Esa fue su primera y única eyaculación, dijo con una mirada inocente en los ojos.

Negó con la cabeza cuando Janet le preguntó si a veces no se entregaba secretamente a ese pecado. Solo después de mucho interrogatorio balbuceó que eyaculaba espontáneamente en sus sueños por la noche cuando soñaba con los genitales de Eva y su masturbación. Durante el interrogatorio de Janet, tuvo que admitir que en realidad no había visto a Eva masturbarse directamente porque siempre lo hacía debajo de las sábanas. Por lo demás, ella le permitía mirar y tocar sus genitales con la frecuencia que quisiera. Pero cada vez que él miraba con curiosidad debajo de las sába-

nas, ella se detenía de inmediato. Él, por supuesto, era lo suficientemente astuto como para sentarse a los pies de Eva y levantar las sábanas con los dedos de los pies. Tenía una buena vista de sus piernas, sus muslos y sus genitales, naturalmente. Finalmente, se volvió demasiado aburrido para él; su dedo giraba en círculo... ¡¿y qué?! A veces rápido, a veces lento, su dedo giraba sobre su abertura, pero no pasaba nada más. En realidad, esperaba que ella de alguna manera tuviera que alcanzar dentro de su vagina con los dedos para realizar el milagro allí. No, el estúpido dedo solo giraba en círculo. ¡No hubo ningún milagro! En aquel entonces no entendía el principio de la masturbación, señaló Janet con asombro.

Casi todas las noches, se quejaba, eyaculaba solo, justo en medio de un sueño, cuando soñaba con Eva esforzándose frenéticamente y el techo temblando rápidamente. Janet lo interrogó intensamente; tuvo que contarle sobre Eva con todo detalle. Ella le hizo repetir todos los detalles tres veces y, con los ojos cerrados, intentó visualizar los genitales de Eva y su masturbación. Janet acarició pensativamente su erección y le dijo que si se frotaba, era un pecado, ¡un gran pecado! Pero si ella lo hacía por él, entonces no estaba pecando, y ella podía seguir amándolo como a un niño inocente. Bajó la mirada hacia su escote, porque no se cansaba de sus pechos y pezones. ¡Qué afortunado era! Una mujer hermosa, muy hermosa, lo acogió, lo bañó con delicadeza, ¡y pudo ver sus pezones y pechos el primer día! Y como ella seguía abriendo sus muslos indecentemente, él podía ver su vello púbico y su hendidura con bastante claridad bajo su fino vestido de casa... Preferiría mucho más que ella lo hiciera por él, dijo tímidamente, mirando sus grandes y pesados pechos. ¡Sin palpitaciones, sin necesidad de orinar, y solo un buen chorro! dijo, mirando sus pequeños y puntiagudos pezones. Ella acarició su pene muy suavemente y repitió que su inocencia era muy importante para ella, así que lo haría por él, ¡así no tendría que pecar! Se había excitado mientras discutían, y sus muslos se abrieron indecentemente. No debía cometer este pecado de frotarse, tenía que prometerlo firmemente. Miró su hendidura y susurró su promesa. Y tenía que prometer ir a su habitación inmediatamente esa noche si volvía a eyacular en sus sueños. ¡Entonces la presión del semen sería demasiado grande, y estaría en peligro de pecar! Tuvo que dejar que ella lo liberara de la presión y no pecar. Asintió en silencio y tragó saliva varias veces; ahora ella cerró los muslos. Lo miró fijamente a los ojos durante un largo rato y sostuvo su pene erecto muy quieto en su mano. Él no sabía qué

quería preguntarle y miró su mano sosteniendo su pene. Ella comenzó a frotarlo lentamente, luego cada vez más rápido. Lo masturbó hasta que se le bajó la erección. Él la miró fijamente sin cesar, porque ella estaba trabajando duro y sus muslos se estaban abriendo. ¡Este primer baño fue increíblemente sorprendente y excitante! Ahora se acercaba a ella cada dos noches con el pene goteando, a menudo incluso antes de haber eyaculado. Ella se alegró de que él no pudiera ver su desnudez en la oscuridad total del dormitorio, porque en su mente, eso se consideraba impuro. Él tanteó con timidez su vello púbico y colocó sus dedos sobre su vulva mientras ella frotaba su pene. Ella resueltamente lo liberó de la presión de su semen hasta que la incomodidad de su erección disminuyó. Ella le apartó los dedos de la vulva y lo mandó a su habitación a dormir.

Por supuesto que conocía su pene. Siempre lo limpiaba meticulosamente durante los baños, frotándolo con la suave y espumosa esponja hasta que se ponía completamente erecto. Él eyaculaba en la esponja con bastante rapidez, pero después, ella seguía frotándolo con determinación para limpiarlo a fondo y liberar su semen. Tenía que mantener su alma pura e inmaculada alejada de la autogratificación pecaminosa el mayor tiempo posible, así que lo aliviaba cada dos días. Ella misma se había inventado esta tontería, pero para entonces creía firmemente en ella y le transmitía enfáticamente la patraña a Jim. En los días entre baños, él esperaba hasta que los sonidos de frotamiento provenientes de su habitación se volvían muy rápidos, entonces se colaba en su habitación. Incluso antes de que ella susurrara su "¡Amén!", él la agarraba por la parte inferior del cuerpo temblorosa y esperaba hasta que sus espasmos disminuyeran y ella lo atendiera. Cada vez con más frecuencia lograba deslizarse bajo sus sábanas tan pronto y agarrarla por la parte inferior del cuerpo que captaba el comienzo mismo de sus espasmos. ¡Solo entonces llegaba el Amén! Ella le advirtió con voz ronca que no debía tocar sus genitales ahora, ¡no ahora durante el Amén! Pero a veces él lo hacía de todos modos, aunque no era nada especial; ella simplemente presionaba su mano protectoramente contra su vulva que se frotaba intensamente. Ahora él se acercó a ella aún más temprano y descubrió que los sonidos provenían de su mano que se frotaba rápidamente, igual que la de Eva, solo que su mano no giraba en

círculo, sino que se movía de arriba abajo. Ella solo dejaba de frotarse cuando su parte inferior del cuerpo comenzaba a palpitar con espasmos. Él era demasiado inocente e ingenuo para desentrañar el misterio, para comprender bien el frotamiento; después de todo, no sabía nada sobre la masturbación. Así que intentaba llegar en el momento justo para que ella se frotara, pero si se deslizaba bajo sus sábanas demasiado pronto, ella se detenía. Se quejó débilmente de que estaba soñando con sexo y con los genitales de Eva otra vez. La agarró con fuerza a su cuerpo humeante y caliente, a sus pechos cuyos pezones estaban duros como rocas y temblaban con cada toque. Ella jadeó en busca de aire y revisó con recelo su erección. Pero después de un tiempo, aceptó que él la sujetaba con fuerza incluso mientras se masturbaba, esperando febrilmente a que eyaculara hasta que finalmente terminaba. Se acostumbró a sentarse sobre ella como un jinete mientras se masturbaba, presionando su escroto y la base de su pene firmemente contra sus dedos. Más tarde, movía su escroto vigorosamente cuando comenzaban sus convulsiones. Cuando ella le frotaba el pene en esa posición, sentía como si fuera un hombre masturbándose, y dejaba que su semen le salpicara el estómago. Resignada, suspiró y le frotó vigorosamente el semen para sacarlo. La fantasía de tener un pene y masturbarse como un hombre la había acompañado desde su tiempo con Phyllis. ¿Era exuberancia o lujuria cuando a veces presionaba su glande entre sus labios mientras él eyaculaba y dejaba que eyaculara en su abertura vaginal, tal como Phyllis lo había hecho entonces? Era claramente su deseo impúdico cuando abrió las piernas y presionó la punta de su glande contra su abertura; el glande era demasiado grueso y no cabía. Ella lo frotó con fuerza y su semen se disparó dentro de ella. Él, al menos, nunca se dio cuenta; solo pensaba en la eyaculación. Ella estaba bastante segura de que él nunca se dio cuenta de que ella le permitía eyacular dentro de su abertura, o al menos eso esperaba. Esta posición de jinete era, en última instancia, la que les gustaba a ambos: ella se masturbaba como un hombre y a veces le permitía eyacular dentro de su abertura vaginal. Pero solo funcionaba en el dormitorio completamente a oscuras, donde no podían verse y donde no había nada impúdico en que él le agarrara la parte inferior del

cuerpo desnuda o frotara su escroto contra sus convulsiones. Donde ella no tenía que esconder su cuerpo, azotado por el deseo pecaminoso, su anhelo impúdico. Ninguno de los dos podía ver su mutua desnudez, así que no era un terrible acto de impúdico. ¡Fin de la historia!

A veces ella lo interrogaba con mucho cuidado sobre lo que pensaba de sus caricias, pero el inocente muchacho realmente no lo consideraba masturbación; era tan aburrido como las caricias de Eva, decía con desdén. Sonaba increíble, pero era exactamente así. Finalmente, él se acercaba a ella muy temprano y se sentaba sobre ella como un jinete, incluso antes de que ella comenzara a masturbarse. Su dedo frotaba su clítoris muy lentamente y, al mismo tiempo, su escroto, que él presionaba firmemente contra su vulva. Su dedo siempre frotaba hacia arriba y hacia abajo, nunca hacia los lados ni en círculos. Siempre comenzaba despacio, de arriba abajo, y gradualmente aumentaba la velocidad. Solo al final frotaba tan rápido como podía. Entonces solo un dedo permanecía firmemente sobre su clítoris; ella separaba los demás y los frotaba muy rápidamente con un movimiento de muñeca. No pocas veces, él eyaculaba durante este rápido movimiento. Esto generalmente también desencadenaba su orgasmo, y ella felizmente agarraba su pene húmedo mientras tenía orgasmos.

Ella le había explicado la primera vez que no era algo sexual, que era perfectamente natural cuando ella lo llevaba al orgasmo. Todas las mujeres devotas como ella lo hacían, afirmó con valentía, para que sus hijos permanecieran inocentes y no pecaran. Jim asintió vigorosamente, pues aunque no comprendiera su razonamiento, lo que las mujeres devotas hacían por la salvación de sus hijos era bueno y correcto. Ella no estaba pecando ni murmurando "Purifícame, Domine", estaba realizando un acto bueno y placentero porque él no tenía que recurrir a la masturbación pecaminosa. Sabía por su difunto esposo cuánto impulsaba el deseo de eyacular a los hombres a la masturbación pecaminosa. Le explicó todo esto una y otra vez, porque era lo que ella misma quería creer. Por supuesto, no era tan libre en el baño iluminado como en el dormitorio oscuro, donde su falta de castidad no podía ser vista. La oscuridad lo ocultaba todo; Nadie podía ver cuando sus cuerpos desnudos y genitales se tocaban indecentemente, o cuando su pene erecto perforaba involuntariamente sus labios vaginales mientras el jinete la montaba. A veces sospechaba que no era accidental. La os-

curidad lo ocultaba todo cuando se masturbaba o lo llevaba al orgasmo. La oscuridad ocultaba la lujuria y el deseo pecaminoso escritos en su rostro. La oscuridad también ocultaba el hecho de que frotaba su pene directamente contra sus genitales y presionaba su glande dentro de ella mientras él eyaculaba. Probablemente sentiría su carne caliente al correrse, ¡pero ciertamente no lo vería! Jim realmente no creía que estuviera eyaculando dentro de ella. Eva le había explicado la forma correcta de follarlo, aunque él solo quería usar su dedo índice. El pene tenía que entrar del todo, empujar con fuerza y eyacular dentro. Pero él nunca penetraba la vagina de Janet; ella solo presionaba su pene contra su vulva, donde era tan cálido y suave. Ella lo presionaba firmemente contra su vulva, lo frotaba con fuerza, ¡y él eyaculaba, así de simple! Estaba completamente seguro de no haberla penetrado. Al menos, eso fue todo lo que ella logró sacarle durante su minucioso interrogatorio. *Janet apretó los labios con determinación y lo acarició hasta que su erección disminuyó.*

Casi siempre tenía que eyacular dos veces en la esponja de baño antes de que se le bajara la erección. Pero ella no contaba cuántas veces eyaculaba en la esponja; en cambio, le frotaba el pene vigorosamente mientras duraba la erección. A veces duraba más de media hora, y en esos días se preguntaba cómo podía eyacular tan seguido. Después de cada eyaculación, mojaba la esponja en agua y la enjabonaba con espuma de baño, porque la espuma intensificaba mucho la estimulación y él eyaculaba más rápido. Una mirada de reojo a su pene bastaba para medir la fuerza de su erección. Él disimulaba cuidadosamente bajo sus párpados casi cerrados que la razón por la que tardaba tanto esos días era porque su escote era más revelador de lo habitual, y se deleitaba con la vista de sus pechos y sus pequeños y dulces pezones. Se quedó mirando sus muslos desnudos y separados, que ella había expuesto completamente para que su vestido no se mojara, y fantaseó lujuriosamente con cómo serían sus genitales, si se parecerían a los de Eva. Varias veces se perdió en fantasías o dulces recuerdos, olvidando la hora y sin darse cuenta de que su vestido se había subido, revelando su hendidura. Le excitaba que su hendidura se pareciera a la de Eva, pero era mucho más grande y a veces se abría ligeramente cuando Janet trabajaba con vigor. Su rostro malhumorado se iluminó y lo acarició con los ojos cerrados, una y otra vez, hasta que finalmente despertó. Phil, Charlene y todos los pretendientes se habían perdido en la niebla. Ignoró sus intentos a medias de seducirla, como

cuando sugirió que no se mojaría la ropa al bañarse si se desnudaba. ¡Tonterías!, pensó, ¡él nunca debe verla desnuda! ¡Eso sería un pecado! Dijo con fingido disgusto que solo las mujeres impúdicas se mostraban desnudas, ¡y ella no era impúdica!

Pero solo unos días después, tímidamente y con una mirada reservada, se quitó su delgada bata y se metió desnuda en la bañera con él. Una pierna en el agua, la otra en el borde de la bañera. No sabía qué fuerza la obligaba a mostrar su vergüenza con tanta libertad. Él la miraba fijamente, pero ella lo miraba con severidad mientras él tocaba con curiosidad su vulva y sus labios con la mano. Suspiró cuando sus dedos inquisitivos exploraron su vestíbulo y su vulva. Quiso apartarse de inmediato, pero una fuerza superior la obligó a ofrecerle pacientemente su vulva desnuda. Sin embargo, resopló indignada cuando él introdujo sin titubear su dedo índice en su vulva. “Tu agujero es mucho más pequeño que el de Eva”, susurró asombrado. Para su sorpresa, él eyaculó casi al mismo tiempo que su dedo penetraba profundamente en su vagina. Se resistió a soltarla cuando ella se sentó en el agua. Cuando ella lo masturbaba mientras él estaba sentado en la bañera, él tenía que estar de pie frente a ella, con el pene a solo centímetros de su cara. Ella sostenía una mano frente a él cuando eyaculaba en la esponja. Nunca lo dejaba eyacular en su cara; no le gustaba nada. Más tarde, sostenía su pene para que eyaculara en el agua o sobre sus pechos. Sin embargo, él seguía eyaculando en su cara una y otra vez, a pesar de que ella lo regañaba severamente después. “¡En tu pecho, en tu pecho!”, sugería él. Ella tomó un pecho enjabonado en su mano y levantó la pesada cosa. Guardó la esponja y la frotó suavemente. Dejó que el glande de él bailara sobre su pecho, lo frotó rápidamente y lo dejó eyacular sobre su pezón. Él tarareó de placer; habían encontrado una buena solución. Para ella, el roce del glande contra su pecho no era sexualmente excitante, aunque el contacto de su pezón le producía escalofríos placenteros. Era claramente una mejor opción que recibirlo inyectado en la cara.

Muchas veces más sus dedos buscaron su abertura cuando ella apoyó una pierna en el borde de la bañera y le entregó su vulva. Sabía que era bueno para su erección, porque solo tardaba segundos en ponerse rígido y eyacular, y de alguna manera a ella también le resultaba placentero. Simplemente no estaba acostumbrada a lidiar con su lujuria y sus deseos pecaminosos. Siempre hacía

ruidos de protesta cuando él introducía un dedo en su estrecha abertura y hacía movimientos rápidos de empuje. “Así me explicó Eva cómo follar”, susurró él. Janet asintió, confirmando que era correcto, e instantáneamente su pene eyaculó sin que ella siquiera lo tocara. Pero esta eyaculación sin pecado pronto cesó, y ella solo le permitió acariciarla brevemente con los dedos, lo cual él aceptó en silencio. Su erección creció magníficamente en anticipación tan pronto como ella enjabonó la esponja de baño. Apenas había comenzado a frotar su pene con la esponja espumosa cuando él gimió y eyaculó, agarrando con avidez sus pechos. Ella suspiró, pues seguramente esto era solo un pecado menor, pero lo dejó continuar. Esto le causó mucho menos remordimiento que la penetración de su dedo en su vagina, solo para que él pudiera eyacular sin pecar. De vez en cuando, ignoraba sus remordimientos de conciencia, porque su lujuria era más fuerte que su hipocresía, y ofrecía su vulva con exigencia. Separaba sus labios con los dedos y guiaba el dedo de él hacia su vagina. Disfrutaba acariciándolo con los dedos durante unos minutos, luego tocaba su glande, e inmediatamente su semen salpicó su mano. Mientras las pesadas gotas salpicaban sus dedos, calmaba sus remordimientos de conciencia diciéndose a sí misma que solo lo hacía para que él eyaculara rápida y fácilmente, no por la estimulación en sí. Sin embargo, estaba muy angustiada, pues sentía un intenso y pecaminoso deseo de ser penetrada y se entregaba con más frecuencia a la estimulación con los dedos. Él parecía desearlo también y se enfrascaba cada vez más en el acto pecaminoso, ya que su eyaculación automática había disminuido. Consideró seriamente enseñarle cómo estimularla con los dedos mientras se masturbaba en la oscuridad, pero no lo hizo. Apartó los pensamientos pecaminosos y, con esmero y energía, limpió las últimas gotas de semen de su pene. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, él también disfrutaba tocando y acariciando sus pechos bien formados. Sus dedos jugaban inocentemente con sus pezones, y ella siempre lo permitía, ¡porque le resultaba muy placentero! A partir de entonces, las caricias y la eyaculación se prolongaban durante mucho tiempo, ya que él volvía a excitarse repetidamente al tocar sus pechos y pezones, y ella tenía que seguir acariciándolo hasta que eyaculaba.

Por supuesto, la división en dos escenarios separados —baño y dormitorio— no duró mucho. Él iba a su dormitorio cada vez con más frecuencia, y finalmente todas las noches. Quería eyacular con frecuencia, y después de la rutina oficial antes de acostarse, se fro-

taba suavemente el pene hasta que se ponía erecto. Las muchas copas de vino en la cena estaban haciendo mella en la hermosa viuda, y cuando oía sus suspiros lujuriosos a través de la puerta de comunicación entreabierta, se escabullía en la oscuridad para unirse a ella. Ella siempre comprobaba si tenía una erección cuando él la montaba como un jinete. Instintivamente, él insertaba el glande en la suave y cálida carne entre sus labios y esperaba pacientemente hasta que ella terminaba su inútil frotamiento. Podía sentir cada movimiento de su dedo con su pene; su corazón latía con fuerza en cuanto ella comenzaba a abanicarse rápidamente. Solía eyacular cuando la parte inferior de su cuerpo se movía y ella agarraba su pene. Ella suspiraba un par de veces en dulce agonía, y luego empujaba el glande profundamente en su carne. En su opinión, ella solo insertaba parcialmente la cabeza de su pene en su hendidura. No podía imaginarla empujándolo hasta la mitad. Se concentró por completo en sus caricias y eyaculó tan a menudo como pudo. Ella jadeó de placer cuando su semen brotó a chorros en su vagina y continuó acariciándolo. Solo se detuvo cuando su pene se ablandó tras la última eyaculación. Lo mandó a la cama y, dependiendo de si aún sentía los efectos embriagadores y sexualmente estimulantes del vino, se masturbó una vez más antes de quedarse dormida.

Por mucho que lo pensara, en general era una buena solución. Podía masturbarse a sus anchas cada noche y fantasear con ser follada, aunque fuera un poco pecaminoso. Él seguía siendo su chico inocente y no pecaba, ya que ella era quien lo acariciaba. Ambos lo experimentaban como bañarse y ser bañados; ¡ninguno pensaba en sexo! Sobre todo porque la piadosa viuda no paraba de balbucearle: «¡Purifícame, Señor, Amén!».

Ahora se paró frente a ella y le mostró su pene erecto.

Él le tomó la mano y la colocó sobre su pene, pero ella la retiró unos instantes después. La viuda, sonrojada, jadeó, como si estuviera genuinamente indignada por su frotamiento, pero luego permaneció en silencio durante un largo rato, perdida en sus pensamientos, observándolo desde debajo de sus espesas pestañas. Esto era muy diferente de la eyaculación en la esponja de baño; era la primera vez que se masturbaba en su presencia. “Solo cuando yo quiera”, susurró, y Jim asintió vigorosamente mientras se masturbaba justo delante de su cara y sus labios. Ella no quería que eya-

culara en su cara, así que, con el rostro enrojecido, agarró la cabeza de su pene con dos dedos y la dobló ligeramente hacia un lado para evitar que la rociara. Miró la cabeza y la abertura por donde pronto saldría el semen. No tuvo que pensarlo mucho para darse cuenta de que pronto cedería a su impetuosidad sexual y dejaría que la follara. «Si quiero», pensó, «¡qué tontería!, claro que quiero, ¡pero todavía no!». Observó que con cada embestida hacia adelante, el glande se llenaba de más sangre, y con cada embestida hacia atrás, se encogía de nuevo. Lo apretó un poco más fuerte para sentir mejor esta hinchazón y contracción. Jim llegó al clímax y se frotó muy, muy rápido. Sintió que el glande ya no quería encogerse. Lo sujetó aún con más firmeza y miró con los ojos muy abiertos la abertura de la que pronto salió un chorro espeso y brillante. Continuó sujetando el glande con dos dedos mientras su semen salpicaba el suelo en gotas pesadas y solo lo soltó cuando cesó el chorro. Su rostro afligido y arrugado expresaba toda su desesperación durante la eyaculación, ¡pues su querido e inocente muchacho estaba cometiendo un gran pecado! Tragó saliva varias veces convulsivamente y dijo, sonrojándose de vergüenza: «¡Solo cuando yo quiera!». Pero cuando él dio un paso tentativo hacia ella y le tocó los pechos con avidez, ella se apartó bruscamente y subieron a la habitación a la cama.

Como hacía todas las noches antes de su fuga, entró en su habitación para darle un beso de buenas noches y apagar la luz. Él lentamente subió las sábanas para que ella pudiera ver su erección. Ya no llevaba el largo camisón de algodón, sino un negligé de seda mucho más corto que apenas le cubría las bragas. La miró y pensó que tenía una figura bastante buena a pesar del sujetador y las bragas. Era alta y delgada, pero sus grandes pechos acentuaban bien su figura, incluso con el sujetador puesto. Se sentó en el borde de la cama y dejó que él le contara su historia sobre follar de nuevo. Jim notó que su mano jugaba constantemente con el borde de sus bragas mientras él contaba sus historias. Podía sentir sus pensamientos acelerados mientras escuchaba los detalles obscenos, sus dedos tirando inquietos de sus labios menores bajo las bragas. Realmente era un muy buen amante, y si ella lo necesitaba... Pero entonces se levantó y le dio un largo beso en la frente, en la parte superior de la cabeza. Sus grandes pechos le cubrían la cara, y ella, con naturalidad, posó la mano sobre su erección, sujetándole el pene con firmeza durante un buen rato. Después se

marchó y cerró la puerta. A él le pareció que se estaba masturbando con mucha más intensidad de lo habitual.

La noche siguiente, se sorprendió bastante cuando apartó las sábanas de forma deliberada y lasciva para mostrarle su erección. Ella llevaba el mismo camisón de antes, pero sin sujetador ni bragas. Cuando se sentó en su cama, se apoyó brevemente en su erección, y por una fracción de segundo, él vislumbró su vulva. Primero, ella le contó sobre su juventud en el internado del convento y cómo no había entendido en absoluto cuando sus compañeras susurraban sobre ese pecado en particular. Jim había comenzado a masturbarse lentamente mientras ella hablaba, y ella colocó sus dedos sobre la punta de su pene. A los diecisiete años, terminó su educación e inmediatamente se casó con el hijo de la rica familia Plunkett, ya que su familia esperaba que la unión expandiera su imperio. Recordaba que había sangrado abundantemente en su noche de bodas, lo cual era generalmente elogiado. Su marido era un hombre culto y pasaba más tiempo en la biblioteca que en el campo. Era un amante sensible y le enseñó todo lo importante sobre el amor. Jim se excitó aún más, su rostro se contorsionó al pensar que estaba cometiendo ese gran pecado otra vez, sus dedos agarraron frenéticamente la punta de su pene y él eyaculó con fuerza al aire.

Lloró brevemente, su mano descansando, por pura casualidad, una vez más sobre su pene empapado de semen, y la dejó allí. Hicieron todo, continuó, con la voz ahogada por las lágrimas, para tener un hijo. Pero no se quedó embarazada, aunque hicieron todo lo que se hace por amor. Jim la miró con curiosidad. Lo hacíamos a menudo, a menudo varias veces al día, siempre que... siempre que su pene se ponía duro. Su rostro se puso carmesí al pronunciar la palabra pene. ¿Y qué más?, preguntó Jim, que había empezado a masturbarse de nuevo lentamente. Su rostro se puso carmesí una vez más, y balbuceó que él una vez le había explicado el pecado del internado y la había hecho hacerlo ella misma. Cómo tuvo que masturbarse delante de él, roja de vergüenza, una y otra vez, porque siempre paraba demasiado pronto, con miedo de continuar. La hizo empezar de nuevo tantas veces hasta que finalmente siguió adelante y se sorprendió por la explosión. Fue el primer orgasmo de su vida y el único durante su matrimonio, lo juraría por Dios. Nunca volvió a hacerlo mientras él vivió, a pesar de que su marido le preguntaba repetidamente si se masturbaba. La viuda

hizo una breve pausa y sujetó la punta de su pene con dos dedos mientras Jim jadeaba y eyaculaba. Jadeó porque no quería que pecara.

Su marido nunca se masturbaba, aunque ella ya estaba acostumbrada, y él nunca le permitía que le hiciera una paja. En cambio, le enseñó con mucho cuidado a masturbarlo en la boca; solo allí le permitía tocar su pene y frotarlo vigorosamente para que eyaculara en su boca y tragara el semen. Eso era muy importante para él, dijo ella, cuando tenía la regla, porque el pobre hombre tenía que eyacular todos los días. ¿También hacía eso, eyacular en su boca?, preguntó ella, distraídamente y como si por casualidad tocara su pene, ¿con la otra mujer con la que te escondías? No, confesó Jim, y continuó hablando largo y tendido sobre lo que había aprendido sobre sexo, y ella sintió cómo su erección crecía lentamente bajo su mano. Necesitamos acercarnos más, pero solo gradualmente, pensó. Levantó su pene erecto, su pulgar e índice formando un anillo alrededor de su glande. “Quiero pecar por ti”, dijo, frotando su glande cada vez más rápido hasta que lo llevó al orgasmo entre sus dos dedos. Pero cuando él volvió a insistir en que le encantaría hacerlo con ella siempre que lo necesitara, ella apartó la mano de su pene y se puso de pie. El beso de buenas noches duró mucho tiempo, y él sintió sus pechos y pezones contra su cara. Ella no cerró la puerta del todo, y él pudo oírla cometer el pecado típico del internado durante un buen rato.

Cuando se sentaba en el borde de la cama, hablando o escuchándolo, él veía sus dedos jugando con sus labios menores bajo el camisón; normalmente, un dedo se movía pícaramente hacia su clítoris, pero solo por un instante. Parecía indiferente al hecho de que él pudiera ver directamente debajo del camisón. Su mano ya no buscaba su pene accidentalmente, sino deliberadamente. Como él ya no se cubría cuando ella entraba, solo le subía la manta hasta los tobillos. Pensativa, tocó su pene y luego procedió a describir con detalle cómo había masturbado el pene de su marido con la boca. Tiró suavemente del prepucio de Jim hacia adelante y hacia atrás, pero no era una masturbación manual. La mano de Jim se deslizó por su muslo, tocó sus labios menores y se posó inmóvil sobre su clítoris mientras ella acariciaba su prepucio. Inmediatamente frotó su clítoris, pero ella al instante le agarró la mano y lo detuvo. “¡No, por favor, no!” Dejó que su mano descansara tranquilamente sobre su vulva, y a veces acariciaba suavemente su clí-

toris porque ella lo permitía y ya no lo sujetaba mientras lo masturbaba. Lo excitaba enormemente que su otra mano jugara distraídamente con sus labios y clítoris mientras ella rodeaba su glande con los dedos mientras él se masturbaba. Cuando él eyaculó, ella tiró y jaló distraídamente de su clítoris. Pero poco después de que él eyaculara, ella se levantó y siguió un largo beso de buenas noches, durante el cual cubrió su rostro con sus grandes pechos. "¿Te gustaría jugar un poco con mis pechos?", preguntó casualmente. Instintivamente, él metió la mano bajo su camisón y colocó ambas manos sobre sus pechos. Eran grandes y suaves, y sus pezones duros y pequeños. A ella le gustaba cuando él tocaba y acariciaba sus pechos y su vulva quedaba expuesta. Ella lo dejaba, porque se sentía maravilloso.

Desde entonces, él yacía desnudo en su cama cada vez que ella entraba. Ella lo acariciaba por todas partes y le tocaba el pene. En silencio, movía los labios y le hacía una masturbación muy extraña, completamente diferente a la que le hacía María cuando tenía la regla. Janet —era demasiado mayor para seguir llamándola mamá— le acariciaba el prepucio muy despacio y sin apretar, sobre el glande y de vuelta, muy despacio y deliberadamente, murmurando sus oraciones. Esto no era una masturbación, era solo una caricia; él solo sentía cómo su prepucio se estiraba sobre el glande y volvía a retraerse. Antes, con la esponja de baño, lo había hecho con energía y rapidez. Su mano, tan ligera como la del violinista que guía el arco en Sul Tasto, estiraba repetidamente el prepucio sobre el glande. Él le acariciaba el clítoris con la misma suavidad y lentitud y sentía cómo se endurecía. Las caricias mutuas se prolongaron durante mucho tiempo hasta que, inesperadamente, su semen goteó lentamente de su glande. Sin empujes, sin chorros. Simplemente rezumaba de su glande.

Se quedó desconcertado, especialmente cuando ella se inclinó y tomó su pene en su boca. Fue una sensación maravillosa; sus labios acariciaron su pene con calidez y amor, y su lengua lamió el glande. Ella lamió su pene y tragó su semen. Él aún tenía una erección. Ella tomó su mano y la colocó de manera sugerente sobre su pene. Él se masturbó y la observó mientras ella, nerviosa, tiraba de sus labios y clítoris. Cuando comenzó a eyacular, ella tomó el glande de su pene en su boca y tragó su semen. Lamió el glande de su pene hasta que se ablandó. De repente, ella se puso de pie y un beso de buenas noches aterrizó en su frente. No le importó que su

vulva quedara expuesta cuando él deslizó sus manos empapadas de semen bajo su camisón y lo levantó. “¿Te gustaría jugar un poco con mis pechos, no?”, preguntó retóricamente. Él acarició sus pechos y pezones durante minutos, como de costumbre, antes de que ella se fuera.

Noche tras noche, ella, con paciencia y lentitud, le frotaba el glande, lamiendo, sorbiendo y tragando su semen. Mientras él se mantuviera controlado y no intentara masturbarla, se le permitía acariciar sus finos labios y clítoris. Disfrutaba del juego de su lengua y sus labios. Cuando ella paraba, él se frotaba rápidamente y ella succionaba y lamía el semen. Unas cuantas veces, él estaba demasiado perezoso para masturbarse y la dejaba masturbarle el glande tres veces seguidas. Ella estaba orgullosa de ser tan buena en ello que él prefería dejarla hacerlo, aunque tardara mucho más. Lo hacía de la forma más sucia posible. Como siempre que lo masturbaba, jugaba con sus labios con la otra mano, y cuanto más se acercaba él a la eyaculación, más rápido tiraba y estimulaba su clítoris. No parecía frotarse el clítoris conscientemente; ocurría casi automáticamente. Más de una vez, tuvo la impresión de que ella se estremecía cuando se detenía después de frotarlo frenéticamente durante unos segundos. No estaba seguro de hasta dónde había llegado, porque ella continuó inmediatamente con su pene. Se alegraba de que su inocente chico nunca notara sus pequeños y secretos orgasmos; de lo contrario, se habría sentido mortificada. Y siempre se proponía, con remordimiento, no frotarse más el clítoris cuando lo masturbaba. Sin embargo, lo hacía cada vez con más frecuencia, cada vez con más obviedad. No quería masturbarlo como él lo hacía, sino como ella quería. Su pulgar e índice formaban un anillo, que movía rápida y firmemente arriba y abajo de su glande. Nos estamos acercando, pensaba cada vez que lo hacía eyacular y tragaba su semen. Se persignaba y susurraba ¡Amén! «Te gusta jugar con mis pechos, ¿verdad?», dijo amablemente, dejándole jugar con ellos durante unos minutos antes de darle un largo beso de buenas noches en la coronilla.

«Nos estamos acercando», pensó, «¡porque lo quiero pronto!». La noche siguiente volvió, vestida solo con el camisón, y se sentó en el borde de la cama. Ignorando la manta, se inclinó inmediatamente sobre su pene desnudo. Le pidió que le contara de nuevo sobre el sexo, lamiendo su glande y metiéndoselo completamente en la boca. Mientras él hablaba, su mano jugaba con sus labios

menores bajo el camisón, pellizcándose constantemente el clítoris. Empujó deliberadamente el camisón cada vez más arriba, dejándolo mirar. Durante minutos tiró, jaló y frotó su clítoris, mientras simultáneamente chupaba y lamía su glande. Él la miraba, hipnotizado, con el dedo que frotaba sin cesar su clítoris, y con cautela le tocaba los pechos. Ella frotó su clítoris y la piel circundante con devoción, mientras al mismo tiempo lamía y chupaba su glande con la lengua. Los movimientos constantes y acariciantes de su dedo hicieron que su clítoris se endureciera. Él la miró fijamente al clítoris, ignorando el hecho de que su pene estaba solo medio erecto. Ella maulló profunda y complacida, gorgoteando, mientras él le frotaba los pezones con firmeza. Forzó su boca tan profundamente sobre su pene que casi se asfixió. Parecía no importarle; el rápido roce la absorbía por completo. Abrió la boca con desesperación cuando, después de unos minutos, su parte inferior del cuerpo se sacudió y se contrajo violentamente. Gimió fuerte, y su dedo se quedó congelado en el aire sobre su clítoris. Durante unos segundos, su parte inferior del cuerpo se movió, y sus gemidos lastimeros se desvanecieron. De repente, se levantó y fue a la puerta; sin eyaculación, sin beso de buenas noches, sin apagar la luz. Hizo una pausa, aparentemente a punto de decir algo, luego se fue, dejando la puerta abierta. Jim se levantó para cerrarla, pero ella había dejado la puerta abierta de par en par y estaba quitándose el camisón por la cabeza.

Jim lo entendió de inmediato y, con la erección aún palpitante, se acercó a ella, la abrazó por detrás y le besó el cuello. Luego la empujó sobre la cama. «No he estado con nadie desde mi marido», mintió descaradamente, persignándose mientras abría las piernas voluntariamente. Jim la examinó con atención. Era muy alta y delgada, casi demacrada. Sus pechos eran mucho más grandes que los de María, pero no tan firmes y caídos. El triángulo oscuro de su vello púbico terminaba por encima de su hendidura; sus labios no eran tan carnosos y suaves como los de María; la abertura vaginal era estrecha y firme, aunque no era inmediatamente visible. Su clítoris era un poco más grande que el de María y, al parecer, aún estaba excitado. Se inclinó sobre ella y apoyó su rostro contra el de ella, luego le preguntó qué había dicho. «Estoy rezando», susurró la devota viuda Plunkett, «¡Siempre rezo para que no sea pecado!», y continuó rezando casi en silencio. Jim, acostumbrado a que María guiara su pene hacia su vagina con la mano, esperó en vano y luego bajó él mismo. La vagina de la viuda

era muy estrecha y firme, no tan suave y acogedora como la de María. Buscó durante un buen rato su pequeña abertura y acercó cuidadosamente su pene. Ella tenía los músculos vaginales fuertemente contraídos y emitía gemidos lastimeros cuando finalmente encontró la abertura. Dejó de murmurar oraciones abruptamente cuando sus dedos encontraron su clítoris. Era muy duro y firme. Jadeó cuando él tocó su clítoris. Buscó la abertura de nuevo con el dedo e intentó introducirlo. Cuando su pulgar tocó accidentalmente el clítoris, la tensión en los músculos vaginales de ella se relajó brevemente, y pudo introducir lentamente el dedo en su vagina. Deslizó el glande a lo largo del dedo hacia la abertura vaginal, luego retiró el dedo y ahora pudo presionar el glande contra su pequeña abertura vaginal. Ella respiró hondo, excitada, sus músculos vaginales apretando con fuerza la cabeza de su pene. Por mucho que él se esforzara, ella solo permitía que su glande y su pene penetraran milímetro a milímetro. Sus murmullos se mezclaban con jadeos lastimeros mientras él continuaba entrando, lenta y profundamente, hasta llegar a su cuello uterino.

Como Jim se había masturbado extensamente las noches anteriores, no había peligro de que eyaculara demasiado pronto. Su vagina estaba muy apretada y solo ligeramente húmeda, por lo que su pene estaba firmemente sujeto por sus tensos músculos vaginales. “¿Estás listo para correrte?”, preguntó ella repetidamente. Él la penetró muy despacio y persistentemente, su glande presionando firmemente contra su cuello uterino. “¿Todavía no, todavía no?”, preguntó ella ocasionalmente, y él refunfuñó, “Todavía nos queda un largo camino por recorrer”. Una y otra vez, ella interrumpió sus oraciones murmuradas y susurró si él ya se estaba corriendo. Él negó con la cabeza, y ella se quedó en silencio. Ella lo abrazó fuertemente, rezando en silencio y sin hacer ningún movimiento para frotarse el clítoris. Entonces él bajó la mano entre sus cuerpos y le frotó el clítoris. Por un momento, ella clavó las uñas en su espalda y dejó de rezar, sorprendida. “¿Qué está haciendo, qué está haciendo?”, susurró. Pero luego, a medida que se excitaba más, murmuró una oración tras otra. Antes del orgasmo, susurró “¡Sí, sí, sí!” en lugar de las oraciones, y durante el orgasmo, jadeó con pequeños y agudos sonidos al oído de Jim. Él les dio un breve respiro a ambos antes de continuar.

El segundo orgasmo, sin embargo, fue muy intenso, y Jim tuvo que tener cuidado de no ser sacudido por sus convulsiones. Ya no

pudo contenerse y la penetró salvajemente y rápido, mientras ella jadeaba oraciones y tenía que tragar pequeños orgasmos una y otra vez. Justo antes de eyacular, la besó en la boca, su lengua buscando la de ella. Luego eyaculó explosivamente; ella pudo sentir el chorro con precisión, con cada embestida un chorro firme que se inyectaba en su vagina. Dejó su pene dentro de ella hasta que se ablandó lentamente. "¡Amén!", susurró ella con reverencia. Exhausto, se deslizó a su lado, recuperando el aliento.

Entonces todo salió a borbotones de ella; esto era completamente diferente a estar con su marido. Afirmó que no sabía qué eran los orgasmos y que solo había experimentado uno en todo su matrimonio, cuando él le mostró su indiscreción del internado. "Nunca me tocó el clítoris durante el sexo", dijo con reproche, "¡podríamos haberlo tenido mucho mejor!". En aquel entonces, había creído que tumbarse pasivamente, ofreciéndole su vagina hasta que eyaculara, era lo correcto. Pero él siempre tenía sexo y eyaculaba tan rápido que el acto apenas duraba un minuto. A ella siempre le resultaba más interesante tomar su pene en la boca y luego frotarlo. Eso llevaba mucho más tiempo y siempre le daba una sensación de poder, de hacer que eyaculara rápido o retrasarlo. Su marido no dejaba de preguntarle si se masturbaba, si se frotaba el clítoris. Pero ella le juró que nunca lo haría. ¡No, ni un poquito! A Jim le parecía muy extraño que fuera tan reservada con su masturbación. Durante las últimas cuatro semanas, él siempre se había dado cuenta cuando ella se tocaba el clítoris en secreto durante las masturbaciones o el sexo oral y llegaba al orgasmo discretamente. Y ahora, justo antes de tener relaciones sexuales, lo había hecho abiertamente y sin ningún intento de ocultarlo, impulsada por su intensa lujuria. Era evidente que estaba muy conflictuada al respecto. Por un lado, lo hacía abiertamente en su presencia, pero por otro, seguía afirmando que no lo hacía. Él simplemente no podía comprender su comportamiento contradictorio. Luego se quedaron tumbados en silencio uno al lado del otro hasta que él regresó a su habitación.

Janet ni siquiera pensó en la anticoncepción. Al contrario, tenía 36 años y aún podía quedar embarazada durante otros siete u ocho años. Anhelaba tener un hijo, y acostarse con Jim le devolvió la esperanza. Era un celta alto y delgado, y sin duda tenía buenos genes para transmitir. Decidió firmemente acostarse con

él siempre que tuviera oportunidad y, tal vez, quedar embarazada de él.

Al día siguiente fue en bicicleta a casa de María y forcejearon e hicieron el amor en la cama nueva y grande. Durante un descanso, bebieron aguardiente de la botella, aunque Jim se contuvo porque no le gustaba. María, que casi nunca fumaba, le echó el humo a la cara con descaro y murmuró que la masturbación era aburrida sin él. Dijo que se había acostado con la viuda Plunkett, Janet. María, que no tenía ni idea, se acercó con los ojos brillantes, y él tuvo que contárselo todo con todo lujo de detalles. Nunca le había dicho a María que Janet le había estado dando placer y haciéndolo eyacular durante todos esos años.

Los primeros días, cómo se sentaba junto a su cama. Cómo él le mostraba su erección. Cómo se quitaba las bragas y el sujetador. La mano que descansaba sobre su rigidez, acariciando tentativamente el prepucio. El semen que goteaba y que ella lamía y tomaba su pene en la boca. Cómo se tragaba su semen y a veces se masturbaba el clítoris en secreto mientras le hacía sexo oral. Anoche. Sus historias y el sexo. María quería oír todos los detalles de su escapada de cuatro semanas, se reía a carcajadas con la frase "indiscreción de internado" y quería saber qué había hecho después. Jim dijo que ella afirmaba que solo lo había hecho una vez, cuando su marido se lo enseñó. Nunca más después de eso, afirmó la viuda. Eso no podía ser cierto, porque durante las masturbaciones o cuando él le hacía sexo oral, ella siempre se frotaba el clítoris en secreto y casi siempre tenía un orgasmo, aunque intentaba ocultarlo avergonzada. Jim mencionó que la había oído todas las noches desde que ella lo acogió. Simplemente no sabía entonces que esos sonidos, junto con su suspiro "¡Amén!", eran masturbación. María también se sorprendió mucho por el secretismo de Janet y dijo que todas las chicas y mujeres que conocía lo hacían; ¡era perfectamente natural! Incluso mencionó a dos ancianas que ambas conocían y que aún lo hacían, a pesar de tener más de 60 años y de que sus maridos habían muerto hacía mucho tiempo. Cuando él le preguntó al respecto, ella respondió que las mujeres se sentían menos cohibidas al hablar de ello entre ellas una vez que se conocían un poco mejor. María se excitó enormemente con sus historias, y él no pudo evitar seguir contándole sus encuentros sexuales con la viuda.

Así pasaron las semanas. No le contó a la viuda Plunkett detalles sobre su encuentro sexual con María, solo que pasaba los fines de semana con la mujer que lo había escondido heroicamente y le había enseñado a tener sexo. El ritual del beso de buenas noches había desaparecido, y cuando ella se quedaba desnuda en su puerta cada noche, él la seguía alegremente. Nunca se planteó si era correcto acostarse con dos mujeres alternativamente, y ninguna de las dos lo mencionó jamás. Era demasiado inocente e ingenuo, y las mujeres sospechaban que ambas salían perdiendo. Janet estaba contenta de tener sexo, y María probablemente tenía con quién acostarse, sospechaba él, pero nunca preguntó.

Él seguía frotando el clítoris de Janet, y ella le susurró al oído que solo lo había hecho una vez, cuando su marido le enseñó a hacerlo ella misma, y que nunca lo había hecho delante de nadie; simplemente no podía. Jim estaba completamente confundido por sus declaraciones contradictorias y sabiamente guardó silencio. En realidad era un pecado, susurró Janet, pero si lo necesitabas desesperadamente, respiró hondo, tenías que pecar. Repitió esto una y otra vez, rogándole que la frotara mientras tenían sexo. Meses después, Jim susurró: “Desde que tu marido se fue al cielo, lo haces todas las noches, ¿verdad?”, pero ella permaneció en silencio. Pasaron varios días antes de que finalmente admitiera que lo hacía a diario, a veces incluso con más frecuencia. Y después de varios días más, cuando Jim dejó de masturbarla durante el sexo, ella, tímidamente e insegura, se palpó el clítoris. Después, preguntó con incertidumbre si eso había estado bien, y él dijo que sí. Desde aquella primera vez, ella siempre se masturbaba durante el sexo, para gran satisfacción de Jim. Durante sus descansos, él podía sentarse entre sus piernas y observarla masturbarse de cerca. Finalmente, se rompió el hielo. Cuando le vino la regla, ella le hizo una buena paja y él pudo eyacular en su boca.

Los secretos de la viuda

Veinte años después, mientras agonizaba de cáncer, tras haberle legado todas sus posesiones en su testamento, Jim se sentaba a su lado casi a diario. «He vivido una vida salvaje», dijo una vez. Ambos sabían a qué se refería. Después de que finalmente se mudara con María, ella abandonó toda pretensión de intolerancia y se acostó con todo el condado. Probablemente no hubo nadie entre los 14 y los 80 años con quien no se hubiera acostado. Los hombres adoraban su estrecha abertura vaginal por encima de todo; estaba dispuesta a todo y pronto se convirtió en un secreto bien guardado. En otra ocasión, lo miró seriamente y le dijo que cuando muriera, ese gran apartamento en la ciudad y su considerable fortuna serían suyos, para que pudiera renovarlo fácilmente. Sería mejor para los niños vivir allí y asistir a buenas escuelas. La educación era una de las cosas más importantes que un padre podía dar a sus hijos. Prometió hablarlo con María. Una semana después, su voz era baja y débil, pero quería decir algo importante mientras aún pudiera. Ella insistió y le confió a Jim dos secretos que nunca antes le había contado a nadie, pidiéndole que guardara silencio al respecto hasta que ella estuviera en el cementerio.

En el internado femenino, Janet compartía habitación con Phyllis. Ambas eran marginadas, no hablaban gaélico y no pertenecían a ningún grupo de chicas. Y eran las únicas que ya tenían pechos de verdad, pechos verdaderamente hermosos, un atributo importante para chicas de 16 y 17 años. Los pechos de Janet eran grandes, firmes y llenos, como los de una mujer lactante. Los de Phyllis eran considerablemente más pequeños, pero con pezones sorprendentemente grandes y erectos que se veían claramente a través de todas sus blusas. Phyllis se había metido en la cama con ella la primera noche, y hablaron y se acariciaron bajo sus camisones, especialmente los pechos, hasta que se durmieron. La noche siguiente, Phyllis volvió a la cama de Janet. Janet se quitó el camisón, Phyllis dudó un instante, y luego ella también se desnudó. En la penumbra, Janet se dio cuenta de que Phyllis tenía un pene, un pene pequeño de niño.

Janet lo sabía, porque cuando el tío Jack necesitaba que se masturbara y ella tenía que mostrarle su hendidura desnuda bajo su falda, vio su pene erecto, del cual eyaculó al final de su masturba-

ción. Para ella, el de Phil era un pene pequeño, como los que había visto a menudo en niños pequeños. Phil explicó que solo tenía una vagina, pero no útero ni ovarios, solo un pene real y funcional, pero desafortunadamente no podía tener hijos. Dijo pene, no pene pequeño, pensó Janet. Phil había sido follada por docenas de chicos desde que cumplió 13 años, pero nunca había follado a una chica, aunque Janet no creía todo lo que decía. Ahora le mostró a Janet cómo se masturbaba y eyaculaba. En los días siguientes, le enseñó a Janet cómo hacerle una paja. También le enseñó a besarse con lengua; se abrazaron y se besaron hasta quedarse dormidas, y Janet le hizo muchas pajas. Phil no tenía ni idea de la masturbación femenina; Acarició la vulva y los labios de Janet con tanta delicadeza que su corazón latía con fuerza en su pecho. Ambas pensaron que ese era el momento.

Una noche, Phil quiso tener relaciones sexuales. Janet negó con la cabeza enérgicamente y exclamó: "¡Mi himen! ¡Eso es imposible!". Phil la examinó detenidamente y le dijo que tenía un gran agujero en el himen. Janet explicó que era por la menstruación, para que la sangre pudiera salir. Pero Phil, a pesar de las numerosas masturbaciones, no quiso intentarlo. Sin embargo, podían intentarlo. Así que ella introdujo con cuidado su pequeño pene a través del agujero y le aseguró que tendría cuidado con su himen. Tuvo cuidado, y funcionó. El corazón de Janet latía con fuerza al final del encuentro, y Phil estaba extasiado, eyaculando suavemente dentro de ella. Janet comentó que el sexo era demasiado peligroso para su himen; tendrían que hacerlo de otra manera, ya que el agujero se estaba agrandando.

A Phil solo se le permitía mantener su pene completamente inmóvil dentro de la vagina de Janet, pero no penetrarla. Luego se besaron apasionadamente y se acariciaron intensamente hasta que el pene de Phil comenzó a palpitar y eyaculó profundamente dentro de ella. Pero esto solo funcionó por un breve tiempo. Janet estaba muy preocupada de que Phil pudiera dañar aún más su himen, y desesperada, ideó el método que usaron para tener relaciones sexuales hasta el final del año escolar. Formaba un túnel frente a la abertura vaginal con una o ambas manos, permitiendo que el pene de Phil penetrara con la fuerza y rapidez que quisiera. De esta manera, podía asegurarse de que solo la punta de su glande penetrara el vestíbulo vaginal, especialmente cuando Phil se excitaba y eyaculaba.

A Phil también le gustó bastante un segundo método. Janet le sujetaba el glande con una mano y lo movía hacia adelante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo, y en círculos dentro del vestíbulo vaginal, con movimientos lentos y luego cada vez más rápidos. Con la otra mano, le frotaba el cuerpo del pene a Phil como si le estuviera haciendo una masturbación. Con ambos métodos, su himen ya no corría peligro.

Desde entonces, follaron todas las noches hasta el final del año escolar, tan a menudo como Phil podía, pero solo en el túnel de la mano frente a la abertura vaginal de Janet. Janet se aseguraba de que el pene de Phil solo la penetrara con las manos y, por supuesto, permitía que el glande rozara rítmicamente sus labios, lo que hacía que su corazón latiera con fuerza. Cuando Phil eyaculaba, Janet sostenía el glande y apretaba las últimas gotas de semen al final. Siempre esperaba con ansias el sexo y la emoción; Phil era un amante maravilloso. Por lo general, tenían que tomar descansos porque Janet apenas podía soportar más la intensidad del acto. Pero a menudo se abrazaban durante los descansos y frotaban sus cuerpos. Janet sumergía sus dedos en la vagina de Phil y la penetraba hasta que eyaculaba. Luego procedía a excitar la vagina de Phil y a alcanzar su pene con largas y eróticas caricias. La mejor manera era que ella agarrara el tronco y lo frotara como durante una masturbación mientras simultáneamente acariciaba la vagina de Phil con los dedos. A Phil le encantaba eyacular durante esto e inmediatamente quiso repetirlo. Janet se sintió aliviada porque Phil ya no la estaba penetrando activamente y su himen no corría peligro.

Phil describió con gran detalle cómo era tener sexo con chicos y cómo muy pocos se atrevían a tocar su pene (Janet se corrigió: pene pequeño) y frotarlo hasta que ella llegara al orgasmo. La mayoría de las veces tenía que hacerlo ella misma. En cierto momento, Phil admitió que ya se había acostado con tres chicas. Una ya estaba acostumbrada a tener sexo con chicos y tenía curiosidad por probarlo con una mujer mestiza. Lo hicieron un par de veces, luego el interés se desvaneció. Las otras dos eran muy, muy jóvenes, y Phil las desfloró (lo cual Janet no creyó). Una de ellas la buscaba con más frecuencia después de la primera vez, y tuvieron sexo durante semanas.

Janet comprendió la astuta lógica de la chica y negó con la cabeza enérgicamente; tenía que conservar su virginidad a toda costa. Sin embargo, disfrutaba de las historias durante los recreos, y cuando cerraba los ojos, podía verlo todo ante sus ojos: el chico penetrando la vagina de Phil hasta caer rendido mientras Phil se masturbaba. O Phil eyaculando con fuerza en las vaginas de las jóvenes y florecientes chicas. No, repetía, ¡mi himen es muy importante para mí! Conservó su virginidad, aunque el agujero en su himen se había agrandado cada vez más. Así que se casó siendo virgen, aunque había tenido relaciones sexuales durante todo un año escolar y ciertamente no era la virgen inexperta que la gente esperaba de ella. Nunca se lo contó a nadie.

El final de su matrimonio fue terrible. Su marido llevaba meses sin querer tener relaciones sexuales con ella y tres meses antes se había mudado de nuevo a casa de sus padres. Decía que necesitaba pensarlo bien, pero la visitaba todas las semanas. Sus visitas duraban apenas diez minutos y no quería hablar. Tenían relaciones sexuales a su manera apresurada. Ella se quejaba de su soledad sin sentido, y él le decía que si tanto la echaba de menos, que se cuidara; al fin y al cabo, todas las mujeres solitarias lo hacían. Tras sus visitas, sufrió mucho por el rechazo. Claro que se masturbaba durante horas, a cualquier hora del día o de la noche, pero paraba cuando el corazón le latía con fuerza. Le resultaba opresivo cuando el orgasmo la pillaba desprevenida. Significaba una pérdida de control; su cuerpo se estremecía y se retorcía involuntariamente, y durante unos segundos, no podía hacer nada al respecto. Ella prefería con mucho cuando se frotaba lentamente y llegaba al orgasmo sin una explosión: un suave y placentero espasmo seguido de un suspiro de satisfacción. Esta estimulación del clítoris le brindaba muchos momentos maravillosos, ya que podía olvidar su desgracia y fantasear con la lujuria y el deseo todo el tiempo. Lo disfrutaba mucho más que su breve relación sexual.

En su último día, llegó como de costumbre, pero después de tener relaciones sexuales, le dijo que quería llevarla a dar una vuelta en coche y hablar de todo. Ella aceptó de inmediato y admiró su nuevo coche americano, un DeSoto. Condujo hasta el mirador con vistas a los acantilados y, tras aparcar, quiso tener relaciones sexuales en el coche nuevo. Obedientemente, ella se subió al asiento trasero y se subió la falda. Él se tomó su tiempo, tomándose su tiempo, antes de inclinarse sobre ella. Parecía completamente in-

diferente a los transeúntes que pasaban, se detenían y miraban dentro del coche. Janet sintió un escalofrío recorrerle la espalda al darse cuenta de que quería humillarla en público. Se cubrió la cara con la falda y se quedó allí tumbada con la parte inferior del cuerpo expuesta, mientras él seguía acariciándole los genitales, jugando públicamente con su clítoris. ¡Era la primera vez que le tocaba el clítoris, y lo hacía muy bien!

Jadeaba y gemía bajo su falda, teniendo orgasmos una y otra vez, pues era casi tan placentero como darse placer a sí misma. Cuando él se detuvo, satisfecho, ella gritó desde debajo de su falda que ¡no había funcionado! Él se enfureció y la masturbó de nuevo hasta que ella quedó completamente abrumada por la intensidad de sus orgasmos. Pero ella volvió a gritar que no funcionaba, y él tuvo que seguir y seguir. Con cada orgasmo, él le separaba las rodillas para que todos pudieran ver el movimiento ondulante y oscilante de la parte inferior de su cuerpo, para que todos pudieran ver claramente el roce de sus músculos vaginales y labios. Él le frotó el clítoris de nuevo, haciéndola temblar y estremecerse. La gente pegaba sus narices a los cristales de las ventanas, y algunos dejaban que sus lenguas bailaran obscenamente. Ella escondió su rostro bajo su falda y abrió las piernas de par en par, pues ser masturbada se sentía increíblemente bien. Y exponerse desnuda frente a extraños la volvía loca de deseo. Presionó su vulva y su clítoris palpitante hacia adelante con todas sus fuerzas mientras su cuerpo se estremecía. Balanceó sus caderas de un lado a otro, gimiendo casi silenciosamente y sutilmente mientras alcanzaba el orgasmo. Estaba agitada por dentro; ¿de verdad el idiota tenía que buscar ese humillante espectáculo público para masturbarla tan maravillosamente? ¿O tenía que destrozar sus expectativas y empezar a hablar de divorcio? Su miserable marido sudaba de esfuerzo, ya que después de cada orgasmo ella gritaba que no había funcionado otra vez, obligándolo sin cesar a continuar. Más tarde, no recordaría que la había masturbado en público durante al menos media hora, y que había tenido orgasmo tras orgasmo. Solo sentía desprecio por él, ocultando su excitación lo mejor que pudo. Permaneció allí tumbada y soportó que la follara intermitentemente durante un tiempo sorprendentemente largo, hasta que finalmente, gimiendo, se levantó. En su rostro no había rastro de amor, solo la intención de “Me acostaré con mi esposa cuando me plazca” y un desprecio con el que exponía su desnudez y sexualidad en público. Ella hervía de rabia por dentro ante aquel cobarde perverso.

Siguieron en silencio el estrecho sendero que discurría por encima de los acantilados, y él comenzó a hablar con cautela sobre el divorcio. Ahora estaba con Charlene, y ella estaba embarazada. Por supuesto, Janet sabía quién era: su prima, con quien se acostaba desde la infancia. Charlene era mucho mejor en la cama que ella y siempre le hacía verla masturbarse, decía, para herirla y ponerla a la defensiva. Siempre le había sido fiel, Janet, hasta hacía tres meses, mentía. Y ahora quería el divorcio por el embarazo. Se habían detenido porque Janet había tropezado con una roca. Él saltó para sujetarla, pero ella había dado un paso en falso, y con un grito espantoso, él se precipitó al abismo.

¿O saltó él hacia ella para empujarla por el precipicio? ¿O saltó él hacia ella, pero ella lo esquivó y lo empujó al abismo? ¿O ambas cosas?

Nunca quiso averiguarlo; ya no tenía recuerdos reales de aquello. En lo más profundo de su memoria yacía oculto cómo había sido en realidad, pero nunca volvió a pensar en ello en su vida, hasta hoy.

Janet tosió y bebió un sorbo de agua, luego continuó hablando sin mirar a Jim.

La humillación en el coche, cuando él jugaba con sus genitales desnudos, sus labios y su clítoris, a pesar de que extraños curiosos la observaban, a pesar de que ella se había cubierto la cara con la falda avergonzada y miraba horrorizada las miradas burlonas y lascivas. Él jugó con su clítoris durante al menos media hora mientras la gente se quedaba alrededor, sonriendo, mientras ella gemía y se retorcía en un orgasmo. Su corazón se volvió más frío que el carámbano en que se había convertido. Se sentía como una vencedora, negándole la posibilidad de un orgasmo, gritando y chillando. No sentía nada, absolutamente nada, a pesar de que él hacía todo lo posible por excitarla, por forzar un orgasmo de su clítoris. Durante esta humillación, un odio creció en su interior como nunca antes había sentido. ¡Este miserable estaba pidiendo el divorcio, para convertir a su amor de la infancia en una esposa respetable!

Cuando ella le gritó que jamás se divorciaría de él y, enfurecida, se golpeó contra la piedra, él se abalanzó sobre ella, con el rostro contraído por la rabia y una mirada asesina en sus ojos. Ella lo es-

quivó, y él frenó en el último segundo, deteniéndose precariamente al borde del precipicio, intentando desesperadamente recuperar el equilibrio. Las piedras se desprendieron bajo sus pies y cayeron al abismo. Con un grito furioso, ella lo empujó hacia atrás con ambas manos. Mientras él buscaba desesperadamente un punto de apoyo en el aire, ella lo empujó de nuevo con ambas manos, con todas sus fuerzas y llena de odio, de modo que se precipitó al abismo con un grito espantoso. Durante meses después, ella aún podía oír su prolongado grito de muerte.

Para todos, fue un suicidio en una situación desesperada; todos conocían a Charlene. Al menos él había dejado un testamento legalmente válido, previendo el divorcio. Janet recibió el gran apartamento en la ciudad y una buena renta vitalicia, mientras que Charlene recibió el resto y se conformó. Un testigo presencial juró sobre la Biblia que lo había visto todo: al marido violando a su esposa en el asiento trasero, luego corriendo hacia el precipicio y saltando al abismo con un grito terrible. Y no, la esposa ciertamente no había visto nada; estaba tumbada semidesnuda en el asiento trasero con la falda cubriéndole la cara. Janet no dijo nada al respecto, pero la policía registró meticulosamente su declaración. El testimonio solemnemente jurado era admisible en el tribunal y sin lugar a dudas. Janet lo dejó pasar; estaba terriblemente cansada y no vio razón para contradecirlo. Todos a su alrededor creyeron esta versión de los hechos; nadie la reprochó. Lloró amargamente por haber permitido esta mentira y no haber insistido en la verdad. No derramó ni una sola lágrima por su marido.

El día de su muerte, Charlene se quedó con ella para consolarla, y ambas lloraron por su esposo. Janet sintió de repente solo compasión y comprensión por aquella chica que había aspirado a lo más alto y había sucumbido a las dulces palabras de su marido infiel. Lloraron juntas, y Charlene contó cómo, a los 13 años, había caído bajo el hechizo de su marido y había soñado toda su vida con el hombre al que le había entregado su virginidad. Cuando hizo una pausa, Janet la abrazó y se intercambiaron largos y reconfortantes besos. Janet siempre había besado a Phil como un hombre, y ahora besaba a Charlene con toda la pasión que podía. Charlene dejó escapar que él había seguido acostándose con ella incluso durante su matrimonio. No tenían relaciones sexuales a menudo porque él solía agotarse ya con Janet. Pero cuando la penetraba, solía tardar mucho en eyacular, pero a ella le encantaba y succionaba

con avidez su semen en su vagina. Su principal fetiche no era el sexo, sino ver a Charlene masturbarse. No, Janet no podía estar enfadada con ella; sentía un vínculo fraternal, y su desprecio por su marido era indescriptible. Charlene la consoló relatando entre lágrimas cada pequeño detalle de su vida sexual durante las siguientes horas. Cerró los ojos y revivió vívidamente cada orgasmo, describiéndolo con minucioso detalle. Janet le tomó la mano y se estremeció de placer mientras Charlene describía con tanta belleza sus propias sensaciones, la intensidad de su eyaculación o su masturbación. Era joven, completamente ingenua, y ni por un instante consideró que estaba hablando con la esposa a la que le habían sido infiel cien veces.

Al irse a la cama, Janet se desnudó por completo; aún no había terminado el día. Tras una breve vacilación, Charlene también se quitó el pijama, y Janet contempló con curiosidad el hermoso cuerpo desnudo de la joven. Apagaron la luz y se abrazaron, juntando sus cuerpos desnudos con ternura. Janet acarició y besó a la llorosa Charlene, pensando en Phil, y hundió sus dedos en la vulva húmeda de Charlene. La acarició durante horas, sin dejar ningún rincón sin tocar, ni siquiera los más íntimos. No se detuvo cuando Charlene casi saltaba de placer y lujuria con cada caricia. Estimuló intensamente los genitales de Charlene, acariciando su clítoris y labios, sintiendo la vagina grande y carnosa de la joven. La abertura vaginal y la vagina de Charlene eran mucho más grandes, carnosas y suaves que las suyas. En contraste, su clítoris era mucho más pequeño que el de ella, tan pequeño que al principio tuvo que buscarlo. Sus dedos rozaban repetidamente el clítoris de la chica sin masturbarla. Durante muchos minutos, acarició el pequeño clítoris sin llegar a la masturbación, llevándola una y otra vez al borde del orgasmo. Inmediatamente, volvió a estimular el clítoris, provocando que la chica gimiera y se retorciera de placer al acercarse al clímax. Solo cuando Charlene, dominada por la lujuria y el deseo durante este encuentro, presionó repetidamente la mano de Janet con insistencia contra sus genitales húmedos, la soltó, agitada por dentro. Besó a la chica excitada con besos largos y prolongados y suaves caricias en la boca antes de quedarse dormida.

Se despertó por el vaivén de Charlene mientras comenzaba a masturbarse. Charlene acariciaba su cuerpo sin cesar y suspiraba con anhelo. Pasó mucho tiempo antes de que Charlene, perdida en sus propias sensaciones, comenzara a tener un orgasmo. En la pe-

numbra, Janet no podía distinguir ningún detalle, pero estaba completamente despierta y presenció de primera mano cómo Charlene comenzaba una y otra vez, acercándose cada vez más al orgasmo con cada repetición. Parecía darse cuenta muy tarde de que los dedos de Janet tocaban con curiosidad sus labios vaginales. Charlene se extasió cada vez más y presionó los dedos de Janet dentro de ella con su mano antes de jadear ruidosamente al alcanzar un poderoso orgasmo. Solo entonces recobró la cordura y retiró los dedos de Janet. Janet la abrazó, con su cuerpo caliente y humeante, y la besó apasionadamente, como un hombre. Se abrazaron durante un largo rato, y Charlene exploró suavemente los genitales de Janet. Janet se tumbó boca arriba y comenzó a masturbarse lentamente. Se excitó muchísimo cuando Charlene introdujo un dedo en su vagina, estrecha y contraída, y realizó movimientos lentos y sutilmente suaves. Janet aguantó mucho tiempo y solo se detuvo cuando alcanzó un orgasmo triunfal en el éxtasis más intenso. Se abrazaron y se besaron durante un buen rato antes de quedarse dormidas, exhaustas.

Después de eso, Charlene solía quedarse a dormir en su casa. Se abrazaban y se besaban, se acariciaban y se excitaban mutuamente. Pero lo principal era algo que cada una hacía por su cuenta: se masturbaban, y la otra solo las ayudaba con los dedos. El vientre de Charlene se redondeó y su apetito sexual se volvió insaciable. Prefería ser penetrada con un consolador mientras se masturbaba. Janet pronto descubrió cuándo follar a Charlene suavemente y cuándo follarla con fuerza. La mayoría de las veces, Charlene lo quería fuerte y rápido, y Janet la follaba tan fuerte y rápido que tenía miedo de lastimarla. Pero Charlene se reía y lo quería más fuerte, más firme, más rápido cada día. A Janet le habría dado mucha vergüenza usar el consolador ella misma y se sonrojaba al negarse. Una noche, le enseñó a Janet cómo lamer. Janet casi se derritió de dulce dolor cuando Charlene le sacó el clítoris con los labios más que nunca, dejando que su lengua se deslizara de orgasmo en orgasmo. Janet simplemente no lograba encontrar el clítoris de Charlene entre sus labios carnosos; Charlene solo tenía uno diminuto. Sin embargo, lamió los labios y el lugar donde debía estar el clítoris, y Charlene siempre tenía un orgasmo maravilloso. Ambas colocaron sus manos sobre el vientre redondo de Charlene y sintieron cómo el pequeño se retorcía felizmente después de su orgasmo.

Charlene dejó de venir después del parto, aunque siguieron siendo buenas amigas.

Más tarde, Janet compró un consolador, que usaba siempre que quería esa sensación de penetración rápida y potente mientras se masturbaba. Tenía que masturbarse durante un buen rato antes, hasta que su vagina se relajara y pudiera insertar el consolador. Dejaba que el consolador entrara y saliera lentamente mientras se masturbaba. Justo antes del orgasmo, lo agarraba con ambas manos y lo introducía en su vagina con creciente velocidad, con fuerza y salvajemente, hasta que llegaba al clímax. Nunca antes la habían penetrado con tanta fuerza, rapidez e intensidad como ahora, cuando se penetraba a sí misma a toda velocidad con el consolador. Sabía que ningún hombre podía hacer eso. Solo ella podía, con su consolador.

…y cómo debería ser

Jim notó de inmediato el tarro de ungüento anticonceptivo de la Sabia Mujer en María. Cuando Jim le preguntó al respecto, ella respondió con franqueza que McGillian seguía apareciendo durante la semana y que no quería quedar embarazada. “Claro”, respondió Jim, “¿pero que se atreve a venir aquí?”. “No estás aquí durante la semana”, dijo María, “se dio cuenta enseguida”. “Está bien”, dijo ella, justo cuando él estaba a punto de estallar. “¡Viene a follar, no a matarme!”. Tras una pausa, continuó: “Fue mi primero, y folla de maravilla, ¡mejor que ese maldito comisario! Estoy muy contenta, aquí en mi soledad, de que alguien venga a echarse a correr”. Se mordió la lengua justo a tiempo antes de soltar que a veces estaba tan cachonda que se habría acostado con cualquiera que se le cruzara. Se recompuso y continuó: “Ya le dejé claro que a los 54 años es demasiado viejo para mí y ¡no quiero un hijo suyo!”. Con más calma, continuó, explicando que él venía todas las semanas, a veces incluso más a menudo. Ya no sentía rabia y lo disfrutaba. Desde que había vuelto a usar la pomada, le permitía eyacular dentro de ella tantas veces como quisiera. Sí, era muy bueno en la cama. Pero —añadió con picardía—, ¡tú eras mi favorito!

Jim intentó ponerse en su lugar y comprender su punto de vista. Su soledad. McGillian, que ya no la lastimaba. Que era bueno en la cama. Que no era un rival. Que estaba ahí cuando María necesitaba sexo. Y a María le gustaba Jim mucho más que el viejo. Era la persona más comprensiva y generosa que María había conocido. Se lo dijo, no sin una segunda intención.

Una hermosa mañana de domingo, estaban tumbados uno al lado del otro en la hierba cuando él dijo que, al llegar a la mayoría de edad, se casarían y tendrían hijos. María sonrió y dijo: «¡Claro que sí, pero aún tenemos que practicar mucho!». Le dio un codazo juguetón y se levantó de un salto, luego corrió riendo hacia su cabaña, arrancándose la ropa mientras corría.